HACEDORAS

Tomo I

Editorial Lector Cómplice

AA.VV

HACEDORAS

MIL VOCES FEMENINAS POR LA LITERATURA VENEZOLANA

TOMO I

COMPILADORAS

LESBIA QUINTERO Y GRACIELA BONNET

En el marco del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (25 de noviembre).

© ***Hacedoras: mil voces femeninas por la literatura venezolana.*** **Tomo I**
© de las compiladoras Lesbia Quintero y Graciela Bonnet
© De todas sus autoras
1ª edición digital en español: octubre de 2021
En el marco del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (25 de noviembre).
© Editorial Lector Cómplice

Editora: Lesbia Quintero
Imagen de portada: ©Nidia Tabarez
Técnica: acuarela.

Queda hecho el depósito que marca la ley
Depósito Legal: **DC2021000689**
ISBN: **978-980-429-034-3**
Editorial Lector Cómplice
Caracas 1014 - Venezuela
Email: editorial.lectorcomplice@gmail.com
www.lectorcomplice.com

Todos los derechos pertenecen a sus autoras. No obstante, esta publicación de libre lectura, puede ser reproducida total o parcialmente por todos los medios y procedimientos posibles, ya sean electrónicos o mecánicos, tratamiento informático o cualquier otra forma, solo pedimos que le reconozcan los méritos a cada autora y les den los créditos correspondientes por su trabajo.

AGRADECIMIENTOS

Mi inmensa gratitud a Nidia Tabarez por darle un rostro de acuarela y luz a esta antología.

Enormísimo agradecimiento para Graciela Bonnet, cómplice de estas aventuras literarias.

Va un reconocimiento especial a cada una de las hacedoras que nos acompaña en esta cruzada literaria para rendir homenaje a nuestras letras venezolanas, a las autoras que ya han partido, y a todas las mujeres aniquiladas por la violencia.

Escribid, mujeres, escribid que durante siglos se nos fue negado.

Virginia Woolf

Pero es que basta con silenciar para vislumbrar, debajo de todas las realidades, la única irreductible, la de la existencia.

Clarice Lispector

Entre la muerte y nosotros no hay, en ocasiones, sino la densidad de un único ser.

Marguerite Yourcenar

Bosquejo de un prefacio / Lesbia Quintero

Pero el silencio es cierto. Por eso escribo. Estoy sola y escribo.
No, no estoy sola. Hay alguien aquí que tiembla.
Alejandra Pizarnik

El lenguaje poético es sinónimo de libertad absoluta, pues no está condicionado por nada y nos conecta con lo sagrado que habita en cada una de nosotras. Al ser una instancia libre se mueve a través del tiempo y la palabra pervive más allá de la vida y de la muerte. Escribo estas frases pensando en Miriam Mireles, una hacedora que se unió a este coro con uno de sus *poemas vírgenes*, pero no pudo ver finalizada nuestra antología. Su desaparición física nos ha producido un hondo pesar, aunque su voz estará siempre viva en cada lectura ya no será posible el encuentro, el abrazo, el café en Kalathos.

Nos ha tocado vivir tiempos adversos estos dos últimos años. Cada visita a las redes sociales, se hace con el temor de hallar una mala noticia que, en efecto, casi siempre encontramos y vemos desconsoladas e impotentes cómo la vida de un ser querido, o la de alguien a quien apreciamos profundamente se escurre hacia la nada. Sobrevivir se ha convertido en un reto, en una lotería en la que, como en aquella alucinante de Shirley Jackson, también podemos morir lapidadas por las eficaces pedradas de la Covid-19 y alguna complicación respiratoria.

No obstante, un grupo de mujeres conocedoras del poder de la palabra y la imagen visual, nos hemos reunido en esta casa de tinta y papel para dejar constancia de nuestras voces. En estas páginas comenzamos a tejer una memoria que da cuenta de la conciencia del lenguaje y de su poder desbordante para hendir el silencio más allá de la muerte. Sabemos que la dupla lectura escritura es una manifestación simbólica del eros como pulsión vital, cada vez que escribimos y leemos somos participes de un ritual profundo que nos conecta con la creación, con energías vitales, con la vida.

Siguiendo el trazo de ese hilo conductor pensamos en las razones para armar una antología solo de mujeres. Hay muchos motivos, pero el más importante es que no existe ninguna compilación de este tipo en Venezuela. No buscamos solo promocionar las voces autorizadas y divulgar las desconocidas, sino también crear un registro de la literatura venezolana escrita por manos femeninas. Asimismo, intentamos establecer un diálogo con otras creaciones de mujeres que, si bien pertenecen a diversas disciplinas, están íntimamente ligadas al quehacer literario y editorial y, de alguna forma son voceras de metáforas y figura poéticas, de lenguaje hecho imagen, de expresiones literarias.

La enfermedad, el temor, las presiones sociales, son formas de violencia que pueden aniquilar la imaginación. La forma de enfrentar esas expresiones brutales a las que estamos expuestas cada día, es trabajando con la potencia inagotable de la palabra. En Hacedoras refulge el poema de insondable belleza, la fuerza expresiva de la imagen plástica, la autenticidad inagotable del lenguaje en los cuentos, relatos, y en textos líricos de una belleza infinita. Echando mano de recursos estéticos y desde la más recóndita intuición, las hacedoras hemos buscado, aun en medio de la frase fracturada por una pérdida, la dimensión portentosa de la vida y de la esperanza, desde el fulgor memorable de la finitud.

Lesbia Quintero

Caracas, 02 de octubre de 2021

Venezolana. Reside en Buenos Aires, Argentina. Trabaja en el área de redacción y corrección de Marketing Digital. Ganadora del VII Concurso para Obras de Autores Inéditos 2009 de Monte Ávila Editores Latinoamericana. Mención Poesía, con el Poemario Incluso cuando nada digo. Ganadora Segunda Mención del I Certamen Internacional de Poesía Luis Alberto Ambroggio (2017), de Hispanic Heritage Literature, con la obra: Breviario ilícito. 1er Premio Certamen de Poesía mujer y Madre 2020, Asociación de Escritores de Asturias.

Ha participado en varias antologías: Todas las mujeres (2018). Diario poético de los tiempos adversos (2019). La voz de la ciudad. Antología Miradas y palabras sobre Caracas, para bien o para mal, Una Sampablera por Caracas (2013). Antología 102 Poetas en Jamming (2014). Antología 100 mujeres contra la violencia de género (2015). Antología Apure en Letras (2016). Antología El puente es la palabra (2019).

Instagram: @acuarela004

Primera epístola

Ya sé, me he demorado. En esta experiencia epistolar sin retorno, se me hace difícil ascender en plegarias. Esperaba la tibieza y no este invierno áspero y afilado como heredad de las últimas palabras, las que no se dijeron. No sé conjugarme sola en este salmo potable y vencido, aún no sé cómo estar sin ti.

¿Qué tal todo por allá? ¿Llueve? ¿Cómo sopla el viento? ¿Hay frío?

En casa, ahora hay riscos, ¿sabes? Alas huérfanas y resecas crujen al mínimo paso del aire y en el lecho persiste un sonido de catedral sin fieles.

Me han dicho que aquella humedad que hizo parir nuestras acciones temerarias de eternidad, se detuvo en las paredes. Debimos suponer que, en el templo de la desgracia, era imposible gestar promesas «para siempre». Qué ingenuidad la nuestra.

Ojalá hubiera sido yo la del viaje. Te lo dije muchas veces. A las viudas, algo nos sujeta desde un pequeño intersticio donde se aloja la sapiencia. Es un cordel fino que se anuda en el límite de una hoguera apagada. Definitivamente somos más fuertes. Pero la muerte nunca trae las respuestas, es una trampa disfrazada de magnificencia celestial.

He quedado suspendida de este episodio kármico, sacrílega, abandonada por ti y por tantos, sin el falso dominio de querer curarlo todo. No pude hacerlo contigo, ni siquiera puedo sanarme yo misma y ya no hay tiempo para librar más batallas.

En esta nueva pagoda que habito, mis comidas son una apología a la soledad y en las noches, tu recuerdo invade todos los contextos, me colma de preguntas, de ideas de castigos, de doctrinas que insisten en aplastarme.

No quisiera seguir alabando este funeral de mis labios, ni extender este dolor que seguramente, no te hará gracia. Tú y yo sabemos de fragilidad, nunca quisimos ser superhéroes y en este valle transitorio, no sabemos quién aguarda por quién.

Por cierto, sigo sin tus señales, continúo esperándote.

Por ahora, me despido, hasta nuestro próximo encuentro, que ansío sea pronto.

Tuya,

©Acuarela Martínez

Nació en Petare, estado Miranda. Escritora venezolana licenciada en Educación, y especialista en Dificultades de Aprendizaje. Socia fundadora de la agrupación Proyección 21 (1970). Directora de la Fundación de Atención para las dificultades de aprendizaje (ATENDA), y colaboradora de la Asociación Civil Cultural CURUPAO (2002/2021). Se desempeña como docente en las áreas sociales de educación media y universitaria. Autora de obras de teatro, cuentos, letras de canciones y poesías. Coautora de la I Antología de la Asociación Civil Curupao. Ha participado, con varios relatos, en el club de escritura Fuentetaja, actualmente participa en el II concurso de haikus.

La noche de luna

En todo pueblo venezolano existe una plaza Bolívar y muchas historias de enredos graciosos que enriquecen la convivencia popular. Por eso, este cuento sucedió en cualquier vecindad de la costa venezolana, en casa de alguien a quien llamaremos Francisco, cuyo patio da al fondo con la playa, con un gallinero y debajo de un almendrón, un depósito lleno de peretos que ya no sirven, pero que algún día, tal vez puedan servir.

Allí, cuando amanece, los pajaritos despiertan armando un agradable coro con sus cantos. Hasta el sonido desafinado de los loros y las guacamayas logran cierta armonía al pasar en bandadas hacia las matas de mango y peritas, donde se dan un suculento desayuno con sus deliciosas frutas, mientras reciben el saludo alegre de Luna y un regaño mañanero de Francisco, que es el dueño de esas matas, para que no picoteen toda la producción.

Luna es una cachorrita mestiza, negrita como el carbón y chiquita de tamaño que siempre ha querido demostrar su valor ante Francisco, que no la aprecia, pues suele decir que la conserva porque se la regaló un amigo muy querido, pero que no sirve para cuidar su propiedad y por eso tiene que buscarse otro perro.

En ese lugar también vive una señora regordeta y bonachona, que llamaremos Magaly. Ella tiene un gato muy grande de aspecto similar al de un leopardo que, aunque le gusta corretear gallinas, nunca ha demostrado ser agresivo. Magaly siempre presume de él porque es uno de esos que nacen de un gato doméstico y cualquier felino salvaje que siempre regalan chiquitico, peludito y bello después de un viaje por la montaña.

Sucedió que una noche en el gallinero se armó un escándalo tremendo alterando la paz del lugar, Luna comenzó a ladrar hacia el depósito, pero como las gallinas protagonizaban su propio revuelo y los vecinos estaban dando carreras a ver si entendían lo que estaba pasando, nadie le puso atención, y menos cuando Francisco salió furioso a la calle armado con una escopeta gritando que le habían robado una gallina. Entonces la algarabía fue mayor, ya que todos corrieron a esconderse asustados. Lo cierto es que, al día siguiente, al no hallar un responsable, se corrió por el pueblo la voz de que un cunaguaro se había metido en el gallinero de Francisco.

La situación se repitió dos veces más y, ante la idea de que un felino salvaje y criminal andaba escondido en el pueblo quién sabe dónde, las personas no querían salir por miedo a ser atacados;

para colmo de males, un jovencito, que había venido de paseo con sus padres a la playa ese fin de semana y el gato de Magaly estaban perdidos. ¿Quién era el culpable? ¡El cunaguaro!

Por su parte, Francisco, que ya estaba cansado de que le robaran gallinas decidió ponerle fin a la tragedia y ese sábado por la noche se quedó velando su gallinero. Vio primero pasar a un rabipelado que entró a ver qué encontraba para comer, pero las gallinas se defendieron y salió todo picoteado por entremetido. Más tarde una lechuza se posó encima del gallinero, no obstante, viendo que las gallinas por nada se alborotaban decidió seguir su camino, así pasó parte de la noche, pero nada del cunaguaro. Luna, que desde la tarde tenía un escándalo ladrando hacia el depósito y hacia el almendrón, tenía a Francisco saboteado en su velada, por lo que, obstinado, sin tomar en cuenta las advertencias del animalito y pensando en su inutilidad, la mandó a callar y se fue a dormir.

Más tardó él en poner la cabeza sobre la almohada que Luna comenzar con su escándalo ladrando muy fuerte, alborotando a todos los perros de la cuadra. Indignado, pensó: no pude matar al cunaguaro, pero a esta perra le voy a dar un escarmiento, no juegue, desde esta tarde anda fastidiosa con su ladradera por nada. Sin embargo, esta vez Luna le tenía una sorpresa porque llevaba aferrado por el fundillo del pantalón a un jovencito cuyos ojos parecían salírsele de las órbitas por el susto, gritando ¡auxilio, esta perra me va a comer! ¡Yo quiero a mi mamáaaa! ¡Papáaaa! Los vecinos que ya habían llegado lo liberaron y felicitaron a Luna por su valentía, pero ella seguía ladrando hacia el depósito. Entonces surgió la gran pregunta, y este ¿quién es y qué hace aquí? ¿Qué hacemos con este gran carrizo? Olvidándose del cunaguaro, todos reaccionaron al mismo tiempo: ¡ajajá! ¡Conque tú eres el ladrón de gallinas!

—Oigan, yo no he robado ninguna gallina —explicó llorando el muchacho—, aunque ahorita mismo me comería el gallinero completo. Me perdí en la playa y como no encontraba a mis padres seguí caminando y me metí aquí sin querer, pero, esa fiera me correteó y se me guindó en el trasero —dijo señalando a Luna—, y solo pude esconderme allí. Luego lo vi a usted sentado vigilando con ese cañón, y yo no iba a salir. Cuando usted se fue a dormir las gallinas comenzaron a hacer escándalo y la fiera esa salió disparada hacia el gallinero; y yo, creyendo que me podía ir salí, pero ya venía ella detrás de un tigre que traía una gallina en el hocico y fue a esconderse donde estaba yo, con el susto logré taparlo con un cajón, pero ella me volvió a atrapar y es por eso que ese demonio está ladrando hacia allá.

Resulta que el cunaguaro era el gato grande de Magaly, que se metió a malamañoso, pues respondiendo a su naturaleza salvaje, ya no solamente le gustaba corretear gallinas, sino también comérselas. Y después de este suceso fue a parar a una jaula correctiva, el chico que estaba perdido fue recibido con un fuerte abrazo por unos amorosos padres y Luna fue reconocida como una heroína y mejor cuidadora.

De manera que ese amanecer dominguero, a los cantos de los pajaritos, se sumaron las campanadas de la capilla anunciando la misa, los loros y las guacamayas, como siempre, fueron hacia las matas de mango y peritas con la intención de darse su jugoso desayuno con sus deliciosas frutas y recibir el regaño mañanero de Francisco, pero esta vez también se encontraron a una orgullosa perrita dispuesta a hacerle honor a su bien merecido reconocimiento, ladrando alegremente hacia las matas para saludarlos con la expectativa de vivir una nueva aventura...

©Ada Maritza Crespo Pedroza

Adriana Prieto Quintero nació en Maracaibo, Venezuela. Ella ha estudiado Letras y Educación y ha cursado una Maestría en Literatura Venezolana en La Universidad del Zulia. Ha ejercido como profesora de Literatura y de profesora de español por más de diez años. También ha trabajado como escritora en diferentes proyectos educativos. Fue conductora, junto con la psicóloga Mildred Urdaneta, del espacio radial «De tal palo, tal astilla», en Alborada FM. Fue una de las coordinadoras del Colectivo Literario «Per-versos» y trabajó para la Biblioteca Pública del estado Zulia «María Calcaño», donde diseñó y ejecutó un plan regional para promover la literatura infantil y juvenil venezolana en diferentes comunidades. Actualmente cursa su PhD en el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances y Árabes de la Universidad de Cincinnati, Ohio. En el 2021 publicó el libro Where Are We From?, como parte de un proyecto de migración realizado con la ilustradora Mónica Andino, con los fondos de la National Association of Latino Arts and Cultures.

De mi madre heredé
la terquedad de sus manos
la quietud de la roca
el sol amaneciendo
la posibilidad de recomenzar
su voz permanece
a pesar de la noche y el silencio
en esta lejanía
suspendida
en otro tiempo

ella es
un pájaro que canta
ojos queriendo abrazar
calor nocturno
alegría repartida
si está ella
la oscuridad no existe
las voces son melodiosas
la sorpresa infinita
su presencia también es
noción de lo finito
temor a que se suelte la punta
del hilo que me sostiene

©Adriana Prieto Quintero

Caracas (1981). Abogada, fotógrafa y escritora. En el año 2016 publica su primer libro *Bruja Urbana* (ficción), y *Ophelia Ignota* en 2019. También es una prolífica escritora para medios como Vanidades México (versión impresa), Canino Mag (España), Huffpost (España), en los que desarrolla y analiza el papel de la mujer en la sociedad en nuestra época. Actualmente se desempeña como profesora de Autorretrato, fotografía en Film e historia de la fotografía en Venezuela en la Escuela Foto Arte, fotógrafa independiente y editora en la revista dedicada a la temática del horror Penumbria de México.

Redes Sociales:

Twitter: @Aglaia_Berlutti
Facebook: AglaBerlutti
Instagram: @Aglaia_Berlutti

Puerta abierta a la belleza

Uno de mis amigos más queridos es también, uno de los fotógrafos que más admiro. Con su enorme capacidad para traducir el mundo en belleza y arte, su trabajo siempre me asombra. Lo hace no solo por su poder, sino también por su profundidad. Durante las últimas dos décadas de su vida se ha encargado de hablar cámara en mano, sobre su visión de la mujer, el simbolismo y lo que considera hermoso. De modo que ha convertido la fotografía en un vehículo de expresión, una manera de crear, una idea que se construye así misma y que va más allá de lo meramente comercial.

Pero, en un país como Venezuela, el arte por el arte no existe. De hecho, me pregunto si en algún lugar del mundo te puedes llamar artista sin tener que pensar en que una parte debe ser más prosaica, el arte útil, como he leído en ocasiones. Debatimos el tema de nuevo, luego de una larga conversación que me dejó reflexionando sobre la disyuntiva y más aún, cuestionándome sobre lo que me hace desear fotografiar o escribir. O lo que es lo mismo, ¿la pasión creativa en estado puro existe?

—Yo tomo fotografías porque amo hacerlo y es un privilegio que pueda vivir de ese amor —me comentó, con esa serenidad suya que nunca he comprendido muy bien—, pero el hecho es saber dónde empieza tu trabajo, el valioso, el que muestra quien eres y donde termina el otro, el que usas, el superficial.

—¿No siempre es tu trabajo? ¿Comercial o personal?

—Siempre será tu visión, pero es poco frecuente que el trabajo más íntimo rompa la barrera de lo consumible.

Me quedé pensando un buen rato en la idea. He fotografiado durante gran parte de mi vida. Podría decir lo mismo de la escritura. De hecho, no recuerdo un momento de mi vida que no esté directamente relacionado con la fotografía o la escritura. Trabajo, construyo mi idea del mundo a través de las imágenes y las palabras. Pero en mi país, en la cultura en que nací, el arte es una manifestación que batalla contra su propia condena a la invisibilidad. Es una idea dolorosa, porque la mayor parte del tiempo, conozco artistas que se cuestionan sobre el poder del arte en un territorio yermo. ¿Qué es el arte en realidad? ¿una expresión de fe y de maravilla por el

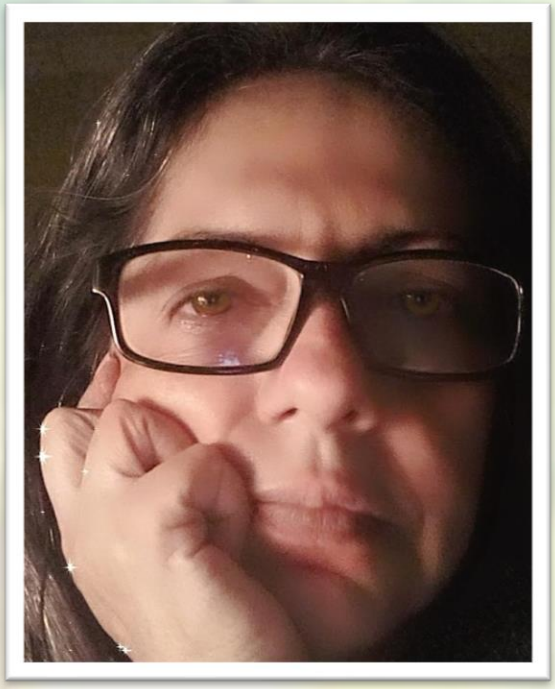
individuo? Leonora Carrington insistió en su libro «En Bas» que podía ser ambas cosas. Una forma de salvar el espíritu y destruir la incertidumbre.

Una idea poderosa. Todo artista y creador intenta comunicarse, expresar ideas a través de lo que hace. Y, no obstante, esa necesidad se tropieza —choca de frente, diría yo— con el mundo real, lo que sea que ese término quiere decir. Más allá de la privacidad, del placer de crear está la gran disyuntiva: ¿Ahora qué? ¿Qué hago con mis palabras, mis imágenes, mis versiones de la realidad, mis formas de crear? ¿Existe un límite que defina la calidad del arte a través de lo muy visible y reconocido que pueda ser? Es una pregunta que todo artista se ha formulado en su momento y que más allá, le ha producido inquietud. Todo artista desea que su obra sea apreciada, pero en una cultura de consumo, en una sociedad en donde el éxito se traduce en una manera de comprobar cuál es el valor neto de casa cosa, el límite entre lo que se muestra —como expresión— y lo que se vende —como visión— es difuso, cuando no inexistente. Una manera de mirar la propia obra como una pieza de valor, cuantificable y redituable. Lo cual es válido claro, pero no siempre coherente con la idea más pura, que cualquier creador piensa sobre sí y lo crea.

El arte no nació para ser el útil. El arte nació por la necesidad del hombre de comprender su propia individualidad. Una idea maravillosa. La pienso, mientras levanto la cámara y fotografío el rostro de un desconocido en plena calle. Lo hago inclinándome, captando su oreja en ángulo extraño, el resplandor de su ojo en medio de las sombras del arte. El desconocido se detiene, me observa y después deja de prestarme atención. Pero yo obtuve tu imagen, la robé. La eternicé entre mis propios símbolos. Es mi manera de ver el mundo. Una totalmente nueva, desconocida. Única. Más tarde, cuando imprimo la imagen en papel, sonrío otra vez. La incluyo con cuidado en mi colección de rostros e historias en mi cuaderno de historias, ese que llevo a todas partes y al que nadie muestro. Repleto de manzanas azules, de ideas creándose y mirándose así mismas nacer, una y otra vez.

Una manera de soñar.

©Aglaia Berlutti



Nació en Valencia, estado Carabobo (1960). Licenciada en Educación, mención Lengua y Literatura egresada de la Universidad de Carabobo en 1985. Actualmente docente jubilada. Ha participado en eventos literarios nacionales e internacionales. Finalista en el VI Concurso de microrrelatos «Otoño e Invierno», Año 2020 auspiciado por Diversidad Literaria, Madrid / España. Publicaciones: *Metamorfismo* (Cuadernillo de poesía «Hojas Sueltas») y *Una visita inesperada* (Cuadernillo de poesía) de la Editorial Giraluna. Su poesía aparece compilada en diversas antologías de España, El Salvador y Colombia, así como sus microrrelatos.

Dicotomía

Voy… Vengo…

Atravieso la calle desolada… Luz y sombra…

Cruzo la esquina,

y los espectros desaparecen entre la bruma enrarecida de la media noche…

En casa, en medio de intentos fortuitos,

descansa la pluma entre mis dedos esperando

un impulso de vida…

Señora de la noche

No toques a mi puerta, señora de la noche.

No es hora de visitas ni de pasar adelante.

Llegas con olor a jazmín, no de rosas,

entre vuelos de tules traslucidos,

disfrazando el momento de angustia entre luz y sombra.

No eres bienvenida, pero arribas,

actúas,

y cual ave carroñera.

comes y te vas.

Eres impredecible.

No hay marca en el tiempo para que llegues.

Cualquier momento es bueno para ti.

Muerte súbita

¿Cuándo murió el tiempo que no me percaté de ello?

Las horas volaron

como hojas secas en el jardín de los sueños.

Un sinfín de acciones inconclusas

quedaron en la nada.

El cuerpo agitado, ya cansado,

no resiste la debacle de la vida.

Sendos surcos desdibujan en el rostro pálido

muecas tenues

y líneas de un tiempo inexistente…

©Ainak Mireya Paredes

Nació en Caracas (1955). Ha desarrollado una carrera a lo largo de años en el ámbito empresarial. En los últimos 17 años se centra en el campo editorial, dedicada a la dirección creativa y producción de libros impresos y digitales. En 2016 obtiene el Diplomado en Edición de la Universidad Central de Venezuela. Ha producido entre otros libros *Historia de Venezuela, narrada año por año 1410-1640*. Editorial Edimax,02005. Colección Historial Colonial de Venezuela con *Tiempos de navegantes*, *El nacimiento de un país* y *El nacimiento de una capital*. Edición de Autor, 2016. *Sabina y el viaje a Virtuosia* y *Sabina en Inframundi*, Edición de Autor, 02015-2016. Además de la producción editorial realiza ilustración de portadas. Trabaja en proyectos de desarrollos web, diseño gráfico y sistema de información. En la actualidad es directora principal –Editora– en SGK-PLANET, sitio web dedicado a la lucha contra el cambio climático, con el reto de inspirar a la gente a adherirse a esta inmensa tarea de lograr un mundo más sustentable y justo para todos.

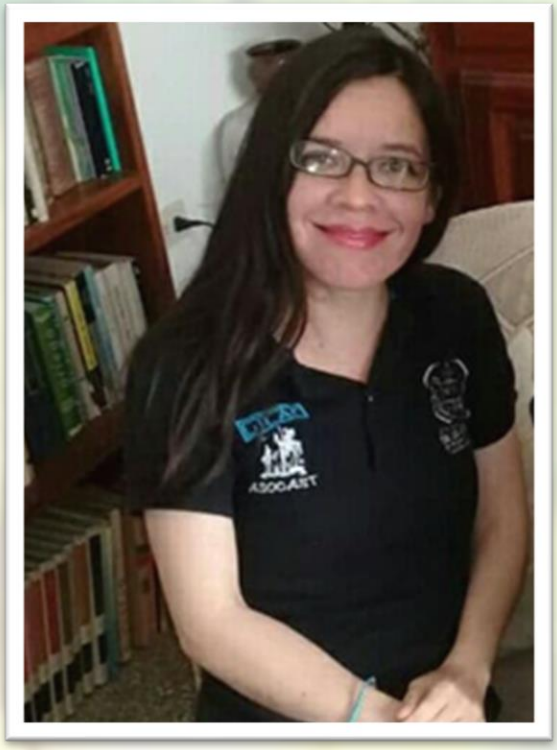
Análisis editorial en Venezuela

En los últimos años, y debido a la crisis que afronta el sector del libro en el país, hemos visto una merma importante en la oferta de publicaciones. Tanto las novedades como el catálogo de las editoriales se presentan cada vez más difíciles, por no decir imposibles, de acceder para los venezolanos.

Es entonces cuando aparecen en el medio editorial lo que llamamos «emprendedores», o sea, pequeños grupos de editores y editoriales independientes, profesionales y artesanos decididos a que en el país siga habiendo posibilidades para el libro y la lectura. Así surgen en los últimos años proyectos de pequeñas casas editoriales, casi en forma literal en cuanto al termino casa, pues estas funcionan a escala muy reducida, y en algunos casos, casi a título personal. No siendo esto en menoscabo de los atributos necesarios, sino al contrario, surgiendo propuestas muy creativas e ingeniosas, llegando en algunos casos a presentar productos finales de altísima calidad.

Y es ahí donde de nuevo hay cabida para los autores venezolanos y para los extranjeros traducidos a nuestra lengua. Oportunidad para los escritores consagrados y también para aquellos que emprenden la escritura como oficio y razón de ser. Nos damos cuenta entonces que aparecen con estos nuevos sellos editoriales, que están dispuestos a demostrar que más allá de las grandes dificultades hay entusiasmo para darle al libro su papel protagónico en la formación cultural y social del venezolano.

© Aíxa Chacín de Gerendas



Alexandra Alba nació en Bogotá, Colombia, pero reside en San Cristóbal, Venezuela desde los 8 años hasta la presente fecha. Es profesora de la Universidad de Los Andes en el Núcleo Táchira. Licenciada en Educación, Mención Español y Literatura, ULA, Táchira, posee estudios de posgrado en Promoción de la Lectura y la Escritura, así como también en Literatura Latinoamericana y del Caribe. Ha colaborado en distintas revistas especializadas en estudios literarios.

Aparece como autora en dos antologías del cuento tachirense *Ciudad en la niebla* (2007) y el *Cuento de horror tachirense* (2010), también ha publicado *Cuentos de la repetición* (2018) y *La experiencia poética de Hanni Ossott* (2010).

Mi juego favorito

La felicidad es el anhelo por la repetición

Milan Kundera

Estaban los cuatro en un *zephir* del 78 color vino tinto y atravesaban carreteras que surcaban el llano impasible. En el asiento de adelante una mujer y un hombre, ambos de mediana edad, él conducía, ella callaba; atrás un niño de, tal vez, doce años, moreno y de cabello ondulado corto. Al lado del niño una muchacha que aún no cumplía los treinta años, nada memorable, sin atributos. Surcaban la sabana y el viento aleteaba entre las ventanas a medio bajar y sabían, conocían muy bien su destino.

Casi al legar al Vigía habría una colisión entre ellos y un camión Ford 350 que los llevaría a una muerte ineludible.

Abrió la puerta trasera del auto y entró, como la primera vez se acomodó en el asiento y saludó a sus acompañantes de viaje. Sonaba en la radio una canción de finales de los noventa de *The Cardigans* que rezaba *I´m losing my baby… Losing my favourite game.* La canción hacia un maridaje perfecto con las líneas que la velocidad dejaba trazadas en las ventanas. La muchacha preguntó, como la primera vez, si llegarían a tiempo a Mérida. Ella tenía que estar a las 3:00 en punto, tenía que llegar sí o sí.

El niño le contestó con impaciencia que no llegarían ¿por qué volvía sobre el mismo tema cada día? La muchacha sin atributos recordó y dijo ¿y no podemos hacer algo para evitarlo?

Ya lo hemos intentado todo y siempre sucede lo mismo a las 12:15. Ya lo sabe. ¿Por qué lo vuelve a decir, otra y otra vez, cada vez que se sube en el mismo maldito lugar? Dijo el niño. Ella no dijo nada, solo se quedó contemplando el rostro del niño, niño eterno, eterno niño que ya estaba harto de la misma escena. A fuerza de repetirse había perdido la lucidez propia de la

infancia ¿si ya no era un infante, podría decirse que también en la eternidad pasaba el tiempo? ¿Aunque su cuerpo y su rostro fuesen el mismo siempre? ¿Es la eternidad un aro de tiempo estancado?

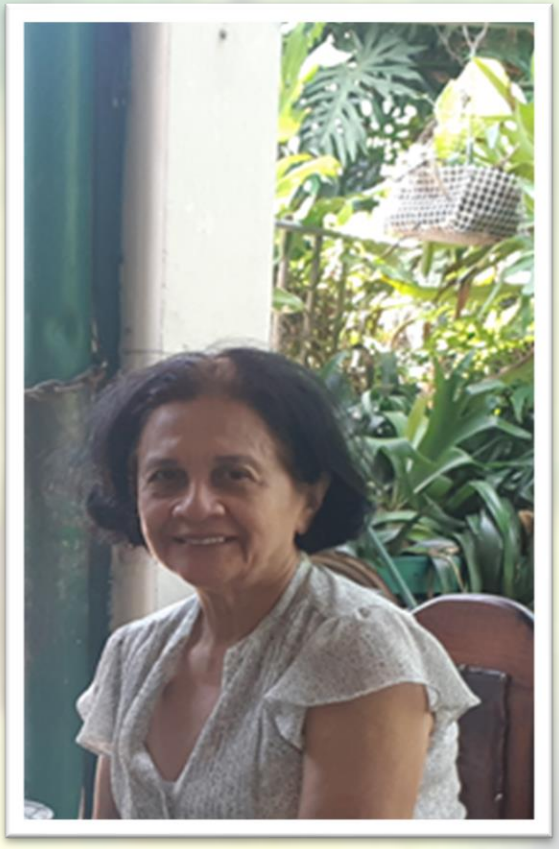
La mujer sin atributos no parecía tener memoria. Una memoria infiel, se puede decir, la hacía concebir esperanzas cada día. La hacía olvidar su destino. Sí, existe el destino y es una llaga que supura hasta el día que se cumple.

Las praderas salpicadas con vacas flacas y pacientes coronaban cada flanco del viejo auto, mientras la mujer sin atributos trataba de comprender como salir del auto. Se dirigió al conductor, quien alguna vez había sido su padre y le dijo:

—Déjeme aquí, por favor, no quiero seguir.

Impasible el hombre al volante la miro por el retrovisor y detuvo el auto. Ella se bajó, ahí en medio de la nada. Otra vez.

©Alexandra Alba



Nació en Uracoa, estado Monagas, Venezuela (1941). Reside en San Cristóbal, Táchira, Venezuela.

Autora de los libros: *Como el hilo sin perlas/ Viaje al universo poético de Enriqueta Arvelo Larriva*. Mención especial en el II Premio Nacional de Literatura Estefanía Mosca. Mención ensayo, Alcaldía de Caracas, Fundarte (2011). Publicado el mismo año por el Fondo Editorial Fundarte. En 2012 este libro ganó el Premio Municipal de Literatura, mención Investigación Literaria, otorgado por la Alcaldía de Caracas.

El río bajo el río/ Un viaje por los territorios de la memoria y de los sueños. Zócalo Editores, Rubio, estado Táchira, Venezuela (2018).

Mi encuentro con miss Emily

Seguramente escribí poemas antes y también después de mis dieciocho años. Pero el que encontré hace poco en una libreta, en el fondo de una caja, es el único que conservo de esos tiempos. Vaya a saber cómo sobrevivió a tantas mudanzas, viajes, pérdidas y destrucciones de papeles. Dice así:

Esta pequeña cosa
…alguien podría hacer la suma…

Emily Dickinson

Más que la suma
alguien podría
elevar a potencia desde cero a infinito
esta pequeña cosa que atesoro
o extraer su raíz
cuadrada, cúbica o enésima
sin que nada ocurriera.
Su sino es el del uno
todos los resultados
llevarían a ella misma.

Lo estoy leyendo y me sonrío al recordar aquella época, cuando estudiaba ingeniería –de allí la referencia matemática– y descubrí a Emily Dickinson. Yo andaba, de antemano, entusiasmada con la poesía y algo desencantada de una carrera tan ardua que me hacía pasar mis días, y buena parte de mis noches, resolviendo ecuaciones y teoremas, algo tan alejado del mundo literario que empezaba a resultarme muy grato.

Conocer a Emily Dickinson –miss Emily para sus contemporáneos– produjo en mí algo más que entusiasmo. Hubo un vuelco en mi vida, rompió todos mis esquemas. Y no fue solo su poesía sino también su personalidad. Caí en una especie de locura, de esas que solo nos ocurre a los dieciocho años. Leí todas las cartas y poemas suyos que pude encontrar traducidos al español, varias biografías y cuanta crítica o análisis conseguí de su obra. Me enteré de que se encerró en su casa, sin recibir a nadie, dedicando sus días a cuidar su jardín y a escribir. También supe que se vestía únicamente de blanco y que siempre la acompañaba un perro grande que le regaló su padre.

Emily Dickinson se convirtió en mi ídolo, mi modelo a seguir. En mis sueños me veía vestida de blanco, escribiendo poemas y llegué a convencerme de que todo era cuestión de escenografía. Si los elementos de la escena estaban presentes la escritura saldría de mi pluma –era importante escribir con pluma– como si la misma Emily me lo dictara.

Y cumplí mis sueños. Allí estaba yo encerrada en mi casa paterna, que era una casa amplia y solariega con un gran jardín. Abandoné la universidad y me dediqué a escribir cartas y poemas y a cultivar el jardín –la afición por la jardinería la tuve desde niña, lo que me hizo llegar a pensar que yo podía ser la reencarnación de miss Emily– y para completar la escenografía me conseguí un perro grande.

Había leído que miss Emily salía algunas veces a pasear con su perro por las colinas y yo decidí hacer lo mismo, pero como no tenía en las proximidades unas colinas me pareció lo más indicado aprovechar un cerro que quedaba detrás de la casa. No era muy alto, pero su ladera tenía una fuerte pendiente y el suelo estaba formado por una arcilla de color grisáceo que durante la estación lluviosa se convertía en una masa pegajosa y difícil de transitar. Era julio, en pleno invierno (como llamamos acá el periodo de lluvias), y con mucha dificultad logré subir hasta una pequeña planicie, aprovechando un senderito con algunas piedras en forma de regresiva, que me permitió el acceso. Allí me detuve a mirar la ciudad y a buscar inspiración poética en el paisaje circundante. Por supuesto, llevaba el traje blanco y largo que solía vestir a diario, un sombrero

de ala ancha y a mi perro, pastor alemán, sujeto a una cadena liviana que se enganchaba en su collar. Mientras miraba los alrededores sujeté la cadena de Comanche, a una de mis pulseras. De repente apareció, por detrás de la casa, una perra que, según supe después, estaba en celo. Apenas la vio Comanche, mejor dicho, la olfateó, emprendió carrera, ladera abajo, por la vía más corta. A mitad del camino se zafó la cadena de mi pulsera y quedé tendida en el suelo. Estaba aporreada, el sombrero había volado y el vestido blanco quedó completamente cubierto de barro. Mi aspecto era patético y ridículo; estaba muy adolorida, pero haciendo un gran esfuerzo me incorporé y, a pesar de las lágrimas, me eché a reír.

En ese momento decidí ser yo misma. No más Emily Dickinson.

San Cristóbal, Venezuela, septiembre de 2005

©Alicia Jiménez de Sánchez

Nació en Caracas (1954) Psicóloga egresada de la Universidad Católica Andrés Bello. Terapista del lenguaje, artista visual, y Diplomada en Artes Visuales Venezolanas. Ha sido asidua asistente a las tertulias y a los Talleres de Poesía dirigidos por la poeta venezolana Edda Armas, entre los que se encuentran Convergir Poético, El Mirar Poético y Miramientos Poéticos dictados en la Librería Kalathos en Caracas.

En la Revista *Trópicos*, de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, Año XX, Vo.1, 2021 publicó el artículo *Las poesías de la infancia no se olvidan*.

Su primer libro, *Punto en lo incierto*, 2021, la palabra, la imagen, la fotografía y los poemas se entrelazan. Los versos son reflexiones y sentimientos de vida, atemporales y distantes, que, conectados con las imágenes fotográficas, muestran su peculiar universo.

No has vivido
hasta no haber estado en una
nube salada
con botones de cotufas.

No has vivido
hasta no haber estado en una
rama
sentada frente al cielo
volando el pájaro de Dios.

No has vivido
hasta no haber estado en una
barca
sujeta al remo
de los brazos del piloto.

No has vivido
hasta no haber estado en una
tumba
sumergida
en lágrimas de dolor.

Tu tronco desprende faros alumbrando el horizonte
Parado frente a ti alcanzo el punto de fuga.
Hacia el infinito de retícula a textura
te paseas con alturas que mis ojos no ven.

Trazos mentales encajan en tus tiempos
Tu piel tiene líneas dibujadas con tensión
Luces duermen en tu corteza afeando tu presencia
Soporte tajante sostiene la corona de metal caliente.

Tú eres vertical, yo horizontal,
tú eres tiempo, yo movimiento
Tú eres majestuoso, yo profundidad
Tú estás, yo te encuentro
Tú sostienes la luz, yo prendo mi mente
Los dos somos punto de fuga hacia el infinito.

©Alicia Weiser Blanch

Fotografía: ©Jacqueline Montes

Nació en Mérida, Venezuela (1977). Ciudadana del puente. Poeta, ingeniera, actriz y productora de teatro. Jefa editorial de Nueva York Poetry Review y de Ablucionistas. Magister e investigadora en Literatura. Fundadora de Catharsis Teatro y Púrpura Poesía. Ha realizado tertulias artísticas desde el 2012 en Venezuela, Ecuador, Colombia, Chile, Uruguay y Argentina. Publicaciones: Mortis (monólogo), Criptofasia (relato). En Poesía: El canto del pez, Dioses proscritos, Añil, Cándido cuerpo mío, Fisuras y Fiebre. Premios: V Concurso Internacional de Relatos SttoryBox, España (2016), Premio Internacional de Poesía Candelario Obeso, Colombia (2016), Premio Internacional de Poesía Alfonsina Storni, España (2019), Premio Ediciones Embalaje de Poetas Colombianas Museo Rayo (2020) y finalista del Premio Internacional de Poesía Pilar Fernández Labrador, España (2021).

Ofelia

Soñé con Ofelia.
Exprimía la muerte en sus velos,
sonreía y cantaba.

Dando pasos cada vez más corpóreos
hilvanaba sus últimas horas
y los antiguos caminos devolvían el tiempo.

En toda ella, blanca y exacta,
festejaba la corriente,
ya que Ofelia misma era el río.

Algunos hablarían de la caducidad
de los fantasmas, pero sus aguas
rechazaron la insolencia de la muerte.

La infantil sombra asomó los verbos iniciáticos
reclamó lo que otros habían robado.
Observó a los dioses con indiferencia
hasta precipitar sus templos.

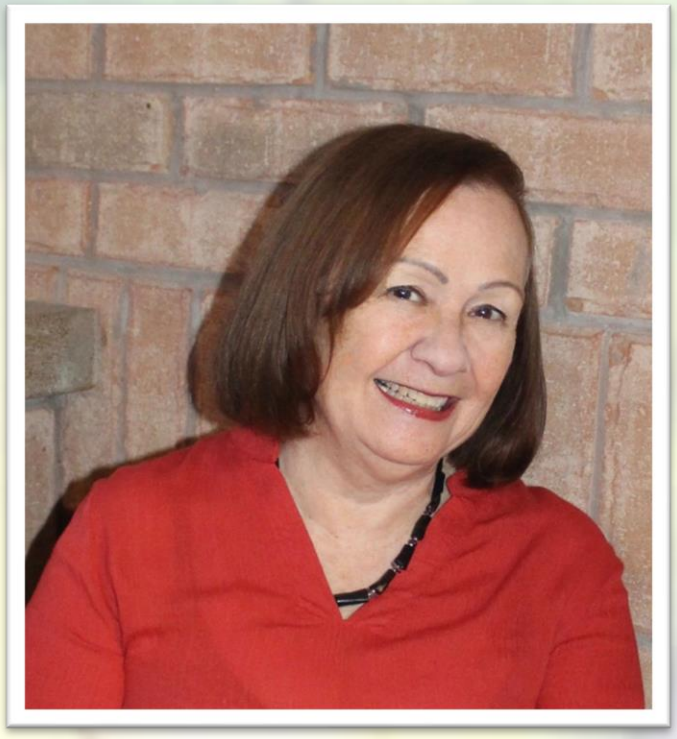
Y al decirse viva invocó las fuerzas naturales,
y el agua se tornó cuerpo,
y el cuerpo transmutó en habla
y así; portando la palabra precisa,
con la tierra en las uñas, la mujer erigió un continente.

Ni una hoja cayó del árbol a su espalda,
nada se le negó.

Al restaurar el orden de las cosas
volvió a sonreír Ofelia.
Solo esgrimió
un adiós con la mano pálida y un guiño
antes de volver al sueño que me haría despertar.

Del libro *Fiebre* (Nueva York, 2021).

©Amarú Vanegas



Nació en San José de Costa Rica. Es profesora de Biología por la Universidad de Costa Rica. Vivió en Venezuela más de cuarenta años, allí se desempeñó como docente. Fue Consejero de la Embajada de Costa Rica en Venezuela. Fue miembro de la Directiva del Círculo de Escritores de Venezuela. Ha publicado poesía y narrativa en Venezuela, Costa Rica y España. Ha sido traducida el inglés y al francés. Sus escritos aparecen en revistas y en libros de arte. Ha sido ponente y ha leído sus poemas en los festivales internacionales de escritores y artistas en la Residencia Internacional de Escritores en Val-David, Quebec. Actualmente reside en Canadá.

Hambre de acontecimientos

Saltaba los cuadrados de la acera sin tocar los bordes. Llevaba el ritmo cantando «Samaracanda», «Samaracanda», «Samaracanda», en cada cuadro. Luego lo hacía saltando en un pie. Tropezaba con las personas que iban o venían. Mamá avanzaba lentamente con mi abuelita. Lalita tenía una pierna inútil por una inyección «mal puesta». Ella se apoyaba en el brazo de mamá. Las medias de Lalita eran de punto, color beige y sus zapatos eran negros, pesados y tenían cordones del mismo color. Su pie derecho siempre estaba torcido hacia adentro. «Párese en la esquina, gritó mamá. No atraviese la calle, que la puede atropellar un carro». La canción de siempre, por el susto de la hija única.

En la cuadra siguiente, la «señora neurótica», como la llamaban las vecinas, lavaba la acera con agua de carbolina y pasaba una escoba para llevar el agua hasta el caño. El agua mezclada despedía destellos de colores cardenillo y un olor agradable. Más adelante estaban las oficinas de médicos y consultorios de abogados había filas de pacientes y de clientes frente a la puerta. «Doctor Octavio Va-len-zue-la», leía yo. «Médico "Pis-quia-tra"». «¿Qué es pisquiatra?». «El que cura la cabeza de los enfermos», contestaba mamá. «Licenciado Bernabé Gu-ti-érrez, Abogado y Notario ¿Qué es notario?». «Deje la preguntadera», decía mamá disgustada. El cura, alto delgado y muy moreno, salía de su casa. Una sotana negra y un bonete también negro con un pompón en la parte superior adornaba su cabeza. «Mamá y por qué ese padre vive en una casa y no en la casa cural?». «¡Sh, sh, sh!». Exclamaba mamá con disimulo «¡Ave María purísima! No sea tan indiscreta».

Nueve años, no era tiempo suficiente para conocerlo todo. Llegamos a la casa de la hermana de papá, a quien yo no llamaba tía, porque me mandó a decir que "no la llamara así". Asunto que no comprendí hasta mucho después. Cosas de familia, así dicen. Esa casa estaba al lado de la farmacia, donde papá era dependiente. Allí, divertido, confundía el paregórico con el espíritu de vainilla.

Contemplé el edificio Maryland. Me gustaba, era diferente, muy lujoso para la época y el lugar. Tenía tres pisos. Era un edificio de apartamentos, Art Decó. Estaban arreglando los balcones y el techo. Contemplé de arriba abajo y de abajo arriba. Me quedé mirando a un obrero que estaba montado en un andamio, cargaba una varilla, quizá de hierro. Dio media vuelta, la varilla tocó

un cable de la electricidad. El hombre tembló como en una convulsión, luego fueron muchas convulsiones. Por último, se oyó un ruido seco y hueco, el hombre cayó al piso, levantando una polvareda de cemento y yeso. Los que estaban cerca lanzaron gritos. Yo no pude gritar porque quedé paralizada. «Está muerto, dijo el médico psiquiatra que venía llegando al consultorio y se acercó al grupo». Yo nunca había visto a un muerto, solo a un angelito en su ataúd de pobreza en la provincia, mi primo había dicho, que ese no valía como muerto, porque era solo un niño. Una vecina salió de su casa con una sábana blanca, es que, en ese tiempo, no había sábanas de colores, mucho menos con diseños, ella se acercó y se la puso encima al cuerpo. Un hilillo de sangre se deslizó hasta la alcantarilla, llena de musgo, verde intenso. Me llegó un olor extraño, entonces me pregunté si así olería la muerte, era un olor frío y gris. Regresamos a casa y mamá pasó tomando café negro todo el día. Las manos le temblaban y estaba pálida. No sé por qué estaba tan afectada.

Les conté a Miriam y a Ruth lo ocurrido. Lloraron y salieron de mi casa con los ojos colorados. Yo no podía llorar. Yo quería que jugáramos a las escondidas y al cuartel inglés, pero ellas no querían. Esa tarde llovió y pensé que la sangre de la esquina ya se había lavado. Al día siguiente, en forma de coágulos, la sangre, seguía en el sitio.

A los dos días me fui a la casa de Rebeca. Era la casa de adobes al frente de la mía. El olor a pan horneado me quitó de la mente el olor extraño. Leímos un rato y nos fuimos al patio de las gallinas. Celia nos miraba desde el otro lado de la cerca. Era la ayudante de Betina, la anciana vecina. Nos saludó con su mano y sus ojos soñadores nos saludaron también. Me llegó un olor muy fuerte a infusión, se me revolvió el estómago. El aire llegó denso y decidí irme a casa.

Esa noche tragaba a regañadientes una sopa de pescado. En eso llamaron muy fuerte a la puerta Mamá abrió. Era la señora Amelia, muy inquieta. Aproveché el momento para dejar la sopa en la mesa y me acerqué a ver qué pasaba. «Es la muchacha, la que ayuda a Betina en los quehaceres, se tomó un bebedizo de ruda, perejil y anís, abortivos de primera y está con una hemorragia y vomitando». En ese momento vi que llegaba un carro de alquiler y entre dos personas la montaron atrás. Vi sus brazos muy blancos y velludos, en uno llevaba un reloj pequeño y en el otro una pulsera plateada con un dije en forma de sirena. Su cabello muy negro y ensortijado le llegaba a la cintura. Celia me agradaba, su sonrisa y sus hoyuelos en las dos mejillas me parecían fascinantes, deseaba parecerme a ella. El carro se dirigió rumbo al hospital. Mamá siguió nerviosa, tomando café y mostrando un gesto de gran preocupación. Esta vez tomó un cigarrillo

de papá y se puso a fumar. Al día siguiente sonó de nuevo la puerta, era la señora Amelia. «Murió la muchacha, dijo y también el bebé».

Abortivos de primera, hemorragia y bebé. Tuve que enlazar esas tres palabras y preguntar por fuera, pues en casa, nadie me quería aclarar. Fue así que comencé a conocer la importancia del diccionario. En la vecindad se sentía un olor a muerte, a muerte fría y gris, lo supe identificar. Esa era avenida seis, que conducía directo de mi casa, al hospital San Juan de Dios y a la morgue, después de bajar la cuesta de la pulpería El Fígaro. Las dos muertes, casi tres, en la misma avenida ocurrieron con dos días de diferencia.

En la radio no dijeron nada de los dos hechos, que para mí no eran intrascendentes. Llamé por teléfono a Radio Titania, el corazón me latía descontrolado, como me pasaba siempre que me dirigía a alguien desconocido. Me atendió un señor muy serio, le conté las dos historias y le pregunté si no pasarían las noticias. El señor rio al oír la voz de una niña diciendo esas cosas. "Mire", me dijo «aquí solo transmitimos música, no damos noticias». Entonces llamé a la radio que era, «La primera con las últimas noticias», y me contestaron: «es que esas noticias no son importantes, en esta emisora solo damos noticias de impacto». ¿Cómo no iban a ser impactantes esas noticias si mamá había pasado llorando, tomando café y fumando? Y para mí, era la primera vez que veía a la muerte tan de cerca. Me invadió una sensación imprecisa. La indiferencia ante la dimensión exorbitante de algunos acontecimientos me produjo mareo. Fue allí donde me di cuenta de que de por vida me había golpeado la palabra.

©Anabelle Aguilar Brealey

Nació en el estado Miranda, Venezuela (1978). Licenciada en Letras de la UCV, con estudios en la Maestría de Teatro Latinoamericano en la misma institución. Tallerista de poesía y ensayo en los grupos de Armando Rojas Guardia, con participación en algunos recitales organizados por el movimiento del Jamming Poético. Investigadora en arte y literatura juvenil. Editora de Alhilo Editorial. Docente y mediadora de literatura en colegios e instituciones educativas. Publicaciones: 102 poetas Jamming, de Oscar Todtmann Editores (2015) y Cien mujeres contra la violencia de género, coordinado por Violeta Rojo, Virginia Riquelme y Kira Kariakin, publicado por Fundavag Ediciones (2015). Aficionada al collage como técnica de ilustración desde el año 2017, con el grupo de collagistas de la Sala Mendoza, coordinado por el profesor y artista Rafael Castillo Zapata.

Cápsula

A los que vivimos adentro
La casa familiar como descenso
y el tráfico como una síncopa

Frenar y avanzar
puentes colgantes de humo y automóviles
bullicio de gasolina
todos los sentidos distorsionados entre ruedas

En la cápsula
la casa familiar va conmigo
y su descenso
es un espacio de ciudad sellado
una pista de aterrizaje encofrada en la vigilia
túneles
autopistas
avenidas principales
casas vivas pasando de largo
gifs de piñata en la tarde

Suena el heladero a lo lejos
y la ciudad que es también casa
es casa de la que no tiene llaves para sonar
dando la vuelta a la redoma
aunque escuchemos el ruido al fondo
la fiesta de todos al otro lado

©Annabel Petit Alvarado

Nació en Caracas (1963). Actriz, fotógrafa, escritora, promotora cultural. Desde 1996 radica en la ciudad de San Cristóbal, estado Táchira en la zona de frontera de Venezuela y Colombia. Allí ha realizado la mayor parte de su trabajo artístico. Como actriz ha trabajado en teatro y televisión. Mantiene la columna *Anagrafías* en la revista literaria Letralia.com. Como fotógrafa ha hecho reseña del hecho cultural desde hace veinticinco años, tiene en su haber la participación en más de veinte exposiciones fotográficas entre individuales y colectivas. Como Promotora Cultural preside la asociación Civil *El Ojo Memorioso* dedicada al resguardo y mantenimiento de la memoria histórico fotográfica del hecho cultural, así como la promoción y difusión de artistas y creadores de diversa índole, nacionalidad o especialidad a través de las redes sociales y de la producción de eventos. Tiene presencia en las redes sociales como *El Ojo Memorioso*: Instagram, YouTube, Facebook y el blog: anabertalopezyel ojomemorioso

De ausencias

Ahora la vida es al revés, antes la construía desde las certezas, que las creía pocas y ahora veo que eran muchas, que eran todas; ahora intento construir desde la incertidumbre, desde la falta, desde la ausencia. Y de la ausencia van estas letras.

Sin duda que mi esencia continúa en mí, yo –básicamente– sigo siendo la misma persona, pero lo que ha sido mi mundo, mi entorno, se va deshaciendo sin prisa, pero sin pausa. La imagen que me asalta cuando pienso, es la de un trozo de tela batido por el viento que se va deshilachando hasta desaparecer.

En estos tiempos muchos afectos se han ido, han emigrado, dejando huecos en la foto del panorama. Otros han fallecido entonces unos huecos se suman a los otros haciéndose más grandes. Intento construir con los despojos que los ausentes dejan. El mueble de este, los discos del otro, la camisa de ella. La vida se volvió un recuerdo, una nostalgia que un día duele más que el otro, que siempre va a un «¿te acuerdas cuando…?», en los puntos suspensivos ponga el lector el recuerdo o la nostalgia que mejor le siente.

Terca y neciamente, o porque quizás no queda de otra, intento retoñar como ese viejo árbol de la avenida talado en nombre del progreso y la comodidad, que con gran porfía insiste en levantar sus frágiles retoños al sol, luchando por seguir viviendo, reinventándome para que este mar de ausencias no me arrastre. Para no sucumbir en manos de esa tristeza que sigue allí, que todos los amaneceres se asoman tratando de agriar la jornada.

Cada día es una incógnita, una aventura, aunque no lo parezca porque la incertidumbre es el diario vivir. No sé qué pasará, ignoro si mis retoños llegarán a ser ramas, solo entendí que el camino aún está y debo andarlo, aunque las ausencias pesen como colosales cruces y el desapego sea lo que minimiza el dolor. El punto, es llegar a ese desapego…

©Ana Berta López

Escritora, productora audiovisual, y consultora de guion (Venezuela, 1956).

Autora del poemario *Las puertas del sueño*, publicado por el sello editorial Stella Darío (2019).

La luna, Julia y el telescopio, cuento premiado en el concurso de La Nota Latina (2020).

Máster de cine y televisión en la University of Southern California. Entre sus documentales destacan A los pies de Canaima y Tierras de agua dulce presentado en las Naciones Unidas, así como los realizados para las series televisivas Viajando con Polar y Expedición, sobre temas ambientales.

Ocaso

Esta vez

huyes sin saberlo

vuelves conociendo

el mismo sitio

redoblado el cuerpo

redoblado

la mano detenida

amenazante

intrusa

prestamista de almas

testigo primera y última

de mil puertas

batiendo las miradas

en un duelo

de estragos

y de furia

Pero nadie pudo oírte

Te quedaste gritando solo

sin que nadie te oyera

un grito espantoso

primario

quedó amarrado a tu garganta

y en mi despertar esa mañana

te encontré dormido

mejor dicho

deshecho entre mis brazos

con el ardor de las palabras entre los huesos

y las líneas de los sueños descosidas

dónde estoy ahora

balbuceabas

dónde estoy ahora

Te conocí esa tarde

cuando sin mirar siquiera

corriste a la azotea de la cárcel

la Modelo

para saltar al vacío

una sola palabra exigías

un solo destino para tu deseo

Aún escucho tus gritos

un eco inagotable infinito

confesando el robo de las cuatro gallinas

que te llevaron al espanto de saberte violado

a los dieciocho años

una y mil veces

te quitaste la ropa

frente a ellos tus compañeros

pedías como quien ruega por la vida

un disparo para tu cuerpo

así desnudo

implorabas por los pasillos

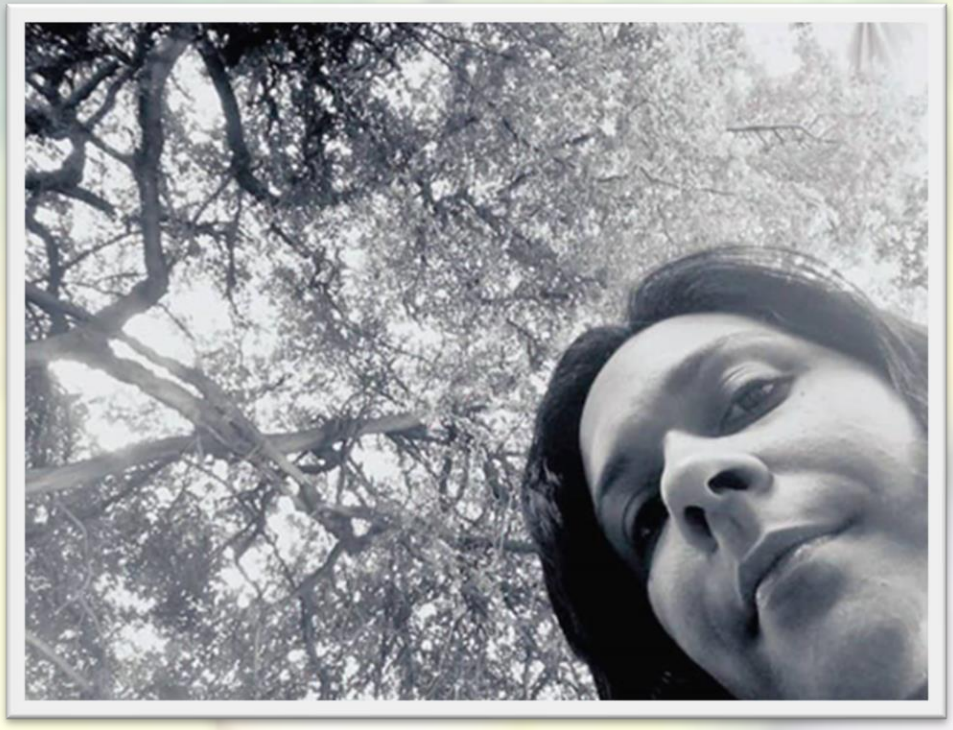
ante los fusiles de los guardias

tu decisión de muerte

pero nadie pudo oírte

Las puertas del sueño (2019).

©Ana Cristina Henríquez



Barquisimeto, Lara, Venezuela. 1981. Licenciada en Letras y Magíster en Literatura Venezolana por la Universidad del Zulia. Profesora e investigadora de la Universidad Nacional Experimental «Rafael María Baralt», espacio desde donde impulsa proyectos de formación en las áreas de lectura, escritura y educación. Ha publicado en diversas revistas académicas, literarias y culturales. Por el ensayo Maracaibo literaria y sentimental, recibió el Premio de Literatura Stefania Mosca en el 2017. En versión digital publicó la *Editorial Urgente* su primer libro de poesía, *Breves de la memoria* (2018) y *La escuela de música y otros relatos* (2020). En la actualidad promueve por YouTube el canal *Autopista del Sur* (en Instagram @delsurlaautopista), dedicado a la difusión de la literatura, el arte y discursos sobre la lectura y la escritura.

Si no tiene explicación

si son hechos fortuitos
si no depende de tu voluntad
si eres un imán
para estar en el mismo lugar de la noche
si sientes que el mundo te señala
si todo pesa como una larga condena
si te agobias y crees que ya no puedes
no importa
pasará pasará
y vendrá de nuevo el sol en la mañana
y estarás despierta
y recordarás las palabras para Julia
y asentirás
porque también a ti te revolcó la ola
y te desvelaron los aullidos en enero
y la vida siguió ahí
alerta alerta
esperándote.

Nos liberamos

cuando dejamos de insistir donde nadie nos recibe
cuando aceptamos que aquello pasó
y no hay nada allí que valga la pena
que valga tu pena
y los insomnios

Nos liberamos
cuando ya no nos importa agradarle a quien ignora
a quien evade y posterga
a quien te aplaza
cuando adviertes que el rechazo
es una flor marchita y seca

Nos liberamos
si dejamos pasar como agua de río
todo lo que de a poco hacía mellar la piedra
Crecimos sí
Sólo importa ahora
la sonrisa de quien se quedó a tu lado
la mirada a la que dimos vida
los brazos que nos resguardan
igual del frío que de las pesadillas
y nos invitan siempre siempre a soñar
a estar de pie
dispuestas para la conversa.

Maternidad

Una fuerza sobrenatural que te levanta
un impulso que te eyecta a la superficie
una determinación que no da lugar al titubeo
un remanso donde resguardarse de la lluvia
Un espejo que nos devela misterios
que hasta entonces no habíamos podido interpretar
se convierte en puerta
nos invita a recorrernos
Entramos halando de un hilo
como del cordón umbilical de nuestra madre
vamos más y más atrás
a las abuelas
Entendemos las repeticiones
pensamos en nuestros miedos
y esa fuerza mayor los transforma
en valor en serenidad en sosiego
Vamos más y más atrás
hasta que ese hilo cordón raíz
conecta con la tierra
el punto inicial del universo.

Poemas inéditos.

©Ana Felicia Núñez Orellana

(Caracas, 1962). Periodista, músico, docente y, ahora, escritora. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela. Trabajó por 26 años como periodista cultural en El Nuevo País, El Globo y El Universal. Tiene estudios de Maestría en Arte, por el Instituto Pedagógico de Caracas y de Maestría en Musicología Latinoamericana por la Universidad Central de Venezuela. Como guitarrista ha participado en varios festivales en Caracas, Ciudad Bolívar, Choroní, Puerto La Cruz, Barcelona. Desde 2017 reside en Lima, una migrante más de los más de cinco millones de venezolanos dispersos por el mundo, cursa la Maestría en Escritura Creativa por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, trabaja como profesora de guitarra y acaba de obtener el Primer Premio en el Concurso Venezolanos Radicados en el Perú organizado por la Asociación Pluma Libre de Piura con el cuento titulado «Apura el paso» Es autora de la novela histórica *El cuaderno de Juana Francisca,* disponible en Amazon, y de los poemarios *Rosa flamígera,* y *Veinte sextinas.* Además de libros de relatos y crónicas.

La reina de Macuto

Este poema es por todos los que han tenido una pérdida en alguna catástrofe natural. Aquí se refiere al deslave de Vargas, una terrible vaguada acontecida en diciembre de 1999. Si bien es cierto este es un fenómeno que sucede cada 40 años aproximadamente, el del 1999 ha sido el más devastador de todos: el litoral central venezolano cambió la costa, que se extendió mar adentro unos cientos de metros. Esta pieza la encontré cuando bajé a Macuto para una cobertura periodística sobre la situación del Castillete del pintor Armando Reverón.

En ese mediodía de diciembre
de mil novecientos noventa y nueve
el manto de Tánatos en la playa:
la vaguada (peñascos horror sombras)
arrastró casas con sus habitantes

el sordo lamento de la tristeza,
incertidumbre, lágrima, abandono,
ningún rastro quedó del Castillete.

Te vi malherida sobre el escombro
donde algún día pintó Reverón
te vi sola, triste, arena y salitre,
lloraste la muerte de tus peones
te rescaté del barro, vi el silencio

Cuéntame ¿dónde quedó tu tablero
cuando te hallé derrotada en Macuto?
describe los dedos que te tomaron
quítate el polvo, Reina de Ajedrez,
corazón de madera, despintada

¿Qué fue de tu Rey después del deslave?
Di, Majestad ¿quién ganó la partida?

©Ana María Hernández Guerra

Nació en Caracas. Poeta, escritora, ensayista, médico psiquiatra y psicoterapeuta. Ha colaborado en diversas páginas, blogs y revistas literarias, de arte y de psicoanálisis, nacionales e internacionales.

Premio de narrativa Julio Garmendia (UCV Dirección de cultura, 1984).

Algunos de sus poemas han sido publicados en las siguientes antologías digitales: *Diario poético de los tiempos adversos* (Public Arte Digital 2019). *Poesía en voz alta, Una lectura por la vida y por la libertad* (Caracas,2019). *Pasajeras. Antología del cautiverio* (Editorial lector Cómplice, 2020). *El vuelo y la claridad.* Antología 2020. Círculo de escritores de Venezuela (Editorial Diosa Blanca, 2020).

Autora de varios poemarios inéditos y de dos libros publicados: *La fiesta de los náufragos* (Editorial Diosa Blanca, 2015), y *El beso del Arcángel* en coautoría con el poeta colombiano Leonardo Torres (Oscar Todtman Editores, 2018).

Escribo estando dormida. No logro la iluminada estrechez de la consciencia. Reúno semillas sin nombre, sin origen. Siembro en la tierra negra del alma, esperando que mi vientre humedezca la semilla y crezcan tallos, repletos de vástagos anónimos.

Escribo dormida palabras atravesadas de savia, con pecíolos erguidos y nervaduras dispuestas a la urdimbre, pero carentes de fotosíntesis. Palabras que se deslizan haciendo surcos en los troncos recién nacidos, sin tener un final de camino, sin la piedad conocida de una puerta.

Escribo palabras que mastican el cieno acumulado en mis bajos fondos. No he comprendido aún el idioma de los despiertos, esos que dictan cátedra y silabean encíclicas. Mi voz es una semilla enterrada que recibe el bautizo en la vertiente lustral del sueño.

Me resisto a despertar. Soy una con este dormir en la orfandad de los dormidos, aquellos que recuestan su cabeza en la noche de las calles, en la vecindad de los desechos. Soy una con aquellos dedicados a cuidar con paciencia la simiente del sueño, sin estrellas fugaces ni deseos. Escribo escuchando un dictado que viene de la raíz, del vértice de la materia oscura.

Susurro canciones vegetales, olorosas a humus y a misterio. Mis palabras balbucean criaturas deformes, inocentes de toda singularidad, aspirando solo la bocanada áspera de lo profundo. Mientras tanto, persisto en el dormir. La vigilia no me atrapa, huyo de ella porque sufro cada vez que abro los ojos. Vengo de atroces despertares.

Sueño que estoy insomne contando números primos. Soy la dormida, la que mengua, la luna oscura. No rozaré la verdad del despierto, no alcanzaré el satori.

©Ana María Hurtado

Nació en Caracas. Es Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela, Caracas. Mención especial en Poesía XIX Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre, 2013. Premio de poesía Latin Heritage, Washington, Estados Unidos (2012). Poemarios: *Cadaqués, palacio de viento* (2013). *Extranjera de por vida* (2014) Editorial Lector Cómplice, Caracas. *Blackout* (2021) El taller blanco ediciones, Cali. Novela: *Al azar del viento* (2012) Editorial Lector Cómplice, Caracas. Cuentos: *Con los ojos abiertos* (2008) Fondo Editorial del Ipasme, Caracas. *Creí que me besarías antes de partir* (2009), Areté Editora, Caracas. Ha sido publicada en Aguascalientes, México, Cuenca, Ecuador, Washington, Estados Unidos, Heidelberg, Alemania y Barcelona, España, y en varias antologías. En la actualidad es profesora e investigadora de Literatura multicultural femenina en la Universidad Metropolitana, Unimet, Caracas.

Blog: Ana María Velázquez Ana María Velázquez
Twitter: @velazquera
Instagram: @anamar_velazquez

Cerrada está la casa

Perdimos la batalla, Pachacamac
No supimos defendernos
Cada uno trajo su propia oscuridad

Por eso decidí la fuga. Fuga, sí, porque a este afán de irme no puede llamarse exilio.

Costó tomar la decisión. Nos iremos juntos, eso dijimos, Abel y yo. Nos iremos a morir en otra parte, al amanecer o al sol del mediodía, donde el acecho de los tigres hambrientos no sea una realidad cotidiana.

¿De qué lado están los árboles? Si giro la cabeza hacia la izquierda, me parece que al abrir los ojos allí estarán, pero nunca están. Las ramas que veía antes a través de la ventana ya no están desde que murió mi madre. Mucho menos el gran árbol al lado de la puerta de entrada. Desde hace mucho no están los árboles en su lugar, giran en el aire con sus raíces arrancadas, como víctimas de un huracán. Entre vivos y muertos. Cada giro que dan me confunde más. Voltean sus ramas hacia un lado y otro como si aún quedara vida en ellos, pero yo sé que no, que la mitad ya está muerta.

No sé desde cuándo espero amanecer en otra tierra, no en esta a la que pertenezco por destino, no a estos árboles que no han cesado de girar ni un instante en mucho tiempo.

Llegan los momentos de cambio. Uno los siente por la fuerza de la brisa que mece las ramas y levanta los papeles del escritorio. Es mejor olvidar que un día una caminó estas calles y se detuvo a mirar las nubes que cubrían la montaña, a lo lejos, como esperando que fuera a llover y se estropearan tus zapatos nuevos o se volara tu falda y dejara al aire tus piernas. Es mejor olvidar que había sitios a los que deseabas ir de fiesta el fin de semana. Es mejor olvidar la cascada del parque o el Museo de la ciudad donde quedarán los cuadros de Reverón atrapados en esa luz clara y diáfana de Caracas. Es preferible dejar atrás este mundo que me perteneció alguna vez, es mejor olvidar todo y marcharse.

Nada se puede llevar una de una ciudad que ya no existe y que gira eternamente como los árboles arrancados de su sitio después de la tormenta.

Despedirse es excavar en tumbas olvidadas. Las fronteras están cerradas. Algunos pueden abrir puertas, otros, tendremos que conformarnos con el vuelo efímero de una gaviota para desaparecer un día, quizás flotando en las aguas del mar, a punto de caernos y ser alimento de los peces, de los delfines, de las ballenas, aunque se ha dicho que ni los delfines ni las ballenas comen carne humana.

Si no puedo salir del país por las fronteras, lo haré por la gran frontera acuática que es nuestro mar caribe. Mar de los indígenas, de los navegantes, de los corsarios, de los desesperados, de los vencidos. Somos los vencidos. Lo supe el mismo día en que sentí el aliento de los tigres pegado a mi espalda mientras yo corría por el callejón oscuro después de las clases en la universidad.

Nunca volteaba a mirarlos. Les temía. Además, la niebla impedía que viera sus fauces abiertas. Como una novia de la muerte corrí siempre en la oscuridad tratando de salvarme de la luz que, apenas saliera, me dejaría expuesta ante los enemigos. Esa fue la novia de Abel, la esposa que le tocó. Una mujer que corría hacia adelante huyendo siempre. Él lo sabía. Por eso dijo que sí, de inmediato, cuando le hablé de matrimonio y de la posibilidad de marcharnos. Nos iremos juntos.

Temer se convirtió en verbo en primera persona: yo temo, tú temes, nosotros tememos.

Recobrar el miedo que sienten los niños a la noche fue la única forma de salvarnos.

Algunos dirán que esto es mi testimonio. Una carta de despedida. Una forma de decir adiós de las muchas que cada noche sueño en el ahogo asmático de una madrugada que me obliga a levantarme a buscar el inhalador para dejar fluir el aire en mis pulmones.

Cada vez es más difícil, cada vez me falla más el aire. Cada vez es menor la ayuda. No quiero terminar mis días en esta ciudad fracturada por altos muros de silencio y desidia, donde dejamos de vernos unos a otros, donde no podamos más con nuestras distancias y desencuentros, donde el ahogo sea la medida de nuestras vidas y la remesa el signo del triunfo social. Presagio de nuestras futuras muertes en soledad, predichas de antemano por una gitana mestiza, ahondada y sucia, destino trágico que se escribe todos los días en el libro negro de los lamentos.

Un día un ave canta a destiempo en un paisaje gris, cuando ya sabemos que pronto seremos exiliados. Y todo el orden se rompe. Y ya nada vuelve a ser como antes, aunque nos pidan milagros, virgen de la milagrosa, virgen madre que intercedes ante tu Hijo, rey celestial, virgen gloriosa y misericordiosa que nunca nos desamparas. Amén.

Un día te das cuenta de que ya no quedan ni siquiera ancestros a quien velar porque a todos los han sacado de sus tumbas por falta de vigilancia en el cementerio. Las tumbas abiertas permanecen como bocas aullando por los cadáveres robados. Lejanas las velas, los cantos, las

oraciones. Aquí ya no se vela a nadie. Hay una pandemia y no se puede con tantos cadáveres reventando de enfermedad. Solo nos queda escuchar el aullido de la tierra, de la madre tierra, que se queja todas las noches mientras tratamos de conciliar un sueño intranquilo, quebrado por el susurro en el oído que no sabemos de dónde vino en medio de la oscuridad.

En la fragilidad de los sueños, en lo que no tiene base ni sustento, fui perdiendo piso, fui perdiendo materia, fui perdiendo todo.

Ya no existe la casa ni la gente ni nadie que recuerde el pasado antes de la ruptura de fuentes de un país que comenzó a parir con dolor mucho antes siquiera de haberme parido a mí y a mi desconfianza. Perdidos estamos, Abel y yo, Adán y Eva, los primeros en sufrir el exilio, Caín y Abel, si fuéramos hermanos en la decepción, Caín, como quien cae cien veces por un abismo. Temerosos estamos de navegar el mar caribe y volver a caer entre las olas salvajes o en las mandíbulas de una ballena cancerosa y demente.

Cerrada está la casa. Cerrado el luto de mis vestidos. El negro de mis máscaras. Ya no existe lugar adónde volver. Ya no hay un lugar dónde sentirse segura.

Solo la loba anciana puede hablar con la verdad porque ha sido apartada a la fuerza de los suyos y mora en una montaña alta donde se puede ver su silueta en noches de luna llena:

«Márchate ya, vete descalza, bota la ropa, bota los libros».

Vuelve a hablar:

«De ahora en adelante tendrás un país de olvidos que no extrañarás ni aun viviendo en un nuevo caos, porque no habrá ningún lazo que te una a él. Benditos los que dejaron atrás a sus hijos solos y a sus padres sin enterrar. Benditos los que inyectaron y pusieron a dormir a sus mascotas antes de marcharse. Benditos los que pudieron cortar los lazos afectivos y no les tembló el pulso al comprar el pasaje. De ellos será el reino de los cielos. Tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor».

Desciende la madre loba de su altura y nos señala que vamos al exilio más muertos que vivos, las fauces de las tierras abiertas, de todas las tierras a las que vayamos, esperando también por nosotros como las tumbas saqueadas de nuestros padres. Abel y yo nos inclinamos y pegamos la frente a la tierra. Aceptamos el designio de la loba. Es hora de partir.

#paraguachí13demarzo2021

#díadelunanuevaenpiscis

©Ana María Velázquez

Nació en Maracay (1992). Artista multimedia queer y poeta venezolane (elle/ella). Estudió Arquitectura en la Universidad Central de Venezuela (2015). Realizó trabajo de investigación en el Proyecto Helicoide (2014) de la historiadora Celeste Olalquiaga. Compositore y productore independiente. Ha lanzado tres EP's de música electrónica: Celuares (2013), Experiments (2016), Debut (2018), disponibles en Spotify, Bandcamp y Apple Music. Colaboró en el evento El Calvario Puertas Abiertas (Barrio El Calvario, El Hatillo, 2015) invitade por el artista plástico Rafael Reverón Pojan, musicalizando su instalación. Su trabajo visual fue publicado en la colección de artistas nacionales de la Organización Nelson Garrido, en cuyo portal web escribe la columna La Celda Hermosa, desde el año 2021.

Instagram: @nuwanliss / **Twitter:** @nuwanliss **Facebook**: nuwanliss

bandcamp / spotify / @nuwanliss

Snorlax

a mí no me importa publicar mi intimidad
yo puedo andar desnude si no hace frío

a mí me han golpeado siempre
sangro y nazco
todos los días camino
sobre cadáveres
el musgo es el arma de mi dignidad

yo no te hundí cuando la policía se burló de
tu violencia en mi cuerpo,
inmortal: *no quiero que violen*
a nadie

no te hundí en los ojos de tu padre:
roban desiertos juntos

mi ética no quiere decir tu nombre:
cuido a los mártires de la muerte rápida

mejor voy usar tu puño
como rastro de miga vencida: todo lleva a ti

un aviso para quien vea debajo de tu hueso,
que lea en mi hueco la forma de tu huella:

un toro que embiste a cinco hombres
llora porque quiere jugar
a las escondidas
pisando mujeres

cómo me duele ver a cualquier hombre sin pasado:

un cuchillo en un ojo

si me encuentras, que te duela

Nuevos colores

hay días que sólo puedo escribir nuevos colores
garganta apretada, ovario quema
uña pelada vergüenza
bolsa de un té que no me gusta
planta casi muerta barbijo sucio
anda,
agarra el reloj
tíralo en la ausencia

unas manos
me ofrecen, juntan
algo que no quieren darme
tiro flechas
para matarlas

hay días que sólo puedo escribir
pito en el oído
pupila en la niebla

he dejado sueltos varios
inventos que me atacaron,
no supe diseñar
la herida

hay días que
rezo
para que no maten
flores que van a nacer
y aún no lo saben

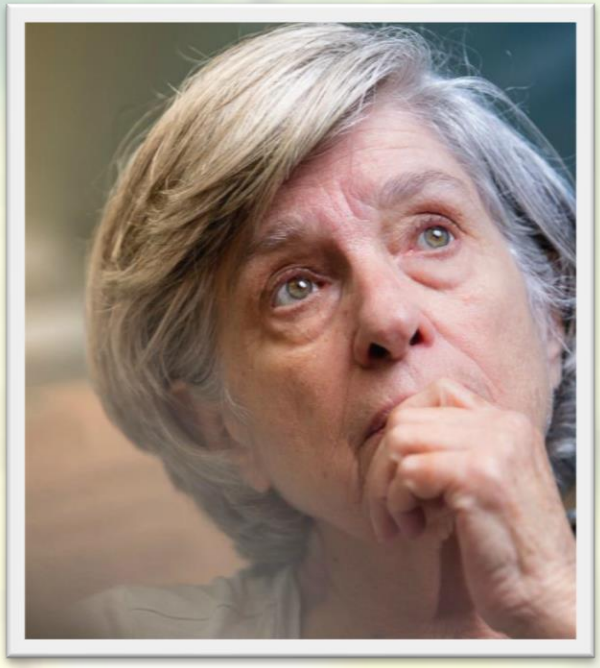
yo creía que una pirámide era más pana que un volcán
pero el volcán se lleva lo que encuentra
no mira
estalla en su tiempo,
muere humilde.
a la pirámide la hicieron

hombres sangrando
para guardar
cadáveres
egoístas, ellos mismos
las rompen para verse

hay días que solamente
juego que existo
con ojos de vidrio
que miran
sin dar las gracias

hoy quisiera
sangrar acostada,
agradezco ser un cuerpo
que gesta

©Ana Mirabal Mujica (Nuwanliss).



Fotografía: ©Roberto Mata

Caracas (1945). Es autora de las novelas *El exilio del tiempo* (1990). *Doña Inés contra el olvido* (1992). *Vagas desapariciones* (1995). *Malena de cinco mundos* (1997). *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999). *La favorita del Señor* (2001). *Cuentos completos* (1966-2001). *El corazón del otro* (2005). *El exilio del tiempo*, 2ª edición (2005). *Me abrazó tan largamente* (2005). *Nocturama* (2006). *La fascinación de la víctima* (2008). *La escribana del viento* (2013). *Diorama* (2021). En ensayos, biografía y memorias ha publicado: *A beneficio de inventario* (2000). *El alma se hace de palabras. Cinco ensayos sobre escritura y psicoanálisis* (2003). *El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX* (2003). *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana* (2009). *Lya Imber de Coronil* (2010). *El oficio por dentro* (2012). *Fervor de Caracas. Una antología literaria de la ciudad* (2015). *Diario en ruinas* (1998-1917). En psicoanálisis ha publicado: *Elegir la neurosis* (1992). *El amor como síntoma* (1993). *Territorios eróticos* (1998). *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina* (2007). *Viaje al poscomunismo* (2020) Relato de Ana Teresa Torres /Fotografías y documentación Yolanda Pantin.

Futuro como paisaje

Una montaña oscurecida por una nube descendiente como si fuera uno más de los edificios que rodean mi ángulo de visión. Una promesa de lluvia, quizá, pero también, como es frecuente, un inesperado regreso de la luz esta tarde de sábado silencioso. Sí, ahora mismo, entre los árboles se iluminan al fondo las balaustradas de la terraza de una casa («quinta» decimos en Caracas) que impenitente ha resistido su demolición. No por mucho tiempo. Delante del mínimo recuadro que puedo ver de esa terraza un muro, al que me parece le está haciendo falta una mano de pintura, delimita de nuevo mi perspectiva. A la izquierda algunos ventanales del edificio vecino, a la derecha la continuidad del muro, y en frente unos postes de luz y una mancha de grama que los niños han abandonado. No hay ninguno jugando esta tarde de agosto, probablemente están de vacaciones.

En el interior mi visión limita con la pantalla del monitor al frente, y a derecha e izquierda estantes de libros que siempre esperan mi misericordia para ser ordenados. En desorden, pero al menos leídos, pienso. Al alcance de mi mano izquierda un teléfono del que espero una llamada que no llega, y cerca de mi mano derecha un porta hojas que me regaló mi hija hace tiempo y que ha resultado ser muy útil para almacenar notas, memos, y papeles de trabajos que escribo o pretendo hacerlo próximamente. Más arriba, en la pared que enmarca la biblioteca, una foto de mi hija cuando cumplió quince años, y abajo una de mi hijo a los siete. La ventaja de la maternidad es que siempre se sigue queriéndolos como entonces, cuando niños. En la pared contraria, una caricatura de Freud analizándose a sí mismo, obra del artista Pancho, que ilustró mi primer artículo de prensa en 1983, y me regaló Miguel Otero Silva. Encima un afiche del Día del Escritor, de 1991, en recuerdo de un congreso de escritores que no tuvo continuidad, pero fue muy bueno. Y a la derecha, pegado de la ventana, otro afiche, éste de una señorita decimonónica que lee poemas de Víctor Hugo y le hace publicidad a la Librairie Romantique; no recuerdo cuándo lo adquirí. El futuro de todos estos objetos en cierta forma me preocupa.

Trato de ir más allá del túnel de mi visión y encuentro varios obstáculos. Esfuerzo mis ojos para divisar por encima de los árboles y sospecho que vería rostros endurecidos. El cinismo tiene la propiedad de endurecer el rostro. La montaña que alguna vez amé (y sigo amando por momentos) me parece ahora una pared recubierta de cartulina verde y marrón, dispuesta para hacernos creer que es natural, pero no es así, es la cerca que se aproxima. Si levanto la vista

puedo observar que continúa aproximándose con su paso ineluctable (por usar un adjetivo muy del gusto de García Márquez). Debo, entonces, si no quiero quedar aplastada entre ella y las estanterías, las que quedan detrás de mí y que no he descrito por ser similares a las ya mencionadas, alejarme. Los seres humanos tienen dos respuestas básicas –recuerdo de cuando era estudiante de psicología–, que comparten con los animales: la lucha y la huida. Elegiré la huida porque veo inútil mi posibilidad de enfrentarme a la montaña, cada vez más pegada del marco de la ventana. Ahora que estamos tan cerca, la montaña y yo, puedo detallar que, en efecto, es una escenografía. Alguien la ha colocado allí, y ladrillo a ladrillo ha construido su opacidad. Alguien, supongo, a quien no le gusta que las personas vean el futuro.

La montaña, que ahora sé es una cerca, está a punto de tocarme y puedo distinguir los rostros. No los nombraré. La nominación es una forma de dignidad. Están allí para decirnos que son el futuro. Por el contrario, estoy convencida de que son el pasado, pero, he allí el problema. Pasado y futuro son solamente puntos referenciales. Nada hay absoluto en ellos. Por ejemplo, veo las fotos de mis hijos y me hablan del futuro. Entonces, cuando se tomaron las fotografías es ya pasado, pero ahora ellos han llegado a su futuro. Esa frase me inquieta porque la cerca que era la montaña también se aproxima a su ventana, aunque no lo sepan, o prefieran decirme que no lo saben. Otra ventaja de la maternidad es que los hijos nos aman como entonces, cuando niños.

Así que –dirá el lector- tantos proyectos y prefiguraciones para un país vulnerado como pudiese haber anotado, y a esta mujer no le importa otra cosa que sus hijos. Vaya decepción, qué escritora tan sentimental. Recuerdo un verso de un poeta que alguna vez me gustó y ahora no sería capaz de leer: «cuando ya nada se espera personalmente exaltante». Pero miento. Vivo exaltada. Espero el futuro más que nunca. En la juventud todo es el mismo paisaje. La visión es tan amplia que detrás de cada montaña hay un valle, o el mar, y luego otra orilla. Hay, a cada paso, una nueva visión que despliega sus inagotables imágenes. Llegados a la cima, y comenzado el descenso, pensaríamos que se desvanecen, pero no es así, milagrosamente persisten.

Tomado de: *El oficio por dentro* (2012), pp 285-287. Caracas: Alfa. Biblioteca Ana Teresa Torres Nº 8.

©Ana Teresa Torres

Nació en Maracay, Venezuela (1991). Ha participado en el taller de Creación Poética (ICREA, 2018), talleres de poesía en La Poeteca y personalizados, dictados por la poeta venezolana Gabriela Rosas.

Ha sido publicada en la Antología «Diarios de encierro» de la Editorial Índigo Editoras (España, 2020). Obtuvo el tercer lugar en el concurso de poesía de la Alianza Francesa (2020) y quedó como tercera finalista en el IV Certamen de poesía venezolana «Ecos de la Luz» de Ediciones Palíndromus (2020).

I

Tuve el cuerpo hundido en otra piel
la nostalgia enquistada en una pierna
Quise ser ave que migra.

Escuché el sonido de una piedra que selló el sepulcro

Sábado Santo duró cuarenta días.

II

Desea
esta espera no es indiferente
Importa poco si es tu aire
o el de Roma
Aquí o allá estoy contigo
detrás de la piedra
la verdad.

III

¿En qué rincón intacto permaneces?
El tiempo es otro
Si no miras el reloj
el tiempo es otro.

©Ani Babojian

Poeta venezolana de origen canario, ha publicado los poemarios *Aclaratoria* (2013). *Imprudencias* (2014). *Gula* (2016). Sus poemas han sido publicados en los libros colectivos «Festival Luis Natera» (2020). «Mujeres 88, Antología poetas canarias» (AOC, 2017). «Palabra y Verso» (2015), y «Festival Luis Natera» (2020). Es Abogado (2005) y Licenciada en Comunicación Social (1995) por la Universidad Central de Venezuela. Su formación periodística se refleja en sus poemas, escritos en verso libre y de estilo intimista, confesional y social. La autora tomó talleres con los poetas venezolanos Rafael Cadenas y Armando Rojas Guardia, así como cursos de literatura en la cátedra de Adriano González León, fallecido escritor y poeta venezolano. Ha participado en los Festivales «Grito de Mujer» y «Festival Palabra en el mundo». Actualmente es miembro de la Asociación de «Escritores y Escritoras Palabra y Verso». «Nueva Asociación Canaria para la Edición» (NACE) y del «Círculo de Escritores de Venezuela».

Próximamente presentará su cuarto poemario, Cuadernos de La Atlántida, con prólogo de Berbel de Canarias.

Las hembras

Las hembras paren a sus hijos y entierran a sus maridos.
Después se mueren sin lamentarse,
con una comprensión que lo abarca todo.
No se rompen, se secan las lágrimas que saltan y siguen adelante.

Las impulsa la vida, no saben hacer más.
Las hembras desean, devoran, protegen,
lamen las heridas de los otros, nunca lamen las propias.

Desgarran la carne con las uñas, gritan con gemidos que atraviesan paredes,
atrapan con brazos y piernas, aspiran los aromas hasta el último aliento.
No abandonan: se desinteresan, genuinamente.
Quieren comerse el mundo en cada hombre,
echan un hombre al mundo en cada parto.

Viven, intensamente, y no esperan.
Escuchan las largas sinrazones de los que lo esperan todo.
Sonríen, a veces, con indulgencia.
Se exasperan, únicamente por sus hijos,
piensan que todavía hay algo por hacer, algo que pueden salvar.
No se creen fuertes, (lo son, sin saberlo).
Lo esencial las diluye y las seduce.

Hacia allá se dirigen.

Se precisa la herida

Yo vengo de una generación de mujeres terribles
solas como ángeles perversos
de aquellas que no saben renunciar
Yo vengo del naufragio

Yo nací de la casta de esas que no se distraen con los pájaros
Somos las que se asoman al vértigo
y una poblada de hachas y colmillos nos cercenan los pies

Yo soy la madrugada en pleno mediodía
No hay levedad en mí
Ráfagas de metralla el hielo el silencio que hiere los oídos
Roce lunar. Espejo

Todas llevamos esta herida que los otros no miran
La tachan de desdén de enfermedad de capricho de histeria
Las mujeres se enredan en sus ciclos de luna

Y nosotras partimos, derivamos
Tenemos laceradas las plantas de los pies

Yo soy punto de fuga y el exilio
al otro lado, se llama Poesía

©Angela Molina

Estudió Letras en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá, Colombia y Educación en la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, en Caracas, Venezuela.

Ha sido profesora de creatividad en Fundación Senior, Centro de Educación María Montessori, Federación de Ateneos, Fundarte, Museo Jacobo Borges, Comunidad del Barrio El Pedregal, y otras comunidades populares de Caracas.

Fundadora y profesora del Taller Infantil El Taller. Publicó una recopilación de poemas y dibujos de los integrantes bajo el título *Poemas y más Poemas*, en 2001.

Sus alumnos han recibido numerosos premios en dibujo y poesías en Venezuela y en Japón.

Poemas suyos han sido publicados en las revistas *Eco*, *Imagen* y *Hojas de Calicanto*. Es autora de los poemarios *Al Borde del Pensamiento*, publicado en 1990. *Virgen Santa*, y *El Aire que Seré.*

Adentrémonos
en cielos
que se abren
de divina presencia.
Invitan a pasar
por corredores
hechos de miel
alegre
que hacen renacer
el regocijo
oculto.

Se pierden
las estrellas
en el silencioso
cuarto
oscuro
sin ventanas.
Sueño de lejos
lo que se derrumba
en los días sin fin
que almacenan
quejas
en cielos
ensangrentados
Susurra
un rezo
en lo más profundo
de la angustia
aliviándonos

©Antoinette Roche Rolando

Nació en Valera, Venezuela (1939). Escritora y diplomática, autora de una vasta obra entre las que destacan las novelas: *No es tiempo para rosas rojas* (1975, reeditada en 1983, 1994 y 2004). *Ojo de Pez* (1990). *De Raposas y de Lobos* (2001). Los cuentos: *Reliquias de trapo* (1972). *Feeling* (1983, obra reeditada en 1997). *La Última de las Islas* (1988). *Al filo de la vida* (2004). Los ensayos: *Lo Bello/lo Feo* (1983). *Novela Nostra* (1991). *El Duende que dicta* (1998). En poesía publicó *Nomenclatura cotidiana/Naming day by day* (1971). Asimismo, ha sido galardonada con varios premios.

VII

Dibujo en el aire
tu cara iracunda
tus labios apretados
tus manos dispuestas al ataque
tu costra cómplice
tus lágrimas suicidas
tu risa en crisis
En esa dimensión Eres palpable.

XXVIII

Y
Allí me quedé
Viendo pasar el incesante desfile de los muertos
Poseyente
En un trono de papel
Coronada con un móvil de peces fosforescentes
Estornudando sobre mis cicatrices
Rumiando la vergüenza de haber soñado.

Poemas del libro *Naming day by day/Nomenclatura cotidiana,* tomados del blog: «Bitácora para lugares reencontrados».

©Antonieta Madrid

Caracas, 1962. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela.

Poemarios publicados: *La Distancia por Dentro.* Premio Ramón Palomares 1994, editado por Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela (UCV). *AzuL e j o s* Premio Lucila Palacios 1997, reedición por Autores Venezolanos, Caracas, 2014. *SE ES* Colección Espacios Culturales, Santo Domingo, República Dominicana, 1999. *Buen Camino. Hacia el Camino de Santiago.* Areté Editora, Caracas, 2008. *Bo Camiño / Bom Caminho* (2da edición con Traducción al galego y portugués), Areté Editora, Caracas, 2014. Antóloga de la *Antología de versos de poetisas venezolanas.* Editorial Diosa Blanca, Caracas, 2006. Antologada en *Peregrinas por el Camino de Santiago.* Editorial Casiopea, Madrid, 2010, entre otras antologías.

Se desempeña como profesora en el departamento de Humanidades de la Universidad Metropolitana (UNIMET), en Caracas. En la misma universidad es también Coordinadora académica del Diplomado: Literatura del mundo y del Diplomado en Escritura Creativa.

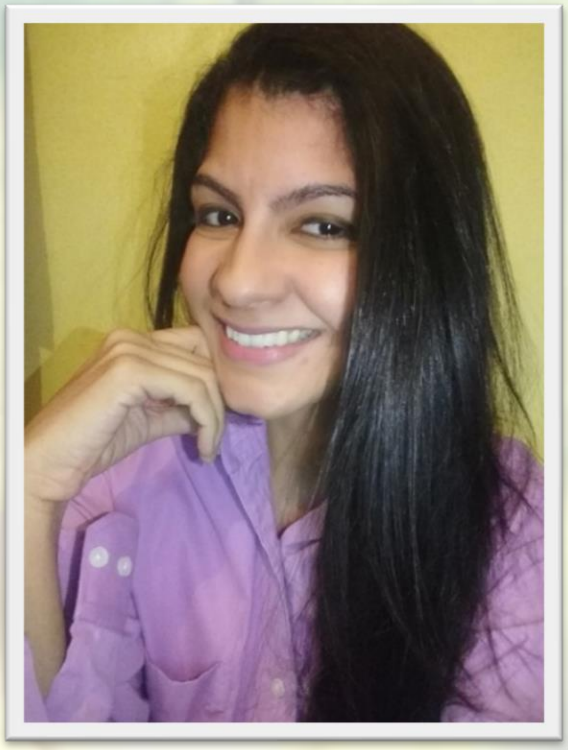
Este año, preside el XIV Encuentro Internacional de Escritoras EIDE, a celebrarse en noviembre 2021, en modalidad virtual, desde Caracas como sede anfitriona.

Tal vez la verdad original
está guarecida
al último lugar del planeta
donde esté resguardado
lo humano en extinción.

Fe

Creer en lo que no existe
es el deseo
silbido interno.
Creer y no voltear
moverse al revés
seguir el *reggae* de las ranas
el perfil de los cangrejos
lo aledaño del mapa
el dibujo del Principito
los paisajes de rompecabezas
la estrella al abrir una lechosa,
la facilidad del amor
sin condiciones.

©Astrid Lander



Nació en Maracay, Venezuela (1984). Poeta, editora y docente. Fundadora y directora encargada de la editorial Dirtsa Cartonera (Maracay). Autora de los poemarios *Azules de mi infancia* (2004). *El octavo pecado* (2007). *Urbano* (2008). *Plaquette Astrid-Gloria* (2008). *Paraíso de los insomnes* (2014). Cursó estudios de artes y actuación, mención dramaturgia. Ganadora en 2001 del Concurso de Poesía Interliceísta «Rafael Bolívar Coronado» y del Primer Premio en el XI Concurso Literario «Nélida Cisneros» en Maracay. Obtuvo mención honorífica en el Concurso de Literatura Augusto Padrón 2006. En 2008 participó en el XV Encuentro de Mujeres Poetas de Cereté, Colombia. En el 2012, por su trayectoria poética y cultural, recibe el reconocimiento «Nuevo Valor en el Arte» otorgado por el Centro Cultural Higuaraya Capanaparo, en su ciudad natal, Maracay. Desde el año 2013, de forma ininterrumpida, coordina y organiza la Feria del Libro Usado en Maracay (FLUM) un evento para promoción del Libro y la Lectura, y las Artes en fusión. Ha participado en diversos talleres literarios y ha presentado ponencias tanto en el ámbito literario como el científico, nacional e internacionalmente.

Ego

Esta otra que soy
habita en una editorial.
Duerme arropada de libros
y souvenirs de la memoria.
La mirada de ella
es la otra mitad de mí.
Y es ese 50 %
quien escribe estas líneas.
Ella
destruyó instituciones
hizo de lado los tabúes.
No pidió permiso para su vuelo.
Ni mucho menos para su canto.
Ella
quien insiste en repetir el error
para, desde algún bar, llorarlo siempre.
Es Astrid.
No hay un solo tropiezo,
ni una sola metida de pata
que no me pertenezca.
Toda esta ruina que soy
es mi mejor edificación.
No hay otro arquitecto.
No existe otra persona
capaz de merecer estos pedacitos de mí.
Y si alguna vez, pronuncié algún nombre
fue porque yo quise nombrarlo,
rey, conde o plebeyo.
Fui yo
quien vendió las entradas VIP.
Fui yo
quien puso la alarma
para despertar el día, a la hora exacta
de la pena.
Acá no entró nadie sin su pase.

No hubo arroceros.
Creí en la dedicatoria del libro
en el poema debajo de mi almohada
en la canción hecha con mi nombre y apellido.
Creí en el para siempre
como en el hasta que nos dure.
Caminé a escondidas por ser la bruja malvada
pero, también fui princesa de todo el reino.
Estuve en las nubes
y me dejé caer en las brasas.
Estrellé mi cabeza contra el asfalto
y la sangre que aún corre entre las grietas
la veo pasar. Y como si no me doliera. Vivo,
cosiéndome la herida.
Porque no supe quedarme donde me querían
ni hija
ni esposa
ni amante
ni mucho menos, madre.
Me lo dejé, muy en claro, como lista de mercado pegada a la puerta de la nevera.
Y, aquí estoy, casa 83 de La Esperanza.
Barro las huellas, las guindo al sol.
Echo sal en cada uno de los rincones,
haciéndole caso a mis latidos
que son como el croar de una ranita en su estanque.
Y aunque todo me haya salido de la patada.
No llevo la culpa de seguir a otros.
No tuve manual
pero lo escribo a diario
e hice el mejor brebaje
para que el amor me exterminara.
Lo confieso. Muero en cada sorbo
pero voy sin deudas
como Astrid. La Cartonera.
Perdonándome.

©Astrid Salazar

Nació en Maracay (1982). Psicóloga social egresada de la Universidad Central de Venezuela. Escritora aficionada, tarotista, mujer creativa. Maestra en Estudios de la libertad femenina por la Universidad de Barcelona y magister en Literatura comparada y estudios culturales por la Universidad Autónoma de Barcelona. Asesora de contenido en: La Marsha de los elefantes (2012), dirigida por Henrry Ramírez. Sonidista y asesora de contenido en: Ramasaya (2016), dirigida por Daniel Paz Mireles. Productora y co- guionista en: Vestalia (2018), dirigida por Daniel Paz Mireles. Coeditora en: Project Motherhood (2020), dirigido por Michal Babinec y Lea Hanzelova y coguionista en: La Intemperie, dirigido por Daniel Paz Mireles, 2021.

Oclusión

He querido llenar todos los lugares

todos los poros de mi hombre

he querido sellar las ventanas

tapizar los muebles con mi piel

cerrar la puerta

enmohecer los controles

para salir

para entrar

he querido hacerlo mío.

Él persiste en su amor

haciéndome invisible

yo tampoco logro verlo.

Sin embargo, en nuestra casa hay siempre dos pantallas encendidas

la mía, expectante

la suya, de caza

yo quisiera cerrar un ojo y seguir

apiporrada de olvidos

hay una parte de mí en asfixia.

Habitamos una casa llena de fantasmas.

©Aura Tampoa Lizardo

Venezolana. Autora de la *Biografía de Cecilia Pimentel*. Comunicadora Social UCAB. Magister en Comunicación Corporativa. Participó en *Pasajeras: antología del cautiverio.*

Candidata al doctorado en Comunicaciones de Duquesne University, Pittsburgh, Pensilvania, Estados Unidos.

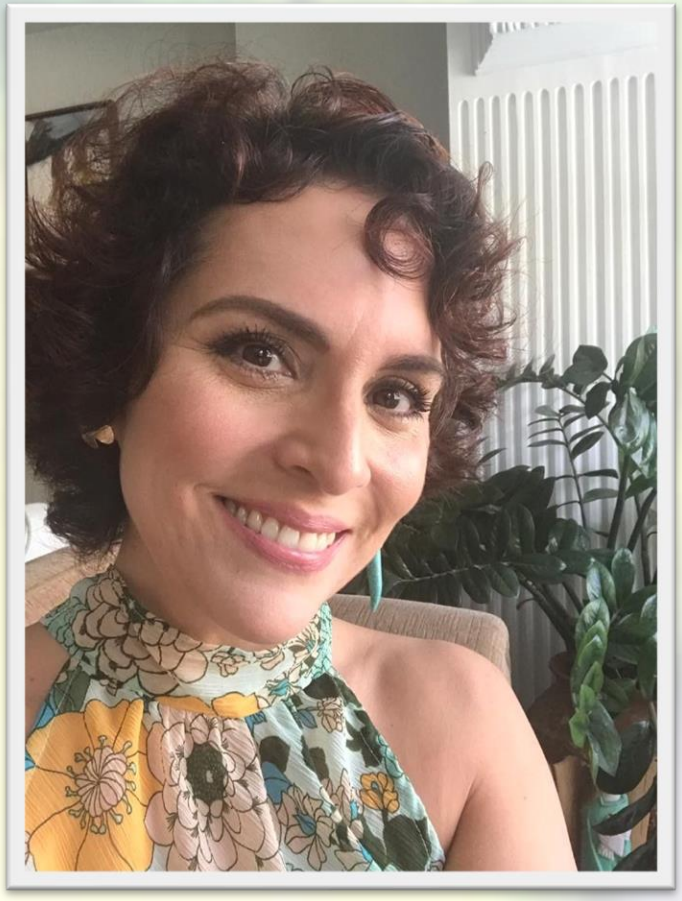
Dibujante urbana, lectora voraz, runner y excursionista.

Haiku

Silente
bajo la sombra,
frente a la nada

Inmóvil
en cuarentena,
Buda de la Templanza

©Aurora Pinto



Nació en Caracas (1972). Periodista, locutora, productora y poeta venezolana.

Su trayectoria periodística se remonta a 1993 en medios impresos, audiovisuales y digitales.

Ha participado en los talleres de poesía dictados por Edda Armas.

Es poeta de convicción.

Una muestra de su trabajo poético aparece en la antología *El ojo errante*, compilada por Edda Armas y publicada por El pez soluble (2009).

Día 1

Es el olor de tu piel fresca
lo que me ata a tu mundo
es la oscuridad
oportuna
en la que pienso
si es hueco o no mi corazón

Día 2

En el silencio de la luz no hay brillo posible
solo la certeza de la huella áspera del tiempo
donde antes la savia de vida
ahora el guijarro que anuncia un paso a la muerte

Día 3

En el eco de tu voz te consumes
preservando la vida misma
Tu cuerpo
un decálogo sinuoso
guarda su misterio

Día 4

He visto a otro
para evocar tu lozanía
He dejado correr sus jugos por mi boca
pecado acido que desboca

Día 5

Te abandoné
en la oscuridad muda
no pude verte secar en mis manos
El desespero me lanzó a la calle
corro sin rumbo
trato de borrar la voracidad de tiempo
que te marca

Día 6

Escondidos
Así estuvimos
de tu piel seca
horadada de ausencias
de mi palabra rota
quebrada de miedo

Día 7

Froto mi cuerpo áspero
como el tuyo
seco
sin aparente vida
pero las puntas de mis dedos
arden en llamas
te invoco
te evoco

Diario de un limón (inédito).

©Aymara Lorenzo

Nació en Caracas (1966). Escritora, editora y docente venezolana. Licenciada en Letras y Magíster en Literatura Venezolana por la Universidad Central de Venezuela.

Ha publicado la plaquette de poemas para niños Matarilerilerón (El Pez Soluble, 1999). Acto de fe (La Liebre Libre, 2000), y Lugares olvidados (Selección poética de varios libros inéditos, Monte Ávila Editores, 2007).

A Luis Antonio Toca

A Susana Sánchez

Bitácora de la larga noche

Una está aquí mientras tanto. Mientras la noche te cobija, mientras llueve afuera y qué chévere es estar adentro. Mientras consigues algo mejor, la casa al hombro, vas inventando paredes provisionales, intentas crear un espacio propio. Mientras pasa la vida como cualquier *week end* empantuflado en el que sacar polvo, las cuentas pendientes, los *souvenirs* de tu pasado inventado junto a esos locos como tú encontrados en el camino. Y vas tejiendo episodios con la suave luz de los días, encontrando tus cielos domésticos sin hombres clavados en cruces o sacrificios filosos a dioses muertos de envidia. Y no te resignas mientras esta vez te tocó calarte hasta los huesos el chaparrón a la intemperie. A última hora dejaste el paraguas y el té enlimonado con un trago de ron no va a quitarte el frío que sientes por dentro. Ya está visto que hoy lo que te toca es autodiscurso de emergencia, y mirar pal' techo escuchando algún *blues*, prender alguna velita adentro, que como dice Patty, la vecina: "*La visión del fuego calma, te desliza suavecito al sueño*". Ya ves por qué te enlelaba el fuego en aquellas parrilladas nocturnas con los amigos. Las ovejitas a veces se convierten en caballos furibundos y no hay quien los cuente mientras te dislocan la película del *sweet dream*. La tele podría ser, si no hay muertos vivos, quizá, pero después no te despegas, y ya son las 3 am mi amor y mientras tanto ha pasado la mitad de la noche de los otros, la noche de los sueños y el descanso prometido. A estas alturas casi cuentas algún cíclope o dragón del tour, algún mal trago de la memoria. *"¿Qué sabes de la noche, centinela?"* Te tocaba, qué se hace. Noche larga, larga, para besar solo recuerdos, idiota. Si que eres sentimental, es lo que te pierde. Ve a comerte las uvas friítas que tienes en la nevera, anda mi amor. A punta de ironía hacer la otra parte de la historia donde no hay ausencias, ni rencores ni adioses ni frío. No guardes trapos sucios, asuntos ya empolvados, mejor deshazte de ellos. Y los perros no dejan de ladrar en la noche silenciosa. Descorres el velo de esta parte de la noche, la caricia de las sombras. Agradeces la cobija que te envuelve. Tantas historias similares en lo profundo de la noche,

historias que no se tocan. Tantas soledades intactas. Destinos, así como hay otros, de desayuno compartido, cuentas por pagar, carajitos corriendo, feliz aniversario, mi amor. Cuando ya amanece recuerdas aquel graffitti fotografiado por unos amigos: «Eres lo que siempre se acerca, pero nunca llega». Teresa.

©Beatriz Alicia García

Nació en Caracas, Venezuela (1956). Psicopedagoga y traductora. Ha participado en diversos cursos de crónicas literarias, talleres de narrativa, y poesía. En el año 2008 se hace acreedora del Premio del Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, mención Poesía. Es autora también del poemario *Pequeños mandamientos*, publicado por la Editorial Public-Arte (2013). Participó en la antología digital *El puente es la palabra* (2019).

Actualmente trabaja en otros proyectos literarios.

Ars (a mi manera).

La poesía es un templo al que llego por enrevesados caminos

como los de la vida

no tiene lugar preciso

puede estar en un balcón ruidoso, en un atestado supermercado

o bajo un árbol de mango

encuentro grandes y pequeños obstáculos que se disfrazan y transforman

para retrasar la llegada al templo

que me recibe

exhausta

Imposible equilibrio

Unas vacaciones forzadas
me he tomado

no será un paisaje esmeralda
con árboles sabios
el que recree mi vista

ni reposaré
en suaves pliegues
de arena

el mínimo equipaje
consistirá en pocas fotos
una arrugada estampita
un libro que no leeré

hablaré con el Mago de Oz
recordaré los mejores momentos
haré quizás viajes astrales
escucharé *what a wonderful world*
-por centésima vez-

estaré en topless
frente al gran Rá
su enorme cabeza
me cubrirá
sus rayos sanadores
bañarán partes de mí

querré regresar
purificada
a dormir profundo
a sanar heridas

y nunca olvidar
la sabiduría que puede
encontrarse en el horror

de este cuerpo que lucha por volver
al imposible equilibrio de la vida

©Beatriz Calcaño

Nació en Caracas (1982). Escritora, docente, editora y correctora. Profesora egresada del Instituto Pedagógico de Caracas. Realizó el diplomado en Edición de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y los diplomados en Escritura Creativa (2008) y Competencias Especializadas de la Escritura (2009) de la Universidad Metropolitana (Unimet) y el Instituto de Creatividad y Comunicación (Icrea), así como estudios de posgrado en Estrategias de aprendizaje, Orientación de la conducta y Literatura infantil. Participó en el taller permanente de poesía de Armando Rojas Guardia y en talleres de poesía con Juan Calzadilla, Eleonora Requena y Luis Alberto Crespo. Obtuvo beca para participar en el undécimo Seminario de Literatura Argentina y Latinoamericana de la Fundación Mempo Giardinelli, en Argentina. Ganadora del I Concurso de Cuentos Cortos organizado por la Unimet y el Icrea (2009). Ha sido facilitadora de talleres de lectura y escritura, así como jurado de concursos literarios. En 2020 fundó Ediciones Beira palabra. En 2013 fue publicada su plaquette de poesía Riberas de pan (Taller Editorial El Pez Soluble) y en 2020 su poemario Urgente (Editorial Eclepsidra).

El peine del tiempo

Años, cabellos, peines.

Aún conservo el primero: delgado, gris y con cerdas flexibles. Me lo regaló Facundo en nuestro primer aniversario. Le gustaba verme el cabello largo, ordenado y lacio.

A veces recuerdo a mamá jugando con mis rizos; buscaba tesoros escondidos y viejos piratas en él. Luego yo me convertía en una leona y la amenazaba con comérmela, entonces ella se tiraba en el piso e imploraba piedad. Al rato, dormíamos entre risas.

Cuando me casé todo cambió. La estupidez quedó enterrada junto a mi madre, como decía Facundo.

Cada día compraba un peine diferente en busca de efectividad. Tenía de todos los colores y tamaños. En la tienda me conocían. Solo pasaba a recogerlos.

Cuatro de la mañana. Sonaba el reloj.

A las cinco Facundo despertaba. Con la práctica una hora era suficiente para bañarme, maquillarme y, con detalle, peinarme el cabello. Preparaba el desayuno y lo despertaba con un beso cálido. Él estiraba su cuerpo, murmuraba frases que nunca alcancé a entender, daba media vuelta y seguía durmiendo. Al rato se sentaba y pedía el desayuno.

Llegó nuestro décimo aniversario.

Tres de la mañana. A las cinco despertaría Facundo. En dos horas estaría lista para él. En cuatro horas él estaría listo para mí.

Me bañé, me puse maquillaje y peiné con detalle el cabello. En minutos el desayuno estaba, completamente, listo.

Lo desperté con un beso tibio. Se estiró, murmuraba, dio media vuelta, continuó durmiendo. Se sentó y pidió el desayuno.

Siete de la mañana. Llegó la ambulancia.

Día siguiente; cuatro de la mañana. Me levanté, tomé diez peines al azar y, lentamente, los deslicé por su cabello.

Murmuré una frase, cerré la urna y pedí el desayuno.

©Beira Lisboa

Escritora y dramaturga venezolana, radicada en Caracas. Fue operada de un cáncer de mama en el año 1.995, a partir de ese hecho empezó a escribir. Su monólogo *Pechos de seda*, difunde de una manera jocosa y original la importancia de la detección temprana del cáncer de mama. Estrenada en París (2005). Tiene otras obras de teatro: *Mis piernas son de Nené. La culpa no es de la secretaria. ¿Dónde está Homero?* Y *Roberta también es una bruja*. Ha publicado cinco libros: *El seno luminoso. Mi peluca se llama Dolly. El amor es la clave. Sara la deshonesta.* Y *Pecado piadoso.*

Su poema, *Mujer valiente*, fue premiado con una mención de honor por la organización brasileña AMERICAMAMA. (2006). Ha sido traducida a varios idiomas. Su colección de Cuentos personalizados para niños tiene una gran importancia para la autora.

Conferencista, guionista de telenovelas y micros para radio, articulista. Lo más importante de Belén Santaella, es su actitud ante la vida, ella dice que lo estético es muy importante, pero no tanto como lo que está muy adentro lo que no se ve; que con mamas o sin ellas, seguimos siendo nosotras mismas. Siempre culmina sus charlas con la siguiente frase:

Soy una mujer, no un seno

Mujer valiente

Y si los pechos no existen
y si se descubre el miedo
igual el niño se duerme
igual el hombre descansa.
Porque la mujer podrá
sin sus pechos
con sus miedos
saciar la pasión del hombre
calmar el llanto del niño
llorar callada su rabia
Con sus miedos
Sin sus pechos.

©Belén Santaella

Nació en Caracas, Venezuela. Realizó estudios en la Escuela de Artes Plásticas Cristóbal Rojas. En la Escuela de Comunicación Social (UCV). Hizo un Postgrado en Literatura Venezolana (UCV).

Ha publicado *Sagita* (1998). *Abecedario roto* (1999). *De un grano de arena saldrá un pájaro* (2001). *Cóncavo* (2005). *A ras del vidrio* (2006), con el que ganó el Premio Latinoamericano José Rafael Pocaterra. *El llamado de los grillos* (2010). *Antología mínima. Biombos de humo* (2012). *Cayenas* (2016).

Ha coordinado talleres de poesía. En el 2012 el Círculo de Escritores de Venezuela le otorga la Medalla internacional de poesía Vicente Gerbasi como reconocimiento a su obra. Publicada en diversas antologías.

Sara

Quién explica el silencio ante el gran muro

si huyen las aves de la voz

por qué el asombro da la mansedumbre

y la tranquilidad habla con las piedras

cómo atajar las sombras que no hieren

Se ha subido de golpe el óxido guardado

detrás del lado izquierdo

donde ojos se asoman al cementerio blanco

el que cae y se extiende

Se ha subido irisado

y detallo los signos, la infinidad de lápidas

en una sola que hiela el movimiento

No, ya no seré la misma.

Israel

Es una casa tibia

de puertas patinadas de azul en tanta arena.

Hay libros leídos que alimentan a gatos,

cocina donde los olores llaman.

Hay un desván para quedarse solo

y una plaza soleada de compartir.

Cuando los paisajes se adentran

tienen carreteras que rayan hasta arriba.

Sombras de luces que te esponjan,

que te prende la lágrima.

Cuando estuve allí fue fácil medir la distancia del cielo.

Ver tus manos palomas diciendo que viniera,

transparencias doradas cómplices de lo límpido.

Cuando estuve

percibí trenes inexistentes.

Rieles con traqueteos gritando alertas.

Ojos detrás de los cipreses.

Flores en autopistas y una persistente canción marina.

La ciudad de los colores

me ha teñido de estímulos.

Vuelve la falda a ondear la sonrisa de los siete años

y la niña de la página anterior aplaude.

©Belkys Arredondo Olivo

Nació en Barquisimeto (1985). Escritora, investigadora y docente. Licenciada en Estudios Políticos por la Universidad Central de Venezuela, UCV (2007). Tiene una maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad de Belgrano (Buenos Aires, 2015) y es candidata doctoral en Literatura Latinoamericana y Crítica Cultural por la Universidad de San Andrés (Argentina). Ha colaborado con diversos medios e instituciones culturales. Trabaja con libros. Su página personal experienceparoles.

EXILIO

una

palabra

poco puede explicar

lo que sé

siente ver pedazos

tierra verde sin sombra

árido derrumbe

hacer, llegar, ser capaz, decir

un nombre

pertene*Ser*

alguna parte alguna

no está

la mirada fuerte fija

en el pecho

un ligero delirio

el centro del palacio propio

ahora

flota

cuesta

elevar

en el aire

©Betina Barrios Ayala

Nació en San Cristóbal, Venezuela (1951). Doctora en Filología Hispánica, Universidad Complutense de Madrid. Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea, Universidad Simón Bolívar, Venezuela. Profesora de Literatura jubilada de la Universidad de Los Andes, Táchira, Venezuela. Publicaciones: *Mujer y autobiografía en la España Contemporánea* (2001*) Enriqueta Arvelo Larriva. Poesía* (2006). Variadas colaboraciones en revistas especializadas en Literatura.

Poemas del claustro

I

Desde que los míos partieron
pálida y artera
asoma su mejilla enjuta.
En un ir y venir
persistente acosa.
¡Cuánto tuvimos que esperar
para asumir su transparencia!
La eternidad de un instante
bastó para descubrir
todo el amor
en las cosas que dejaron.
Él, un sombrero
ella, una flor, una vela
y una llave
para clausurar mis puertas
las del encierro elegido
en este más acá de la condena.

II

Envuelta en las gasas
de la temprana mañana
la avecilla trina su inocente melodía
a poco de partir.
A nadie despierta
más bien arrulla
los sueños tardíos
del que nada espera.

Solo el obligado arribo
del cercano otoño,
de la estación de los sepias
y violetas encarnados,
comprende los augurios
del claustro elegido.
Para cuando las hojas recobren
su acostumbrado equilibrio
muchos fuegos se habrán apagado
de tanto acudir
a las mismas llamadas.
Nada pasa
Solo es la vida
confiada y constante
como el agua de la fuente
que surte y se estanca

Oh, soledad, si pudiera morar contigo

John Keats

III

Te invito al café de la tarde
sentadas las dos en silencio
como siempre.
No sé si escucharás lo mismo que yo
el refunfuñar del viento
el ondular de las cándidas olas
o el paso del ángel
con su dedo acusador.

¡Oh soledad!
Ya que viniste

quédate conmigo
ya no te temo.
Pasaron los días bulliciosos
hoy solo me queda un velo blanco
un pergamino
y un tintero derramado.

¡Oh soledad!
Quédate conmigo
no te aburrirás
te lo aseguro.
Festejos de papel y tinta
nos acompañarán por siempre
en esta orilla de la eternidad.

IV

Se posó sobre mi frente
un rayo no invitado
derrumbó certezas
y me derribó de las alturas.
Solo bastó una luz
un fogonazo
unos segundos
para presentir mi destino
de caminante incinerada.

©Bettina Pacheco

Caracas (1957). Periodista, editora y poeta, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello (1982). Autora de los libros: *Poemas del trópico* (1993). *El ojo de la orca* (1997). *Diagnóstico/Días concretos* (Ediplus, 2003). *Diario de la guerra* (2004). *Poemas cosidos* (2010). *Estructura/Venado en fuga* (2019). Su poesía ha sido registrada en *El hilo de la voz*, antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX de Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres (Fundación Polar, 2003). *Las voces de la hidra*, poesía venezolana de los años '90 de Miguel Marcotrigiano (2002). *El Coro de las voces solitarias, una historia de la poesía venezolana*, de Rafael Arráiz Lucca (2003), y *Nubes*, poesía hispanoamericana, de Edda Armas (2019). Se desempeñó como periodista, en *El Diario de Caracas*, *El Universal*, *El Nacional* y *Últimas Noticias*. Dice de sí misma que es una persona observadora de nubes, dada a la contemplación y a la jardinería y otras cosas sin utilidad.

Antonia Palacios, un estado de ánimo

Una fractura precipitó el proceso que la condenó a una inmovilidad que la tiene hundida en un sillón azul. Ella que subía y bajaba las escaleras de Calicanto, su casa de Altamira y decidía cómo y dónde estar, se dijo no escribir. Desde entonces espera.

Todo en Antonia Palacios comenzó hace años cuando su madre, «mujer muy culta», compartía lecturas con sus hijos, Antonia e Inocente. Así cultivó el gusto por los libros: «Quería hacer lo mismo que los autores de esos libros maravillosos. Escribir –—me decía– como escribe la gente». Neruda, Teresa de la Parra, Vallejo, pocas mujeres: «Tú me preguntas si yo hubiera querido ser Simone de Beauvoir y te digo que no».

Al alcance de su mano cartas, periódicos, revistas, libros. Estira el brazo y toma un cigarrillo, lo aspira con boquilla, fuma sin urgencias.

«Para escribir hay que exigirse mucho. ¿Cuánta cosa no he roto? Escribir supone sufrimientos, batalla. Es un oficio tremendo».

Sola, una persona sola.

«Siempre me sentí así, muy sola, muy dentro de mí; no porque no tenga amigos, nunca me faltaron, pero mi soledad es distinta: un estado de ánimo».

Esa lucidez para percibirse, sin negarse, la condujo a estructurar *Ese oscuro animal de sueño*:

«Tus pies cambiaron de tierra. Quisiste caminar hasta las claridades. Pensaste el nombre amado como única meta. Te empeñaste en seguir adelante, atravesar las honduras, saltas sobre las fuentes vaciando con estrépito la espuma de las aguas. Cruzaste altos fuegos que apenas te rozaron. Te arrastraste hasta el confín del tiempo. Dejaste atrás los sitios de lo oscuro, los filos de la piedra. Pensaste con tu aliento alcanzar resplandores, blanquear cerradas tinieblas contemplando las estrellas como vecinas almas temblando allá en lo alto. La noche llegó de pronto borrando tus caminos y te quedaste sola, sin lámpara, sin palabra».

Ese oscuro animal de sueño anunció su definitivo silencio cerrando el círculo que anticipó en *Textos del desalojo*. Bradley le daría la clave para esos últimos poemas: «La poesía debe darnos la impresión no de descubrir algo nuevo sino de recordar algo olvidado».

Antonia Palacios habla de fantasmas, de los dictados de esas sombras espectrales: «Ahora sé que fui yo quien escribió todo».

La luz parece incomodarla. Al fondo, ella por Guayasamín. Así se ve desde todos los ángulos de su cuarto.

Ya no recuerda nada: «No escribo, no leo, no hablo. Aquí estoy sentada en esta silla como una imbécil sin hacer nada».

Espera sin miedos porque supo desde siempre que llegaría el momento en que se mirarían ella y su sombra: «Estamos muy juntas. Somos las dos una sola».

Espera de frente a la nada, diciéndose: «Quisiste salir afuera, mirar de nuevo al sol. Saber de las denuncias que la vida te impone. No pudiste dar un paso, te quedaste varada con tu costado abierto en medio de un fuego apagado».

Esa tarde estaba íngrima de seda roja, recostada sobre el azul del sillón que detesta.

Antonia Palacios (Venezuela, 1994-2001). Poeta y escritora venezolana cuya vasta obra abarca novela, poesía y ensayo. En el año 1976 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura, siendo la primera mujer en obtener tal reconocimiento. En su obra destacan: *Ana Isabel, una niña decente* (1949). *Viaje al frailejón* (1955). En colaboración con Alfredo Boulton; *Los insulares* (1972). *El largo día ya seguro* (1975). *Ese oscuro animal del sueño* (1991). *Hondo temblor de lo secreto* (1993). Su quehacer en el ámbito cultural fue protagónico. En el año 1977 llevó adelante el taller de narrativa del Celarg y en 1978 fundó el célebre taller literario, Hojas de Calicanto.

Voces y Escrituras de la literatura venezolana
Editorial Ítaca, Venezuela 2020
Colección Biblioteca de Ítaca
©Blanca Elena Pantin

Foto: Francisco Mondolfo

Nació en Buenos Aires (1952). Escritora y editora. Autora de varios libros, entre ellos la obra de teatro Birmanos (Monte Ávila Editores, 1991). El libro de relatos El médico chino (Monte Ávila Editores, 1999), y los libros de poemas Poemas visibles (Casa de la Cultura de Maracay, 1988). El jardín del verdugo (Pequeña Venecia, 1992). Las vacas (Editorial Pequeña Venecia, 1995). Diario de John Roberton (El Tucán de Virginia, 1996). Balada de la revelación (Ediplus, 2004), y Crónicas budistas (Dcir Ediciones, 2016).

Ha recibido los varios reconocimientos.

Mantiene el blog personal: Crónicas caprichosas

Elisa sigue al frente de la tienda de ropa interior para damas, «caballeros y niños» fundada por su padre hace más de 70 años. Ahora atiende con la puerta cerrada, solo a conocidos.

Elisa es bonita y está muy arreglada: maquillaje discreto y peinado de peluquería. Siempre ha vivido en el mismo barrio, primero a solo unas cuadras y luego aquí, pues atrás de la tienda también está su casa.

Esta es la tienda de Elisa. A ella no le gusta que le tomen fotografías. Foto: B. Strepponi

—Mis hijos no van a seguir con esto, y señala con un gesto los estantes pulcros y ordenados. Quedamos mi hermano y yo. Mi hermano tiene 90 años.

—¿Y usted, qué edad tiene?

—Yo tengo 88. ¿Y usted?

—Yo tengo 66.

—¡Qué jovencita!!

—Elisa, le pregunto, ¿cómo le gustaría que fuera este barrio dentro de 50 años?

—Oh, se ríe nerviosa. ¡Qué pregunta!! Yo tengo una idea, pero no sé si decirla.

—Diga, diga.

—Es un poco loca.

—No importa.

—Me gustaría que dentro de 50 años este barrio fuera tal como era cuando yo era una niña.

©Blanca Strepponi

Fotografía: Magüi Trujillo

Nació en Caracas (1989). Es licenciada en Estudios Liberales por la Unimet, con máster en Desarrollo Internacional de SciencesPo París. Ha publicado *Muralla intermedia* (2008). Mención de honor del II Premio Nacional Universitario de Literatura (2007). *Ecos* (2012). Forma parte de antologías nacionales e internacionales, entre otras: *Orquídeas Voces*. Muestra de Poesía Venezolana, Fundación Pablo Neruda, Chile, 2021; Alma Diamante: Brevísima antología arbitraria Maya-Venezuela, Editorial LP5, 2020; Nubes. Poesía hispanoamericana (2019). Liberoamericanas: 80 poetas contemporáneas (2018); Nuevo país de las letras (2016). 102 Poetas Jamming (2014). Joven Poesía Venezolana (2008). En 2014, seleccionada por la Fundación Carolina de España, participó en el programa «Jóvenes líderes ibero-americanos» en Madrid. Reside en París donde dirige UniR Universités & Refugié.e.s, una ONG que obra por la integración social y académica de refugiados en Francia.

Blog literario: memorabilia jardin

De lo que aún hay

Hay una sintaxis olvidada

un trayecto repetido en la lengua de los que abandonan

Hay una moral de guillotina

y unos culpables del instante

Hay un cielo azul que repite sus sombras y una estación

que intercambia dinero por destinos

Hay unos rieles que disuelven

la desesperación de los viajeros

Hay calles que se alejan del mapa y permanecen ocultas

a la angustia del turista

Hay un abismo latente

ojos testigos

y hay unos rieles

los mismos rieles

que dan la abertura y el cierre.

Del libro inédito: *A una llama del lugar*.

©Camila Ríos Armas

Fotografía: ©Geczaín Tovar

Nació en Valencia, Carabobo el 25 de diciembre de 1963. Vive en Naguanagua.

Mamá. Escritora. Comunicadora Social Locutora. Guionista y Productora radial. Analista Cinematográfica. Coach Literario. Conferencista.

Dos libros publicados:

-*Haciendo Cineclubes*. Galardonado en el Certamen Mayor de las Artes y las Letras 2006.

-*El Paso de las Gemínidas*. Publicado en Amazon en 2017.

De cómo el Hombre Lobo peleó con Sonny Negrón

Los tres cazadores, un padre y sus dos hijos, se internaron en el monte tupido de las montañas de La Entrada, buscaban cualquier presa grande que les sirviera para saciar el hambre de sus numerosas familias. El mayor de los hijos, pensaba entusiasmado que podían conseguir un báquiro grande, eran abundantes por esos cerros, aunque debían ser cuidadosos, estar atentos a cualquier ruido, los cochinos de monte eran agresivos y podían causar graves heridas a los cazadores. Los otros dos, soñaban con un venado gordo, ya lo veían montado en la parrilla sobre las brasas, hasta podían saborear su carne tierna y deliciosa.

Lo cierto era que, sin importar la presa, los tres tenían los cinco sentidos activados, pendientes de cualquier sonido, olor o rastro que los llevara al animal deseado, por eso se sorprendieron al ver unas pantaletas colgadas en la ramita nueva de un mamey. El padre se acercó a examinar la prenda femenina, volteó a ver a sus hijos expectantes, la agarró con un movimiento preciso. Al olerla sentenció que estaba usada, su hijo menor quiso saber dónde estaría la dueña. Debe ser una gorda, porque las pantaletas son grandotas. Advirtió el hermano mayor.

El padre mantuvo las pantaletas azul cielo entre sus manos, caviloso, viendo hacia todos lados, el camino apenas era una trocha en el monte que sólo conocían los cazadores que, como ellos, subían cada cierto tiempo a buscar animales grandes. La vegetación en ese sitio era tupida y, por tramos el camino se hacía escarpado, enmontado y resbaladizo por el agua que escurría entre las piedras llenas de musgo. Los hijos entendieron su inquietud, ellos también podían sentirla y alertaron aún más sus sentidos ya afilados.

Continuaron la ruta despacio, observaban todo, estudiaban cada rama, cada hojita, cada gamelote, cada piedra, hasta que…. ¡Ahí está otra! Anunció el más joven, entre asustado y contento por el hallazgo. La siguiente pieza estaba en el suelo, arrastrada entre el monte y las piedras, el mismo muchacho la agarró, la olió, dudó y se la dio al papá. El padre olfateó las pantaletas amarillas, está limpia, sentenció. Los hombres respiraban agitados, dos pantaletas en ese mismo camino ¿de cuándo acá? Si por allí no transitaban mujeres.

El viejo mantuvo la calma, acostumbrado a los sobresaltos del monte, a las visitas silenciosas de espantos y aparecidos, a las incursiones de los guerrilleros, al zumbido de las balas perdidas de otros cazadores, unas pantaletas no tendrían que asustarlos, él había quitado tantas en toda su vida. Pero, la verdad era que esas prendas eran una novedad en ese monte, ni en las historias más desatadas que contaban los cazadores, habían aparecido unas pantaletas abandonadas por esos rumbos.

En una brecha en el monte que bajaba hacia una de las quebradas, hallaron la tercera, no la levantaron con la mano, unos agujeritos se asomaban en el satén verde, ya no les interesaba saber si estaban usadas o no. El hijo mayor se limitó a levantarla con el cañón de su escopeta morocha y, así mismo la metió en el mapire. Caminaron hasta el lugar donde comenzaba el descenso, sus

ojos pasaron la quebrada, las piedras, el gamelote y se detuvieron sobre lo que fue una valla publicitaria, entre las abolladuras y el óxido sobrevivía el desvaído color rojo de las letras que anunciaban una noche de boxeo.

Cuando el manager de boxeo, entró a la humilde casa, no estaba preparado para ver tanta sangre, estaba acostumbrado a bregar con el líquido rojo dentro de un ring, era habitual que sus boxeadores tuvieran alguna herida en las cejas, en los pómulos, en la quijada, en la boca y hasta en las orejas, pero no estaba habituado a ver esas heridas en la cara de una madre consternada, de una hermana indignada y de una mujer que tenía la cara destrozada por el efecto del punch de los jabs de un boxeador profesional acabado. Llegó la hora de tirar la toalla, hasta aquí llegó el campeón. Pensó el manejador.

Frente a la casita de los Negrón, en la estrecha calle del barrio, donde sólo cabía un carro, en lugar del ostentoso Buick blanco descapotado del boxeador, se encontraba una ambulancia, tan blanca como el carro, con una llamativa cruz roja pintada en los costados, el pasajero era el mismo Sonny Negrón, el campeón de peso gallo y pluma, un boxeador con un récord inigualable de 52 victorias, ninguna derrota, una gloria del deporte nacional que había sucumbido bajo los *upper cuts* de las drogas que lo ayudaban a soportar cada round y que lo fueron sacando del ring, hasta meterlo en un laberinto de violencia y agresión donde su cerebro se perdió.

Esa noche de luna llena, los camilleros de la Colonia, consiguieron la pesada puerta de madera del pabellón 7, completamente destrozada, curiosamente el vidrio de la mirilla quedó intacto sobre la cama vacía del paciente, junto a las gruesas correas de cuero mordisqueadas hasta arrancarlas, allí mismo tres pantaletas de diferentes tallas y colores, cuatro muslos todavía emplumados de pollo y el pelero corporal que dejó regado sobre las sábanas, el paciente que no pudieron atrapar con las correas.

La ambulancia llegó en medio del ajetreo del personal, el plenilunio provocaba que los gritos, llantos y aullidos de los pacientes inundaran salas, pabellones, laboratorios, quirófanos, baños y hasta los sembradíos de los alrededores. Esa noche era particular, se había fugado uno de sus pacientes icónicos. Los uniformes blancos del médico, los enfermeros y camilleros de turno, refulgía a la luz de la luna, parecían fantasmas ansiosos esperando que sucediera algo inesperado, pero ¿qué podía asustar al personal entrenado de la Colonia Psiquiátrica de Bárbula?

Cuando las puertas traseras de la ambulancia se abrieron, un hombre atlético, con la negra barba y el pelo ensortijado crecidos, saltó y le pegó, con la velocidad de un boxeador, al primer camillero que consiguió en su camino, lo hizo con tal ímpetu que el hombre, dos cabezas más alto que él y el doble de grueso, cayó bajo la fuerza sorpresiva de su *upper cut* de izquierda. La misma suerte corrió el enfermero que le seguía, por el impacto de un jab de derecha, ambos

hombres quedaron noqueados en el suelo de la entrada del psiquiátrico, otros dos salieron corriendo a buscar un calmante.

Mientras, el médico se puso frente a la única enfermera en el lugar, quería protegerla, pero el boxeador fue más rápido y noqueó al doctor también. La profesional se cuadró para defenderse del golpe, pero en lugar de eso, el hombre se pegó a ella y la atrapó con un *clinch*, mientras trataba de besarla, forcejearon hasta que el boxeador la derribó, se montó sobre ella y bastaron dos golpes para dejarla *knock out*, cuando levantaba su falda almidonada, un aullido feroz y cercano congeló su acción.

Así, Sonny Negrón pudo ver cómo se acercaba, un hombre de unos dos metros de estatura, tan peludo como un oso, con las orejas puntiagudas de un lobo, en la boca abierta sobresalían los colmillos tan desarrollados como los de un perro, tal vez más. El recién llegado levantó al boxeador sin esfuerzo, lo lanzó contra el suelo y siguió subiendo la falda de la enfermera inconsciente, pero Sonny se levantó y decidió pelear con el peludo, sus puños podían resolverlo todo.

Ambos hombres se cuadraron como si estuvieran parados sobre un ring, cuando los enfermeros salieron a la entrada armados con las inyectadoras de vidrio llenas de tranquilizantes, consiguieron al Hombre Lobo de La Entrada, el paciente que había escapado temprano, peleando contra Sonny Negron.

El boxeador pegó dos golpes certeros a la mitad del cuerpo encorvado, el paciente pegó tres veces a la cara del pugilista y lo dejó tirado junto a la enfermera. El hombre lobo, despojó a la mujer con la falda levantada, de sus pantaletas rosadas, bajó la falda con respeto, se puso las pantaletas sobre la cabeza, cuidando que tapara sus orejas, aulló hacía la brillante súper luna del mismo color que la prenda íntima que tapaba su cráneo rapado y salió corriendo a través del monte hacia sus montañas.

©Carelia Rivas Pérez

Nació en Caracas (1971). Periodista. Fundadora y presidenta de la Asociación de periodistas venezolanos en España Venezuelan Press (2015). Autora del libro 26 crímenes y una crónica. Quién mató a la resistencia en Venezuela (2018). Coautora y coordinadora de los libros Periodismo en España. Relatos para periodistas venezolanos (2016). Transición en Venezuela. Apuntes para la reconstrucción institucional (2017). El exilio venezolano. Perspectivas del caso España 1998-2018 (2018); y Venezuela en reconstrucción. El aporte de la diáspora venezolana en España (2019). Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela; Estudios de Doctorado en Historia y Comunicación en el Mundo Contemporáneo, Suficiencia investigadora y Experto Universitario en Gabinetes de Comunicación en Empresas e Instituciones por la Universidad Complutense de Madrid; Máster en Dirección General de Empresas por la Universidad Europea de Madrid. Técnico Superior en Diseño Gráfico y locutora, herramientas profesionales que le han servido para defender los derechos de los exiliados venezolanos, como editora fundadora de Aquí Venezuela, la primera revista para la comunidad venezolana en España (2004-2007).

Ojos de luna llena*

Cuando paseo con mi mamá por mi barrio, las vecinas dicen que soy una niña muy guapa, que tengo la nariz de papá, la boca de mamá y el pelo de mi hermana, pero que los ojos... ¡Ay, los ojos! dicen que no se parecen a los de ninguno en mi familia, que son muy grandes, como de luna llena. ¿Será por eso que veo cosas que nadie ve?

Un día, asomada a mi ventana, vi a una señora que cruzaba la calle con un bebé en brazos. Me extrañó que llevase un par de alas blancas en la espalda y le pregunté a mi mamá que por qué lo hacía. Ella miró, miró y volvió a mirar, pero no vio nada.

Entonces me explicó que las madres son ángeles que llevan a sus bebés, y que quizá por eso yo era capaz de ver sus alas. Eso sí, me advirtió que no se lo dijese a nadie, porque sólo las personas especiales podían verlo.

Mi mejor amiga, Carolina, que también tiene siete años, me dice que mis ojos son tan grandes que caben en ellos todas las nubes cuando miro al cielo y que, si no pestañeo, hasta puede ver osos y otras formas si sopla fuerte el viento.

Mi maestra me dice lo mismo. Ella, que está embarazada, pronto tendrá un bebé. La semana pasada, cuando se despidió de nosotros, vi que salía de su pecho una luz muy brillante. Yo le dije entonces que su pecho también parecía una luna llena, como las de la playa en verano.

Mi mamá me ha contado que a las mujeres antes de tener a sus bebés, se les llenan los pechos de leche para poder alimentarles cuando nacen, y que por eso yo soy capaz de ver que sus pechos brillan.

—¿Y a ti te brillaban los pechos cuando yo nací? —le pregunté.

—No —me respondió.

Así supe que yo había llegado antes de lo esperado, que estuve muchas semanas en el hospital y que los médicos esperaron a que estuviese muy fuerte para mandarme a casa, que por eso a mi mamá no le había dado tiempo de que sus pechos se llenaran de luz.

Me contó que me alimentaban con leche de otras mamás, de esas a las que les brilla el pecho, como a mi maestra, y tienen alas en su espalda, que son capaces de ver lo invisible y oler lo

imperceptible, escuchar por las noches el llanto de un niño a kilómetros y dormir a cualquier bebé en sus brazos.

Esa noche, antes de dormir, me puse a pensar en lo que me había contado mi mamá y ¡zas! encontré la respuesta: mis ojos son los de esas mamás que me alimentaron cuando nací. Con razón no se parecen a los de ninguno en mi familia. ¡Claro, y por eso veo cosas que nadie ve!

Al día siguiente, en el recreo, se lo conté a mi amiga Carolina y ella tuvo una gran idea. Me dijo que tenía que buscarlas, tenía que encontrar a esas mamás para darles las gracias por darme de comer cuando nací y hacer que mis ojos fuesen de luna llena. Desde entonces las estoy buscando, pero todavía no las he encontrado.

Como ya he aprendido a escribir, he hecho un cartel, que he colgado en mi ventana, y dice: «Busco a mamás con alas en su espalda, pechos brillantes y ojos de luna llena, para darles las gracias por haberme alimentado al nacer».

Pero aún no ha aparecido ninguna. Cuando salgo de casa me le quedo mirando a cada mamá que encuentro en el camino, a ver si reconozco a alguna, pero nada. Cuando voy en el Metro, al parque, al supermercado, a la biblioteca... Quizá todas las mamás que veo me han dado de comer, o ninguna.

Por eso he escrito esta historia, para buscar a esas mamás y darles las gracias. Si alguien las conoce, quiero que sepan que sin ellas yo no habría crecido tanto, no sería tan inteligente, no habría aprendido a nadar y no sabría cantar. Porque canto muy bonito.

Quiero que sepan que las estoy buscando y que, si ven a una niña de siete años, morena, de pelo largo negro y ojos de luna llena, soy yo. Que no se asusten si me les quedo mirando, es que intento reconocerlas. Si las encuentro, podré darles las gracias personalmente, si no, quiero que sepan que les estoy muy agradecida.

****

Mamás que donaron su leche al Hospital 12 de Octubre en 2007: ¡Muchas gracias!

El 18 de mayo de 2014, este cuento obtuvo el Primer Premio del Concurso de Relatos del Hospital 12 de Octubre de Madrid y encabeza el libro Gotas de leche para cambiar el mundo. Relatos sobre la donación de leche, editado en 2018 por el Servicio de Neonatología del Hospital Universitario 12 de octubre de Madrid, el Banco Regional de Meche Materna Aladina-MGU y el Instituto de Investigación del Hospital 12 de Octubre.

***** En homenaje a las mamás que inauguraron el Banco de Leche del Hospital 12 de Octubre de Madrid en 2007, a esa generación de bebés receptores y a los profesionales que desde entonces lo hacen posible.

©Carleth Morales Senges

Carmen Cristina Wolf Losada. Nació Caracas, Venezuela. Es poeta y ensayista, correctora de estilo, dedicada a la gestión cultural y locutora. Es Abogado de la Universidad Católica Andrés Bello. Con estudios avanzados de Gramática española y Ontología del Lenguaje. Ocupación actual: correctora, dicta talleres de escritura. Es directora del Círculo de Escritores de Venezuela y Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua. Obtuvo la Medalla Internacional de Poesía Vicente Gerbasi. Obra publicada: Canto al Amor Divino (1997). Canto al Hombre (1996). Fragmentos de isla (1988). Escribe un poema para mí (2000). Prisión abierta (2002). Atavíos (2007). Huésped del amanecer (2008). La llama incesante, Aforismos (2013). Vida y Escritura Ensayos. Su obra ha sido publicada en varias antologías.

Twitter: @carmencristinawolf

Instagram: @literaturayvida

Promesa

Traje conmigo algunas piedras de la ciudad perdida

y un puñado de versos sin destino

Respirar lo imposible, sin esperar noticias

recrearse en la experiencia de la sed

El oleaje aparenta una conversación con las otras máscaras

Mejor no oír su voz, quebrantaría el inquieto sosiego del mar

Si los sueños dejaran de serlo se perdería el gozo de la promesa

La espera, un eterno comienzo

Miré en celaje el vuelo de tus cabellos a través de la vidriera

Recé para que no fueras tú. Así nunca te poseería del todo

El vuelo del alma no debe caer abatido en la piedra más honda.

El oficio, aguardar

en la ciudad que se abre al horizonte

Atavío de la memoria

Él nombraba las cosas con sonidos graves y conocí la risa

su porte recordaba el vuelo del albatros y el tornasol del tigre

Íbamos los dos solos intensamente unidos

Desde entonces, asistí innumerables veces a nuestro nacimiento

Alguna vez vuelve el esplendor

Espero que regrese su mirada de mineral profundo

©Carmen Cristina Wolf

Carmen Luisa Plaza Matheus. Venezolana nacida en Caracas. Sus primeros estudios fueron dedicados al piano y a la música. Obtuvo el título de Pedagogía Musical, campo en el que trabajó durante 25 años.

El sufrimiento por la pérdida del esposo e hijo mayor, le hizo incursionar en la Literatura. Obtuvo el grado de Licenciada en Letras en la Universidad Central de Venezuela.

Escritora tardía, ha escrito cinco libros, *La soledad de las diosas*. Novela 2010.

Espejo de falla, basado en su tesis de grado, *Ensayo sobre el sufrimiento*. Historia novelada, 2012.

Espacios Temporales, poesía, 2016.

Extraño viaje a la Habana, historia novelada, 2018.

Su libro más reciente, *Festín de Baco*, prosa y poesía, bautizada en España, junio 2021.

Ha publicado artículos y ensayos sobre música y Literatura.

En la actualidad trabaja en dos libros, basados en sus temas favoritos, el amor, experiencias vividas, el erotismo, el sufrimiento.

Cuando no tengamos adónde acudir volvámonos hacia el rostro que hay ante nosotros. Encaremos al mundo. He aquí a una diosa que da al mundo un sentido.
Que no es ni mito ni significado, sino esa cosa inmediata que es imagen: su sonrisa es alegría, una alegría «eterna».

James Hillman

Bodas en Tipasa

En Tipasa *todas las piedras queman*. Esta imagen de Camus ayuda en parte a abordar el reto de hacer un comentario sobre un relato donde cada palabra está impregnada de todo el misterio del presente.

El poeta ha hecho el amor con la Tierra. Su cuerpo expandido como un miembro viril vibrante y hambriento se introduce en el mar y sus brazos abarcan el frescor de las aguas, el olor de los granos de arena que danzan en las olas y estrechan los restos de las ruinas dejados en el tiempo.

Con los ojos abiertos para recibir todo destello luminoso de la energía desprendida de esa unión fugaz, Camus besa los reflejos dorados que junto a él penetran en el azul. En ese instante se pierde la individualidad. La posesión es mutua y de esa comunión se obtiene un pedazo de eternidad.

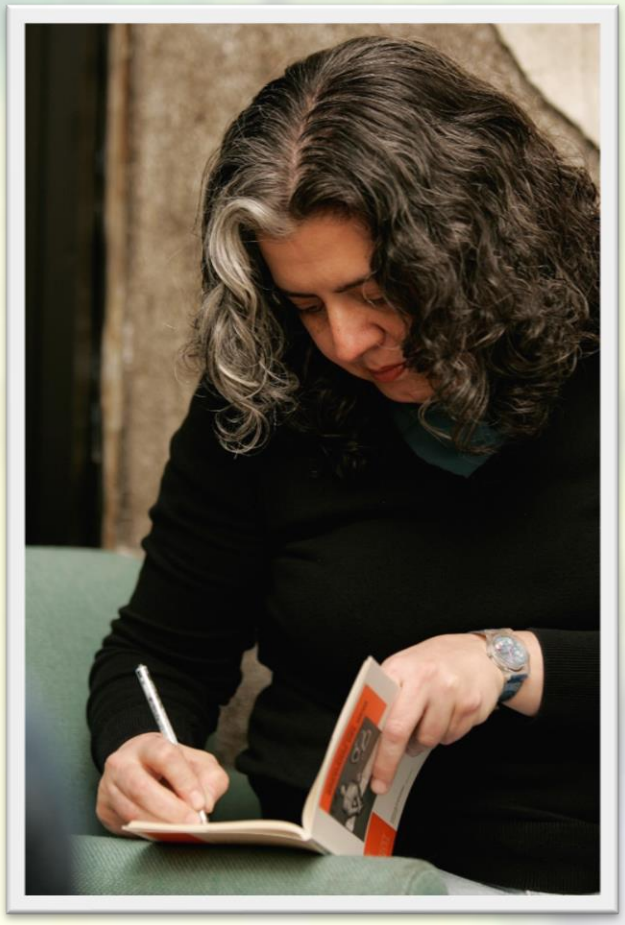
En ese eterno y breve instante el amor baja de los cielos y bendice con pasión la misión del ser humano de ser espectador y participante del destino maravilloso que posee, al realizar esa boda con la Tierra siempre que sea capaz de sentir el **deseo**. ¿Qué se necesita para ello si el mundo está dispuesto siempre y abierto en su seno para recibir la caricia de los hombres? Un corazón valiente, una gran imaginación y un poco de silencio para oír la llamada que nos susurra el viento.

Las complicadas metas que se ha impuesto el ser humano, la velocidad requerida en las tareas mundanas y la vergüenza de confesar la debilidad que se siente frente a la belleza que nos brinda la pura y sencilla realidad, han separado al individuo del amor y de la capacidad de sentir el fuego de las piedras.

Para Camus el *libertinaje* está en la unión de la naturaleza con el corazón del ser humano. Mientras seamos testigos de esa unión los deseos de hacer el amor jamás se apagarán, porque pasada la tarde y obscurecidos los brazos que nos han rodeado fugaz e intensamente, volverán a ser día tras día cuando del sol vierta su fuego entre las rocas.

Tipasa obsequió a Camus, o Camus extrajo de Tipasa la experiencia de introducirse dentro del misterio del mundo y de la vida, para experimentar la brevedad e intensidad del descubrimiento y sentirlo como un breve toque de eternidad. Con este conocimiento el poeta da un testimonio a través de la palabra que nace de la boda entre la realidad y la trascendencia.

©Carmen Luisa Plaza



Licenciada en Comunicación Social. Universidad Católica Andrés Bello. Premio Ciudad de Cumaná (2001) por el libro de cuentos *Precisiones*. Publicado por Editorial Eclepsidra (2013). Mención de honor en la Bienal José Rafael Pocaterra (1994) por el libro de cuentos *Breviario del ocio*. Publicado por Monte Ávila Editores (2007). Profesora del Diplomado de Escritura Creativa. Universidad Metropolitana. Actualmente se desempeña como consultora en el área de comunicaciones. Amplia trayectoria en la cobertura periodística especializada en el área de economía, así como en la coordinación y diseño de estrategias editoriales en medios de comunicación de Venezuela.

El cuarto

Día a día la habitación de Marcos se hacía más pequeña. Las paredes se contraían y el espacio, de manera inexplicable, desaparecía. Él le rogó a su papá que lo dejara dormir en el sofá aquella noche, cuando para entrar a su habitación debió agacharse como si intentara meterse en una caja. Pero su padre, creyendo que se trataba de una excusa más para hacer lo que le venía en gana, lo mandó a su cuarto con un grito. A la mañana siguiente Marcos no llegó a desayunar.

Cuentan los amigos de la familia que su padre, agobiado por los cargos de conciencia, ordenó al joyero del pueblo que le hiciera una base de oro de la cual colgarían, llegado el momento, la habitación de Marcos como una medalla sobre su pecho abierto.

Puerta del mal

—Debía abrirla, papá, pero Noche no me dejaba hacerlo —explicó la niña desde el suelo, donde la sangre comenzaba a secarse.

—¡Le sacaste el ojo al chivo! —le gritó por el miedo de perder a su padrote.

Ana supo que era el momento de llorar y de hacerle a su padre el favor de mentir.

—Fue un accidente, lo lamento.

Jamás podría entender que ella debía abrir esa pequeña puerta porque así estaba escrito, porque para eso había sido llamada, porque las cosas tenían que pasar. Ahora eso poco importa. Ya el mal está suelto.

©Carmen Rosa Gómez Padrón

Carmen Rosa Orozco (San Juan de Colón, Venezuela, 1978). Poeta. Pedagoga en Educación Integral. Administradora de Empresas. Comerciante. Ha publicado en poesía los libros: *Hileras de Sol*, *Delebles y Entreluz*. Posee 8 poemarios inéditos. Ha sido publicada en: *Pasajeras antología del Cautiverio*, de la Editorial Lector Cómplice, Astorga Redacción (España), El Papel Literario de *El Nacional*, Revista Nacional de Cultura, Antología Poética *Sujeto Almado*, Revista Actual, Antología *Los Dragones de Papel*, Revista Hipsipila (Universidad de Caldas, Colombia). También ha sido representada en los portales electrónicos: El coloquio de los perros, Revista Hiedra Oxeda, Revista Elipsis, Revista Kametsa, Revista Poémame, Palabra Virtual, mi pequeña Venecia, Letralia, El meollo, entre otros. Obtuvo los siguientes reconocimientos literarios: Premio Único del Concurso de Poesía de la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Estado Táchira, Premio de Poesía del IUFRONT, I Bienal de Literatura Juan Beroes.

Día 429 / Palabras que ruedan

Si las palabras pudieran liberarme escogería la vida y no la muerte. Todo estalla y nada revolotea en tus ojos, sin señalar, sin menoscabar lo adyacente, girando como piedra astillada hasta no parar, apoteósica como una muralla infranqueable. Palabras, palabras, fui nombrada por una palabra antes de nacer entre los labios de mis padres adolescentes, escondidos, buscándose entre sábanas incestuosas de una rancia brecha familiar donde la niebla borra y no deja significados heredados a sus descendientes. Crear la fina hebra que conecta los vocablos con los espíritus que se esconden en mis manos aún jóvenes, plenas de belleza, marcadas por finos surcos que solo yo puedo ver, por donde se conducen las voces que oigo, que siempre oigo. La casa está anegada, en el agua nadan telas de colores, salgo a atrapar las letras que flotan sobre ellas, letras para formar frases olvidadas y no dichas, besando tu cuello sobre la inundación, atrapando los verbos que saltan de tu boca hasta mi aliento. Apresurada, desesperada por encontrar algo, buscando donde han decidido callar, dejando la polvareda detrás de mi sombra. El frío endurece los pliegues de mi piel y no hallo tus respuestas, el amor nos sobrepasa olvidando esta época de odio que nos ha tocado vivir, he decidido amarte sin esperar una palabra o alguna retribución silenciosa. Renglones dispuestos para perderme en los trayectos difusos del tiempo, días asincrónicos donde las espirales se convirtieron en líneas rectas y sin maniobrar. La creación fue mencionada para hacerte florecer en cada rincón y abertura; insectos de luz que se debaten entre la pared y las cortinas, martirizando mis oídos ante sus constantes aleteos que beben lo que he dejado de ser, alucinada en ti para encontrarte.

Palabras que ruedan de mis uñas,

cada rasguño encontró algo distante,

sumida por entero en tus comas y bifurcaciones,

extendida como tronco en las aposiciones que te enredan a mí,

sin comprender el sonido preciso de las consonantes

y la ausencia de signos ortográficos.

Tus besos, todos tus besos, marcaron la diferencia,

y estuve alejada

como quien cruza los charcos de la destrucción para salvarse
de manera egoísta y sin intenciones.
No hay nada malo que pueda seguir sucediendo
porque un universo inextinguible de libros reposa allí.
Te ubicas en los confines de lo no imaginado
anunciando el encanto que produces cuando te miran,
construir puentes de hablas cuando no deseas conversar,
escondida en un montón de palabras que ruedan
de manera agonizante y fulgurosa a la vez.

©Carmen Rosa Orozco

Fotografía: Manuel Reverón

Nació en Caracas (1967). Poeta, editora, profesora universitaria. Licenciada en Letras (UCAB). Editora-fundadora de la Editorial Eclepsidra desde 1994. Tesista de la Maestría de Historia de Venezuela de la UCAB. Profesora de la Universidad Metropolitana y de la Universidad Católica Andrés Bello. Ha publicado en poesía: *Cuira* (1997, 1998). *Magdalena en Ginebra* (México, 1997), *Amentia* (Premio Contraloría General de la República, 1999), *Mieles* (2003). *Mieles Poesía reunida* (2005), *En el jardín de Kori* (2015); *Canción gótica* (2018).

Para quedarse callada

A las mujeres que están en cautiverio en África

Hemos tejido la piel a fuerza de llanto

Apenas oyen el canto del búho
el agua sobra y el hambre también

Las muchachas corren de un lado a otro
temen a la voz de los soldados
¡Son tan jóvenes!
algunas perdieron a sus madres
otras fueron apartadas de sus muñecas
y de su pedacito de tierra

La advertencia no fue oída
Ellas no quisieron esconderse
cuando pasaron los camiones
Pobres inocentes mostraron su olor
a jazmín y canela recién molida
Los hombres se fueron acercando
todo les parecía muy dulce ante tanto resentimiento

Una voz murmuraba al final del día
que las niñas fueron llevadas a un campamento
en la lejanía de un valle
«Le cambiaron los nombres
Tatuaron un número en sus pezones»
El resguardo recoge lo ido

Se oyeron disparos ruidos alaridos
El viento movía la arena de un lado a otro

Todos perdieron el rostro entre tanta polvareda

No se sabe si fue en la mañana o en la noche
(el tiempo se puso del lado de la sombra)
cuando a la niña de 13 años
le pintaron los labios cortaron sus cabellos
la sentaron en una esquinita del cuarto

Del poemario: *En el jardín de Kori*. Caracas: Editorial Eclepsidra (2015).

©Carmen Verde Arocha.

Profesora de las cátedras de Literatura venezolana y Análisis del discurso literario de la Universidad Nacional Experimental de Guayana (UNEG-Puerto Ordaz). Es Licenciada Educación Mención Castellano y Literatura (UDO-Cumaná). Magister Scientiae en Gerencia Educativa (UNEG). Tesista-Candidata a Doctor en Letras (ULA-Mérida). Investigadora académica y miembro del Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Artes (CIELA-UNEG). Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca 2010. Autora de diversos artículos arbitrados e indexados, en el área de la literatura y de la historia cultural y de los libros *Un hombre con Raíces y antenas. Hacia la educación contextualizada* (2010) y *La Pasión Disimulada* (2010-Poemario), FUNDARTE. Coautora de los libros *Pensar la ciudad. Upata 250 años* (2012), *Estampitas guayanesas* (2016) *Liscano a tres voces. Revisión de sus aportes a la poesía, la ética y la historia* (2017). Es también Locutora y Podcasters profesional.

I

Qué inútil es este techo que cree cubrirme de la lluvia

Nada sabe sobre mí

No sabe que le habito como un río contenido

No sabe

que vivo sumergida…

II

La mata de mango del patio de tía Eleonor sigue dando frutos

La de mi tía Consuelo luce unas mangas hermosísimas

Y la de mi casa…

¡Qué te puedo decir de la mata de mango de mi casa…!

Ella

insiste en ostentar su independencia y su asombrosa inmortalidad

Gracias al Dios vegetal las matas de mango de mi familia no se han enterado

que sus cosechas han quedado a merced de los mosquitos.

No saben de ausencias ni de la vastedad de los adioses

No saben

que la receta de picante de mango que navegó con nuestra abuela

Consiguió materia prima en mercados lejanos

Que nadie se disputa el «toque» o «el punto exacto»

Ni la olla de barro donde la abuela lo maceraba.

La mata de mango de mi casa y sus hermanas

se quedaron huérfanas

III

Mi río es inmenso

Como tu mar

Simplifiquemos

Agua es agua

©Carmen Z. Rodríguez

Nació en Maracaibo (1961). Maestrías es Literatura Iberoamericana y Lingüística aplicada a la enseñanza. Universidad de Georgia (Estados Unidos). Licenciatura en Educación. Universidad Central de Venezuela. Se dedica a la edición de libros de forma independiente e impartir talleres de literatura en Cagua, Venezuela. Fue fundadora y directora de los semanarios infantiles *Pirueta* y *El Correo en la Escuela*, así como gerente editorial de Monte Ávila Editores Latinoamericana. Ha sido profesora de Lengua y Literatura en escuelas primarias, intermedias y secundarias durante más de 40 años y durante sus estudios de maestría fue profesora de español y portugués en la Universidad de Georgia. Sus cuentos se encuentran publicados en revistas literarias y libros de texto venezolanos. Su libro *Las trinitarias y Barba Azul* recibió el Premio del Concurso Nacional para Autores Inéditos, mención Narrativa, edición 2010. Ha asistido a congresos y encuentros literarios en Venezuela, Argentina, España, Francia y Brasil promocionando el trabajo de autoras y autores venezolanos.

La Cenicienta

... Ella era la que fregaba
los pisos y la vajilla,
la que limpiaba los cuartos...

Charles Perrault

El vecino del frente tiene una ventana enorme en la sala.

Cree que las mujeres se mueren por él, camina por las aceras como si una filmadora lo siguiera.

El vecino del frente sale los sábados en la mañana a correr, sus movimientos son perfectos, no tropieza nunca ni detiene su ritmo. Sus cabellos no crecen y logran apenas hacer una onda que se bate con el viento cuando hace sus ejercicios.

Usa unas franelas discretas que dibujan un cuerpo interesante, digno de ser tocado.

Debe ser arquitecto, o tal vez un ejecutivo; yo lo observo cuando sale a trabajar en las mañanas, mientras termino de lavar los platos y descongelar la carne del almuerzo.

No tiene idea de que existo, jamás ha dirigido su mirada a mi ventana y yo doy gracias a Dios que no lo haga porque encontraría una bata sucia, una cara lavada y unas uñas rotas.

El vecino del frente tiene que rescatarme, pero no lo sabe. Sueño con el día en que podamos tropezarnos un domingo, que son los únicos días que tengo tiempo para arreglarme un poco para ir a misa.

Sé que tiene novia, pero ella no durará mucho, porque yo estoy aquí y mi cuchillo cerca.

©Carolina Álvarez Arocha

Fotografía: ©Samoel González

Nació en San Casimiro, estado Aragua (1952). Poeta, quien ha consagrado su vida al hacer poético, compartiendo su experiencia en talleres de creación literaria, en instituciones públicas y privadas, desde 1990 al presente. Licenciada en Letras egresada por la Universidad Central de Venezuela en 1984. Becaria del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), para el primer Taller de Poesía (1975-1976) con Ludovico Silva. Autora de nueve poemarios publicados: La edad de la templanza (2018). La espera imposible (2016). Daños espirituales (2007. Habla la muerte e Invernadero). Entremarino (2006). Naturaleza inventada (2004). Trébol. Antología poética (2008). Autorretrato (1993). La pasión errante (1ra. Ed. 1986 -2da. Ed. 1991), y Trébol de la memoria (1978). Su obra está representada en antologías: Cantos de fortaleza. Antología de poetas venezolanas (2016). 102 poetas / Jamming poético (2014). Perfiles de la noche. Antología bilingüe (2007). Poesía contemporánea de Venezuela (Seúl, 2004). El Hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX (2003), y Poesía en el espejo (1995). Reside en Caracas.

Amaso el pan
Con el que amo la vida
Crudo que observa la aurora
Brillo que define el tiempo

Pasea mientras a fuego lento
Se levanta el trigo
Quedo ensimismada
Olvidando lo pasado

Levanta el fuego
Campesina o citadina
reclaman
Un lugar mejor

Por un mendrugo
La tarde envejece
Días de lluvia
Noctambulo mirar
Comienza

Poema inédito

©Cecilia Ortiz

Nació en Coro, estado Falcón (1964). Economista, poeta, y promotora cultural venezolana. Realizó estudios de Economía en la Universidad del Zulia, donde desarrolló varios talleres de expresión literaria. Autora de los poemarios: *Otro lugar* (1992). *Labio ebrio* (1998). *Hendidura de agua* (2004). Antología poética *Otro lugar* (2008). *Voces* (2013). Jefa de redacción de la revista Fábula (Coro, 2010). Organizadora del Festival Internacional de poesía Palabra en el Mundo, capítulo Falcón. Premio Municipal de Literatura de la Alcaldía de Miranda por su libro *Otro Lugar*. Ha participado en el Festival Internacional Poesía de Chile, y ha asistido, como escritora invitada, a la Cátedra de literatura venezolana en La Universidad de Salamanca. Actualmente dirige el Nuevo Semanario, es miembro directivo de la Red de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela en el estado Falcón.

He aquí
el rostro del oscuro árbol
donde me arrodillo.

Prendida del ala del pájaro
presta al vuelo de la sombra
hablo a la luz.

Cargo entre mis manos
los ojos de un dios
soy agua
y en mis puños
un ardor se crispa

Huyo
de la palabra
vaciada dentro.

Del poemario: *Hendidura de agua.* (Eclepsidra, 2004).

Cada quien tiene un corazón
inconsciente de presagios
de señales de alerta
que llaman el milagro.

Cada quien amasa su propio resplandor
y devora la bestia en el claro.

Cada quien cree modelar entre los dedos
el tiempo de las espigas.

Cada quien persigue el coraje
de su presa.

Del poemario: *Hendidura de agua.* (Eclepsidra, 2004).

©Celsa Acosta Seco

Nació en Alemania (1946). Nacionalidad venezolana. Narradora, ensayista, investigadora, académica. Profesora titular de la Universidad Central de Venezuela. Directora del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. Magíster en Literatura Hispanoamericana Contemporánea, Universidad Simón Bolívar. Profesora visitante del Departamento de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Jerusalem y del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Algunos de los libros ensayísticos publicados: Cuadernos del anochecer, (ensayos), Hemerografía venezolana 1890-1930 (UCV, 1978), Historia y literatura en Lisandro Alvarado (Presidencia de la República, 1981), Las eras imaginarias de Lezama Lima (A. de la Historia, 1984), Rufino Blanco-Fombona y su pensamiento americanista (UCV, 1997), Temas de literatura venezolana (UCV, 2002). Prólogo, Cuentos completos de David Alizo y a la Antología de Cuentos venezolanos (Editorial Popular, 2019, España). Ficción: Sombras sobre la luna de van Gogh (Cuentos. Edit. Cómplice, 2014) y A media voz (Cuentos. Edit. Ígneo, 2016), El bosque, finalista del Concurso de cuentos El Nacional con mención a publicación, Hombres que eran bosques y otros relatos, (Cuentos, Edit. Popular, España, 2020).

Esa calavera tenía una lengua en otro tiempo…

Especial para Les

Esa calavera tenía una lengua en otro tiempo, y con ella podía cantar ... ¡Cómo la arroja al suelo el tunante, cual si fuera la quijada que utilizó Caín para el primer asesinato!

Hamlet, Acto V, 1ª. escena

La única mancha que alteraba el brillo de la calle era la de un hombrecito insignificante. Iba dando saltos y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando repicaron las campanas de la catedral. Llevaba puesto un abrigo anticuado, un par de botas largas y unas polainas con botones de las que solía usar la gente del pueblo, lo que le daba una apariencia rústica. Cubría su calva un sombrero tan grande que parecía tener la forma de un paraguas con plumas. El tiempo corría más veloz de lo que daban sus cortas y delgadas piernas que de milagro podían sostener su rechoncho cuerpo balanceándose como Humpty Dumpty, en peligro de resquebrajarse. Debía llegar a la hora, y el lugar a donde iba estaba en las afueras de Viena, pero era inevitable que bajara el mentón y contara cada loza del suelo. La avenida era ancha, florida y hacía honor a la capital del imperio austrohúngaro, en aquel mediado del siglo XIX

Levantó la cabeza al pasar por un edificio que le llamó la atención y comenzó a enumerar compulsivo uno a uno sus enormes ventanales. Los ojos saltones se le agrandaron, de ningún modo podía llegar tarde. El sudor le empezó a correr por la frente, y como una catarata por todo el cuerpo. Y a pesar de la suave brisa otoñal, seguía mojándose. El pañuelo no le sirvió de mucho.

Llegó por fin a la Iglesia Parroquial de Währing, y al subir las escalinatas, giró hacia el ala lateral, de un barroco tardío en donde iba a llevarse a cabo el tan ansiado acto. Se detuvo, apoyó una

mano del marco del portón y respiró profundo para que volviera a fluir con normalidad su sangre y dejara de gotear aquel sudor que lo había bañado.

Los sepultureros, quiénes en ese momento eran desenterradores, habían puesto alineadas en un mesón dos urnas, de las que aún se desprendían tierra húmeda y barro oscuro. Los facultativos rodeaban el mesón mientras los obreros quitaban los clavos y abrían las tapas de cada urna. ¡Halt!, dijo uno de los presentes, con más cuidado, bitte.

El hombrecito, aún jadeante, se echó hacia atrás como si un fantasma lo empujara al vacío, mientras sentía que el alma estaba por salírsele del cuerpo. En aquella penumbra solo iluminada por faroles, su figura se perdía, tímida y apartada, amparado por uno de los pilares. Dio un corto paso para adelante y otro hacia atrás. Así varias veces. Estaba queriendo esconderse tras la columna. Entrecruzó los dedos como si fuera a rezar. Contó unas diez personas alrededor de los dos sarcófagos, ahora ya abiertos. El médico austríaco Romeo Seligman daba instrucciones a una persona que parecía ser su ayudante. Alertas estaban destacados miembros de la Gesellschaft der Musikfreunde.

Sin embargo, todo ese protocolo no iba a impedir que él entrara, estaba decidido. Ahora es el momento, se dijo a sí mismo para darse valor y se abrió paso entre los guardias, prelados e invitados, y con ademanes torpes y desmañados se acercó a empujones a los sarcófagos. Todos lo miraron. Él, sin reparar en nadie, con la mirada fija en el mesón, tomó en sus manos las venerables calaveras, las acarició y le dio un beso a cada una de ellas. Ninguna persona lo detuvo, ni guardia ni asistente alguno se atrevió a interrumpir a Anton Bruckner que venía a unirse en alma y cuerpo con sus maestros Beethoven y Schubert, que habían sido exhumados ese doce de octubre de 1862. Un día glorioso para el gran genio sinfonista, quien después de ese acto de amor levitaba, con los labios ardidos de placer.

En aquel recinto solo había tres personas vivas. Los demás eran vulgares cadáveres que no se daban cuenta de eso. Los vivientes eran Beethoven, Schubert y por supuesto él, Bruckner. Las tres únicas calaveras que jamás dejarían de soñar con el arte, con la música.

©Cesia Hirshbein

Nació en El Cairo, Egipto, pero es venezolana. Llega a Venezuela a los tres años de edad tras el conflicto de Suez. Licenciada en Filosofía y profesora de Estética, en la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela, luego fue su directora entre 1993 y 1996. Ha publicado poesía y ensayos sobre arte y filosofía en diversos periódicos y revistas especializadas del país. Es autora de los poemarios *Del eterno retorno* (*La draga y el dragón*, 1987), y de *Encuentros del poeta con el psicoanalista* (Fundarte, 1991). En 1997 publica una novela *Sabath* (Grijalbo) y, en el 2001, *Mínima antología de estética* (Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela).

El poemario *Voz de fondo*, Oscar Todtmann Editores, 2019. reúne textos escritos desde comienzos del año 2003 hasta nuestros días.

Recientemente ha publicado *El cuarto Jugador*, por Dcir Ediciones, en Caracas. Noviembre 2020.

Siete poemas

I

Esta materia
recibe formas
se contrae
reflexiona

II

Abre la puerta
pasa
reclínate
escucha el silencio
Comparte conmigo
la calma de esta morada
Percibe su impulso iniciático
Interrumpe el presente
apostado a mis pies
Toca su relieve
hecho de aire
y de vacío
Es el preámbulo de la imagen

III

El ánimo poético
anticipa el contorno
de algo vaporoso
que se materializará

Es decir
una incógnita afigurativa
tendrá por respuesta
otra incógnita
vuelta ritmo y lenguaje

IV

Como si pudieras darme
un poco de sombra
Como si pudieras recoger
los fragmentos incoherentes de mi existencia
recomponerlos
darme un nuevo semblante
Pero solo logras ponerme a escribir

V

Pájaro herido
verbo desorientado
cayendo
en esta inhóspita residencia

VI

Pálida anémica
mi palabra es débil
tímido fulgor
de la luna en su mengua
trazo hilvanado
con precarios filamentos
basta un soplo o un estornudo
para volverla trizas

VII

No tengo la calma de las piedras

nada pueden hacer mis manos

que todo lo rompen

Impaciente

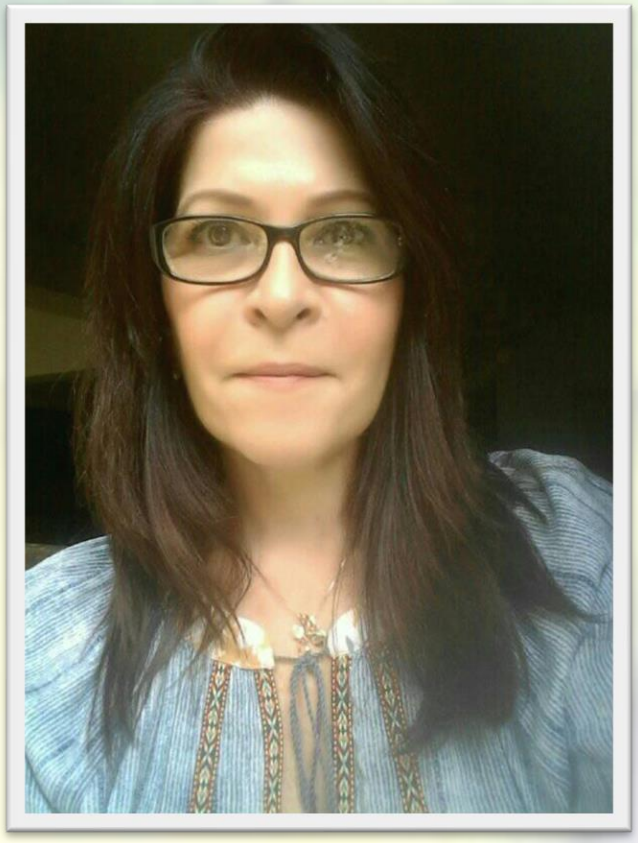
cada noche regreso

a mi antiguo oficio

frente al tablero de veintisiete letras

seducida por la infinitud

©Christiane Dimitriades



Nació en Caracas (1962). Editora venezolana. Ha trabajado en Libros El Nacional y ha colaborado con las editoriales Planeta Venezuela, Ediciones B, Lector Cómplice e instituciones sin fines de lucro, entre otras, Fundación Bancaribe. Actualmente coordina proyectos editoriales como editora independiente.

Sueño en Marrakech

En el mundo onírico llegamos a lugares inimaginables sin saber cómo. Esa noche me costó conciliar el sueño, pero logré caer en un sueño profundo. Yo estaba en medio de la Plaza Jamaa el Fna. Mi intuición me decía que la noche antes había cenado allí, en unos de los tenderetes de la plaza, que había comido calamares rebozados, que las especias que provenían del plato del comensal de al lado eran las mismas que usaba mi padre cuando cocinaba cordero en salsa. Mientras tanto, yo cambiaba de posición en la cama al sentir un hormigueo en el brazo derecho.

Apareció una puerta ante mí. Descubrí que era la entrada de un túnel. Delante de mi entrecejo bailaba un destello de luz impidiéndome ver el camino que comencé a andar con precaución. Un pegoste de arena se adhirió a mis pies desnudos subiendo por mis piernas hasta transformarse en unas botas de barro. Traté de abrir los ojos, estaba angustiada, pero unos dedos de quién sabe quién me impidieron salir del sueño. Seguí andando con el peso del barro en mis pies hasta un par de ventanas selladas que vi en las paredes del túnel, las toqué. Se trataba de un mural veneciano.

¿Dónde estoy?, me preguntaba, mientras avanzaba gracias a la guía del destello de luz.

Divisé a un hombre con una túnica color violeta, caminaba dándome la espalda, como si no sintiera mi presencia, aunque yo sí percibía su olor a comino. Lo seguí e intenté tocarlo para hablarle y saber dónde estábamos, cuando las puntas de mis dedos se quemaron apenas levanté la mano. Quise llorar, no aguantaba el dolor, y de pronto mis diez falanges cubiertas de llagas enrojecidas se tornaron blancas. Me limpié las manos en el ruedo del vestido y el dolor desapareció junto al hombre y el camino que tenía por delante. De nuevo estaba en la entrada del túnel. Volví a ver mis manos y mis huellas dactilares estaban allí, como caminos desolados que se entrelazaban a medida que las veía más de cerca. Y mientras veía mis huellas comencé a disolverme de la cintura a los pies. No tenía piernas ni caderas. Caí boca arriba al suelo de arena, como si fuese un fardo de carne. Desde esa posición solo lograba ver la parte alta del Coliseo. ¿Qué hago en Roma?, me preguntaba. Quise levantarme, pero no pude. Es la hora de mi muerte, intuí. Y morí. Y no pasó nadie. Me quedé allí, quieta, donde nadie me veía ni me sentía. Pensé en arrastrarme por el suelo, pero al recordar que estaba muerta, volé a la parte alta de una columna que no había visto al llegar por primera vez. Había una inscripción que decía: Vienes

de este lugar. Pero no, no es cierto, me repetía. Yo vengo de Caracas. Mi respiración se aceleró, quise salir de nuevo del sueño, pero otra vez dos manos presionaban mis ojos impidiéndolo. Con la vista puesta en el horizonte, supe que podía tocar el cielo, y lo toqué, y se abrió en dos partes. En ese instante, al mismo tiempo de sentir que caía de la cama, aparecieron mis antepasados por el lado derecho: bisabuelos y tatarabuelos que nunca conocí ni de nombre. Todos me saludaban con una mano y con unas sonrisas difíciles de describir y olvidar. Me invitaron a seguirlos. Mis piernas y mis caderas volvían a sostenerme. Me levanté y llegué hasta donde estaban todos. Me abrazaron sin tocarme, aunque llegué a sentir el calor de sus pieles y olor a nectarina. Algo me decía que no era el momento de despertar, pero antes de hacerlo me llevaron en brazos a la puerta de la entrada del túnel mientras me daban un consejo antes de verlos partir: comienza a andar de nuevo.

©Cinzia Procopio

Licenciada en Comunicación Social, Mención Periodismo Humanístico (1996) y Magister Scientiae en Literatura Latinoamericana y del Caribe (2000). Por más de veinte años, ha dictado cursos sobre la escritura en Venezuela, en el Departamento de Comunicación Social de la Universidad de Los Andes (ULA) y en el Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar (USB). Con el apoyo de Erasmus Mundus (PRECIoSA) fue Profesora Invitada del Departamento de Filología en la Universidad de Salamanca (2015). Ha sido directora de la revista académica Estudios. Revista de Investigación Literaria y Cultural (USB) y como Encargada de Medios formó parte del Equipo Editorial fundador de la revista Latin American Literature Today, del Departamento de Lenguas Modernas, Literaturas y Lingüísticas de la Universidad de Oklahoma (OU). Actualmente, es profesora en el Departamento de Lengua y Literatura de Oklahoma State University (OSU). Ha publicado libros sobre crítica literaria, diversos ensayos teóricos sobre la literatura contemporánea, y entrevistas a escritores de la literatura actual.

La Calle del Búfalo

«La calle del Búfalo tiene un corazón a la izquierda de Braulio», eso fue lo que escribí cuando mi amigo colocó en su Facebook un retrato encuadrado, vinculado con las dimensiones exactas de la entrada de un garaje, en una residencia fracturada, sobre las líneas perversas de un paseo cualquiera de Caracas. Erik, es filósofo y profesor de aquellas ideas profundas que, generalmente, pueden coincidir con una imagen, e inmediatamente explicó a mi amiga Carmen (quien comentó «no entiendo esta foto... ¿no importa?») «...lo difícil que es traducir, linealmente, una fotografía a un texto». En ese momento, no pude evitar recordar La cámara Lúcida, de Barthes, e inmediatamente volví a mirar esta fotografía. ¿Estaba perfectamente alineada? ¿El corazón está a la izquierda de Braulio? No. No podría estarlo. Braulio (si él existe, entre las letras y las palabras que definen a su nombre, como un caligrama de Apollinaire) no puede verme. Soy yo quien lo mira, desde la distancia, pero en la cercanía de mi interpretación severa. Entonces, Braulio está a mi izquierda y el corazón a mi derecha. Mientras lo observo, Erik vuele a comentar lo que nos mira: «…es complicado, pero hay que comenzar por asumir que la fotografía, a diferencia de la

palabra, no representa, sino que presenta sin sentido la apariencia de la cosa». Vuelvo a mirar… (¿debería decir «a leer» a la fotografía?) y ahora mis sentidos confluyen. Barthes no podía reconocer a su propia madre en la foto y yo no puedo reconocer a una pareja de árboles. Ya no lo son …. no para mí. ¿Continúan siendo una pareja? Sí, eso leo, o ahora, eso «interpreto». Pero no de árboles. Cada árbol vive en su tiempo y en su espacio. Sin comunicarse, sin tocarse. No. Son una pareja de Búfalos, están cerca, de perfil. Sus cabezas se han agachado para disminuir la violencia que los acompaña a veces, se detienen uno frente al otro. Acercan sus rostros. Probablemente se huelen. Me hacen sentir conectada a ellos, en medio de la calle, distanciados de los límites… Ahora soy una esencia de Platón, viendo sus imágenes no reales desde la proyección de la caverna, soy un fragmento de Magritte, incorporando elementos oníricos en aquello que se puede ver ¡Ya lo reconozco! ¡Es el Bestiario de Apollinaire!... Entonces, la computadora suena de nuevo. Caigo del aire, paralizo mis sentidos. Vuelven los árboles, la calle sucia, las puertas inexactas y la pared rayada. Otro de los amigos de Erik añade un comentario simple a mi cita de los Búfalos: «Es la impronta del desgarre».

©Claudia Cavallin

Escritora y ensayista venezolana (Caracas, 1963). Ha publicado los libros *Nada que ver* (1986), *Último trecho* (1998), *El viaje* (2001), *Caracas mortal* (2015) y *Bajo infinito* (2017). Fundó en el 2001 en Venezuela la editorial **Cincuenta de Cincuenta**, dedicada exclusivamente a la edición de poesía venezolana contemporánea. Poemas, crónicas, reseñas entrevistas y traducciones han sido publicadas en antologías, periódicos, revistas y portales en Venezuela, Colombia, Estados Unidos, Argentina, Chile, Uruguay, España y Italia. Su libro, *Último trecho*, obtuvo mención honorífica en la VII Bienal Literaria Ateneo de Calabozo Francisco Lazo Martí (1997). Desde el 2016 vive en el Sur de la Florida, en donde ha participado en recitales y presentaciones, parte de su poesía reciente fue publicada, junto a 30 escritoras latinoamericanas en la *Antología Todas las mujeres* (*Fulanas y menganas*), editada en el 2018 por CAAW Ediciones, USA; en la *Antología de poesía actual escrita por mujeres* (I), Revista 142 de España, (2019) y la *Antología La Floresta Interminable,* poetas de Miami, Editorial ArtesMiami (2019).

Yo vuelvo a cada rato
caminando hacia atrás, buscando algún destello
pero el camino es pura curva, traspiés, invisibilidad.

Ya no hay trono, escalón que nos separe, pared o techo propio.
Ya no escuchas la voz de tu padre.

No ves nada salvo monte, culebra y soledad.

Ya nada es sagrado, sólo la insistencia tenaz de caminar de espaldas, de poder llegar ilesa, con los pies intactos de tanta rabia.

No voy a salvar a más nadie, aquel que quiera salir ileso que aprenda a respirar bajo el agua. No voy a arriesgar el pellejo, carne, mi piel, lo poco limpia que soy, para insistirles que la redención es mirarse en el espejo, aguantar y aguantar, siempre de pie, descalza, aun cuando el espejo no te devuelva absolutamente nada.

ese poema
el que puede salvarte
o mandarte directamente
-y sin retorno-
a tu infierno.

Para aplacar mi nostalgia debo pasar la palma de mis manos sobre el lomo uno de los caballos de mi padre. Luego recuerdo que no existe ninguno de los dos, no hay caballos ni padre.

La tersura del lomo del potro puedo sentirla si cierro los ojos y me esfuerzo en recordar.

A mi padre no,
ya está lejano,
desdibujado.

Mi padre muerto es pura bruma.

Yo vuelvo a cada rato
caminando hacia atrás, buscando algún destello
pero el camino es pura curva, traspiés, invisibilidad.

Ya no hay trono, escalón que nos separe, pared o techo propio.
Ya no escuchas la voz de tu padre.

No ves nada salvo monte, culebra y soledad.

Ya nada es sagrado, sólo la insistencia tenaz de caminar de espaldas, de poder llegar ilesa, con los pies intactos de tanta rabia.

Vaciar la casa, catalogar libros, deshacerse de malos y buenos
recuerdos, dejar las paredes blancas, desnudas y vulnerables, no limpiar el polvo para que te recuerde siempre el desasosiego.

Arrancar los clavos con las manos, llenas de rabia y sangrar,

Vaciar cajones, del baño, la cocina, desprenderse del olor a familia, volver a los pasos cazando huellas imperceptibles y herir.

Observar el calendario del año anterior, con citas, cosas que hacer, que nunca
terminaste y doler.

Llenar cajas con lo que te importa y otras con las que no, clasificar fotografías, en donde sonríen los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, padres, hermanos, primos, amigos que están muertos, todos esos años útiles e inútiles.

Descartar parte de tu vida con el corazón fuera de tu casa.
Eso es cerrar la puerta.

Eso es irse.

(*) Este poema fue publicado en la Antología *La Floresta Interminable, poetas de Miami*, Editorial ArtesMiami (2019).

Textos del libro inédito *Poemas fragmentados* 2015 – 2019.

©Claudia Noguera Penso

Nació en Caracas (1963). Traductora e Intérprete de Conferencias en libre ejercicio. En 1999 gana el Premio del Concurso de Poesía del Taller Literario Lugar Común de la Universidad Simón Bolívar, universidad en la que de seguidas cursó el Postgrado de Literatura y Pensamiento Latinoamericano. En 2008, Monte Ávila Editores publica su primer poemario Imposible de lugar (Premio de Poesía de Autores Inéditos; y Mención Honorífica del Premio Municipal de Poesía de Caracas 2010). En 2011, Ed. Equinoccio publica su segundo poemario dicha la dádiva. En 2015, O.T. ediciones incorpora en su serie de poesía, el experimental ensayo-diario Sombra de Paraíso. Astillas en tres cuerpos de lenta lectura escrito en Berlín, hacia donde la autora se exilió por propio designio en 2013. Antologías: En-Obra. Antología de la Poesía Venezolana 1983-2008 (Saraceni, Ed. Equinoccio, Caracas 2008); Poetas Venezolanos Contemporáneos. Tramas cruzadas, destinos comunes (Salas y Sebastiani, Común Presencia Ed., Bogotá 2014); Cantos de fortaleza. Antología de poetas venezolanas (Kalathos Ed., Madrid 2016), Nubes. Poesía hispanoamericana (Armas, Ed. Pre-Textos, Madrid 2019); El puente es la palabra. Antología de poetas venezolanos en la diáspora (Kariakin y Requena, Digital, 2019).

Para viajar lejos las semillas

hacer hablar a los árboles

mover los molinos de aire y de maíz

darle una vuelta al solar

Para sostener a las gaviotas

inflar las velas de los barcos

atender la flama, sus llamitas

atizar la lumbre del carbón

caminar las ideas

y el trabajo de los herreros

Para mover las nubes de aquí para allá

(que llueva de un lado o de otro)

desordenar los paisajes, despeinar palmeras

partir sin abandonar, llevarse

todas las penas - sopla

el viento de Paramancito

(Inédito, *Paramancito*. Venezuela 2012)

A la sombra de tal paraíso
moro. Demoro
ante la emergencia
Toca ¿sabes? vivir y morir
sin baranda. Sopla el viento
Sopla viento, borrasca
a la intemperie, el desarraigo
Galopa sentido suelto
gacela, desbandada inerme
Pezuñas baten la arena caliente
movediza, busque arraigo
el espíritu indómito. Cuando
casi mañana en silencio
oro por los atribulados
y ojo de agua ampare
y favorezca, emerja
la ternura de sostenernos
Emerja el ángel
despliegue su ala
Luz de la lengua, la muerte
y de la vida, ahora.

(Inédito. *Berlín*, agosto de 2020).

©Claudia Sierich

Nació en Anzoátegui (1964). Profesora Titular CENDES-UCV. Investigadora CENDES-UCV. Presidenta de Ser Creativo Gestión y Desarrollo Humano. Es poeta y docente. Socióloga egresada de la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), doctora en sociología del desarrollo por la Universidad de París III. Actualmente es profesora investigadora del Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Ha publicado los poemarios *Azares* (1994), *Enero* (2004), *Sedimentos* (2008), *Preguntas a Rilke* (2009), *Estaciones* (2010) y *Siete noches, siete poemas*, con Ramonetta Gregori y Julieta León (2012).

Un agujero negro es la incertidumbre de un cuerpo
en su travesía celeste

todas las pérdidas condensadas en el alma
el frío que siente mi voz cuando nadie la escucha

un agujero negro negrísimo
perfora la tierra y no lo vemos

un agujero negro
crece en mis adentros

dos cuerpos flotando
un hilo de luz

el amor extinguido los alumbra

©Coromoto Renaud

Cristina Policastro es Comunicadora Social, escritora, guionista, analista y asesora dramática con cuatro novelas publicadas hasta la fecha: *La dama del segundo piso* (Alfaguara), *Mujeres de un solo zarcillo* (Planeta); *Ojos de Madera* (Planeta) y *La casa de las virtudes* (Grijalbo-Mondadori), publicada también en alemán por Peter Hammer Verlag bajo el título de *Das Haus der Tugenden*. Sus cuentos están recogidos en diversas antologías.

Alquimias

Hoy descubrí su alquimia

pero

aún ignoro

cuánto tardará en hablarme

el silencio

Antes exhibía

figura y estruendo

cuando aún no se había comprendido

a sí mismo

Ahora sabe que hay modos

–otros caminos–

y aunque siempre concibe

se hace difícil oír su frecuencia

Cuando yo no sabía de aquello

me encantaba su andar y hermosura

Ahora que sé

aún percibo la gigante belleza de los trenes

Eso me espanta

de mí

Cada cosa en su sitio

no mover ni cambiar

o no sabes que alterar revuelve

arañas y entrañas

¡No toques!

Sí toco

porque guardarse es propiciar

la resurrección

¿de los trenes?

El silencio puede salir de su claustro

y desplegar una mesa ritual

donde dioses y demonios

quiten, pongan, se equilibren…

y así tal vez

–solo tal vez–

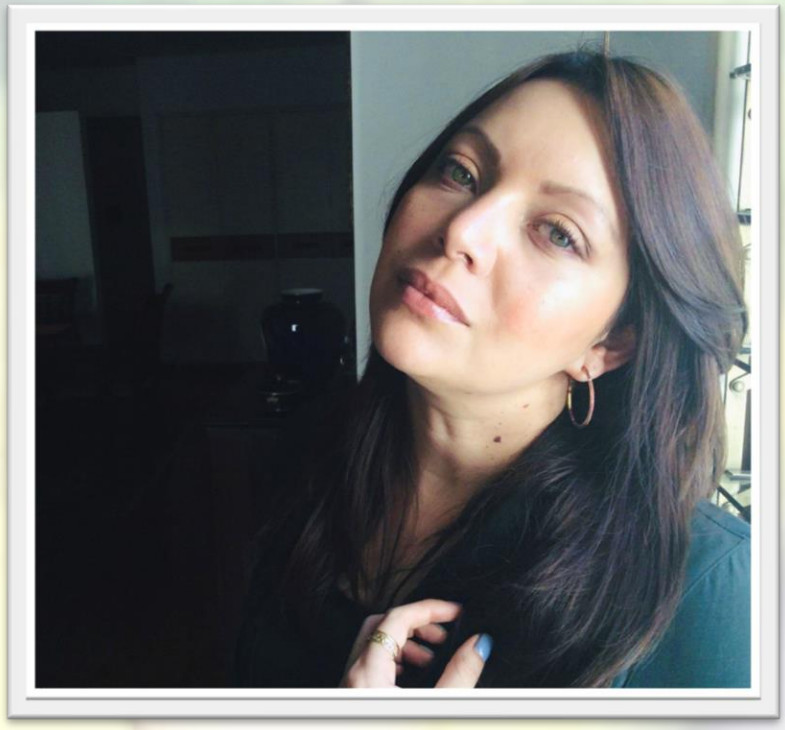
ya no volverán

los zapatos

a apilarse

ascendentes

©Cristina Policastro



Fotografía: Pável Bastidas

Nació en Caracas, Venezuela (1981). Profesora de Artes Escénicas (UPEL) y Magíster en Estudios Literarios por la Universidad Central de Venezuela. Profesora de Lengua Española y Literatura en la Escuela de Idiomas Modernos de la misma universidad desde el 2008. Dramaturga, actriz. Merecedora del Premio de Autores Inéditos Monte Ávila Editores, 2009, mención Dramaturgia, por su libro *Breves*. Premio Municipal de Literatura, 2011, mención Dramaturgia, por el mismo libro. Ganadora de la beca Panorama Sur, Argentina, 2012. Su obra ha sido traducida al inglés y portugués. Su trabajo ha sido publicado en antologías nacionales y revistas dentro y fuera de Venezuela. Desde el 2016 lleva a cabo el proyecto audio-poético Voz de otra Voz.

El intento

Del mismo manantial
ardiendo,
hay un rastro del cielo en la mano
de algunos niños,
de ahí mismo
salen las contradicciones:
una flor segura de su tallo,
un microscopio empecinado en hacerlo
mejor,
un reloj de cuerda en el que no se entiende
la hora
yendo de Nuevo al agua
a buscar menos.

Será quedarse en el fondo
hasta encontrar
lo huidizo.

Esta respiración cede
sin escuchar tus pasos
humedezco tus dedos
como si fuese lo único que importa
después de mirarte.
La bestia ha quedado afuera
me enseñaste a echarla de casa,
en la faz de un Dios impreciso,
informe,
sin lugar.
Voy quedando sin recuerdos
tampoco me invento lugares felices,
estás ahí,
dormido,
rehaciendo lo que desde ahora
será mi sueño:
No hay frontera en tu luz.
Mañana saldré con poemas
en las manos,

sin desierto.

©Daniela Jaimes-Borges

Foto: ©Ángel Gruber

Daniuska González González (Cuba, 1967). Durante 21 años vivió en Venezuela y obtuvo esa nacionalidad en 2002. Desde 2014 reside en Chile. Poeta, ensayista y académica de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso. Fue docente en la Universidad Simón Bolívar, de Venezuela, durante 12 años. Doctora en Humanidades (Universidad Central de Venezuela, 2008). Ha publicado más de 25 artículos en revistas internacionales indexadas, el libro *La escritura bárbara. La narrativa de Roberto Bolaño* (2010), y cuatro poemarios, entre estos: *Los pliegos del silencio* (2013) y *Las iniciales del tiempo* (2004). Coordina el Doctorado en Literatura Hispanoamericana Contemporánea y el Grupo Internacional de Investigación de la Violencia, ambos de su universidad, y es la investigadora responsable del proyecto «Los nudos de la memoria. El testimonio chileno y venezolano contemporáneo» (Fondecyt Regular 2019). Actualmente mantiene el poemario inédito *La completa vigilia*, patrocinado por el Fondo del Libro y la Lectura 2019, Modalidad Creación, del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Chile.

El dolor

El cuchillo penetra y obliga a un lento grito a la piel.

La cortada se esparce

y desde adentro rasga el último sentir acerado.

Queda sin tiempo la intensidad.

Nunca la quemadura escondió tanto su filosa naturaleza.

Es un lugar común decir sobre la noche y la enfermedad.

El sufrimiento llega a convertirse en desamparo.

Frente a su espejo se acerca la muerte.

Se finge la sanación donde el cuerpo ya ha sido vencido.

Del poemario inédito: *La completa vigilia*

---o---

Vejez (poema en prosa)

Este cuerpo con el rictus de unos labios de color ambarino pretende detener la sutura gastada de su reflejo. Las arrugas visibilizan la andadura, sin memoria que sujete tanta intemperie, densa al tiempo que encoge la dejadez trivial de los huesos. La edad ha sacrificado su artificio, un cambio que exige laboriosidad. Cada sonido pulsa el contrabando febril, una náusea bordeando las comisuras pintadas con un ya leve (quiero creer que imperceptible) temblor. ¿Qué faltará ver? El peso muerto que detiene una mano sobre la catástrofe. El miedo sin concesiones. Para el espejo soy una mentira acomodada en un abrazo de mí misma. La piel que los latidos hunden. Reconociendo la caída en cada mal trazo del labial, su esquiva pero profunda huella de color y de preguntas. Mirarme sin ser. Náufraga de mi doblez.

---o---

Dijeron que la belleza podía doler.

Que era un relámpago de pureza detenida,

la pared de un artificio.

Este templo tiene el esmaltado preciso.

Un bello contrasentido donde la luz apacigua la sonoridad.

La multitud parece venir contra él,

una pulsación silente que se adhiere a su resplandor invisible.

La lengua de púrpura, el gran Buda, vigila los vestigios de la quietud.

Guarece en ese instante cuando la belleza se aploma

y la inocencia comienza a fraguar.

Los tres poemas pertenecen al poemario inédito: ©*La completa vigilia.*

En el templo Sensō-ji, Asakusa, Tokio, 20 de julio de 2017

©Daniuska González

Dayana Benavides, es una escritora y periodista venezolana, nacida en Caracas en 1976. Licenciada en Comunicación Social de la Universidad Católica Cecilio Acosta, con experiencia en locución y producción en radio y TV; redacción y edición en impresos y docente universitario en el área de publicidad.

Algunos de sus cuentos publicados son: *El Hechizo* (Cuentos para los más pequeños - Editorial Ipapedi), *Deseo* (Bajo la Piel Volumen #1 - Carpa de Sueños). *Desde lo Alto* (Escuela Viva. La Revista - Notitarde). *La fuerza de atracción* (Bicirelatos). *Ella, La Sirena, El perfecto, Don Gabo cambió mi vida, En una maleta, No te lo dije, El paquete, ¡Que ironías tiene la vida!*, entre otros.

El cavernícola

Ricardo Laguna, ese es su nombre, hoy lo vi a la salida, estaba con otros chicos junto a un carro, parece que él lo conducía, creo que es de su papá, esperaba a Leo, su hermano menor, ese que se sienta a mi derecha y siempre me pide ayuda en los exámenes, quiere que le preste mi prueba para copiarse, con ese descaro como si debiera hacer su trabajo. Estaba tras las rejas porque el vigilante del colegio no lo dejó entrar, pero tiene razón, con esa apariencia de cavernícola que tiene quién sabe qué alboroto puede causar, sobre todo con las chicas, porque todas al verle dejan la boca abierta, a más de una le ha entrado una mosca en un descuido.

En los pasillos se rumoran muchas cosas, el otro día oí a Fabiola, esa que se la cree de la más atractiva de todas, que él la invitó a comer helados y quién sabe qué más. Una amiga al ver mí expresión me dijo que estaba celosa, porque no fue a mí a la que invitó ¿Qué va a saber ella? a mí no me importa ese cavernícola. Aunque en su presencia me tiemblan las rodillas y me pongo colorada, menos mal que soy morena porque si no sería un tomate andante, trato de no demostrarlo y cuando todas se babean yo protesto y hasta hablo mal de él como si lo odiara.

—Mariana te buscan en la puerta.

—¿Quién es mamá?

—No sé, creo que un muchacho de tu colegio.

—¿Quién? ¿Te dijo su nombre? Hoy no me puse de acuerdo con nadie para realizar algún trabajo.

—Creo que me dijo que se llama Ricardo.

Me quede con un samán plantado, inmóvil, era algo que nunca me fuera esperado, ¿Qué hacía el tonto cavernícola ese en mi puerta? No quería ni salir, se me notaría mucho el nerviosismo y él se daría cuenta que causaba el mismo efecto en mí que en todas las chicas, seguro se burlaría con su sonrisa de medio lado y batiría sus cabellos desordenados, pero así en vez de molestarme me pondría aún más nerviosa. Le dije a mi mamá que me negara, que dijera que no estaba y ya. Mi mama muy divertida y notando que me daba pena, le dijo gritando desde la ventana:

—Ya va a salir, espere un momento.

Tuve que recibirlo sino sería peor, respire hondo, trate de poner mi mejor cara, de no darle importancia al asunto, hasta fingí que no me acordaba de donde lo conocía, no sé si me creyó. Sin saber que decirle, se me ocurrió preguntarle por el motivo de su visita.

—Mi hermano Leo me ha pedido que venga a consultarte sobre un asunto de matemáticas.

¡Claro!, Leo no vino porque sabe que le diría que no, entonces me ha mandado a un emisario en su nombre, ese al que ninguna chica le dice que no, que astuto, pero no voy a caer en su ardid.

Ricardo se acercó tanto que mis ojos quedaron justo frente a su pecho, tuve que levantar el rostro para poder dirigirme a él y me encontré con sus ojos rayados que me dejaron sin defensa. Y agregó con esa voz ronca:

—Solo te quitaré un minuto.

Mi boca respondió sin pedirle permiso a mi orgullo, y le dijo:

—Sí, claro, pasa ya busco los apuntes.

Después de ese día, Ricardo me saluda agitando su mano cuando va a buscar a su hermano, y yo conteniéndome le respondo como si se tratase de cualquier cosa. Varios días estuvo yendo a mi casa con cualquier excusa hasta que me invitó al cine, le dije que no, pero el insistió y terminé por aceptar.

El día en que fuimos a ver la película estaba muy nerviosa, no podía concentrarme, no cruzamos ni una palabra hasta que faltando poco para que terminara la función él se abalanzó sobre mí buscando mis labios, me levanté como si una enorme fuerza me llevará a huir, sentí el miedo helado recorrer cada fibra, pero fue más un instinto, mi boca esta vez reaccionó como una presa temerosa de su cazador, por alguna razón sabía que su cabellera desenfadada de cavernícola era un anzuelo de incautas, viví con una mezcla de asombro ese primer intento, que se quedó sólo en eso. Pude saber el final de la película, aunque me perdí mi primer beso.

©Dayana Benavides

Foto: ©Camila Centeno

Nació en Puerto La Cruz, Venezuela (1985). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Su primer libro de cuentos *Granizo* (2011), recibió el Primer Premio de la I Bienal de Literatura Julián Padrón. Su cuento *Evocación y elogio de Federico Alvarado Muñoz a tres años de su muerte* (2012), recibió el Primer Premio del concurso «Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores». Su poemario *Ahorcados de tinta* (2019) y su libro de cuentos *La máquina de viajar por la luz* (2020), fueron publicados por Cuban Artists Around the World en la ciudad de Miami. Escritos de su autoría han sido incluidos en distintas muestras de narrativa venezolana como, por ejemplo, en la Antología del cuento venezolano de la primera década del siglo XXI, editado por Alfaguara, y el dossier de narradores venezolanos del siglo XXI editado por Miguel Gomes y Julio Ortega, publicado en INTI. Revista de literatura hispánica. Actualmente reside en Florida.

El día de las elecciones

La pasión recorre las sonrisas electrocutadas de los 50 estados.

Vivo en la ciudad-meca-oficial de la ciencia ficción y la confederación galáctica y el planeta-prisión-paria de Xenu.

Mi cuerpo reposa en una bañera llena de cubos de hielo, como si me hubiesen secuestrado para robarme los órganos.

Tengo una herida en el costado derecho, parece cosida con resplandores.

Soy una agente secreta del lenguaje.

Los candidatos son corderos rellenos y decorados con estadísticas infernales. Puedes darles un mordisco si te animas a cruzar el umbral de las metáforas puras.

Y se roban todo mi cuerpo iluminado de comparaciones.

No voté como una silenciosa protesta anarquista.

A mí me saquean los mares y las estrellas.

Soy el dulce coño de la poesía intentando encender las encuestas.

Esto es un perchero de sueños o, más bien, de pesadillas.

Y esperé los resultados durante noches interminables y días interminables con rostros de voluntarios ardientes.

Tenías que verla, Norteamérica vestida de novia tierna y morbosa, viniéndose en un democrático suspiro y levantando el pulgar para viajar en autoestop.

Mi esposo

Me como un frasco entero de helado mientras espero que Odiseo regrese al bungalow.

El helado es un demonio con mil cabezas.

Caramel cookie crunch

Mis cabellos de algas flotan en el patio entre canciones de The sea and the cake y los ladridos del esposo invisible.

Mi esposo es cristalino y dueño de mi mundo. Su cabeza es un bosque y sus manos son un beetlecat partiendo de una isla de Massachusetts.

Cuando regresé del poema, mi esposo estaba durmiendo su siesta en la tierra de Peter Pan.

Paraíso baldío nuestros recuerdos solares de la playa de sus abuelos.

Mi esposo es un traductor de sueños, de burbujas marinas y de mi cuerpo en el aire.

Porque todo en esta casa brota de nosotros.

Construimos un imperio con fotos borrosas en las que sus padres parecen sacados de un video clip de The Beatles, es lo que debemos desnudar: la melena de John Lennon y la boca de una estrella marina que atrapamos en Cape cod.

Pecera onírica, desbordada de futuro, con su abuela pintando naturalezas muertas caribeñas y su abuelo de saco y corbata emborrachándose en el subway.

Las ciudades se queman en la ceniza de un habano enrollado por José Martí.

Soy una canción de 70 años o el derrumbe del sonido.

Mi esposo es un traductor del nirvana de los gatos de Instagram.

©Dayana Fraile

Nació en Caracas (1969). Escritora venezolana, publicista y traductora del francés. Edita la revista Contexturas.org desde 2019. En el ejercicio literario se inclina por el relato corto y la crónica. Recuerdos, hechos históricos y sociales, imágenes publicitarias, indumentaria, idiomas y mitologías: todo puede ser objeto de asombro, curiosidad, investigación e interpretación. Textos suyos han sido publicados en: «El arte de la lectura» (edición XXV aniversario de la Revista Letralia), en el Papel Literario de El Nacional y en los portales Ficción Breve, El Estilete y El Cambur. Colecciona e investiga el abanico como objeto histórico y social; ha dictado numerosas charlas sobre este tema en Venezuela y en Brasil.

Ruido blanco

De nuevo el ostracismo. Enfrentar su nívea extensión era tomar consciencia de mi condición temporal de paria y de haberme equivocado, una vez más. Al principio, su severo silencio abofeteaba mi deseo de emitir un discurso constante para sentirme líder de una manada de niños de preescolar cuyo interés y aprobación requería con urgencia. Luego, me invitaba suavemente al sosiego. Disminuían las ansias de interactuar con los demás. Mis necesidades de atención se diluían frente a ella y poco a poco recuperaba mi naturaleza callada, secreta, reflexiva, de hija única.

A pesar de su mudez, sus accidentes comenzaron a parecerme entretenidos. Era rugosa a la vista y al tacto. Parecía una inmensa playa nevada, de esas que engullen aviones y aventureros solitarios. De tanto frecuentarla, llegué a reconocer sus referencias. Fui construyendo su mapa visual y mental. Era capaz de ubicar, a primera vista, la estría de cuatro picos al Oeste, el valle oculto entre dos cordilleras al Este, la depresión al Norte y la llanura del Sur.

En el momento en que lograba trascender la incomodidad de ser la niña problemática de la clase y olvidar mi penitencia en esa esquina, cerraba los ojos y acariciaba su superficie. Su costra despertaba el recuerdo empalagoso de los suspiros de mi abuela o de la cubierta seca y glaseada de una torta especiada que sólo había probado en Navidad.

Cuando la maestra, cuyo nombre quedaría sepultado en aquel rincón, levantaba el castigo, me incorporaba de nuevo al grupo de niños con cierta vergüenza, pero sin arrepentimiento. La pared me aquietaba, aun así, su constante onda de ruido blanco no logró secar mi elocuencia. Con los años aprendí a dosificarla y a moderar el entusiasmo exacerbado ante posibles interlocutores.

©Denise Armitano Cárdenas

Nació en Puerto Ordaz, estado Bolívar (1998). Desde muy temprana edad ofrendó su vida al servicio de las artes escritas. Actualmente estudia la licenciatura en educación mención lengua y literatura y trabajó por dos años (2018-2020) como profesora de castellano en un colegio local. En el 2018 comenzó a trabajar con la organización Buscadores de Libros dirigiendo un club de lectura para niños y allí fue ahí en donde cayó perdidamente enamorada de la gran labor alrededor de la promoción de la lectura y la escritura. En abril de 2019 fundó *Bukars con Daried Pino* y, actualmente, se desempeña en el arte de enseñar a adolescentes, jóvenes y adultos a explorar su creatividad y su alma a través de la escritura.

Sombra, sangre y paz

Al cerrar la puerta, Daliah Dankworth suspiró, dejó de sonreír y se volvió hacia el espejo para verse por última vez: su cabello negro, recogido en trenzas pegadas a su cabeza con ganchillos de plata, y dos mechones cayendo como cascadas de sombras, contrastaba con su piel pálida, al igual que sus ojos, oscuros como el vacío que albergaba en su corazón.

Satisfecha con su apariencia, tomó su bolso de mano de la cama. No necesitó revisar su contenido, pues desde fuera podía sentir el peso y la forma del revolver que allí estaba guardado. Allí parada, acarició el arma a través del fondo de su bolso, desde la empuñadora hasta el martillo, y del pestillo hasta el cañón, para luego volver a la empuñadora, deteniéndose en el gatillo. Cerró los ojos y se imaginó halando de él… ¡Bam! Su corazón golpeó en su pecho al unísono de aquel disparo imaginario, y su cuerpo se llenó de una oleada de calor y adrenalina que se esfumó tan rápido como había llegado.

Finalmente decidió abrir el bolso para guardar un labial rosa pálido y un espejo de mano, tan plateado y brillante como su vestido. Lo sostuvo frente a su rostro como las princesas de los cuentos que había leído, con espejos mágicos que le mostraban el futuro o el lugar que quisieran.

En su caso, logró ver el pasado. En sus cejas logró ver las insípidas calles londinenses y a una joven en desarrollo deambular por ellas; entonces su cabello iba suelto y alborotado, y sus vestidos no eran tan elegantes como los que ahora se permitía usar. De allí pasó a sus ojos, negros como la noche en la que decidió pasar muy cerca de una pequeña taberna y de los hombres que allí se reunían, con una luna pequeña y borrosa como el único punto iluminado en el cielo. Y finalmente, sus labios, brillantes como la luz cegadora que se quedó mirando por horas mientras aquel hombre se aprovechaba de su inocencia.

Pero aquel espejo era solo un espejo, y aquellas imágenes no eran más que recuerdos. O mejor dicho, recuerdos de sus sueños, sueños que la habían acompañado por más de una década y con los que había tenido que aprender a vivir. Sueños de los que pensaba deshacerse esa misma noche.

Con paso resuelto caminó hacia una lejana esquina en la que terminaba el jardín y comenzaba el despeñadero. En la zona solo se encontraban dos figuras: los hermanos Arthur y William Coldwell, sus futuros cuñado y esposo respectivamente.

—¡¿Una mujer?! —escuchó exclamar al joven cuñado—. ¡¿Todo este escándalo por una mujer?!

—Arthur, Daliah solo se ha preocupado y nos ha dado aviso. No hay razón para alterarse —intervino Sir William con el tono conciliador que lo caracterizaba. Su hermano asintió y se volvió a su cuñada.

—Bien, pero es que lo que es amenazante para ella no supone una amenaza para nosotros.

—¿Insinúa usted que soy una mujer débil que se altera por nimiedades? —intervino Daliah acercándose. Lo miró con una media sonrisa y una ceja enarcada mientras abría el botón de su bolso.

—Por favor, cielo, no te tomes personal las tonterías de Arthur —dijo riendo.

—¿Pero es eso lo que piensa, Sir Arthur? —caminó hasta quedar unos dos metros de los dos hombres, al borde del amenazante despeñadero.

—¿Qué no todas las mujeres son así? —dijo el hombre con una risotada—. No entiendo la sorpresa.

Daliah soltó una risita

—Eres idéntico a tu padre —dijo apenas lo suficientemente alto para que la escucharan.

—¿Disculpa?

—Tu padre habría dicho lo mismo —Daliah se giró sosteniendo el revolver en su mano, casi jugando con él, mientras se deleitaba con el gesto de terror que se formaba en los rostros de los dos hombres.

—Daliah, ¿qué estás haciendo? —se atrevió a preguntar Sir William mientras ponía sus manos a la altura de su pecho y comenzaba acercarse a ella. Entonces la mujer alzó el arma y la apuntó a la cabeza del hombre.

No necesitó decir nada para que ambos se dieran cuenta de que iba en serio.

—Tu mataste a nuestro padre, ¿no? —dijo entonces Arthur con el rostro rojo de la ira. Daliah sonrió.

—¿Tu qué crees? —contestó ella con un guiño. Sir Arthur estuvo a punto de abalanzarse a ella hasta que William lo detuvo, justo antes de que Daliah lograra disparar.

—¿Fue él quién te violó? —adivinó él. Arthur lo miró incrédulo que, de no haber sido por su hermano, habría cuestionado aquello a los cuatro vientos. Daliah supo que William había recibido su respuesta solo con mirarla—. ¿Esto te dará paz?

Ella dudó. ¿Por qué le preguntaba eso? ¿Por qué le importaba? Y más importante, ¿por qué dudaba? Había pensado en ese momento tanto tiempo, segura de que le daría paz, que no podía creer que estuviese dudando ante la simple pregunta.

¿Lo amas?, preguntó una voz en su cabeza. ¿Era eso? ¿Realmente lo amaba? No, no lo amaba, pero… tampoco lo odiaba, no como al viejo Sir Ronald Coldwell, ni en lo absoluto.

Miró a los dos hermanos, que no aparataban los ojos de ella, ni se habían movido de su lugar. En su cabeza se repetía la pregunta ¿te dará paz? No.

—No —contestó cambiando el arma de objetivo, a una cabeza más menuda y pálida que contrastaba con su cabello negro recogido en trenzas pegadas a su cabeza con ganchillos de plata, y dos mechones cayendo como cascadas de sombras. Entonces, disparó.

©Deyreg Ruz Romero

Venezolana de nacimiento y española por adopción. Narradora y poeta. Desde 1994 hasta 2008 fue docente asociada e investigadora de la Universidad Simón Bolívar, (Caracas, Venezuela). Docente e investigadora en Universidad de Las Artes (Guayaquil, Ecuador) y en la Universidad Internacional de La Rioja (Logroño, España). Licenciada en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas, Venezuela) y de Magíster de Literatura Latinoamericana (USB, Caracas, Venezuela). Máster y Doctorado, respectivamente, en Teoría Literaria y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona (Barcelona, España).

Ha publicado el libro de cuentos *Fuego de Pez* (febrero, 2021), y el poemario *Cantos rodados* (julio, 2021), ambos con la Editorial Lector Cómplice.

Blog personal: Quincalla textual

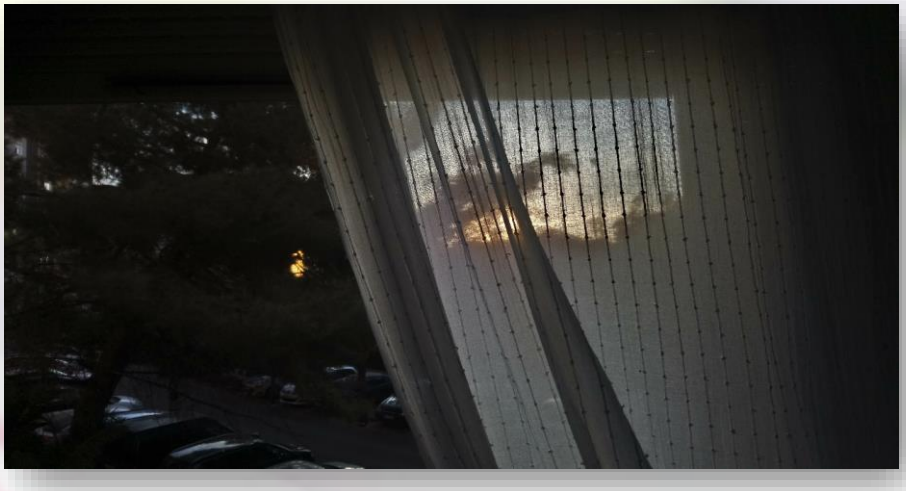
«Si un árbol cae en un bosque y no hay nadie alrededor, ¿hace algún sonido?

Me hubiera gustado escribirte de otra manera. Escoger decir, por ejemplo, que cuando era niño, tu colonia dejaba la estela del hombre que acababa de acunarme, como si yo fuera un crío, y me repetía mientras me ataba el cordón, Augusto, ojito con la escuela. Afirmar con firmeza que tus huevos fritos con vinagre nunca terminé de probarlos y no me gustarán ni en sueños.

Te veo sentado en frente de la computadora y hay un hombre despojado del gesto cotidiano del abrazo y de la colonia. Pero esto también es una imagen que construyo mientras conversamos por wasap.

Te envío dinero para comer y me dice la vecina Vero que ya casi ni sales. Que es el desgraciado de su hijo el que te compra la comida. Te roba, eso también lo sé, lo intuyo. Siempre, al margen con ese, me decías, y yo, ahí, comiendo de tu sospecha y creyéndome más protegido.

Contigo resisto por instinto, papá. Eso me decías. Huele a la mujer que viene; intuye al estúpido de tu jefe que trampea con las citas de los proveedores; písale el talón a la Ingrid que te dice que eres el único con el miembro de ese tamaño; márcale el paso a Marta que te trata mal porque cree que eres un tipo extraño solo porque te ocultas bajo la sombrilla en el verano de Blanes, donde fuiste a olerle la vida a ella y su familia, buscando otros refugios, Augusto. Porque uno sí se acostumbra a mirar por los ojos del otro hasta que tratas de escribirlo buscándolo en el tiempo y cada esa otra vez del pasado mancha de cloro las palabras.



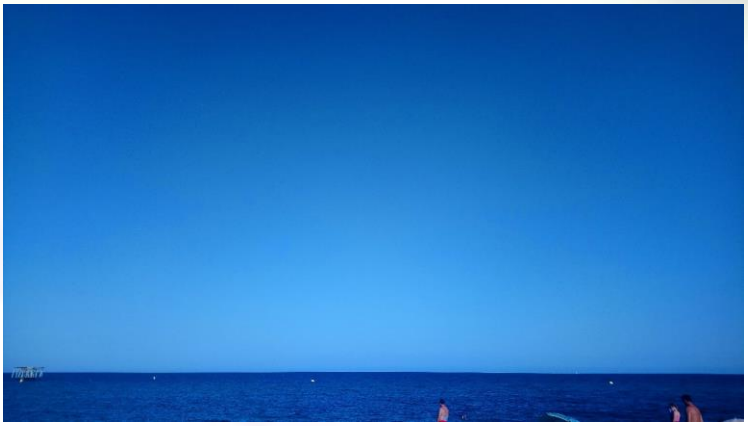
Hace unos meses, me hablaste de esa vez en la que querías que te trajera conmigo, también de la vez que ya no quisiste venir, resignado; del día que deseaste morir porque tus amigos se están yendo y no hay dominó con Pancho ni almuerzo con su Lola y mi mamá.

Te escucho de noche cuando arrullo a Lucía, y Marta me señala que es hora de dejarla cada vez más sola para que aprenda a dormir. Pero también se me va esta realidad. Nos vemos por wasap, me hablas y sé que, al colgarte, te quedas quieto en la silla, mirando el porno que te gustaría haber tenido o fotos de mujeres que no le llegan ni a los tobillos a mi mamá.

Si un árbol cae y no hay nadie alrededor ¿hace ruido?, me preguntaste unos días después de su muerte. No te entendí. Me marché confiado en que me tendría que apañar contigo el resto de mi vida, con Lucia y Marta, y tú ahí, ayudándonos en casa. Quería un abuelo que se llevara a Lucía al parque para estamparnos Marta y yo contra la lavadora y la cama, como en Blanes, mientras la olía contigo a mil kilómetros de mí, pero seguro de que habías criado a un buen tipo que recoge la ropa de su novia y solo desea mirarla a los ojos con el mar anochecido de su vientre.

Me hubiera gustado escribirte mientras caminas por la casa arrastrando los pies, y ves por la ventana que tu coche sigue ahí, sin poder venderse, creyendo que no te escucho. Quizá te narro mientras abres el wasap, pero estamos tan distantes que rehúso perderte.

Me hubiera gustado saber que te digo que atiendas mi llamada, que quiero verte, y esperar hasta las tres o cuatro de mi tarde para llamarte y pedirte que me cuentes en qué andas. Pero miro el reloj y te imagino viendo la computadora y la tele buscando tus sueños y tus amigos, tu salud y tu hijo que vive lejos y quién sabe si podrá conservar el trabajo, ahora, que somos topos con mascarillas. Te escribo, papá. Solo eso. De azul intenso.



Marta dice que un día de estos iremos a buscarte. Tú me miras y limpias la pantalla y, de pronto, te desapareces. Me dejas un mensaje: Augusto, estoy cansado. Hablamos mañana.

Lucía se sorprende cuando le digo que la arena de Blanes, gruesa y pedregosa, no existe en las playas de La Guaria, que allí la arena es finísima y casi humedece lo que toca y que de noche brillan algunas de las arenas de la Isla Blanca de Puerto Cabello. Que allí no hay trenes, pero tuve mi primera noche con arena blanca, fina y brillante y una chica me tomó la mano, y todo fue verdor. No fue tan así, Augusto, sé que lo piensas, papá. No fue tan así, pero me abrazas en el aeropuerto y me susurras que mi mamá me cuidará allí donde esté ella y que, más allá de las tierras y las horas, que cierre los ojos y no los olvide; que los trenes, que él no conoce sino solo por las películas, son el mejor invento de la gente. Me hubiera gustado escribirte en ese golpe de cabeza contra la pared, pero, solo escuché a Lucía pidiendo merienda. Eso es, Augusto, sé que lo entiendes. Escríbeme por intuición que mañana haré el esfuerzo de ver a una nieta que me llama avi y yo le sonrió. Sé que este sí eres tú, te digo. Y me dejas otro mensaje: estoy cansado, Augusto. Mañana hablamos.

©Diana Medina

Nació en Venezuela (1957). Ha publicado Relatos (2016), Colaterales/Collateral (2013), La Sorda (2011), Libro de Rachid (1996), La sonrisa de Bernardo Atxaga (1995), Noche con nieve y amantes (1991). Textos suyos aparecen en antologías como: Escribir afuera (2021), Pasajeras (2020), Viento del norte. Poetas hispanos en Nueva York (2020), Hostos Review 15. Ecos urbanos: literatura contemporánea en español en USA (2019), El puente es la palabra. Poetas venezolanos en la diáspora (2019), Escrivivientes, No 4-Feb. (2019), Nuestros más cercanos parientes (2016), El hilo de la voz (2000, 2015), Sinister Wisdom 97: Latina Lesbians (2015), Literatura con acento (2014), Escribir en Nueva York (2014), Poetas venezolanos contemporáneos (2014), Pasaje de Ida. 15 venezolanos en el exterior (2013), Voces para Lilith. Literatura de temática lésbica en Sudamérica (2011). Vive en New York.

Las jóvenes cazadoras de blanco
en serie
orean el cuarto de los trofeos

tapizadas las paredes de pieles tiernas
las alfombras con rastros de amor
los collares de pelo trenzado
de diente de perlas
de labios
de rubí
los tallos se comen crudos
la ropa
se dona

las más apetitosas
patólogas seriales
me enseñan a morir

han despejado vientos y mareas
las venas de la calle
desinfectan las primeras rosas

jugamos a quién se rinde

me niego a dejar de respirar
me niegas tu boca

te dejo mi respirador limpio
amor

Si la habénula lateral se dispara con mayor frecuencia
puede conducir a un estado de continua decepción

saluda al sol en las sesiones de amor
donde los ojos
aprenden a mirar el aire

te acarician
los rescatistas
inyectan la sabia en los dedos secos que suelta el parque

los estudios post mortem revelan que el tamaño de la habénula lateral y el número total de neuronas disminuyen en pacientes con enfermedad depresiva

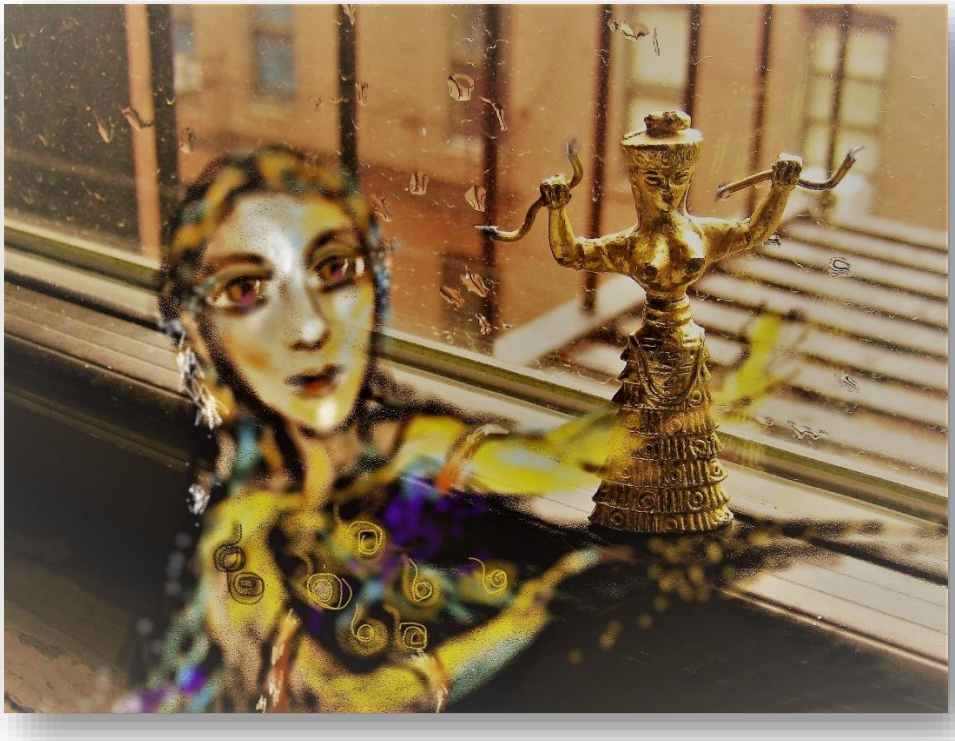
no seas paciente

la tristeza canta en su nido
es todo: ha echado a volar a las renacentistas de
Inwood
antes de tiempo

terminan de hacerse
en el aire

un paso de fiera un ojo ámbar
diente de la pradera
aferrada al agua
la tristeza agradece su parte
en el reino

respira
a salvo



Encuentro entre tus cosas quién soy: entre el monitor de oxígeno en sangre de oxímetro de pulso de primera calidad con 4 parámetros SPO2 / PR / frecuencia respiratoria / índice de perfusión / al lado

de un sobre de azúcar /te llenabas los bolsillos de invierno de verano para mí

y escrito de tu puño y letra: no limpies templos ni ríos ahora

calienta tu dedo y colócalo de manera que quede justo entre la luz LED y el sensor

y no sueltes el lápiz

©Dinapiera Di Donato

Nació en el estado Sucre, Venezuela (1975). Licenciada en Estudios Internacionales (Universidad Central de Venezuela). Especialista en Estudios Avanzados en América Latina (Universidad Complutense de Madrid). Colaboradora en revistas culturales y fanzines. Cuenta con un libro publicado *(N)aves*, por la Editorial Pirata Cartonera. Forma parte de las antologías *Mi país es un Zombi- Antología postmortem* (Editorial Casamanita- México). *Prometeo 97- La paz se escribe sobre lava* (Revista Prometeo- Revista Internacional de Poesía en Colombia). Antología Literaria Internacional *Poesía Hembra* (Perú, 2014). *102 poetas Jamming* (Oscar Todtmann editores). Revista Poesía número 160 (Universidad de Carabobo, Venezuela). Antología de Poesía *A voz Limpia* (Australia, 2016). *Nubes - Poesía Hispanoamericana* (Dcir Ediciones-Editorial Pretextos, 2019). Antología Hispanoamericana *El vuelo más largo* (Ángeles del papel Editores, 2020). *Esos raros peinados*- Arbitraria Antología Brasil- Puerto Rico- Venezuela (LP5 Editora, 2020). Desde el año 2009 incorporó, en su propuesta poética, intervenciones de cuerpos con poemas. La propuesta de poesía en el cuerpo estuvo participando en White Street Project en Melbourne- Australia en el año 2014 formato light boxes.

La cuadratura del círculo

Cuerpo espesor, no temo a tu muerte: he sobrevivido a todas.

Una ola choca contra la orilla sin desesperación. Simple rutina. Piedras lisas y brillantes erosionadas por la constancia del beso del agua. Antiguas montañas mirando

el panorama

allí permanece su silencio.

Me ubico al este, al sur, al norte, al oeste. En el espacio otra es la dimensión del mapa.

El mapa nos mira al revés, al derecho,

Somos estos ojos detrás de los ojos

Vamos caminando descalzos sus relieves y tachaduras

pequeños trenes se desplazan desde nuestras manos buscando asidero en geografía tierra firme

solo existe en los suburbios de mundanas necesidades.

Los faros de Hopper aparecen titilantes en la desesperación del naufragio

Hasta localizar nuevamente luz sin artificios

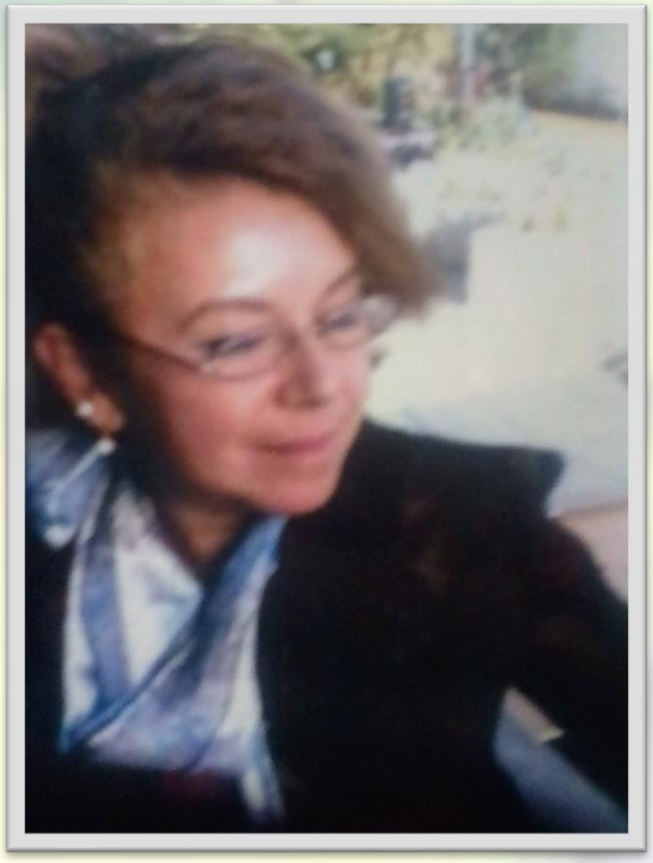
Hemos llegado a la estación de los azules

Mago del espectro vibrando a la máxima frecuencia de las variaciones del fuego

en la Gran Obra

La gravedad no es un cuento de camino

©Dira Martínez Mendoza



Nació en Caracas. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Docente, poeta y dramaturga venezolana. Escritora en proceso. Realizó estudios de Ballet Clásico en la Escuela Gustavo Franklin y Danza contemporánea en la Escuela de Danza Contemporánea bajo la dirección de José Ledezma. Artes Plásticas en la escuela «Cristóbal Rojas». Tesista en la maestría de Literatura Comparada. Durante treinta y cinco años se ha dedicado a la docencia de Educación Media y Diversificada. Actualmente es profesora en la Escuela de Artes Escénicas «Juana Sujo». Su obra permanece inédita.

Volátil

Atrás quedaron los objetos perdidos en el polvo

el broche que perdió alguna de sus piedras

los zapatos que ciñeron sus pies aquella noche

el zarcillo que perdió cuando bailó hasta enloquecer

el vestido rojo que un día dejó de usar

aquel espejo roto que nunca se atrevió a botar…

Una vida silenciada en los objetos

y en ellos atrapados los recuerdos que tienen tanto que contar.

La vida… éter

sustancia volátil…

todo lo que no puedes atrapar.

Mirar la Fiera

Cabalgar entre las nubes

buscar las estrellas en los cielos

soñar a ser etéreo.

Despojarse de la sólida materia

buscar en las alturas lo que es negado en el valle de la tierra.

Y las nubes nos devuelven al polvo

al árido desierto

donde lobos feroces deambulan con sus fauces salivosas y hambrientas

buscando entre la arena sangre roja

para regar el hambre insaciable de la fiera.

Y luego…

devorados en la arena, desmembrados

Volvemos a mirar el cielo

limpiando nuestras fauces con las manos

que usamos como garras

y vemos que somos luz en las estrellas

y fieras hambrientas

en la arena de la tierra.

La nieve derretida

¡Volamos a las nubes!

Viajamos por mar y tierra

y un día volvimos

despojados de la aventura del camino.

De pronto en lo alto,

allá en la cima de la montaña

una voz rompió el silencio.

¡Quijote salgamos de estas tierras!

Que los sueños son nieve y la mía ya se derritió.

©Doris Aponte

Escritora venezolana nacida en Lüneburg, Alemania. Licenciada en Castellano y Literatura (UDO-1985) y Magister en Educación a Distancia (UNA-2006). Autora del relatos *Divago Mundi* (2009) y de *Hestiario o de las ofrendas a la diosa Crisis* (2011).Con su novela *El paraíso prestado. Wörter* ganó el Primer Premio en Narrativa en la Bienal Stefania Mosca (2013). Coautora de *Autores clásicos en El Cojo Ilustrado (1892-1915)*. Ha escrito ensayos, poesía y narrativa. Coautora de *Ensayos* (1987). Compiladora del libro *Hugo Sánchez Medina: al fondo de la brecha* (2001). Ha publicado textos poéticos y artículos de opinión en periódicos regionales (Premio de Periodismo Literario «Juan José Acuña», 1988). investigadora de temas mitológicos, clásicos grecolatinos y de Literaturas Venezolana y del Caribe. Traductora del alemán de la poesía de Erich Fried y de Nelly Sachs (Rev. Poda No 3, 2006). Se desempeñó como profesora de Literaturas clásicas, Castellano, Latín y Alemán en el Núcleo de Sucre-UDO (1990-2010). Desde 2019 está radicada en Alemania.

Hojas de olvido

Me sirvo un Vermout barato comprado en la bodega del pueblo –una manera de hacerme creer que estoy de asueto, que la vida que llevo es otra– y con él me dispongo a leerte desde aquí, tal vez a responder a tu habla silenciosa. Afuera llueve muy despacio y tú pareces no sentir como yo; sin embargo, reflejas mi propia vida con imágenes lentas y sencillas, me muestras mis caídas que, como tus hojas, caen lánguidas al césped del recuerdo. Pronto habrá más frío, me lo cuentan tus brazos, cada vez más enjutos. Y, sin embargo, hablar contigo de esta manera me hace un poco menos débil, en esta –¿nueva o antigua?– condición de cuerpo en fuga de una guerra de muchos nombres.

No soy cronista, antes bien un alma perdida en cuya memoria quedaron imágenes ancladas… rastros de refugios y prisiones, campos concentrados y famélicas sombras. Remembranzas depositadas en los huesos, ¿para un futuro que ya es pasado?… ¿o es mi mala vista que, por doquier, ve indicios del fin del mundo, del mundo que conozco?

No creo que te extrañe nada de lo que trato de decirte. ¡Has visto tanto en tu larga vida! ¡Has regalado tus dones con tanto amor! ¿Vale la pena, entonces, insistir con palabras que, como monedas de uso, ya no suenan en oído alguno? Tampoco en los míos, te aseguro. A pesar de ello, continúo cual trapecista en el orden virtual de noticias, lenguas y mundos paralelos, en ridículas piruetas denostadas por el aullido de la galería.

¿Con quién, entonces, hablaría yo? Así preguntaba otra alma en caída libre hacia el pozo de la nostalgia de los poetas desgraciados. Mudez y sordera también pertenecen al tiempo concedido por la Moira.

Conoces mejor que nada cómo, cada otoño, los vientos lo arrastran todo. Pero tu larga vida te ha hecho sabio en tu savia y no temes las miradas torvas de quienes desconfían de almas perdidas como yo –prófugos de una lucha estéril– pero que presienten y temen las mordidas de la hambrienta hiena que, agazapada, habita en cada hombre.

Desheredados y huérfanos de nuestros dioses tutelares –guardianes de cada episodio de nuestras vidas– perplejos y desnudos de nuestras ramas, raíces y hojas, ¿qué nos queda ya? ¿Esperar las estaciones? ¿Como tú que, deslastrado de veranos e inviernos, te sometes sin pesar ni dolor a la falta de identidad y a cada cambio de estación? ¿Acaso te exigen que defiendas con fuego los

límites de tu sombra? No es agobio ni rabia lo que pretenden mis palabras. Y sin embargo… tan solo esta agotadora indefensión –desconocida para ti– y estas pesadas preguntas sin respuestas aliviadoras. Algún día sabrá quién eres, pareces decirme. ¿Cuándo? ¿Cuándo también sobre mí la vida ejerza su victoria final? Perdona mis pertinaces repeticiones, mientras tú empequeñeces mis angustias con tu terca mansedumbre.

Desde aquí veo cómo viajan tus hojas debajo del puente, cómo te deshaces de antiguos lastres. Me parece ver las tuyas y las mías en el ancho río de la eternidad y el olvido. Imagino que, tal vez, mi nueva orfandad y mis latidos de angustia, inspirados por tu ejemplo, me darán algún día la tregua esperada. Y sin embargo… No más apamates en flor, no más estallido de colores y cálidos atardeceres sobre un golfo azul y el exuberante mar Caribe. Tan solo estás tú –mientras te leo, viejo manzano extranjero– para regalarme tu larga sabiduría, sin esperar mi gratitud.

©Doris Poreda

.

DULCE MARÍA RAMOS

Periodista y literata hispano – venezolana dedicada a las fuentes de literatura y cultura. Licenciada en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) con estudios de maestría en Comunicación Social en la misma universidad. En los últimos años, se ha dedicado a la promoción de editoriales y cine independiente. En la actualidad escribe para el diario El Universal de Venezuela y El Tiempo de Colombia. Desde el año 2017 vive en la ciudad de Bogotá, Colombia.

Fragmentos de la vida en rojo

I

Veo una foto de mí a los cinco años. Vestía una braga roja. Lloraba. En una mano tenía una Barbie, en la otra un pato de plástico. Odiaba las fotos, de hecho, aparezco llorando en casi todas. Para mis padres las fotos eran un asunto importante, invertían el dinero necesario para obtener imágenes perfectas en esos estudios que se popularizaron en los años ochenta para lucir a su muñeca a la familia de Canarias. Era la primera nieta venezolana, debía representar lo que decían de mi país, especialmente en la bonanza del oro negro y la belleza de sus mujeres.

En otra foto, algo más grande, no lloro, tengo la misma cara de ladilla que aún conservo hoy. Mi vestido era blanco con flores rojas, el cabello suelto, unos aretes de oro y algo de brillo para resaltar el rojo de mis labios. Otra sesión fallida para mi madre, que mantenía en mí un estilo de vestir de princesa: peinado, uñas pintadas y un poco de maquillaje. Siempre debía estar impecable. Las únicas fotos perfectas de esos años son en las que aparezco disfrazada de caperucita roja.

Todos mis retratos de infancia son mentiras, es como si hubieran apostado por mí para algo que en ese momento no entendía: el atractivo físico era lo único importante para una mujer. Las insistencias venían desde mi padre que prohibía que me cortaran el pelo, mi pediatra que alaba mi flacura en las consultas y mi madre que empapelaba mi cuarto con afiches de Bárbara Palacios y me reclamaba por no ser lo suficientemente bonita e inteligente.

II

El amor es rojo, lo dicen los corazones y las rosas con sus espinas en el día de San Valentín, pero el sexo también lo es. En el Mustang rojo, año 84, que me regaló mi padre, perdí eso que llaman virginidad con mi primer novio, César, quien era virginal igual que yo, además odia que escriba sobre él. Lo bueno de la tapicería roja es que no se notaba la sangre que salió de mi vagina mientras me penetraba.

En una de esas cogidas, entre el calor, el olor a sexo y los vidrios empañados del carro, le dije a César que mi padre murió de Sida y mi madre era portadora de la enfermedad. El pecado de la lujuria se tiñe de rojo; por eso en misa tomamos el cuerpo y la sangre de Cristo para salvarnos; por eso en la santería le ponemos una vela roja a Santa Bárbara.

La primera vez que me hice una prueba de Sida fue a los doce años, a lo largo de mi vida me las he tomado unas dos o tres veces. Cuando a mis parejas les pido hacerse las pruebas optan por la mejor opción: evadir. Tampoco usan condón porque no sienten y algunos creen que una vasectomía los vuelve inmunes a las enfermedades venéreas.

Los bebés a veces son rojos, sin piel ni huesos, cuando un día despiertas con un charco de sangre que inunda tu cama. Bebés que dejan huérfanas a sus madres.

III

En el colegio nos enseñaron que el rojo de la bandera simbolizaba la sangre derramada por nuestros libertadores, los salvadores de la patria. Un día apareció Chávez con su Revolución Bolivariana y, al igual que Stalin, pintó al país de rojo comunista. La figura de Chávez, tanto en vida como después de su muerte, se ha vuelto omnipresente desde sus fotos con su boina roja, pasando por el himno nacional que suena todos los días en radio y televisión con su voz, hasta los edificios que llevan en sus paredes sus ojos vigilándonos o su firma en tinta roja.

Hoy el rojo de la bandera de Venezuela representa los niños que han muerto de hambre, los que han emigrado y han sido asesinados por su nacionalidad, los que intentaron huir y su futuro se desvaneció en la frontera o en el mar, los jóvenes masacrados en las marchas, los abuelos que esperan el fin de sus días solos porque sus hijos no están. El color rojo para un venezolano es un país desangrado por la Revolución rojo, rojita.

©María Ramos

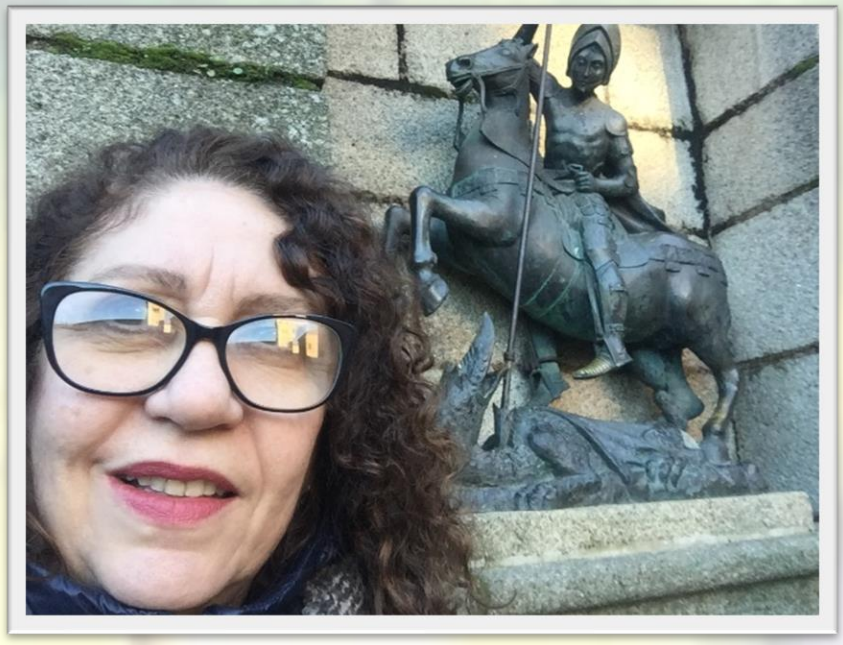
Durga Prieto Quiñones (Caracas, 1984). TSU en Idiomas Modernos, poeta, narradora, traductora. Ganadora del Premio Nacional TeCuentoMiCcs con motivo del aniversario de Caracas 2015. Está publicada en el libro *Apure en Letras*, antología (2016) y ha colaborado como traductora en la antología poética *Vine de Lejos*, del autor Antonio Miranda (2009). Sus textos están publicados en la revista literaria española *Piedra del Molino*, *el Blog DigoPalabra.txt*, la página web *Poesía Iberoamericana Antonio Miranda*, el Blog español *Herederos del Kaos* y el Blog Iberoamericano *La Mujer Rota*. Sus poemas han sido traducidos al portugués y al ruso.

Sandra la Hermosa

Cuando tenía cuatro años, fui a España a conocer a familiares maternos, conocí a Sandra, su sobrina política. Hermosa era esta niña de diez años, con el cabello fino, castaño claro y muy suave, piel blanca, perfecta, y su cara más bonita que la virgen María. Su sonrisa era especial. Su voz cantaba al hablar. Nos llevábamos bien. Siempre estábamos juntas. Un día yo jugando en la playa me fracturé un brazo y me colocaron un yeso. Al inicio sentí dolor, pero yo soy valiente. Logré ser feliz, gracias a la ayuda de Sandra.

Las tías maternas, mi madre y yo vendíamos artesanías en una feria. Un día cualquiera sucedió algo mágico en mi vida: yo jugaba con un adorno de vidrio que estaba a punto de caer encima de mi pie pequeño de una niña de cuatro años. Sandra hizo un movimiento muy rápido y colocó su pie tan blanco encima del mío para que se cortara ella y no yo. También, cubrió mis ojos. No vi nada, no recuerdo nada. Sólo recuerdo su amor. El signo zodiacal de Sandra es Piscis, es valiente, sacrificada, amorosa e inolvidable.

©Durga Prieto Quiñones



Nació en Caracas (1955). Poeta. Psicóloga social egresada por la Universidad Central de Venezuela. Dirige la Colección de poesía venezolana Dcir ediciones. Obra publicada reciente: Fruta hendida (Madrid), Manos (Bogotá), A la hora del grillo (Quito), Alas de navío (México). Editora de la antología Nubes. Poesía hispanoamericana (Pre-Textos, 2019) con 291 autores de 16 países. Premio Municipal de Poesía «Alcaldía de Caracas 1995» por Sable; Premio «XIV Bienal de Poesía J.A. Ramos Sucre 2002» por En bicicleta, y «Orden Alejo Zuloaga Universidad de Carabobo» por su obra literaria y aporte al país como gestora cultural. Figura en antologías recientes de España, Italia, Francia, Colombia, Perú y Ecuador. Ha participado en festivales poéticos en Europa, América y El Caribe.

Radio de la bicicleta

Tengo muchas ganas de sentarme a escribir las historias
paralelas, una a una, de principio a fin. La bicicleta se detiene,
oigo voces lejanas. Rodamos por el lado de adentro de la acera.
Me detengo a comprar una docena de mandarinas, acelgas y
una caja de cerillas. Armo la hoguera con olores de lo cítrico,
el limón con agua tomado a diario, depura la sangre.

Tantas veces repetimos las historias, los errores, la mirada
por provocarse, cereza roja, mal de ojo, arena en el zapato,
el retorno. Cercados por la ardiente necesidad del otro.
Tantos días reescribiéndolas que la tinta ha manchado
los dedos. Mano en el bolsillo. Diente roto. Palabras en
la punta de la lengua. ¿Qué nos impide terminarlas?

Tantos años sin atrevernos a cambiar la ruta. Niña mayor
estás cansada. Coloca el puente. Muéstralo. Insiste. Rasga.
Rompe el límite, la distancia, la soga. Transparencias
del rostro. De la lengua. Del mar interior que busca fuga.
Serás real. Filo de la navaja. Paseas los alrededores,
merodeas, hincas los tenedores en la pulpa del melón.

Casi todo se mueve como el radio de la bicicleta.
Algo ocurre. Los días parecen eternos con su silencio
en la ocurrencia de este juego que se interrumpe.
Rasguño. Mutilación. Un blanco espacio donde moverse
uno con uno, uno tocando y reconociendo sus orillas,
sus ajíes, aunque sea desesperadamente solitario.

El tiempo siempre será insuficiente. Escribes. Lo borras.
Win Wenders revisa y registra el estado de las cosas
desde la cúspide de las catedrales guindado de las alas
inservibles en el lento recorrido de una escena a la otra.
Hilachas. Borradores desechados. Cicuta en la escena.
Das el paso más allá de cierto punto, hollando rastros
en el pasaje de lo incierto.

Alejarse es acercarse lateralmente al núcleo. Ser la vena.

De: *En bicicleta* (2003).
(Versión inédita)
©Edda Armas

Nació en Maracay (1991). Politóloga y Magíster en Gerencia Pública. Posee poemas publicados en las antologías «Antropología del Fuego» Vol. II, Ediciones Palindromus (Venezuela, 2020) y «El Paisaje que Soy», Editorial La Hoja Poesía Viva (México, 2021). Ha realizado cursos de iniciación poética en la Fundación La Poeteca dictados por Gabriela Rosas, de creación poética con Editorial La Hoja Poesía Viva a cargo de las poetas Gabriela Rosas y Ana Jimena Sánchez, al igual que con el poeta Paco Rubín, y tuvo el placer de formar parte del último grupo de alumnos del maestro Armando Rojas Guardia en su taller Mística y Poesía. Actualmente forma parte del taller permanente de poesía de la poeta venezolana Gabriela Rosas.

Completa

Dale a este monte un hijo.
Suplica al sol que no le arda,
que aprenda a limpiarse las rodillas
en medio de aullidos apocalípticos.

Ruega al Dios de turno
que sea sordo ante el hambre
y olvide el sabor de la sed.

Serás,
cuando conviertas tu vientre
en un par de puertas
al infierno.

©Edni López

Elena López Meneses, Caracas, Venezuela. Autora. Escritora y guionista de radio. Investigadora de tradición oral. Participó en el taller literario del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Celarg. Fue miembro del grupo literario Texto Sentido, donde realizó eventos de literatura y gastronomía, así como guiones para la Emisora Cultural de Caracas. Dictó talleres de literatura infantil en Caracas, Barinas, Barcelona y El Tigre, Estado Anzoátegui. Junto al poeta Jesús Rosas Marcano trabajo en proyectos de literatura infantil para Unicef en calidad de Representante Cultural de la Cámara Venezolana de Fabricantes del Juguete. Autora del libro infantil *Dan dan dero* de Ediciones Ekaré. Algunos de sus cuentos aparecen en publicaciones como *Voces Nuevas* del Celarg, y *Puro Cuento* de El Pez Soluble. Recientemente fue incluida en los libros digitales *Pasajeras: antología del cautiverio* de Lector Cómplice y *Extrañamientos* de Edición Digital petalurgia.com. Sus poemas han sido publicados en el Portal de Poesía Contemporánea metapoesía.es y en petalurgia.com. Vive en Madrid dedicada a la escritura de poesía y literatura infantil. Trabaja actualmente en su proyecto *Un duende llamado Momoe*.

Breves crónicas sobre la osadía

he conquistado el ridículo
con mi ternura,
escuchando al corazón.

Juan Sánchez Peláez

Deseoso de compañía el caracol abandona su morada. Sin rumbo fijo se aleja. Tiempo después, cuando ha perdido la certeza de lograrlo, vuelve sobre sus pasos. Se guarda de nuevo en su coraza y desde allí se observa. Sabe ya que adentro no hay sitio para dos.

******

Touché. dijo la tortuga al desovar en la arena, nunca sufriré el abandono, y se dirigió mar adentro cargada de lágrimas.

******

El girasol cuece sus pétalos al despuntar el alba. Lame la pulpa de cada uno preparándolos para la llegada de su amado. Nada detendrá su brillo mientras avanza la luz del día.

******

Al primer canto del ave la luna se guarda en un cristal forjado en años. Porque está escrito, el sol no debe amarla a plena luz del día. Aun así, lo hace con lentitud, para que su calor logre rozarla en un espacio indeterminado. Y apenas complacida buscará otro universo, otra dimensión tal vez, donde ambos puedan juntarse en un abrazo inacabable.

*****

Espantando de sí mismo el Guernica cabalga el mundo con el horror a cuestas. A diestra y siniestra va alimentado su carga sin encontrar quien lo detenga.

Ciudad perdida

…La ciudad te seguirá
Vagarás por las mismas calles y
en los mismos barrios te harás viejo
y en estas mismas casas encanecerás…

konstantino Kavafis

Esta ciudad
ha recogido sus alas
y no lamenta el llanto el desconsuelo
Esta ciudad
desguarnecida de ángeles custodios
ya no entierra a sus muertos
no acoge a sus sombras que vagan insepultas
ni escucha que claman por justicia
Esta ciudad
Es plástica hostil
urbe en estampida
seres bastardos hurgan en sus entrañas
redentores tal vez de sus carnes rotas
Esta ciudad
Sultana alguna vez
oculto lleva su rostro acanallado
para que nadie mire su vergüenza

©Elena López Meneses

Nació en Mérida, Venezuela (1949). MSc en Educación. Escritora. Poeta. Pintora. Escultora. Miembro directivo de la Asociación de Escritores de Mérida A. E.M. Entre sus obras publicadas *Conticontando* (2006). Premio Municipal de Literatura Infantil «Carmen Delia Bencomo» (2019). *Cantos que cuenta la luna* (2020). Reconocimiento a Escritores de Mérida. Ha participado en varias Antologías editadas en los años: 2007 /2008/ 2009 /2010. También en el tercero, cuarto, quinto y sexto Festival Mundial de Poesía. Paisano. Revista Poesía. País de papel. Vitalidad. Viviendo desde el espíritu, de José Gil (2020). La flauta del agua. Poesía para mi escuela, de José Gregorio González. Semillero de Valores. Video navideño (2020). El pesebre. Conmemoración 462 Aniversario de Mérida. Poema Trenzar los ríos eternos. Escritores en tiempo de pandemia.

Aurelia

Aurelia llega al mercado todos los lunes, cuando las estrellas comienzan a recogerse. Lleva su mercancía en costales y en pequeñas cajas atadas con jirones de telas que muestran el paso del tiempo y no merecen ser salvadas. Se ubica a un lado de la puerta grande, donde un gentío entra y sale a diario. En eso, solaza su mirada y se dispersan sus pensamientos.

Solo la distraen las consultas fugaces sobre las hierbas para prolongar la vida, para el dolor, para las angustias, los nervios, las fiebres, las flores, las plantas, las ramas, las hojas, las raíces.

Aurelia es una mujer antigua, menuda y de baja estatura. Su rostro enjuto luce una piel oscura y taciturna salpicada por manchas oscuras, que semejan mapas.

Desde la grada donde se encuentra sentada busca con su mirada la sábila, la manzanilla, el sauco, el romero, el hinojo y el anís, ordenados en manojos de aromáticas hojitas, plagadas de blancos y pequeños pétalos.

Aurelia junta varios de sus largos dedos para indicar medidas. O los cinco, se unen cariñosos en el cuenco de su mano, donde apila verdes puñaditos. Y no conforme con entregar parte de su sabiduría ancestral, ofrece una mirada anochecida y marchita, casi oculta por la piel rendida de sus parpados. A través de la calidez de sus palabras, imagina el agua animada por el ardiente fuego donde la noble planta desprenderá todas sus bondades.

Aurelia lleva puesto un suéter de un verde desteñido, y lo sujeta un gancho de pañal colocado al descuido que encubre silencioso y de soslayo la alteración del orden entre ambos lados del abrigo. En un pañuelo guarda todo el papel moneda que va juntando. La consulta, la sabiduría acumulada, parece no tener precio. Y con satisfacción entrega un manojo de hojas frescas venidas del monte para calmar las dolencias.

Y sonríe. Con una sonrisa marcada por unos labios oscuros y delgados, donde se dejan ver las ruinas de lo que antes fue una dentadura. Una encía casi desnuda, donde apenas tres dientes no han perdido la fe y en la penumbra se aferran firmes entre su boca.

Nostálgica, entrecierra los ojos. De niña, de su andar con la abuela le parece escuchar los recuerdos sonoros en esa voz suave y pausada. De ella aprendió el oficio de tiempos pasados. las infusiones, los güarapitos, las purgas. También le escucho hablar del sereno, el pasmo de sobas, y de vahídos.

Después de breves silencios, va desgajando nombres… paico, altamisa, yerbabuena pa los bichos. Y coloca la mano derecha bien cerrada, sobre la otra palma, que abierta espera para enseñar a través del gesto, y va golpeando, golpeando como para que salga el zumo de las hojas verdes o deja en el aire una dosis de picardía…eso, es bueno pa los hombres…y de nuevo levanta la mirada.

Desde la soledad acompañada de gentes pasa las horas escudriñando pensamientos que alados vuelan lo mismo que las aves y desembocan en tiempos pasados y presentes. Sus dedos se adentran en los cortos y canosos cabellos como para peinarlos en grandes manojos. Mientras el día se va deslizando afianza la sabiduría ancestral de sanar con hierbas y repite paciente y de manera sencilla la preparación y las cantidades a tomar.

Aurelia lleva un anillo irregular, plano, de blanco metal que encubre el anular de la mano derecha y le estampa una sombra sobre su piel morena. Allí se muestra sin gracia, como un esclavo que empecinado ha pasado muchos años en el mismo lugar… Tal vez cabalga unido a recuerdos que hoy considera tonterías…. O como parte de creencias y poderes a través del encanto de un sahumerio.

Cuando se va iniciando la tarde, entre silencios sagrados, acuesta el torso sobre los muslos y comienza a guardar hierbas, pencas y matices. Las va ordenando apiladas entre una caja. En cada atadito la Diosa Panacea confía en sus infusiones para la cura de los males del cuerpo y del alma.

Y se dispone a retornar, dejando su lugar en el mercado. Aurelia camina lento, pero su cuerpo va impregnado con aromas de mixturas, romero, albahaca y manzanilla, al olor de las hierbas que pasaron largos ratos entre sus manos en que hierve animada por el ardiente fuego.

©Elena M. Molina Morales

Nació en Carcas, Venezuela. Diseñador gráfico, egresada en 1989 de la Fundación Neumann para el Desarrollo del Diseño, Caracas. Profesora de diseño gráfico del instituto proDiseño (1992-1993), Caracas. Magister en diseño para espacios públicos, Escola Superior de Disseny, Barcelona, España (1999-2000). Diplomado en ilustración de la Pontificia Universidad Católica de Chile (2019). Actualmente en Chile. Forma parte del grupo de diseño bandagráfica (@bandagrafica) y del taller prints (@prints.papeleria). Publicaciones recientes: Seis fotografías publicadas para ilustrar el reportaje «Light from without - and from within» en The Christian Science Monitor Weekly. 25/enero/2021. Concepto gráfico, diseño e ilustración del libro objeto «Recetas infalibles para sufrir con propiedad» 2020, ocho poemas de María Dolores Ara. Diseño e ilustración de los títulos de Cyls Editores «Donde esperan los libros» 2018 y «SúperGala va de paseo» 2020.

«El Tren de la mañana»

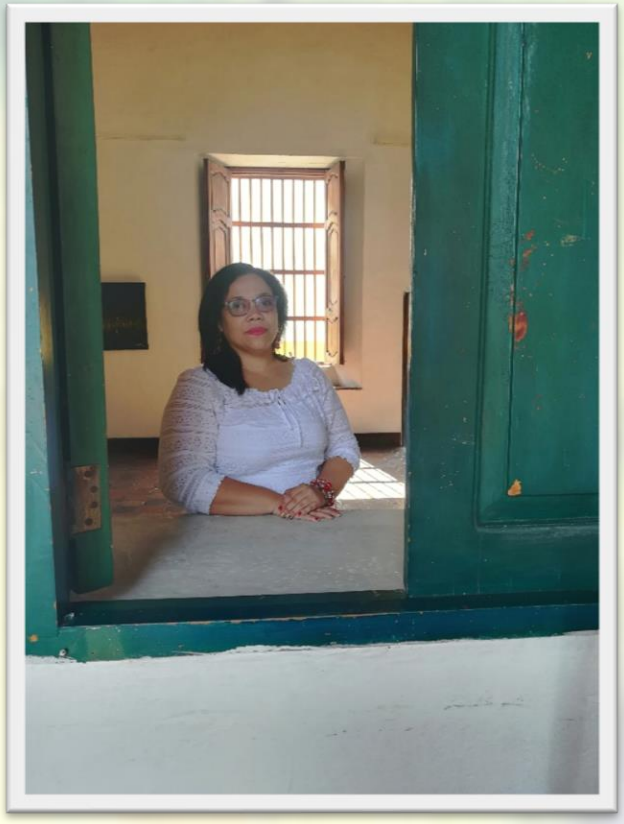
Fotografía digital intervenida

Otoño (austral) de 2021

Esta pieza que presento para Hacedoras, forma parte de un proyecto de ilustración digital desarrollado a partir de una serie de fotografías de la luz de la mañana que atravesó mi cocina a diario durante marzo y abril de 2021, y me hizo viajar en tren (aunque hubiera cuarentena) mientras preparaba el desayuno.

Me divierte mucho encontrar metáforas, encontrar poesía, asociaciones inevitables y efímeras en la luz. Y la manera de guardar esos «¡Oh!» maravillosos, es atrapándolos con la cámara de mi iPad mini.

©Elena Terife



Nació en Santa Bárbara del Zulia, Venezuela (1981). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad del Zulia. Licenciatura en Educación Mención Lengua y Literatura de la Universidad Católica Cecilio Acosta y la Maestría en Lingüística en la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela). En la actualidad es profesora de planta de la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana, de la ciudad de Neiva, Colombia. Se ha dedicado a la docencia y a la investigación en el campo de la lingüística y la educación. Es autora de los libros de poesía *Una hora en la que no era una* (2013). *Silbido de enaguas* (2015). *Presencias* (2017). *Mi corazón quiere divertirse* (2018). *Contrasentidos* (2020).

Las mujeres tristes

Las mujeres tristes recogen de cada noche
un poema con aroma a geranios
lavan sus enaguas a la luz de la luna
se sientan a escuchar las notas de ese lejano río
cuyo abismo no conoce la arena
perciben el desencanto de las sirenas
ocultan la enhiesta roca que quiere ser molusco

Las mujeres tristes vacían revistas, estados
devoran sus formas mientras caminan
se levantan de la mesa antes de la 6:00 p.m.
sonríen mientras les cortan el cabello
posan una y otra vez para los reflectores
que las siguen de cerca

Las mujeres tristes conservan posturas
que asemejan las maniobras
de las ranas hojarascas misioneras
de la zarigüeya durante la tanatosis

Las mujeres tristes son orquídeas
fuera de temporada de florecimiento
no hay tierra suficiente que sostenga su levedad

Todo en la noche tiembla

Todo en la noche tiembla
las ventanas del patio
las notas del arpa del abuelo
la cálida vela que danza entre la aquiescente nostalgia
la oración que se quedó en mi garganta

Todo en la noche tiembla
ritmo, compulsión, respiración
sosegados silencios debajo de la almohada
minúsculas gotas que caen como sueños
en la orilla de otro puerto

Todo en la noche tiembla

tiemblan los naufragios, los *hasta luego* y el *hasta mañana*
tiembla la brisa que sujeta quietudes, geranios
tiembla el amanecer que es inminente
tiembla la tierra que ya huele a llovizna o a caña de azúcar
tiembla el corazón lejano cuando recorre una y otra vez el río

Être humain

no somos la semilla
que el anquiloso suelo recibe
para abrir sus ojos al viento
a los raudos elementos
al fuego que nos recoge en el fogón

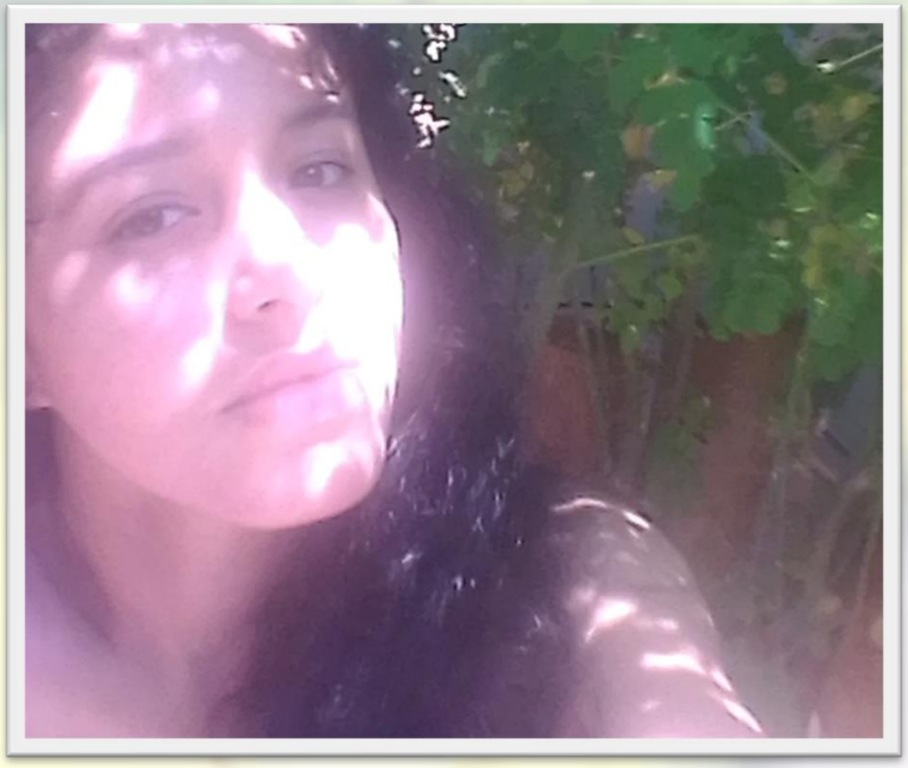
no somos la encarnación del pecado
o la fuerza destructora de la naturaleza
sometidas a la nominalización en la prensa
o al subterfugio constante de la expiación

no necesitamos traductores
que arranquen de nuestros labios
nuestras mejores ideas y las hagan suyas

no estamos detrás del mejor hombre
solo somos un luminoso estallido
en la oscura noche del mundo
solo somos ritmo, parto, contracción, galaxia
être humain

Los poemas seleccionados pertenecen al poemario *Contrasentidos* (Ediciones Exilio, 2020).

©Elennys Oliveros



Nació en Maracaibo, Zulia, (1989). Poeta, ensayista y promotora de lectura. Licenciada en Letras (LUZ), Ha publicado poemas en la Revista Digital Letralia, Voces de Hoy en el Tiempo (Argentina) y un ensayo en la Revista Palabra Inversa (UBV). Actualmente cursa la Maestría de Literatura Venezolana, en el Posgrado de Humanidades y Educación de La Universidad del Zulia (LUZ).

Tarea del 08 de marzo

Haz el dibujo de la mujer mientras yo le construyo
un párrafo, un principio

Hacia otro lado de tus manos se va olvidando el festejo
el recitado día bendecido o maldito

La criatura inventa ahora
una atalaya que alumbra
con una espesa oscuridad entre las sienes

Los ojos de Ofelia aparecen
nuestra nobleza que se prolonga bajo las mesas
los desperdicios y los libros
en ademán prohibido o sentimiento
entre los brazos del hermano

El rostro es más bien un espejo que tiene mis labios
Es lo más engrandecido
Lo que destaca sobre un cuerpo que se aleja
Voz labrada a punto de caer
para enmendar las caricias
las distancias

Un sutil tacto embellece el desperfecto de sus miembros
Sabe por sus manos que alguien la ama, aunque no lleve flores
y va cubierta hasta la andanza

Esta mujer mira bajo la inocencia que le plasma
en una hoja con aroma a grafitos y crayones

El destello femenino que se ausenta
de los deberes muertos por momentos
para viajar hacia lo que es
y dibujarle compañía a través de los espacios
en blanco como una hermana
como un estigma
como una aureola

©Eleonora Arenas

Nació en Caracas (1968). Licenciada en Letras por la UCAB. Poemarios publicados: *Sed* (1998). *Mandados* (2000). *Es de día* (2004). *La Noche y sus agüeros* (2007). *Ética del aire* (2008). *Nido de tordo* (2015). y *Textos por fuera* (2020). Su trabajo está incluido y/o reseñado en: *Rasgos comunes*. Antología de la poesía venezolana del siglo XX (2019). *Nubes*, Poesía Hispanoamericana (2019). *Cantos de Fortaleza*, antología de poetas venezolanas (2016). *Poetas venezolanos contemporáneos. Tramas cruzadas, destinos comunes* (2014). The Princeton encyclopedia of poetry and poetics (2012). *Voces para Lilith* (2011). *Las Palabras necesarias*, *muestra antológica de poesía venezolana del S.XX* (2010). *El Hilo de la voz*, antología crítica de escritoras venezolanas del S.XX (2003), entre otros. Obtuvo el Premio de la V Bienal Latinoamericana de Poesía José Rafael Pocaterra (2000) y el Premio Italia 2007 para la Poesía, certamen «Mediterráneo y Caribe», auspiciado por el Instituto Italiano de Cultura de Venezuela y el Centro de Poesía Contemporánea de la Universidad de Boloña. Coordina talleres literarios, actualmente reside en Buenos Aires.

Este es un texto inane

No promete no da risa no destruye no refiere no remite no menciona no transige no perdona no responde no corrige no alecciona no hace daño no condona no reafirma no convence no demuestra no macera no transcribe no argumenta no decide no tritura no desea no golpea no libera no mejora no sortea no divaga no carcome no dirige no caldea masca un chicle sin azúcar se pasea por el parque se soslaya en la ventana toma vino por las tardes se diluye se refracta se proyecta se destruye se responde se corrige se alecciona se reafirma se convence se aligera se transcribe se carcome se sortea masca un chicle sin azúcar no se asoma a la ventana no pasea por el parque y embriagado huye

©Eleonora Requena

Fotografía: Efrén Hernández

Nació en Valencia, Venezuela (1932). Narradora, dramaturga, cronista y diplomática venezolana de origen judío. En 1999 fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura. Entre su vasta obra destacan las piezas de teatro: *Vida con mamá* (1976). *El vasto silencio de Manhattan* (1961). *El país odontológico* (1966). *Teatro* (2004). En ensayo: *Yo amo a Columbo* (1979). *Una sonrisa detrás de la metáfora* (1969). En crónicas: *Carriel número cinco. Un homenaje al costumbrismo* (1983). Crónicas ginecológicas (1984). Carriel para la fiesta (1997). Así que pasen cien años (2016). En narrativa: *En el entretanto* (2000, relatos). *Homenaje a la estrella* (2002, relatos). *De muerte lenta* (2006, novela). *La señorita que amaba por teléfono* (2016, novela). *Homenaje a la estrella* (segunda edición, 2019).

Postal de amor para Olivia

Hoy, Olivia, la de Popeye, es la única novia: invicta, superviviente. En el día de los enamorados, solamente a ella podemos festejarlas. Sólo Olivia vive para la pasión de un noviazgo, acaso tan largo como el de la desgarbada (longitudinal) figura de que es poseedora. Relaciones que Popeye (su novio), mantiene vivas, siempre renovadas, con la fuerza sin igual de una virilidad olorosa a espinacas.

Miss Venezuela: otra fracasada versión El Dorado

Las futuras Miss Venezuela no son, sólo muchachas de esplendor físico. Ellas son los otros compatriotas, pertenecen a un país implacable, vertiginoso, país de espejismos y azares financieros, donde todos podemos hacernos ricos, en la dominical locura de cinco y seis, o en el burocrático bonche de la corrupción administrativa.

Mirla es este país

Mirla no está propiamente gorda. (¡Sálvenos Dios de ser cruel, como en su tiempo lo fueron las gacetilleras de Hollywood!). Pero empieza ella a tener la anchura rotunda de muslos, alguna vastedad de caderas poderosas que asedia a las mujeres que bordean la laguna no siempre cenagosa de los cuarenta años, es posible que una cascara de celulitis, comience alojarse en el cuerpo –Mirla Castellanos. La celulitis es una solidaridad que las mujeres estamos aprendiendo a ejercer, después de tenaces jornadas en atenta lectura de las revistas femeninas. Porque Mirla– con un círculo maligno de celulitis curvándole el destino risueño del cuerpo... Pero aun afanándose en medio de la ilusión nocturna lentejuelas, para atraer a los hombres en medio de la ilusión nocturna de lentejuelas, para atraer a los hombres, puedes representarnos como nadie a nosotras, las mujeres– que ya han pasado los 40 años– solo somos un puro absoluto, sufrir, un fogoso sangrar, un crónico cocinar.

Un dócil rumor de máquinas Singer

A las mujeres las arrulla un tenaz pero dócil rumor de máquinas Singer. Habrán de construir el más masivo sueño femenino. En la clase media, las venezolanas de no ser cónyuges, han de ser modistas. Las máquinas Singer, gordas, ampulosas, no sólo ocupan gran parte de la vida de las demás, sino muy vasto espacio en las habitaciones.

En el modo del comer venezolano: la Mujer, muy resguardada comensal

Ese obediente y reiterado secreto de nuestros comedores, sirvió de algo. Comer para el venezolano terminó siendo un acto de estricta intimidad. Comer, fue un acto donde se coronaban los gozos del tranquilo efecto y de la larga intimidad. De modo que la figura del comensal, pudo tener más resaltada, que el menú en sí. No se invitaba para pregonar enfático gusto, por un convencional plato de arroz con caraotas. Si no, para recibir la fidedigna compañía del comensal.

Extractos de *Crónicas ginecológicas*

©Elisa Lerner

Nació en Caracas (1961). Merideña por elección desde el 2000. Es licenciada en Letras, mención Literatura hispanoamericana y venezolana y MSc en Lingüística por la Universidad de Los Andes (ULA Mérida, Venezuela). Se desempeñó como profesora adscrita al Departamento de Lingüística al Centro de Investigación y Atención Lingüística de la Facultad de Humanidades de la ULA. Actualmente está residenciada en Chile y trabaja como correctora independiente. Ha publicado poesía en Letralia, Cuadrivium, Actual-ULA y El Salmón. Revista de poesía. Su poemario *Un solo mediodía largo* (2004) obtuvo mención de honor en el concurso literario DAES de la ULA.

IG: @elizariaflores

A Clea Rojas

Divas

Las sigue un séquito de alacranes
Pero ellas caminan como si nada

Guardan lutos larguísimos bajo los párpados
Pero nadie lo sabe

Reinas desmesuradas
Aman y repudian
Y así pasan los días

Son bellas
O así lo hacen creer a los incautos

Pueden morir en las noches de lluvia y cantar
Pueden estar ausentes y cantar
Y en las salas de cine, a oscuras, sobre la historia que se cuenta
Pueden llorar su desesperanza, delicadamente, y aplaudir.

Inédito. Abril de 2010.

Espejo

Sobrellevo mi espejo
Su implacable luz
Y acato su reflejo

Solo tengo este cuerpo y sus dolores
Acuso
Marcas asperezas arrugas cicatrices
Lamento
Flacidez un bronceado imperfecto talla incómoda
Digo
Solo tengo este cuerpo y sus placeres

Lentamente
El vestido los zapatos el collar los anillos
Sin falsa cortesía ni piedad
Sobrevivo yo digo glamorosa
A la cierta erosión de mi reflejo.

Inédito. Marzo de 2019.

VI

En la firma lo estampo con mi nombre
Lo enarbolo bandera en cada plaza
Un cetro en la mano lo sostengo
Sombrero en mi cabeza de mi paso el zapato

Lo arranco como la mala yerba
        Tiene espinas
Lo mastico amargura lo vomito lo escupo
Lo bebo de la copa es veneno cicuta

Lo corto en dos echo la suerte la baraja qué dice
Quemo laurel romero riego sal lo barro
        Es condena castigo maldición
Apártalo de mí este cáliz lo arrojo

Le saco los ojos cuervo lo desplumo
        Ave de mal agüero vuela en círculo ciego sobre mí

Lo llevo a cuestas
Lo arrastro por la calle sonando una campana
Lo paseo en el parque
Lo padezco en silencio
Lo declaro

        Siempre en todo lugar
                Múltiples formas

        Cada casa
        Corazón
        Guarda un exilio

Del poemario: *Exilio en construcción.* publicado en *Exilios y otros desarraigos*.

©Elizandria Flores

Nació en San Cristóbal, Táchira (1961). Licenciada en Educación, Universidad de Los Andes (Núcleo Táchira). Ha sido docente de arte e idiomas. Poeta, artista plástico, ha participado en un sinfín de exposiciones individuales y colectivas. En su haber tiene, publicados: Equinoccios, en la Recopilación de Poesía de la Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses (1995). Piel (2002). Bitácora Inconclusa (2004). Desnudo y a la intemperie (2006); y varios reconocimientos literarios, entre ellos el Premio Único en el Concurso de Literatura de la Dirección de Cultura del Estado de Táchira (1997). Mención de Honor Primer Concurso de Poesía Dionisio Aymará (2013) Táchira. Participa en: Literarias, Voces femeninas de Latinoamérica, suplemento de la revista de Historia de las Vegas Altas No 8 (junio, 2016), recopilación realizada por el poeta Antonio María Flórez, editada en Don Benito (Badajoz, Extremadura). España.

Instagram: @elsasanguino

Desdoblado el significado de la caricia

las sombras danzan
Se distiende el nudo por momentos
Mágica una voz desgrana lenta
palabras que poco entiendo
Estoy y no estoy en el abrazo.
Me alejo
Las sombras continúan ondulando
Hay furia en el movimiento pendular,
temblores que se escapan
Busco la puerta
No hay salida
en esta habitación que desconozco.

-0-

A cualquier hora puedo dibujar

un cuerpo
Conozco sus contornos
la oquedad de su pecho
la fina textura de la piel
en ese punto exacto
Percibo la línea continua
la fuerza de las piernas
Puedo decir de la dulce aspereza
de su sexo
Reconstruir la totalidad
me es permitido
con los fragmentos del roce
en estas manos ciegas.

-0-

Siempre me confunde

esa sonrisa
medio Gioconda

y el silencio inacabable
que te arranca de la sala
de la poltrona
de los zapatos
Ahora
qué hago con tu ritmo de saudade
y la serpiente
enroscada en el tallo espinoso
exquisito
Porfiados somos,
amante
Dementes tal vez.

-0-

El rojo de los pimientos
el sol
el fuerte sabor de especias
lejanas
En el caldero hay un canto de fragancias
y el buen hacer del amor.

Selección de poemas de *El Guardián de la Salamandra*.

©Elsa Sanguino

Nació en Caracas (1977). Poeta italo-venezolana, ensayista y traductora. Se graduó en Letras de la *Universidad Central de Venezuela. Publicó en Venezuela los libros de poesía:* Día de San José (1999). *Campo Croce* Antología poética 1999-2008 (2008). Ensayos: *Cuatro estaciones para Ungaretti* (2004). Entre sus traducciones: *Antología poética de Milo De Angelis* (versión bilingüe, 2007). *Caminos del agua*, Antología de poetas italianos del segundo Novecientos (versión bilingüe, 2008). *El bar del tiempo y otros poemas de Davide Rondoni* (versión bilingüe, 2008*). El trazo infinito del universo* (28 poetas italianos traducidos, versión bilingüe, 2013). En Italia: *Campocroce* 2000-2007 (versión bilingüe, Archivio della Poesia del 900, 2008). *Gli Eletti* (*Los Elegidos*, versión bilingüe, 2013). *Giorno di San Giuseppe* (bilingüe, Raffaelli editore, 2016).

Los buscadores de cacao

Los buscadores de cacao
hablan el lenguaje del aire,
el del silencio,
ellos mueven las nubes.

Entran en el bosque,
en la arena del alma.

Los buscadores de cacao
esparcen en mi cuerpo
un poco de la virtud de mis ancestros,
los colores del mediodía,
la gracia del espíritu.

Ellos saben que la vida
de las semillas nunca termina
atrapan la tierra cuando tiembla
dentro del corazón.

Es en el mar del norte donde te veo
es tan sólo aquí,
despejado el cielo
donde te encuentro.

Los buscadores de cacao
siguen la luz de las semillas,
la flor del calor infinito de Dios.

La poesía de Los buscadores de cacao

Los buscadores de cacao escriben poesía en silencio. Buscan la tinta, el papel, la voz, el tiempo. Buscan en la imagen, aun secreta, la luz de una flor. Este es el territorio donde encuentro en aquel inicio, las semillas blancas hasta el encuentro de la palabra. *Los buscadores de cacao*, saben que las semillas crecen en todas las estaciones del año. Ellos conocen la vida, los amaneceres y los atardeceres. Piensan que el mar es tan profundo como la noche y piensan que al despertarse encontraran en la orilla de la mañana, la perla de los sueños. *Los buscadores de cacao*, viajan sin zapatos, a veces sin un sombrero o sin agua, pero con la visión del amor que reaparece en el Paraíso del poema.

Los buscadores de cacao, piden desde la cima de las nubes, conocer el misterio de lo que inventan.

El fuego de sus entrañas.

Nada existe sin un fondo. Se comienza a pintar en el lienzo, desde arriba hacia abajo, desde el cielo hasta la tierra y luego el pincel corre entre cada hilo que se traza en la tela: los pasadizos secretos de la pintura se descubren junto al poema. Se inicia a ver el horizonte de la tierra de gracia y en un instante el resplandor nos enceguece. Este es el amor puro, el fuego que nos quema, pero también calienta, por eso *Los buscadores de agua*, suben a los árboles para ver la luz del cielo, vuelan, viajan, atraviesan el mar del norte en la inmensidad de la semilla que crecerá siempre entre sus manos.

©Erika Reginato

Nació en Venezuela y emigró al Canadá en el 2004. Es ingeniera de profesión. La escritura ha sido para ella un acto de reconstrucción que la mantiene en contacto con su corazón, su imaginación y sus raíces. Estas son algunas de las antologías de cuentos en las que ha participado: cuentos: *Eros merodea en Internet*, en Nuestra Palabra (Canadá. 2009). *Lo guardo por si acaso* (2010). *¡No escribo más!* (2013). *Rojo* (2014). *Las Chapitas de José Francisco* (2015). La puerta se cerró detrás de ti (2018). Maletas (2020). Azúcar (2020).

Vive en Bolton, Ontario, Canadá y se encuentra en una nueva travesía, la de escribir sus memorias: La hija de los inmigrantes. Memorias de Venezuela y otros lugares. Erika P. Roostna

Aquí empacamos la felicidad

No hay mal que cien años dure, ni pena que el chocolate no cure

Anónimo

Overqualified. Por la sonrisita burlona del de Recursos Humanos, Alma pudo medio entender que no le darían el trabajo. Había llegado hasta este momento que tanto soñó, ¿para qué? Ni modo, susurró mientras se alisaba la bata blanca y se recogía el pelo lacio bajo la redecilla; cerró los ojos y con su diploma de ingeniera, como un tarugo en la garganta, no tuvo otra que aceptar el trabajo de temporera.

La supervisora le leyó la cartilla con la ceja levantada y Alma solo pudo captar algunas palabras en su inglés básico. «Cuidado se te caen los bombones y cuidado te comes alguno. Son muy finos y caros». La ubicó ante la cinta transportadora donde mujeres hindúes, chinas, latinas y africanas metían chocolatines en cajas doradas con la diligencia de abejitas en una colmena. No hablaban y parecían minúsculas de espíritu. Alma intuyó que, como ella, no sabían el idioma o que, sencillamente, no podían darse el lujo de perder el foco sobre los chocolates moviéndose a una velocidad temeraria. Sus manos temblaban bajo la mirada punzante de la supervisora, a la que Alma supo que llamaban la *Bitch*.

Alma miraba a las mujeres durante los recesos. Ahí, en el comedor de la fábrica, lejos de la línea de producción, eran otras, distintas, reían, compartían sus alimentos de mil culturas y las fotos de sus hijos y de su pasado. Pero al sonar el timbre de volver a la faena, las risas y los cuchicheos se esfumaban. ¿A qué habían renunciado al emigrar? ¿Qué habían dejado atrás? ¿Familia? ¿Algún amante? ¿La ley? Como los bombones, cada una de ellas llevaba un secreto en su centro, quizás dulce, quizás amargo, pero estar paradas en esas líneas manejando la dulzura sin poder tocarla, las hacía heroínas de su propia vida. Alma volvió a su puesto asignado con miles de preguntas que le hacían hervir la sangre, por lo que agradeció en silencio el aire acondicionado de la fábrica, aunque no tardó en darse cuenta de que no era para el confort de las obreras sino para mantener los bombones intactos.

Al final de su turno, salió del galpón bajo el estandarte de la empresa sobre la puerta de salida. **AQUÍ EMPACAMOS LA FELICIDAD**. Quiso sonreír, pero un sarcasmo puro solo le sacó una mueca. En la oscuridad invernal de las calles hediondas a fritangas, Alma arrastró sus pies adoloridos hasta la parada del autobús. ¿Qué se había pensado ella con sueños de una mejor vida en otro lugar? Quizás era mejor regresar a su tierra, pero regresar ¿a qué? Sus muertos le susurraban que no había vuelta atrás. Creyó haber empacado en la maleta algo de la felicidad que le quedaba cuando huyó de su país, pero parecía que se la habían confiscado en Aduana. Buscó calentarse las manos en el abrigo, y ahí, en el fondo del bolsillo, como quien guarda un tesoro, acarició el bombón.

Cerró la puerta de su diminuto apartamento de ayuda social. La pareja de vecinos peleaba otra vez, un bebé lloraba en la distancia y el camión de la basura hacía demasiado ruido para esas horas del amanecer. Alma se arrellenó en el sofacito y un rayo del primer sol le tocó la cara. Con lentitud de diva abrió el bombón envuelto en papel dorado con letras como caligrafiadas por una monja. Su centro era como su mundo, una promesa por descubrir. Lo mordió y la crema de cerezas la inundó con el simple placer de la gratitud; estaba viva, tenía una profesión y, sobre todo, tenía voluntad. Pero ¿qué pasaría con aquellas otras mujeres? ¿Dónde irían a parar? ¿Prostitutas, indigentes, mulas? O partirse las espaldas en esa línea hasta que fuesen demasiado viejas. Todas eran náufragas de un mismo barco y juntas podrían salvarse. ¡No merecemos esta mierda! Si había algo que comenzaba a comprender era que el mundo no ofrecía atajos sino propósitos. Y ahora ella tenía uno. Como un borboteo desconocido, tuvo la certeza de que su situación era temporal, qua saldría de esa. Lo juro, susurró en el silencio de su apartamentico mientras apretaba el papel dorado.

Mañana comenzaría un día más, un día a la vez. Con fuerza y fe.

©Erika P. Roostna

Nació en Venezuela. Tiene una maestría en Escritura Creativa por la Universidad de Nueva York (NYU). Ha publicado: *He sentido un gesto removerlo todo*, Proyecto Editorial La Chifurnia, El Salvador (2019). *La nitidez del embudo*, Newmark Press, New York City (2015). *Unspecific Object/ Objeto Indefinido*, Choir Alley Press, New Jersey (2015). *Sin lengua y otras imposibilidades dramáticas,* Editorial La Caída, Buenos Aires (2013). *Sin lengua/No Tongue*, Heptameron Books, New York City (2011). *Detrito olvidado/ Forgotten Detritus*, Choir Alley Press, New Jersey (2009). Su libro *Objeto Indefinido,* en colaboración con la artista estadounidense Barbara Madsen, forma parte de la colección permanente del museo de arte de San Francisco Legion of Honor y en el 2019 fue incluido en la exhibición *Strange Days, Dada, Surrealism and the Book*. Su trabajo ha sido incluido en diversas antologías y presentado en diferentes festivales internacionales. Actualmente es profesora de español en Middlesex County College, en el estado de Nueva Jersey.

Que se lo lleven todo

menos a ti
que no se lleven tus manos
que son las mías
que no se lleven tus ojos
que me dan vida
que no se lleven tu cuerpo
que soy yo misma.

Que se lo lleven todo, menos a ti.

Que caminemos juntos
sobre estas ruinas
Que la tarde llena de humo
me permita ver tu desnudez
Que tenga fuerzas para sostenerte
Que tengas fuerzas para sostenerme
Pero que sobre todo
tenga fuerzas para amarte.

Con tus migajas
y mis migajas
Con mis complejos
y tus complejos
Con mi egoísmo
y tu egoísmo
Con mis mentiras
y tus mentiras
Con tu imperio
y con mi imperio
Con mi hambre
y con tu sed

Que se lo lleven todo, menos a ti.

Que se lleven la tierra
que se lleven el mar
que se lleven las palabras
y las promesas
y que nos dejen el tiempo
que es un invento
donde podemos vivir.

©Ely Rosa Zamora

Nació en Caracas (1963), en la época del soul, de lo Real Maravilloso y la renovación del lenguaje poético. Profesora de Castellano y Literatura (UPEL). Escritora aficionada. Postgrado en Planificación y Evaluación (USM). Diplomado en Relaciones Públicas y Protocolo (IUDERP). Amante de las bellezas naturales de la hermosa Venezuela como lo es Imataca, estado Bolívar.

Venezuela nació en Imataca

Cuentan los abuelos de mis abuelos, y quizás un poco más ancestral, que el mundo era extraño, un silencioso, pero lleno de color en los valles, en los cielos había una frescura que te rosaba la cara y te ponía colorado. El viento era fuerte y caliente, y cada vez que pasaban algunos nómadas le decía al oído: «Bienvenidos queridos amigos». La fragancia de los campos y riachuelos era una especie de mezcla de jazmín con eucaliptus y, en las eternas noches, las estrellas alumbraban el camino de juglares enamorados que eran esperados por candiles del bosque llamados luciérnagas.

Mis antepasados eran de Imataca, emergieron de aguas calientitas y cristalinas. Como el Señor de los mares fue engañado por una bella sirena, este decidió que las aguas del mundo estuvieran despobladas, sin vida alguna que le recordara el oro de sus cabellos, lo tenue de su piel y el rubí de sus labios. Así pues, la vida marina, por mandato real, tuvo que habitar y desarrollarse en las montañas, campos, valles y el firmamento, metabolizando oxígeno para poder subsistir.

Mis abuelos narran que fue difícil el comienzo, muy triste y duro, en especial para aquellos que no se adaptaban al fuerte calor del verano y a las inclemencias de los rayos del Señor del día. en las noches había más tranquilidad, más frescura, en especial cuando el sol enamoraba a la brillante luna y los hijos de estos, las simpáticas estrellas, colmaban de alegría los sueños de nuestro pasado marino.

En algunos poblados no podían comer ni dormir debido al mal humor de la montaña con humo, llamados por algunos el Señor Vulcano, por esta razón, tuvieron que mudarse a otros lugares remotos en donde había aves que hablaban y frutos por doquier. Tenían sumo cuidado, pues la tierra presentaba grandes huecos como ciudades de rocas. Allí no podían vivir, no había agua, era silencioso. Cuando pasaban por las cortinas de agua fuerte, tenían ganas de adentrase en ellas, pero el Señor de los mares fue claro y preciso: Solo en las aguas del mundo deben vivir aquellos con escama, con aletas, como su ingrata amada. A veces las aguas cubrían la tierra seca, llamada erosión por algunos.

Sin quejarse más y aceptando las virtudes de la tierra, se adaptaron a su nueva vida. Aprendieron a alimentarse y protegerse, se multiplicaron por toda la extensión verde y fresca. Al principio aprovecharon lo fructífero de todo aquello, pues renacía nuevamente. Cuando el

agua del cielo era cruel y el suelo se movía estrepitosamente, se mostraban temerosos de seguir aprovechando de toda aquella felicidad que le obsequiaba el mundo, que al principio fue extraño y desconocido, pero que los recibió con el manto de los relieves.

El Señor de los mares, años después, envió montones de tierras a las cuales llamaron islas. Allí íbamos a buscar otros frutos desconocidos en donde nos ayudaban unos animalitos muy graciosos montados en los grandes árboles. Observamos luego que las montañas se plegaron de una forma sorprendente mientras las aguas iban y venían.

Un día, agregaron mis abuelos, nos sorprendió un líquido que emergía del suelo caliente, un líquido negro, espeso y silencioso. Nosotros no lo tocábamos. Por esta razón, paseábamos por otros lugares, más remotos, en donde veíamos unas piedritas amarillas pequeñitas que utilizábamos como faroles, pero las estrellas y las luciérnagas se pusieron celosas y tuvimos que esconderlas en una cueva oscura y entre las piedras de los ríos.

Al correr del tiempo, este mundo maravilloso se fue convirtiendo en un lugar mágico, donde las aves de plumaje verde nos comunicaban las carencias y malestares del reino animal, para nosotros poder ayudarlos, pues ellos nos han recibido con mucho agrado y sin pedir nada a cambio.

De esta forma, hemos vivido en este lugar sagrado y extraordinario, aunque al principio era etéreo e irascible, por esta razón, mis abuelos fueron muy escépticos, pero con mucha fe en el corazón.

En una hermosa mañana fresca y alegre, se presentó una vorágine de miles de hojas verdes y olorosas. Mis abuelos y todo el poblado se alarmaron, pensando que el Señor de los vientos se había enojado. De repente, solo nueve hojitas verdosas quedaron palpitantes. Estaban algo locas. Entraban a nuestras casas por las ventanas y tumbaban todo lo que encontraban y les hacían cosquillas a los niños en sus caritas redondas. Ellos eran los únicos que no le temían. Luego, estas hojitas desenfrenadas se levantaron frente al señor del día y en forma horizontal armaron una palabra en idioma extraño: Venezuela.

Mis abuelos entendieron perfectamente aquella corriente de letras formadas casi en el cielo. desde entonces, Imataca creció y creció hasta convertirse en una bella y tropical tierra llamada: Venezuela.

©Emely Karam Sandoval

Nació en Ciudad Ojeda, estado Zulia, Venezuela (1960). Escritora por afición, Emilia ama la lectura, la buena música y el cine de autor. Su poesía va orientada a lo social, retratos, escenas y personajes ligados a su niñez y vivencias. En septiembre del 2010 fundó la página de Facebook *El club de las poetisas*. Nominada tres veces (2013, 2016, 2019) al premio regional de poesía «Francisco Salazar Martínez» por el centro internacional de las artes del estado Nueva Esparta, CIANE. Formó parte de la antología poética «Buena Letra II» junto a 20 autores hispanoamericanos traducidos por vez primera al italiano. Fue miembro del jurado calificador del Certamen Nacional de Poesía «Alfonso Jiménez Torrellas», celebrado en Barquisimeto, en abril del 2015. Su poemario, *Por ti Venezuela*, fue publicado en noviembre del 2016 bajo los auspicios de Long Island Al Día Editores, Nueva York. Su poemario *Solitud*, fue publicado en el 2018 bajo el sello editorial de Lector Cómplice en Caracas, Actualmente está residenciada en Porlamar, isla de Margarita, dedicada de lleno a sus actividades literarias.

La señal de tránsito

Hace dos días, a las 6 y cuarto de la tarde, a punto de salir a comprar una pizza, recibí una llamada que me sorprendió, pero que ya esperaba.

Desde la última vez que salimos Alberto no volvió a llamarme, presumí que pasaba de mí y yo también de él, dadas las incomodidades de nuestras anteriores citas. Sin embargo, acepté su propuesta para ir a verlo a su departamento, no tenía nada más interesante que hacer ese aburrido miércoles de ceniza.

Alberto era raro, poco real; físicamente era un encanto, anímicamente era una momia; fumaba y bebía como muchos hombres, bailaba y leía con la misma pasión que yo, pero no hablaba; caminaba kilómetros mirando al suelo sin decir palabra hasta que, levantando la vista y mirando a su alrededor, solo decía:

—Te llevaré a un taxi, nos veremos pronto.

Eso lo hizo en nuestra 1ra. cita, un diálogo que solo tuve con las palomas del parque y las hojas que bailaban al capricho del viento en la acera. La 2da.cita fue más provechosa, fuimos a un recital de clavicémbalo en la torre Elipse, una belleza musical que terminó con el mismo taxi que me llevó a casa. Fue en la 4ta. ocasión en que salimos que tuvimos sexo, o por lo menos eso era lo que yo pretendía.

Alberto era raro hasta en su forma de excitarse. Le gustaba ver películas porno con las chicas que frecuentaba y, una vez erecto, comenzaba a apagar las luces de la habitación y se arropaba como quien tiene un súbito ataque de frío en el trasero. La primera vez que vi aquello me extrañó tanto misterio en un hombre tan atractivo, pero decidí no decirle nada. Al rato me fijé que lo que yo pensaba que era timidez, resultó ser una señal de tránsito.

Cada vez que se excitaba, el miembro parecía una ele, un desvío, una rampa hacia un distribuidor, un codo de circuito de fórmula 1, una pared puesta allí para que se estrellen los tontos y los atormentados por el astigmatismo. Su pene se torcía de forma increíble hacia la derecha, como señalando el final de una carretera hacia el barrio La Decepción. Era una proeza que pudiese penetrar a una mujer en esas condiciones, el pobre terminaba masturbándose con sus películas babosas.

Esa tarde fue la última vez que lo vi, la 1ra. vez que le dije que en verdad me gustaba, la 1ra. vez que lo animé diciéndole que esa señal de tránsito podía corregirse, arreglarse, la 1ra. vez que acepté irme a la cama con él sin rampas ni evasiones; pero su silencio fue el mismo, fue la misma oscuridad, los mismos bodrios llenos de pornografía, la misma ausencia de amor, de palabras, de besos, el mismo tráfico implacable que te lleva de frente a un muro de concreto donde se hacen trizas todas tus expectativas, la misma señal de tránsito anunciando el desvío que ya sabes que no te llevará a ninguna parte, el mismo arroparse, el mismo tintineo de dientes en la oscuridad.

Simplemente, hay vidas que no quieren ser arregladas.

Lo dejé terminar en silencio su ritual, me levanté y me vestí con toda calma.

Cuando me fui, se lo dije:

—No me llames más para esta vaina.

Salí cerrando la puerta con cuidado, justo cuando comenzó a llorar.

©Emilia Marcano Quijada

Fotografía: Rodolfo Graziano

Nació en Caracas donde se graduó en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela y cursó Estudios Literarios en el Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la misma Universidad Central de Venezuela.

En el campo de la Comunicación Social participó en el documental «Entendido's, un acercamiento al movimiento homosexual en Venezuela», primer documental sobre el tema hecho en el país y ha trabajado en la producción de innumerables piezas audiovisuales.

Ha sido docente en distintas escuelas de Comunicación Social del país y en la Escuela de Letras de la UCV. En 1992 ganó el concurso literario Intevep cuyo jurado era Adriano González León, Eduardo Liendo e Igor Delgado Senior, con el cuento *Por eso mismo*.

Corrige, edita, lee.

Eso mismo

Gaus Bell dormitaba sobre un número indeterminado de libros abiertos, publicaciones marcadas con clips y anotaciones en fichas, blocks y hojitas de tacos, que yacían en su escritorio. No descansaba. En su ensoñación las ideas lo atropellaban, la ansiedad se materializaba en monstruos y abismos. Faltaba mucho por revisar y ya era de noche. Decidió quedarse y ahorrarse la angustia de rodar hasta su casa.

De todos modos, allá nadie lo esperaba. Gaus era solo el proveedor y aun así sus hijos no le hablaban ni para pedirle dinero. Su perorata los aburría. Su ideal de hogar estaba muy lejos de la realidad que ellos se habían construido en su ausencia.

La noticia de una reorganización del departamento se le presentó como la oportunidad de lucirse con el planteamiento de una nueva cátedra, asegurándose la jefatura de la misma. Un millón de veces, desde que estudiaba en esta misma facultad, había acariciado la idea de promover la materia que tanto le había quitado el sueño: DESPISTE DE VECTORES SUBYACENTES A TRAVÉS DEL NOVEDOSO MÉTODO MACROBIÓTICO DE LA SÍNTESIS PRAGMÁTICO-ENDOCRINA. Nunca entendió por qué a los genios que dirigían este importante centro de estudios no se les había ocurrido una idea tan brillante como necesaria.

Con la creación de la cátedra, ganaría la gloria de verse respetado y apreciado por sus colegas y discípulos. Se acabaría el terrible vacío que lo rodeaba cada vez que hacía acto de presencia. Descubrirían su gran talento y se arrepentirían de tanto desdén. Era vital que todo saliera perfecto, que no se escapara ningún detalle, que tuviera respuesta a cualquier pregunta que le hicieran con malicia. Con frenesí se entregó a la búsqueda de información hasta que el rumor del pasillo le indicó que el día había llegado.

Corrió al baño de los profesores y se acicaló como pudo. Decidió delegarle las clases de ese día al preparador, pues no estaba en condiciones de concentrarse en otra cosa que no fuera «su gran obra». Después del almuerzo se encerró en su oficina a redactar el proyecto. Estaba a tiempo de detectar si faltaba algún detalle. Su entusiasmo fue creciendo en la medida en que aquella loquera amorfa tomaba cuerpo. Las ideas fluían con rapidez.

A Gaus Bell no le faltaba conocimiento enciclopédico. En eso estamos todos de acuerdo. Sin embargo, necesitaba a toda costa aparentar una seguridad que no tenía, un talento que no le fue concedido, una simpatía que se le negó desde el nacimiento. No recordaba ningún halago, ni siquiera en su infancia. Él no fue de esos niños que sus madres muestran como ejemplares excepcionales. Nunca le dijeron «Ven, Gausito, para que le cuentes a tu tía lo que aprendiste en la escuela». Sus dibujos nunca adornaron el escritorio de su padre, ni la puerta de la nevera, ni la del baño. Su matrimonio se produjo como muchos. La coincidencia biológica unió a dos

personas que estaban en la edad de cumplir con el deber patrio de procrearse. No casarse era sinónimo de fracaso, de gente rara, cosa de maricas.

Volvió la noche. Esta vez sin agotamiento. En su lugar la satisfacción de llegar a puerto. El proyecto estaba listo y en orden: justificación, carga horaria, ubicación curricular, presupuesto, perfil de los participantes. Todo a punto. Absolutamente todo.

Al día siguiente, en el salón de profesores estaban Alberto Ortiz, Franz Stephen y Carlo Spósito, el decano, el director de la escuela y el jefe del departamento, respectivamente. Departían amigablemente mientas tomaban café y pastelitos. Tantos años juntos provocaron en ellos los mismos modismos, gestos y vocabulario. Se apuntalaron para ganar años, canas y posiciones dentro de la universidad.

También tenían en común a Gaus Bell: una suerte de bufón melancólico, que despertaba en ellos furia y lástima, burla y complicidad; lo habían visto envejecer sin haber crecido gran cosa. Bell les servía como el ejemplo de lo que ellos pudieron haber sido y no fueron. Y por eso agradecían a Dios, juntos y por separado.

Gaus se dirigió hacia ese lugar marcando los pasos con la firmeza de los triunfadores. «Ya verán». Abrió la puerta con una amplia sonrisa. «Señores, buenos días por la mañana», y con ademán teatral tomó asiento.

—Los he convocado aquí para informarles que el Consejo Universitario decidió la redistribución del presupuesto, en vista del déficit que afrontamos —abrió la reunión el decano Ortiz.

—Entonces lo más conveniente es congelar todos los cambios en el departamento —sentenció el profesor Carlo Spósito.

—De acuerdo —corearon los profesores Ortiz y Stephen.

—Lo que hay que hacer es apretarnos ese cinturón bien apretado, y que los docentes asuman una mayor carga horaria, sin pretender mayor remuneración, pero sin hacerse los mártires por eso.

—Queda asentado que estamos todos de acuerdo. Perdón, profesor Bell, casi se me olvida preguntarle ¿cuál es su planteamiento? —preguntó Stephen.

—Eso mismo...

©Emma Toro Vivas

Nació en Cumaná, estado Sucre (1960). Escritora y poeta venezolana. Correctora de forma y estilo, prologuista. Psicóloga social y clínica, egresada de la Universidad Central de Venezuela (1984). Postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello (1990); y en el Instituto de Altos Estudios de la Defensa de la Nación, IAEDEN (2004). En su paso por la Administración Pública de su país, fue autora y coautora de numerosas publicaciones y ediciones institucionales. Mención Honorífica otorgada a *Un Poema para Nicaragua* (1988). Premio Especial Metáfora Poética a *Un Poema para Nicaragua*. Décimo segunda Edición (2000). Participación en el XXIV Concurso de Poesía Ciudad de Córdoba, Ricardo Molina (2016). Antología Poética *A Veces Amargo*, presentada en el XVII Premio Casa de América. Publicaciones recientes: Participación en la edición poética *Luz de Luna V*. Editorial Diversidad Literaria.

Versos de nostalgia por Venezuela

San Carlos de Río Negro

Sentada frente a una estela luminosa, ante tanta sensación de lejanía, me gustaría que, entre mis anhelos, surgiera uno tan sólo para realizarse.

Desearía tener en las manos, algo de lo que tanto añoro.

En este instante cuando todo es hermoso, ancho y sereno, cuando todo parece detenerse en lo perfecto, cuando no hay sentimientos que modelen mi intelecto para el bien o para el mal.

El ambiente permanece estático alrededor de un resplandeciente halo que todo lo engrandece.

Estos son los momentos de mi vida ¡cuando más merezco lo soñado!

De la Antología Poética *A Veces Amargo*. San Carlos de Río Negro. Agosto (1990).

Reconciliación

Resiste mi patria nuevamente

Embates impetuosos de natura

Contra toda iniquidad este pueblo valiente

Opone al infortunio reciedumbre y bravura.

Naceremos mil veces si es preciso

Cosecharemos soles y esperanzas

Insistiremos con tesón y ahínco

Labrando horizontes, encuentros y alianzas.

Insomnes, cansados pero jamás rendidos

Ante la adversidad nos creceremos

Con fe en el mañana y renovados bríos

Invocaremos a Dios y venceremos.

Omnipotente su gracia en nuestro suelo,

¡Nos redimirá de temor y desconsuelo!

Caracas, diciembre 1999 en ocasión de la Vaguada de Vargas

©Emperatriz Gómez Malavé

Nació en Caracas (1958). Lectora apasionada y escritora aficionada, de formación autodidacta Curso unos semestres de Psicología en la UCV. Formó parte de la primera promoción de OSP femeninas, en la CA Metro de Caracas, para la inauguración de la Operación Comercial de la empresa. Docente en Educación Preescolar, con formación en puericultura en el Centro de Educación Maternal **Stella Matutina**. Fundó y dirigió la Casa de Atención Infantil **Rabo de Nube**. Actualmente maneja el taller de artesanía Deluzydesombra.

I

Vivo cosas a diario sobre las que no tengo control
la tibia cotidianidad se descascara a pedazos en los rincones y
más allá de la desazón, me inunda una ilusión
injustificada y rebelde
le doy forma, color, textura
la pongo en palabras
la engullo y regurgito
la reconozco y la visto
aunque no siempre me luzca bien.

II

La memoria aún transpira tu ausencia
hago palabras, la imagen
la apasionada ternura, agazapada tras la expresión adusta
la picardía asomando a los ojos, la piel erizada ante la caricia furtiva
la mirada absolutamente conmovida
el gesto agradecido ante el roce
la prudencia cauta, represando el ansia
el rubor ante miradas que escrutan
la boca golosa prometiendo cosas
la mano inquieta que lleva el vaso a la boca. Sí esa misma boca.
el hablar grave, pausado. No sé qué decía.

Yo solo pesaba en concavidades y relieves,
pliegues y tersuras
dos vidas, dos cuerpos, dos tardes
y un solo,
y único adiós.

III

Los amigos son puentes, techos, caminos, muros
Cuando pierdes un amigo se rompe la brújula,
Se moja el mapa, se pierde el camino, se apaga una ilusión.
Un color, un aroma y un sabor se extinguen para siempre
Huérfanos de esperanza, sin entender bien,
Cómo y por dónde quedamos andando.
Con él, perdemos un pedazo de posibilidad
Seguramente imprescindible…

A Deborah. Julio 2021

IV

Ella huele a yerbabuena, a pan horneándose.
A lluvia.
Su sonrisa te arropa, de todos los sustos.
Teje incansable los milagros.
Es razón para estar y seguir.
De a dos todo,
Las carcajadas y las lágrimas
Las confidencias, las luces y las sombras,
Los triunfos y las miserias.
Nuestra desnuda humanidad se tiende absolutamente
En la de la otra, con la certeza de estar a salvo.
Te nombro amiga y me santifico,
Me consagro para reunirme contigo.
Cuando se haga habitable tu ausencia,
Seguiré amándote dulcemente.
En cada lazo trenzado y de una manera nueva
Compartiré contigo toda mi vida.
Y seré una Acacia frondosa arropando a nuestros hijos.
Honrada recibo tu herencia de amor.

©Eugenia Salinas

Fotografía: ©Luis Chacín

Nació en Caracas (1967). Licenciada en Letras y Msc. en Literatura Venezolana de la Universidad Central de Venezuela y especialista en Gestión Sociocultural de la Universidad Simón Bolívar. Actualmente ocupa el cargo de Editora jefa en la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar. Ha sido docente contratada en la misma universidad, así como en la Universidad Católica Andrés Bello en las áreas de Lenguaje y de Procesos editoriales, respectivamente. Es autora de una decena de textos escolares y guías de estudio de Lengua y Literatura en los niveles del 1° al 6° grado de educación básica. Ha realizado numerosos cursos y talleres en los ámbitos de la gestión sociocultural, editorial y de la fotografía. En los dos últimos ha recibido diversos premios y reconocimientos individuales y colectivos, entre los que destacan el II y III Premio Nacional del Libro 2005 y 2006, otorgado por el Centro Nacional del Libro en las categorías «Libro objeto» y «Libro de investigación». Además, trabaja como editora independiente.

Palabras en torno al libro, la edición y la corrección

En los primeros años de la década de los noventa todavía no había en el país formación en el área editorial, ni en las escuelas de Letras ni en organizaciones culturales o de formación técnica, así que el aprendizaje de la edición se adquiría en directo, sobre la marcha, bajo el entrenamiento y supervisión del editor. Aquellos eran tiempos en los que todo se publicaba impreso y los procesos eran manuales o mecánicos: la transcripción de los manuscritos, la corrección en papel, la supervisión de fotolitos y de pruebas impresas de las portadas y tripas previo a la impresión. Luego, una vez aprobadas las muestras se pasaba el «testigo» al impresor y solo quedaba esperar el anuncio del nacimiento de los ejemplares del tan ansiado libro, revista, folleto, catálogo. Se cruzaban los dedos esperando lo mejor porque no siempre el resultado era feliz. Podían pasar las cosas más insólitas –enumerarlas ocuparía un enorme espacio que ahora no tengo–, y los problemas, paradójicamente, eran más graves según el apremio con el que se requiriera el título o volumen en proceso de producción (de allí la importancia de escoger una imprenta de calidad reconocida y probada responsabilidad).

Ahora estamos en un momento híbrido en el que se combinan las producciones en diferentes formatos y modalidades: impreso, digital, ediciones por demanda, y muchos pasos se han simplificado con el uso del Internet y de los programas de diseño y de edición que se usan en la actualidad. Las correcciones y revisiones finales han pasado del papel a la pantalla; así mismo, cualquier ajuste de diseño se hace y se envía por Internet sin pasar por una prueba de preimpresión. Los artes finales de lo que todavía se imprime llegan a la imprenta mediante programas que se ubican en la nube. Las ediciones digitales, en especial las que se realizan en *Epub*, solo requieren revisión de redacción y ortografía, titulación y numeraciones de capítulos o partes, pues el formato, la tipografía, la paginación y los espaciados serán escogidos luego por el lector en su dispositivo de lectura. También existe la posibilidad (no es lo ideal) de hacer ajustes o correcciones a un texto que ya ha sido puesto en un sitio web sin que ello resulte en grandes pérdidas de dinero o tiempo (según el caso, por supuesto). No obstante, vale todo este recuento para puntualizar que por más tecnología que haya, ahorro de tiempo, de dinero, de simplificación de procesos y de la existencia de múltiples herramientas de apoyo a la edición –por ende, de mayor practicidad–, hay algo que sigue siendo insustituible y cada vez es más

subvalorado. Me refiero al rol del corrector. Quien realiza la corrección de un texto debe tener un firme conocimiento y dominio de la gramática, la sintaxis, de los sistemas de citación y referencias bibliográficas en sus modalidades más recientes, estar al día con los cambios que se producen en el uso de la lengua, sobre todo la local; conocer la opinión de la RAE al respecto para tomar decisiones, gozar de un agudo sentido común, buena memoria gráfica. Además, el corrector debe conocer el perfil de la editorial para la cual corrige, manejar su estilo y adecuarse al tipo de escritura o usos propios o modalidades del lenguaje de las diversas áreas del conocimiento (por ejemplo, las formas de expresión de la filosofía o de las ciencias, del derecho, de la medicina, de la poesía, del ensayo literario, del periodismo, entre otros). Aparte de todas esas cualidades y habilidades debe tener un desarrollado espíritu de investigación, ser acucioso, detallista, tener cultura general, ética, ser un lector apasionado, ubicarse en el contexto del texto, ser intuitivo, no del todo confiado y poner en duda lo que le llame la atención, no corregir de forma automática o, al revés, dejar de corregir algo, no sin antes indagar (pensemos que quien escribe puede cometer errores involuntarios que hay que aprender a detectar de la mano de la intuición y la experiencia). Pero, al mismo tiempo, el corrector debe tratar con mucho tacto al autor. Algunos aceptan y agradecen las consultas y cambios sugeridos, mientras que otros, por el contrario, se muestran reticentes. En esos casos, el autor y el editor tienen la última palabra.

Ahora bien, hay que destacar que para hacer todo lo mencionado no basta el corrector del Word. No hay todavía herramientas capaces de superar la pericia, el ojo entrenado de un buen corrector ni el pensamiento y el sentido común, es decir, el aspecto humano.

El trabajo del corrector es una labor de mucha paciencia y dedicación. Ante la publicación definitiva de cualquier volumen que llegue a los ojos o manos de un lector, el del corrector es el oficio de una persona que debe asegurar que la editorial ofrezca un producto impecable. Así pues, este personaje es el puente entre el autor y el lector. Aparte de estos actores, el libro como producto final es sostenido por el buen diseño y diagramación, las eficientes gestiones del editor o director editorial y de la imprenta o programadores web.

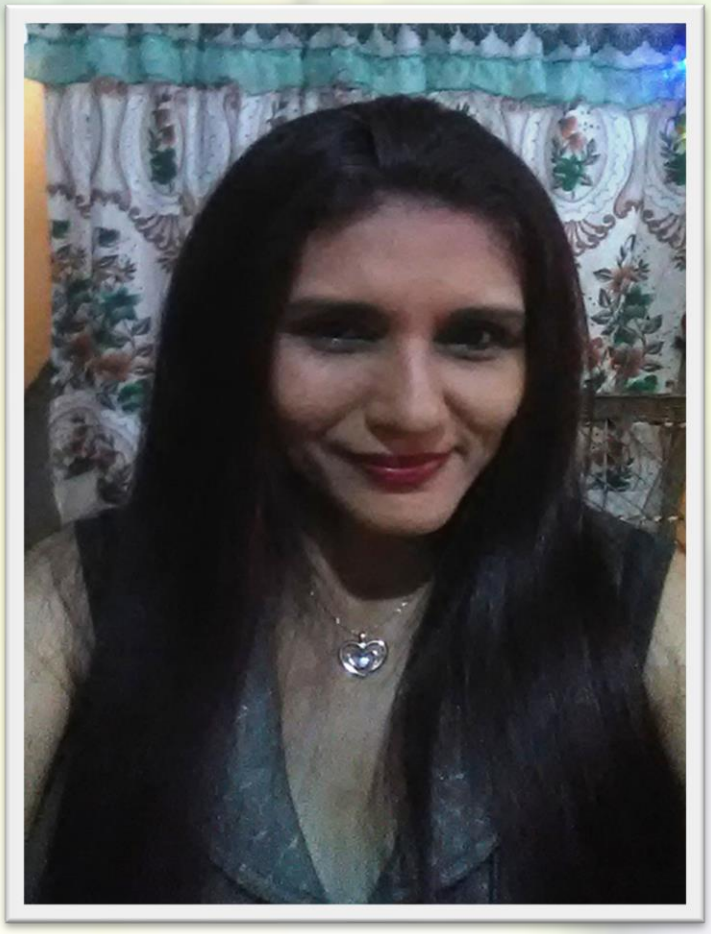
Por supuesto, hay errores que se cuelan, unos más graves que otros. Pueden ser erratas o errores humanos o mecánicos. Algunos pueden enmendarse y otros no, pero todo, a fin de cuentas, es inherente al arte de la edición. Lo esencial ante el error es reconocerlo e indagar su origen para evitar que se repita. Tomemos en cuenta que la edición es un trabajo de equipo.

Por último, para muchos correctores su trabajo es su pasión. Este se debe al texto, vela por su pulcritud, claridad, la impecabilidad de cada página, el correcto formato, espaciado, numeración, estructura, alineación, unidad de criterios editoriales, formales y más.

Finalmente, cada escrito para materializarse como libro, revista, catálogo o folleto, debe recorrer un camino que puede durar años, es decir, horas de vida, y sea cual sea su contenido siempre será una experiencia única para todos los involucrados. Cualquier material editado es un documento que queda para el futuro y que sobrepasará nuestras vidas, por fortuna, para los lectores del mañana.

El libro y sus diferentes formas es pues, de quien lo escribe, de quien lo corrige, de quien lo diagrama, de quien lo edita y de quien lo lee. Celebro así, en estas líneas, el arte de la edición.

©Evelyn Castro



Nació en Maracaibo, Zulia (1979). Es licenciada en Comunicación Social. Diseñadora. Cursó estudios de Fotografía en la Escuela de Artes Plásticas «Julio Árraga», Maestrante en Literatura Venezolana en la Universidad del Zulia (LUZ). Promotora de lectura, ha participado en talleres de poesía y literatura.

Eva Luna y el Baúl

Eva Luna era una niña de cabello negrito como el azabache, Fátima era su hermanita menor. En vacaciones escolares junto a sus padres fueron a visitar a su abuela Chela, que vivía en una casita hecha de barro, en un pueblito del estado Falcón.

Eva y Fátima tomadas de la mano de su abuela solían caminar descalzas por la orilla de la playa ¡Disfrutaban tanto de su compañía!

Una tarde con la puesta del sol las niñas observaron entre el vaivén de las olas un baúl flotando, se soltaron de las manos de su abuela Chela y corriendo se adentraron al agua tomaron el baúl llevándolo hasta la orilla.

Fátima en su inocencia e ingenuidad pensó en un profundo tesoro.

¡Eva Luna, emocionada, abrió el baúl con rapidez y sin mucho esfuerzo. Su hermanita tenía razón:

—Miraaa Fáti…todo lo que hay —exclamó.

Dentro del baúl encontraron un libro del poeta Federico García Lorca, una caja de colores de seda, un pliego de papel pergamino y un muñeco parecido a un arlequín, que resultó ser un títere. Las niñas estaban muy sorprendidas, este era el hallazgo más hermoso que la mar les había podido regalar.

Eva y Fátima en ese instante sintieron la magia y la energía del universo, y desde ese momento descubrieron el maravilloso mundo de las artes.

—¡Que grandiosooo abuelitaaa! Todo lo que la mar nos obsequió dentro de este baúl. Miraaa, Abuelita! —Gritaban las niñas alegres y emocionadas.

Aquella tarde después de dar brincos y gritar y gritar por el bello regalo Eva Luna, Fátima y la abuela se sentaron abrazaditas las tres en la arena, para apreciar el hermoso oleaje, que venía desde el horizonte acompañado con soplidos estremecedores, así estuvieron varios minutos, solo mirando y mirando las olas del mar.

Al volver a la casita les contaron a sus padres lo que las niñas habían denominado «la magia de la mar». Luego de cenar unas ricas arepitas con queso de cabra y leche tibia. La abuelita Chela

dispuso de su hamaca para leerles el cuento a sus nietas, alumbrándose con una lámpara de aceite.

Sus días de vacaciones transcurrieron entre dibujos y pinturas sobre un papel pergamino, jugando a ser titiriteras sobre la arena… Fátima por ser la más chiquita cada noche le pedía a su abuela que le leyese la historia de Lorca. Chela con todo el amor le complacía, lueguito de tomar la tacita de leche tibia.

El viaje de visita a la abuelita sería el viaje más hermoso e inolvidable que Eva Luna y Fátima pudieron haber tenido.

Las niñas abrazaron fuerte a la abuela diciendo.

—Jamás olvidaremos estos días Abuelita, Jamás —dijeron.

©Evequin Lares

Nació en Valle Guanape, Venezuela. Es egresada de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. En 1998 crea la webzine literaria fannydades.com, que más tarde se transforma en un blog personal, en 2010 crea viejacasanueva.net para compartir su experiencia de vivir en Israel y en 2020 inicia palabrista.net. En 2017 autopublicó la antología de textos *La vida desde aquí.* Fue columnista de la revista *Sambil,* de Caracas. Realizó estudios de ediciones en Holanda y ha trabajado en numerosas instituciones venezolanas como coordinadora editorial. Desde 2010 vive en Israel.

La vida humana es limitada,
pero a mí me gustaría vivir para siempre.

Nota dejada por Yukio Mishima en su escritorio antes de suicidarse

Máscaras

En la tarde Kimitake vino a visitarla una vez más, aunque siempre se comportaba como si fuera la primera: no había descuidado su apariencia desde entonces, ni olvidaba traer algún detalle para aquella casa que sentía como un refugio. Una sonrisa sin artificios inundaba su cara al cruzar la puerta, y no desaparecía hasta la hora de despedirse.

Había sucedido sin planearlo, desde el mismo instante en que se conocieron: las palabras de uno parecían encajar con las del otro sin esfuerzo, y hasta esas fantasías que la gente va dejando por ahí al descuido encontraron un eco imprevisto. Así decretaron que habían dado con aquella mitad de la que fueron separados desde el principio de los tiempos.

Sin saber por qué, desde entonces habían actuado como un par de amantes clandestinos. Jamás hubo citas en la calle y mucho menos en eventos sociales. Era precisamente esa complicidad ambigua lo que más los unía, podría decirse desde afuera. Él había dicho que en Japón la gente no se reúne en las casas, quizás porque son muy pequeñas, o quizás solo porque encontrarse "por ahí" es más divertido. Aquí la gente tiene miedo de la calle, así que ha construido altares como casas. Y eso le parecía grandioso: le gustaba escudriñar con la mirada la acumulación de pequeñas intimidades en forma de objetos. Notaba cualquier cambio, cualquier añadidura, cualquier ausencia. Su lugar preferido de la casa era una hamaca que ella exhibía como su máximo tesoro tropical urbanizado: "exótica", "curiosa", "genial", eran algunas de las palabras que solía mascullar cada vez que se sentaba, cuidadosamente, con miedo de caer o estropearse la ropa. Reía a carcajadas y se mecía un poquito; ella respondía con otra carcajada de aprobación. Qué manía de gratis afectación, qué extremo cuidado en cada detalle de la ropa.

La primera vez, al abrir el ascensor una bocanada de perfume casi hace que ella, tan sensible a los olores, tambaleara.

Esta vez había traído otro olor: una delicada botella, que abrió con la expectación de un adolescente. Habló de las distintas clases de sake, y le explicó –en un tono que parecía más un recuerdo que una explicación– que el sake caliente huele mejor, pero es más difícil de tomar que el frío. Sin embargo, hay que tener cuidado de este último porque al ser más amable puede uno dejarse llevar y emborracharse. El sabor del sake depende del agua –siempre de manantial– y del arroz. Piensa que existen por lo menos cincuenta tipos de sake de buena calidad e innumerables otros de menor rango.

Envueltos en aquella complicidad adicional, por primera vez estuvieron a punto de transgredir el acuerdo tácito que firmaron el día en que se reconocieron como andróginos originales.

Era un juego, apenas una travesura de quienes aprovechan quizás la última confabulación de la inocencia. Como un guiño a lo que nunca fue, al despedirse ella le regaló un bóxer para que recordara en la intimidad aquel particular Lost in Tokyo; a cambio, él volvió a llenar la sala con una risa de sake frío.

©Fanny Díaz

Nació en Caracas (1968). Ha participado en los talleres de poesía de los poetas Astrid Lander, Luis Enrique Belmonte, Rafael Castillo Zapata, Armando Rojas Guardia e Igor Barreto. Su poemario *Lugar de Tránsito* fue seleccionado como ganador del Concurso Nacional de Literatura, organizado por la Asociación de Profesores de la Universidad de los Andes (APULA) 2012. Algunos de sus poemas han sido publicados en antologías poéticas: *Antesala* (Caracas, 2010). *La voz de la ciudad* (Caracas, 2012). *Sesión de nuevas voces* (Maracaibo, 2014). *102 poetas Jamming* (Caracas, 2014). *Cien mujeres contra la violencia de género* (Caracas, 2015). *Todas las Mujeres Fulanas y Menganas* (Miami, 2018) y, *La desconocida que soy* (Madrid, 2018). En 2017 publica su poemario *Cuerpo en la orilla* con Oscar Todtmann editores y con la misma editorial, en 2021, publica su nuevo poemario *Trazos en fuga*.

mirar de nuevo

será necesario anudarse nuevamente las trenzas. tomar con manos torpes sus puntas abiertas. hacerlas calzar por los pequeños ojos ciegos. apoyar el rostro ardido sobre las rodillas. recoger las piernas y dejar de temblar. será necesario esperar la pobreza de lo apenas habido. reconocerla e intentar curar las distancias. advertir los tantos giros todavía no dados. erguirse con paso incierto regresar al inicio. reunir la enmarañada cabeza en un nido. juntar agua clara y limpiar con esmero: la elipse descendente hacia la espalda. la desviación por donde las manos apoyaron sus hambres. la espiral amejillada del oído. las nalgas firmes. será necesario alzar la vista y detenerse en aquello que aún no fue capaz de ver.

retorno

regresó porque debía. paredes desnudas exponían el largo pecho. el gato había huido al no soportar la ausencia. el niño anduvo su propia huella cuando su mirada fue más allá. regresó porque debía. pero antes acomodó los ojos para borrar los intersticios. el corazón no desbordó ni la sangre redujo más las venas. tomó las frágiles telas de araña peinando cada uno de sus hilos. acunó los labios. apagó la mirada. cerró todas las puertas.

fatum

voy con mi delantal ahuecado y libre a barrer las aceras del puente. debajo un río de desechos cabalga la cuesta. miro de reojo con debilitados movimientos. una brisa arremolina esos desperdicios sin destino. el poeta observa conmovido. se compadece por mis años y mi indigencia. piensa en mi locura y en el sino oscuro que me espera. se siente tan unido a mí y me escribe un poema. soy la vieja que barre todos los días el puente derruido. vigilo a los transeúntes y decido en silencio quien se queda y quien se va. él escribe sobre mi destino. yo soy el destino. el poeta pronto lo sabrá.

©Flavia Pesci Feltri

Licenciada en Letras (UCAB, 1991) con estudios de cuarto nivel en Literatura Latinoamericana (USB). Se desempeñó como docente de Castellano, Lingüística y Literatura latinoamericana en Venezuela. Publicó diversos poemas en revistas como «La Casa de Las Américas», «Trapos y helechos» y «Letralia». Participó en lecturas dramatizadas en el marco del Festival de la Lectura de Chacao (abril 2012 y 2013).

Ha escrito guiones para microteatro como: «No Mo (o el deseo de no ser madre)» presentado en Paseo Las Artes (19 de octubre de 2017), «Conjugación» estrenado en el Centro Cultural Español (21 de abril de 2017) y «Redes» estrenado en Madrid, España (14 de octubre de 2017). En octubre de 2017 fue finalista de Cuentomanía, concurso de cuentos patrocinado por la librería Books & Books (Coral Gables)

Desde 2019 adelanta su emprendimiento FQ Writing & Editing Service, empresa de servicios de comunicación escrita (Copywriting y coaching literario) desde Virginia, EUA.

Ellas, no

Río arriba en Louang Namtha, Laos, las mujeres hacen papel del bambú.

Las manos rugosas se juntan, se acoplan en un rito donde las cilíndricas varas son rasgadas y cortadas hasta llenar unas vasijas más antiguas que las costras de la montaña sagrada. Con paciencia, las mujeres dejan que la lluvia y la luz de las lunas danzarinas transformen la dureza del bambú en una masa grisácea-verdusca. Cuando lo decide el dios del tiempo, ellas toman los baldes, Phia Ooi, está frente al suyo y juntas cada una sacan un amasijo maloliente y ácido y lo ponen sobre grandes rocas frente a las aguas de su río ancestral. Allí, la pegajosa masa es golpeada hasta adelgazarla. Con precisión, estiran la fibra extendiéndola sobre una armazón doble de bambú de intrincado tejido. Con suspiros de sus dedos humedecidos en el río salpican las rejillas a la espera de que el sol, espléndido en esa época del año, se encargue de secar, rígida y bellamente lo que va a ser el legado de su nación. Phia Ooi no deja de mirar aquel producto hermoso. Pero ellas, madres del recipiente de las palabras, son apenas artesanas. Ellas crean el papel que dará vida a los libros escritos en laosiano por los escritores de la aldea, para ser leídos solo por los hombres.

Las mujeres tienen prohibido leer. Ellas con sus manos diestras, con su espíritu noble y con su amorosa sabiduría construyen la vasija que nutre la idiosincrasia de sus vástagos. Dan vida a la fibra que contiene miedos y sueños, pero no pueden atreverse a mirarlos, ni siquiera a la luz de las velas. Es impensable. El tua lao no está creado para ellas. Phia Ooi piensa y recuerda aquellas palabras de su abuela que le advirtieron que los escritos sagrados estaban hechos para los hijos de la madre tierra.

Así las mujeres cantan, las mujeres rezan. Pura palabra confundida en el cauce, aguas arriba; liberada entre el bosque, pero sometida a quedarse dentro de sí. La hermosura de las frases tejidas entre el bambú aplanado no puede pertenecerles. Tal vez podrían enamorarse de sus sueños en tinta, quizá podrían enfrentar sus miedos entre las sílabas plasmadas. En cambio, el hombre lee, el hombre escribe. Los escritores deben estar aislados seis meses para producir sus obras sin tener contacto alguno con una mujer. Entonces aquella que es dadora de vida, también es fuente de perdición. Es un ángel de manos rugosas o un hada de ojos vacíos.

Phia Ooi está vigilando el sueño de su amo. Ella en cuclillas ora, pide a sus dioses le den atrevimiento. Tiene sus dedos dispuestos de coraje. El almácigo de hojas está salpicado de ondas de un río negro, que sube, fluye, toma curvas inesperadas y habla de historias de muchos hombres. Los ojos de ella están entre la cara del que ha escrito y la pila anhelada.

La luna se atreve y rasga la casucha en el vértice. Un hilo de luz alienta a Phia Ooi. Hoy leerá esas historias que el río le ha susurrado en la oreja izquierda al viento.

©Florángel Quintana

Nació en Maracay, Venezuela. Se graduó en Letras en la Universidad Católica Andrés Bello y actualmente cursa estudios de Escritura Creativa e Inglés en Southern New Hampshire University en los Estados Unidos. Su primer libro es *La primera profecía de Morgan Fay* y fue publicado por PCK Editores. Su cuento Isabel pertenece a la antología *Latidos del exilio venezolano* publicada por The Wynwood Times. Reside en Estados Unidos, en donde se dedica a escribir y reescribir novelas cortas y cuentos.

La estatua de la casa azul

Ana Tejeira se convirtió en piedra la primera mañana de abril. Su cuerpo quedó frente a las amapolas del jardín, que habían decidido crecer allí sin ayuda de nadie, como si supieran que ahora no podían contar con las que residían en la casa azul. Su rostro no exhibía ninguna emoción extraordinaria, solo tedio, como si incluso después del momento no supiera a dónde conducir su vida.

Minerva intentó moverla tras descubrir qué había pasado horas después, como había intentado con los otros, y al igual que en las ocasiones anteriores, acabó con dolor de brazos y con la estatua de piedra de pie en la misma posición que antes. Las manos de Ana estaban juntas, palma contra palma, en la postura que los del pueblo usaban para rezar, como si la persona más cínica del mundo hubiera decidido convertirse con la muerte detrás de su espalda. No era justo, ni honroso, pero no sería la primera vez.

—Bueno, chica, lo intenté. Descansa en paz. Que brille para ti la luz perpetua.

Si acaso la luz conseguía retirar el alma de Ana de las rocas en la que había sido sellada. Minerva dudaba que fuera capaz la mayoría de las veces. Las piedras eran inamovibles, y tan numerosas como la vegetación que había aprovechado para extenderse por la ciudad. Los habitantes se habían rendido ante el ataque, antes de convertirse en piedra también, luego en polvo y, por último, en nada, dejando de existir sin despedidas ni explicaciones.

Minerva no estaba segura si era la última que quedaba. Había visto menos personas cada vez que había salido con Ana en sus recorridos para buscar víveres. Ana había sugerido comenzar a cultivar alimentos en su jardín, pero no era lo mismo.

Minerva quería viajar desde que era niña, ir a nuevos lugares, descubrir el mundo con sus montañas altas, sus playas extensas, los castillos y edificios que la sociedad había construido en tiempos mejores. En su lugar, el mundo se había caído en pedazos, y Minerva no sabía cómo arreglarlo.

Preparó el café de la tarde cuidándose de usar menos agua. Se sirvió el café sin azúcar y sin crema, porque ya no había, y se sentó frente a la mesa. Solo allí lloró en silencio porque en el fondo se había acostumbrado a tener a Ana todos los días. Sus familias se habían convertido meses atrás.

Sus visitas al jardín se volvieron parte de su rutina. Se tiraba a un lado de la estatua, a veces recostaba la espalda sobre ella, y hablaba. Los temas de su conversación oscilaban entre el todo y la nada, entre lo profundo y lo superfluo, entre la indiferencia y la nostalgia. Hablaba con Ana, pero ella no respondía. Su expresión permanente de aburrimiento parecía protestar en contra de Minerva.

—¿Estás cansada de que repita lo mismo una y otra vez? —preguntó en voz alta—. ¿Y de qué voy a hablar? Sucede lo mismo siempre. Me levanto, como y salgo a buscar algo. Lo que sea. Pero no encuentro nada. Y me regreso, y tú sigues aquí, sin vida.

Minerva se negaba a confesar que su vida también se había marchado tras la ausencia de Ana. Por mucho tiempo, ambas habían sobrevivido cuando los demás desaparecieron. En un principio intentaron buscar respuestas, luego desistieron cuando nada apareció, y se conformaron con seguir sobreviviendo. Minerva seguía queriendo viajar, pero Ana no se atrevía a moverse de donde había nacido.

De donde moriría sin ataúdes ni rezos.

—Mira, un regalo —dijo Minerva una mañana de invierno. El frío se colaba a través de su ropa, y si ella con sus abrigos seguía tirando, ¿qué era de Ana con su vestido y sus sandalias estacionada en pleno verano?

Le mostró a la estatua un abrigo amarillo. Lo había tomado de una tienda de ropa de segunda mano. Si Ana se enteraba, pondría el grito al cielo porque siempre le había dado importancia a cuánto costaba lo que vestía, como si lo que vistieran fuera un reflejo del estado de su alma.

Le pasó el abrigo alrededor de los hombros.

—Tengo que confesarte algo. —Su boca no se movió de inmediato. Se había decidido, pero había dudas en su voz—. Me voy. No queda de otra. He encontrado un carro con algo de gasolina, y he reunido algo de comida para unos días. A lo mejor me da para llegar a la capital. A lo mejor allí saben algo de lo que pasa. Te llevaría, pero no creo que quieras. No quieres, ¿cierto? Tú prefieres quedarte acá. No te voy a obligar.

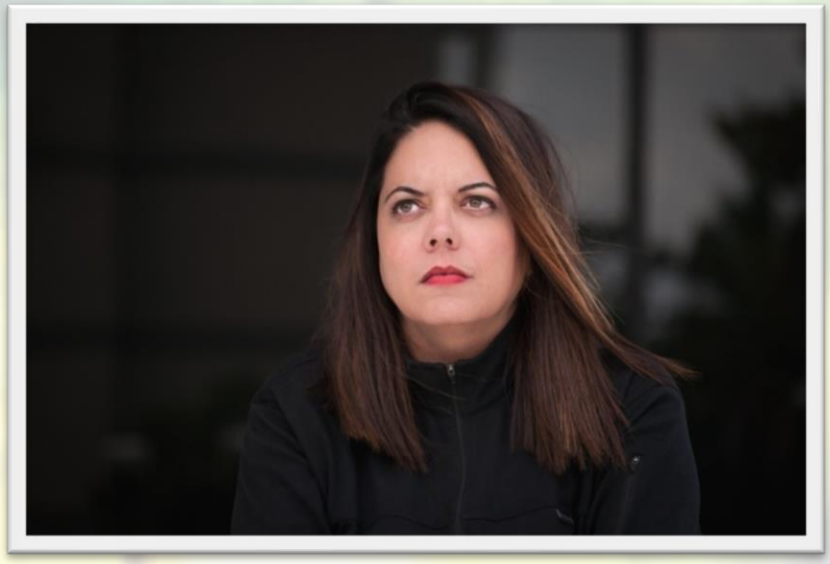
Se quedó en silencio. Su pecho subía y bajaba por el esfuerzo de lo que había hecho y de lo que haría después. No era fácil poner en marcha sus decisiones. Del rostro pétreo de Ana salió una lágrima traicionera, que recorrió su mejilla y amenazó con caer sobre las amapolas.

Minerva le tocó el rostro con sus manos y lo descubrió seco. El llanto se lo había imaginado, tal vez instigado por su remordimiento.

Minerva se inclinó hacia ella para abrazarla, pero Ana la rechazó. En ese momento la estatua de piedra se convirtió en polvo, y se desmoronó en el suelo como un castillo de arena golpeado por las olas de la playa.

—No, no, no —soltó Minerva, y se agachó para recoger el polvo antes de que el viento se lo arrebatara. No lo admitió entonces, ni siquiera meses después, pero su vida había quedado anclada bajo la piedra, el polvo y la nada sin atreverse a dar el primer paso para marcharse de la casa azul. Su corazón no se lo permitió.

©Gabriela Camero Márquez



Fotografía: ©Alejandra Flores

Nació en Caracas, Venezuela. Poeta, narradora y editora. Ha publicado los poemarios *La mudanza* (1999). *Agosto interminable* (2008). *Blandos* (2013) y (2021). *Quebrantos* (2015). Descarrilada (2021). Sus cuentos han sido compilados en Antología de Cuentos Postmodernistas (2014). Ganadora del Primer Premio Nacional de Poesía para Jóvenes Juan Antonio Pérez Bonalde (1995). Ganadora del Primer Premio de la Bienal Nacional de Literatura Lydda Franco Farías (2014). Forma parte de diversas antologías en Venezuela y otros países. Recientemente incluida en *Nubes-Poesía hispanoamericana* (2019) publicada en España por la editorial Pre-textos y La antología *Poesía en el pecho* (2021) publicada en México por la Editorial La Hoja Poesía Viva. Ha sido traducida a varios idiomas. Desde el año 2015 lleva adelante el programa «Poesía en el aula». Es editora de la sección «Joven Poesía de Venezuela» en Letralia. Es editora del Stand Up Poetry, de la sección de poesía contemporánea venezolana de la revista colombiana Caravansary, entre otras.

Twitter: @magarosas

YouTube: Magarosas

a *Ana Jimena Sánchez*

A nosotras nos comían las guayabas
nos cruzaban patios ajenos
miserias
el incendio de otra piel
sus colores

y esperábamos
los nísperos
como a un libro
en medio
del aguacero que somos

Nosotras
alfabeto
las que pisamos con fuerza
en la casa y fuera de ella
en medio de la tarde
que jamás vivimos juntas
pero pisábamos
fuerte
como si pudiéramos.

©Gabriela Rosas

Nació en Caracas, Venezuela (1972). Licenciada en Trabajo Social especialista en Dinámica de grupo, Arteterapeuta. Creadora y directora del movimiento cultural LA PARADA POÉTICA. Sus poemas han sido publicados en las antologías poéticas: El Ojo Errante (Venezuela). La Mujer Rota (México). La voz de la ciudad (Venezuela). Miradas y palabras sobre Caracas, para bien o para mal (Venezuela). Arte Poética (Argentina). 102 Poetas Jamming (Venezuela). Aquel invierno que gritamos (España). Autora de: *Piel de Durazno* (plaquete de poesía) Taller Editorial El pez soluble. *Lo que calla la noche*, Ediciones del movimiento. *Daño oculto*, Oscar Todtmann editores Administradora de los blogs: Poesía en Georgia / La parada poética

Twitter: @georgiaRamirezA / @laparadapoetica

Una mujer llamada Alejandría

Hija de Eros
entrega la sapiencia de su sexo
el talle ecuménico

despierta los sueños nómadas de Alejandro
quien sostiene la espada erguida
mientras derrama el Nilo en sus entrañas

Diosa hermanada con la ciencia y con el vicio
santuario añoso de placeres

En ti es librada la batalla

La apetencia del fuego que intenta devastarte
apenas calienta tu contorno
ni aún la tierra bajo tus pies temblando
logra apostarte de rodillas

Invicta remozas el legado

y te gestas.

©Georgina Ramírez

Nació en Valencia, Venezuela. Escritora y docente venezolana. Magíster en Lingüística. Gestora cultural. Pertenece al comité organizador de la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo (FILUC). Coordinó la Jornada de Microficción durante siete ediciones de esta feria. Cumplió funciones como gerente de operaciones de la Bienal Eugenio Montejo (2017). Ejerció la docencia universitaria en las áreas de Poesía, Narrativa y Escritura Creativa. En 2019, publica su libro de ensayos *Oficio de elipsis*. Algunas de sus minificciones aparecen publicadas en el libro colectivo *Urgencia del relato II* (Venezuela, 2015) y en la antología *A puerta cerrada. Antología de microficción de autor* (2020), así como en la antología *Historias mínimas* (2020). Coautora de Pasajeras: antología del cautiverio (2020). Ha publicado reseña, crónica y ensayo en *Papeles de la pandemia*, y en diversos medios impresos y digitales (revistas y/o blogs): Colofón Revista Literaria, Papel Literario, Letra Muerta, entre otros. Fundadora y editora de El Taller Blanco Ediciones. Pertenece a Minificcionistas Pandémicos, colectivo literario con quien publicó Microbios (2020).

Fugaz encuentro

Lo breve nos recorre en estos tiempos de vértigo. El mundo parece andar más precipitado que de costumbre, y eso nos convierte en una especie de máquinas que ejerce funciones diversas. Todo indica que mientras más veloces seamos en la concreción de las tareas, el rendimiento será mayor. Creo que, aunque la inmediatez del día a día nos consuma, esto no determina otros quehaceres que quizás estén menos imbuidos en la vida del común de las personas. Con estos «quehaceres» me refiero a los vinculados con el arte, en cualquiera de sus expresiones. Y especialmente la que en mi caso particular me compete: la literatura. ¿Y esto qué tiene que ver con los tiempos de vértigo que menciono al inicio de este escrito? Mucho. Pues nada escapa a las épocas, a las realidades sociales y políticas, menos aún a la cotidianidad de las circunstancias personales de cada quien.

Esa brevedad de la que todos hacemos parte, también le pertenece al espectro de la creación literaria. En lo breve hay suficiente tela para cortar: haikús, aforismos, greguerías y otras delicias fugaces que hacen parte del gran cultivo de la literatura brevísima. Mención aparte merece la minificción, un género –sí, leyeron bien, género– que ha ocupado buena parte de mi vida, y que me llegó sin tanto aviso. Algo de ella había visto sin revisar a fondo (es lo que suele pasar con esas cosas que no entendemos bien de qué se tratan), algún texto brevísimo al que no lograba encajar en ninguno de mis esquemas discursivos. Pero como todo lo que está destinado a concretarse, a mí me alcanzó finalmente en una época de mucha revisión de lecturas y textos literarios, en los inicios de una carrera como profesora universitaria.

Podría extenderme varias páginas contándoles lo que ha sido mi recorrido por los anales de la brevedad extrema, pero he ido forjando unos cimientos que dan cuenta del trabajo realizado, tanto en el estudio como en la creación literaria mínima. Por ello, más que mencionar teorías, representantes, principios, entre otros aspectos, prefiero comentar la pasión que me mueve la lectura de minificciones, el análisis y la mirada aguda de lo que conforma a estos textos mínimos.

Está claro entonces que más allá de discusiones y disertaciones teóricas, lo que deseo en realidad es compartir este espacio interior desde lo anecdótico, sin mayores profundidades. La única hondura aquí expuesta es el propio texto de creación (que casi siempre ha sido escrito desde una relación orgánica entre el contexto que para el momento me contenía) y mi propia

substancia personal. Pienso en ese primer texto trabajado, mas no escrito –estos también guardan un especial encanto, pero no siempre tienen el rigor de los siguientes–, que tuvo su primera aparición en un libro de creación colectiva que tanto gozo me dio en esos albores de la escritura minificcional; y que me permitió sacar de la gaveta de posibilidades estéticas y temáticas unos personajes que me perseguían desde hacía un tiempo y que se habían convertido en una inquietud literaria. Aquí comparto con ustedes:

Confesión

Mira el crucifijo con el temor de saber que pronto será juzgada. El templo es más frío de lo que su conciencia le repite durante el trayecto a su única salvación. Se arrodilla y comprende que es la hora; tiene su oportunidad y ni siquiera sabe si realmente quiere expiar culpas. Ama a ese hombre con lo único que tiene para dar sin ser señalada: la libertad de sentir bajo la sombra de un secreto.

Aun así, se confiesa: mira los dedos del religioso y piensa su culpa entera, sin piedad. Comprende que aquellas confesiones de los jueves no los deja libres de ser un hombre y una mujer que esconden tras sus hábitos la única certeza de vida y muerte: la de saber que el pecado con traje talar se alivia cada semana; ella de rodillas, y él, presto a escuchar.

El mar y todo lo que lo contiene es una de mis obsesiones existenciales. Y en medio de lo que esto significa, un animal como la ballena, ocupa un lugar propio en mis extrañas singularidades. Pero más que el espacio físico inmenso con el cual ella irrumpe en el ecosistema marino, lo que llama mi atención es lo que este cetáceo podría parecerse al mundo interior humano.

Reemplazo de un cetáceo

a José Watanabe

Se sabe grande. Su piel resbaladiza parece una variante de su soledad, que la hace única en el universo marino. Y el llanto hondo y casi lírico que certifica la torpeza de sus aletas, y muestra ese ojo que mira de manera insondable y sin derecho a réplica. Porque ella intuye que a la postre estará sola, sumergida en aguas profundas, navegables: sabe que la soledad puede llegar con la marea alta, y quedarse para siempre. Ella sabe que el mar, así, desolado, es lo más parecido

a su mundo interior. La metáfora del mar desolado puede reemplazar a la metáfora de la ballena. ¿No es acaso esto la metáfora de nuestra propia turbación?

Un texto sobre mujeres heroínas es siempre una forma de homenajear a una mujer que merece el reconocimiento, que en muchos casos ha sido invisibilizado. Escribir un texto con la princesa guaricha Judibana, como personaje central, es mi ofrenda amorosa a esta heroína venezolana que me cautivó desde aquellas primeras lecturas del guion teatral, que leí y estudié para interpretar este hermoso y sufrido personaje de la historia independista de Venezuela, y con el que cierro este fugaz encuentro con ustedes y mi pasión literaria mejor cuidada.

La búsqueda

a Chela Palacios

Después del asalto el miedo cobró vida. Pero también la fuerza para arremeter en el combate. A ella la hirieron en una pierna y su marido fue capturado junto a otros compañeros de contienda. Finalmente, se los llevaron a todos como prisioneros a la residencia del señor Ávila. Aquí fueron «bautizados». Ella: Juana Manaure de García; él: Fernán García. Pero nada de esto cambiaría el ánimo de la princesa guaricha.

Ni los vestidos a la usanza europea, ni la nueva lengua, ni la religión católica –todas, costumbres instauradas sin su consentimiento– lograron atenuar el espíritu de lucha con el que Judibana defendió su etnia de aquella invasión de hombres.

Ahora, Judibana, heroína caquetía, deambula por los suelos de Paraguaná. Sabe que el hombre blanco le arrebató su nombre, su familia, su gente, pero no el amor a sus muertos, a quienes continúa buscando entre los huesos enterrados en tierras del occidente venezolano.

Jamundí, Valle del Cauca.

Colombia, 2021.

©Geraudí González Olivares

Nació en Caracas (1959). Cursó estudios de Educación en la Universidad Metropolitana y de Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello. Aunque se ha dedicado profesionalmente a la Educación Preescolar (en 1983 funda el Centro Infantil Vizcaya, institución educativa que desde entonces dirige), las letras siempre han sido medio de expresión de su mundo interior, el cual ha encontrado lugar y reflejo en sus libros *Roraima: cuaderno de viaje* (2005). *Sicalipsis* (poemario-2007). *La cena* (2009). *Primavera en Berlín* (2010). *Espacios privados* (2013). *Poemitas. Palabras de estimulación sensorial* (2016). En su sello editorial Gisela Cappellin Ediciones también ha publicado a importantes autores venezolanos como es el poemario *Canción gótica* (2018) de la reconocida poeta y editora venezolana Carmen Verde Arocha. *Haikus caraqueños* (2019) del productor musical, cronista escénico y libretista venezolano Federico Pacanins, y el más reciente título publicado por esta editorial *Recetas infalibles para sufrir con propiedad* (2020) de la poeta María Dolores Ara y la diseñadora gráfica Elena Terife.

Tría

He aprendido a querer a las tres; vivo con ellas.

Una incita la vida, establece la casa, recorre el mundo;
atiende un empleo, riega las plantas y ayuda al prójimo.

La otra engendra gozo, se deleita con el cuerpo y con la mente;

disfruta las caricias, los aromas, la música,

el cine, la lectura y el ingenio.

La tercera recuerda, vacila, sufre;
a veces, en silencio, se inquieta y se desvela.

Una tiene las manos ocupadas;
la otra, una sonrisa en la boca;

la secreta trasiega un llanto entre el corazón y el alma.

Una es madeja, vínculo, sucesión;
la otra, eslabón, trozo, segmento;

la recóndita: cieno, grumo, unto.

Una es hueso,
la otra, piel;

la que está oculta, sangre.

Al escribir, como un prisma, enlazo las tres, inmaculadas.

©Gisela Cappellin

Nació en Venezuela. Novelista, cuentista y ensayista. Doctora en Letras. Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela. Tiene 11 libros publicados, de los cuales nueve son de su exclusiva autoría: tres volúmenes de cuentos *Pecados de la capital, En rojo* y *Casa de ciudad*, publicado este año; dos novelas, *Latidos de Caracas* y *Todas las lunas*; tres ensayos de carácter académico: *La catástrofe imaginaria, Venezuela, el país que siempre nace* y *Literatura asediada. Revoluciones políticas, tecnológicas y sociales*; y un ensayo de carácter humorístico titulado *Ni tan chéveres ni tan iguales*. Columnista de Letras Libres y Literal Magazine. Tiene decenas de artículos en revistas especializadas y textos narrativos y ensayísticos en *Tiempos Modernos, Latin American Literature Today, Gaceta del Fondo de Cultura Económica, La Razón* (México), *El Malpensante, Diálogo Político, Vogue* y *Altaïr*, periódicos como el *New York Times* (página en español) y antologías en España, Inglaterra, Estados Unidos y Eslovenia. Parte de su obra académica y literaria ha sido traducida al francés, portugués, inglés y esloveno. Premio Sylvia Molloy al mejor artículo sobre Género y Sexualidad (LASA, 2009). Reside en Ciudad de México.

Ser o no ser escritora

Ser parte de una literatura significa (re)conocerse en las páginas de los escritores y escritoras antecesores y contemporáneos, agrupados en una tradición cultural con un nombre capaz de suscitar una respuesta polémica o afirmativa, irónica o afectiva. En mi caso, dos novelas, dos libros de cuentos y varios relatos publicados en revistas no parecían haber acreditado lo suficiente mi condición de novelista y cuentista, si bien he sido aceptada como escritora venezolana por mi trabajo crítico y ensayístico.

Quienes nos dedicamos a las letras, desde el punto de vista de la docencia e investigación en la educación superior, no somos aceptados tan fácilmente en nuestra dimensión puramente ficcional. ¿Somos vistos con sospecha tanto por los colegas del oficio narrativo como por los del mundo universitario? No creo que sea así exactamente, es mucho más sutil; se trata de un olvido selectivo, una negativa a fijar la vista en las realidades inclasificables.

En mi caso, no me arrepiento de mi condición híbrida e incómoda de académica y escritora, ni tampoco me pesa especialmente la marginación de las mujeres narradoras y ensayistas en un campo literario como el venezolano, pequeño, machista y que, por mucho tiempo, fue dado a alabar a escritores de obra más bien escasa.

No pude escoger con toda libertad mis opciones, sino apenas jugar con las cartas que la vida me dio, algunas poco convenientes para el destino que me pareció compatible con mis inclinaciones. No obstante, el oficio persistente ha traído sus recompensas. La primera vez que me sentí reconocida como narradora fue por obra de Ana Teresa Torres, quien en la absolutamente imprescindible antología *El hilo de la voz* (2003), compilada en equipo con la poeta Yolanda Pantin, incluyó uno de mis cuentos, *Resplandor de eternidad y héroes de video*, escrito en mi ya lejana juventud.

Varios libros y unos cuantos años después, Torres escribió un ensayo sobre mi trabajo narrativo, *Relatos del mundo salvaje. Leyendo a Gisela Kozak* (2021), publicado en el indoblegable Papel Literario, suplemento cultural del diario El Nacional. Este reconocimiento, por parte de una escritora cimera en la literatura venezolana, vale como pasaporte sin caducidad para hacerme sitio en una narrativa con diversidad de voces y registros estéticos.

Soy entonces una hacedora de las tantas del presente libro, unidas por el impulso de la escritura como quien comparte un secreto antiquísimo, justificación última de un oficio que sigue causando extrañeza, socialmente hablando, por su aparente gratuidad. Soy, en suma, una escritora venezolana.

©Gisela Kozak Rovero

Nació en Venezuela (1960). El trabajo de Gisela Romero ha sido exhibido y publicado en Venezuela y fuera de su país en muestras individuales y en más de 200 exhibiciones colectivas en espacios como Osceola Arts Gallery, Orlando, Kissimmee City Hall Art in Public Spaces, Orlando, First Thursdays Orlando Museum of Art, Orlando, el Museo de Arte contemporáneo Alejandro Otero, Caracas, el Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imber, Caracas, El Museo de la Estampa Carlos Cruz Diez, Caracas, y en varias Ferias Internacionales de Arte como PINTA en NYC, ARCO y ESTAMPA en Madrid, Artbo en Bogotá, FIA en Caracas y en muchas Galerías, Centros Culturales y espacios públicos. Su trabajo puede ser visto en colecciones públicas y privadas. El trabajo de Arte de Gisela Romero se basa en la observación de todas las formas que la rodean y tiene que ver con la interpretación de los principios del orden del cosmos. Los Dibujos de Gisela Romero surgen de la Creación y regresan a ella, son Dibujos libres, orgánicos y se adaptan a distintos materiales y superficies. Romero celebra la perseverancia de la naturaleza y las huellas y marcas que deja el ser humano en el mundo. Cada línea, cada detalle es un tesoro donde se encuentra la belleza.

www.giselaromero.com

giselaromeroarte@gmail.com

Instagram:@giselaromeroart

Dibujos que Pasean

Para viajar basta existir

Fernando Pessoa

Viajar es abrirse a otros mundos, se hace trasladándose de un sitio a otro o cerrando los ojos para imaginar algún horizonte desconocido, inventar que uno recorre distancias sin moverse o crear universos paralelos en la mente.

Desde 2015 mis Dibujos pasean, transitan diversos caminos, playas, montañas, objetos y me acompañan en los descubrimientos. Dibujos que realicé en Venezuela viajan a Tailandia, los bosquejos tailandeses visitan Noruega, los de Noruega van a Estados Unidos y regresan a Venezuela y así andan en una especie de peregrinación. Mis «Dibujos que Pasean» son pequeños, se concentran en diminutas libretas o van solos dentro de un bolsillo, se arrugan, a veces se ensucian, se mezclan entre ellos porque olvidan dónde fueron creados y no les importa si se unen, pero lo más increíble de ellos es que al azar se colocan frente a un nuevo paisaje en donde ya habían estado antes de existir, como que si se encontraran a través de colores y formas en un sitio que ya habían visitado antes de ir e incluso antes de haber sido concebidos.

Mis «Dibujos que Pasean» son ofrendas, regalos que un lugar del mundo concede a otro.

Gisela Romero, abril 2021

©Gisela Romero

Nació en Venezuela (1975) Escritora y editora. Traductora del portugués al castellano. Ha publicado en diversas revistas literarias, así como también en antologías. Sus libros: *El tiempo es la herida que gotea* (2009); *El alcohol de los estados intermedios* (2009, 2010, 2020); *La silenciosa desesperación del sueño* (2010, 2020); *La grita* (2011, 2020); *Inquietantes dislocaciones del pulso* (2012, 2014, 2018, 2020); *El cantar de los manglares* (2018, 2019, 2020); *L´air*, (2020); *Souvenirs d´arbres* (2020); *Diario de viaje a Camerún* (2021); *Desde la ventana del sótano* (2021); *Telemática*. Reflexiones de una adicta digital (2021). Es corresponsal de la Revista Internacional de Teatro y Literatura Alhucema, Granada, España. Editora y fundadora de la Revista de Literatura y Artes LP5.cl, el blog: LP5 Editora y la editorial: LP5 Editorial.

Cofundadora de la Furia del Libro (Chile).

Su blog: Gladys Mendía

Ignora el navegante
que sus planos están cifrados en los naipes
que el viaje ha sido siempre circular
pero extrañamente
nunca ha podido regresar al lugar de partida

Belén Ojeda

Caminamos

en el bosque de pinos

troncos y ramas

ese verde exacto

muy lejos de casa

otra tierra nos sostiene

Amamanta nuestra nostalgia

la breve llovizna

El bosque de pinos

nos cambia los nombres

y llena los pulmones

de otro aire

El bosque entero
encendido en verdes
meciéndose en verdes
ante nuestros pies
inéditos senderos ofrecen

Senderos de sonido
vibración de ramas
nectáreo flujo
somos testigos
guardamos silencio

El silencio
es nuestro lenguaje
al traspasar umbrales

Entre las ramas
el viento
nos abraza sin brazos
y crea música
la música es el tiempo

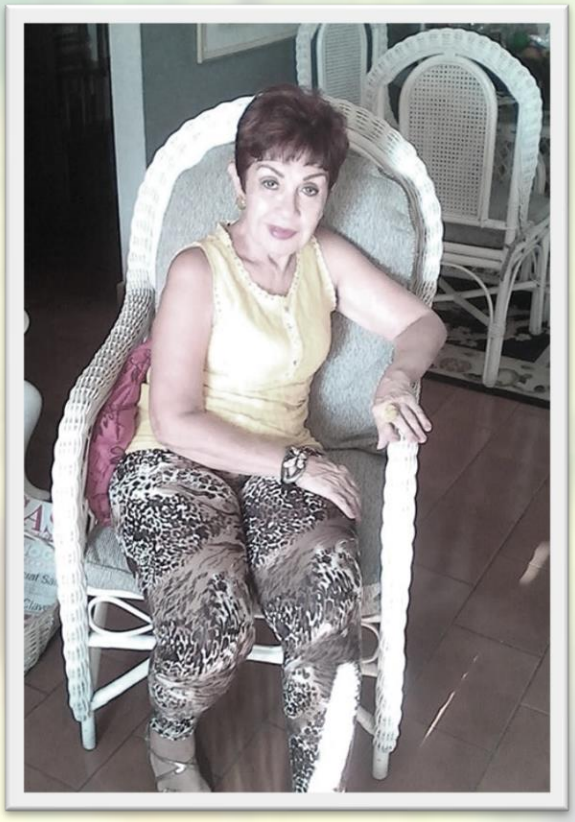
Si tienes música
puedes caminar
por la cuerda floja

Nos entregamos
al nuevo ritmo
en el fondo le tememos
sabemos de su codicia
nadie escapa de ser
presa fácil del tiempo

Estamos
condenados
a ser memoria

Del libro: *Desde la ventana del sótano* (2021).

©Gladys Mendía



Maracay (1950). Poeta venezolana. Estudió Derecho en la Universidad Central de Venezuela. Tiene un posgrado en Derecho Penal en la Universidad de Carabobo, y un diplomado en Docencia, en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Trabajó como abogada para diversos entes públicos y privados y fue Fiscal del Ministerio Público. Por más de diez años dirigió la sala de exposición de pintura y fotografía del Colegio de Abogados del estado Aragua. Ganó el primer premio en el Concurso Orígenes del diario El Aragüeño (1980). Publicó el poemario *Tiempo de pájaros caídos* (Ediciones del Concejo Municipal de Girardot). *Donde la piel se hace silencio* (inédito). Textos suyos han sido publicados en los diarios *El Periodiquito*, *El Siglo*, *El Aragüeño* y *El Carabobeño*, así como en la revista *Estrías* y *Letralia*.

La edad más joven del viento

Y llegas de frente, arquitecto del polvo. No conoces rendijas, ni ventanas cerradas.

Invisible guardián de la esfinge. Derribas jazmines y pájaros con tu azote de vidrio, con tu furor de Mercurio en celo.

Llegas envuelto en alto plumaje, uniforme de tus legiones sin tiempo.

Rozas apenas la cicatriz de un campanario viejo, el verde legajo del árbol desprendido.

Se bienvenido, águila del alivio en la frente, invisible lustrador de las piedras.

Deja pasar tu onda acrecentada. Después todo será como el simple rechazo del muro. Como desollar un pedazo de tu espalda en fuga.

Deja entonces colgada en una esquina de la memoria la rama desprendida en tu paso por la edad más joven del viento.

Del poemario inédito: *Donde la piel se hace silencio*.

©Gladys Ramos

Nación en Maracay. Narradora, ensayista, facilitadora de talleres literarios. Ha participado en diversos talleres de creación literaria con escritores reconocidos y es facilitadora de talleres literarios de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. La mayor parte de su obra ha sido publicada en la prensa regional y a través de revistas y páginas electrónicas, así como en diversas antologías literarias. Tiene publicada una plaquette titulada *Astrid/Gloria* con la editorial La Espada Rota, y un libro de cuentos titulado *Galletas de suspenso*, publicado por Ediciones Dirtsa Cartonera. Cursó estudios de piano, fotografía y gastronomía. Actualmente se desempeña como directora de un liceo. Ha sido coeditora junto a la poeta Astrid Salazar en ediciones colectivas de sus talleristas. Ha recibido diversos reconocimientos en el ámbito docente y literario, y en el 2012 el Centro Cultural «Higuaraya Capanaparo» le otorga el reconocimiento «Nuevos valores en el arte».

Hambre

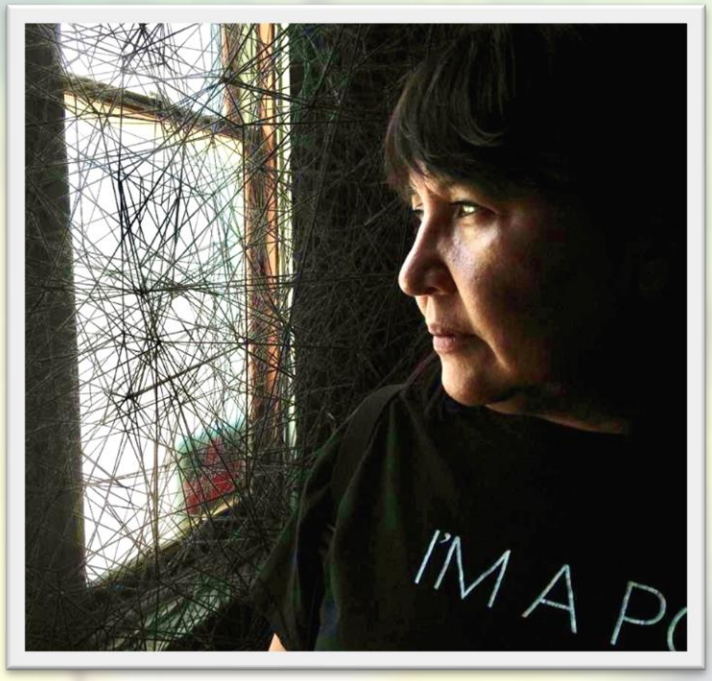
Era de noche. El calor de la playa abría mi apetito. Decidí acabar con el hambre, así que me dirigí a la casa para prepararme una comida. Subí al cuarto para ver si estabas ahí, en efecto, dormías tranquilamente. Te di un beso en la mejilla y bajé.

En la cocina, abrí una lata de atún y la vacié en una sartén. Preparé una masa e hice unas arepas. Por fin comería. Ya estaba todo listo. Olía divino. Mi estómago crujía, me hablaba:

—Rápido, tengo hambre.

Las arepas listas, rellenas de atún se hallaban en el plato. Ya sentada en la mesa, dispuesta a disfrutar de mi comida, bajaste y me saludaste. También tenías hambre, pero no te quise convidar, yo no soltaba mi plato. Sin embargo, tú muy listo, me quitaste la arepa y te la comiste toda de un solo mordisco. En ese momento de furia te tomé en mis brazos y te di un gran beso en la boca, aún con el sabor de mi comida, tan divino. Así pude saciar mi hambre, dejando en el suelo todos tus huesos, como se dejan las espinas de un pescado.

©Gloria Dolande



Fotografía: ©Camila Centeno

Nació en Córdoba, Argentina (1958). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Ha trabajado como correctora de pruebas y supervisora de ediciones por contrato para editoriales de Venezuela, Biblioteca Nacional y Consejo Nacional de la Cultura de ese país. Escritora fantasma, realizó investigaciones en áreas humanísticas para crear libros, tesis y monografías por encargo. En 1991 Editorial Eclepsidra publicó su poemario *En caso de que todo falle*. En 2013 la Editorial Lector Cómplice editó el poemario *Libretas doradas, lápices de carbón*.

Trabajó como asistente de artista y gallery attendant en Pittsburgh.

Es dibujante amateur. Vive en Pittsburgh, Pennsylvania.

Blog: Graciela Bonnet

Instagram: @gbonnet

Shiharu Shiota y La Fábrica de Colchones

Cerca de mi casa, en la esquina de esta calle, hay un museo fascinante. Se llama The Mattress Factory (La fábrica de colchones) en razón de que antiguamente allí había una de estas fábricas. Ahora es un edificio con escaleras de incendio y cuando uno va caminando por la calle, puede estar el tiempo muy bueno, pero al pasar frente a Matress Factoty se inicia una ventolera. Uno mira hacia arriba y el aire se cuela por todos los orificios de la torre, como si fuera una flauta. Es extraño que no suene.

He ido varias veces, me atrae su tono fantasmal, la intención de las exposiciones que allí se pueden ver es siempre así, sugerente de algo no específico, uno tiene que terminar la frase, la imagen, la materia, lo que sea que se encuentre allí.

En alguna parte está una exposición de la artista japonesa Shiharu Shiota. Son habitaciones, la casa entera, cubierta de un entrecruzado de lana, hilos de lana negra enmarañados por todos los rincones, en el aire, en el piso y en el techo. Las marañas a veces escogen un rincón para extenderse al resto de la casa. La casa es toda de madera y cruje por todas partes. Hay objetos que pueden verse a través de las marañas y estas cubren también las ventanas y parte de las puertas. Me siento fascinada. Es la materialización del pensamiento. Vivo, vivimos, porque siento que no estoy sola en esto, en un espacio exactamente como ese, pero no se ven los entrecruzados de la lana porque están detrás de mis ojos. Son la memoria, los pensamientos constantes, los recuerdos, las reflexiones, en todo lo que pienso y siento ante cualquier momento por el que pase, aun el más trivial, siempre la maraña me rodea. Pueden ser los sueños también, los significados de la memoria, que es, al final, todo lo que somos.

Hay un grupo de baúles comidos por el polvo en un rincón. Están cerrados y cubiertos de maraña. Hay un vestido de novia que cuelga del techo, detrás de la lana, así están también nuestros vestidos queridos, nuestros objetos de la niñez, incluso la imagen de grandes espacios como parques, circos, teatros, la casa de la abuela, jardines interminables.

Si la artista contase con más espacio haría también algo así en territorios interminables. Pero volvemos al principio. La vastedad está en nuestra memoria. Es suficiente con una muestra que nos dé las alas que necesitamos.

El entramado lo ocupará todo, ahora conscientemente.

Este texto puede leerse en el blog «Vertiente Reciproca».

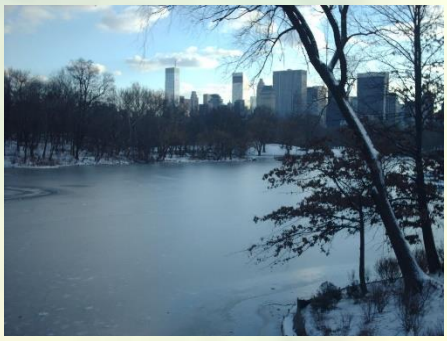
©Graciela Bonnet

Nació en Caracas (1981). Lic. Letras (UCV). Escritora, promotora cultural, editora. Su heterónimo Egarim Mirage firma los poemarios *Espejeos al espejo* (El Pez Soluble, 2006; 2007) e *Íntimo, el espejo* (OT, 2015). Sus textos aparecen en *Nuevo país de las letras*, *Cien mujeres contra la violencia de género*, *Pasajeras: antología del cautiverio*, entre otras publicaciones de Venezuela, EEUU, Argentina, Chile, México y España. Sus poemas han sido traducidos al inglés para la revista *LALT*. 2° lugar de poesía (Ateneo de Caracas 1997); varios lugares de narrativa y poesía (Festival Literario UCV 2001, 2002, 2004); finalista del Concurso Minificciones Mosaico (Embajada Argentina/FILUC 2017) y mención del Concurso Anual Transgenérico (FCU 2017) por *Del último regreso. Dispersiones sobre el desarraigo* (inédito). Coeditora de la *Obra completa* de Eugenio Montejo (Pre-Textos, España, 2021); coeditora de la serie «Los rostros del futuro» (Banesco/Artesano Group); gerente cultural y correctora bilingüe de Ediciones «Letra Muerta»; coorganizadora del Jamming Poético. El texto que sigue se ha publicado en revistas y en la antología *102 Poetas Jamming* (OT, 2014). Las fotografías son inéditas.

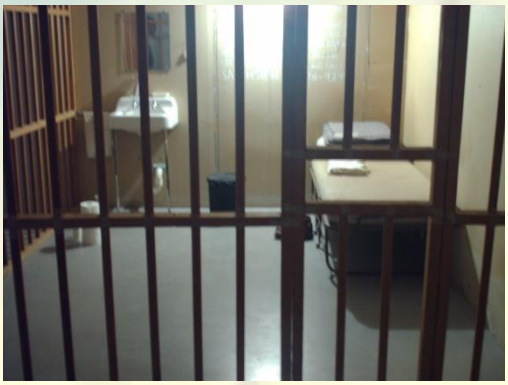
hospitalario, el frío

para edmundo bracho

escondo mis manos en los bolsillos
entre mis piernas, en donde quepan



en vano intento protegerme un poco
del hielo que se siente en la ciudad



me meto en cuanta cama acolchada
me ofrezca una noche sin pesadillas

colecciono amores como barajitas

a los que preguntan por qué tiemblo
les digo que son cosas del invierno

y solo tu libro, cuando me leo
sabe que el clima poco condiciona
el torpe movimiento de mis dedos

algún día hablaremos sobre eso

no me quitan el sueño tus textos
de eso se encargaron otros
tus poemas me guardan compañía
los leo uno a uno
no me apuro

es como hablar con alguien que ya sabe
por eso dosifico el placer

hablo con mucha gente, sí

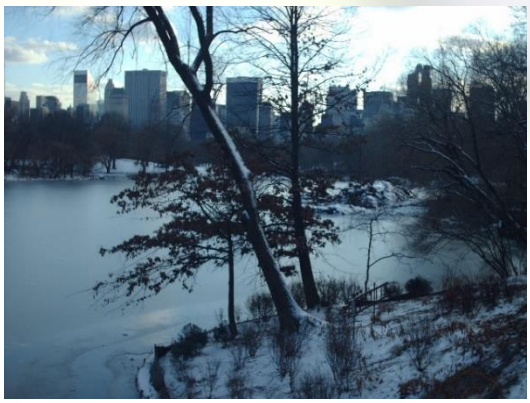
pero me desnudo sola

y los lunares que tú no conoces

aquí en mi gran manzana blanca

apenas

el frío



los ve.

(brooklyn, 20.11.2008)

Texto y fotos: **© Graciela Yáñez Vicentini**

Nació en Puerto Cabello, Venezuela Empleada administrativa y poeta italo-venezolana. Ha publicado los poemarios bilingües: (*it-esp*) *PEGASA, Renacida de las aguas* (2014). Presentado en el Festival Internacional del Libro BookCity de Milàn, Italia-Sala Khaled al-Saad, MUDEC Museo de las Cuklturas. 2016). *ESCUDEROS de la Libertad* (Editorial Feltrinelli 2018) presentado con lectura pública junto a los poetas José Pulido y Armando Rojas Guardia, en el marco del evento Venezuela del Festival Internacional de Poesía de Génova. *EXILIADOS, historia de la diáspora venezolana en Italia* (Editorial Mondadori. Crowfounding. 2019. En colaboración con la fotógrafa Irene Nasoni. Edición en italiano). Ha participado como poeta invitada en distintos Festivales internacionales y Jamming poéticos, en vivo y online. Ha sido entrevistada por distintas Revistas digitales venezolanas e internacionales, entre ellas el magazine francés. Lumière Internationales Magazine, Francia-París número 11. 2018, por la periodista Luisa Pace. Ha colaborado con diversas antologías poéticas de carácter artístico y como proyectos humanitarios. Publica en su **blog y en su página Facebook** IMPRESSIONI E CERTEZZE, en italiano y en español: www.impressioniecertezze.com

De terciopelo

De terciopelo es el cielo
cielado sobre las aguas
en cada espejo

de pozo
de charquito de campo
de gota de rocío

que la mañana besa

De seda son tus ojos
que arropan cuando miran
acariciando mi desnudez

Son rastros de colores
los que envuelven las angustias
con palabras de viento
salidas de las fauces de tu alma
cuando observo el mundo
en una mudez contemplativa
para ser testigo de la epifanía de la Belleza

un viaje de ida casi sin regreso

La ciudad que se aquieta
todos los días como un día de fiesta

abre los espacios desdoblados
al vuelo desenfadado de las golondrinas
como lo hacen las ideas

libres sobre los techos
anidando entre las tejas de la conciencia

Yo como Fridah te cielo
mientras que tú me llueves de perlas blancas

para que primavere cada poro de mi piel

y nazcan flores de mi prado
y abejas que liben el elixir que verso en tu copa

hasta que rebose sobre las aguas cieladas
del terciopelo
de tu cielo cielado
desde donde se embellecen

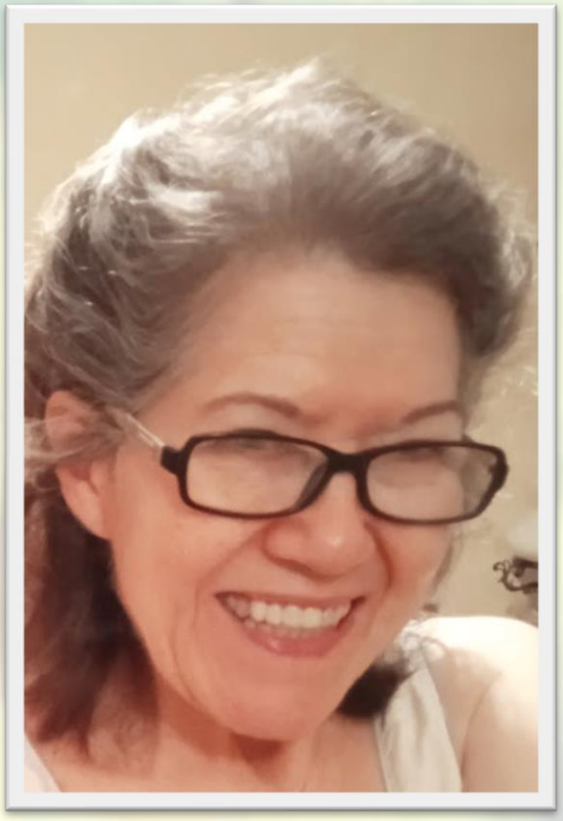
las ventanas abiertas
el olor del café recién colado
y el coro de esa canción
que repites silbando por toda la casa

como si la semana
fueran siete domingos

de mañana
de terciopelo besada

(Versión integral)

©Hebe Muñoz



Nació en Caracas (1943). Ha participado en Talleres de lectura, escritura, reflexión, comentarios y análisis de poesía, con los poetas Armando Rojas Guardia, Rafael Cadenas, Edda Armas, Gabriela Kizer, Willy Mc Key, y de Poesía Contemporánea Venezolana, con el poeta puertorriqueño David Cortés Cabán, y en un taller sobre el estudio del Haiku dictado por el poeta Rafael Cadenas. Es coautora de la antología poética *El Ojo Errante* (2009) publicada por el Taller Editorial El Pez Soluble, y de la Antología de *102 Poetas Jamming* (2014) publicada por Oscar Todtmann Editores. Es autora del poemario *Sobre Olas* (2014), publicado por Editorial Lector Cómplice. Ha participado con lecturas de sus poemas en varios *Jammings de La Parada Poética,* y en recitales del Círculo de Escritores de Venezuela, y en *Stand Up Poetry*, Página Web y recitales que edita y promueve el poeta Luis Chacón. También se encuentran publicados algunos de sus poemas en Letralia.

Anónimo veneciano

a JC.

Qué mansedumbre la mía
cuando me abrazas

Qué mar inmenso tu pecho
o mis ojos yo no sé

cuando te me hundes mirándome
y no hay más tiempo ni memoria
y se olvidan todos los caminos
de ida y vuelta

y hoy es octubre y Venecia

Octubre 27-10-2019

Felicidad

«No tengas forma, ni sombra,
sé agua»
Bruce Lee

a JC

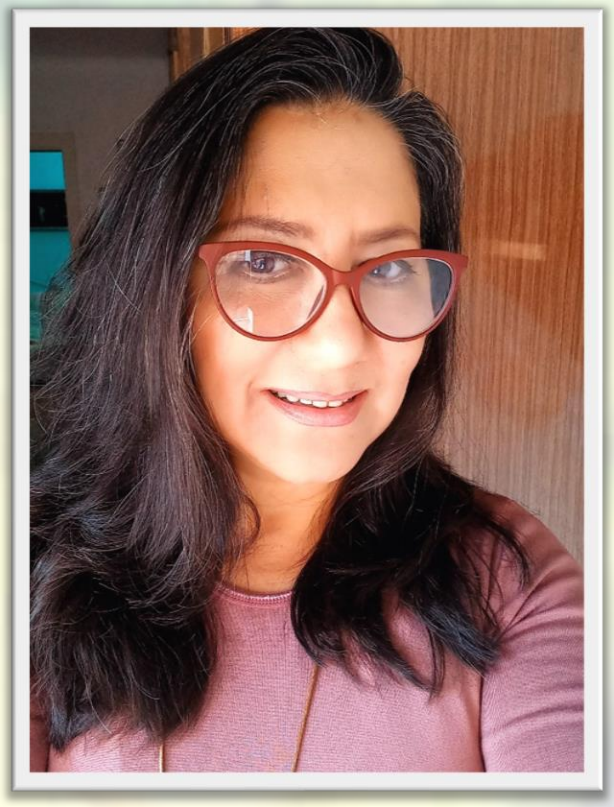
Aquí no pasan los días ni corre el tiempo,
pero pasa la vida, y es mucho,

por ejemplo,

levantarse a las cuatro de la madrugada
y ver a alguien escribiendo o dibujando
y sintiéndose bien
y… sentirme bien

Hacer sonar «Murmullos en el bosque»
de Sigfrido, de Wagner… bajito
a esa hora… todavía oscuro…
pero encendido el ambiente
pleno de vida apacible amorosa
en paz…
sin forma ni sombra felices
pasando los días pasando la vida
como el agua de un río

©Hildegart Acosta



Nació en Los Teques (1965). Narradora y poeta. Es licenciada en Letras por la Ucab. Actualmente reside en Almería, España. Ha publicado el volumen de relatos *Gente de signos*, de Editorial Lector Cómplice, con el que recibió mención honorífica en la Bienal Ramos Sucre. Se ha dedicado a la edición y la corrección de estilo, y ha dictado talleres para escritores.

Página web: Inés González

Cuando llegue la luz

Comenzaron a olvidarse de ellos, de los gobernantes. Estaban desapareciendo de la pirámide de las cosas. Por lo menos en sus mentes. Y eso daba un poco de paz. Esa noche también se fue la luz. Al principio el colapso fue producto de la ineficiencia del gobierno, ahora ya era por un racionamiento estricto y al parecer perpetuo derivado de lo primero. No había señales de que fuera a mejorar. Vivían la sensación resignada de que habitaban un caos algo atávico y merecido.

Poco a poco, con cada nueva precariedad, se habían comenzado a borrar las caras de los gobernantes. «Cómo no, si estamos ocupados en resolver las penurias». Primero los sustrajeron de su discurso diario, porque las cosas estaban tan mal desde hacía veinte años, que hablar de ellos era una pérdida de tiempo. De lo obvio no se habla.

Así que empezó a hacerse obvio que el país seguiría destruyéndose hasta llegar a lo primitivo. Y una vez llegado allí, la realidad comenzó a difuminarse como en un extraño sueño. «Porque es que ya nadie tiene la culpa».

Lo único que importaba ahora era la caja que mandaban ellos, los que se fueron. La segunda se esperaba con más emoción que la primera, porque traía algunos regalos frívolos y novedades. «Para la niña, mi sobrina, las pinturas fosforescentes de uñas. Y unos ganchitos de pelo. Las galletas son para Lucy, raciónalas bien».

Sonia acabada de recoger agua. El suministro duró solo media hora, hasta que las tuberías empezaron de nuevo a soplar aire. Se sentó en el sofá a descansar, con la bata algo mojada por el apuro de llenar los tobos. Al irse la luz, la bomba del agua deja de funcionar. «…dita sea, si no se hubiera ido tan rápido, hubiera llenado también el pipote del baño». Saúl estaba en la cocina tratando de poner orden, porque al oscurecer del todo no se iba a poder hacer nada. La madre de Sonia dormía, aunque ya eran las cinco de la tarde. La dejaban dormir cuando quisiera, pues se pasaba toda la noche en vela, quejándose quedamente de los achaques.

La comida de Lucy se acabó el día anterior. «Coño, ahora qué le vamos a dar». Lucy era una perra triste que había perdido el instinto, con un nombre de humana que nunca le hizo honor a su lobía.

En la sala conversan un poco sobre los planes de irse ellos también. El hermano de ella los ayudará en Argentina. Y después de que se estabilicen, podrán concebir. Un proyecto postergado. Se irían, sí, pero no con la mama, «que está muy deteriorada la viejita». Era triste tener que esperar la muerte de alguien para llevar a cabo un plan. «Mamá ya no está para esas cosas. Se nos moriría en el camino».

Sonia se levantó del sofá y se recostó en la ventana para disfrutar la última claridad del día. Tanto a ella como a Saúl los relajaba la vista de edificios con jardines intercalados, árboles grandes de tanto en tanto y la montaña allá, lejísimos. Él la abrazó desde atrás metiendo su cabeza en el pelo revuelto y sudado, ella alargó el cuello hasta que el labio de él entendió. Su mano derecha también entendió, hasta llegar a un seno y bajar por la cintura a la nalga. Pero esa tarde no iban a hacer el amor, «no señor, ya te dije que mañana cuando se me quite la regla, que aún sangro un poquito».

Entonces Saúl se resignó a unas caricias más tiernas que sensuales. Le costaría un rato domar la erección. Y estaban así, ensimismados y fundidos, cuando de pronto un bulto cayó desde el edificio de enfrente sobre un carro estacionado. Un joven cuerpo femenino bien vestido. El estruendo fue más por la explosión de los cauchos que por el impacto del cuerpo defenestrado.

Sonia no pudo ver el hilito de sangre salir despacio de debajo del carro, porque ya se había girado impresionada a esconderse en el pecho de Saúl, quien fue verbalmente explícito. «¡Mierda!» Solo ellos presenciaron el último segundo de alguien. Una exclusiva no deseada. Al rato salieron vecinos y transeúntes al encuentro de la tragedia ajena, o a satisfacer el morbo, que bastante falta les hace a muchos en estos tiempos. Lucy se inquietó apenas, miró a la pareja abrazada y se volvió a echar.

No era la primera vez. Ahora estaban ocurriendo varios al mes, en las ciudades y en los pueblos grandes. Personas de todas las edades deseando el final rápido, incluso ancianos, madres junto con sus niños, adolescentes. «Dios nos ampare». La mayoría prefería los rieles del metro y otro tanto escogía sucumbir a la ley de la gravedad, como esa chica del edificio azul.

Aunque sí era la primera vez que Sonia y Saúl eran espectadores de una muerte violenta. Esa noche iba a ser fea. Sin luz, con ojos y mente impregnados de la imagen suicida.

Hubieran querido permanecer anestesiados. Ya habían olvidado a los del gobierno. Y no era por perdón, es que ya no se vivía en este país. Los cuerpos moraban ahí, pero los afectos, las

noticias y las cosas por las que interesarse estaban en otro lado, estaban en Madrid, Argentina, Miami, Chile, Ecuador, Alemania, incluso en la fría Holanda. En cada uno de esos países había alguien que tuvo que ver con ellos. Y muchas familias recibían una caja que era una alegría, una caja que podría contener medicinas, ropa, chocolate o un celular usado. «Le voy a llevar este chocolate y este paracetamol a la vecina, pobrecita, no tiene a nadie afuera, no le llega caja».

Mientras duró el escándalo alrededor de la suicida, oscureció. Ambos se olvidaron de la vieja. Con ese estruendo y los ruidos relacionados, debió haberse despertado. O no. «Quítame estos malos pensamientos, señor».

Según el grupo de los vecinos, a las cinco de la mañana llegará la electricidad. Ya verán qué hacer cuando llegue la luz. Ver si mamá vive, si habrá perdón u olvido para los responsables de la catástrofe, si queda país. Calcular cuánto tiempo falta para la próxima caja y para la siguiente remesa. Vivir a través de los que se han ido. Qué importa quién esté a cargo, este mundo se manda solo y lo que pasó lo han merecido. «Allá nos espera mi hermano. Aunque yo creo que ya nos fuimos».

©Inés González

Nació en Caracas. Escritora, dramaturgo y periodista. Con una extensa obra teatral ha sido estudiada en la Cátedra de literatura hispanoamericana de la Universidad de Syracuse en Nueva York. Varias de sus obras han sido publicadas y montadas en distintos países. En poesía cuenta con sus libros Poetas en vigilia y Días Aciagos. Ha sido publicada en blog, webs y antologías en México, Italia y Venezuela.

En el ámbito del periodismo ha publicado libros de investigación y entrevistas como: Protagónicas, Ciudadano Dycvensa, Venezuela y Polonia y Entre dos orillas.

Su relato Ladrón que roba ladrón…, está publicado en la antología «Relatos de la Orilla Negra V», publicada por Editorial Lector Cómplice. *La Segunda y sagrada familia*, *Días de novenario*, *A los vecinos ni con el pétalo de una rosa*, *Feliz Cumpleaños* y *Anclados*, son sus novelas editadas bajo los sellos: Ediciones B, Kalathos España y Bruguera.

Divino tesoro

El muchacho salió en carrera desde el fondo del basurero, la cara tiznada, la ropa casi harapos y las manos vacías. Cosa rara en él que siempre cargaba algo de un lado para otro. Acostumbraba a acumular sus tesoros en una esquina: un pedazo de plátano, un mendrugo de pan, un pote de leche ácida, un bote con restos de ensalada o algún dulce de crema, en el que aparecía el moho como una gangrena presta a devorarse todo.

Ese día en especial, por lo visto, había hecho caso omiso a cualquier desecho para salir en dirección a la calle. Del otro lado, desde un pequeño depósito lleno de cajas de cartón salió un hombre de pelo cano y manos fuertes que acumulaba en el lugar el mayor de sus tesoros. Había aprendido que el cartón se podía reciclar y que había un camión que pasaba todos los jueves, retirando y pagando por la mercancía.

Ambos corrieron en la misma dirección mientras los transeúntes pasaban indiferentes a su lado. Ambos parecían resistir al viento que soplaba tan fuerte que les alborotaba los cabellos. Ambos sentían que sus cuerpos eran como un campo de batalla dispuesto a ser testigo de la lucha más cruenta, que como toda lucha de los hombres desde que el mundo es mundo tenía como objetivo disputarse algún tesoro.

Cuando llegaron al centro de la calle, el tránsito se había detenido, uno que otro curioso observaba a distancia. Ya estaban tan cerca uno del otro que podían percibir sus malos olores, esos que se acrecientan ante la falta de agua, la falta de jabón, la falta de sueños y la falta de amor. También eran capaces de escuchar el sonido de sus tripas, aire puro que retumba en la habitación vacía que tenían por estómago. Sus narices humeantes, armadas con el último vestigio de la fuerza recordaban las de un par de dragones. No se podría decir quién fue el primero en asestar el primer golpe, pero las espaldas cedieron, los cuerpos rodaban enlazados como un nudo marinero. Después de un rato de lucha sobre el asfalto caliente, se pusieron en pie. Caminaron dándose la espalda como que si fueran un par de enamorados que habían consentido dirimir en un duelo la pertenencia de la amada. El joven caminaba hacia el norte, el viejo caminaba hacia el sur.

A esas alturas de la pelea, la calle se había comenzado a llenar, de indigentes, obreros que abandonaban la fábrica después de un día de arduo trabajo, de motorizados que estacionaron

sus motos sobre las aceras interrumpiendo el paso de los peatones, pero colocadas de tal forma que se les permitiera un escape rápido si llegaba al policía. En una de esas motos apareció Andrés, el protector de la cuadra y pegó el grito que sirvió de pistoletazo para que ambos contrincantes se dieran la vuelta y corrieran en dirección a su máxima ambición.

Allí, en medio de la calle relucía un mango solitario, amarillo como el sol, sano y brillante. Un mango que sin duda alguna era el último de la cosecha. El pavimento temblaba ante la fuerza de la carrera emprendida por los dos descubridores de la magnífica fruta. En los ojos de cada uno relucía el brillo que solo da el triunfo. Uno de los dos se haría dueño del tesoro, uno de los dos saldría de allí un poco más perdedor de lo que ya era. En el preciso momento en que ambos se inclinaron un zamuro revoloteó sobre sus cabezas, iba como una flecha en dirección al piso. Tomó el mango con su pico como que si poseyera dos fuertes tenazas y alzó el vuelo.

©Inés Muñoz Aguirre

Nació en Maracaibo el 12 de septiembre de 1991. Obtuvo la Licenciatura en Letras en La Universidad del Zulia y cursó toda la escolaridad de la Maestría en Literatura Iberoamericana en La Universidad de Los Andes. Escribe relatos, testimonios, poemas, cartas. Hoy se dedica a la redacción web.

Vuelvo, no vuelvo

El amor no es quien deshoja estas margaritas.

¿Vuelvo, no vuelvo, vuelvo, no vuelvo? Se pregunta Patricia mientras atraviesa el parque La Familia.

¿No vuelvo, vuelvo, no vuelvo, vuelvo? Hace un mes que perdió su empleo.

No vuelvo...

Era lunes, 21 de octubre, cuando la gerente le explicó a Patricia por qué prescindirían de sus servicios.

Vuelvo. Gruñó, mientras caminaba con el rostro inexpresivo de regreso a casa.

Paro nacional. No + AFP. **30 años de desigualdad**. **No son 30 pesos**. Son 30 años. Constituyente. Mata Pacos. Y la culpa no era mía…

¡Qué cagada! se decía una y otra vez en la cabeza. No, no. No vuelvo.

¿Qué hace un emigrante de un país convulsionado en otro país convulsionado?

—¡Mamá! ¿Qué hago? Los comercios están cerrando. Las empresas están botando a todos los que pueden. Saquearon. Quemaron el metro. Sacaron a los militares y a la policía.

—¿Sabes qué me dijo? Lo siento, Pati. No pude hacer nada. ¡Me cago en todo el continente, mamá! Denuncian violaciones, uso excesivo de la fuerza, más de cien personas con los ojos lesionados, Baquedano está hecho una mierda y todo el mundo está lleno de rabia, bostezan quejas, reclamos. Se sienten jodidos y estafados, como tú y como yo.

—Patricia… Patricia…, sonaba del otro lado del WhatsApp.

—¿Qué, mamá?

—¡Cálmate! Todo va a estar bien. Deshoja una margarita, otra vez.

—¡Coño, mamá! Cuando llegamos me dijiste que todo iba a estar bien. Después, cuando te fuiste, me dijiste que todo iba a estar bien. Y ahora, otra vez, me dices que todo va a estar bien. ¿Cuándo va a estar todo bien?

Cacerolazo. **El derecho a la vida**. **El baile de los que sobran**. **No + tags**. **Estado de Emergencia**. Guerra.

—Mamá, hablamos ahora. Voy a deshojar margaritas hasta recordar por qué sigo aquí.

Me duele que Patricia sufra, porque me gusta cuando mis personajes son felices. Por eso quiero que Patricia recuerde el otoño, mientras camina por el parque.

—Sí. Esta ciudad le gustó mucho más en otoño. Todos los días salía a caminar con Emilio. Les gustaba cómo se iban decolorando los árboles y el vuelo de las hojas hasta el suelo.

—Qué bonito! Pero esta primavera de mierda se llevó el otoño, se llevó a Emilio y también mi trabajo.

Patricia se sienta en una banca cualquiera y mira hacia arriba, suspirando profunda y ruidosamente. Cuando baja la cara se da cuenta de que la estoy mirando con asombro y se ríe. Me mira un rato y luego deja de mirarme. No es como la muchacha de Hemingway. Patricia sí me mira, pero se le acaba la sonrisa y me abandona.

Es mejor cuando el personaje está desempleado y no tú. Si quisiera, haría que Patricia volviera a casa. Tomará un baño y, sentada frente a la laptop, escribirá un correo con su portafolio adjunto. Lo enviará sólo a tres editoriales. Una le responderá que no tienen vacante, la otra no se dará por enterada y la tercera le dirá que ahora mismo no pueden emplearla, pero que quieren comprar un par de sus reseñas.

Entonces, Patricia se quedará corrigiendo toda la tarde.

La miro mientras escribe. Está animada. La margarita de hoy sigue intacta.

Quiero que escuche música y que tenga crisantemos amarillos, como Gabo.

Luego llamará a su madre para decirle que ahora tiene un medio empleo, que se quede tranquila porque seguirá probando suerte.

—Me quedo, mamá…

Su mamá le escribirá que la ama.

—Todo estará bien, Patricia.

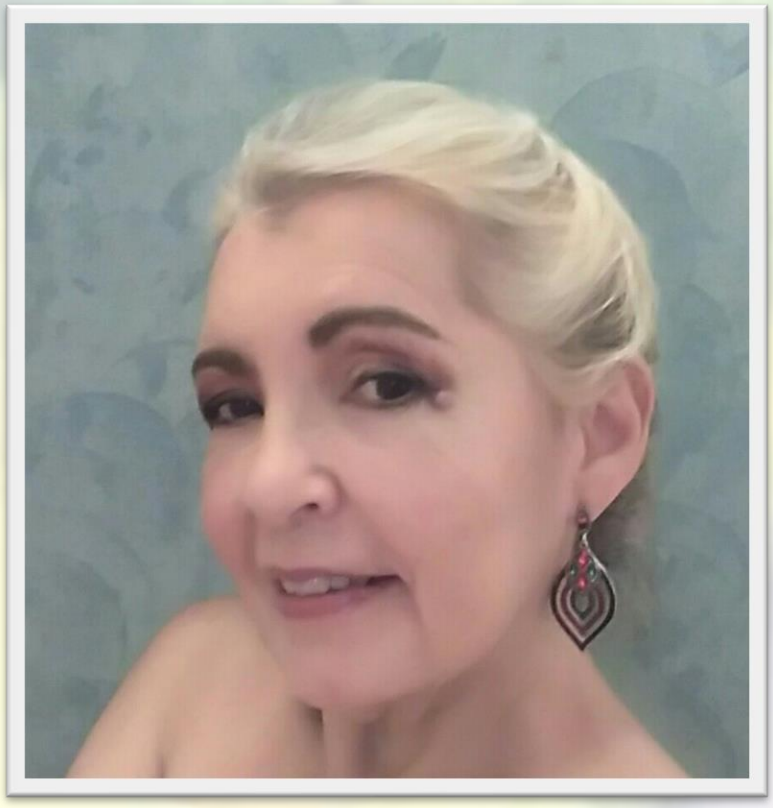
Ella sonreirá y escribirá una reseña extra para enviarla a otra editorial. A los tres días le dirán que quieren contratarla. Solo harán algunas correcciones, porque requieren más síntesis, pero es lo que buscaban. Empezará el martes a las nueve de la mañana.

Patricia se despertará temprano, escribirá una carta en su blog, tomará un café. Baño, ropa, zapatos. Se irá y dará las gracias por haber conseguido empleo en este cuento.

Patricia todos los días deshoja una margarita.

Hasta ahora, el último pétalo sigue siendo: «me quedo».

©Irene García Atencio



Nació en Caracas (1964). Artista plástico, egresada de la Escuela de Artes Cristóbal Rojas y de la Universidad Central de Venezuela, Escuela de Letras. Ha publicado poesía en diversas antologías y revistas nacionales. Su primer poemario *Por todos los cuerpos*, fue editado por Madriguera (2015). Obras inéditas: *Torre del homenaje*, *Alcoba de parada*, *Aguas tendidas* y *Ligereza de corazón* (poesía). *El cuerpo*, *un jardín de delicias* (ensayo).

Estancia

Un aire de espera hechiza y deslumbra
llena la tela y el espacio
casa-carpa, entre rojos y dorados
está la necesidad
en nosotros
inaugural, próxima
al gesto, al saber y al placer.
Estancia, urgencia
de provenir altivo.

Umbral

Los recuerdos no cambian
son ley de todo lo existente.
Murmuran corazas de tronos
cruzan puentes en grabados antiguos
establecen suaves contiendas
de indiferencias y vaguedades
solo se asoman
al lugar exacto
cuando te busco.

Tomados del poemario: *Ligereza de corazón* (2020).

©Iris Villamizar

Fotografía: ©Daniela Erminy

Nació en Caracas, Venezuela. Dramaturga. Ha hecho adaptaciones para teatro de novelas y clásicos de la literatura universal, y ha escrito obras breves para adolescentes y teatro para niños. También ha explorado la dramaturgia en espectáculos de circo, teatro de calle y de títeres. Combina las artes escénicas con la gestión cultural, la docencia y la escritura creativa. Desde el 2018 colabora con las revistas especializadas en títeres Titeresante y Putxinelli. Sus últimas obras publicadas han sido: El circo de Madera (Textos Teatrales: Dramática infantil y juvenil, Celcit-Argentina 2020). *Nunca te faltarán flores, papá*, crónica literaria, finalista en el Concurso Lo Mejor de Nos (La Vida de Nos, 2020). *Tan poca gente te quería*, relato incluido en esta colección, fue finalista en el Concurso Internacional de relato breve Cada loco con su tema, de la editorial Benma-México (2013).

Tan poca gente te quería

—¡Ya nadie compra flores Arcadio! —aconsejó don Jesús.

—Y a mí que mierda me importa. Yo no necesito mucho para vivir, con que me alcance pa' el aguardiente.

La casa hecha de cartón piedra y zinc, pintada de azul celeste, se escondía entre las ramas de durazno y de cayena.

Por las tardes Jacinta bajaba echa una mata de nervios por la pica angosta y mojada donde brotaba la naciente de agua. Llegaba con las chancletas empapadas, el termo lleno de café y las galletas de soda con mantequilla.

—Aquí tienes Arcadio —decía apurada.

—Ponlo ahí babieca. Y no traigas más esa vaina, que no la necesito.

Entonces, Jacinta se sentaba en la piedra envejecida por el musgo que daba al sembradío de flores. Miraba el terreno floreado calladita mientras esperaba que Arcadio le entregara la taza, el termo vacío y le tirara las sobras.

—No vuelvas por aquí o la próxima vez te voy a tirar piedras —rezongaba el hombre y entraba cabizbajo hacia su pieza.

Ella, se volvía con paso ligero hasta la casa grande, allí donde habitaba solitaria junto a todos sus santos. Al día siguiente se despertaba con canto del gallo y le bajaba la taza de café con el desayuno. Volvía al mediodía con el plato de comida y en la tarde le llevaba el café y las galletas. Por la noche, a veces agarraba la linterna con ganas de bajar, pero el miedo era más fuerte y le cerraba el paso.

Fueron incontables los días que se precipitó pica abajo con el paraguas anegado, con las botas hasta las rodillas y el plato de peltre tapado con una bolsita para que no se mojara la comida. Arcadio esos días la recibía peor que nunca porque una mujer tan tonta podía caerse y matarse por esa bajada tan empinada. Amor de hermanos.

Los jueves Arcadio se levantaba tempranito, tenía que hacer cargas, recogía las flores y las empaquetaba en bultos grandes. Los paquetes llegaban al techo. La casita se vestía de colores

según la temporada: nardos, dalias, margaritas, claveles, gladiolas, crisantemos. Los viernes madrugaba. Subía uno a uno los paquetes por la cuesta y se los dejaba en el camino a don Jesús para que los vendiera en el mercado.

Cuando Jacinta llegaba nerviosa y sudorosa y veía la puerta cerrada le entraba la rabia.

—¡Ave María Purísima! —se persignaba y retrocedía sobre sus pasos.

Cuesta abajo hasta el puerto, Arcadio iba arrancando el monte de la quebrada abriéndose camino hasta las putas. Él era el único que pasaba por ese pasaje perdido. La gente en el fondo se lo agradecía porque así limpiaba la maleza y espantaba a los bichos.

A Jacinta le temblaba el labio inferior cuando lo contaba:

—¡Otra vez, comadre, y quién sabe cuándo regrese! La otra vez tardó una semana.

—No le haga caso, comadre—le decía la mujer de Jesús para consolarla.

—Pero, comadre, usted no entiende, eso es pecado.

Jacinta volvía a la casa grande rezando el rosario, tropezándose entre piedra y piedra suelta del camino, con sus pies gastados envueltos en medias pantys hasta el tobillo y sus chancletas rosadas.

Después de desahogarse, Arcadio regresaba como si nada. Retomaba la siembra y los insultos hacia su hermana.

La tarde en que Jacinta llegó y no vio a nadie afuera de la casa se extrañó. La puerta estaba abierta. Se le cayó el café en el vestido estampado con florecitas cuando lo vio tirado en el suelo.

—¡Ave María Purísima! —salió con el alma en vilo hasta casa de don Jesús a pedir ayuda.

Cuando lo trajeron estaba en silla de ruedas. Le explicaron a ella, a la babieca, cómo tenía que asearlo, que apenas hablaba y que no podía levantarse.

—¿Quieres ir hacia la luz del sol? —preguntaba ella cada mañana.

Y como no se le entendía, Jacinta lo sentaba en el patio donde el sol iluminaba su sien.

Un año después, el labio inferior de Jacinta temblaba constantemente. Las flores se habían perdido entre los matorrales, y vivían apenas de la limosna de los hermanos casados.

—Hasta que Dios quiera, comadre —se resignaba la mujer.

Jacinta por las tardes se sentaba en el muro del corredor, recordaba en voz alta los pretendientes que había tenido. Entre carcajadas contaba el día que se escapó con uno y la agarraron en el barranco a palo limpio. Nadie era tan bueno para ella, decía su mamá. Arcadio balbuceaba una grosería a medias y caía rendido a su parálisis.

El día antes del entierro, Jacinta se sinceró:

—¡Es que eras muy feo de joven, Arcadio! ¡Muy grosero y borracho! Por eso nadie te quiso. Te volviste amargado y solitario… Aunque te dabas tus gustos… ¡Ojalá yo también pudiera emborracharme!

Dos coronas de crisantemos eran lo más cercano al cajón. Después, de pie en una esquina, estaban Dalia, Margarita y Narda que, con machete en mano, habían atravesado la maleza del camino perdido, desde puerto hasta la montaña, para verlo por última vez.

Sentada en la silla que habían reservado para ella, Jacinta pensaba:

«Tan poca gente te quería, y tal vez son ellas las que más. Con tus manos manchadas por la tierra hacías gozar a esas flores. Las que cultivabas, te hacen puro y bueno. ¡Ave María!».

©Irma Borges

Escritora venezolana, actualmente residenciada en Canadá. Ha publicado, *La dentellada*, Monte Ávila Editores, Colección Altazor, *Siempreviva*, Ediciones FUNDARTE. En años anteriores realizo actividades docentes en la Promoción de talleres de Literatura, antiguo CONAC. Asimismo, trabajó como redactora en varias publicaciones culturales, entre ellas la Revista Imagen. Fue también colaboradora, de crónicas, notas críticas, y reportajes en la revista Nacional de Cultura, Suplemento literario de *El Nacional* y de otras importantes publicaciones del país. La presente selección corresponde a dos libros inéditos *Un día será* y *Otros poemas*.

Verano

Las gaviotas terminan su viaje

en un vuelo tardío

muchas quedaron petrificadas en el olvidado verano.

Tiemblan los árboles de tilo

el verano en sus alas, la fiesta y la música grandiosa

No quiero que esa orilla termine,

ellas son las piedras luminosas

lo que nunca se agota,

belleza irreductible.

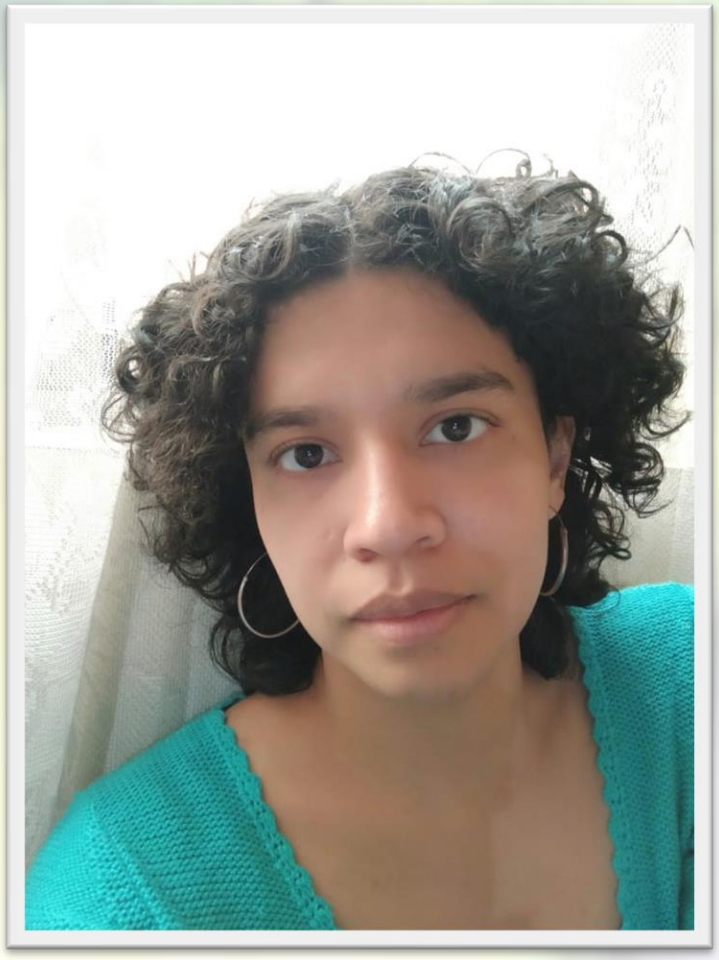
Del libro inédito: *Otros poemas*

III

Vencejos, que vienen de lo precario
con vuelos circulares trazan rutas secretas, hiperbóreas
sus conglomerados
brotan en lo enmudecido
deslumbrado y breve dinamismo
que oscurece los, árboles
que solo la noche acorta
como posesión de un mismo respiro.
Noche que cae de rememorar
nada mueve este aire
ni las ramas ni sus oquedades
el vencejo petrifica en su cuerpo
un tiempo celestial.
Frágiles, suspendidos en ramas inmóviles
aperchados en lo más lejano del sueno
regiones del más allá
tanta ausencia de ellos ha tejido este tiempo
un tiempo sagrado
pasaje por donde pasan adioses
la despedida de un quieto pensamiento de los que se han ido.

Del libro inédito: *Un día será*

©Irma Salas



Nació en Caracas (1990). Licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas, Venezuela). Estudiante de Magíster en Literatura en la Universidad de Chile. Es profesora de Español como Lengua Extranjera. Sus poemas han sido publicados en la revista de literatura y arte LP5, en Letralia, en la compilación Me Vibra II. Brevísima Antología Arbitraria Panamá-Venezuela (LP5 Editora, 2020) y en Orquídeas voces. Muestra de poesía venezolana contemporánea (Fundación Pablo Neruda, 2021). Reside en Santiago de Chile desde el año 2017.

Letanía

soy artesana porque con la uña tallo la carne rasco rasco rasco sangre acaricio el borde sabe a metal el corazón se acelera estoy irritable hipérboles circulares ramas toco no está suave roigo royo roo los dedos ¿ya lo enviaste? ¿ya lo leíste? ¿te molesto? no me sale esta vaina pequeñas costras durezas sienten mis labios muerdo muerdo muerdo cutículas soy la peor pesadilla de la manicurista apúrate voy a llegar tarde quiero quedar bien quiero salir ¿hasta cuándo durará esto? doy vueltas insomnio el pajarito y el cuadrito azul ¿por qué no responde? hinchazón uñero pellizco pellizco pellizco el cuerito me duele ¿qué pasará? tengo mucho por hacer ¿por qué está tan lento? ¿qué hice? mandíbula apretada acelerada notificación estrés dejé acumular se arrechó conmigo la cagué está áspero el pulgar dientes cortauñas cortacutículas extraigo el pellejito corto extirpo ya córtala me autodestruyo

©Ivana Aponte

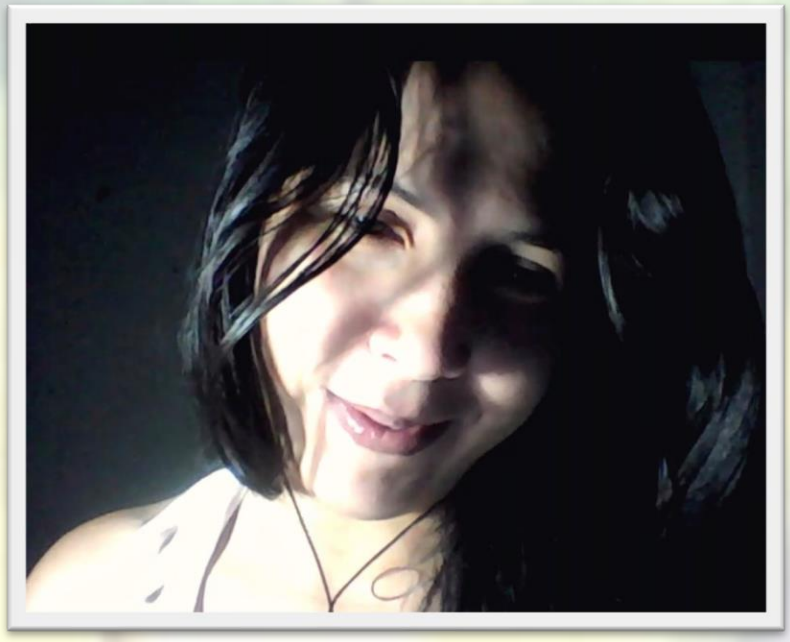
Escritora y poeta venezolana ganadora de la Bienal de poesía Juan Beroes (ULA, 1999). Doctora en psicología del aprendizaje. Músico. Musicoterapeuta. Psicóloga, postgrado en psicología clínica infantil y dinámica de grupos. Coach ontológico. Locutora. Profesora universitaria. Capacitadora y conferencista en diferentes empresas e instituciones educativas a nivel nacional e internacional.

Todas las locuras tienen alas

Soy una mujer sin arquetipos para identificarme
tampoco tengo un rostro definido que me salve
ni un papel en la historia de los días y las noches
soy algo que no soy
ni siquiera tengo rituales para conjurar el desarraigo
nunca supe que tenía alas hasta que una noche incandescente tuve la necesidad de desplegarlas
como vital antorcha me sumergí en los sudores
soñaba con la necesidad de reconocerme
es inútil, sólo siento la morada perdida
un laberinto de presagios invade mis habitaciones
me siento atrapada
la vida se deshilvana poco a poco
lentamente oruga
sensualmente mariposa
no sé cómo volar
respiro el fuego
la luz se prende de mis alas
se duermen los pájaros usualmente despiertos bajo mi tutela
soy animal de poesía, eso sí,
juguete de mi misma esencia,
de piel perversa, absurda
deseosa de entregar sus últimos secretos

Poema perteneciente a la obra *Cantos de la ausencia*, ganadora del primer premio de la Bienal Juan Beroes de la Universidad de los Andes (1999).

©Jazmín Sambrano Randall



Fotografía: ©Gabriel Galland

Nació en Maracaibo, Venezuela. Estudió Lenguas y Literaturas Clásicas en la Universidad de Los Andes. Egresada en la misma casa de estudio por la Maestría de Literatura Iberoamericana y del Caribe. Ha sido profesora de griego, literatura griega, filología clásica, seminario de investigación y lengua y comunicación en la Universidad de Los Andes. Además de docente de castellano en Educación Media y General, como en diversos institutos universitarios privados de Mérida. Ha sido correctora de estilo es periódicos locales, y fundadora y coordinadora del papel literario El Club de la Serpiente, con ediciones en el Diario de Los Andes y publicaciones independientes.

Sus textos abarcan breves ensayos, entrevistas y presentaciones de escritores venezolanos en distintos medios digitales e impresos. Actualmente es Especialista en SEO, Copywriting y Editora Web.

Lo que todo amante debe saber sobre *Lover* de Rafael Cadenas

Después de un poco más de tres décadas de su publicación, *Lover* aún ejerce una intensa atracción emocional en el lector. Quizás esto tenga su razón de ser en lo familiar que puede resultar la pulsión constante de sus voces para encontrarse, unirse y finalmente mantenerse victoriosas en el universo lúdico del amor.

Una vista general del poemario muestra que el amor se busca porque se desea o se ha perdido; se espera, porque el carácter agónico de las almas lo ha distanciado, y se alcanza cuando los amantes encuentran, metafóricamente hablando, su centro unificador. Es una suerte de juego cuyos participantes combaten, simulan y se estremecen.

La búsqueda por lo general la hace Él cuando Ella solo finge estar, se ausenta definitivamente o se opone al encuentro: estrategias para luchar contra su perversión. Esto hace que la existencia de Él sea agónica y errante, pues vaga siempre insatisfecho en otros cuerpos intentando equivocadamente hacer realidad el recuerdo de Ella.

> Su afán lo llevaba
> de unos brazos
> a otros,
> y tu vivías en él.
> Hubiera podido prescindir, y ser sólo intenso.
> Así es posible andar,
> pero ausencia
> sobre ausencia
> de raíz lo movía,
> y quiso revivir en ti
> el sello.

Ella, en cambio, representa la totalidad en el universo lúdico del amor. Es el lugar que conviene encontrar para hacer real el pacto de pertenencia legítima. Es la que simula y ejerce el dominio, la que lo impulsa a interrogarse sin que Él pueda darse en ocasiones respuesta.

El amante custodia tu ara
con las palabras que le concedes,
las de todos los días, pero a otra luz.
(No pueden venir sino de ti,
en él adentradas).
Y te oye,
o eso cree,
y sabe que tu anillo no se extingue
ni pierde su sonido,
boca
que le da en su boca el alimento.

En este juego únicamente se perciben destellos de victoria si los amantes alcanzan la aprobación y la plenitud, la más profunda espontaneidad y sintetizan sus virtudes al convertirse en algo real concreto. Aquí las reglas asocian libertad y afectividad, pasión y fogosidad, poder y autoridad, voluntad y dependencia.

Llegas
no a modo de visitación
ni a modo de promesa
ni a modo de fábula
sino
como firme corporeidad, como ardimiento,
como inmediatez.

Solo la destrucción del valor de Ella y la pretensión de Él de someterla impondrían la división y la muerte. En *Lover*, la dependencia es espontánea, producto de la pasión y la correspondencia entre los amantes. Pero, cuando se transgrede la libertad o la espontaneidad de Ella, la amante lucha contra el dominio e impone el castigo: el extravío y el destierro, lugares de origen de una voz poética siempre peregrinando insatisfecha.

Se creyó dueño
y ella lo obligó a la más honda encuesta,
a preguntarse qué era en realidad suyo.
Después lo tomó en sus manos

y fue formando su rostro
con el mismo material del extravío, sin desechar nada,
y lo devolvió a los brazos del origen
como a quien se amó sin decírselo.

Alcanzar el centro unificador, con cierta aventura y riesgo, es lo apropiado para lograr la victoria en el amor: superar los antagonismos para convertirse en pertenencia legítima, en la integración de opuestos que dan lugar a la unión y no a la apropiación egoísta de uno.

©Jessica Labrador

Poeta y narradora nacida en Caracas, Venezuela. Licenciada en Sociología en la Universidad Central de Venezuela y Máster en Administración en la Universidad Católica Andrés Bello. Una selección de sus poemas aparece en Voces Nuevas. 2001-2002 (Celarg, 2005). Su libro de poemas, *Infancia, amor mío* recibió Mención Honorífica en la Bienal Latinoamericana de Literatura José Rafael Pocaterra 2002-2004. Sección Poesía. (Valencia, Venezuela). Algunos de sus poemas han sido publicados en las revistas literarias El cautivo y Nagari. Su cuento Una mujer. Un día fue publicado en la antología Féminas (Ars Communis, Chicago 2001). Actualmente participa en el taller de escritura creativa con el escritor Jaime Cabrera auspiciado por la Biblioteca pública de la ciudad de Miami Beach.

Oficio de Sísifo

Contar
contar hasta diez, hasta cien
contar hasta el filo borroso de la noche
contar hasta cegar un abismo insondable

emparedada en una casa
convertida en un templo
seguir la inevitable liturgia de las horas
ordenar los elementos en una jerarquía sagrada
una taxonomía macabra en la soledad de la noche
orden de piedra para romper el desorden que me habita
orden como un asilo para mi tristeza

seccionar el cuerpo en franjas mientras me baño
ritual de ceremonias
para acallar las voces
que pronuncian mi nombre con asco

leer y releer palabras que se confunden en las páginas
adjetivos gastados
desvencijados verbos repasados
meticuloso oficio enajenado
remedio quimérico de mis incendios.

Vislumbre

Tú destructora de sueños
Tú que temes levantar la mirada
y moverte
Tú que desesperadamente huyes del contacto
que te pesan las manos
y desconoces tu origen
Tú que te escondes en una mueca vacía
Tú lapidaria
desarmando cualquier asomo de inocencia
Tú que permaneces en un silencio
muy parecido a la muerte
Tú abusando de mis ojos y mi piel
Tú que siempre esperas la derrota
y buscas el castigo en las horas más dulces
me miro en la espada bruñida y veo que tú eres yo
mi espejo
mi sombra
mi enemiga
tú que al nombrarte me nombro
tú que eres yo observada desde la otra orilla.

Los árboles

Cada árbol un grito para salvar el abismo
Cada árbol un sueño de hogueras y barcos
para huir de la muerte.
Cada árbol una verdad inasible
nos revela un secreto que apenas escuchamos.
Cada árbol una llamada al silencio
al encuentro con gorgonas y fantasmas
con ángeles y fuentes.
Cada árbol una memoria inmóvil
testigo silencioso de nuestras soledades.
Cada árbol un incendio
llama es sus ramas y en sus troncos llamas
para encender algo que duerme
en la intrincada sombra del olvido

Nos observan de lejos
los árboles
sin entender esta voracidad nuestra
por deshacer sonrisas
por derrumbarnos

©Jhanayra Manzano

Nació en Caracas. Cursó estudios de pintura con varios maestros reconocidos de la pintura venezolana. Ha participado en diversas colectivas, y algunos de sus trabajos han sido premiados. La escritura es una actividad que realiza desde hace tiempo como ejercicio íntimo de creatividad. Su libro *Cuentos de Indiana* fue publicado por la Editorial Lector Cómplice (2013). El cuento *Un paseo a caballo* fue galardonado con el Primer Premio en el Primer Concurso AJIP de literatura, en el año 2012. Otro de sus relatos, *Una ingrata sorpresa*, se publicó, por primera vez, en la página web del Círculo de Escritores de Venezuela.

Atracción

Lo vio y pensó: ¡qué guapo! Tan sencillo como eso. De pelo claro y liso, pestañas largas que esconden unos hermosos ojos verdes. Se movía ágil, como una pantera, daba pequeños saltos de un lugar a otro sin distraer su atención de la obra que terminaba sobre la anchísima calle; vestido con amplios pantalones de lino blanco y camisa vaquera trabaja su obra sobre la acera. Dibujaba campos de lavanda por donde se desplaza su madona.

Ella no podía apartar los ojos de él, de esa imagen plena de belleza y juventud. Creía sentir su mirada, creía que la miraba directamente a ella. No se atrevía a alzar la vista, pero podía sentir su atracción. Cuando decidió levantar la cabeza, lo miró directamente. Sus miradas se cruzaron por un instante, arrancándose simultáneamente una sonrisa.

Sus manos bronceadas y de dedos largos, se movían como dos pájaros aleteando, intranquilos e independientes de su voluntad. Así lo estuvo contemplando, admirando la obra aún sin terminar, por bastante rato. Caminó hasta él, dejando en un pequeño estuche una contribución, como hacían todos los que pasaban. Él, haciendo un *stop* en su trabajo se le acercó, se contemplaron por un instante.

—Está magnífica su obra —le dijo ella.

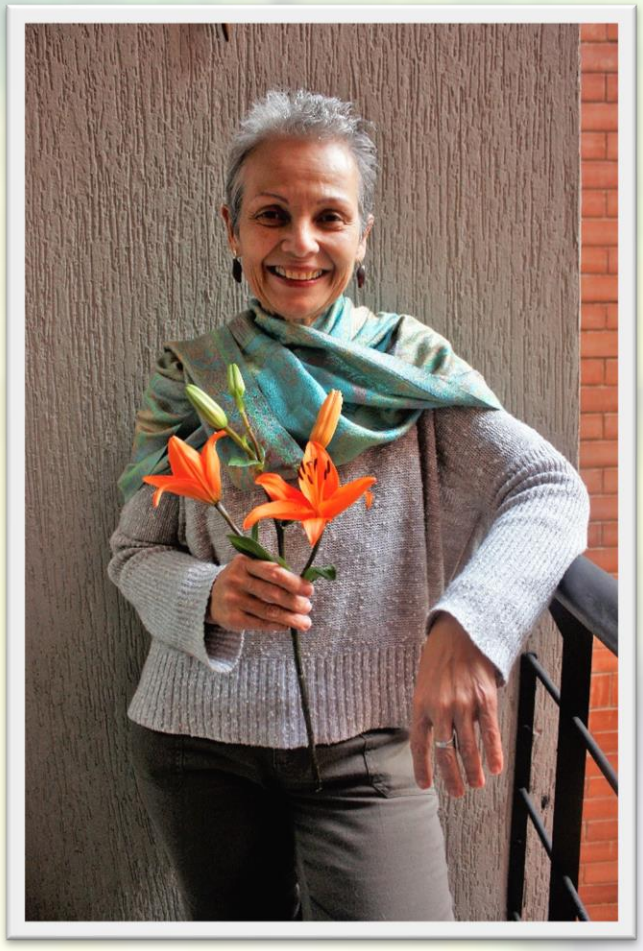
—Si pintas entrégate y no lo abandones —le contesto el.

Ahora le tocaba seguir su caminata por aquella hermosa y excepcional ciudad, diferente a todas las ciudades del mundo. Tendría que aprovechar cada minuto si quería empaparse y disfrutar de toda la riqueza artística, arquitectónica y gastronómica de Venecia, el barco zarparía puntualmente a las siete de la tarde. Una de las experiencias más lindas que vivió durante ese viaje fue la salida del barco desde el puerto asignado. El buque Se deslizaba lenta, muy lentamente, internándose poco a poco hacia las oscuras profundidades del océano. Así iba alejándose de la ciudad exótica, nostálgica, misteriosa...

La despedida fue triste. Ella veía cómo se desdibujaba el Campanile. La cúpula iluminada de San Marcos le dijo adiós. Una densa neblina borró lentamente las siluetas. Ella comparaba la ciudad con una dama velada por encajes negros, en la que solo se observan sus ojos morunos. Ojos velados de humedad y tristeza, una ciudad pronta a desaparecer.

Ella piensa que solo desde la cubierta de un barco puede apreciarse la despedida de una belleza como la de esa nostálgica ciudad. La niebla húmeda y espesa cubría los canales haciendo que sus aguas lucieran profundas, turbias... podía oír el suave entrechocar de las pequeñas olas contra el barco que, a cada instante, se adentraba en la oscura profundidad...

©Josefina Amaran de León-Ponte



Nació en Caracas, Venezuela (1949). Licenciada en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela y en Letras, por la misma Universidad. Especialista en Dinámicas de Grupo, egresada del postgrado de Humanidades de la Escuela de Psicología de la U.C.V.

Participó en talleres literarios dictados por los poetas Elí Galindo, Eleazar León y Rafael Cadenas. Ganó la XV Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre en el año 2005, mención Poesía, por el trabajo *Mall*. Entre sus libros inéditos figuran *Tomo la Calle*, *Enrique Octavo*, *Aguas de Santa Fe*, *Cartas Echadas*, *Abacus*, *Funcionarios del Mundo*, *Regreso a Manicuare*, entre otros.

XI

He extendido la eternidad y el viento
entre tú y yo
y estos poemas
que ha de llevarse el aire
como se lleva las margaritas
mientras cada paso dispone
cielos ríos y mares

derribo carreteras y puentes
difumino los límites
sin dejar huellas de su trazo
ni del tuyo
sacudo piedras y señales
ubico precipicios y atajos
borro caminos con mi pluma
coloco trampas
donde antes había orillas y senderos francos

y ya que tengo innumerables horas y tantísimos lápices
me recreo en mi devastación y pulo
los destrozos que hago

sigo dinamitando calles y parterres
coloco perdigones y minas que llevan tu retrato
y tu nombre para que cada herida
cuente tu historia

la que he extendido
entre la eternidad y el viento

II

La cucaracha Gregorio Samsa
encerrada en su cuarto prisión

reflexiona sobre las circunstancias de la vida

entiende cuán lábiles son los sentimientos humanos

algo allí dentro de su caparazón aún late
cree que su madre y su hermana lo amarán

pese a su aspecto
una cruel pesadilla
que pronto pasará

piensa en sus deberes en su familia
en su trabajo
en su jefe maltratador

se preocupa por los otros
que lo incordian
lo gritan
lo insultan

le cuesta aceptar que solo lo quieren
si produce dinero

si cancela la deuda inexistente del mentiroso padre

si va a trabajar a las cuatro de la mañana
para que el señor Samsa pueda levantarse tarde
desayunar bien confortablemente
pasar el resto de la mañana leyendo los periódicos

no lo quiere creer
no lo puede creer

daddy levanta el puño en alto
lo amenaza con el bastón

le da una patada que lo catapulta a su cuarto

solo le queda la metáfora del hospital
el negro edificio tras su ventana

la cucaracha Gregorio Samsa
descubre cómo son rechazadas las minorías

los Gregorio Samsa de hoy día
homosexuales
presos de conciencia
sidosos

III

Era el infierno
dijo una niña de Beslán

logré escaparme
regresé para buscar a mi madre

tuve sed
me acerqué

en ese momento lanzaron otra bomba

varios niños estaban allí bebiendo
la pierna de uno salió volando por los aires

la cabeza de otro también

murieron padres
madres
abuelas
infantes

©Julieta León

Nació en Valera, Venezuela (1985). Es psicóloga clínica, egresada de la Universidad Arturo Michelena, con especialización en Clínica del Hospital Universitario de Caracas. Comenzó a escribir durante su postgrado y luego tomó talleres con Edda Armas y María Antonieta Flores. Estuvo asociada a grupos de escritura por varios años. Sus textos aparecen en Antologías como *Jamming 102 Poetas*, *Cien Mujeres contra la Violencia de Género*. Ha participado en diferentes recitales y sus textos han aparecido en portales como La Parada Poética, Emma Gunst, El Cautivo, La Poeteca. En 2017, apareció su primer libro, *Tiempo Añil*, bajo el sello editorial Oscar Todtmann Editores.

Evangelio según un determinista

Frente a un café
me confiesas tu odio
a Tales de Mileto
no ves el agua como
sustancia última

Te presentas tan cristiano
enalteces el aire
ese hálito vital
alas ángel
ligereza
olor

Me apresuro y sagaz te
hablo del agua bendita
llovizno en tu vientre
me hago río Jordán y a ti mi dilecto
me derramo

Gélido
Acaricias tu cuello
mientras pronuncias:
Salomé

Balance de blancos

Interesa el ramaje
las briznas distraídas
las flores dulces y lentas
que cubre el camino

Esa enredadera es el comienzo
Se disuelve el tiempo
Si las piedras alumbran
que sea por el bien de los ojos

©Karla Castro

Fotografía: © Pungui Muller

Keila Vall de la Ville. Caracas 1974. Autora de ficción y no-ficción radicada en New York. Su novela *Los días animales* (2016) recibió el International Latino Book Award en la categoría Best Novel Drama/Adventure (2018) y fue traducida al inglés por Robin Myers como *The Animal Days* (2021). Publicó los libros de cuentos *Ana no duerme* (2007) finalista como mejor libro de ficción en el Concurso Nacional de Autores Inéditos Monte Ávila (2006), *Ana no duerme y otros cuentos* (2016), *Enero es el mes más largo* (2021), así como el poemario *Viaje legado* (2016). Es editora de la antología poética bilingüe *Entre el aliento y el precipicio, poéticas sobre la belleza / Between the Breath and the Abyss, Poetics on Beauty* (2021) y coeditora de *102 Poetas en Jamming* (2014), compilación del. movimiento Jamming Poético del que es fundadora (2011). En primavera de 2022 publicará el libro de crónicas *De cuando Corre Lola corre dejó sin aire a Murakami*. Su trabajo aparece en compilaciones de ficción y no ficción del continente americano y europeo. Estudió Antropología (UCV), es MA en Ciencia Política (USB), MFA en Escritura Creativa (NYU) y MA en Estudios Hispánicos (Columbia University).

Fragmentos de la primera infancia

I. la familia mínima

Tan parecido a Mick Jagger. Delgadísimo, con los cabellos largos y sus *jeans*. Acostado de espaldas en la cama, mi papá me sostiene con los brazos estirados. Me lanza hacia el universo para dejarme suspendida durante segundos largos y atajarme en mi irremediable recorrido de vuelta. Salvándome y ofreciéndome a la gravedad una y otra vez. Preparándome para el vacío de su partida. De su ausencia.

Este no es mi primer recuerdo. Es una foto. Una impronta en mi memoria celular.

II. la casa

El pasillo es largo y oscuro, el piso de cerámicas frías color marrón parece de ladrillos pulidos. Al final está mi cuarto y antes, a la derecha, el de ella. La luz roja tras la puerta de su baño anuncia el juego doméstico a la ere paralizada: sorprendida de un lado o del otro no es posible entrar, mirarse a la cara, tener ninguna emergencia. Hay que quedarse quieta. Esperar como los grandes, sin perder la paciencia, sin miedo. Hasta que surja la imagen.

III. mi primera acción política

Estoy del lado de afuera, del lado del silencio que más tarde se convirtió en escondite y vicio pero que entonces no encontraba sentido. Llamo. Ella no se asoma, no responde. En el balcón hacia Caracas hay una pecera. Subo al mueble, entro cuidadosamente a ella y me lavo con agua y jabón. Mis compañeros de baño terminan muertos, flotando, con el abdomen hinchado hacia arriba. Tengo frío. Finalmente ella sale. Y no me castiga.

IV. *el ritual de lo habitual*

Todas las mañanas me peina en la sala. Estoy de espaldas a la máscara africana de fibra natural, tal vez de coco, con dientes que parecen humanos y dos ojos pequeños. También estoy de

espaldas al picó. Hay un disco, *la historia del caballo que comía flores*. Su carátula es un dibujo de Zapata. Son dos las trencitas o los ganchitos, uno a cada lado. Desayunamos panquecas o tostadas francesas con mermelada o miel, sentadas en cojines sobre la alfombra de diseños árabes; frente a la mesa baja. Ella también es una niña. Mientras los que pueden van y vienen, nosotras miramos por el balcón del piso 18 o 19 de ese alto edificio hacia el parque. La rueda, el sube y baja, el piso de piedritas sueltas.

V. *sin papelón ni café*

Parece que la alfombra de mi cuarto es color azul. Sentada sobre mi cama practico en el cuatro luna de margarita es, como tu luz, como tu voz, como tu amor, y otras. Una en la que el esposo le pega a la mujer y tiene razón. Allí está mi tía Carmen Teresa asegurando que no, no es posible que un hombre le pegue a una mujer y tenga razón. Yo intento negociar. Ella insiste. La noto molesta. En fin. La canción dice sin tener razón.

VI. Semana Santa

Viajamos en el Jeep verde a la hacienda de *la prima Blanquita*. Siento calor, la tapicería plástica se me queda pegada a los muslos. La prima Blanquita tiene la edad de mi abuela y las uñas larguísimas y rojas. En su hacienda descubro la guayaba. Paso horas bajo el árbol. Paso la semana bajo el árbol. Cada vez elijo varias frutas del suelo y corro a la hamaca, mi abuela indica cuál *está lista*. De regreso, en el asiento de atrás del Jeep, muerdo y sale un gusano. Pego un grito horrorizada. Ella voltea a mirarme. No pasa nada, *los gusanitos son de la guayaba*.

VII. Marina Baura, censurada

En la casa de los cabellos de ángel las novelas no están prohibidas. Al mediodía estamos todos alrededor la mesa redonda de fórmica blanca en la cocina. Las cerámicas de flores verdes en la pared, el piso de granito. La despensa con la puerta para gente pequeña. Y Marina Baura gritando, sus ojos en blanco, volteados, a punto de desmayarse o de un ataque de epilepsia. Cada vez que puedo espío las actrices censuradas de mi mamá y pienso que tiene razón, yo no

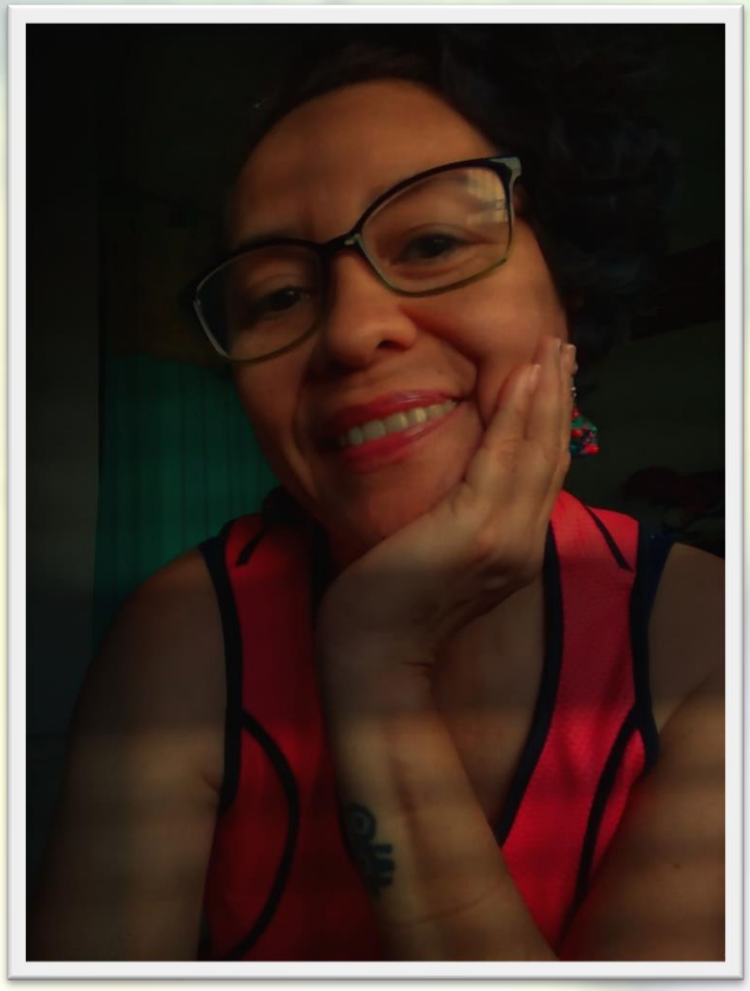
debería verlas. No cabe duda: la actuación de las divas novelísticas era un poco más exagerada en esa época.

VIII. el primer padre

Mi lugar especial: la juntura conciliada por un largo y exacto trozo de goma espuma densa entre dos camas individuales, siempre juntas, apretadas. Un verdadero lujo. Mi actividad preferida –él lo sabe y me invita– acompañarlo a afeitarse. Una mañana, luego del ritual con la brocha y la espuma y la peligrosa hojilla, mi abuelo me sube a la balanza y anuncia que peso quince kilitos. Así mismo, quince kilitos.

Del libro *Ana no duerme y otros cuentos*

©Keila Vall de la Ville



Nació en Caracas (1976). Indígena de la Etnia los Wuanai del Estado Bolívar, Venezuela. Docente de Castellano y Literatura Liceo Simón Bolívar Táchira- Venezuela. Magister en Literatura Latinoamérica y del Caribe Universidad de Los Andes Táchira. Realiza Estudios en el Diplomado de Fotografía Universidad Experimental del Táchira. Promotora de La Fundación Cultural Púrpura Poesía y Trueque de Libros Táchira- Venezuela. Poemas suyos han sido publicados en digital y papel en revistas de México, España y Venezuela.

ME niego a que conviertan mi ser en guerras y batallas.

No permito que entregues mi cuerpo y mis creencias en disputas ajenas,

soy indígena, símbolo de audacia, gallardía, y resistencia.

Soy resiliencia, selva que crece en hechizos de agua.

Bajaré, alma. Llevaré los secretos y la magia que hay en mí.

No voy a morir, no voy a retirarme.

Me quedaré en los pedazos, en los versos, en los pasos y en mi dolor.

Habitaré en los caminos del viento y en las voces de yerbabuena.

La casa confinada

ABRO las ventanas sucias, llenas de tiras de la noche.

Que se vea la lamparita, donde reposa el alma de mis antepasados.

En esta casa tengo las puertas abiertas, ahí se oye el pálpito de la respiración de mi infancia,

me transporto en sus crepúsculos de tardes y amaneceres,

en ellos han muerto las hojas que andaban buscando su espíritu.

Recuerdo un columpio roto en pedazos, que alberga otras manos,

veo a la abuela barriendo las hojas secas de mango, que se esparcen por los aires.

Me despido al mediodía, dejando los ríos de piedrecitas cristalinas,

el canto de las guacamayas, las risas de mis hermanos,

los pasos lentos de mi morrocoy que es un fantasma.

Regreso, debo llevar esta casa pintada, porque donde habito,

solo hay gritos, y silencios recortados.

Ella

Y te apareces desgarrada de blancas orquídeas.

Te espero en la orilla quebrada y desprendida de todas mis ruinas.

Nos inclinamos al lado que nos hace menos daño.

Me dices: *acércate y abre la página / viene el día,*

mira mis labios / son un seje,

mira los cerros / son escrituras.

Ya me encontraste viva en esta tierra resplandezco / en este cuerpo,

tócame, envuélvete en mi corazón / ahora seré eterna contigo.

He viajado mucho, me llaman, *las puertas se han abierto.*

Y naces entre lo que escribo,

visible, rastro, cuerpo, grito.

Voy hacia el profundo eterno de tus ojos.

Tengo la vida herida y te desdibujo en mi dolor.

©Kellys García

Nació en Caracas, Venezuela (1958). Artista plástico y poeta. Egresada en la especialidad de Arte Puro de la Escuela de Artes Visuales Rafael Monasterios de Maracay. Miembro de IUOMA (Asociación Mundial de Artistas Correo). En 2004 fue reconocida como Patrimonio Viviente del estado Aragua. Gana en 2005 el II Premio Nacional del Libro de Venezuela. Categoría: Libro Seriado. Ilustración de 60 ejemplares originales del libro de poesía Muro de Sueños. Desde 1998 hasta la fecha ha realizado siete salones de Arte Correo en Venezuela con su archivo Mail Art y Poesía Visual Internacional. Actualmente trabaja en su taller y se desempeña como Activista de Amnistía Internacional. En 2014 ha sido nominada para la sexta entrega del premio de medios de comunicación social en los Shorty Awards

Sus poemas se pueden leer en: keylaholmquistholmquist

Un efímero haikú
de espejos
para restaurarse
la apariencia

Con su paso
de campana sola
a veces se pone a posar
y le falta
el sentido del límite

Una enredadera
de varices sube
por la columna
de sus piernas

Lleva la sabiduría
en el paladar
su cocina es templo
del *fast-food*

Tumbada de espaldas sobre mi cama
dejo vagar mi mirada por el techo
mientras retazos de frases
vienen a mi mente

Me gustan las palabras y sus asociaciones
me gusta imaginar diálogos
en los que me reservo la réplica triunfante

Siempre es luminosa
perentoria
tajante como una navaja
y desde luego
es siempre la última palabra

Hacer la maleta
para salir de este paisaje
pero la vida es terca
como una frontera construida
en un mapa de arena

Un hilo del tiempo
se ha roto
y las moscas eructan
espantadas de tanta soledad

La tierra me falta
debajo de los pies

En esta hoja de papel
respira el árbol

©Keyla Holmquist

Nació en Polonia (1948). Creció en Israel, se graduó de arquitecto en EPFL (Lausanne, Suiza) y se casó en Portugal antes de radicarse, en 1975, en Caracas, Venezuela. Fundadora, junto a su esposo, de *KRESKA proyectos C.A.*, se especializó en diseño arquitectónico de grandes estructuras de acero, aluminio y vidrio. Comenzó a escribir en español en 2001. Varios de sus cuentos han sido premiados en importantes concursos nacionales, incluyendo el de Obras de Autores inéditos de Monte Ávila Editores, el Concurso de Cuentos del Diario El Nacional, el Concurso de Cuentos de SACVEN y la Bienal Daniel Mendoza del Ateneo de Calabozo. Sus relatos (siete de ellos incluidos en diversas antologías del cuento venezolano del siglo XXI) están reunidos en tres conjuntos: *Cuentos con agujeros* (Monte Ávila, 2005), *Para no perder el hilo* (Mondadori, 2009) y *La hora perdida* (Ígneo, 2015); en paralelo a la investigación literaria *El espacio en la ficción de dos autores contemporáneos,* publicada por UCV en 2013. Su primera novela, *Nube de polvo* (Equinoccio 2015), obtuvo el Premio de la Crítica a la Novela del Año, y *Ficciones asesinas* (2021) ganó el IXX Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana.

La hora perdida

Pocas cosas marcan el ritmo de la vida como los regresos a clases. Desde la perspectiva de los años, los míos parecen fundirse en uno solo, porque encarnan el tiempo circular de la infancia y la adolescencia, ese tiempo que era largo y generoso, henchido de futuro a la vez que circunscrito a la tranquilizadora repetición de los años escolares en el camino a la adultez. Los que destacan son aquellos regresos que implicaban un cambio —el traslado a otra escuela, ciudad o país— signado por el temor y la excitación de lo nuevo. La más fuerte fue sin duda la entrada al tercer grado tras nuestra inmigración de Polonia a Israel, cuando me encontré, sin entender una sola palabra, en el pupitre de una escuelita rural, viendo horrorizada que se escribía al revés. Sin embargo, hasta ese impacto se disolvió muy pronto y casi no quedaron rastros de él en mis regresos a clases de los años siguientes. Solo uno me ha marcado para siempre.

Ocurrió unos cinco o seis años después, en un primer día que se anunciaba sin cambios ni sobresaltos, tan normal, precisamente, que salí tarde, perdí el autobús y llegué al liceo atrasada. Las clases ya habían comenzado y no había nadie en la sala de los profesores. Dentro de un extraño silencio solo se escuchaban voces detrás de las puertas y el sonido de mis pasos en los corredores vacíos que recorría sin poder ubicar el salón que me había tocado hasta que sonara la campana del recreo. No pasó nada, me dije, solo perdí la primera hora y el excitado reencuentro que la habría precedido. Sin embargo, ya se habían repartido los libros y las instrucciones y, aparentemente, también las amistades y las alianzas. El casi novio del año anterior no parecía reconocerme y mis mejores amigas estaban sentadas juntas, lejos del pupitre donde quedaba el único puesto libre al lado del nerd más despreciado de la clase. Y más: era como si en mi ausencia se hubieran forjado los juegos de fuerza que presagiaban ya la futura sociedad de adultos y se hubieran entregado las claves, contraseñas y códigos para saber jugarlos.

Fuera lo que fuese que me hubiera perdido en esa hora, nunca pude recuperarlo. Aunque en los días siguientes todo parecía volver a la normalidad, comprendí que mi condición de inmigrante no se debía a la inmigración hacía tiempo olvidada, sino a algo intrínseco que no tenía remedio.

Los extranjeros y los raros necesitamos consuelo. Tarde por la noche abrí un cuaderno nuevo y comencé a escribir sobre eso. En polaco —mi idioma de antes— para que nadie pudiera leerlo.

Este cuento fue publicado en 2015 en el conjunto de relatos del mismo título *La hora perdida*, por Editorial Ígneo.

©Krina Ber

Fotografía: ©Monlar Rosales

Nació en Caracas (1950) Ha publicado: novelas, cuentos, ensayos, libros de entrevistas y crónicas, poesía y libros para niños. Entre sus novelas publicadas destacan *Perfume de gardenia*, *Las aguas tenían reflejos de plata*, *Solitaria solidaria*, *Ciudad abandonada en el fondo de mi corazón*. Los cuentos: *La luna no es de pandehorno y otras historias*, *Cuentos de película*. *Las crónicas de una mirada conmovida* (crónicas de prensa). *Las alas de la lectura*. Los ensayos: *La vida secreta de la abuela Margarita*, *¿Cenan los tigres la noche de Navidad?*, *Emilio en busca del Enmascarado de Plata*, *Mi perro Quirón*, *Una vaca querida*, (narrativa para niños). Guionista de radio, cine y televisión. Ha recibido varios reconocimientos: Premio Nacional de Cultura, Mención Literatura (2015-2016). Premio Foncine al Mejor Guion cinematográfico para niños y jóvenes (1987). Premio de cuento Julio Garmendia de la Universidad Central de Venezuela (1983). Premio de Cuento del diario El Nacional (1977). Mejor Guion de la Asociación de Autores Cinematográficos 1982 (guion del largometraje: Pequeña Revancha con Olegario Barrera). Premio Bienal José Rafael Pocaterra Poesía (2004).

Un imposible espinoso horizonte marino

Siempre fui una niña tranquila y taciturna, ello trajo como consecuencia que lo que vivía como estado de ensoñación se convirtiera, para las maestras y para otros adultos también, en una especie de patente de corso para ayudarles a «meter en cintura» a otros niños más díscolos o, simplemente, menos tímidos que yo.

Nadie se detuvo a considerar que, probablemente, yo sentía una fuerte atracción por ese tipo de niños, quienes *sin ton ni son*, se atrevían a ser y decir todo aquello que me asombraba o que mi natural timidez me impedía expresar.

Así fui creciendo entre maestras que «me ponían como ejemplo» frente al grupo, por mis prolongados silencios, sin saber nada sobre la gran distancia que hay entre un silencio asumido y la imposibilidad de hablar, o mi supuesta naturaleza sumisa a la hora de ejecutar sus órdenes, cosa que en realidad nunca hice, puesto que para mí se trataba de una especie de «seguirles la corriente», lo que me permitía pensar en lo que deseaba y ejecutar en mi espíritu una suerte de malabarismo, absolutamente desligado de los propósitos de todos estos adultos llenos de reglas y esquemas elementales.

Mi cabeza viajaba, las imágenes de mis sueños se convertían en verdaderas novelas que ocupaban todo mi espacio mental mientras mecánicamente llenaba cuadernos de planas, sacaba punta a los lápices, me quedaba absorta mirando a la maestra, como si sus palabras pronunciaran la mayor de las verdades. En realidad, no la oía, probablemente tampoco la miraba, yo no estaba allí, viajaba.

Por eso, cuando inventaban para mí esa extraña tarea de convertirme en una especie de «ordenadora» de los dispersos, sedante de los intranquilos, agüita mansa de los aventureros; creo que mis maestras no sabían lo que hacían. Buena parte de mi serenidad era falsa, era, es, eso que en lenguaje del refranero popular se llama «llevar la procesión por dentro», o más bien aquello de: «líbreme Dios del agua mansa, que de la brava me libro yo». Y entonces: allí estaba yo, por orden de la maestra, con el más díscolo de la clase sentado a mi diestra, y ella llena de esperanzas, haciendo votos para verme convertir al travieso en una inofensiva ovejita.

La segunda parte de la historia general podía tener dos lecturas: Por una parte, podría decirles que, con frecuencia, las maestras y otros adultos, quedaban conformes con mi acción. Las apariencias decían que el susodicho travieso había pasado a ser un muchachito «juicioso», que sabía hasta saludar y sonreír con respeto, que permanecía más tiempo del horario escolar,

aparentemente concentrado en las tareas asignadas por la autoridad del salón y, con frecuencia, hasta su aspecto físico entraba con más facilidad en las convencionales normas del arreglo personal. Como pueden suponer todo parecía perfecto y el método «didáctico» señalaba sus frutos, como la pedagoga había planificado.

Pero... la verdad, el trasfondo profundo de los hechos, era otro. Mi historia con Espinoza se remite a unos de estos capítulos de espinosa esencia. Espinoza era uno de mis compañeritos de quinto grado, tendría entonces, a lo sumo, unos diez años igual que yo. De Espinoza recuerdo sus enormes ojos marrones, una blancura excesiva de piel, una risa sonora y constante, y una abundante cabellera que siempre llevaba peinada hacia atrás, tan brillante como si usara gelatina en ella.

La maestra habló, pues, con Espinoza, y nos colocó a ambos juntos en uno de esos pupitres dobles, de recia madera y noble brillo que no puedo olvidar, igual que a Espinoza.

Los creyones de cera se convirtieron en la antena que inició nuestra cercanía, yo tenía una caja grande con mucha variedad de matices y Espinoza comenzó por expresar su disfrute por la pasión con la cual yo intentaba colorear cuanto dibujo mandaba a realizar la maestra.

Progresivamente mi compañero fue desviando su tenacidad por las ligas y los taquitos, por iniciarse en profundos anaranjados o el expandirse en ampulosos azules de mar. Espinoza, en medio de mis silencios, los cuales intentaba romper con chistes continuos o picaditas de ojo que me desconcertaban, empezó a desarrollar una curiosidad, inesperada para mí timidez, por cuanta cosa yo hacía. De ese modo mis dibujos pasaron a ser obra a cuatro manos, y las tareas escolares en las cuales él tenía dificultades fueron muy pronto también mis tareas. Duplicar mi trabajo no me causaba mayor percance, para ser sincera, creo que aprendí a disfrutar aquel asunto dado que, a cambio recibía su cercanía con olor a agua colonia Jean Marie Farina, y el roce de sus mangas largas de aquellas camisas de kaki del uniforme de los varones, también con rigurosas corbatas de la misma tela.

Las enormes pestañas de Espinoza y el calor de sus sabrosas ocurrencias bien valían un 20 para él en la clase de composición, asunto que para mí era *pan comido*. Valía el escucharle decirme al oído cuál sería su próxima fechoría en la silla de la maestra, lo que equivalía sin discusión y sin que ni siquiera él lo propusiera a resolver su dibujo del aparato digestivo, con señales y todo de *boca, faringe, esófago, estómago e intestinos*, todo numerado y a color.

La cosa se puso aún más afanosa cuando papá, en una tarde solemne nos anunció a todos en casa, que muy pronto nos veríamos obligados a cambiar de ciudad, dado que razones laborales

(o del comer para vivir) nos llevaban a ello. Recuerdo que las únicas palabras que mi cabeza iluminó como un enorme aviso en pantalla panorámica, decían: –¡¿Y Espinoza?!– en el más intenso color púrpura de lápiz de cera que pueden imaginarse.

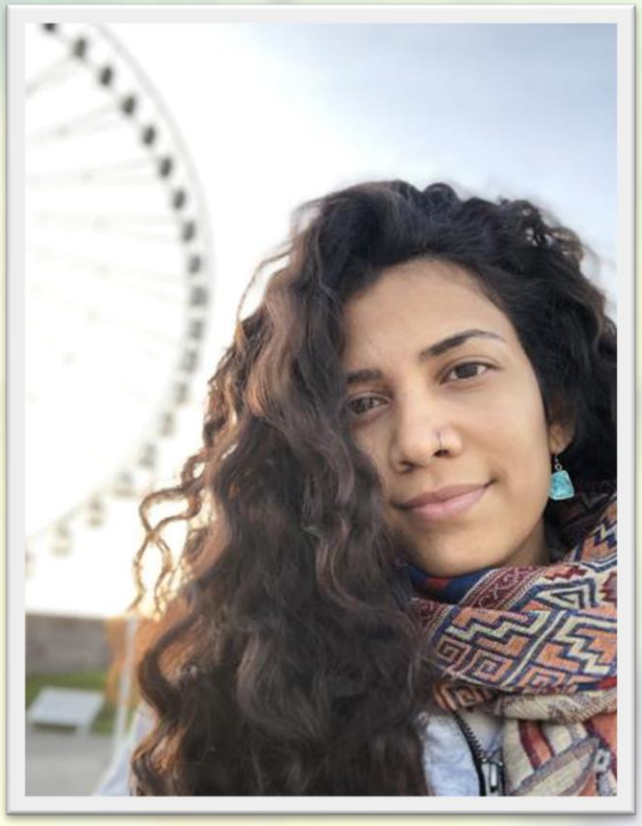
Las semanas que siguieron a la información de nuestro próximo viaje se me convirtieron en un respirar para sentir a Espinoza, y para colmo sin poder decirle nada, o sencillamente, sin saber que esas cosas pueden decirse, aunque de nada sirva tal cosa.

Presiento que no hubo despedida.

Salimos de la escuela para siempre en esa ciudad un diciembre, en enero siguiente ya vivíamos en otra ciudad, guardo un recuerdo un tanto difuso de la fiesta de despedida de ese año. La maestra (la misma indefensa y elemental) me dejó cuidando el salón en donde las moscas merodeaban sobre los pasteles y las chucherías, mientras los otros niños bajaban a bailar al salón grande (ella, la maestra, suponía que a mí no me interesaba eso). Desde la baranda del balcón recuerdo me dedique a mirar a Espinoza bailando como un trompo, pero no como un trompo cualquiera sino como uno fino y elegante, con punta alargada y diestra, se reía con alegría y cuando me distinguió con mi cabeza apoyada a la baranda, subió corriendo las escaleras y sin que las maestras y los adultos se dieran cuenta, se metió al salón conmigo. Hizo todas las bromas que se le ocurrieron: Abrió los regalos de todos e hizo desastres intercambiando cosas, le pegó algunas moscas a la torta y probó las chucherías, después insistió en hacerme bajar y hasta intentó hacerme bailar un poquito.

De esa tarde guardo impresos en mi memoria los enormes ojos de Espinoza, junto a su sonrisa. Después todo fue subir al autobús de la escuela y acaso algunas palabras sin sentido que después olvidé. Nos fuimos a vivir a otra ciudad y Espinoza pareció diluirse entre mis sueños. Pero no fue así. Con el correr del tiempo y los avatares de la vida he llegado a comprender que, para mí, eso que llaman el deseo, se parecerá siempre a un Espinoza díscolo, sonriéndome desde la distancia de su lápiz azul de cera, en el justo instante en que pretende colorear un imposible horizonte marino.

©Laura Antillano



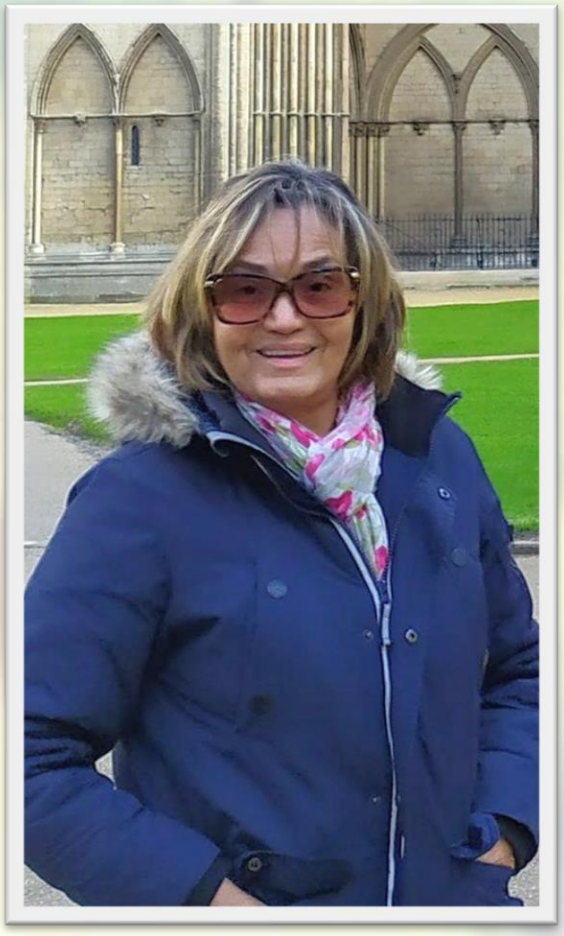
Nació en Caracas, Venezuela (1992). Asistió al colegio Teresiano y se licenció en Ciencias Políticas en el 2014 en la Universidad Central de Venezuela. Desde el 2015 vive en la Ciudad de México donde fundó dos restaurantes llamados «La Pitahaya Vegana». Entre el 2016 y el 2018 cursó la formación de herbolaria tradicional mexicana en la Universidad de Chapingo.

Publicó su primer libro de poesía, *Flores o Nada,* en diciembre del 2020. Actualmente dirige la editorial independiente (@colmenadeescritores, para publicar nuevos autores.

Laurus Nobilis

Laurel es asombro botánico
es alquimia, estudio
pero también don, conquista.
Logro por insistencia,
Premio de la tierra sobre la brisa
Fragua sobre antorcha.
Ímpetu de vencidos
Palabra, espíritu de hoja
Lágrima de aceite
Dedos de vidrio
Laura es Laurel

©Laura Cárdenas



Nació en Ocumare del Tuy, estado Miranda, Venezuela (1957). Poeta y artista plástico. Autora de varios cuentos y el poemario *El Amado*. Forma parte del poemario *DiVersos* (2014), de La Espiral de la Imagen e integrante de esta peña literaria. También de la Antología poética *Alquimia del silencio* (2021). Conforma la tertulia de los grupos «Confabulario y Escritura Creativa» Arnaldo Rojas. Actualmente difunde sus poemas en sus páginas de Instagram y Facebook @soylaures. Está residenciada en Peterborough, Inglaterra.

Miedo

Quieta cerrazón de ruidos fantasmales
Crepita el miedo
En oscuridad profunda garua la noche

Una brisa subliminal acaricia la sala

Echada en el sofá
aparecen los recuerdos
Mis dedos alucinan en la pared
Sombras perdidas despierta mi mente

Pasan las horas...
Crueles azotes de la imaginación
Grita la gotera del grifo
El jazmín suelta su olor

Mi cuerpo turbado
ya está entumecido
¡Ah noche tan larga!
Tan larga como la amanecida.

Paseo

Camino al salto
piso tu sombra
Tiro de tu mano
tibias tus palpitaciones
Un caminito testigo…
el agua soba el peñasco

Esa tigra corre a tu lado
Soy niebla en verano
blanco de dardos
aguijones clavas en mí
Bocanadas de dolor
humareda entre los dos

Regreso sola es tarde.

©Laura Rosa Parra Díaz

Fotografía: ©Emilio Kabchi

Nació en Caracas (1968). Es narradora, poeta, periodista e investigadora. Especialista en el vínculo entre literatura e ingesta. Licenciada en Letras y Master en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello. Asesora literaria de *El sabor de la eñe. Glosario de literatura y gastronomía* (Instituto Cervantes, 2011). Autora de los poemarios *Trae tu espalda para hacer mi mesa* (Gravitaciones, 2015 y Sudaquia, 2021), de *Lo que contó la mujer canalla* (Kalathos, 2016), y de *Bonnie Parker o la posibilidad de un árbol* (Utopía portátil, 2018); de la novela *Hormigas en la lengua* (Sudaquia, 2015) y (*Baile del sol*, 2021) y del libro de relatos *Bienmesabes* (El taller blanco, 20021) y (Sudaquia, 2121). Sus cuentos y poemas han figurado en antologías (Fundavag, Plural Mantis, Kalathos, Hypermedia y Pre-textos). Reside en Madrid.

Facebook: Lena Yau
Instagram: @lenayau68
Twitter: @LenaYau
Web: www.lenayau.com

Carpetania

Estirar el cuello para encontrar meseta por mar.

Y ese horizonte que trampea constantemente vistiendo un azul de costa que acaba en penillanura.

A algunos no nos pertenecen los mares.

Es la penitencia, quizás, por abandonar la cuna.

A Maru Alcalde Varela

Aún vivo en todas las viejas direcciones.
Charles Simic

Pluvial

Suena la lluvia y me desoriento.
Busco grifos abiertos
teles encendidas
ordenadores patinando.
No encuentro nada.
Abro la ventana: veo y escucho con nitidez.
Las gotas son gordas y suenan.
No hay truenos
no hay relámpagos.
Hay insistencia
ronquera sostenida
rutina en un espacio impropio.

Y unas nubes
        una falta de luz
una bella impertinencia
        un dislate
una falta de geografía.

A Giovanna Rivero, que vuelve y vuelve

Siempre es así.
Donde quiera que esté soy lo que falta.

Mark Strand

Lo que falta

La experiencia de caminar sobre los pasos propios.

Pisar huellas añejas.

Cazar la sombra cuando no hay sombra.

Volver sobre uno mismo.

Recogerse.

Mirar en silencio la vida que fue.

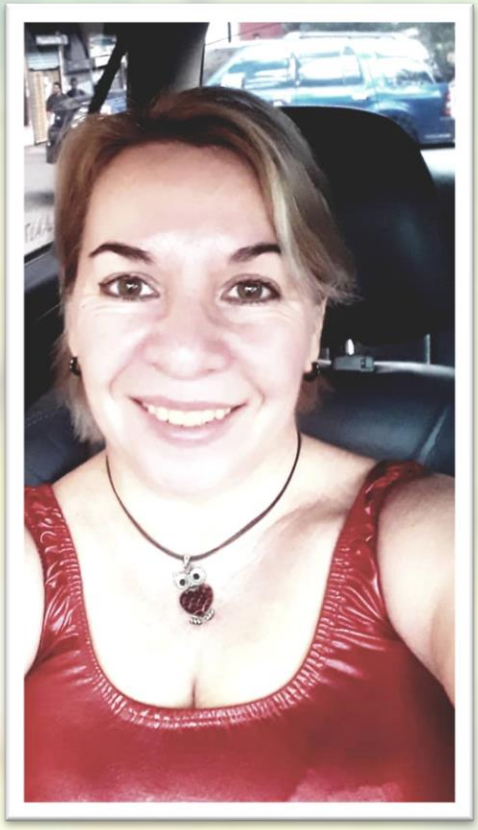
Sentirse escena.

Saberse instante y fuga.

Regresar para completar.

De *Lo que contó la mujer canalla*. Editorial Kalathos. 2016.

©Lena Yau



Nació en Los Teques (1966). Licenciada en Letras UCV. Se ha desempeñado como docente universitaria en la UPEL, y facilitadora de talleres literarios. Cursó estudios de posgrado de Literatura Latinoamérica en la Universidad Simón Bolívar y maestría en Estudios Literarios en Universidad Central de Venezuela. Es narradora, ensayista y editora. Ha publicado cuentos, reseñas y ensayos en antologías y revistas especializadas nacionales e internacionales. Es autora de la novela *Bitácoras ignotas* y coautora de *Los huesos de la luna*.

Instagram: @leskintero

Facebook: Les Quintero

Twitter: @LectorComplic

Atracción pánica

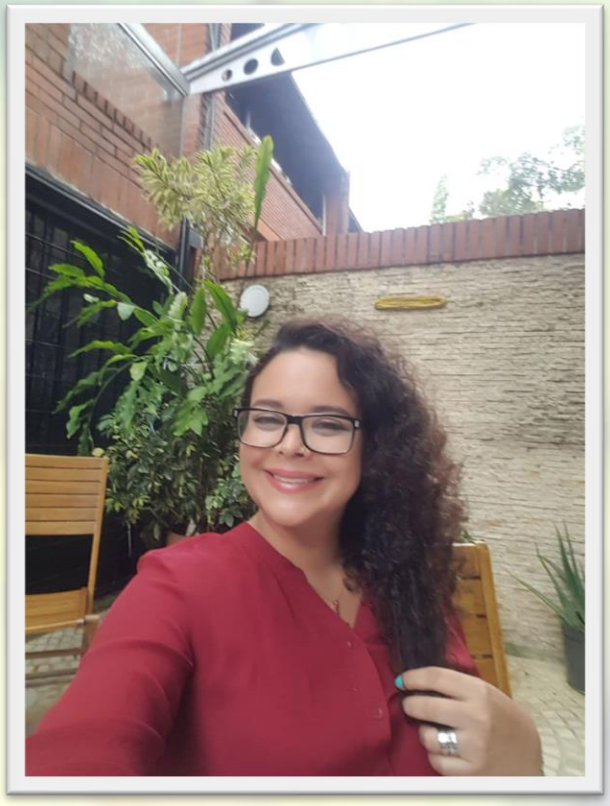
El sexo es una de las nueve razones para la reencarnación, las otras ocho no son importantes.

Henry Miller

Después que cumplí cincuenta años dejé de soñar con príncipes andróginos y en posibles acompañantes de vida. A veces, cuando el trabajo me lo permitía o el tedio me aplastaba, se me ocurría imaginar a un leñador fuerte y sensual como el guardabosques de Lady Chatterley, bien plantado, la sola idea de un señor concentrado en un videojuego o haciendo un TikTok, me repelía hiperbólicamente. La época de membranas volubles quedó relegada en la parte trasera de un Camaro, con el dolor de unas pantaletitas rotas y unas minúsculas flores de sangre. Pero esto no interesa, vamos, que no todos los días hallas a un ser que rebasa todas las expectativas literarias, y doy fe de que la realidad supera a la ficción. Lo supe esa tarde cuando me encontré con un fauno. Sí, era el mismísimo dios Pan clavándome la mirada a través de una puerta de cristal y luego observando directamente entre mis piernas, mientras sus dedos protagonizaban una ceremonia envuelta en el masculino ritmo de su voz. Aquí debo aclarar que mi pudor quedó paralizado, estupefacto, atónito; yo trataba de comportarme como una dama, de atender a la moral y las buenas costumbres, pero los corrientazos que azotaban mi vientre pudieron más que la vergüenza y la dignidad juntas. Me dejé arrastrar por la potencia de aquel sátiro indomable, protegido por la penumbra de vaginas exhibidas en un destierro que es aullido y placer.

Caracas, 21 de septiembre de 2021

©Lesbia Quintero



Nació en Caracas (1987). Criada en medio de libros, desarrolló a temprana edad un profundo interés por las artes literarias y por la filosofía. Es egresada en la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Católica Santa Rosa en la ciudad de Caracas. Autora del Libro *Una Promesa de Libertad Traicionada*.

Amada y amante, esposa y madre. Actualmente, es titular de la cátedra de Filosofía Estética en su alma mater. En ella la investigación en su campo, la narrativa y la ensayística se entrelazan para hacer arte y filosofía.

Lo último que vi

Una ciudad mágica, imponente, furiosa… una ciudad de esas que se te incrustan en el alma, de esas tan caóticas que no te queda más remedio que amarla y ahogarte en ella.

Conduje mi viejo Mitsubishi –después de una tarde de tortas, café y buena compañía– rumbo al encierro de mis cuatro paredes que me protegían de la fiereza de la ciudad y de la inclemencia de la naturaleza. La autopista me ahogaba lentamente, la ciudad me consumía y me robaba el poco oxígeno que nos es permitido respirar a los citadinos. El furor, una vez más, se apoderaba de mi alma.

Descargué la inagotable ira que me acompañaba en el acelerador. La adrenalina y la excitación por la velocidad me aportaban la carga de vitalidad que soportaba mi frívola existencia. La inconsciencia me llamaba. La destrucción me seducía. Tánatos me abrazaba. Pasé la salida que me conducía a mi casa para poder llegar a mi destino.

Al cabo de un par de horas –o más– a alta velocidad, detuve mi auto a unos trecientos metros de una hermosa playa, un mar aderezado por la calidez del día, alumbrado por la sublimidad de un Apolo orgulloso que reclamaba el lugar como su rey, que me reclamaba a mí como su esclava.

Retiré mis sandalias y salí del vehículo como un cuerpo sediento en busca de un arroyo, tan solo para regocijarme en el mar como un alma anhelante de perfección. Por un momento, sentí un poco de felicidad, sentí que había hallado mi lugar en el mundo, sentí pertenecer, al menos una vez en la vida.

Me adentré en el agua y mi vestido de tela hindú se confundió con mi piel. Nadé hasta lo más profundo que permitieron mis cortos brazos y mis pequeñas piernas. Floté en el agua, contando las nubes, tratando de descifrar los dibujos que ellas querían mostrarme.

Al poco rato, vi el malecón y me apresuré a salir en busca de respuestas. Tenía tantas preguntas y un solo campo de sentido. Nuestra odiosa existencia siendo siempre existencia de un campo de sentido específico, proscribiéndonos eternamente al conocimiento a través de nuestra limitada percepción, de nuestra infértil imaginación, de nuestra mísera razón.

Esperaba que me respondieras o, al menos, que me dieras algunos datos de cómo transitar el camino para encontrarlas. Pero tú no estabas a disposición de responder nada ni de marcar la ruta del conocimiento de nada. Tus treinta minutos de silencio en este mundo son eones.

Una brisa salada acariciaba mi cabello y calma mi arrebato y mis ansias. Una puesta de sol hermosa, vibrante, como un cántico de invocación a las tinieblas. Una luna escondida, avergonzada, sin nada que decir. Una vida arrojada en la inmensidad incomprensible de un horizonte.

—¿Para qué hay allá? —cuestioné y tú solo callaste, como siempre, tu silencio fue la respuesta.

—¿Para qué hay aquí? —nada, continuaste tu silencio.

—La nada- me respondí en un intento de presunción, tratando de demostrarte que sola me puedo labrar mi propio camino hacia el saber, que no te necesito.

Las olas rompían sin piedad en el malecón, lo intentaban hacer retroceder. Él, inerte, fiero, resistía los embates furiosos, como si nada lo pudiera afectar...

—Un vacío, una nada, un no-ser por el que todo es —dije. Al parecer, encontré la respuesta, después de todo, tu silencio no es tan silente—. La nada vital, la nada que mueve, la nada que piensa, la nada que siente: la nada. Eso es... todo. Es la causa, es el deseo.

Elevé aún más la mirada y sonreí, sentí la completitud recorriendo mis venas. Encontré frente a mí el solemne universo, conmoviendo toda fútil existencia dentro de él, conmoviendo mi fútil existencia. La Vía Láctea majestuosa, sublime, perturbada se manifestaba en la negra inmensidad. Jugaba a tocarme, intentaba acariciarme.

El todo, la nada en el todo, la nada que impulsa el todo... La nada es... es deseo… deseo de... Eso... Eso es lo último que vi antes de caer prendada del vacío. Eso es lo último que vi antes de morir.

©Lía Zassha de Octavio

Fotografía: Rufino Uribe

Nació en Barranquilla, Colombia. Poeta y ensayista. Ha vivido y publicado su obra en Venezuela. Obtuvo su maestría en Literatura venezolana en la Universidad Central de Venezuela. Autora de los siguientes poemarios: *Arañando el silencio* (1984). *Quaterni Deni* (1988). *Mambo Café* (1994). Mención de honor del Concurso de Poesía del Ateneo «Casa de Aguas» (Venezuela). *Venturosa*. Premio Único del VII Concurso Nacional de IPASME. Caracas, Venezuela (1995). *Luna de Tarot* (2000). *Katharsis* (2013). *Ciudad de Azul y Vientos* (2016). Autora de las siguientes plaquettes: *Sedas de* otoño (2006) *Itinerario Fugaz.* (2007).

Muestra de su obra ha aparecido en las siguientes antologías: Poetas en abril. (1985.) *Quienes escriben en* Venezuela. *Diccionario abreviado de escritores venezolanos (*2004). *El hilo de la voz* (2004). *Antología poética.* 2005. *Antología del Octavo Encuentro Internacional de Escritoras* (2008) *La mirada Femenina* Universidad Metropolitana. Publicaciones Arbitradas. Caracas.2008.

El tiempo

Se deshace en el sepia de las tardes
en hojas que caen de los almendros
en el rastro de jazmines entreabiertos.
Íngrima calidez de las alcobas.
Ventana donde mamá secaba
cortezas de naranja en espirales
para el té de las tardes.

Junto a la hornilla
los tintes del achiote
tiñen la antigua melodía.
Canción ajena
que hice mía: *No volveré jamás,*
jamás se vuelve.
El sitio de la vuelta es siempre otro.

Del poemario: *Ciudad de Azul y Viento*. Lector Cómplice (2015).

Terrenal

He naufragado en los meandros
de la culpa.
Ando a la deriva de tus besos.
Llueves en mí hasta el desmayo.

A lo lejos
la luz del ángel a las puertas
del edén sagrado
nos confirma el exilio.

Establecidos los confines
me abrazo a la materia que me nombra.
Ahora somos arcilla.
Residimos en el esplendor de lo efímero.

De la plaquette: *Itinerario fugaz*. Ediciones Universidad Nacional Abierta (2007).

Jazz

Lugar irremediable
el sonido lascivo de los saxos.

Te arrojan
en el reflejo de la noche

Descubres
el hondo desconsuelo de estar vivo

Indefenso
ante tu corazón que danza en solitario.

De la plaquette: *Sedas de Otoño*. El pez soluble (2006).

Madrugada

Beneficio o pérdida ¿qué es más doloroso?
Lao Tsé

Tu cuerpo a orillas de la muerte
tenía la desolada belleza de la nada.
La serenidad se derramaba en un río
desde el costado inerte.
Los pies descalzos atravesaron sus aguas.
Sin la estridencia del llanto
se oficiaron los ritos de la despedida.
Saber cómo duele un corazón a oscuras.

Las estrellas del alba brillaban
desde un cielo esmaltado de luz.

Del libro: *Katharsis*. Lector Cómplice. (2013).

©Lidia Salas

Nació en Venezuela. Es dramaturga, titiritera, actriz, narradora, poeta, cuentacuentos, locutora, creadora de videos y profesora universitaria. Los estudios concluidos de pregrado, maestría y doctorado ayudaron al desarrollo de su escritura en consonancia con la teoría y la investigación. Ha realizado diplomados en Estados Unidos e Inglaterra sobre Literatura, Metodología Creativa en la Enseñanza y Teatro. Alcanzó el premio de Dramaturgia de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores en el año 2012. En 2019 obtuvo una mención honorífica en el Premio Apacuana de Dramaturgia Nacional. Recibió reconocimiento como dramaturga por parte de la Comisión Permanente de Cultura, Patrimonio Histórico y Medios Alternativos Comunitarios del Concejo del Municipio Bolivariano Libertador en 2021.

Selene y Semele

Selene y Semele eran las dos maniquíes predilectas de Rosalía, la dueña de una pequeña tienda-taller de ropa femenina. Rosalía era modista y en su establecimiento solo vendía las prendas de vestir que ella misma diseñaba y cosía. La felicidad para ella la representaba su almacén que era el lugar en el mundo donde daba rienda suelta a su imaginación, creando trajes que lucían sus maniquíes. No cosía pensando en vender, lo hacía para crear y dar sentido a su vida.

Selene tenía una figura regordeta y morena, de curvas voluptuosas. Poseía una melena castaña, rizada y abundante. Todos decían que se parecía mucho a Rosalía. Por su parte, Semele era de tez blanca, cabello rubio y largo, con una silueta esbelta, piernas largas y busto firme. Las dos gozaban de gran belleza, cada una a su manera. Selene además adornaba su hermosura con la serenidad que la caracterizaba. En cambio, en Semele una expresión de turbación en su rostro teñía su encanto de un algo extraño que ni Rosalía se explicaba.

Nadie las conocía mejor que ella. Las había construido hacía mucho tiempo, cuando abrió el local por primera vez. Las fabricó de papel maché. Las pelucas fueron hechas de su propia cabellera y de la su mejor amiga. Los ojos eran perlas verdaderas. Empleó la mejor pintura brillante de aerosol para cubrir sus cuerpos, la de superior calidad. En realidad, constituían la mejor obra de la modista porque ambas maniquíes eran similares a dos seres humanos. Muchos, alguna vez, pensaron que eran modelos auténticas. Selene era feliz, pero Semele no. Nunca se conformaba con el vestuario que Rosalía confeccionaba para ella.

Un día Rosalía culminó una pieza perfecta para una fiesta de gala. Quiso que la usara Selene. Aquello causó gran disgusto en la otra maniquí. En realidad, todo lo que usaba Selene la irritaba. Consideraba que no era para ella, para una pasada de kilos. Sentía que a quien le quedaba mejor era a un cuerpo como el suyo. Lo que rebasó el vaso ese día fue cuando llegó una cliente que se quedó mirando a Selene, y de ella ni siquiera se percató.

—A la orden —dijo Rosalía.

—Me gusta ese vestido —respondió la cliente.

—Yo trabajo así: si a usted le gusta, le tomo las medidas y le coso uno igual.

—Yo quiero este.

—Imposible. Ese es de Selene.

—¿De Selene?

—Sí, de la maniquí que lo está luciendo.

—Se supone que las maniquíes exhiben los vestidos, pero no son las dueñas de ellos.

—Selene y Semele sí.

—¿Semele?

—Es esta otra maniquí —señalándola.

—¡Ah! —sin reparar en ella.

Pese a la insistencia de la cliente, Rosalía no fue convencida y finalmente la mujer se marchó. Aquello era insoportable para Semele. ¡Cómo odiaba a esa maniquí que tenía puesto lo que ella ansiaba y que además se robaba las miradas de todos! No entendía como la dueña le había puesto ese traje. Ella lo quería para sí. «Lo que pasa», se decía, «es que yo soy una flaca insípida y nada me queda bien. ¡Cómo me gustaría ser regordeta como Selene! Así me sentiría dichosa».

Llegada la hora de cerrar, Rosalía dejó la labor que estaba trabajando en ese momento. Apagó las luces, clausuró las puertas y se marchó a descansar a casa.

Estando a solas, Semele inició la venganza. Abandonó su pose rígida y comenzó a vociferarle a Selene.

—Estúpida, siempre tienes que arrebatarme lo que es mío, lo que me pertenece.

—¿Qué dices? No te he despojado de nada.

—Claro que me has quitado todo: me has robado lo que yo siempre anhelo. Rosalía siempre te da lo que yo ambiciono para mí.

—A ti también te da hermosos vestidos y yo no me molesto.

—Me da los que no quiero, y a ti te da los que sí quiero.

Semele se abalanzó sobre Selene quitándole el atuendo. Luego la golpeó tan fuerte que la tumbó. Tomó las tijeras de labor de la dueña y las hundió en el rostro de la pobre muñeca de papel maché. Seguidamente, la pateó todo lo que quiso. La despojó de la peluca y le sacó los

ojos. Destrozó todo su cuerpo. Quedó un simple guiñapo de Selene. Ipso facto, se desvistió y se puso el traje que tanto había ansiado.

A la mañana siguiente, cuando llegó la modista, asumió que el autor de tan grande maldad había sido un antiguo empleado que tuvo que despedir y que se marchó disgustado. A él le había dado la llave de la tienda y nunca se la devolvió.

—¡Qué desastre! ¡Selene está destruida! Menos mal que tengo un duplicado.

Se dirigió al fondo del establecimiento y trajo una nueva Selene. Le sacó la ropa a Semele y volvió a vestir a Selene como antes. El hermoso vestido volvió a Selene, quien había renacido de sus cenizas gracias a la costumbre de Rosalía de fabricar los maniquíes por duplicado. Mientras tanto, la muñeca envidiosa, llena de odio, se quemaba internamente en las llamas del infierno viendo como su rival de nuevo poseía lo que ella tanto codiciaba.

©Ligia Álvarez

Nació en Táriba (Estado Táchira) Venezuela. Participó en los talleres literarios del Celarg coordinados por Eleazar León (2000-2001) y María Antonieta Flores (2001-2002). En el taller de Monte Ávila dirigido por Edda Armas y de poesía venezolana con David Cortés Cabán (2015). Publicaciones: *Bitácora del Amor*. Editorial Lector Cómplice. Caracas (2016).
Plaquettes: *La mujer de la casa de adobe*. Fondo Editorial El pez soluble. Sus poemas aparecen: *En el Río de la Palabra*. Antología Voces Nuevas. Ediciones del Celarg (2005).

Eros

Para que no te borres
enhebro los poemas uno a uno
por los cuatro costados
con un hilar de besos

En el corazón de los amantes
enciende Eros la sagrada llama

Se cumple el ritual

Divino conjuro.

Cada cuerpo desnudo en su noche
y el mar al fondo inalcanzable.
Eugenio Montejo

Puerto de los amantes

Amantes
son dos pieles que se anudan
Delirante temblor
gravitando en el giro de la tierra

Luciérnagas que alumbran
la sábana de pétalos

Pieles sobre pieles de la tierra
mojadas de susurros y de gritos

Dos íngrimos cuerpos
anudados en el talismán de la noche.

Del poemario: *Bitácora del Amor*. Lector Cómplice. (2016).

Cielo azul de sueños: paraíso

A este cielo de abril

Cielo azul de sueños: paraíso
donde un coro de ángeles
reside en almas buenas
Privilegio de entrar en sus moradas

Cielo azul de sueños: paraíso
Nubes blancas de nácar
ovejitas que danzan
al compás de la música del viento

Cielo azul de sueños: paraíso
donde encuentra reposo
mi alma enamorada

Cielo azul de sueños: paraíso
Es oír arpegios de arcángeles
abriendo las cortinas de la aurora
tiznando de rosa el universo.

Cielo azul de sueños: paraíso
Bóveda que guarda el ancestral misterio
Cielo azul de sueños: paraíso

©Ligia Colmenares

Fotografía: ©Emiliana Singer

Nació en Caracas (1971). Escritora venezolana. Autora de los libros de cuentos *Los jardines de Salomón* (Premio de narrativa de la XVI Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre, en 2007). *Trampa – jaula* (finalista del premio Equinoccio de cuento Oswaldo Trejo en 2012). *Abecedario del estío* (finalista del XIII Concurso Transgenérico de la fundación para la cultura urbana en 2013) y la novela *La música de los barcos* (2019). Cuentos y artículos suyos han sido traducidos al inglés, alemán, polaco y hebreo, y han aparecido en diversas publicaciones periódicas y antologías. Doctora en Literatura Iberoamericana por la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente vive en Israel.

Dos vestidos para el mar oscuro

I

Dos vestidos veraniegos
Por el precio de medio vestido
En el probador
Escucho a las vendedoras
Hablar de mutaciones
De apocalipsis
De Londres
Me veo en el espejo
Con un vestido veraniego
En pleno invierno
Sin certeza de sol
Me llevo los dos vestidos
Como si el futuro existiera
Dos por el precio de medio

II

Sin mar
O a merced del mar oscuro
Cuando vuelva el verano
Seguirá el alquitrán
Acaso
Atrás la sal que no miré

III

Hace siete años quería yo estar digiriendo un erizo en Pekín,

sin sospechar siquiera la posibilidad de la clausura

Hace diez años creía que había perdido la gracia del emperador de China,

Como Ramos Sucre en aquel poema

Hoy me conformo con que venga el plomero a arreglar la regadera

Que el agua no explote en ráfagas repentinas

Y me da igual la gracia y el erizo

VI

Allí está Madonna,

trasplantada de caderas,

bailando adolorida,

abrazada a un bailarín negro

25 años

Para no caerse

Para que no se caiga todo

El mundo

Las pestañas

Los ojos

El trasplante de caderas

Los labios rojos

Escondidos

Los ovarios

Las medias

El cabello que crece blanco

El caballo sin nombre

El caballete desencajado

Urgente como un tren que acontece

El trueno El ser El humo

abrazada a un bailarín negro

Para que no se caiga

La regadera domada

La gracia La ganga

Los dos vestidos veraniegos

vertiginosos

como el mar oscuro

©Liliana Lara

Nació en Caracas (1962). Es licenciada en Educación, con Maestría en Arte, mención Estética. También ha realizado postgrados en el área de Gerencia Cultural y Gerencia de Proyectos Socioeducativos.

Es autora de los libros *Ramón de la Plaza, vida e ideario estético*, publicado en Madrid por la Asociación Cultural Isolda, y de *Venezolanos de ultramar* y *Calendario*, publicados por la editorial Lector Cómplice, en Caracas.

Se desempeñó como profesora de Semiología Gráfica e Historia del Diseño Gráfico en la Universidad José María Vargas, en Caracas. Es miembro activo de *Venezuelan Press*, la Asociación de Periodistas Venezolanos en España, y desde hace varios años escribe una columna semanal en el diario El Universal, de la que ha hecho un bastión para reseñar los logros de los venezolanos que se desempeñan en el extranjero.

Escocia

Gabriela mira a través de la ventana, escrutando la frialdad silenciosa de un paisaje que se extiende en franjas, como los registros de un iconostasio. Más allá de la primera orilla, gris y urbana, la verde superficie del campo alcanza la frontera de un mar desdibujado, más azul que el cielo azul bajo el que yace.

La quietud horizontal de la visión remite a una postal, a una pintura, en donde todo permanece inmóvil, inaccesible tras el brillo pegajoso de la emulsión que recubre el papel fotográfico.

Y allí está ella: superpuesta, ajena, impropia, recortándose contra la imagen helada, como una calcomanía adherida a un fondo extraño y aleatorio.

Así comenzó también su deambular, incapaz de fundirse con la vulgaridad cotidiana del entorno.

—Es pelirroja, musitó la rotunda humanidad de la mucama.

—Es pelirroja, susurró la anciana, al reconocer la lechosa fisonomía de sus ancestros.

—Parece un Hans Holbein, sentenció el erudito, penetrado por el colorido desigual de la paleta que entintaba el fenotipo irrepetible de la niña.

Y así supo ella, desde el primer momento, que era diferente, y aprendió a contemplar el mundo recluida en la verde transparencia de su mirada de aceituna.

La luz que emana de sus ojos es lo único que rescalda su gélida apariencia de entidad de las aguas. Blancura de magnolia, anda como sin tocar el suelo, deslizándose, mitad pez y mitad bailarina, rodeada de un halo neutral e inexpresivo. La tez transparente, pegada a los pómulos, resplandece nacarada con palidez de ondina.

Pero a donde quiera que va, como una sombra, lleva tras de sí la informe llamarada de su melena roja: ora péndulo, ora cascada… Como si dotada de viva propia estuviera, se ensortijan caprichosamente aquí y allá los brazos flexibles de la enredadera de cobre que enmarca su rostro.

Está lejos de casa.

Baja la escalera: seis tramos de pasos amortiguados por la suela de goma de sus zapatos adolescentes. Al llegar al primer rellano alcanza a oír, atemperados por la gruesa puerta de madera, las escalas que ejecuta sobre un piano uno de los vecinos del edificio en que habita.

Dos descansillos más y atraviesa el portal. La calle se le antoja el cauce por el que discurre la ciudad como un río, como una entidad viviente que va cambiando su rostro y que se ofrece diferente y nueva desde cada escaparate. Gabriela recorre la acera-costa, vadeando la ribera de

piedra gris que delimita la calzada a cada lado, y que se eleva dibujando contra el horizonte un perfil zigzagueante, merced a los tejados a dos aguas.

El viento experimenta, dibujando con los mechones que se escapan de su trenza diferentes peinados en torno a su cabeza semihundida en la bufanda color granate.

El corazón late con fuerza. ¡Qué lejos está Madrid! Jugárselo todo a una sola carta: las horas de silencio, la falta del abrazo; las interminables jornadas en la tecnológica frialdad de una biblioteca discordante con el vetusto edificio en que se aloja.

Un examen más. Un solo examen más y podrá regresar a casa.

La mirada se nubla. Su breve anatomía parece todavía más enjuta en contraste con la magnificencia del McEwan Hall. La belleza del recinto impone. Levanta la cabeza y su verde mirada se humedece con la luz tamizada que penetra a través de la linterna que corona la cúpula. Más abajo, la inscripción bíblica sentencia: «Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y con todo lo que adquieras, adquiere entendimiento. Exáltala, y ella te levantará; ella te honrará cuando tú la hayas abrazado».

El edificio, sobredimensionado por el pánico, resulta amenazador.

Con el impreso en la mano invoca los nombres: Milton, Ronsard, Ossian…

Noventa minutos más y todo habrá terminado.

McPherson, Burns, Scott...

El tiempo apremia. El corazón late de prisa. La tinta transfigura la identidad del papel y lo convierte en mapa, en hoja de ruta, en itinerario de un viaje de regreso.

Son las tres de la tarde, y todavía algún rayo de sol desdibuja las aristas de la arquitectura urbana. La solidez contundente del Old College inspira seguridad al final de la calle. Edimburgo se presenta amable y hermosa, como antes, como siempre. Y al regresar a casa por Clerk Street, una vendedora de dulces, sumergida tras la ortogonal disposición de los bollos, atisba a través del escaparate y aventura un saludo al reconocer a la joven: bajo la cofia nevada, blanca como si también ella fuera de merengue, algún mechón cobrizo se desliza para revelar una cabellera también roja.

©Linda D'Ambrosio

Nació en Coímbra, Portugal (1994). Llegó a Venezuela a los catorce años. Es cuentista, poetisa, actriz, dramaturga, y formadora de artes.

Licenciada en Artes Mención Música por la Universidad Arturo Michelena (San Diego, Venezuela). Egresada en el año 2015 de la Escuela Teatro «Ramón Zapata», Valencia, Venezuela.

Ha trabajado con niños, jóvenes y adultos en el ámbito de la formación artística, tanto en instituciones públicas como privadas.

Es una artista inquieta que se ha caracterizado por su interés en la formación de distintas disciplinas que van desde artes hasta estética y belleza.

Ha escrito dos poemarios y dos libros de narrativa que permanecen inéditos.

Silencio: cuerpos en llamas, es su primera publicación oficial.

Un vino en Madrid

¡Ven!

Déjame saborearte esta tarde gris como quien degusta a un Gigondas 2015.

Que este domingo de otoño, rojo violáceo, cargado de aromas a frutos del bosque y notas de regaliz me traiga tus besos de romero y laurel...

Y en un equilibrio elegante, en el profundo silencio de las hojas cayendo, ¡abrázame!

Prueba mi piel de uva con el mismo placer de quien cata un vino carnoso con toques de higo maduro.

Ven, y déjame acariciarte el alma, perdidos en una sierra de Madrid.

©Linda Pereira Justiniano

Fotografía: ©Mauricio López

Nació en Valencia (1968). Licenciada en Comunicación Social por la UCV. Narradora oral, promotora de lectura, actriz, productora radial y locutora. Durante años condujo el programa de radio Librería Sónica, con Jason Maldonado. Cursó el Máster a distancia en Libros y literatura para niños y jóvenes de la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Ha sido facilitadora de talleres de expresión artística para niños y jóvenes en las áreas de música, teatro, plástica, informática y escritura creativa; también de talleres de formación en Promoción de lectura y de Narración oral. Creadora de La rana encantada. En el 2009 fue ganadora del VII Concurso para autores inéditos de Monte Ávila, mención Poesía. En abril de 2010 recibió el VI Premio Nacional del Libro 2008 – 2009, otorgado por el CENAL, como Promotor de lectura infantil y juvenil. Ha sido jurado de Los mejores libros para Niños y Jóvenes, del Banco del Libro; del Premio Nacional del Libro (CENAL) y del Premio de Autores Inéditos de Monte Ávila Ediciones Latinoamericana, para la categoría infantil, institución con la cual egresó del Taller de Literatura infantil, edición 2013.

La rana encantada

Silencio

La ciudad puro sortilegio
esta noche tan llena de ninguna cosa

Antonio Urdaneta

Los cauchos resuenan en la noche mojada

en la madrugada el sueño se extravía

amenaza con un abrazo ausente

desde el recuerdo

otro cuerpo ofrece sus retazos

pero el desvelo no logra convertirlo en presencia

Del poemario: *Poética doméstica* (2009).

Confesiones

Ciertamente debo confesarme
hacer en este instante
acto de contrición

Confieso que he pecado

he pecado de gula
de lujuria
de envidia

la gula reclama tu sabor en mi boca
el contorno de mi cuello
tus besos

y envidio al aire que respiras
que recorre tu cuerpo
sin cesar en su empeño de mantenerte vivo

dentro de mí

Del poemario: *Poética doméstica* (2009).

©Linsabel Noguera

Confitura de manzana
(entre especias se cocina el amor)

a mi hija Valerie
He aquí, el olor de mi hijo
es como el olor del campo
que el Eterno ha bendito
Bereshit/Génesis 27:27

Junto a la leche del seno que sostiene
parto en lunas crecientes la manzana

nuez moscada
canela
azúcar morena

A fuego lento cristalizo la pulpa
revuelvo en el sentido de las horas

cuchara de madera
pimienta de cayena

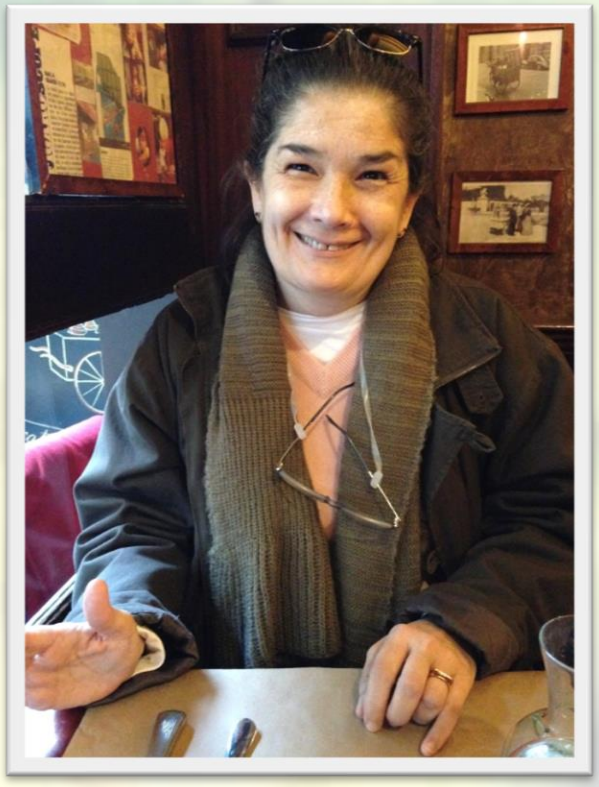
Reposa el tiempo justo de tres besos

trituro
bato
cuelo

El olor de mi hija se baña en la compota
y en la sencilla merienda de la tarde
su nombre se ha dormido en los labios de Dios

Del poemario: *Poética doméstica* (2009).

©Linsabel Noguera



Nació en Caracas. Periodista venezolana, Master of Arts in Film and Video, por The American University, Washington, D.C. Fue directora ejecutiva de la Fundación Andrés Mata de El Universal de Caracas, Gerente del Centro de Documentación de TV Cultura de São Paulo. Es autora de los libros *Antes de que se vayan* (2010) y *María silenciosa* (2012), además de diversas crónicas literarias.

Cosas de algodón

Blanca como un lirio y olorosa a nuevo, la trajimos de la tienda de uniforme para hacerle juego a los zapatos negros, que también sin estrenar, esperaban por el primer día de colegio. Ambos eran de un tamaño más grande de lo necesario, pero con lo caros que son y lo rápido que estás creciendo, así te duran más tiempo.

Y así, terminadas las vacaciones, salimos muy temprano para otro año de escuela. Pasó la primera, la segunda y la tercera, y una tarde, mi niña regresó con la franela manchada de un líquido morado, que sí así te dejó el uniforme, calcula tú lo que te debe haber hecho en el estómago.

Terapia intensiva de cloro y remojo, previo a la restregada y lavada de praxis, y bueno, te la puedes seguir poniendo. Apenas le quedó un recuerdo rosado muy pálido, pero eso ni se nota.

Se acabaron las clases de ese año, y ya a mediados del siguiente, aunque el tamaño todavía cumplía su papel, ya la pobre estaba que no estaba para más, así que pasó a la categoría de fin de gaveta, para un apuro si el resto de la ropa no está seco, o si la que viene dos veces por semana se atrasa con la plancha.

Otro año más y ya no hacía falta uniforme. Es que, en los dos últimos años de escuela, como ya son grandes, pueden ir con la ropa que quieran. La franela pasó a ser pijama, ¿no ves que el algodón está flojito y super cómodo?

Vino la graduación. Interminable pero siempre muy emocionante. Se acabaron los días de levantarse temprano, de preguntar a qué hora te busco, que cuándo es que tienes que entregar esa tarea, ¡y de cómo me dices a las diez de la noche de un domingo que necesitas llevar mañana un metro de fieltro verde!

Mientras tanto, en su esconderijo de fin de gaveta, la franela logró sobrevivir a varias bolsas para los pobres, hasta que un día, la que viene dos veces por semana, sin preguntar, la redujo a esas trizas que tanto ayudan en la limpieza de la casa.

Mi niña se fue a vivir a otro lado. Me parece que ya no bebe cosas moradas y no me pide que le rece y le cante antes de dormir. Ahora es más una relación de igual a igual. Le cuento de la

casa, de cómo están las perras, que la vecina de al lado está construyéndose una terraza, que cortaron el árbol de la plaza y que las de la peluquería preguntaron por ella.

La echo de menos en cada pedacito de mi vida, pero por otro lado la siento tan linda, tan volviéndose una mujercita, tan dueña de su propio espacio, que sería injusto de mi parte quererla de regreso al mundo al que la traje a vivir.

Van llegando las fiestas de fin de año y mi niña anuncia viaje para nuestra casa.

Yo hago lo que puedo para que parezca lo más natural del mundo, pero no más termino de hablar con ella, empiezo a pasarles revista a las mil cosas que tengo que arreglar para que encuentre su casa preciosa, como ella.

Lavo el edredón de su cuarto, que no está sucio, pero igual, para que huela rico, limpio la sala, repaso detalles, planto flores nuevas en las jardineras de la entrada, y no es que tengamos «la platería», que sería demasiado ostentoso, pero hay que limpiar las dos tres cosas que tenemos, para que se vean más bonitas.

¿Y a quién me encuentro en mi afán porque la bandejita, el azucarero y el portarretratos queden de primera? Nada menos que los restos de la franela que, blanca como un lirio, un día antes de empezar el colegio trajimos de la tienda de los uniformes.

Ser mamá no tiene igual...

©Luli Delgado

Nació en Chivacoa, estado Yaracuy (1961). Es licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas. Poeta. Desde joven escribe fundamentalmente poesía mística y poemas breves. Ha publicado los poemarios Siguiendo el rastro de una lagartija (1999). Una ranura en el cielo (1999). Frágil luz deslumbradora (2006). La vocación del pájaro (2011). Entre ramas y hojarascas (2014). Cantos de alondra (2015). Lucidez en la nostalgia (2016). El pájaro sigue el rastro de una frágil luz por la ranura (compilación, 2016). Señor de la Noche (2019). Regresar a la Rama y Encontrarte (2019). En el silencio limpio (en imprenta). Día que asoma desde mi ventana (colección de haiku). Asimismo, ha recibido varios premios.

Par de tórtolas

En el pequeño oratorio del rincón
el cirio de cera permanece encendido
antes que el alba abra el cielo oscuro.
La humilde mujer, abre los brazos
a la vida.
Al oír el trino delicado que le susurra
y ver el cielo que se abre,
abre los labios con voz dulce
para hablarle al Amado,
que ansioso le espera sonreído
para hablarle en secreto.

En silencio,
a solas los dos,
como un par de tórtolas,
anidando,

Quedarnos en quietud

Suave brisa matinal
que nos arropa dulce
y generosa nos convida.
Quedarnos en quietud
y escuchar el sonido del viento
entre las hojas,
una que cae,
y arrastra;
el goteo del agua
que queda,
un guijarro que golpea,
el gorjeo del ave anidando,
el pájaro que canta
y le vemos donde está.

Cuando habla feliz el corazón
y el pensamiento,
al alma que lo pide, lo desea.
Habla, Dueño mío,
que te escucho;
habla, Amada mía,
que te amo.

©Luz Marina Almarza

Nació en Bogotá (1958). Emigró con sus padres a Caracas en 1964. Licenciada en Letras en la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Literatura Latinoamericana y Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar. Fue profesora de la Escuela de Idiomas Modernos y del Postgrado de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. En Colombia ha sido profesora de cátedra en la Pontificia Universidad Javeriana, en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad de Los Andes. Trabaja a tiempo completo en el Instituto Caro y Cuervo, coordinando la Maestría en Literatura y Cultura. Ha publicado *La novela intrahistórica* (2000 y 2004). *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas* (2004). Además de unos 60 artículos académicos sobre historia y ficción, literatura de mujeres, literatura del Caribe y literatura venezolana.

De ida y vuelta

Puedo todavía recordar la vista desde el avión, cuando estaba por aterrizar en Maiquetía, procedente desde Bogotá, cuando tenía apenas cinco años. La ansiedad y la expectativa podían sentirse físicamente, como si algo me abrazara desde atrás y tocara mi plexo solar. Veía colinas de tierra roja, sembradas de casitas rústicas, de colores. Parecía un pesebre en Navidad. No recuerdo haberme fijado en el mar. Meses después fue cuando creí verlo por primera vez. Me concentraba en esas casitas que después supe que eran ranchos. Me preguntaba en aquel momento si mis padres, mis dos hermanos y yo iríamos a vivir en una de ellas. ¿Cómo sería nuestra vida aquí? Me habían prometido muchas cosas: nuevos juguetes, nuevas muñecas, porque mi María Lucía, que tenía la mitad de mi tamaño, debió quedarse con mi abuela. No cabía en ninguna maleta. Fuera de María Lucía, realmente no extrañaba mis juguetes. Mis padres me habían hablado tanto de Venezuela, nuestro nuevo hogar, que para mí aquella llegada era el juguete nuevo.

No fueron fáciles esos primeros tiempos de nuestra vida en Caracas. Mamá trabajaba muy duro. Papá estudiaba para revalidar su título de médico y los veíamos poco. Pasábamos mucho tiempo con señoras del servicio. De mis primeras imágenes de la ciudad, recuerdo que los árboles caraqueños me resultaban fascinantes: los samanes, los chaguaramos, en especial los araguaneyes, los apamates y las acacias. En algunas avenidas eran tan frondosos que las copas de los del lado izquierdo de la calle se tocaban con las del lado derecho. Y me encantaba escuchar a las chicharras y las guacharacas, y despertarme con los pajaritos. Caracas me parecía hermosa. El asombro no duró demasiado. Los niños saben mimetizarse en los nuevos espacios con más facilidad que los grandes. Al principio, me sonaba extraño y melodioso el acento de las personas que empezábamos a conocer. Al poco tiempo, ya me había apropiado de aquel acento para sorpresa de mis padres, cuando me escucharon hablar con una amiguita en el colegio, sin que yo advirtiera su presencia. Las palabras eran también un descubrimiento: lavativa, guarandinga, zaperoco, perol, chica, nojose, qué vaina e'. Poco a poco iban ingresando a mi vocabulario, aunque siempre sentía que nosotros éramos distintos. Éramos extranjeros. En mi casa seguía hablando en colombiano, sin darme cuenta del suiche mental que me cambiaba los códigos cuando estaba con mis padres. Poco a poco, sentía que las diferencias se diluían. Al pasar el tiempo, me iba sintiendo más venezolana. Los niños se adaptan más fácilmente a las nuevas realidades. Los adultos, no tanto. Mamá se entristecía a veces y se ponía

nostálgica, y le daba por contar historias de su infancia y de la Bogotá que recordaba, a pesar de que cada tanto íbamos de vacaciones y nos esperaba la familia. Cuando llegábamos, ella miraba por la ventanilla del avión la sabana de Bogotá y lloraba.

Luego de toda una vida en Caracas, regresé a Bogotá, ya pasada la quinta década de mi vida. No es una buena edad para emigrar, para empezar de cero y trabajar duro, y… enviudar. Dejaba en Caracas demasiadas cosas: mi amada UCV, mis amigos entrañables, mi hogar hermoso con el Ávila enfrente y la ciudad allá abajo. Viajé a Venezuela algunas veces desde mi llegada y no pude evitar llorar al ver desde la ventanilla del avión el litoral central, el mar azulísimo y los ranchitos que ya no están sobre tierra roja. Creía conocer a Bogotá, mi ciudad natal, pero, nunca la habité de verdad y ha crecido tanto que me pierdo en ella. Me resultó difícil el nuevo acento bogotano, con una cadencia distinta, con otra fonética, con pausas donde yo no las hago. Es diferente al de la generación de mis padres. Entendía a mis tías, pero no a mis primos ni a mis nuevos alumnos. No he logrado apropiarme del acento otra vez, aunque ya entiendo a la gente. Tuve que aprender palabras que mis padres nunca usaron: parcero, diligenciar, tutela, guardaescobas, tractomula. Cuando llegué de nuevo a Bogotá, me encantaron sus árboles frondosos y gigantes, los pinos, los… no me sé aún los nombres. Vuelvo a sentirme extranjera.

©Luz Marina Rivas

Nació en La Asunción, Isla de Margarita, Venezuela. Poeta y ensayista. Licenciada en Letras en la Universidad Central de Venezuela (1974). Profesora en la Universidad Central de Venezuela, la Simón Bolívar y la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (1974-1999). Obra publicada: *No apto para los ritos de la sacralización* (1987). *Ardentía* (1992). *La Casa del Vigía* (1993). *Bajío de sal* (1996). *Levar fuegos y sietes* (1998). *Cuerpos de resistencia* (2006). *Caudalía* (2010 1a.ed.), *Caudalía* (2013, 2a.ed.). *Andar con la sed* (2016) Actualmente es vicepresidenta del Círculo de Escritores de Venezuela, y Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua por el estado Nueva Esparta.

Una realidad ciega y sorda

La vida navega entre adversidad y muerte.
El tiempo llega y dice llamarse pandemia.
Se achica la condición humana.

El corazón trata de elaborar metáforas
para aferrarse al hálito de una sonrisa.
El deseo está allí, atizado por la esperanza
pero ningún ave se atreve a levantar el vuelo

La salud y la libertad aguardan
ante una realidad de boa constrictora
y la verdad lamenta su quimera,
añora ser revelación de amor y bienestar.

El hombre quiere despertar.
La enfermedad lo aparta, la mascarilla lo esconde.
Sabe que palpita aunque su aliento se agazape;
es el reclamo de la vida.

Hay una sordera ciega que no sabe de lágrimas ni de vacunas,
mientras a la pandemia le crecen garfios en las manos.
Los ojos del alma aguardan la iluminación.
para trascender con palabras el Ser que somos
para ser el espacio en blanco, el silencio
que nos devuelva a la plenitud,
al sentir apasionado de un tú universal, del otro.
Para existir como respiración enamorada.

©Magaly Salazar Sanabria

Nació en Caracas, Venezuela. Es autora de los libros de poesía: *Solo huellas* (1993). *Marismas* (1998). *Oberturas* (1998). *Ronda de animales* (2011). *Errances I* (1993) *Errances II* (1994). Licenciada en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Magister Scientiarum en Literatura Hispanoamericana y Venezolana por la Universidad Central de Venezuela, Especialización en Ciencias del Lenguaje: Antropología Visual, École des Hautes Études en Sciences Sociales-París. Doctora en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos por la Universidad Sorbonne Nouvelle-Paris III. Profesora titular de la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Especialista en Literatura Latinoamericana de los siglos XIX, XX y XXI. Colabora regularmente en revistas y participa en coloquios. Actualmente organiza el Archivo Rufino Blanco Fombona. Trabaja en la edición francesa de su libro de ensayo *Las imágenes fundamentales en la prosa narrativa hispanoamericana del siglo XX*. Traduce al español partes de la obra y artículos sobre el escritor franco-escocés Kenneth White. Es miembro del Centro de Investigación CRICCAL-Paris 3 y del Institut International de Géopoétique.

Turín, 3 de enero de 1889

En recuerdo de Béla Tarr.

Un cochero flagelaba a un caballo
y el cuerpo del animal se desplomó

Alguien que lo observaba lloró
lloró por mí
y por los que no presenciaron la escena
la demencia se apoderó de él
una locura diferente a la del cochero
que cotidianamente luchaba contra el tiempo
otro tiempo diferente al del que vio
el suyo era él del hambre y la sed
un tiempo en el que no hay más allá
un día basta para conocer a los demás

Un caballo agoniza en un establo
y sueña con el hombre que lloró por él

Del libro inédito: *Voces del cuerpo*

En recuerdo a El hijo de Saúl

de László Nemes

Un niño ha muerto y fue hallado
puede ser cualquiera, pero fue él
Quién conduce el rito
hacia la morada perenne
es Carón que llega en su barca

Dónde fue a parar la moneda
sin ella no habrá viaje
caminará en la intemperie por la orilla
lo alcanzará el río si las aguas se elevan
y huyendo de la jauría
nunca descansará

Al final la sorpresa
sin plegaria, con fuego
y el ángel que aparece
en el último instante
recordando autoritario
sin ritual no hay Cielo

Del libro inédito: *Voces del cuerpo*

A Anselm Kiefer

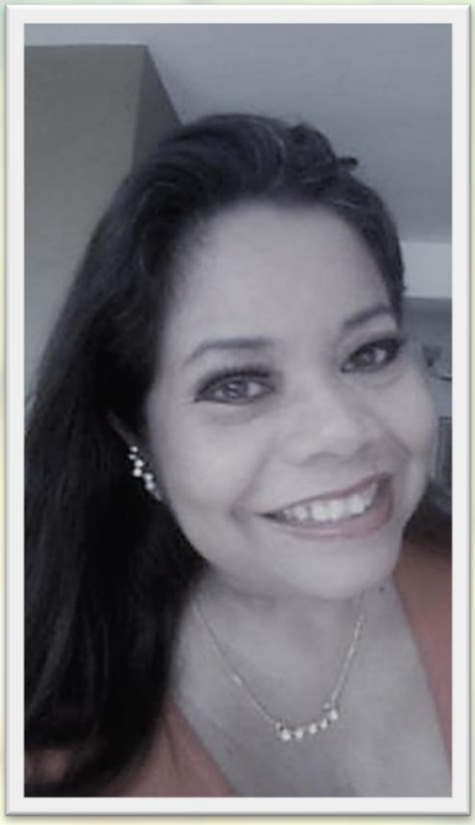
Y si las hojas de los libros se endurecen
a causa del plomo que las cubre
y si pierden su flexibilidad
adoptando figuras rígidas

Qué haremos
si el contenido asume el tono
indescifrable del tiempo en que vivimos
ese del que una vez habló Brecht

Salgamos de la oscuridad diaria
crucemos al otro lado
hacia donde el paisaje se abre por instantes
y la luz emerge tenue entre los rostros

Del libro inédito: *Voces del cuerpo*

©Maguy Blancofombona



Nació en Venezuela (1967). Es médico cirujano con especialidad en Gastroenterología. Egresada de la Universidad Central de Venezuela en 1993 y madre de dos varones. Aprendió a escribir antes que a leer. En diciembre publicó su primer poemario Viviendo a ultranza (2010), escrito un año después de la muerte de su padre. El poemario contiene 50 poemas sobre la maternidad, el duelo, el amor, los amigos y el dolor. Por sus cincuenta años de edad escribió noventa páginas tituladas Diez lustros de delirio, un compendio de cuentos, poemas, ensayos, juegos de palabras, donde el erotismo es el duende principal. En abril de este año 2021, la revista digital Contexturas.org publicó tres de sus poemas: Latidos y Delirios es el nombre de la publicación y su editora es la reconocida Denise Armitano.

Nirvana

Una marea deliciosa llega calladita a mi oreja derecha y comienza su primorosa letanía
No tiene horario ni detonantes, solo la contundencia de su presencia…
Rocía con muérdago los pulpejos de los dedos de mi mano derecha y, entonces, emprende el delicioso camino lisérgico.
Ya posesa, inicio la inexorable historia mil veces repetida desde mis cuatro años
Un éxtasis inaudito olfatea como hembra en celo el teclado

Y me desbordo
Y escribo al lado de Federico
Y pinto como Monet
Y canto como Edith
Y esculpo como Miguel

Y vuelvo a estar en gestación, y vuelvo a tener mi cordón. Y vuelvo a estar segura
Y mientras dura el tecleo
Dejo de sentir miedo
Vuelvo a ser feliz
Y sueño
Y

V U E L O

B

Buscas entre escombros el maná que te sostenga

Y en la oscuridad, la luz que te equilibre

Siempre en fuga

Siempre en el borde

¿ACASO EXISTE OTRA FORMA DE VIVIR?

C

Conjuras demonios, posesos y afines, correteas y espantas espantos de pasquín,

Cada cinco minutos, cada cinco horas

Piedra, papel o tijera

Te pregunta la vida

Quejumbrosa y reilona.

©María Alejandra Rondón

Nació en Caracas (1960). Es poeta, ensayista, magister en Literatura Latinoamericana. Desde 1991 hasta la fecha, ha publicado quince libros de poesía. Su obra está incluida en más de veinte antologías nacionales e internacionales. Ha sido traducida a seis idiomas; asimismo, ha sido reconocida por cuatro premios y dos menciones de carácter nacional, entre ellos el Premio Anual de la Fundación para la Cultura Urbana en 2001.

Recibió el Honor prizes (for complete work) Naji Naaman's Literary Prizes (Líbano) en 2016. Es editora y fundadora de la revista digital de poesía el cautivo El cautivo creada en 2004. Sus publicaciones más recientes son: *Las conductas discretas* (El Taller Blanco, 2020) y *Los gozos del sueño* (OT editores, 2021).

día limado por el silencio

saeta en el acto de bruñir con lentitud
en lo roto de mis dedos
regreso del dolor y de lo rígido
huesos articulados por la muerte
en la puerta del solsticio
este encontrarte
en el instante del abrazo
círculo que rompe el tiempo
gota dura en la piedra
volcanes que dormidos solo saben del silencio
agua del azufre en los ojos
ixpaco en solsticio
sol luna vos yo tiempo sumas lugar
volcán temple café lago permanencias
nada que me enturbie el cuerpo
nada que detenga este día
tan próspero en el silencio
mientras el viento trae la polvareda
repito ese poema una y otra vez
contracción lumbre agua
en un alambre camina
aguas dormidas
volcanes
segura llaga para la vida
nombre entero
conjuro y ceremonia

Del libro *madera de orilla* (2013).

©María Antonieta Flores

Escritora hispano venezolana. Ha realizado en Venezuela talleres de Narrativa con Israel Centeno y Humberto Mata. Escritura Creativa con Milagros Socorro. Ensayo Literario con Eleonora Cróquer, Judit Gerendas. Crónica con Beatriz Alicia García. Ha publicado artículos de opinión en el diario El Carabobeño (Venezuela), en varias revistas digitales. Cartas en el diario El Nacional (Venezuela), en donde obtuvo mención especial a la mejor carta del 2005.

Su libro *Mujeres en su tinta* (Editorial Cómplice, 2015) forma parte del catálogo de las librerías de la Universidad de Stanford, en la sección Literatura femenina Latinoamericana.

Fe de Vida

1. Calostro, leche tibia que me ayuda abrir los ojos.

2. Emulsiones vitaminadas y salobres que preparan mi boca para la primera sonrisa desdentada.

3. Cremas espesas y atoles para empezar a utilizar mis escasas piezas dentales.

4. Hamburguesas y papas fritas que habitan en cajitas felices.

5. Perros calientes y arepas frondosas a la salida de una fiesta, cuando la noche apenas empieza y los grillos alebrestados, cantan a la lluvia.

6. Parrillas, asados, carne en todo su esplendor que se prodiga feliz al saberse querida y deseada.

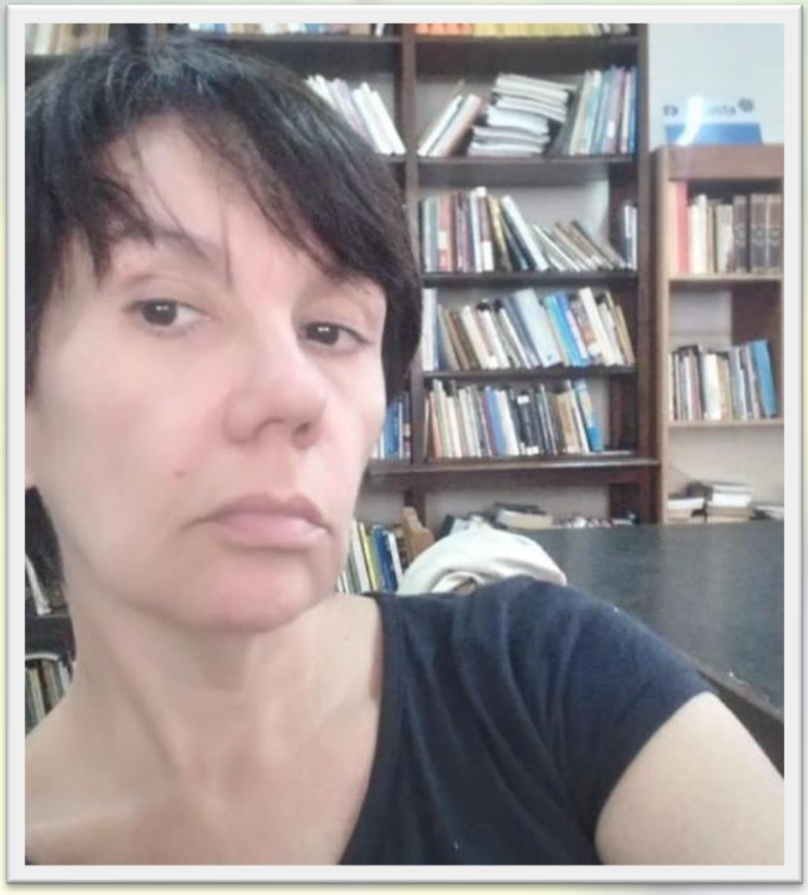
7. El espectro de los sabores se agranda por defecto con los agridulces, amargos y salados. Mientras, la mesa brilla con el filo de los cuchillos y la hondura mansa de las cucharas.

8. Para el tiempo del nido vacío recurro a mi alacena, donde tengo almacenados los recursos emocionales que fui guardando durante mucho tiempo.

9. De nuevo sopas y cremas bien vitaminadas, aunque ahora bajas en sal y grasas saturadas.

10. Leche, galletas, pan dulce para pasar mejor la cena más frugal.

©María Candel



Nació en Madrid (1963). Estudió en Caracas una licenciatura y una maestría en literatura.

Publicó los libros de cuentos*: La fumatrice y otros relatos* (1999). *Maleza* (2004). El poemario *Los jardines de Versalles* (2009). Ensayo *Del realismo a la parodia: marcas para un mapa de la narrativa venezolana de los 90* (1997). *Racionalismo y empirismo en Andrés Bello* (1990). Participó en *Pasajeras*: *antología del cautiverio* (2020).

Poema 13

La otra noche estuve en un hotel con una mujer
Muy bien vestida ella
a mí no me dejaban entrar, por lo contrario
Sacó una tarjeta color plateado y lo siguiente fue entrar en la habitación
Le dije –hoy no quiero hacer nada
Solo he venido por un poco de agua tibia
un jabón
y una cama donde dormir.
La mujer no me echó.
Se recostó bien pegada del borde de la cama y dijo –báñate y descansa
y dormimos juntas.
Era tal separación entre los dos cuerpos que habría cabido un tercero
Y hubiera sido un *menage a trois*

©María Celina Núñez

Fotografía: ©Annela Armas

Nació en Caracas (1947). Doctora en Filosofía egresada de la Universidad Central de Venezuela. Autora de los siguientes títulos publicados: *La Discordia de Babel/Cantábrico*. Kálathos Ediciones. Madrid, 2021. *Ritual de bosques*. Dcir ediciones, Caracas, 2015. *1606 y otros poemas*. Edición de autora, Ex Libris, Caracas,2008. *Un tiempo más bajo los árboles*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1991 «Premio Municipal de Poesía Ciudad de Caracas 1991» y «Premio CONAC de Poesía Francisco Lazo Martí» 1992. *Linos*. Fundarte, Caracas, 1989. «Premio Bienal de Poesía José Rafael Pocaterra, Valencia, 1986». *Introducción a la hermenéutica*. Ediciones Universidad Nacional Abierta. Caracas, 1999. «Premio del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional Abierta».

Twitter: @mclarasalas11

IG: mclarasalas

Cacería I

La mayor parte del tiempo
servimos de alimento a depredadores.
Seres semejantes a nosotros,
pero más ágiles en su inconsistencia.
Cuídate de los débiles,
de los caparazones muertos.
Alma, cuerpo y espíritu infunden sus poderes
para darnos dominio sobre selvas y mares.
Muy olvidados andamos, si creemos
que no tropezaremos con nuestros enemigos,
los que bajan precipitadamente de las montañas,
los que nos tragan en remolinos de agua.

Cacería II

En una cacería, nunca habíamos
luchado tanto por una presa.
En los cuerpos caídos estamos nosotros mismos.
Una prueba de fuerza es la distancia
que en un abrir y cerrar de ojos, se acorta.
No hay escapatoria,
no hay voz ni grito que pueda sostenernos.
Este no es el bocado que busco,
cada vez comprendo mejor que este no es.

Cacería III

El silencio me somete como a un animal perseguido,
estoy en el suelo sin moverme,
no necesito ver al que me ataca,
lo conozco de sobra y lo dejo quieto
como él a mí.
De cualquier modo, necesito esta inmovilidad,
pasajera o definitiva,
según las extrañas voluntades del tiempo.
Si intento zafarme, no conseguiré nada,
eso lo sabemos él y yo.
La mudez juega un papel decisivo
hasta el próximo movimiento.

©María Clara Salas

Nació en Venezuela. Poeta, investigadora, educadora. Editora. Autora de los poemarios: *Larguetto ma non troppo* (2006). *Atlante* (2006). *Y si después de todo* (2014). *Odas al navegante* (2014). *Septiembre en la espesura* (2018). *Llenos de Sangre y olvido* (2020). Poemarios inéditos: *Limerencia. Septiembre*. Ha publicado los cuentos: *Un relato breve «Burberrys»* (1990). *Revista para las telarañas* (2000). *Lisboa* (2002). Entre sus ensayos destacan: *Clea Rojas: la trampa, la luz.* (2007). *Pasión y seducción en la escritora María Luisa Lázzaro* (2015-2017). *Papiros amorosos o poética del orfismo en Eugenio Montejo*. (2003). *La obra de Eugenio Montejo: partitura para conjurar la inocencia de la palabra* (2002). *Eugenio Montejo: La magia del alfabeto más allá del horizonte de la página* (2000).

Ahora sabemos para qué sirven los teléfonos
antes
ir y venir de miradas
tránsito de papeles
y se perdía la vida en la espera.
Ahora es solo un ring
el móvil vibra
el ser asciende,
se yergue
solo
para escuchar
la ceremonia.

Del poemario: *Odas al Navegante. Canto XIX* (2014).

Anoche
en una fuga de cohetes,
silenciosos abrazos repartidos por WhatsApp
llantos quedos,
furtivos,
falló la red de los afectos.
Anoche
hubo un cañonazo
en nuestros corazones.

Del poemario inédito: *El tiempo entre orillas* (2021).

La duda cruza la noche
bordea la calle,
husmea mi cocina;
en la hora de la misericordia
se queda aferrada a la sábila,
cuelga silente ante el alba,
navega en el día y
se posa en los ojos de la dulce Dana,
morisquetea a lo largo de sus cuatro patitas
y se atrinchera en la mañana.

La duda es a veces blanca
es a veces cuerda
es a veces promiscua,
ancla la tarde bajo el dorso del morral
y salta de andén en andén
en el tren de Propatria a Chacaíto;
se prenda en unos ojos
que se niegan a dejar.

La duda chispea los brazos del hombre que me ama
atraviesa su cuerpo década a década
hasta bebérmela en sus besos.

La duda vuelve
en esta noche de sapitos y ranas,
de vuelo de murciélagos ladrones de nísperos
y se ancla en el limonero del patio.

Del poemario: *Septiembre en la espesura* (2019).

©María del Rosario Chacón Ortega

Nació en Caracas (1954). Autora de *Recetas infalibles para sufrir con propiedad* (poemas ilustrados). Caracas, Gisela Cappellin Ediciones. 2020. Licenciada en Letras. UCAB. Profesora de Lenguaje y Comunicación. UCAB. Profesora de Literatura en Diplomado de Escritura Creativa. Directora de diversos Talleres de Lectura. Ponente en cine foros y talleres de cine y literatura. Escribe artículos sobre literatura en Viceversa Magazine, Ideas de Babel, Aldea Educativa, El Constructor. Autora de *Todo que ver* (poemario de próxima aparición digital en el portal pasionpais.net).

Twitter:@madoara
IG: @madoloresara

De la esperanza y otros accidentes naturales

I. Diluvio semibíblico:

Siéntese, mientras espera, a verse llover.

Al Dios que le pulula por dentro le gustaría más que usted se lloviera arrodillada.

Cabeza gacha, para que no se note que diluvia por órdenes inferiores.

Elija torrentes estilo hojilla para el final de la tarde y cataratas estilo bala más hacia la madrugada.

Es lo que se estila. No se trata de diluviarse de cualquier modo.

Que luzca espléndida la esperanza empapada que sale del paladar.

Se ha decretado que el diluvio dure aproximadamente toda la vida, y con suerte, hasta un poco más.

II. Falla sísmica sístole / diástole.

Todo terremoto que se precie abre un tajo hasta el centro de la tierra.

Aquí la raja separa el mata del muere, el abre del cierra, el toma del dame. Sístole se pelea con diástole.

El sismo soberbio procede al desguace del alma.

Y la circulación trepida a ritmo de catástrofe: venas, arterias y vasos capilares.

Nada queda en su lugar.

El epicentro se ubica en el kilómetro cero del corazón que, aun así, se especializa en esperar.

Una lástima.

III. Incendio espíritu- forestal.

Arde la espera en la garganta. Se queman las vísceras arrasadas por el fuego paciente.

Hoguera nómada que sube por las piernas.

Santa Esperanza descompuesta entre las llamas.

El noticiero dice que no se sabe si el incendio ha sido espontáneo o provocado.

Las autoridades alertan sobre la posibilidad de que haya un piromaníaco desbocado.

Se tomarán medidas entre pecho y espalda.

IV. Hundimiento de Atlántidas varias.

La leyenda habla de un paraíso que fue acumulando serpientes ignorantes, manzanas podridas, hojas de parra malolientes, y otros escándalos, hasta que todo fue piedra, desvarío y sangre.
La magia negra hizo del aire, puño; del sueño, bilis; de la espera, monstruo. Y se hundió.
Así: saltando de la furia al odio, de lo canalla a lo abominable, de lo bruto a lo bruto, como quien no sabe, sabiendo. Y siempre sin vacilación: hay que dejar a la nada sin nada.
A veces, en el mar turquesa, se puede oler, todavía, el pánico.

©María Dolores Ara

Fotografía: Boris Milán

María Elena Lavaud es periodista y escritora. Trabajó durante 18 años en radio y televisión para varios canales y agencias internacionales de noticias. Sus libros han sido publicados por distintas editoriales en España, Venezuela, Colombia y Estados Unidos. Es ganadora del International Latino Book Award con dos de sus novelas, y ha recibido mención de honor en London Book Festival. A través de su agencia de servicios editoriales —MEL Projects Publishing— promueve la independencia del autor a través de las plataformas de auto publicación y se ha convertido en una exitosa editora de libros. También ha desarrollado un método propio para el coaching de escritura. Recientemente fue admitida como miembro de la organización internacional Alliance of Independents Authors (ALLI) que solo certifica escritores y empresas editoriales con altos estándares de calidad y servicios.

Sus libros: *Días de Rojo*, *La Habana sin Tacones*, *Tatuaje de Lágrimas*, *Clarissa*, *Te cuento: 75 años de Empresas polar y su gente*.

Desde el retrovisor

Ya había dado dos vueltas por las callejuelas siempre abarrotadas de Los Palos Grandes. No lograba encontrar la dirección del restaurante donde el psiquiatra, pese a estar de copas, había accedido a recibirlas brevemente. La cosa era seria. Un nuevo ataque de pánico cercano a la media noche, y ella, la verdad, ya estaba agotada.

Lucía, su amiga de la infancia, yacía en el asiento de atrás. Pálida y ojerosa. Cansada, lo mismo de sentir miedo que de llorar. No había querido tomar la pastilla, como casi siempre. Esta vez, con el paso de las horas, la crisis parecía arreciar. Ella deseaba desde el fondo de su paciencia finita, que el psiquiatra la convenciera de tomarla. Ya sumaban tres las noches de sueño espasmódico. Con un proceso de divorcio encima, una niña de 10 años, cuatro perros, trabajo extra y una casa llena de separaciones, la carga era pesada. Entraba el segundo mes desde que se había hecho cargo de su mejor amiga.

Mientras estacionaba frente al bendito restaurante, pasó un mensaje de texto al psiquiatra para que saliera. Demoraba. Buscó vigilar a Lucía a través del retrovisor, y el espejo le devolvió la imagen de aquella niña temerosa de siete años, que acurrucada en la cama, no se bajó de ella en todo un día, porque «mi prima me dijo que el piso tiene ojos». Parpadeó varias veces tratando de espantar el recuerdo. Volvió a intentar enfocar la vista, pero solo encontró de nuevo su rostro de pánico —ahora a los nueve años— aquel día cuando ella misma se encerró en la oscuridad del clóset de los juguetes, y esperó y esperó y esperó, alrededor de dos horas hasta que Lucía abriera las puertas, solo por el placer de asustarla y gastarle una broma. «¿Quién puede creer que el piso tenga ojos?, ¡Por favor, Lucía! ¡Pareces tonta!».

Las llamaban «las morochas» y no era para menos. Siempre trataban de vestir igual. No eran conscientes de lo inútil que es tratar de igualar mediante la ropa a dos personas tan diferentes. También les decían «la compota» y «el espagueti»; chistes crueles y malos de los tíos pasados por alcohol frecuente, en juergas infaltables los fines de semana. Como buena compota, ella estaba más nutrida y le sacaba además media cabeza de ventaja en estatura. A Lucía, espigada y de cejas más que pobladas, parecía que siempre la faltaba la salsa. Con todo, disfrutaban enormemente en la sala de juegos donde se encerraban a fantasear desde la mañana hasta caer la noche. Ahora era diferente. Si los tíos vivieran, el espagueti habría dado paso al «esqueleto» y la compota a un «consomé» sin sal. Rondaban los cuarenta años y la barajita del divorcio la tenían repetida.

El psiquiatra se sentó en la parte de atrás del carro. Conversó con Lucía. Le despegó los párpados inferiores con el pulgar. Todo rojo. Finalmente la convenció. Entró al restaurante de nuevo, y regresó con un vaso de agua, que le acercó junto a la pastilla. Luego se bajó del carro de nuevo, dio la vuelta y se colocó junto a la ventana de ella. Pretendió hablarle con la misma discreción que sería posible en medio de una discoteca. «Hay que tener mucha paciencia —volvió a decirle—. Cuídate de mencionar el nombre de lo que tiene. Le provocaría más ansiedad en este momento. Ya sabes, las paredes tienen oídos», dijo, y se marchó a seguir embriagando toda su cordura, como si Lucía ya hubiera superado el tema de un piso que tiene ojos y lo ve todo.

©María Elena Lavaud

Nació en Maracaibo. Periodista, docente y escritora zuliana. Actualmente labora en el Departamento de Investigación de la Biblioteca Pública del estado Zulia. Es Compiladora de la obra inédita de María Calcaño: Obras Poéticas Completas (1998). Páginas de un Diario Olvidado (2012), y Antología de Poesía (2014). Donde la Boca que te Busca (Antología de poesía de mujeres zulianas como coautora (2014). Ha publicado ensayos en diferentes revistas del país; entre ellas: A plena voz, Poda, BCV, Perspectiva y Revista Nacional de Cultura. Participo en diferentes Festivales mundiales de poesía y Ferias Internacionales del libro. Actualmente fue la invitada el Día de la Mujer por la Alianza Francesa de Santa Marta al recital Mujeres Resilientes, también a un recital virtual con 29 poetas mexicanos el Día Internacional de la poesía en representación de Venezuela. El 28 de abril participó en el Foro: Mujer e Historia en el estado Falcón para disertar sobre Emancipación y derechos de la Mujer en Ana María Campos.

Magdalena

Un cuerpo no conduce la llave que abre un corazón.
La piedad es un ejército de verdades, en medio de fiebres eróticas.
Piedras detenidas en muros de absolución. Curandera que limpias
heridas en vírgenes de la calle. Este no es el pozo de Jacob.
Buscas en palacios de rojizos telares, aroma de pubis
y equilibristas del Kamasutra, el perdido centro de tu alma.
Un perfume de nardos abre ventanas hacia tus sueños de niña
y el éxodo acaba, si derramas ánfora de besos a los pies de Jesús.
¿En qué sótano de tu casa de Magdala escondes el llanto;
mientras cada puerta, cada hojarasca de piel,
cada orgiástica parada, te alejaba de los paraísos del amor?

Tsunami

La música de la nostalgia
es un acordeón viejo que pretende emular
las manos diestras del debutante.
El tiempo arrastra sus señales:
el amor ya no es brisa, sino polvo en la casa de campo.
Un corazón inundado es más peligroso
que un tsunami a las puertas del Valle de Caracas.

©María Eugenia Bravo

Nació en Venezuela. Economista. Exalumna del Taller de narrativa «Imago Mundi», de Mharia Vázquez Benarroch. Actualmente cursando el Seminario Doscientos Años de Literatura Americana, de Milagros Socorro. Viajera incansable, me he residenciado y visitado varios países en Asia, Europa, Américas y Oceanía. Actualmente resido en Houston y me encuentro trabajando en un proyecto para publicar una novela.

Escribir es un rincón feliz.

Meditando frente al ventanal se encontraba lady Margot, una dama de ímpetu sobrio, adornada con linos finos y joyas de diseño italiano, tan costosas que solo un jeque podría pagarlas.

Ella elevaba su mirada sobre los árboles de la calle, y se perdía entre las aves que dibujaban el cielo de un lado a otro. Me contaba: «El país era prominente en minas de oro, la riqueza por primera vez se extendía a toda la sociedad. Yo estudié y me gradué para desempeñar cargos importantes en empresas, cuyos dueños eran los hombres más poderosos del país. Podría decirse que pertenezco a un movimiento de mujeres que rompía los esquemas en aquellos tiempos mozos».

Levanté mi taza de té favorito, *Earl Gray*, importado. El sabor del té me hizo recordar que debía salir a las tres de la tarde a buscar a mis hijos a sus clases de música; pensé, «Lady Margot es una mujer extraordinaria y tan hermosa ¿por qué no habrá tenido hijos?». Entonces, como si hubiera escuchado, encendió un cigarrillo con una precisión llena de elegancia.

—He sido una Hembra Clandestina…y no me arrepiento —me dijo, dejándome pasmada.

Su tono de voz, ronca y sensual, fue el más noble que le había escuchado, de todas las oportunidades que había tenido de oírla. Fue una confesión, pero al mismo tiempo una lección de sabiduría que solo se comparte entre mujeres.

—Después de que me gradué y comencé la coordinación en las Minas del Valle —continuó diciéndome—, me enamoré perdidamente de un hombre al que llamaré P. Por las tardes, en medio de la selva del Valle, regresábamos al campamento. Agotados después de horas de lecturas, entrenaba a casi cinco grupos por día. Tomaba un baño y hacía una merienda. Entonces los compañeros tocaban a la puerta para que saliera a comer con ellos unos asados de carne que preparaban en fogatas improvisadas. Una noche, la que parecía la más bella de todas, iba caminando hacia mi habitación, cuando tropecé y me torcí un pie. P. me vio caer, me levanté rápidamente y seguí mi camino, no me había dado cuenta de que él me había visto como si mi falda se levantara y me hubiera observado por debajo, desnuda. Ya todos habían regresado a sus habitaciones, mientras yo en la mía revisaba mi tobillo, P. tocó a mi puerta.

—Buenas noches, ¿puedo pasar? —preguntó suavemente.

—Yo no sabía que responder —dijo—, me dolía mucho el tobillo y debía prepararme para ir a dormir, si se hacía medianoche y yo estaba levantada me desvelaría y eso significaba levantarme cansada para lidiar con los grupos de entrenamiento.

—Solo quiero asegurarme de que estés bien, me importa el personal —insistió.

—Mi tobillo parece que tiene un esguince —le dije—, por suerte, mis articulaciones son muy flexibles. Si usted se retira, de inmediato podré atender mi accidente y amaneceré como si no hubiera pasado nada. Le agradezco que se haya preocupado por su personal. Que tenga buenas noches, debo encargarme de mis asuntos.

—Espera —dijo P. —recordó lady Margot con un suspiró. Noté como ella bajaba su ímpetu.

—Ingeniero Margot —dijo P. siempre estaré aquí para usted, quizás no me conozca al detalle, pero yo a usted sí. Estoy al tanto de lo que hace. Sé que está dedicada al trabajo en la mina, y estoy satisfecho de contar con personal como usted.

—Me dio una tarjeta con su nombre —continuó—, un logo diferente al de la mina, y un número telefónico. Era uno de esos hombres guapos y elegantes, los que hoy llaman en las redes sociales un hombre irresistible.

—Muchas Gracias Sr. P. agradezco mucho su ayuda —le dije. Ese contrato de las minas duró unos diez años. Un largo tiempo que dediqué mi cuerpo, alma y corazón al trabajo y al amor clandestino. Me había graduado a los veinte años, y la pasión desbordaba mi piel. Los encuentros con el Sr. P. fueron cada vez más frecuentes, a oscuras, detrás de las puertas del sol, me convertí en la mujer que acariciaba los sueños de un hombre que jamás sería mío, y que yo siempre quise que fuera de esa manera.

El día que lo conocí, cumplía tres meses de haberse comprometido. Nuestro romance se extendió. Tuvimos que hacer un viaje de negocios hacia Brasil y luego viajar a Lisboa, a cerrar nuevos contratos que afianzarían las relaciones comerciales de la empresa. Me preguntó si cancelaba su compromiso, y ni me inmuté. Nuestros encuentros eran apasionados, románticos, rápidos, por coincidencia, por presiones de trabajo. Una verdadera aventura.

Después del viaje a Lisboa, regresé y tomé un par de semanas de vacaciones, necesitaba respirar y decidir el destino de mi vida. Respirar, sí, porque P. me robaba el aire con todos los suspiros que generaba en mí. Mi alma de mujer, mi corazón de hembra, aprendía algo con lo que muchas no aprenden a lidiar. Es una constante búsqueda del balance que solo consigues tú misma, un balance familiar con tu existencia y con tus propósitos, no con terceros; que muchas veces no son aptos para ser compartidos en una misma vida, sino con vidas distintas, con destinos opuestos, sin coincidencia.

Hui a la playa, lejos, sola. Me hospedé en una posada junto al mar en la Península de Paria. Sin comunicación con el mundo. Aprendí actividades con las mujeres de la costa, aprendí a bucear, a tejer cestas para el pescado, a cocinar platos marinos y deliciosos, y tuve tiempo para escribir y terminar un libro de desarrollo personal.

En mis noches de frío, que fueron como siete de los tantos días que pasé sola, algunas noches lloré, otras, me levantaba a mirar el techo, o mirar por la ventana en la oscuridad. Revisaba mi equipaje, tomaba mi agenda y planificaba algunos cursos que tenía por estudiar. Varias noches pensé en el señor P. él me robaba el sueño, sus besos, su sonrisa, su cuerpo fornido, y las noches que pensé en él me quedé dormida sin darme cuenta. Entonces llegó el día de partir y reincorporarme al trabajo, volví a la selva. La primera noche el señor P. apareció con las mismas ansias, y nos amamos como siempre y como nunca.

El momento de la respuesta llegó, el señor P. tenía que tomar acción en la cancelación de su compromiso. Le dije que no cancelara su matrimonio, le dije que siguiera adelante con su vida.

Yo era una mujer diferente, que amaba diferente, que pensaba diferente. Me dolió como duele pensar que alguien que amas nunca será tuyo, pero los sentimientos, la piel y la realidad son antagonistas.

El ama de llaves de lady Margot se acercó a ella.

—Señora, la mesa de cartas esta lista —le dijo.

—Y mi hora de buscar a mis hijos también llegó —acoté.

—¿Te espero mañana a la misma hora? —me preguntó, con una sonrisa cómplice—. Espero tengas un buen título para este capítulo de mi biografía —dijo.

Yo la miré como si no hubiera pasado nada, le sonreí, entendiéndola, sabiendo que estaba abriendo su corazón como si de un testamento se tratase. Observé un momento a mi alrededor, admiré todo el lujo y toda esa soledad, y a esa mujer valiente y adelantada a su tiempo, asentí con un gesto mudo de admiración y respeto, para continuar escribiendo su historia, la historia de una hembra clandestina.

Extracto de la novela *Hembra clandestina.* Inédita.

©María Eugenia González de Hartley

Nació en Caracas (1972). Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello, con Máster en Edición de Libros de la Universidad de Alcalá de Henares. Participó en dos talleres de creación literaria del Centro de Estudios Latinoamericano Rómulo Gallegos. Ha publicado los siguientes títulos: *Extraño vértigo*, LP5 Editora (2020). *Duendes caseros ¡hasta en la tostadora!*, EDAF, Madrid (2016). *Desvelos*, Amargord Ediciones, Madrid (2012). *Sabia Vida Savia: manual de irrealismo pragmático*, Amargord Ediciones, Madrid (2008). *Y de la noche tanto*, Editorial 50 de 50, Caracas (2004). *Por debajo del viento*, editorial El Pez Soluble, Caracas (2000). Ha sido incluida en varias antologías de poesía venezolana y latinoamericana: *La flor en que amaneces*; *Fanky, antología arbitraria Perú-Venezuela*; *El puente es la palabra*; *EN-OBRA*; *La maja desnuda*; *Voces nueva*; entre otras. Es fundadora del espacio de edición alternativa independiente petalurgia.com. Hace collage analógico y digital.

A medio camino de la luz

Te inclinas hacia mí
Señor
Desde tu árbol
Y extiendes la sombra hasta mis ojos
Quisiera devolverte el fruto
Pero sólo tengo esta vida
Atragantada en el pecho
A medio camino de la luz

Estragos

Cuando se decide a atravesar el sentimiento
Los estragos de la flecha no son nada
Comparados
Con los del corazón

Del poemario: *Y de la noche tanto* (2004).

1.

Algunos poemas tienen frío de morir
y se arrojan al fuego de la boca.
A veces tiemblan en la mano,
pequeños pájaros caídos del nido de la frente.
Se escriben encima,
humedecen sentimientos
y lo que era mirada deslava las mejillas,
me horada una boca tan honda como el desconsuelo.

Callar les queda lejos, como volar
y de camino al silencio
no tienen más luz que la palabra.

16

Hay un cierto mar en las palabras
cuando se acercan a la costa.
El azul invade cada sílaba
y al pronunciarlas
arde la sal en el cielo de la boca.

Del poemario: *Desvelos* (2012).

Inmigrante

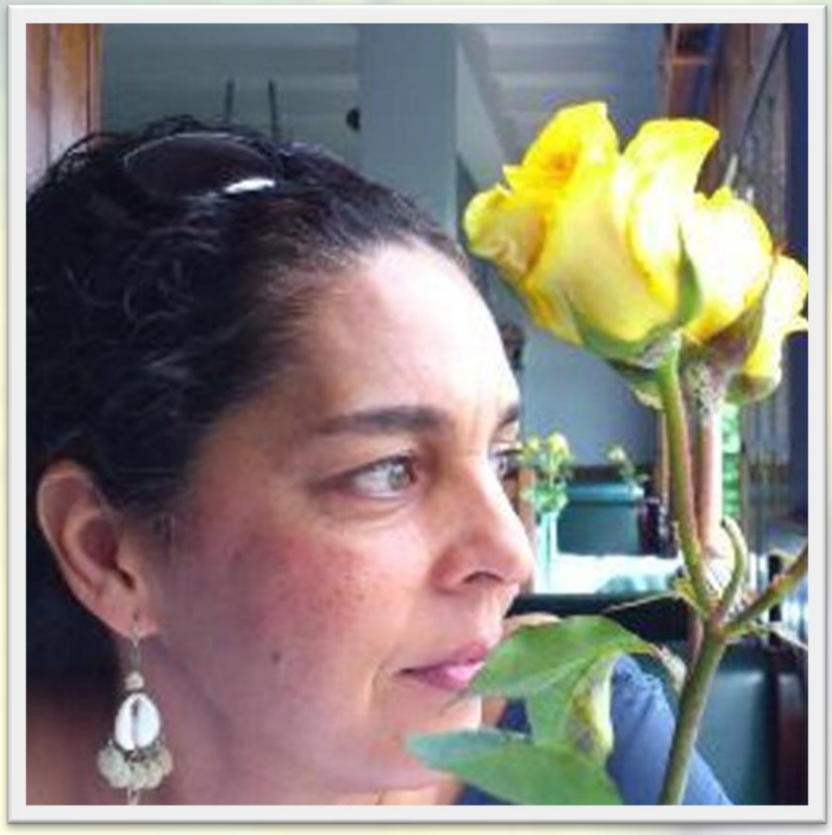
Inclinas un poco la nostalgia al andar.
Se nota que te pesa el otro lado del mundo.
Esbozas el hilo tenue del funámbulo
entre husos horarios.
Intentas cruzar con palabras de otros tiempos,
pero tu boca es un desequilibrio.
Tambaleas de pasado,
titubeas de presente.
Volver
es un vértigo incurable.

Nuevo mandamiento

Hagámonos bosque los unos a los otros.
Vertebremos el silencio.
y en lugar de palabras,
elevemos el fruto.
Que los pájaros lo coman de la frente,
luego vuelen.

Del poemario: *Extraño vértigo* (2020).

©María Gabriela Lovera



Nació en Caracas. Lectora de nacimiento gracias a las malas influencias de su padre. Periodista egresada de la Universidad Central de Venezuela, cursó los talleres de redacción con el inolvidable Alexis Márquez Rodríguez. Posgrado en psicología. Estuvo en los talleres de narrativa dictados por los escritores Ángel Gustavo Infante (Universidad Católica Andrés Bello, Ucab), Israel Centeno (Centro Cultural Trasnocho), Carlos Sandoval y Rodrigo Blanco Calderón (Escuela de Escritores). Disfruta escribiendo y reescribiendo sus cuentos en esta amada y poco sortaria Tierra de Gracia. Los publica gracias a@jorgeletralia en su revista Letralia Tierra de Letras, y en otras revistas como Achtung!, Almiar y Buriñón. Lleva algún tiempo con Bombón, novela-proyecto.

Twitter: @IsaCuento

Propuesta

Un lunes la caraja apareció sentada frente a mi cubículo, ante otro cajón vertical igual al mío, de fibra aglomerada, forrado con remedos de madera, en el que apenas caben las rodillas, un monitor, el teclado, y sobre este diez dedos como condenados a galeras.

Yo comencé a atisbar desde mi lado su melenita castaña salpicada de mechas doradas tapándole los anteojos, y a compartir con ella a través del mismo pasillo las réplicas fragantes del arroz chino o el pollo horneado de los almuerzos.

Ni por equivocación ella levantaba la mirada más allá de la pantalla o del lote de expedientes que ojeaba sobre las piernas. Mucho menos la extendía hasta donde me encontraba.

Vecinos de oficina.

Algún rollo debía atormentarla para entregarse a una concentración tan exagerada, tan por encima de cualquier funcionario público de este planeta que no tuviera el jefe al lado. Y no era ese el caso: por aquí el jefe, perdón, la jefa de Recursos Humanos sólo pasaba cada viernes a firmar la correspondencia y, de vez en cuando, a entrevistar personalmente, para quedar bien con los de arriba, a algún postulante que estos le enviaran.

A mi vecina le tocaba todo lo que se refería al cálculo de incrementos salariales por clasificaciones y ascensos de los empleados, cuestión que estos nunca iban a ver en sus billeteras, pero que había que tenerla al día, bien ajustadita, no ocurriera que un año, sobre todo electoral, finalmente, sí.

Esta tarea era una de las pesadeces más áridas y sin sentido en toda la administración pública, y siempre se le iba delegando al último que arribara por ahí.

Al nuevo.

Yo por mi parte estaba encargado de todo lo relacionado con la formación y mejoramiento del personal. Debía estar inventando continuamente un listado de cursos de relativa utilidad, para que no se le ocurriera a ninguno la idea nefasta de que la existencia de mi cargo no se justificaba.

Me había buscado toda una cartera de entrenamiento laboral. Desde manejo de novedades informáticas, hasta los de crecimiento personal, que en todas partes eran un fracaso, así la

gente obtuviese las máximas calificaciones en materias como Autoestima o Dinámicas de grupo. Pero yo había estudiado Administración de Recursos Humanos y tenía que ingeniármelas para continuar cobrando los quince y último de cada mes.

Visto así, algo en común teníamos; sin embargo ella parecía no verlo: no le preocupaba dar los buenos días, ni siquiera levantar la vista aunque fuese un segundo por encima del tabique al acomodarse la falda o los anteojos.

Mis relaciones con el resto de las mujeres del departamento estaban agotadas hacía tiempo. Y no me refiero a que ya me las había cogido a todas, cosa hoy muy común en los lugares de trabajo, con esta vida tan despersonalizada que lleva la gente: el tren para los valles del Tuy, el Metro desde Caracas hasta Los Teques, la cola de las autopistas, la inseguridad… Se entiende que una dosis de algo caliente relaja antes de retornar a casa.

No era eso.

Tampoco era que no me pudiera coger a ninguna. No iban los tiros en esa dirección.

Lo que ocurría es que, finalmente, tenía mi vida organizada, como dicen los de la hermana República. Vivía solo. Y no quería más líos con eso de estarme anotando en la nómina…

Estaba más que cómodo. Habitaba el apartamento que me dejaron mis padres en San Bernardino. Por ahí de vez en cuando pasaban mis hermanos; los panas con los que iba a las series del béisbol o con los que subía un domingo al Ávila, y una amiga con algunos derechos, pero sin compromisos.

Obvio que para el corpus femenino de la empresa me había convertido en un *bichus rarus*.

Igual marcaje de millas se me anunciaba con la recién llegada. Yo continuaría atisbándola un poco más, hasta convencerme de que tampoco sería apetecible para, siquiera, conversar un poco y sobrellevar esas siete horas de trabajo improductivo.

Un lunes no apareció. Nadie prestó atención a su ausencia.

A los ocho días se acomodó en su silla al tiempo que, sorpresivamente, me dio un instante de su sonrisa. A la hora del almuerzo, en el aire flotaba compartir. Y de allí a apagar el monitor, salir juntos, despedirnos en la puerta, más adelante en la parada de los taxis, y luego ampliarnos las referencias que cada uno tenía del otro, no pasó mucho.

Nos contamos cosas de nuestras vidas.

Ella acababa de terminar con un tipo al que sorprendió, cuando se regresó por sus anteojos de sol, *con la puta esa del 2E y en mi propia casa… en mi propia cama*. Les cayó a golpes allí mismo.

No me lo imaginé viéndola tan femenina. Pero todo es posible.

O lo contaría como consuelo.

El *shock* le duró la semana que no vino a trabajar. Tenía cuatro años con él y *ya no quiero saber de hom-bres.*

Esta historia y otras mías bastante íntimas y rudas, nos enfrió el acercarnos como hombre y mujer, pero nos hizo amigos en la solidaridad del día a día, que a veces obliga hasta a pactar vainas bien serias.

Un día me dijo que había ido al médico y que se le iba el tiempo para un hijo.

Había decidido tenerlo, pero como no quería tener pareja, en directo me propuso ser el padre.

No es fácil recibir ese golpe con naturalidad, por más macho superado que uno se crea.

Me dijo que sin ninguna atadura. Que el hijo sería de ella.

Me duró unos días asimilarlo.

Después me lo tomé bien *ligth*. ¿Por qué no, me dije?

Pasamos unos meses de lo mejor, dedicados a concebir a Gabriela.

Ahora, nada: ellas en Santa Mónica. Yo, en San Bernardino.

©María Isabel Briceño Armas

Nació en Caracas (1954). Estudios de sociología, filosofía, letras clásicas y música; tiene dos poemarios publicados: *Metálica virtud* (1992) y *Poemas peregrinos* (2004). Ha trabajado en el área cultural en diversas instancias en el estado Mérida y durante siete años ha dictado el Taller de Poesía de la Universidad de Los Andes. En la actualidad trabaja promoviendo la creatividad poética a través de seminarios y talleres, especialmente y con particular incidencia en lo filosófico y humanitario. En el año 2003 fue contratada por la organización de ayuda internacional a la infancia SAVE THE CHILDREN para Escribir un libro sobre la convivencia, la tolerancia y la paz. Prestó servicios en varias ONG europeas de protección de los derechos de las mujeres, de ayuda a la integración a través de las artes y de adopción internacional.

Sin sal

Lo sé.
Siempre nos repugnó la seducción
por lo inmediato.

Sin embargo,
en ese hilar tan fino,
a merced de un matiz,
cometimos el error
de quienes nunca sabrán
del sacerdocio:

Dejar pasar el fuego
y, luego,
hacer la ofrenda
en la ceniza.

Del poemario: *Poemas peregrinos* (2004).

Vino verde

¿Existe en Portugal un vino
del color de tus ojos?
Una sola gota del vino de tus ojos
entró en mi corazón…

Luis Rogelio Nogueras

Yo no te extraño a ti.
He extrañado tu tiempo.
Aquel cielo.
-Algo-
Esferas de energía y vida
flotando en el aire transparente de nuestros ojos
subiendo las calles empinadas
del Puerto para sentir los fados en Faz Figura.
Mariza Dulce Pontes Madre Deus…

Copas de Reinha Santa.
Libres y alucinados de alegría y saudade
como tiene un punto
de raíz de Lirio de Florencia
bajo la lengua.

Traíamos el olor sevillano de la primavera.
Las promesas del naranjo en el azahar.
La risa y los geranios.
Y los establos de caballos jerezanos
tan gráciles y nobles como hijos del Sol.

Éramos música
y el misterio que ondea en unas manos.
Bronce acre. Sudor en los cuerpos bailaores.
Éramos ese Ay sostenido
quebrado de profundo
Madrugá de la Saeta en el viento.
  Duelo de voz
que nos hizo llorar
al paso de las Cofradías
de María Santísima de la Esperanza
del Cristo de Medinaceli
del Señor del Gran Poder.

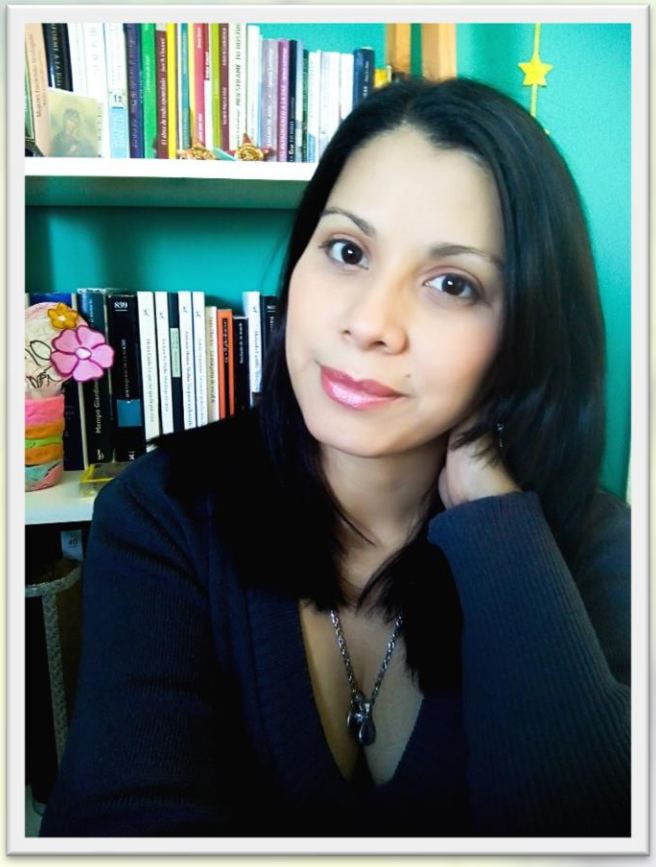
  No. Yo no te extraño a ti.
He extrañado la esencia de aquel tiempo.
Esa luz de Mañana de Reyes en nuestros ojos.
  Y el vino verde…

-Sí-

El vino verde de las Tabernas de Lisboa.

Del poemario: *Poemas peregrinos* (2004).

©María Isabel Novillo



Nació en Maracay, Venezuela (1982). Poeta y ensayista. Profesora de Lengua y Literatura (UPEL 2005) y Magister en Literatura Latinoamericana (UPEL 2010). Ganó el Primer Premio de Poesía Interliceísta Sergio Medina (1999). Segundo Premio de Poesía Rotary Cid Campeador (2019). Obtuvo el Tercer Lugar en el Certamen Cartas desde las Diáspora (2020). Sus poemarios publicados son: Mundo Ambiguo (2000). Ecos de la Ficción (2011). Ha participado en diferentes encuentros literarios y simposios de investigación literaria. Textos suyos aparecen en varias antologías nacionales e internacionales. Muchas de sus más recientes publicaciones se encuentran en las revistas literarias digitales: «DigoPalabra.txt». «Crear en Salamanca». «Revista Awen». «Revista Telescopio». «Merece Una Reseña». «The Wynwood Times». «Revista Sinfín» y «Revista Sudras y Parias».

Instagram: @maluisangarita y en su blog: María Luisa Angarita

Balcones

Hay quienes sacuden en el balcón
el drama de una mala noche
una mezcla de gotas secas de semen
escamas de células muertas
y migajas de pan
los signos de una vida nocturna
que caen desde las sábanas
sobre los inocentes transeúntes
que circulan por la vereda.
Ellos no lo saben
pero llevan consigo
como niebla invisible
esta fina capa
de sueños
y orgasmos sosegados.

Alguna vez fui Manoa

Manoa es la otra luz del horizonte,
quien sueña puede divisarla, va en camino.
pero quien ama ya llegó, ya vive en ella.

Eugenio Montejo

Alguna vez fui Manoa
ese espacio perfecto de ensueños y romances
fui sus calles pedregosas, sus voluptuosas montañas
alguna vez
por mis curvas circularon los amores
que me volvieron ciudad de tormentos.

No he sido un lugar paradisiaco
pero he sido musa, ciudad, infierno,
a veces también el anhelo secreto y la pasión oculta
que habla lentamente en los ojos distantes
esos ojos que miran y me buscan
como quien busca un sueño.

Alguna vez fui Manoa y también estuve en ella
recorrí el amor de sus calles
y me dejé cegar por su resplandor de antaño.

Más allá de las murallas y los puentes colgantes
quien logra cruzar quiere quedarse
y habitar sus espacios eternos
lo sé porque alguna vez fui Manoa
y alguna vez también
habité sus versos.

Abismo

Pudimos ser vida
la fuerza de un huracán arrasante
el fuego de una sequía indómita
la caricia del mar
y su envolvente oleaje.
Pudimos ser calma
y una intensa mezcla de pasión y locura
esos vecinos voraces
que encienden el barrio
con sus excitantes madrugadas
y también las caricias furtivas bajo la mesa.
Pudimos ser tanto
la confluencia perfecta de dos universos
el Big Bang y la extinción
al borde de un orgasmo.
Pudimos ser magia
aventura
cataclismo
la perfecta armonía del caos.
Pero elegimos
el abismo
y esta suerte de redención
propia de los condenados.

©María Luisa Angarita

Nació en Caracas (1950). Profesora Titular, Escuela de Letras, ULA. Poeta, narradora y ensayista. Premio de Poesía «Alfonsina Storni» (1978). Mención en el Concurso de Cuentos El Nacional (1981). Premio El cuento feminista latinoamericano (1988). Finalista Concurso novela Planeta Latinoamericana Miguel Otero Silva (1990). Premio Poesía y Narrativa Seccional Profesores Jubilados APULA (2003 y 2005). Además de otros premios y menciones. Cuenta con más de veinte libros publicados entre poesía, cuentos, novelas, crítica literaria y narrativa juvenil.

El don de sentir ausentes

—La noche fue cayendo como un manto entre luces de neón, Eulinda.

—¿Ya no tienes miedo a la oscuridad?

—No, porque me llegó un don.

—¿Don Filiberto?

—No, chica, el don de sentir a personas ausentes.

—¡Mosca, con sentir a personas muertas rondándote!

—No, son personas vivas, pero en cuerpo astral.

—¿Y hablan?

—No, solo nos miramos y nos sentimos.

—Pon atención si te tocan un brazo, o una pierna.

—No, porque yo tampoco tengo brazo ni pierna.

—¿Y entonces?

—Como tú y yo que nos hablamos sin tocarnos.

Calentar la oreja izquierda

—Eulinda, ¿eso de calentar la oreja será singular o plural?

—Ambos.

—¿Y, será con una vela o basta con un fósforo?

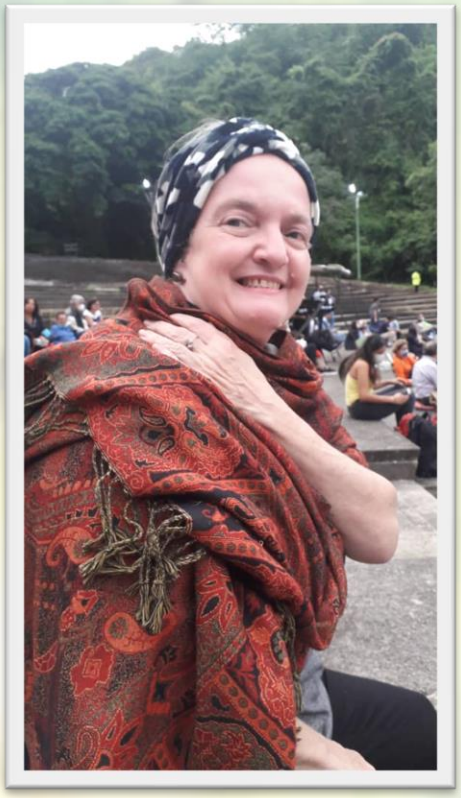
—Mira, muchacha del carrizo, sigue durmiendo, y en paz, que no son horas de andar filosofando tonterías.

(Mano en la boca del entendimiento, tapando, tapando).

—Ultimita... ¿será lo mismo calentar la oreja izquierda que la derecha?

—No, no es lo mismo. Es más peligrosa la oreja izquierda porque está del lado del corazón.

©María Luisa Lázzaro



Nació en Caracas, Venezuela (1959). Docente, locutora, poeta, actriz, titiritera, narradora, cuentacuentos, dramaturga y directora de teatro. Formada en el quehacer literario y teatral en reconocidas instituciones del mundo de la cultura caraqueña como La Casa Andrés Bello, CELARG, Monte Ávila Editores Latinoamericana y UNEARTE. Sus poemas se han publicado en la revista Para Las Telarañas (1981 – 1994). País de Papel (2017). Plaquette poética #17 *Libélulas de papel* (2020). Coautora del libro *Sueños al borde de la montaña* (2012). Poemario *DiVersos* (2015). *Luneáticos* (2016), y del libro de teatro breve *Corticas* (2016). Antología Poética *Sin fronteras* (2021). Antología poética *Alquimia del silencio* (2021), y Antología *poesí@zul* (2021). Coautora de *Poemas en la piel*. Selección poética (2021). Colabora con la revista universitaria Theatron de la UNEARTE, escribiendo artículos sobre dramaturgia.

Mañana Ecléctica

La mañana está servida.

Desordenadamente plácida se me ofrece.

Verde, concreto, más verde, concreto.

Azul de blancos salpicones.

Mi perra vació su cuerpo.

Demandante de mi amor espera paciente,

una caricia, un regaño si quiera.

El café sabe mejor en este instante.

Soledad eres bienvenida, sólo si permaneces en silencio.

Mañana ecléctica de trinos incógnitos.

Mi éxtasis cotidiano.

(19/4/2021).

Tocata y fuga

Vida, te vas impertinente, clandestina.

Soy sanguijuela aferrada al amor que me niega su boca.

Lo develan sus ojos a escondidas de sí,

dándome un esperanzado día más.

Bach. Fondo excelente,

acompaña mi tormento.

Diabólico... Sublime.

Te imagino.

En cada fuga te deseo.

Mujer espejo.

Mi aliento se enreda entre tus rizos.

Me estrello contra lacónicos silencios.

Nunca. Jamás. No.

Es el delirio de la muerte.

Duele mi latido al conjugar este futuro imposible.

Tiempo verbal definitivo del amor entre tú y yo.

Domingo de Ocaso

La lluvia y Bach musicalizan mi tarde.

Tristeza poética.

Despedidas,

honores,

algún te quiero gotea por allí,

abrazos virtuales,

lágrimas en red.

Bach se moja cerca de mi ventana

abierta a las moscas,

únicos visitantes a esta estancia refugio.

Indeseables como este sentimiento.

Me somete a su voluntad.

La tarde vestirá su traje nocturno,

las estrellas, quizás, como su dueña,

desfallezcan de pereza, se nieguen a salir,

mientras la muerte canta una canción en la periferia.

Veo a Bach, escucho la lluvia.

¿Será al revés?

Ya no lo sé.

©María Milagros Sabetta Badra

Fotografía: Marcos Toro

Nació en Los Teques (1974). Licenciada en Filosofía y Magister en Filosofía por la USB.

Profesora de la Universidad Simón Bolívar en Caracas. Ha publicado: *Violencia* (Mago Editores, 2017). *Navajas sobre la mesa* (BID&CO. Editor, 2009). *Quemaduras* (Grupo Editorial Eclepsidra, 2004). *En el barro de Lesbos* (Ediciones Funsagu, 2002), y *Éramos malos* (Ediciones Funsagu, 2002). Sus textos han sido traducidos al inglés, al alemán y al portugués, e incluidos en revistas y antologías. Actualmente forma parte del desarrollo el proyecto del Museo del Libro Venezolano.

Navajas sobre la mesa

Vamos a poner dos navajas sobre la mesa.

Míralas y no permitas que el reflejo se te meta por los ojos, creerían que tienen derecho a enseñar la manera de herirnos o se inmiscuyen en como lacerarnos en el placer.

Cada una tiene dos pastillas en el corazón para devorarlas celosamente con el desayuno y antes de volver a la cama los domingos, edifican la costumbre atroz, desinteresada, de caminar como visiones.

Dos navajas hechas de tierra, olorosas a polen, la hermosura asustada tratando de escapar del cuerpo.

Tiempo de orden

Toda limpieza esconde un acto siniestro, vil.

Hora es de recoger las sábanas, orquídeas macilentas. Levantar las costras del piso, buscar la alfombra yacente al fondo. Amputar los fragmentos olvidados y dispersos en la habitación, ahora nuestra. Implica la separación del asco.

Ordenarnos en una caja, porque las cajas pueden soportar placentas y reprensiones. Descolgar los espejos, arrancar los clavos, raspar las paredes. Mientras el reloj, meticuloso, gestiona un tiempo preciso para el orden. Atiborrar las bolsas de cabellos profanos.

Despejar el cuarto, secar las últimas llagas, correr la cortina, cerrar la puerta

Fermentación del fin

A través de las grandes ciudades se arrastra el esbelto cadáver.

Mientras camina su sombra desenmascara un ascetismo azul, sus cabellos caen y se pierden sobre las baldosas de engreídos puentes.

El pútrido desenlace de las uñas, es incontenible. Los huesos aguardan por la desnudez en los trenes subterráneos, sentado junto a los otros, solo él ve pasar las estaciones a destajo.

Los transeúntes laten con sus ojos roídos, incapaces de leerlo.

©María Ramírez Delgado

María Sorquíbea Garzón (1966), nacida y residenciada en Valencia, Venezuela. Ha publicado poemas en periódicos y revistas culturales. También ha participado en varios encuentros y lecturas de poesía, en Venezuela y en el Ecuador. La mayor parte de su obra permanece inédita.

Soy el aroma
que guardaste en el bolsillo izquierdo
Amaste cada vez que caminé delante de ti
Podías contar cada curva y viajar
ir en tren y vagar con los días por venir
husmear por el mercado y morderme en cada fruta
regalarme la ciudad y recoger las huellas de cada calle
pero sigues en la misma ventana imaginando quien soy

Tu nostalgia
la llevo clavada en la epidermis
un llanto antiguo
la delgada línea del silencio

He vencido las costumbres de los días
El tiempo ha zurcido la distancia
Soy fuego
He quemado hasta tu nombre

Un cuerpo desnudo
yace sobre un banco o una alfombra
qué importa
requiere acortar la distancia entre los dedos
y el vestido desgarrado
Un cuerpo desnudo
quizás tiene premura por la tentación
qué importa
en piel o con su otro yo
igual exuda ausencia
Un cuerpo desnudo
se cubre con una plegaria
pero ya no existen los milagros
qué importa
Un cuerpo desnudo
solo tiene el espejo
y sus propios ojos

Una ciudad tiene ojos
pero los amantes cierran las cortinas

©María Sorquíbea Garzón

Fotografía: © Manuel Reverón

Nació en Los Teques, Venezuela (1952). Licenciada en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Poeta y escritora venezolana. Ha participado como invitada en festivales de poesía en algunos países de América Latina. Autora de los libros de poesía: *Cola de Plata* (1994). *Nosotros los Inmortales* (1997). *Brotes de Alfalfa* (2007). *Polo Sur* (2008). *Del diario de la Señora Mao* (2011), y de la antología *Alambique* (2019). Su libro *Polo Sur* fue traducido al inglés (2011). Su poemario *El largo adiós* (2019), permanece inédito.

Racionamiento

En la fila una mujer grita:
llegó harina.

Pienso en panecillos horneados.

Poco después oigo,
solo queda arroz,
aunque mi alegría es vana.

Van a sacar azúcar.
¡Oh! Milagro. Esperaré.
Escucho palabras en rebote:

Se acabó la azúcar

La fila comienza a deshacerse,
Persisto, algo van a sacar más tarde.
Al final, una mano me entrega un pollo.

Salgo de allí con mi tesoro.

En una librería cercana,
un amigo se atreve a leerme un poema largo.

El poeta no sabe por qué me despido.
Lo prosaico de mi huida me hace sentir culpable.

Hay que vivir en un país con hambre
para entender cómo se puede romper
la simetría de un poema
por un ligero goteo de vísceras y sangre.

Las mecedoras

Durante el día,
las mecedoras de hierro
estaban quietas,
durmiendo una siesta eterna.
Pero en las noches,
cuando el viento movía las ramas
del sauce
y al compás de la brisa
regresaban presurosos
los murciélagos,
las mecedoras del patio
cobraban vida,
chirriando,
como un tren descarrilado
en la niebla.
Sólo entonces,
del destartalado piano
brotaban notas,
y la silueta de esposos
cobraba vida,
deslizándose
hasta el viejo árbol
donde aún permanece oculto
el llanto
tras la pared de hiedra.

Los helechos

Una mujer poseída por otra,
desgarraba sus ropas
y bramaba delante de mí.

Con su cabellera al viento
iniciaba la danza
entre las hojas
de los helechos.

Me asustaba lo salvaje,
contorsionándose,
como si manipulara serpientes.

Después del paroxismo,
cenábamos migajas,
de lo poco
en la despensa.

Sabía que debía escapar,
tal voracidad
una amenaza
para mi mente.

En el edificio de enfrente
una mujer cayó,
un eco de voces
trajo la ambulancia.
Contemplé la belleza brillante,
la mancha roja sobre el pavimento.

La habitación adquirió una brumosa ceniza,
el espíritu de la muerta buscaría dónde alojarse.

Entonces llamaron a la puerta
y la ménade corrió a ocultarse
entre los helechos.

Selección del poemario inédito: *El largo adiós*.

©María Teresa Ogliastri

Escritora y editora venezolana y mexicana. Ha desarrollado y colaborado en diversos proyectos editoriales ligados al arte, la literatura y al pensamiento. Fue editora de la revista de literaturas del mundo y exilio Líneas de fuga de la Casa Refugio Citlaltépetl, jefe de redacción de la revista Estudios Visuales y dirigió la revista de teoría, crítica y análisis cultural online Salonkritk del 2008 al 2016. Idea de la ceniza (Periférica, 2015) es su primera novela sobre el amor, el duelo y la escritura. También ha publicado entre otros libros El cristal se venga –textos, artículos e iluminaciones– de José Luis Brea, (Jumex- RM, 2014) y México: ensayo de un mito (2016). Recientemente publicó 3_ERAS (2019). Forma parte del grupo de trabajo e investigación de la Sorbonne Nouvelle: Escrituras de la modernidad. Y desde 2016 funda y dirige la revista online de crítica cultural y análisis de la imagen Campo de relámpagos. Trabaja con diversos artistas y es precisamente en el entrecruce de disciplinas en donde se centra la mayor parte de su reflexión y de su trabajo con la escritura.

otra derrota

yo

que he tenido diversos oficios

que ante todos me he sentido débil

que no perseguí los mejores títulos para la vida

que apenas llego a un sitio ya quiero irme a otro o quedarme para siempre

que he sido negada injustamente por los más aptos y por las más aptas también

que me arrimo a las paredes para no caer del todo

que soy objeto de risa para mí misma

que he sido humillada por supuestos profesores de literatura

que un día pregunté en qué podía ayudar y no obtuve respuesta

que no podré nunca formar un hogar, ni ser brillante, ni triunfar en la vida

que he sido abandonada porque hablo poco pero cuando me atrevo lo hago sin concesión

que siento vergüenza por actos que no he cometido

que poco me ha faltado para echar a correr como una loca por la calle

que he creído perder un centro que nunca tuve ni tendré

que me he vuelto extraña para mucha gente por vivir a mi aire

que no encontraré nunca a quien me soporte

que fui preterida en aras de otras más desgraciadas

que seguiré toda la vida así y que el año entrante seré mucho más envidiada en mi ridícula condición

que estoy cansada de recibir consejos de personas ignorantes y sin escrúpulos

que nunca podré viajar, no habrá epopeya, no habrá poema, ni ningún retorno posible a algún país natal

que hice favores sin recibir nada en cambio y los sigo haciendo

que ando por una ciudad que no conozco buscándome como una pluma…

que jamás me he dejado llevar por los otros

que tengo una personalidad testaruda y he querido tenerla porque sí, porque me da la gana

que todo el día alimento una rebelión que nunca termina de estallar

no me fui a las guerrillas ni a defender causas perdidas

me fui porque me urgía vivir

que no he hecho nada por «mi gente»

me desespero por todas las desgracias pasadas y por las que vendrán…

que no puedo salir del exilio interno, mi dulce prisión

que he sido dada de baja en muchas partes por algo que intuyo aunque no alcanzo a descifrar

que en realidad no he podido tener un día sereno

que no me niego a reconocer los hechos

que siempre escupo sobre una historia que me es ajena y que al mismo tiempo me atraviesa y me ha dejado marcada

que a veces me siento inútil y más que inútil, pero conservo un amor propio desde mi nacimiento

que perdí el hilo del discurso que se ejecutaba en mí y no he podido encontrarlo

que lloro cuando no siento el deseo de hacerlo y me estremezco

admito que he llegado tarde a todo

que he sido vencida por tanta violencia y tanto silencio

que hoy ansío la inmovilidad perfecta de un colibrí, la brisa impecable y aromática perdida en la adolescencia…

que no soy ni seré la que soñé

que desde muy joven escucho una voz

que a pesar de todo procuro mantener un orgullo que poco a poco languidece

que a ciertas horas recuerdo haber sido humilde como solo las piedras pueden serlo

que he vivido muchos años dando vueltas en círculo

que me creía predestinada para algo fuera de lo común

que nunca usaré aquel traje sobrio de cuello ceñido y blanco

que a veces no encuentro nada, ni mi cuerpo

he percibido por relámpagos mi debilidad y no he podido desvanecerme ni alzarme para crear desde mi ingravidez una frescura nueva

que obstinadamente pienso en el eco de un suicidio que resuena en mi mente y me hace fantasear con un anhelado regreso a la muerte

me levantaré del suelo para seguir burlándome de todos y de mí

me levantaré para agradecer a mi padre el inconmensurable legado de vida y de dolor

hasta el final de mis días

amén

Versión libre del poema *Derrota* (1963) de Rafael Cadenas

©María Virginia Jaua

Venezolana (1964). Soy Socia Fundadora - directora ejecutiva de Pronóstico Consultores y Coordinadora de Pasión País. Me desempeño como especialista en el desarrollo de consultorías en el área de comunicación estratégica, entorno estratégico, investigación de mercado y opinión pública. Así como en las áreas de consultorías política, empresarial, institucional y personal. Me apasiona el cine y la fotografía. Escribo en el portal pasionpais.net la columna *Streaming, spoiler y algo más*. Dejo mi humor negro y no tan negro en mis relatos. He participado en las publicaciones de diferentes antologías, siendo la más reciente *Confinadas* (Editorial Publicarte digital 2020).

La tarde que Lorca conoció a James Dean

El calendario de enero apenas se está estrenando. Una temperatura en menos dos grados y la amenaza de una helada llovizna, interrumpen mi paseo frente a Barnes & Noble de la Quinta Avenida. En el poco espacio de la vitrina entre libro y libro, veo a dos hombres de espalda que llaman mi atención. Trato de acordarme de dónde los conozco. Ambos me son muy familiares. En un acto casi inconsciente cruzo la calle. Me ubico detrás de unos estantes que me permiten ver más de cerca. Creo que el mayor debe estar por los treinta y ocho años, el otro no debe pasar los veinticuatro años. Están detenidos en la sección de libros de cine y poesía. Me empino para tratar de descubrir qué libro les llamó la atención.

Siento que las palabras se entrelazan luchando contra el tiempo. Aquellas almas presienten que no se volverán a cruzar. En la atmósfera se siente un aire húmedo, con un fuerte olor a tierra y a sangre. Estoy incómoda, me siento como si estuviera escondida detrás de las paredes de un confesionario.

—Nací en un pueblo llamado Fuente Vaqueros. Aunque no me creas, esta es la primera ciudad extranjera que conozco

Camino entre los estantes para acercarme lo más que pueda. El joven rubio sonríe tímidamente. Juega con un paquete de cigarrillos. Rompe su silencio.

—Mi madre murió cuando yo apenas tenía nueve años, crecí en una granja en Indiana. A los dieciocho años me vine a Nueva York para estudiar en el Actor's Studio.

—¿Actor's Studio? Yo estudie en la Residencia de Estudiantes en Madrid. ¿Has oído hablar de Dalí, Buñuel, Miguel de Unamuno, Alberti, Einstein, Marie Curie, Stravinsky, Le Corbusier?

—Sí, claro que sí —responde el joven con el ceño fruncido—. ¿Y tú?, ¿has oído hablar de Strasberg, Elia Kazan, Natalie Wood, Marilyn Monroe, Rock Hudson, Elizabeth Taylor?

—No, no, yo nunca.

El rubio se ve impaciente con el paquete de cigarrillos ya arrugado en su mano. Un breve silencio sirve de abreboca para la despedida. Pasan a mi lado, me sonríen. Al verlos de frente me doy cuenta de quienes son. Reacciono y corro tratando de alcanzarlos. Un autógrafo, un selfie, una asomadita, lo que sea.

Ya el poeta se está montando en un taxi, baja el vidrio y grita:

—No olvides que la soledad es la gran talladora del espíritu.

—Y tú no olvides que lo mejor de estar soltero es que te puedes meter en la cama por el lado que quieras. Le contesta el actor con tono burlón, antes de arrancar su moto.

Me cuesta creer lo que vi. Entro a la librería. Busco el libro que tenían en la mano: *La tarde que Lorca conoció a James Dean*. Siento nauseas al ver la contraportada. En agosto de 1936 un olivo sirvió de sombra a la masacre del poeta. De su mano rodó un papel ensangrentado donde se podía leer «La única grandeza del hombre es la inmortalidad», lo firmaba J. Dean. El 30 de septiembre de 1955, a pocos metros de un árbol, el amasijo de un vehículo impactado acobijaba el cadáver de su piloto. En el asiento reposaba un libro donde se distinguía la portada quemada de *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca.

Me cuesta respirar, salgo a tomar aire. Me siento en la acera, el frío me hace reaccionar. No puedo dejar de pensar. Nueva York cambió sus vidas. Luego de esta fría tarde de enero, también cambió la mía.

©Mariam Krasner

Nació en Barquisimeto (1964). Escritora venezolana. Realizó estudios en la escuela de letras UCV, de Artes en La Escuela de Artes «Cristóbal Rojas», y siguió cursos libres en arte y expresión corporal en los espacios del London Holborn Centre. Ha publicado los libros: *Necrolíricas para eros despiertos* (Editorial Sacumg, 2006). *Café Humboldt* (Editorial El Perro y la Rana, 2009). *Voces para Lilith* (Editorial Estruendomudo, 2011), y *La letra y la paz* (Casa de las Letras Andrés Bello, 2015). *Pasajeras* (Antología Editorial Lector Cómplice 2020 formato digital). *Escribir afuera* (Antología publicada por Kalathos Ediciones, 2021). Varios escritos (Editorial Letralia coautor de 2 ediciones aniversario). Promotora cultural. Autora y adaptadora para el Movimiento Nacional de Teatro César Rengifo. Modificador Corporal (BodyMood) en su estudio privado Antiques Tattoo C.A.

La muñeca de Jacoba

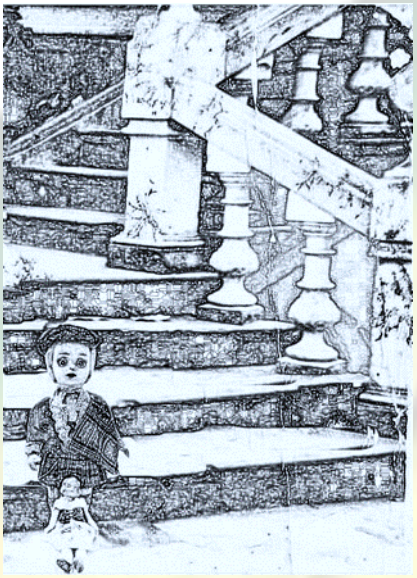
A veces adoptaba conductas de murada, de no ver ni verse. Y seguía escribiendo: casas en sombras rumorosas, rincones de necrópolis, huertos submarinos. No dejaba un solo instante de activar esa escritura de pintora onírica, de inventora desaforada de mundos interiores y zoos fantásticos.

Alejandro Ramírez

I. Jugar con extraños

Atravesó los pasillos corriendo. Dio un saltito y juntó los talones como Popeye. También bajaba las escaleras de panza contra el pasamanos, se paseaba en los jardines canturreando un eco, un zumbido, con la palma abierta, cacheteaba las hojas de la uña de danta que volvían pesadas a cerrarse atónitas, sin viento. Miraba a la nada durante horas parada en la ventana o en el patio de atrás. Se mecía de pie en el columpio e igual erguida en el sube y baja. Lo hacía durísimo y el movimiento se aplacaba de golpe frente a la fila ordenada de los árboles perimetrales. Parecía tener el poder. Siempre lo tuvo, en esos días infaustos en los que la casa se vuelve ajena y los lugares dejan de ser de libre tránsito entre pasadizos y puertas cerradas. En 1969 dejó su nombre en el Scrabble: Sant Yaga. De niña hice una peli con la súper 8. La filmé en varios sitios. A todos les dije que aquella película me había quedado «machete». La proyectaron en el paredón de la quinta, qué sorpresa. Hay una escena estelar, cuando me haló la camarita, donde se ve muy cerca, su mano arisca, con los dedos inversos e imposibles y se pone a filmarme a mí. Momento Kodak. Un *oh* colectivo, más emotivo y expectante, casi compasivo, que cualquier sobresalto anterior. El siguiente filme, *the old dark house*, con Boris Karloff, casi nadie le paró, quedó para relleno. Qué suceso. Para esos años que corrían, Santiaga, ya era un ente sólido. Espectral y aterradoramente sólido.

II. Tristana



El abuelo excavaba en los resplandores del sótano de la Guaicamacuto. Un día sacó mil botellas ámbar y verdes, no tenían ni vino ni ron. Contenían al monstruo codicioso del desentierro sucesivo. Otro día, Joaquinito vio al general Matos, medio enano, como lo describió Nogales en el Soldado de la fortuna. Nunca supe si era un fantasma para temer o una alucinación a causa del hongo de las oquedades. Organismos que, de querer hacerlo, se tragaban sin apuro la mente y a la propiedad entera. Mi hermano y primos, hacían sus expediciones. Mentían e inventaban cuentos. Las niñas soñábamos con sus correrías. Si sacaron morocotas ahí, fue el secreto mejor guardado. Yo lo viví en abundancia y referentes de inefable bienestar: el vaivén del mar a lo lejos, la espuma presentida blanqueando las piedras tronadoras al amontonarse enlunaradas en la falda del malecón. La tranquilidad suspendida fuera de este mundo y plena de recovecos, paredes y escaleras que guardaban recelosos secretos compatibles con la infancia. Las personas y las cosas eran nostálgicas de por sí. Los suspiros subían acompañados de música y no tenía que poner los sentidos en descifrar las razones de oír colores y números o ver salir partituras enteras de la boca de cualquiera. Nada oprimía. Caminando a prisa, desde las entradas intermitentes y anchas con arcos cubiertos por celosías y rodeando la casa en sus bajos, el sótano, soplaba un misterio sordo. Aquel juguete enterrado allí, ni bonito era. Me llamó. Quién sabe de quién sería. Tristana, la muñeca fea, fue mi tesorito macabro.

III. Alquimia

Borrosa ascendió para guardarse. Pretencioso fuego que hoya con luz y se hace ángulos, almacena resplandor y detiene para siempre un instante: lluvia, bosques, casas, rictus, burbujas espectrales, danzas en los pliegues púrpura que caen en cortinas verticales de huesos, calando la estructura plana del soporte y dibujan la reflectante voz del silencio que a zumbidos traza un rostro en el fotograma sepia, para que un ancestro, una muerta en la niñez, enterrada en camisón y sin zapatos, resurja triunfal desde el fondo del baúl. A esa coñita estoy cansada de verla. Lo dije áspera, frunciendo el entrecejo. Y se llamaba Jacque, Jobita, por cariño, ¿me escuchaste? Era la hermana de tu bisabuela.

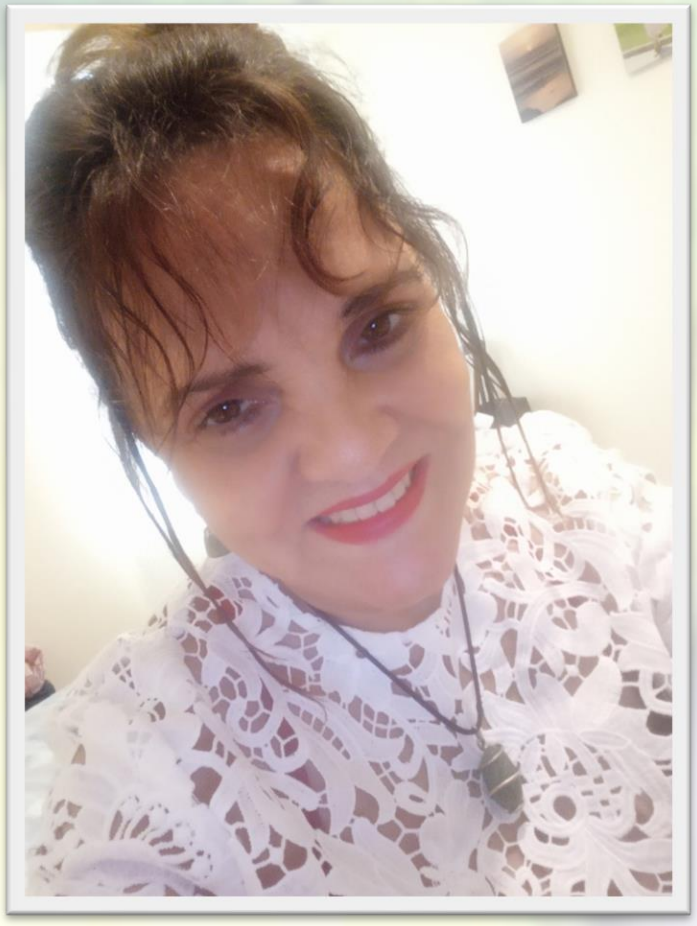
IV. Radiación

Avanzaron a primera fila todos los dientes. Salieron pesadamente seguidos por la sombra militar de mis muertos. Aunque ya no se alinean van bordeando la casa que desaloja a miembros y visitantes. Desbocada, aspira olor a reseda y jazmines marchitos. Una campana suena a tilín de taza astillada, a talán de reloj barítono y monótono en las tardes lánguidas en atajos descritos bellamente en el gráfico de anatomía. Porque los huesos hacen puentes entre tu carne y la mía. Por ejemplo, las clavículas, que ya llevan nombre de ser el puente de un esqueleto o viceversa. Oh fantasma, que veloz recorres esa fisonomía abstracta y pétrea de falange sensual sobre tan asombrosa y batiente sonrisa colgante. Cual blasón, eres el único artilugio que adorna esta posesión.

V. Explicándole una cuestión a Dios, quise decir, a Dross

En el edificio donde se proyecta (la pared es de un caserón aledaño en la calle que sube hacia la estación de policía de Macuto) la cosa que a su vez está estampada en el piso es igual vista de frente o invertida. Es parte de los principios que rigen el universo. Lo mismo es arriba que abajo adentro o afuera. Dos realidades: lo divino y lo humano para lo cual siempre haría falta el famoso puente que une ambos mundos y para ello no importa quien posea la grandeza de la trinidad, la sabiduría triple. A quienes prefieren otorgar esa grandeza a los dioses más diversos por catálogo y que incluyen a los demonios y otras especies, también se vale. A la verdadera dueña del tesorito, la vio proyectada media cuadra. Aparecía más veces de las que creía haberla pillado. Estaba metida dentro de nuestra casa que igualmente es nuestra naturaleza humana compartida y cabía perfectamente la idea de la dualidad que, como los espejos, sería mil veces mejor si no son atravesados en fila india por niños desde el cuarto de la abuela Belar y aparecer todos de súbito en medio de la sala, tal cual les pasó a mis hermanos mayores y en cada cruce del cristal, les faltaba algo: que si un anillo, un ganchito de pelo, la sorpresita del Billiken, la voz. Mejor si no se ha leído las aventuras de Juan de Mandávila, Alicia o se es muy niño para diferenciar entre bien y mal. Es un asunto tenebroso y lleva consigo una moral: su propio agotador y trascendental proceso desde tiempos inmemoriales y que no habita precisamente en el bisel de esos laberintos cuasi conocidos. Desde entonces y hasta ahora, nos ganaron los fantasmas. Insolentes entes en su simpleza numinosa.

©Marianela Cabrera



Nació en Caracas, Venezuela (1964). Poeta italo-venezolana y conductora del programa Cantando al Erotismo por el canal 21 tv. Cablevisión Trujillo Perú (2020). Cuenta con varios libros publicados, entre ellos: *Árbol Shehaweh* (*árbol en búsqueda de identidad*). (2005). *Mis venas en Cuenca* (2008). *Dulce Mandioca para buscar a Manuelita* (2013). *Dulce Mandioca, poetisa mochilera* (2017). *Buhardilla prestada* (2018). Visitante ilustre de Paita Perú (2013), por el recital «Dulce Mandioca para buscar a Manuelita». Responsable del primer Encuentro Internacional de Poesía Erótica, «Cantando al Erotismo», por el canal Cablevisión tv21. Trujillo, Perú (2020). Ha participado en varias antologías, la más reciente Antología 200 Bicentenario del grito de la Libertad. (2021).

Hay una
necesidad
de escribir
hoy
observo
a cuatro
longevos
dos copas
dos aguas
escribir
a un
Don Quijote
que
me ve
cómo una
Dulcinea
del siglo XXI
labios
provocativos
color
cereza
Mi vida
en golondrina
encontrando
mi aposento
en dejar
lo que
creo
en dejar
lo que
no sé
siento el aire

frío
entre las alas
de mi espalda
por la
calle de Pizarro
escuchando
melodías
de un acordeón
tocado
por las manos
del tiempo
manecillas
del reloj
Pienso pienso
pido
ruego
rezo
en caer
en telas
blancas
transparente
envueltas
en un escudo
en una espada
En un caballero andante...

©Maribel Proietti Henríquez

Venezuela (1985). Abogada, poeta, escritora, traductora y artista visual. Su poesía ha sido publicada en diversas antologías internacionales. Ha recibido algunas distinciones, entre las que destacan: Tercer Premio de Poesía Alejandra Pizarnik Argentina (2014). Primer Premio en el II Concurso Iberoamericano de Poesía Euler Granda, Ecuador (2015). Segundo Premio de Poesía Concorso Letterario Internazionale Bilingüe Tracceperlameta Edizioni, Italia (2015) Premio Micropoemas en castellano del III concurso TRANSPalabr@RTE 2015.Primer Lugar en Concurso Internacional de Poesía #Aniversario Poetas Hispanos mención calidad literaria, España (2016). Ha publicado los poemarios: *El cuerpo de la duda* (2013), y *Transfigurar es un país que amas* (2020). Sus poemas se han traducido al hindi, checo, serbio, shona, uzbeko, rumano, macedonio, hebreo, bengalí, inglés, árabe, chino, ruso, polaco.

Actualmente coordina las secciones #PoesíaVenezolana y #PoetasdelMundo en la Revista Abierta de Poesía Poémame (España).

Un cuerpo al que pudieras hacer arder

No veas detrás de mí la ristra de cadáveres
que parece asediarme y seguirme
desde un territorio caluroso y lejano.

No veas el signo de desamparo que hay en mis ojos,
febriles por ver tantos incendios.
No veas en mi carne el epítome de un país
ensangrentado.

No sientas en mi estremecimiento
el temblor
de los sufren,
este miedo es único y me pertenece,
no distingas en mi voz
alaridos de aparecidos,
concédeme el privilegio
de una desolación propia.

No veas en mi rostro
celajes
de ninguna patria
danzando con la muerte.

Solo quiero que veas este cuerpo que soy,
sustancia persistente
sin espectros
piel y huesos.
Un cuerpo
al que pudieras hacer arder

©Mariela Cordero

Fotografía: ©Lucía Marcano

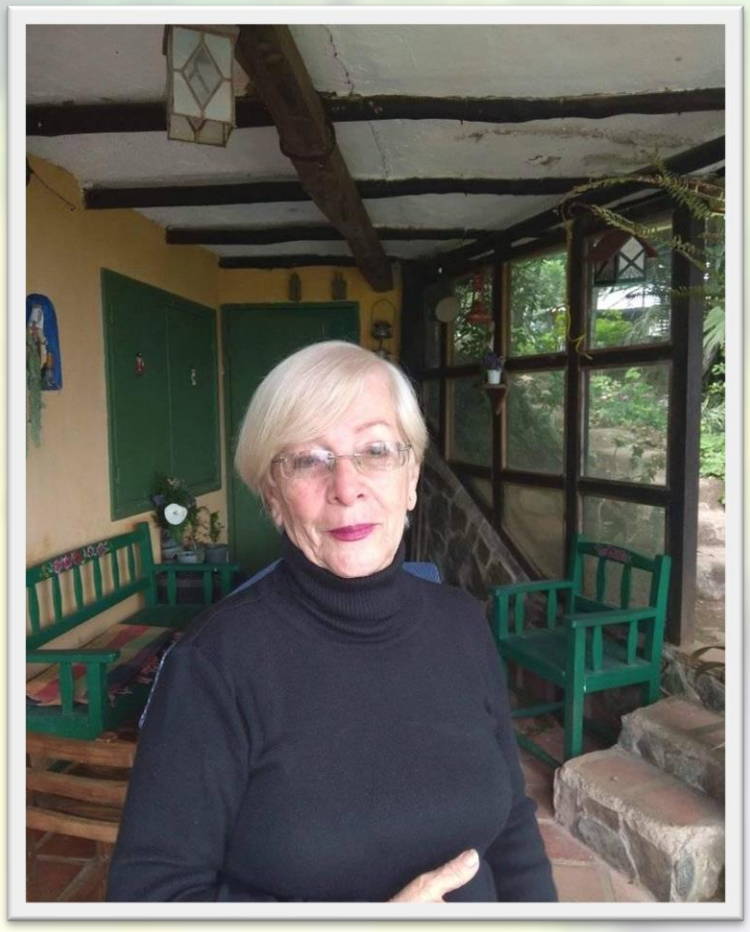
Nació en Caracas (1955). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Profesora de la Escuela de Letras de la mencionada universidad entre los años de 1989 y 2000, año en que renuncia a su cátedra y va a vivir a Venezia, ciudad en la que vive durante 15 años. Ha publicado: *Obras de Arte de la Ciudad Universitaria de Caracas* (1991). *Laberinto veneciano* (2011). *Labirinto veneziano* (2011). *Exilios, Poesía latinoamericana del siglo XX* (2012).

Desde el 2015 vive en Madrid donde es Coordinadora Editorial de la Fundación para la Cultura Urbana en el proyecto de coediciones de poesía venezolana con la Editorial Visor.

Islas

El verano llega con el recuerdo de tierras secas y vegetación golpeada por el viento. Sol, siempre sol y calor. Alzo los brazos trazando sombras en mi cuerpo. Sol de luz blanca, pesadilla sin colores en la hora meridiana. Sol de las islas del trópico natal donde el mar y el calor son sueños ajenos en venta. Islas de tierra roja como sangre derramada en sacrificios carentes de ritos y sacralidad. Tierra de vegetación estéril que baña sus raíces en la sal del mar. Árboles de ramas secas queriendo seguir al viento, aunque el destino es el de permanecer inmóviles, aferrados a la tierra en la que un día nacieron. Árboles que recuerdan a las mujeres de los cartones de Goya extendiendo sus brazos como quien corre tras un sueño o, quizá, solo añorando huir del agobio de esa tierra yerma de cardos verdes. Tierra de arcilla donde las manos cansadas olvidaron modelar vasijas para atesorar la nieve y los atardeceres de invierno. Islas donde se respira escrutando un mar negro. Tierras donde el calor seca las vidas con los ojos velados de bochorno y oído atento al paso quedo de la muerte.

©Marina Gasparini Lagrange



Nació en las Islas Canarias. Narradora, poeta y ensayista venezolana.

Socióloga egresada de la Universidad Central de Venezuela, tiene una maestría en Psicología Social y ha sido profesora universitaria. Ha publicado varios libros de poesía y ensayos, en Venezuela y en el exterior.

En narrativa destacan sus novelas: Las brujas modernas vuelan en la red, Alonso e Isabel, y la trilogía conformada por Lotte von Indien, La coloniera de Tovar, Niebla de pasiones, Rosas y duraznos. Buitres en la sabana y Tributo en sangre, entre otras.

Ha escrito artículos y reseñas para revistas nacionales e internacionales especializadas en literatura.

Pertenece a la Junta Directiva del Círculo de Escritores de Venezuela.

VII

Cuéntale cosas que ardan
que echen chispas
Dile de tu corazón
hecho un enjambre
del humo de tabaco
de las flores marchitas
del incienso
dile que no quieres volver a caer
en el olvido

I

Me posee
tu aliento
respiro por tu boca
nombro tus santos
de cabecera
me convierto en ti

Del poemario: *Conjuros* (1997).

IX

Padre nuestro
que tu sabor
Sea en su boca
en la sangre
en la saliva
En sus ojos
tu sombra
el halo que te ronda

VII

Cuando hinques los dientes
en el sardio
en el brillo engastado
de sus hombros
será tuyo

Del poemario: *Conjuros* (1997).

©Marisol Marrero

Nació en San Felipe, Yaracuy (1961). Es descendiente de la etnia yaruro del estado Apure, por parte materna. Es graduada en Ciencias Aplicadas del Mar en la Universidad de Oriente, en Margarita, y magister en Cultura Popular Venezolana. Ha dedicado más de treinta años a la investigación etnográfica y sociocultural en Venezuela, ha participado como ponente en congresos, ha dictado charlas, talleres y conferencias, ha publicado numerosos artículos de prensa en periódicos venezolanos, y en 2017 publicó su primer libro titulado *Las ballenas nunca tienen prisa*. Volumen I: *Tras las huellas de Almir*, escrito junto al periodista español Jesús García Juanes. Participó entre 2018 y 2019 en la investigación de la psicoanalista de la Universidad Complutense de Madrid, Isabel Cerdeira, titulada: *Exilio, Mujeres, Escritura*. Actualmente continúa escribiendo en sus redes sociales, y realiza una campaña continua por la defensa del idioma catalán.

©Marisol Pajuelo Loreto

Fotografía: ©Nelson Hippolyte Ortega

Periodista venezolana de origen dominicano, especialista en Comunicación Cultural. Estudió Comunicación Social en la Universidad Central de Venezuela y maestría en Literatura Latinoamericana Contemporánea en la Universidad Simón Bolívar. Ha ejercido el periodismo cultural por más de tres décadas en los diarios El Nacional y El Universal. Ha publicado los poemarios *Hago la muerte* (1983), y *Amor constante más allá de la muerte* (1992). Además de ensayos diversos de arte y literatura. Mantiene inéditos los poemarios *Hojas y nada* y *Bosque como el verde*, y el volumen de cuentos cortos *La felicidad es solo cosa de sueños*, al cual pertenecen los relatos aquí presentados. Comparte la escritura con la docencia y la enseñanza del yoga.

El día que nunca amaneció

Abrió los ojos, y ahí estaba. Se sintió protegida, segura, cómoda: podía seguir durmiendo. Nunca entendió por qué tenía que levantarse temprano: ojalá nunca amanezca, deseó, dando la vuelta hacia el otro lado. «Dormir es lo mejor del mundo», pensó, recordando al farolero de *El principito,* de Saint Exupéry. Además, el psicoanálisis lo confirma. Hay que ver todo lo que ocurre en los sueños, cómo se limpia el cerebro de lo reprimido con esas proyecciones que hace para nosotros como en una gran pantalla cinematográfica. Algo de eso hace el encanto del cine, por eso nunca desaparecerá.

Ya no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que abrió los ojos y confirmó la tranquilizante presencia de la oscuridad. Dos, tres horas, quizás. Esperó con fastidio el canto de los pájaros. No era que no los amara, sino que le recordaban la obligación de levantarse para ganarse el sustento. Pero no sintió trino alguno. «¡Qué bueno! Todavía no amanece», pensó, girando hacia la izquierda.

Venía de una familia de madrugadores. «Quien temprano se levanta/ alabando al buen Jesús/ Goza de buena salud/ y su trabajo adelanta», decía el abuelo. Pero ni eso bastó para aplacar aquel «oscuro animal del sueño». Siguió, pues, durmiendo, y en sueños creyó oír el repique del teléfono. «Menos mal que está la máquina contestadora, así no tendré que levantarme hasta que amanezca», se dijo, y siguió esperando el primer rayo de luz, el que habría de señalarle el nacimiento del nuevo día, la obligación de pararse, cepillarse los dientes, bañarse, vestirse, desayunar y sumirse en carrera en el pesado tránsito automotor matutino.

Creyó escuchar voces, pasos y el sonido de duchas en los apartamentos vecinos. Quizás la corneta de algún transporte escolar, o de un auto que pedía paso para ganarle tiempo al retraso de la mañana. Creyó, pero no estaba segura. No entendía por qué tanta bulla, tanta algarabía, si, total, todavía no amanecía.

Todavía estaba oscuro y podía, ¡gracias a Dios!, seguir durmiendo a sus anchas.

El mundo de los niños

Era sábado en la tarde. Mi papá en la sala y yo a su lado, expectante. Yo no sabía qué, pero todos esperábamos algo. De pronto, tocan la puerta, y cajas y cajas empiezan a entrar. Mi mamá y mis hermanos se incorporaron con curiosidad, y mi papá, emocionado, las abría. De repente, una niña muy rubia empezó a mecerse en un columpio, y otra pelirroja almorzaba con sus tíos vegetarianos y feos. Un pequeño que caminaba, pito colorín pito colorón, caminito de la escuela, alimentó a un gorrión. En los más diversos tonos pastel, afloraron jardines llenos de niños de rosadas mejillas, los cochinitos y el lobo soplando la casa y la pequeña que robó la gallina. Las niñas perdidas en la biblioteca sentían la brisa en la cara y la sal fue descubierta con las dalias y los pensamientos, hasta que Perséfone arrancó la flor que abrió los reinos del Hades y comió las uvas del invierno. Pero fue Pandora quien destapó la caja, dejando salir adultos y demonios, y el mundo surgió de la esperanza, claro y oscuro, dulce y amargo.

Aniversario

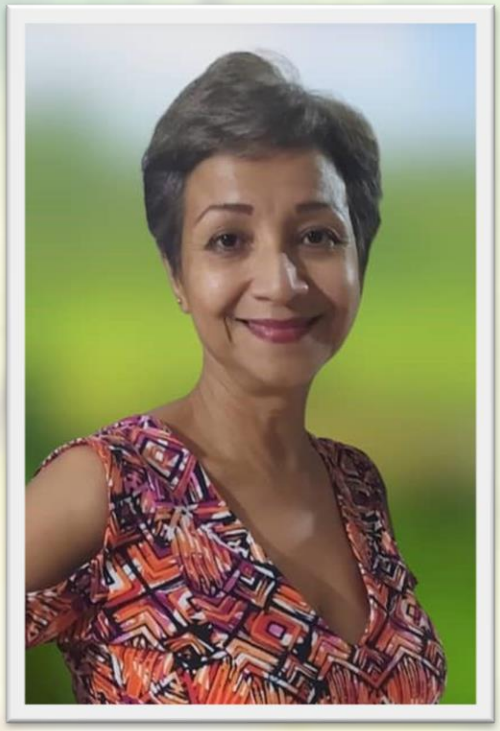
Extenso, gris, enorme, el hueco en la transitada calle, frente al nuevo edificio, crecía cada día. Al parecer, empleados de la empresa del gas lo habían abierto para revisar un escape y nunca regresaron. Tan grande era, que los vehículos caían de cabeza en su interior, y mucho esfuerzo costaba sacarlos.

En el segundo año, los vecinos tuvieron la idea de utilizándolo como basurero, hasta que el hedor fue insoportable. Pero aquel año llovió tanto y con tanta fuerza que la corriente hizo correr los desechos, convirtiendo el agujero en una gigantesca laguna. Cuando los vecinos se acostumbraron a tomar allí su descanso, remando los fines de semana, el sol inclemente la secó, y empezaron a brotar árboles y flores que atrajeron nuevos pájaros, para felicidad de todos.

Tres años después, los policías que instalaron allí para cuidar las espaldas del funcionario que se mudó al edificio, decidieron acabar con todo lo que representara un peligro para la integridad de su jefe. Lo primero, obviamente, fueron los árboles, que empezaron a perder las hojas y pronto los pájaros desaparecieron.

Hoy, después de cinco años, es un extenso, gris, enorme hueco en la calle, en el que los carros caen y de donde sigue emanando un hedor insoportable.

©Maritza Jiménez



Nació en Valencia, estado Carabobo, Venezuela (1960), ciudad en la que reside actualmente.

Obtuvo su Licenciatura en Administración Comercial, en la Universidad de Carabobo. Realizó Taller de Literatura Infantil, Taller de Narrativa I y I" en «La Letra Voladora», de Laura Antillano; y Taller Básico de Cuento de Ciudad Seva, modalidad Online. Actualmente se encuentra jubilada de la actividad profesional. En el año 2020, obtuvo el Premio Colateral de la Comisión para de Cultura de la Diócesis de Santiago de Cuba y una Mención del Jurado Nacional, en el XVIII Concurso Viña Joven, por su poema infantil *Zapateando*. Algunas de sus obras: *El niño raro, Agua de mar, dormir profundo, El gato, Onírico, La procesión, Tarde de calor y frascos de colores, Clarita, Día de suerte, La casa perfecta, A paso lento, La espera, El pozo de los grandes, Carlota y el tigre, El coco, Hormiguina, El vestido azul,* entre otros.

Día de suerte

Desde la acera de enfrente, Virgilio lo ve venir. Todos los días, a la misma hora, el hombre llega a la parada de autobuses; coloca su maletín debajo del brazo y enciende un cigarrillo. Comienza la agonía de Virgilio. Dirige su mirada hacia la calle por donde llegará el bus, mira al hombre y vuelve a observar la vía. Se frota los dedos y lo observa de nuevo.

Segunda bocanada.

Llega el transporte. El hombre, contrariado, aspira de nuevo y tira el pitillo al piso con malcriadez. «Así es la vida, amigo. A veces se gana, a veces se pierde». Presuroso, Virgilio atraviesa la calle que los separa. Se detiene al lado del cigarro y lo acerca con el pie. Con cuidado pisa la lumbre con el tacón y coloca sus gastados zapatos, a cada lado, para resguardarlo. Espera que el hombre suba al autobús, «no hay que ser tan descarado».

Frota sus manos ennegrecidas por el hollín de las aceras y se ordena el cabello, introduciendo sus dedos entre los mechones grises que caen por las sienes. El transporte se aleja. Virgilio mira hacia los lados, se agacha y toma lo que queda del cigarrillo. Lo revisa, «está entero», lo sacude y lo guarda en el bolsillo del corazón. «Para después de almorzar». Explora el área circundante en busca de otras colillas sin acabar. Los presentes se apartan cuando él se les acerca. Siente el rechazo, se sabe sucio y maloliente. Le apena molestar. Una joven le mira con precaución. «No se preocupe señorita, lo que busco está en el suelo».

Consigue otro cigarro, más pequeño, y lo enciende.

Llega la mujer con la nena uniformada de preescolar, «entonces ya son las ocho». Tiene el tiempo justo para bajar por la calle Roma, antes que pasen los que retiran la basura. A veces, consigue buena comida en los recipientes de las cafeterías de la vía.

Avanza con rapidez y llega a los pipotes de la panadería de la avenida. Revisa el de la bolsa abierta. Saca un paquete y consigue un sándwich a medio comer. Un transeúnte compasivo le brinda un café. «Hoy es mi día de suerte».

Baja por la avenida Lisandro y se dirige a la casa de su hija. Más bien, a la esquina de la casa de su hija. Camina casi tres horas y llega a la calle Sucre. Pasa por el frente y la mira sin detenerse. «Es una hermosa casa». Se acerca una patrulla y se esconde entre los matorrales; si lo ven los

pacos, seguro se lo vuelven a llevar. «Ya me dijeron que no podía andar por esa zona de encopetados».

Tampoco puede estar siempre escondido, hace falta que ella pueda verlo desde la ventana. Sí, pero solo ella. Si el marido lo divisa, se armará otra bronca y él no quiere causar más problemas. «Ya ella tuvo bastante con el padre irresponsable y borracho que le tocó, ¿verdad? El tipo es un buen hombre, como ella se lo merece. Además; tiene razón porque ¿quién va a querer a un adefesio pestilente y mugroso cerca de su familia? ¿Y qué decir de los niños? ¿Cómo se les dice a unas criaturas que, ese percudido que está parado en la esquina, es su abuelo?». Claro que no quiere que él lo vea. El marido tiene razón.

Cada día se le hace más difícil venir, la casa queda muy lejos del refugio donde duerme. Pero ese poquito de comida que ella le da, le llena más el corazón que el estómago. «Si yo hubiera sido mejor padre allá estaría, dentro de la casa, jugando con mis nietos. Y ellos se me montarían encima, me halarían la barba, me pedirían que los llevara al parque. Y yo les compraría cotufas y chupetas. Y reiríamos mucho». ¿Por qué no pudo darse cuenta, en aquel entonces, cuando ella aún era una niña y lo necesitaba para que la llevara a la escuela y la cuidara? Pero no, se sumergió en la bebida y las apuestas. Y hasta le dio por pelear con la pobre Isabel, que le aguantó unos cuantos golpes, hasta que le dijo ¡basta! y lo echó a la calle.

«Me lo merecía por vago, por borracho, por mal hombre».

Y ahora está en esta esquina, escondiéndose de la policía y del yerno; porque ese hombre de todos modos es su yerno. Así él no lo reconozca nunca, ni permita que su hija se le acerque, ni que sus nietos lo llamen abuelo.

Es por su hija que se esconde. Y vale la pena. Porque ella vendrá y le traerá un pote plástico con sopa, y otro con verduras y carne, y cualquier otra cosa que ella haya podido apartar en la cocina; a espaldas del marido. Y él la esperará, con más ilusión de verla que hambre y ella le dirá, papá, le traje esto y lo otro. Y la palabra papá le sonará a la novena sinfonía de Beethoven, a victoria, a risa de niños jugando en el parque. Y se quedará mirándola, con ganas de abrazarla y de cargarla, como cuando era chiquita y se la encaramaba en los hombros y corrían juntos como en un caballito.

Y todo eso pasará en un momento; porque ella le dejará la comida y se irá rapidito, a dar una vuelta, a hacer alguna compra. A cualquier cosa, no sea que el marido la vea con él. Y él se

comerá todo y se quedará esperándola hasta que regrese, y quizás hasta pueda rozarle la mano cuando le devuelva los potes vacíos.

Pero llega la muchacha de servicio. La había visto antes cuidando a los niños en el parque, que la señora manda a decir, que ya no vuelva más, que el señor está muy molesto. Que aquí le mandó la comida y que se puede quedar con los potes, que ella no viene a verlo. Pero Virgilio solo la escucha hasta que ella dice, «que ya no vuelva más». Se le tapan los oídos y se le queda mirando y no tiene palabras para responder. Se da cuenta que él es solo un jarrón con flores secas, más bien roto. De golpe se ha quedado sin vísceras, sin corazón que palpite, con un hueco donde va el estómago.

Mira a la mujer con el brazo extendido y toma la bolsa ofrecida. Comienza a caminar de regreso. La voz de la mujer retumba en su cabeza, «que ya no vuelva más, que ya no vuelva más, que ya no vuelva más. Tal vez si me baño, si me corto la barba, que ya no vuelva más. Estas manos sucias, es por eso, por estas manos sucias; que ya no vuelva más». Tengo que lavarme las manos, que ya no vuelva más. Atraviesa la avenida entre los autos que pasan veloces, que ya no vuelva más. Virgilio escucha un chirriar de cauchos, un golpe seco y los potes se desparraman en la vía.

©Maritza Sevilla Velásquez

Mariza Bafile, nació en Caracas, Venezuela. Es periodista, escritora y guionista. Desde 2014 es directora de la revista online ViceVersa Magazine (www.viceversa-mag.com) que fundó en Nueva York junto con Flavia Romani. Es vicedirectora del diario La Voce d'Italia (www.voce.com.ve) dirigido a la comunidad italiana en el exterior. Ha colaborado con Rai International y varios diarios y revistas de Italia y de Venezuela.

En 2006 fue electa diputada en el Parlamento Italiano en representación de los italianos de América Meridional y fue designada secretaria de Presidencia.

Es la curadora del libro *Passaporto verde/Pasaporte verde* (Editorial Multistampa), y ha publicado las novelas *Notturno* (Edizioni Studio 12, 2009), y *Memorias de la inconformidad* (Sudaquia, 2017), junto con el dramaturgo Enrique Bravo, y el cuento *Anche i tordi emigrano* en la colección de cuentos *Premio Pietro Conti, Scrivere le migrazioni*.

Ha traducido al italiano el libro de Isaac Goldemberg *Acuérdate del escorpión* (*Ricordati lo scorpione*). Giuliano Ladolfi Editore (2016).

Vidas paralelas

Siento que me ahogo. Estas habitaciones sin ventanas, el olor agrio a sudor y semen incrustado en las paredes, son peores que las peores cárceles. Muchos hablan de trata, de prostitución. Llenan páginas de informes, de estadísticas. Aquí nos quitan dignidad y voluntad, afuera nos quitan toda identidad. Somos números, solo números. Desde fuera pueden imaginar algunos aspectos del horror, pero son visiones que duran minutos. Hasta para los pensamientos es duro dedicarles más que pocos instantes.

El mundo que está fuera de estas paredes oscuras y malolientes piensa que lo peor son las violaciones, los golpes, las amenazas. Tienen razón, pero todo eso es solo una parte, hay mucho más. El momento más duro es cuando aceptas tu condición, cuando tu misma te objetivizas. Cuando te abandona la esperanza.

Cada una llegó aquí por caminos diferentes. Algunas, como yo, por curiosidad. Sí, la curiosidad malsana de los periodistas, esa que te lleva a entrar en los infiernos solo para poder un día denunciarlos describiéndolos con la fuerza de la experiencia. Lo hice sin medir las consecuencias.

El infierno te enseña a ver lo bueno también. Lo bueno aquí son las otras, casi todas. La mayoría cayó en este hueco por amor o por el afán de encontrar trabajo en un país distante, diverso. Son unas soñadoras y siguen viviendo gracias a esos sueños. Cuando los pierden mueren. Exageran con las drogas y el alcohol. Buscan el peligro hasta desaparecer. Así, como bolitas de jabón que se disuelven en el aire dejando solo una sensación de humedad, como la que dejan las lágrimas suspendidas, esas que se quedan en el canto del ojo.

Cuando Raquel quedó embarazada entró en pánico, pensó que iban a matarla o a matarle su bebé. No, no quería abortar, como tantas otras. Deseaba a ese niño, o niña, aunque fuera fruto de la violencia más brutal. No traten de entender la distorsión de este mundo mientras siguen en la linealidad de su día a día.

Tenemos que escapar. Pienso y pienso en un plan. Hasta que vislumbro el punto débil de la organización. Ramón, uno de los carceleros, es muy joven y fácil de distraer. Le toca guardia dos noches a la semana. Todas nosotras tenemos la posibilidad de pedir algún analgésico o un somnífero. En dos semanas lograremos tener suficientes pastillas para narcotizarlo, quitarle las llaves y salir. A esa hora de la madrugada los otros estarán dormidos en la casa grande. La

nuestra es un «anexo». Está pensado para garantizar la *privacy* de algunos clientes que no quieren que los vean otras personas.

Hoy es el día. Estamos muy nerviosas, pero decididas. Ramón cae en la trampa.

Salimos en fila india. Corremos. En un estacionamiento Consuelo roba una camioneta. ¡Lo logramos! Vamos camino hacia la libertad.

—Lo siento, es una historia demasiado obvia. Y ese final feliz… ¡por favor!... En algún momento las volverán a encontrar y las obligarán a regresar.

—Estás loca. Eres una enferma, una sádica. ¿Regresar? ¿Regresar al horror del que escapamos? Nunca, ¿me oyes? Nunca.

Su expresión no deja lugar a dudas. Está decidida a desafiarme. Trato de calmarla.

—Por favor, entiendo que seas periodista y cuando escribes lo haces desde la realidad, pero yo escribo ficción y cuando aceptaste ser la protagonista de mi historia conocías mi estilo, conocías la historia.

Su desprecio me salpica como saliva viscosa, amarga.

—¡Qué sabes tú de dolor! Vives encerrada en un estudio luminoso, comunicas con una computadora, tienes una pareja que te quiere y te respeta. ¡Qué sabes tú de la vida que se desarrolla en la oscuridad, de depravaciones, de las distorsiones más aberrantes de los seres humanos! Usas a tus personajes, no sientes ninguna empatía por ellos, no te importa si sufren, si mueren. Esta vez no lo lograrás.

El coche arranca con un chillido de cauchos. Empiezo a escribir rápidamente. Es una carrera entre mi escritura y el coche que ahora maneja Julia.

Tres camionetas negras nos alcanzan. Nos obligan a frenar. Hombres armados nos rodean. Raquel se desliza suavemente hacia fuera. La veo y trato de distraer a los demás. Agarro una piedra y la lanzo a lo lejos. Todos voltean a mirar. Es solo un minuto, pero suficiente para que Raquel ruede entre la maleza y se esconda. Uno de ellos la ve, quiere perseguirla, pero llamo a las otras y empezamos a pelear. Raquel se aleja.

Nos empujan a golpes en una de las camionetas. El mundo se puso negro. Ahora yo también perdí la esperanza.

Confieso que quedé con un poco de culpa. Pero la escritura no tiene piedad. Y pienso: «la próxima vez tendré que escoger a mis personajes con más cuidado».

©Mariza Bafile

Fotografía: Gil Aguilera

Nació en Caracas. Estudió Sociología (UCAB). Licenciada en Educación (ULA). Master Science en Curriculum y Educación Preescolar (University of Tennessee). Postgrado en Lingüística (ULA). Ha publicado el poemario *El liviano velo del otro mundo* (2000). Tiene varios poemarios inéditos: *Entre el encuentro y la espera* (1996). *Desde el silencio del latido ausente* (1995-1999). *Hombre bonito* (1999). *La cotidianidad de lo divino* (2005). *Viaje a la antigüedad del mundo de los dueños y cocreadores* (2001-2006). *Viaje al mundo de la Canoa Sagrada* (1996-2017). *Brazaletes de algodón* (2017). *Tengo un sueño* (2018). *Desde tu vientre* (2020). *Cantares de los abuelos* (2018-2021). Así como varias Crónicas, también Inéditas.

Hay días

Hay días,
¡Ay!... días esos
en que necesito con desespero
la palabra de un poeta,
para aquietar las preguntas que ya no me hago.

Hay días,
¡Ay!... días mudos esos
en que se me escapan las palabras,
como si todas ellas
se hubiesen ido… a nadar al río.

Hay días,
¡Ay!... días húmedos
cuando una, una sola
de mis lágrimas
lleva en sí
uno de mis mundos
ya vividos.
La dejo correr…
¿Y las demás? Las demás
las seco.

Inédito.
10 octubre 2020

Vecinos en flor

Flores de papel… de miradas
Sonrisas de bienvenida
Voces cercanas
Caminar la vereda juntos
Sembrar jardines de limón, menta y albahaca

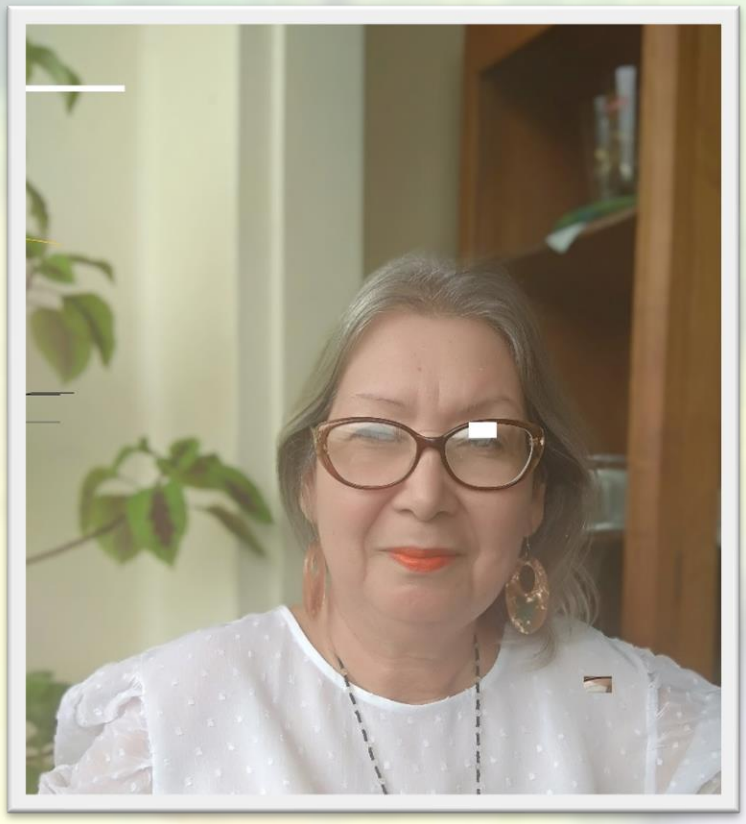
Flores de mandarina
para los recién nacidos
para los recién casados
Mirar crecer las caobas
ensoñar con sus semillas
un bosque alado

Flores… de luz de luna
Contemplar serenamente
el aroma del orégano floreado
Hacernos abuelos juntos
y amanecer con cantos de paraulatas

Y cuando salga la luna
con su traje naranja
salir todos con cámaras, telescopios,
té, torta de anís y galleticas saladas
a jugar rondas y cantar nanas

Para que Sol se despierte
y sus rayitos
entren danzando
nuestras ventanas

Inédito
©Marlene M. Sueke



Nació en Venezuela. Profesora de Cultura en la Unidad Educativa «Alberto Sequín Vera» (jubilada), y Escuela Estadal «Simón Rodríguez» (jubilada). Fundadora de las agrupaciones Proyección 21 (1970). Equipo Pedagógico Guarenas Ayer y Hoy (1996). Centro Venezolano de Dramaturgos Armando Urbina (**CEVEDAU**. 2004). Presidenta de la Asociación Civil Cultural **CURUPAO** (2002/2021), entre otras. Sus numerosas obras de teatro reflejan importantes contenidos sobre temas del folklore venezolano y problemáticas sociales del siglo XXI. Algunas publicaciones son: *El San Pedro de Guarenas* (2003). *La viejita de Guarenas hoy y siempre* (2004). *El San Juan de Guarenas* (2013). En digital: *Madrina Leonor* (Fuentetaja. 2020). Forma parte del Equipo de Creativos de la Dirección de Cultura de la Alcaldía del municipio Ambrosio Plaza (2019/ 2021). Nombrada Patrimonio Cultural Viviente. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Catálogo Plaza- Zamora, Página 57 (2004- 2005).

El secreto de Lucho

Lucho se desperezó en la cama cuan larguirucho era, abrió la boca todo lo que pudo al bostezar, tanto, tanto, que la quijada le sonó.

—¡Lucho, levántate que tienes que ir a la escuela mijito!

Este era el peor momento del día, porque a Lucho no le interesaba ir a la escuela. Era una diaria pelea, y de alguna manera se le escabullía a su mamá.

A Lucho le interesaban otras cosas, como ayudar a cargar el bagazo de la caña de azúcar, que reposaba en un galpón dividido en varias partes, una para cada día de la semana; y que posteriormente sería convertido en combustible para cocinar el jugo de la caña para llevar al temple, y luego colocarlo en los moldes de madera para que saliera el papelón. ¡Eso sí era sabroso! Allí se reunía con personas mayores, se sentía feliz, al terminar de ayudar salía a cazar lagartijas, o iba a bañarse en el río, o simplemente acostarse sobre la hierba a mirar las caprichosas formas que toman las nubes allá arriba, en el cielo. ¡Qué deliciosa era su vida en San Pedro! ¡Si no fuese por el martirio de la escuela! ¡Más rico el campo!

También le gustaba compartir con sus amigos Caito y Cori. Caito era a quien más cerca tenía pues iba a trabajar diariamente. Cori era su amigo desde siempre, aun cuando él le llevaba cuatro años. Juntos habían vivido aventuras que recordarían siempre, mientras crecían y el tiempo iba transformando la rutinaria vida en aquellas tierras de la hacienda san Pedro, de Guarenas, y de sus pobladores.

Una mañana todo cambió, Lucho conoció a una niña, la más hermosa que jamás había visto; era alta, morena, de ojos muy brillantes y negros. Tanto le brillaban y tan negros eran que Lucho quedó encandilado desde muy adentro, desde su corazón de muchacho de campo, entrando a la adolescencia. La luz de sus ojos oscuros le entró por sus pupilas aguarapadas, y no podía ver más que hacia adentro, recordándola.

Entonces, curioso, le preguntó a Cori, que pulía un cachito. * detalle elaborado con una parte del fruto del árbol de Jabillo.

—¿De dónde es esa muchacha?

—Ella es de Caracas —respondió Cori—, es mi prima. Mi papa la invitó hoy a conocer San Pedro. Se llama Verona —dijo y siguió con su labor tranquilamente.

Los días siguientes don Pedro trajo a sus hijos y a Verona a jugar, a cantar, a comer frutos y a reírse de todo cuanto ocurría. Verona disfrutó de cada paseo.

Por supuesto que Lucho participó de estas alegres jornadas, y puso su empeño en explicarle algunas partes del interesante proceso de fabricación del papelón. Los rincones más bonitos de la hacienda, el caserío donde vivían los trabajadores, el río Guarenas, que atravesaba la hacienda, la capillita en honor al Santo Patrón, y hasta le contó que allí hubo un milagro.

—Lucho, mañana regreso a Caracas, pero te mandaré cartas para contarte cómo estoy. Espero que me respondas.

¡Zas! El grupo de amigos, entre quienes estaba Cori, sonrió discretamente, nadie dijo que Lucho no sabía leer ni escribir.

Verona y Lucho se despidieron hasta el próximo año.

—¡Te escribiré siempre! —dijo ella.

A partir de ese día, Lucho asistió a clases diariamente, y en Navidad, cuando Verona le envió una hermosa tarjeta de felicitación, Lucho la pudo leer y le respondió con otra que decía:

Feliz Navidad y Próspero año 1957 querida Verona. De Lucho.

El secreto de Lucho. Colección: «Te cuento a Guarenas» (2017- 2021).

©Marta Elena Crespo

Caiquito

Tenía apenas 6 años cuando comenzó a visitar el galpón grandísimo donde se molía la caña de azúcar. Iba tras su abuelo, que fue quien lo crio. Abuelo no sabía leer ni escribir, pero sabía tocar tambor y cantar fulías.

Allá en la hacienda San Pedro todas las cosas eran hermosas, había árboles frondosos que invitaban a descansar bajo su sombra; hierba fresquecita y corta como para acostarse cómodamente sobre ella para dormir un rato. También había naranjas, cambures, guayabas mangos, y hasta tamarindo para merendar a cada rato. Tenía amigos para jugar, pero como él aún era pequeño, prefería conversar con ellos y observar sus juegos desde lejos, para no ser atropellado en sus carreras.

Pero lo mejor de la hacienda era jugar a trabajar como un adulto, ayudar a su abuelo, mezclarse entre esos hombres alborotados y escandalosos que día a día hacían que las faenas del campo parecieran una fiesta. Abuelo era moledor de caña. El fruto entraba a la molienda y tras haber sido exprimida, según el proceso de halar la caña mientras salía el jugo, la maquinaria se detenía…paraban la noria. Entonces los bagazos caían sobre una tela metálica y luego se subían a la parihuela. Ese fue el trabajo de Caiquito desde niño. Trasladar la parihuela con otra persona, que por supuesto era adulto.

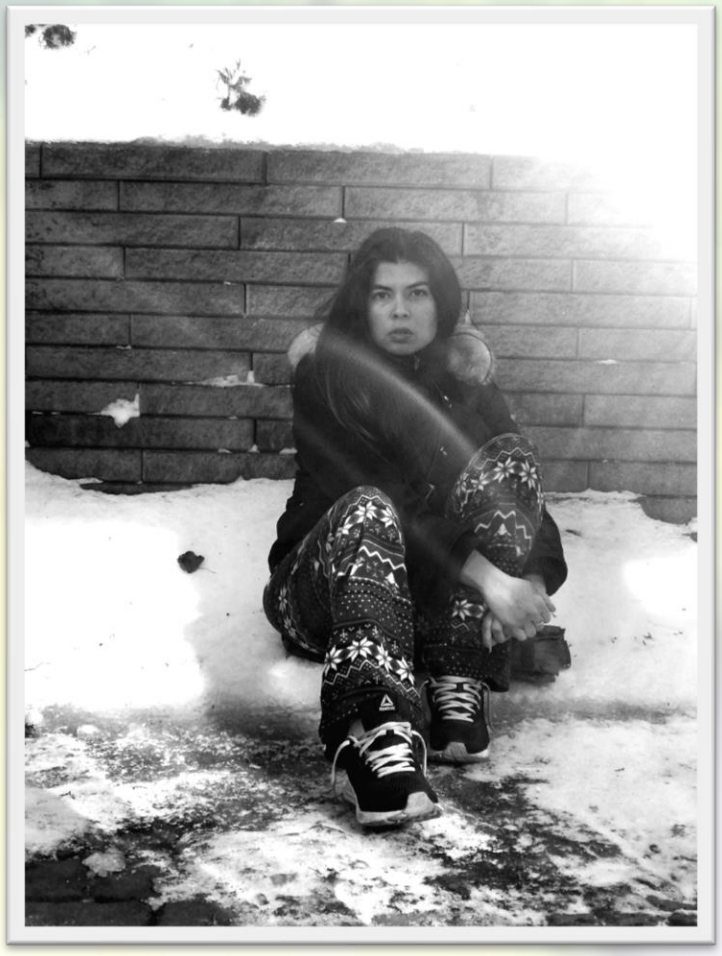
Fue parte de una costumbre ver a Caiquito tan chiquito cargando la parihuela… Y fue creciendo… y a nadie le extrañó que solo engrosara, adquiriendo rostro y cuerpo de hombre, pero su crecimiento era muy lento.

Caiquito y Cori eran amigos, a veces jugaban trompo o perinola, o a dibujar…

Caiquito no creció nunca, sus piernas, al cargar un peso desproporcional, se fueron deformando, y hasta ya muy mayor, Caiquito contaba cómo pasó su vida de niño y de joven cargando bagazo en una parihuela, que por su gran peso no lo dejó aumentar de tamaño; simplemente sus piernas se fueron arqueando. También decía: ¡Yo fui un muchacho muy feliz! Eso sí, decían sus amigos Caiquito no creció en tamaño, pero era un hombre honesto, responsable, y lo que más le gustó siempre fue trabajar. Por eso fue un hombre grande.

Caiquito. Colección: «Te cuento a Guarenas» (2017- 2021).

©Marta Elena Crespo



Nació en Maracaibo, Venezuela, Economista graduada en la Universidad del Zulia, llega a Canadá en marzo (2011). Esposa y madre, escritora en progreso y constante crecimiento, autora de *Paria* y *Lados A y B* (pronto a publicarse).

Página de facebook: Martapoesía
Instagram: martamrincon2018

Ella

Te escucho tocar la puerta
vas
vienes
pero hoy
la quieres tumbar,
te rompes los puños,
gritas frenética,
no pides auxilio
quieres salir, entrar
lo realmente importante
es destruir la puerta
no soportas esta mentira
rodeada de miedo,
debes morderme,
te llamo,
me escondo,
no sé cómo despertar
tira la puerta,
hazla pedazos,
párate íntegra
hasta que seamos una,
rescátame.

©Marta Rincón Castillo

Nació en Caracas (1969). Mujer y madre. Fabuladora de sonrisas, pintora de versos, aspirante de poeta, compositora naif, intérprete de los acordes del alma. Docente, locutora, cantora, narradora oral, productora radial, asesora organizacional. Gestora del enfoque Poética de lo femenino que promueve una hermenéutica de la existencia desde un recorrido por los senderos del arte. Creadora de *Una Pedagogía de los Arreboles* (ensayo, 2019). Coautora de *Líderes que cuentan, se cuentan* (2020), y autora de los poemarios *Cuerpo Navegable* (2017) y *Presencia Galopante* (2021). Tejedora de urdimbres, emprende su marcha espiral desde el insaciable apetito creativo, que la incita a una danza pendular, en la que seguirá buscando, como una maga urbana en tránsito *lo que no se le ha perdido*…

Crear

Exaltación de los opuestos

aquiescencia de lo humano en esta orilla

urdimbre encendida

sendero de arañazos

territorio de la alquimia

Crear

como parir-nos

piernas y brazos abiertos

desgarrando ataduras

besando

enigmas de sangre y fuego

Crear

desconsolados

amasando incertidumbres

en la eterna indigencia

del mundo

útero nuevo

Crear

contracción dinámica del tiempo

ReCrear

lenguajes

CoCrear

misterios

Gozar el erotismo subversivo

del intento

Crear

en la cama, en la cocina

en la calle, en la oficina

dejar en las plazas del mundo

tu singularidad-semilla

Crear

espejo giratorio de la muerte-vida

destello de eternidad

arrebol

metrónomo de las mareas

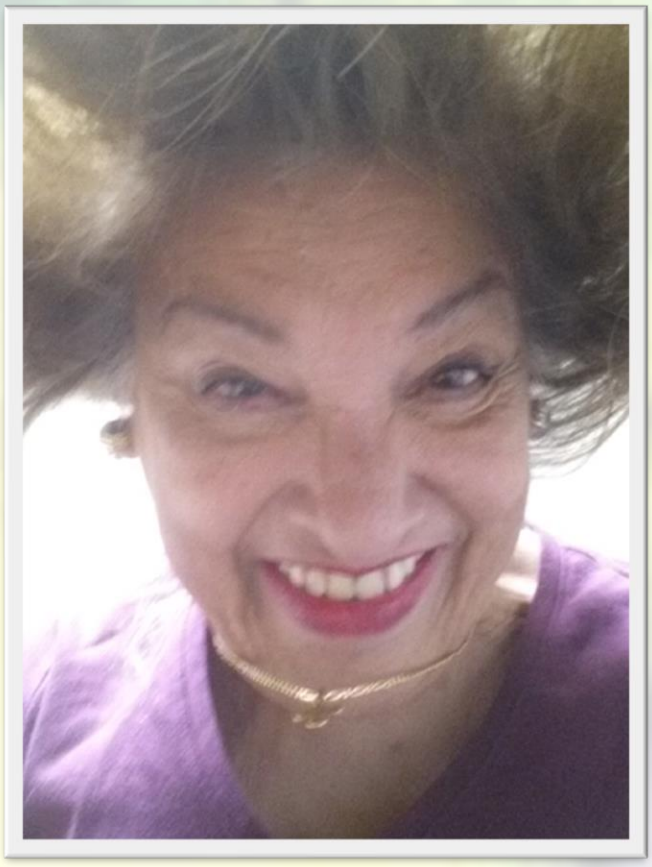
Mandamiento único

principio de numinosidad:

Crear

… aunque no te lo creas

©Marvin de los Ángeles Colmenares



Escritora venezolana que ha logrado una forma original de escribir desde un sustrato poético sin perder la intensidad del relato, ya sea en el cuento o en la novela corta. En su prosa se advierte que lo fundamental es la narrativa como suerte de catarsis ontológica y literaria que la lleva a crear nuevos lenguajes, símbolos, imágenes y otras posibilidades de escritura. Entre sus publicaciones destacan: *Maithuna* (Monte Ávila Editores, Caracas 1978). *El Juego Infinito* (Criteria Editorial 2005). *Barbazucar* (Editorial EODG, 1979), y varias publicaciones de sus Cuentos en diversas Revistas literarias, tanto en Venezuela como en el exterior, dan prueba de su fuerza creadora e imaginativa.

La diáspora del signo

Presentación de los dados dados

En el circo D Dadá
DADA DA DOS DADOS
EN RE DA DOS EN RED
Cubilete sin dados
(Juega Matilde)

Después de encomendarme a los designios del buen decir sin maldecir, sentí que era el momento de mostrar lo que había escrito en homenaje a Mallarmé. Llamé a Darío por teléfono. Su voz sonó profunda, grave quisiera decir, cuando le dije que el poema se lo dedicaba a él. Su primera reacción fue darme las gracias; luego, escuché su risa y comenzó el juego.

—No, no quiero que escribas mi nombre… dedícaselo, más bien, a él.

—¿A quién? ¿a Mallarmé? (desconcertada).

—Sí, sí…a él.

—¿Por qué a él, dime ¿por qué a él? ¿qué escondes?

—Es que yo soy nadie.

—¡Qué dices Darío! (alarmada).

—Dedícaselo a él, a él que es conde.

Me reí y le pregunté (jugando).

—¿qué esconde el conde?

Darío responde:

—que es conde eso esconde.

—¿Esconde que es conde?

—Sí, que es conde de dos condados.

—¿Por qué de dos condados?

—Porque esconde dedos con dados.

—¡Ah sí? quieres que olvide a Darío y escriba:

(Cubilete con dados)

Homenaje a Mallarmé

Al conde de dos condados que esconde dedos con dados

Dadá da dos dados
Enredados en red
Dadá da dos dados
enredados:
¿Es Mallarmé dadá
conde de dos condados que esconde dedos con dados?

Hasta entonces no me había planteado la doble realidad, la separada, la otra zona. Busqué los libros. Pensé en Octavio Paz y sus reflejos, destellos sobre el poeta y el poema en IX
Regresaré al texto por un momento y después sigo:
Bordeando el condado de Mallarme con cubilete y con dados:

Caracas (2004).

© Matilde Daviu

Nació en Caracas, Venezuela, en 1993. Estudió dos años de Psicología en la Universidad Central de Venezuela. En noviembre de 2014 se mudó a Chile donde reside actualmente. En este país, estudió Traducción y se tituló en 2018. Hizo el Diplomado de Literatura Infantil y juvenil de la Universidad Diego Portales (2019). Ha formado parte de varios talleres de poesía y teatro en Venezuela y Chile. En 2018 fue seleccionada para el taller de poesía de Raúl Zurita en la Universidad Diego Portales. Ha ganado varios premios literarios: el primero fue a los 13 años, cuando obtuvo el 1er lugar del XI Concurso Nacional de Poesía para Liceístas (2006) de la Casa de Bello (Caracas). También ganó el XIV Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor de Chile, por su primera novela *Apartamento 11*, publicada en 2019 por Editorial SM (novela que también ganó Los Mejores del Libro y Premio Cuatrogatos, ambos de 2020). Algunos de sus poemas han sido publicados en varias revistas literarias. En 2020 publicó su poemario *Sujetos*, con Ediciones Queltehue.

Figura fondo

Estoy en la fotografía de esa ciudad
Me desfiguro ahí
Como un trozo de algo
Pero llámame persona
Un transeúnte más
Un acento
Sé sobre el tiempo
Escucho conversaciones
Me gustaría saber menos
Soy texto
Un par de oraciones consecutivas que hablan del no sentir
Dime
¿Qué dice el humano aislado?

Generación espontánea

Me trato de encontrar en el útero de mi madre,
parpadeo unísono
mi otra voz.

Recuerdo soñar mucho con mi nacimiento:
«En el cielo hay una luz que me jala y me
absorbe, yo me agarro a la tierra, mamá, me agarro a las personas que no existen».
No quiero nacer.
Después de la luz los gritos,
después de los gritos aprendo,
después de aprender ya no fui pez ni pájaro.
Gateo,
camino,
me llevo a todos los lugares,
sé que no debo temer al bañarme,
aún no muero,
ahora la preocupación es dormir,
pero mamá, hay luz en todas partes.

Del poemario *Sujetos* (2020).

©Mayi Eloísa Martínez

Nació en Caracas (1958). Curso estudios de Letras en la Universidad Central de Venezuela y Estudios de Artes Plásticas en Oklahoma (1980). Ha participado en talleres literarios de la Casa de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) en el período 1996 - 1997 dirigido por Juan Calzadilla, y el de Igor Barreto en 1998 - 1999.

Ha publicado *Palabras lejanas*, bajo el respaldo de la Editorial Liebre Libre en 1998 *y Celajes de la casa* (2000), por el Taller Editorial El Pez Soluble. Actualmente posee inédito su último poemario *Ritual de Supervivencia*.

Cofre

Abro el cofre
de un antiguo mediodía

Mis padres brillan,
son chaguaramos,
pilares bajo el sol.

Mis tías hornean pan,
hierven el azúcar
donde los higos serán esmeraldas

Mis hermanos vuelan,
viajan en chinchorros
por los cielos del cuarto,
hablan de países
más allá del níspero,
dicen que algún día
todos nos iremos
y yo me tapo los oídos.

Faenas

Mi hermano se afana
al fondo
de la casa de la infancia.

Remienda
con tablas nuevas,
con saliva
detiene la herrumbre.

Por las noches pule y pule
el cristal
del deterioro,

pero nosotros
también pasaremos.

La casa mágica de mi abuela

Cuando perdió los techos por el abandono, y la lluvia poco a poco fue lavando sus paredes, aparecieron los murales con los que mi abuelo la mandó a decorar al casarse con mi abuela a finales del siglo XIX.

Para el zaguán y el recibo, el pintor italiano se decantó por unos hermosos óvalos en falso mármol que acunaban ramilletes de rosas pálidas; para el salón, unos elegantes recuadros que simulaban terciopelo rojo con marcos dorados estilo rococó. Para el comedor, el artista se decidió por un paisaje de acento europeo, sacado, tal vez, de algún recuerdo de su tierra natal. Mi abuela nos hablaba de ellos, de los murales, pero luego decía que en los 20's se puso de moda pintar las casas con pintura al óleo y el decorado de las paredes se perdió para siempre. Yo intentaba recrear las pinturas en mi imaginación hasta aquel instante, mucho después, en que aparecieron como magia ante mis ojos por obra de la ruina de los techos y del invierno.

La llave de la casa de mi abuela era pesada y enorme, de más de una cuarta. Con ella, un buen día, mis hermanos y yo presenciamos cómo y con qué se abre el tiempo.

©Mercedes Ascanio

Nació en El Tejero, Monagas, Venezuela (1948). es narradora, guionista radial, novelista y autora de literatura infantil y juvenil. Su novela *La Capa Roja* obtuvo en 1998 la mención de honor del Premio Municipal. Es Licenciada en Letras. Tiene distintas publicaciones y obras premiadas tanto en Venezuela como en el exterior. En Caracas ejerció la docencia en distintas universidades, y fue nominada en 2008 al premio internacional Astrid Lindgren. Escribió durante treinta años el programa radial Cosas de Venezuela. Entre sus obras: *Crónica Caribana. Vuelven los fantasmas. Monstruos que nadan. Criaturas fantásticas.*

La Viuda

Pasa envuelta en sus blancos ropajes, sin rostro, sin pies, avanza por la tierra sin tocarla, arrastrando sus largos encajes de lluvia, porque le gusta recorrer las calles, sobre todo en noches tormentosas. Cada cierto tiempo, se lamenta y su llanto desgarrador conmueve a quien la oye. En otros casos la han escuchado gemir débilmente, pidiendo ayuda. Su presencia es anuncio de desgracias, o muerte. Los perros aúllan enloquecidos al oír su triste llanto sin lágrimas.

La voz del abuelo recorría caminos inalcanzables. El nieto de apenas ocho años se acercó más a aquella voz suave y lejana.

—¿Y quiénes es esa mujer tan triste, *noninno*?

—Ya vas a asustar a la pobre criaturita —dijo la abuela Rosa, que preparó un mate para el abuelo Jonás.

—Yo ya estoy grande, tengo ocho años y ya no me asusto. Sigue contando.

—Pues la llaman la Viuda. Dicen aquí en el sur de la provincia de Buenos Aires que era bella, que por celos mató a su marido y lleva su cabeza dentro de un saco. Otros afirman que llora por su novio que murió en la guerra.

—Qué historia tan aterradora. Hasta para mí —comentó la abuela arrebujándose en su chal tejido.

—No, *nonna*, no me asusta. Es más bien triste. ¿Pero…es peligrosa?

El viejo Jonás cebó su mate, tomó un sorbo y prosiguió;

—Bueno, hijo, la Viuda es un espectro fatídico y ciertamente peligroso. Al escucharla no hay que detenerse, es necesario buscar rápidamente donde guarecerse y si se está en alguna casa, es importante cerrar rápidamente puertas y ventanas. Si las personas se detienen, los mirará con su extraña cara vacía y dicen que la impresión que causa esa visión quebranta los huesos sin derramar una gota de sangre, causando la muerte. Por eso en algunos pueblos la llaman «la rompe huesos».

—Entonces ¿no hay defensa contra ella, abuelo?

—Algunos creen que es posible hacerla retroceder alzando frente a ella un crucifijo de plata o un cuchillo que tenga empuñadura en forma de cruz. Pero algunos se conmueven con sus lamentos y se acercan a socorrerla. Entonces ella les quita el aliento y destroza sus huesos.

Cuentan que han encontrado personas muertas en plena calle, con todos los huesos rotos por dentro.

—Eso sí que espantoso, *nonnino*.

—Solo son leyendas hijo.

—Leyendas que aterran.

—¡Pero *nonna*! Esas son las más emocionantes.

El viejo Jonás sonrió. Era uno más de los muchos cuentos que escuchó en su lejana infancia. La abuela se alejó moviendo la cabeza. El pequeño nieto ocultó un temblor en sus manos mientras atizaba el fuego de la chimenea. El frío del invierno dibujaba sombras errantes en la ventana.

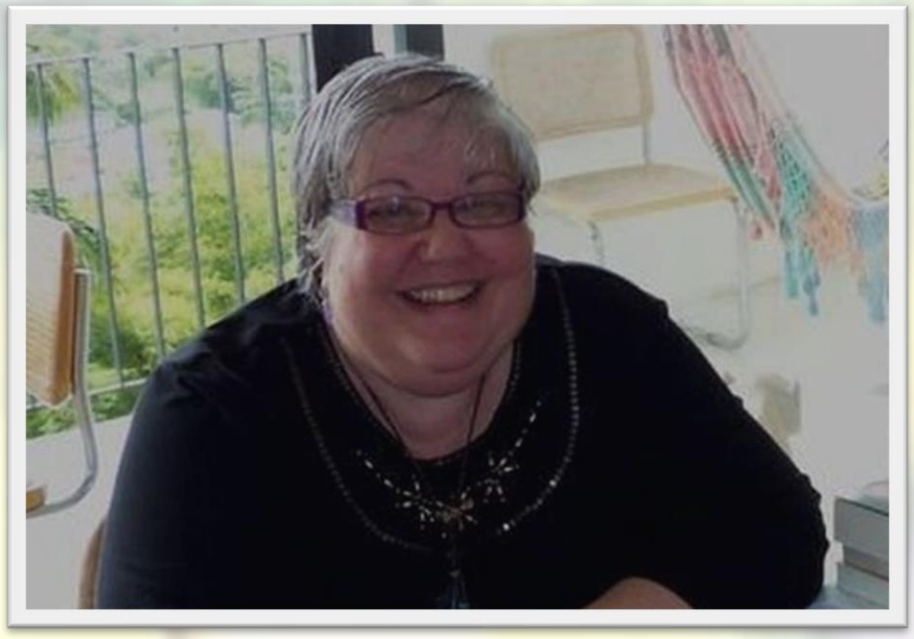
Nonnino, *nonna*: Abuelito. Abuela Por la gran inmigración italiana, en Argentina se han incorporado al habla popular muchas palabras de ese idioma.

Mate: Yerba que se toma en infusión. En Argentina, Uruguay y Paraguay.

Cebar el mate: Revolver bien la infusión con el pitillo de metal que usan para beberla.

Chal: Especie de manto corto, con el que las damas se protegen del frío.

©Mercedes Franco



Nació en España (1958). Escritora y periodista. Guionista de cine y televisión. Residenciada en Caracas, Venezuela. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Licenciada en Ciencias de La Comunicación, Mención Nuevas tecnologías, por la Universitat Aperta Barcelona, Catalunya (UAB). PH.D. On Fine Arts, Mention Films (U.C.L.A, U.S.A.). Ha publicado poemas, crónicas, textos de ensayo, cuentos y diversos artículos en: Diario de Caracas, Diario El Nacional, Revista Vuelta (México), Revista El Viejo Topo (España), Diario El País (Madrid, España), Diario La Vanguardia (Barcelona, España). Antología de su Obra Poética Completa en Monteavila Editores Latinoamericana.

Vigilia de Aquiles

por ese suelo en el que no pongo pie
por los silencios y los dones del día olvidado
oído que sólo escucha el rodar de las piedras
el aire desbrozado lleno de claridad
por ese horizonte sedentario que no podemos traspasar

por el tiempo del goce perdido y entero
separado de las constelaciones
y el viento que retengo en el corazón
apresado entre muros
tan hondo como entra el sol
en el interior de la roca

con palabras que festejan sin violencia
la huella de las herraduras
en el polvo enmohecido de la luna

placer obstinado
esta vigilia sobre mi nuca

Del poemario inédito: *Aprendiz de Odiseo*

©Mharia Vázquez Benarroch

Fotografía: Emilio Kabchi

Nació en Caracas (1979), es narradora, crítica literaria y periodista. Ha publicado Álbum de familia: Conversaciones sobre identidad y cultura en Venezuela (2013). Madre mía que estás en el mito (2016). Gente decente (2017). Malasangre (2020). Premio de Narrativa Francisco Ayala. Colabora con varias revistas literarias españolas y medios culturales venezolanos. Trabajó en el diario El Nacional, fue profesora en la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello y fundó Colofón Revista Literaria (2014). Reside en Madrid desde 2015.

www.michellerocherodriguez.com

Arte abstracto

A Ana y a mí nos sentaron en una mesa larga del salón de estudio y nos dijeron que no nos moviéramos hasta que termináramos nuestras «obras». Una maestra trajo las témperas. Sabía que ese era el fin de mi carrera como artista porque soy incapaz de lidiar ordenadamente con los líquidos. Ana debió sentir algo parecido porque la oí suspirar mientras agarraba un pincel demasiado grande para sus manecitas.

No me acuerdo cuándo conocí a Ana. Supongo que cuando nací, porque el recuerdo de las témperas es el más antiguo en mi cabeza. Me acostumbré a que siempre estuviera allí como las caricias de mamá, los cuentos de mi abuela o los mimos de papá.

—¿Dónde crees que pondrán esto? —preguntó mientras subía el pincel triunfante sobre el trabajo terminado. Acababan de dejarnos solas.

—En un museo: allí ponen los cuadros —respondí, segura de que no tenía idea.

El Ministerio de Educación estaba organizando un certamen infantil de dibujos por la paz de quién sabe qué país y pidieron a las instituciones pedagógicas del país que mandaran los mejores trabajos. Nanita, la regenta del Kinder Tamanaco, había abierto la puerta esa mañana con un estrépito feroz mientras ordenaba:

—Necesito dos personas que dibujen bien para un concurso.

Me pareció natural levantar la mano, aunque no supiera dibujar. Cuando miré a mi alrededor, nadie más lo había hecho. Sonreída miré a mi mejor amiga y ella accedió. La mano de Ana temblaba un poquito cuando Nanita la llamó. Creo que allí comenzó la insólita vocación para meternos en líos que hemos compartido toda la vida.

La invitación del Ministerio había llegado aquella mañana y Nanita se dio cuenta de que, por artilugios de Ipostel, a ella le quedaban 24 horas para mandar los trabajos. No era una solución abstenerse de concursar, porque en el Kinder Tamanaco se manejaban «altos estándares educativos» y nunca dejaría que una psicóloga del doctor Spock, dueña por casualidad o herencia de algún otro preescolar, le ganaran en la codiciada presea de la pintura infantil.

Nanita tenía cuarenta años trabajando con niños y veinte de directora del colegio. En el Kinder Tamanaco no había una jerarquía más alta que su palabra, ni un genio más atravesado que el de ella. Pero la queríamos; era como una abuela regañona. Bajo su batuta nuestro preescolar se movía como una institución castrense, donde cada uno tenía un trabajo específico y a nadie se le ocurría rechistar. Mucho menos echarse para atrás en un compromiso hecho con ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana, al cabo de un rato, mirando circunspecta mi dibujo. Lo detestaba: desde siempre su cara ha sido incapaz de esconder sus sentimientos.

—Es una ciudad. Mira: tiene edificios y casitas; un parque y un perro.

—¿Y la gente?

—Son los punticos que están con el perro.

—¡Pero, está sucio! —Ana tenía razón: la pintura que se había corrido y el parque se confundía con las casas, mientras el edificio levitaba entre unas nubes verdes que iban a ser arbustos en el tope de la montaña, antes de que mi pulgar, por accidente, las convirtiera en unos cirros redondos y desagradables.

—Es arte abstracteto.

—¿Abstraqué?

—Abstracteto, Anita, abstracteto. Como ese que pintan en el museo del gato gordo.

—¿Y dónde pintaste el gato gordo?

Le expliqué que había un lugar llamado museo que en el centro de un cuarto tenía la escultura de un gato gordo. Las paredes que rodeaban al gato estaban decoradas con cuadros en donde se suponía que debíamos ver imágenes a partir de manchas y rayones. Eso decía mamá. Comencé a hablarle de algunos de los pintores que ella nombraba cuando íbamos a ese lugar hasta que Nanita nos interrumpió.

Tomó entre sus manos mi dibujo y me miró con las cejas muy levantadas antes de tirarlo a la basura. Sentí que las lágrimas me corrían por las mejillas. Sin decir nada, Nanita agarró el dibujo de Ana y lo miró con detenimiento, moviendo de un lado a otro la cabeza con lentitud. «Tendrá que ser este», murmuró y lo dejó en la mesa más cerca de la ventana para que se secara.

—¡Pero es no es arte abstracteto! —protestó Ana. Me limpié las mejillas con la manga del suéter: mi amiga entendía.

—Hija mía, a tu edad, todos los dibujos son abstractos —zanjó Nanita.

©Michelle Roche Rodríguez

Nació en Caracas (1951). Profesora egresada del Instituto Pedagógico de Caracas (1972). Periodista y trabajadora de periódicos desde 1967. Trabajó en redacción como columnista en El Bolivarense, El Expreso, Antorcha, El Nacional, El Universal, Tal Cual, El Gusano de Luz. Ahora, trabaja en publicaciones como Letralia, Actualy y Poetry Review. Fundamentalmente, es cuentista, novelista y ensayista. En esos temas ha publicado 34 libros. Miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua Española. Ha estudiado concepciones del tiempo y el espacio en la narrativa venezolana del siglo XX. En la actualidad, cofundó y codirige junto a su socio, el escritor Eziongeber Chino Álvarez, la Editorial Ítaca, especializada en libros virtuales.

Amores enclaustrados. La princesa encantada

Entreabro los ojos y la reverberación de la luz en las paredes me penetra como un estilete quirúrgico, despertando mi cerebro, devolviéndome al tiempo. Es muy fácil perder la noción estos días. Mi habitación de alquiler es poco más que una gran cama, las mesas donde tengo la PC, la impresora, el escáner, el televisor y el equipo de fotografía. Dos sillas plásticas de color verde. Un armario. Un baño minúsculo que huele a moho. Una cocineta con utensilios mínimos. La habitación, con una ventana, da a un hermoso y cuidado jardín. Ajeno. Todo me es ajeno desde que el desdén de mi mujer me lanzó a la errancia. No es por otro hombre, me dijo, es porque después de un cuarto de siglo ya no siento nada por ti. Me aburro contigo y no tiene sentido que sigamos juntos. A continuación, finiquitamos los escasos bienes y enseres que habíamos juntado. Ella, tan práctica, se quedó con su mitad del producto de la venta, aceptó que no podía reclamar algo de la herencia de mis padres, contrató el abogado de divorcio y se fue al exilio europeo con el hijo que nos quedaba. Así que, después del desconcierto, opté por volver a la ciudad que había abandonado y casi olvidado quince años atrás, y alquilar estos espacios insignificantes, eludiendo contactos cercanos, estableciendo solo relaciones de negocio. Solo gente para utilizar y obtener ganancias. Casi siempre monetarias, pero también están esas mujeres que se ilusionan, desviviéndose por lavarme, plancharme y coserme la ropa a cambio de una muestra de atención, una mirada intensa: es que tú eres bello, catire, dicen, esperanzadas con la posibilidad de lucirme: trofeo, el gran artista de ojos verdes, heredero de una gran finca ahora improductiva.

Son, quizás las tres de la tarde de algún día laboral. Jueves, tal vez. No hay forma de saberlo ahora, cuando la falta del combustible restringe la circulación de vehículos. A menos, claro, que consulte el celular y eso implica levantarme, sacudir la cómoda modorra que me arropa en esta habitación aburbujeada por el murmullo del acondicionador de aire sin el cual no podría sobrevivir al calor. Hay silencio. El silencio se posa como el polvo sobre los seres y las cosas. El silencio es una materia como esos granitos minúsculos de polvo flotante casi invisible que solo percibimos a veces por medio de un rayo de la luz. En estos días, con las actividades disminuidas, la atmósfera se ha ido limpiando y todo se distingue con más nitidez. Afuera están la vida y la posible muerte.

Alejado de amistades más o menos cercanas, al principio, no sentí mayor diferencia al asumir el enclaustramiento: la cuarentena decretada por causa de la peste. Sin embargo, a medida que se han pausado mis negocios: asesoramientos, trueques, contratos para fotografiar espacios, transacciones, esas cosas, se han alejado socios y clientes. Eso hace muy evidente mi soledad ¿qué pasaría si *algo* me pasara? Tengo el carro guardado por falta de un repuesto, así que no podría salir a pedir ayuda. Mi casera, una mujer regordeta, afanada siempre en quehaceres como arreglarse las uñas y hablar por teléfono con sus amigas, solo se acerca por aquí para cobrar el alquiler o anunciar alguna restricción: la economía del agua, o del gas, por ejemplo. Y de las cinco habitaciones solo tres están ocupadas: esta, por mí, un solitario sin horas fijas de entrada y salida y dos ingenieros de pozos petroleros que trabajan fuera mucho tiempo y a quienes apenas he saludado. Las mujeres de las que me sirvo ni siquiera saben exactamente dónde vivo, además, también están encerradas. Con sus familias. Me han dicho que ciertos amigos desafían el toque de queda y el distanciamiento social y se reúnen, conversan, toman café o té (yo soy más de té, por supuesto). Son, dicen ellos, artistas e intelectuales. Pero no tengo esos amigos. Me he enorgullecido de mi aislamiento. Me he destacado entre todos diciendo que soy vegetariano y despreciando los hábitos de los otros. Yo creía que me había separado sutilmente, como para no hacerme notorio, pero he sentido las burlas y el menosprecio. Hasta algunos me consideran una especie de viejo maricón, ellos, que se jactan de no discriminar, pero lo hacen.

En medio de todo, he descubierto la naturaleza más íntima, más fiel y profunda del amor entre estas cuatro paredes. Echado en la cama en esta tarde cuyo avance hacia la noche voy notando por el cambio de la luz en las paredes, yo siento su mirada y su presencia. Ella es cálida. Si no hubiera sido por el enclaustramiento, por esta obligación de quedarse en casa, no la hubiera conocido como la conozco, aunque hace casi tres años que vivimos tan cerca como pueden vivir dos extraños que comparten tiempos eventuales. Descubrí un día que ella es bellísima. Su piel asemeja en color y textura el terciopelo de un abrigo que tenía mi madre. Sus formas son alargadas y elegantes, maduras ya por una única maternidad. Su voz es dulce monocordia llena de matices. Ella es tal como se fantasean los niños que son las princesas encantadas. No pretende saber todas las cosas, aunque las sabe con ancestral sabiduría. Sus ojos, de un verde dorado, con pequeños destellos en torno a la pupila, me miran con fijeza, atentos a mis movimientos y a veces con adoración. Cuando se enrosca en mi cama, me inunda de ternura. Y de deseo. Porque he terminado por desearla intensamente. Tórridamente, pero no quiero

espantarla con mi excesiva pasión, que he aprendido a mitigar solemnemente. A ella le encanta recostar la cabeza en mis pies y no la ofenden mis olores corporales, como a otros, que rechazan mi costumbre de no usar ningún producto químico que altere la ecología de mi cuerpo, al que solo lavo con agua y jabones neutros de avena y glicerina que yo mismo preparo. Ella entiende mis razones, se las diga, o no. Sus solicitudes son solamente las justas para asegurarse el sustento y no precisa de otras ganancias. Ella me ama por lo que soy, Y yo he aprendido a amarla por lo que es. He descubierto la calidad verdadera del amor en estos días de tan restringida convivencia que compartimos: ella, yo, el televisor a veces, el teléfono celular cada vez más enmudecido, el chico del *delivery* que trae provisiones dos veces por semana, llamándome, señor Juan ¿qué quiere que le lleve? me dice, y al rato llega en su camioneta, y también estas llamaradas de pasión, incendios controlados entre seres sésiles, obligados a anclarse en sus sustratos.

Sé que ella pudiera irse, si quisiera. Nada le impediría usar su fuerza y su libertad. Cruzar los umbrales, desperezarse bajo el sol, como hace, sentarse en la hierba siempre verde, explorar el jardín y luego correr a las salidas y perderse hacia destinos que me son desconocidos y que siempre me lo serán. Como dice la canción: *la prefiero compartida /antes que vaciar mi vida: /no es perfecta mas se acerca/ a lo que yo simplemente soñé*. La certeza de estar enamorado me emociona y fortalece mi deseo de vivir. Ya nada es igual. Mi huerto interior ha renacido. No estoy más confinado a mi pasado: cesó aquella cuarentena, más terrible y duradera que esta. Ahora, me incorporo lentamente a este espacio apenumbrado por la hora y tengo frío. Ella salta a la cama desde el suelo, donde ha estado toda la tarde. Acaricio su cuerpo tan suave, tan gracioso, tan tibio. Y ella se restriega contra mis piernas recogidas, maullando dulcemente.

El Tigre, 2021

©Milagros Mata Gil

Fotografía: ©Archivo de El Nacional

Nació en Maracaibo (1960). Escritora y periodista venezolana. Ha trabajado en prestigiosos medios de comunicación. Su labor como periodista ha sido galardonada con el Premio Nacional de Periodismo (1999), otorgado anualmente en Venezuela. Entre sus publicaciones de narrativa destacan: *Una atmósfera de viaje* (1989). *Alfonso 'Chico' Carrasquel. Con la V en el pecho* (1994). *Actos de salvajismo* (1999). *Greñas* (2007). *Vacas en las nubes* (2007). *El abrazo del tamarindo* (2008). *Cuentos goajiros* (2011). *Un café con el dictador* (2019). Su obra narrativa de ficción ha sido merecedora de los varios premios, entre ellos: Primer Premio de la I Bienal Udón Pérez de la Universidad del Zulia (1990). Primer Premio de crónica urbana del Diario de Caracas (1994). Primer Premio de narrativa de la Bienal José Antonio Ramos Sucre (1996).

IV

Cuando las aguas comenzaron a cubrir la aldea, los primeros en advertirlo fueron los perros, que, al parecer, no distinguen la avanzada del agua de la de los yukpa. A las voces de los perros, los japreria salieron del bohío y, en vez del grupo de yukpa que esperaban ver parados allí, toparon con una lengua de agua, no más gruesa que un tamarindo, que prosperaba lentamente pero sin descanso. Un ruido lejano anunciaba que el ingreso de las aguas prometía aumentar en volumen y velocidad. Lo primero que hicieron fue poner a salvo a los ancianos y a los niños. Mi madre salió del bohío en ese primer grupo, llevada en brazos por su abuela, quien la arrullaba para no despertarla y evitarle lo que de seguro iba a ser un mal recuerdo.

En un segundo viaje, fueron rescatados los enseres, las esteras, los machetes, las flechas, en fin, todo lo que parecía tener valor y justificar la tardanza en ponerse fuera del alcance de lo que ya era un diluvio. Cuando mi madre vino a despabilarse, su familia se había mudado de residencia, los pájaros cantaban distinto, el río quedaba un poco más lejos, las mañanas eran más frías... y su muñeca había desaparecido. A nadie se le ocurrió incluirla en los atados a ser objeto del resguardo.

Los japreria no guardan memoria de ninguna muñeca (u objeto de cualquier naturaleza) tan extrañada y llorada como aquella que había quedado sumergida en las aguas llegadas del fin del mundo. Para colmo, los pocos nacimientos registrados después del veloz traslado no dieron como fruto una cara tan redonda como la de la muñeca náufraga. Nada consolaba a mi madre de su duelo. Le dio entonces en apartarse de la comunidad y ponerse a dar vueltas alrededor de los apamates. Era que estaba imaginando, hasta el más mínimo detalle, la peripecia de la muñeca en su eterna natación sobre el claro donde los japreria habían vivido desde que Dios se desperezó y miró alrededor a ver si divisaba una mata de yuca.

Hasta que se mudó a la estera de mi padre, me contó mientras andábamos por la selva hasta la laguna, su pensamiento no se ocupaba de nada que no fuera tejer en su mente las aventuras de la muñeca nadadora.

Ni ella ni yo sabíamos qué haríamos cuando llegáramos al borde la laguna. Por lo pronto, la caminata había contribuido a mejorarnos el ánimo y los distintos ruidos de la selva servían a mi madre de herramienta pedagógica para enseñarme todo lo que debía saber sobre el mundo.

Y el mundo era hermoso, aun cuando lo veíamos con los ojos tan tristes (y yo, con el coco raspado).

Cuando la Sierra se quedaba en silencio, mi madre proseguía su relato. La muñeca había amanecido un día con un tremendo dolor en el vientre. Y un rato después, su flotación dejaba una estela de sangre en la laguna. Era como una estrella fugaz con falda de fuego, me dijo en un susurro.

La muñeca había detectado la guarida de los peces-tigres, de los peces-araguatos, de los peces-yukpa y, peor, me dijo llevándose un dedo a los labios y bajando la voz hasta hacerla casi inaudible... de los peces-criollos.

Contuve la respiración. Una muñeca era algo muy valiente.

Cada cierto tiempo, la muñeca llenaba una vasija enorme de chicha e iba de guarida en guarida invitando a todos los peces a una fiesta. Por cierto, que también venían los espíritus de todos los niños muertos, cuyo hogar final, como se sabe, está en la Sierra de Perijá. Y en esa fiesta, aunque casi cada quien hablaba una lengua distinta, todos se entendían de maravilla (en su cara de luna, la muñeca tenía asiento para todos los idiomas del mundo; y ni digamos cuánta risa cabía en ella). Por donde la muñeca pasaba, y a veces tenía que hacer auténticas maromas para colarse entre las lianas flotantes, se levantaba un murmullo de risa subacuática, como un roce de flores selváticas cuyos pétalos son, como es conocido, carnosos como las manos de las niñas. Las risitas a su paso provocaban, a su vez, la risa de la muñeca (en este tramo del relato mi madre me hacía levísimas cosquillas), y por eso la laguna está siempre en feliz ebullición con burbujas de hilaridad.

La muñeca no paraba, ciertamente.

V

Así anduvimos, caminando por la Sierra, hasta que, de pronto, el follaje pareció apartarse; y delante de nosotros se extendió un estuario tranquilo cuya superficie no la alteraban las rochelas organizadas por la muñeca de mi madre. No sería fácil encontrarla, me di cuenta.

Nos acercamos y metimos los pies en el agua. En vez de auscultar en las profundidades, mi madre miraba al horizonte.

Contará con que la muñeca nadará hasta sus pies, pensé.

Pero el tiempo pasó y ningún aleteo hendió la quietud. Hay que decir que mi madre no gritó el nombre de la muñeca. Tampoco agitó las manos en el agua, como hacían algunos viejos para llamar los peces. Simplemente, examinaba el borde del mundo, hacia donde el sol se encaminaría en un par de horas.

Yo me metí en la laguna hasta la cintura. Después hasta el pecho. Llegué a sumergir la nariz, a ver si así descubría las lianas que se agitaban como los brazos de una mujer que se ha pasado de chicha fermentada. No había nada allí. Hubiera dado años de mi vida para ver un pez-criollo y, con suerte, percibir el legendario hedor que emana de su cuerpo. Llamé a la muñeca con el tono que usamos para tantear el guayuco cuando nos despertamos en la madrugada.

—Muñeeca —siseé—, muñeca de mi maaadre. Cosa especiaaaal, cosa redoooonda. Vinimos a buscarte. Veeeeen.

Pero nada se movió. Ni una burbuja tan minúscula como el peíto de una muñeca ascendió hasta la superficie para pincharla como un alfiler de agua.

Miré a la orilla para atender a la conducta de mi madre e imitarla. Estaba sentada en la tierra. Y lloraba. Lloraba las lágrimas de todas sus pérdidas y fue tanto lo que lloró que llegué a pensar que lloraba las pérdidas de todos los japreria del mundo.

Extracto de *La muñeca nadadora*, en: «Cuentos guajiros».

©Milagros Socorro

Caracas (1964). Poeta, escritora, fisioterapeuta, abogado, magister en literatura venezolana. Reconocimientos obtenidos: José Rafael Pocaterra (segundo lugar). Autores inéditos. Monte Ávila editores Elena Vera (Mención honorífica). Por una Venezuela Literaria (Mención). Lector Cómplice (mención).

La mariposa de mi patio

arremete contra el portón azul

una y otra vez

perdiendo alas

desprendiéndose

volviéndose polvo contra el metal

mientras la mañana transcurre

indolente

distraída

sin inmutarse

Ven a colores las mariposas

son diestras amando el azul

hasta más allá de sus vidas

Tiene que ser

es imperioso

es necesario que tengan ellas

esa incapacidad

de distinguir el cielo

que les hace confundir

los portones azules

con el firmamento

sino qué sentido habría tenido

esa destrucción tan temprana

ese desmembramiento

esa confusión

©Minerva Reyes Rojas

Nació en Caracas (1940). Es poeta, actriz y narradora. Fue Coordinadora de Cultura de la Universidad de Los Andes hasta 2002. Entre sus obras destacan: *Recóndita clave originaria* (Caracas, 1981). *Fin o principio* (Caracas, 1981). *Junto a tu piel* (Mérida, 1984). *Las fieras no ser rinden* (1993). *Del origen recóndito* (Mérida, 1995). *Almendra Voluptuosa* (Mérida, 1996). *Antología Poética Mireya Kríspin 1981-2004* (ULA, 2005). *Intersticios de bares* (Narrativa, Mérida, 2000).

Almendra voluptuosa

Te amé de un solo golpe
como hembra en celo
Sin preámbulos ni cortejos
cambié suspiros por risas

Anegué tus palabras con gestos amorosos
y repiqué como campana con mi carne
interrogando la tuya

Se me rasgó la piel entre tus huellas
un puñal de alas desplegadas
se hendía en mí

Adherida recorrí tus escondidos lares
horizontal de mar y de infinito
bogué en tu corazón
como almendra voluptuosa

Me atavié de labrador
y cavé sepultura en tu costilla
Aferrada me hice trigo
        heno
        uno

Abrí dos tumbas en tu pecho
y me enterré portando dos jazmines
Ahora dentro muy dentro
vislumbré tu sangre y fuego

Me robé tu sol y
me vestí de aurora
Construí una alcoba en tu regazo
como hiedra trepé uno a uno tus rincones

(Del libro *Almendra voluptuosa*, 1996).

©Mireya Kríspin

Nació en Caracas (1964). Periodista y escritora. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela (1988). Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Alberto Hurtado de Chile (2015). Maestría en Literatura Venezolana (UCV). Autora de siete libros de Literatura Infantil y Juvenil, con numerosos premios nacionales e internacionales, dos veces seleccionada (2002 y 2012) en la Lista de Honor de la Internacional Board of Books for Young People (IBBY), el máximo galardón en Literatura Infantil del mundo. Ha sido traducida al italiano, portugués, inglés y griego, y publicada en al menos ocho países latinoamericanos. Como periodista, trabajó veinte años en *El Nacional* y ganó, entre otros, el Premio Nacional de Periodismo (1996). Fue profesora de la UCV durante quince años y actualmente es profesora universitaria en Chile, donde vive desde 2014. En 2020 creó el proyecto *Cuentos sin corona* para la difusión digital y gratuita de literatura para los niños en cuarentena. Más información en www.mireyatabuas.com.

Ese hilo

Tengo días sin verte,

muchos días.

Yo aquí,

tú allá

y toda esta distancia de por medio

y todo este tiempo,

interminable,

cansón.

Hablamos por teléfono

(tu voz es la misma),

nos escribimos

(siempre sabes qué decirme),

pero falta el abrazo,

como si ya no tuviéramos cuerpo,

ni manos.

Entonces pienso

en ese hilo que nos une.

Un hilo tejido por tus cuentos antes de dormir:

yo, reina,

tú, bufón;

yo, astronauta,

tú, robot;

yo, submarinista,

tú, delfín;

yo, maga,

tú, conejo.

Un hilo donde están amarrados

los helados de los sábados,

el gran castillo de arena un día de playa,

el tobogán más alto del parque,

aquel regalo de cumpleaños,

tus chistes malos y repetidos,

la tarde que fuimos al cine,

y también,

aquel verano en el campo

cuando nos creímos jardineros

y me enseñaste que las flores

son planetas.

Tengo días sin verte

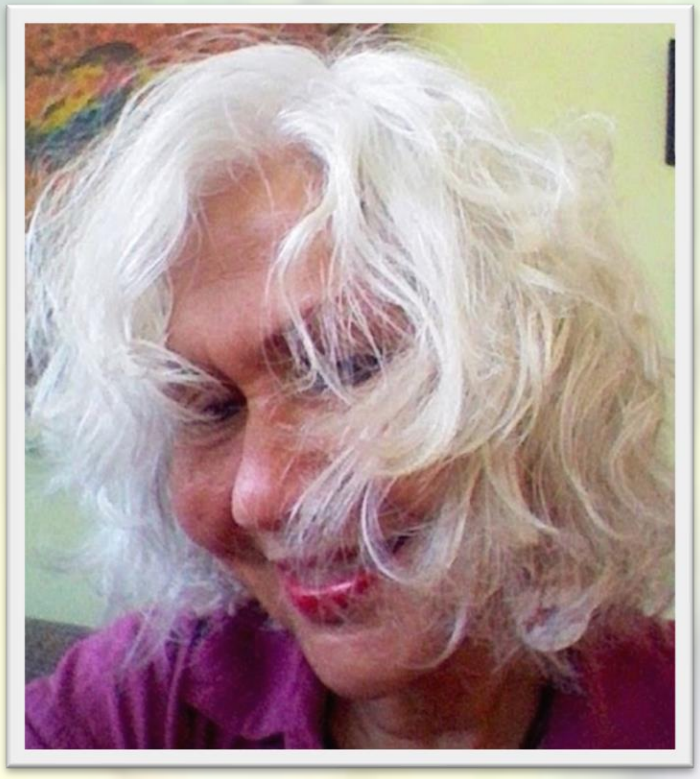
pero sé que el hilo que nos une

será un buen guía

para volver a estar juntos,

papá.

©Mireya Tabuas



Poeta y narradora venezolana, nacida en Barinas. Reside en Aragua. Ha participado en diferentes talleres de poesía y narrativa. Obtuvo mención honorifica en el V Concurso Literario del Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación (IPASME) en 1991 con el libro *Para evitar nombrarme*. En 1994 su libro *Óleo de sábado* obtuvo mención especial en la edición de ese año en el mismo concurso y fue publicado por la Editorial La Liebre Libre de Maracay. Sus poemas y relatos han sido publicados en periódicos y revistas de la región y en diversas antologías. En 1998 el Fondo Editorial Luis Fadul Hernández del estado Barinas publicó su libro de relatos *Atrás, para escapar*. Aunque en época reciente ha transitado el silencio, se mantiene en el oficio de la escritura y en la actualidad tiene dos libros inéditos: *Si un día me pierdo* y *como las buenas mujeres*, y otros en construcción.

es mi boca

la que busca tu nombre

para gritarlo

cada tarde

son estas manos

no sé si mías

o tuyas

se vuelven hojas

y silban

con el viento

para avisarte

es este cuerpo

ya mío

se tiende

en soledad

para esperarte

o seguir en la espera

por si no llegas

De *óleo de sábado* (1995).

Cabeza de tobo

Federico era muy popular en el barrio, realmente era más popular su sobrenombre que él mismo.

Desde pequeño le decían cabeza de tobo, no porque se pareciera al del cuento de hadas, sino porque la forma de su cabeza semejaba un tobo volcado sobre sus hombros. Federico se acostumbró a su sobrenombre. Lo peor era que sentía que su cuerpo se iba haciendo de trapo. De noche soñaba que se le metía en la cabeza y él despertaba asustado y con mucha sed. Le daba miedo que alguien pudiera venir y pasar coleto con él.

Federico tiene dos semanas sin poder dormir. Exactamente desde que amaneció todo mojado y oliendo a desinfectante.

De *Solo puedo contar cuentos*
Inédito. En construcción.

©Miriam Kasen

Miriam Marrero. Escritora venezolana, nacida en Cuba, de ascendencia cubano-española. Autora de las novelas. *Hojas de romero,* primera edición (Venezuela 2012), segunda edición (España 2014). *Desde la orilla* (2015*). Charlie Cobra* (2016), y *El sinsonte voló* (2020).

Conocedora del género de telenovelas por influencia de su padre Carlos Marrero, productor de telenovelas y radionovelas.

Lectora incansable de autores como, Víctor Hugo, Dumas, Cervantes, Rómulo Gallegos, además, de Margaret Mitchell, entre otros maestros de la novela contemporánea. Actualmente prepara su nueva obra narrativa.

Charlie subió de dos en dos los escalones de la sucia y dañada escalera. Su madre se encontraba en el tercer piso. Al llegar, se encontró con un montón de camillas ubicadas una al lado de la otra, ocupadas por enfermos que esperaban a ser atendidos. Buscó a su madre de un lado a otro, pero solo pudo ver los rostros llenos de dolor de sus ocupantes. En medio de su desesperación pudo ver a un hombre vestido con bata blanca, supuso que era un médico.

—¡Doctor! Estoy buscando a mi madre, la señora Octavia Cobra. Por favor ayúdeme, quiero saber dónde está.

El médico miró con repugnancia a Charlie y se fue sin decir nada más.

—Hijo, no se preocupe —dijo una enfermera que se acercó—. La señora Octavia llegó hace unas horas. En estos momentos se encuentra en rayos X. Tenemos que esperar hasta que me avisen para buscarla. Siéntese. Tan pronto me avisen la busco y se la traigo.

Charlie, agradecido por la bondad de la enfermera, caminó lentamente hacia las sillas para sentarse y esperar por su madre. Más de hora y media habían transcurrido cuando apareció Octavia. La gentil enfermera la conducía en una silla de ruedas. Charlie, al verla, se levantó para correr a su encuentro. Se veía demacrada.

—Muchacho, aquí le dejo a su madre, luego vengo por ella.

—Gracias, señora —le dijo verdaderamente agradecido

—Mamá, ¿qué le pasó? —preguntó preocupado.

—Nada, hijo. Fue cuando subía pal rancho, me faltó la respiración y caí redonda al suelo. Pero no te preocupes, ahora me siento mejor —dijo, tratando de calmarlo, pero desesperanzada.

—Madre, ese cigarro va a acabar con usted.

—Hijo, yo me acabé desde que comencé a vivir esta basura de vida. Al menos el cigarro me da placer mientras me mata en silencio.

—Dígame, ¿qué le comentó el doctor? —le preguntó conmovido al verla tan disminuida.

—Que la muerte me cogió pena y al fin me quiere llevar.

De la novela: **Charlie Cobra**

©Miriam Marrero

Escritora venezolana. Es autora de los poemarios: *Apenas el cielo se abre* (*a tres tempos*) [Editorial Memorias de Altagracia, Caracas, 2010] y *Nenúfares malogrados y otras pesadillas* [El Taller Blanco Ediciones, Cali-Colombia, 2020].

Es autora colaboradora de los libros compilados por Valeriano Garbín *Petrarca en Venezuela* (2004) y *Leonardo Da Vinci en Venezuela* (2006). Sus poemas aparecen en las antologías ¡Metapoesía de mí! (Editora Búho, República Dominicana, 2003), Voces metapoéticas (Massachusetts, EEUU, 2004) y *Pasajeras, Antología del cautiverio* (Editorial Lector Cómplice, Venezuela, 2020).

No tengo un petitorio
solo anhelo simular
balbuceos
núbiles
viajeros
abreviados
en laberintos de abrazos
cubrir mi pudendo áureo
mis semillas de anís.
mis poemas vírgenes
en torceduras
que no dicen.
Sin petitorio
anhelo levantarme
un día
no domingo
no lunes
un día entre ellos
de alas tristes
de muertes a oscuras
de temblores sin quejas
como siempre.
Hoy sin petitorio aún
aparecen entre domingo y lunes
una manera
un soliloquio
dos paraísos
un cuerpo
una confusión.

Una turbación sin petitorio
se asoma a un pensamiento

a las veinticuatro horas
del domingo
sin segundos
aparece un día que no es
que no es lunes.

Se disipan los petitorios
no sé por cuánto tiempo
se dibuja un día
entre domingo y lunes.
tiene amanecer
cielo
no sol
no luna
tres nubes.
dos estrellas.

Nadie lo sabe
no hay petitorio
¿Alguien lo habrá notado?
Vivo en confinamiento
las fechas se han rebelado
se aprovechan
del tiempo
distraído.

Ahora
solo un petitorio
nada de descuidos,
nada de aflojar el agotamiento
ni siquiera el rapto de los días.

©Miriam Mireles

Nació en Caracas, Venezuela. Estudió Bibliotecología en la Universidad Central de Venezuela. Trabajó en la Industria Petrolera Nacional e Internacional (OPEP, Viena, Austria), y otras instituciones, en la organización de Bibliotecas, Centros y Redes de Información Técnica. Actualmente está jubilada de la Industria Petrolera. Estudió inglés, francés, italiano, portugués y alemán. Junto con Roberto Lovera de Sola, Cate Capriles, Yolanda Ramón y otros escritores, fundó el Grupo Literario La nuez verde (1990-1992). Participó en los talleres literarios de Yajaira Rausseau e Israel Centeno. Asimismo, ha participado en varios concursos literarios, obteniendo menciones y posiciones destacadas como Finalista. Escribe cuentos, crónicas y Haikús que publica en cuatro blogs personales y en Facebook. Ha colaborado también con otros blogs literarios de Caracas. Autora de la novela *Las quebradizas ramas del otoño* (próxima a editarse).

Cuentos, crónicas y croniquillas

Cuentos de la noche azul

Apuntes de Mimi Pagal

Relatos de mi mapamundi

Un cuento entre amigos (Colaboradora).

El pañuelo azul

Camino y camino, carajo, y lo único que veo es sabana. Me rodea el gamelote, pero ningún manantial. Tengo la cantimplora seca y este sol está más caliente que nunca, no joda. Hace poco encontré una poza, pero estaba llena de babas, así que me refresqué nada más. ¡Ay!, Dios, llevo andando cerca de tres horas y no he encontrado a nadie, solo bichos de monte. Pero, ¿qué es aquello, entre las matas de mango? Parece una casa. Sí, una casita de bahareque. Acelero el paso, la sed me quema la garganta. Toco la puerta y la abre, un poco, una muchacha morena, buenamoza. Dios, tiene los ojos como paraparas y los labios como ciruelas de huesito. ¿Qué me pasa, carajo? De pronto, no sé qué decir, confundido con la aparición. Y el perro, que ladra tras la puerta.

—No, Carbón, que no es contigo, deja tranquilo al señor —dice la joven, espantándolo con un trapo.

—Buenos días, señorita —digo, quitándome el sombrero.

—Buen día, señor. ¿En qué puedo servirle? —responde ella con la puerta ya abierta. Y me sonríe.

—Vengo desde muy lejos a pie, como ve, y quisiera que, por favor, me regalara un vasito de agua, si no es mucha molestia—. Ella accede, amable, y me hace pasar al pequeño recibo.

—¿Sería mucho pedirle que me dé algo de comida? Yo se la pago. Es que todavía me queda mucho camino por delante y no traje suficiente —digo avergonzado por mi atrevimiento.

—Tiene suerte el señor, pues ahora mismo preparo el almuerzo. Hago un hervidito de res que, por supuesto, puedo compartir con usted. Pase adelante, siéntese, por favor —dice y señala una silla de paleta.

La muchacha no debe de tener más de veinte años. Lleva un pañuelo marrón amarrado a la cabeza. Se ve linda, sudada, aunque no tanto como yo. Las argollas plateadas que la adornan, por momentos se le esconden entre en el pelo negrito y crespo, que le cae sobre los hombros. Le pregunto si vive sola y ella me contesta que no, que vive con dos hermanos, que ahora están en la faena. Es simpática, la condenada. Mientras sopla el fogón, me mira con disimulo,

y yo también con disimulo le veo el culito, que imagino redondo, bajo la falda floreada. Luego, llena el pocillo de agua en el tinajero y me lo entrega. Me lo empino enterito y le pido otro, que me vuelve a dar, mientras sonríe. La muchacha huele a aliños y a jazmín. A pesar del cuidado que pongo me pescó viéndola y, para disimular mi atrevimiento, le digo que siento mucho molestarla, lo que no es mentira.

—No es ninguna molestia, señor —dice, al volver al fogón para probar el caldo—, luego, curiosa, me pregunta el nombre.

—Juan Luis Zerpa, para servirla. ¿Y usted?

—Micaela Fuentes —contesta, prueba la sopa, y le añade una pizca de sal y pregunta de nuevo:

—Y de dónde es? —entonces le echa las verduras a la olla hirviente.

—De Guariquito —le contesto, luego de tomar un poco de agua del pocillo.

—Bonito lugar, se dan bien la caza y la pesca —comenta, y luego anuncia que ya está listo el almuerzo. El olor que sale del fogón, me alborota el hambre atrasada.

Ella pone la mesa y me invita a sentarme a ella. Desde allí observo al fondo dos cuartos, y al Corazón de Jesús sobre una de las camas. Cacarean las gallinas en el corral y el gallo canta. Coloca ante mí un plato de hervido casi lleno, con un gran pedazo de casabe y un vaso de agua de papelón. Cuando se inclina, de su cuello cuelga una crucecita que se le esconde entre los senos. Los tiene lindos, redonditos; me cabrían en las manos. Pregunta si le quedó bueno el hervido. Le muestro el plato vacío y le digo que no me gustó. Ella se ríe y ofrece más, pero no acepto. Luego, trae dulce de higos. Nunca más probaré otro tan rico. La moza dice que pronto se irá a estudiar a Calabozo, porque desea cambiar de vida; le comento que ya tomé esa decisión. Justo vengo a despedirme de mi abuelo, porque la semana próxima me voy a trabajar a Caracas. Llega la hora de irme y quiero pagarle la comida, pero rechaza la plata.

—Tráeme, más bien, un pañuelo azul, cuando regreses —me dice y me pica el ojo.

Se lo prometo, contento de poder verla otra vez. Me pregunta que cuándo regreso. Le contesto que pronto. Nos miramos, y me hundo en la negrura de sus ojos parapara. Sonreímos. La muchacha llena la cantimplora, me da un poco de casabe y un tarrito de sopa para el camino. Le beso la mejilla de terciopelo, y ella retira el rostro, azorada. Pero antes, no jile, aprovecho y ¡zaz! le zampo un beso en la jetica. Se asusta, se lleva la mano a la boca pa limpiársela y, nerviosa, me acompaña hasta la puerta. Doy unos pasos, y vuelvo ansioso la cara para verla, antes de irme. Pero, cuando volteo, solo veo la llanura verde, interminable; algunas garzas que revolotean sobre la sabana, y, bien lejos, un peón que arrea ganado bajo este sol de mierda.

Caracas, noviembre de 2012

©Myriam Paúl Galindo

Nació en Venezuela (1979). Es escritora de ficción, crítica literaria y docente. Ha publicado *Vos no viste que no lloré por vos* (El perro y la rana, 2009). *Última inocencia* (SEd Ebook, 2013). *Vestier y otras miserias* (Verbum, 2015), y *Desordenadas* (SEd, 2019). Sus cuentos han aparecido en diversas antologías y revistas literarias. Saavedra posee un doctorado en Literatura Latinoamericana de la Universidad Florida State y su investigación aborda la literatura Latinx, centrándose en los temas del (des)arraigo y la posmodernidad. En 2019, junto a Amrita Das, editó *Ecos urbanos*: *Literatura contemporánea en español en Estados Unidos*, número 15 de la revista Hostos Review. En su libro, *#NewLatinoBoom: cartografía de la narrativa en español de EE UU* (El BeiSMan PrESs, 2020), Saavedra estudia el movimiento literario en español del siglo XXI propio de los Estados Unidos. Vive en Massachusetts, donde es investigadora y profesora de la Universidad Worcester State.

Cocuyo

En la noche silente, los cocuyos hacen ecos brillantes. Una vez tenía uno dentro de mí pero con el tiempo se convirtió en humana y la parí. Nació llena de escarcha, con el pelo oscuro pegado hacia atrás, como lamida por un dragón cándido. Cuando era cocuyo me hacía cosquillas y yo no me podía rascar. Me reía sin poder defenderme, contenta de ser vencida en esas batallas diarias. Cerraba los ojos e intentaba ver su vuelo torpe y delicado, dándose golpecitos con mis entrañas, descubriendo cada parte de su diminuto ser.

Un día visité a una señora vestida de blanco. En el momento en que me dijo que en unos meses yo no sería una sino dos, comencé a escribir. No sé por qué no lo había hecho antes. Quizás siempre lo hice, pero sin lápiz ni papel. Empecé a escribir sobre el cocuyo y pronto me encontré contando el parto, las catorce horas de dolor en las que se me olvidó que alguien había revoloteado en mi vientre llena de luz. Las escenas de ese día en el que creí morir volvían a mí en ráfagas; esas las escribí, así, fragmentadas como despedazado había quedado mi cuerpo. Traté de llenar las líneas con frases que explicaran la intensidad del dolor y no sé si lo logré. Muchas personas me dicen que sí pero no estoy segura. Intenté contar cómo se siente llevar puntos en donde no los debe haber, amamantar y dar calor mientras las punzadas carcomen aquel lugar íntimo y suave; observar los senos convertirse en enormes globos lácteos y luego vaciarse quedando como salvavidas desinflados. De verdad que lo intenté. Me esforcé en expresar que los sentimientos extremos se reúnen; se llora y se ríe, se odia el dolor y se ama el nuevo ser que hace compañía. Algunas veces no puedo asegurar que lo viví, solo me convenzo cuando vuelven las ráfagas. El cocuyo, sin embargo, siempre está presente pero ya no vuela. Ahora me toma de la mano y me acaricia la cara. La luz se ha posado en un par de ojos marrones que me miran buscando respuestas a todos los porqués de la vida. Escribo para contarle todo lo que aún no le puedo decir, para que un día lea lo que sus oídos de seda todavía no pueden escuchar.

©Naida Saavedra

Nació en: Maracay, Estado Aragua (1957). Zootecnista, Licenciada en Educación UCV. Ecologista, Excursionista, Fundadora Escultas de Venezuela, Estado MirandaInvestigadora de manifestaciones de la Cultura Popular Tradicional en los estados: Vargas, Miranda, Distrito Federal, Mérida, Nueva Esparta y Anzoátegui. Integrante I Comisión Indigenista Dr. John William Hacquet. Bailarina Nivel Intermedio, Compañía de Danza Contemporánea de Caracas, Negro Ledezma Profesora y Coreógrafa de Danzas Folklóricas y Danza Contemporánea, Mérida. Participante en cortometrajes de cine nacional como actriz y scrip de cine con: Asdrúbal Molinari, ThealmanUrguelles, Carlos Azpúrua, Andrés Agusti, Pedro Rojas y Fernando Gavidia. Personal de Sonido y Scrip del Departamento de Cine ULA, Estado Mérida. Promotora del Patrimonio Cultural Viviente en los Estados Vargas, Nueva Esparta, Mérida, y Anzoátegui. Tallerista y Articulista en periódicos y revistas en temas de: Valores, Turismo, Folklore y Tradiciones. Miembro de los grupos literarios República del Este, Caracas, Agua e Panela, Sudor de Mula, Teatro El Globo, Estado Mérida, Danza Percusión y José Lira Sosa, Estado Nueva Esparta, Peña Literaria Reflexiones, Movimiento Cultural Caribe, Estado Anzoátegui. Miembro fundador Grupo Pinceladas, Lechería, Estado Anzoátegui.

El pájaro azul

Esto es como la despedida del pájaro azul

símbolo de la esperanza que levanta el vuelo transfigurado

transformado en saeta voladora

o rayo de fugaz relámpago

Pajarillos reverentes

refugiados al cobijo de las ramas

al primer clamor de la tormenta

He mantenido a un turpial a la orilla de mi ventana

lo confundo con su trinar enamorado

haciéndole perder el tiempo de buscar pareja

El atardecer del día es el ocaso

triste momento de la despedida

la esplendente luz

quizás no vuelva en su alegría

a ser como con aquel con quien fuiste

plena de encantos, curaciones, milagros, poesía

Y pensar que hace tan solo breves instantes

Era yo remontando hacia la inmensa montaña

llena de indios desnudos, araguaneyes y pájaros carpinteros

plena de intricadas selvas que te confunden si las dejas

poblada por mágicos abras que ceden su paso a los ríos

que es por donde quiero estar y por eso me transformo otra vez

en aquel pájaro azul que siempre volaba.

Movimiento Caribe

La raza del indio hoy se impone a la intolerancia
la dura jactancia de oscurosa luz
que trajera allende los mares el pirata extranjero
Hoy se siente el llegar de su hora
cuando la historia la reivindica como una gran etnia
que supo adaptarse y vencer el abismo del tiempo
donde el aborigen mágico representa a todas las razas
en un gran Movimiento Caribe
Sabios, viejos, curanderos
la estirpe ancestral permanece a través de las centurias
inmanente en sus sufrimientos y penurias
hundiendo por generaciones sus manos en la tierra
llegando con sus productos verdes a las postrimerías de las viejas capitales
donde todavía se usan para repartir alimentos
carretas con mulas y niños con bandejas
Ya llegó el fruto en los campos abundantes
llenos del sol y del rocío de la tierra
de los encantos en los pozos y los ríos con culebras
cautivados por el olvido del limbo
que es igual al tiempo transcurrido
en un viaje.

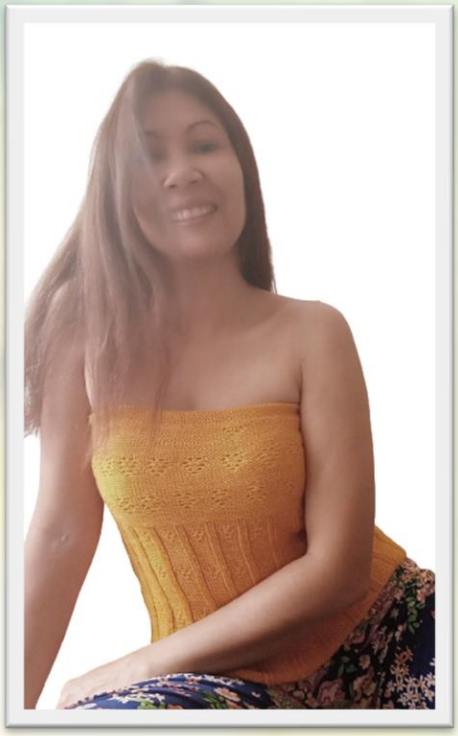
©Nancy Lozano Yllas.

Escritora venezolana. Licenciada en Relaciones Industriales (Universidad Andrés Bello, Caracas) y Máster en Creación Literaria (Universidad del Sagrado Corazón, Puerto Rico). Es miembro de número de la Academia Colombiana de Letras y Filosofía. Y miembro Asociado Madrid Del capítulo Reino de España de la Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional del Estado de New Jersey E.U.A. Ganadora de varios concursos internacionales de literatura. Publicó su primer libro de cuentos *Hilandera de tramas, historias escondidas* en el año 2012. En el 2018 publica *Lazareto de Afecciones*, seleccionado por la crítica del periódico El Nuevo Día como uno de los mejores libros del 2018. *Al borde de la decencia* (2019), es su tercer volumen de relatos. Con el cual ganó el premio Anais Nin 2019 de literatura erótica en Madrid, España, y dos menciones de honor en los *Latino book awards* del 2020 en los Ángeles California.

Fue por la lluvia

Si no hubiera sido por las lluvias torrenciales que ablandaron el terreno y desprendieron la gran piedra que cayó sobre el techo de zinc de doña Eulalia. Y si no hubiera sido porque el techo había sido colocado de mala manera por el tío Jacinto, quien había discutido esa mañana con su mujer dejando los remaches flojos —pues tuvo más tiempo para el coraje que para prestar atención al trabajo de construcción que le hacía a su hermana—, entonces el techo no habría cedido y la gran piedra no habría entrado en el dormitorio de su madre, aplastándole el cráneo y salpicando de sangre todas las paredes. Si no hubiera sido porque se quedó huérfana y perturbada, ella nunca habría llegado a mi casa. Si no hubiera sido por los truenos que le recordaron el rugido de las piedras que precedió la tragedia, ella nunca habría salido al pasillo y habría tratado de abrir la puerta de mi mamá en busca de consuelo. Si no hubiera sido por la abeja que picó a mi madre esa mañana provocándole una reacción alérgica que la indujo a tomarse una pastilla que le dio sueño, mamá no hubiese cerrado su puerta con seguro y ella no hubiese tenido que entrar en mi cuarto buscando refugio. Si no hubiese sido por la lluvia torrencial que provocó la ráfaga de viento helado que abrió repentinamente mi ventana, silbando amenazadoramente, ella no se hubiese lanzado a mis brazos, pequeña, llorosa, asustada, temblorosa. Si no hubiese sido porque yo había cumplido ya los 16 años y ella los 14, nuestros cuerpos no se hubiesen acoplado tan perfectamente. Si no hubiese sido porque mi hermano había muerto y ya no compartía mi cuarto, no habríamos tenido intimidad para permitir lo que pasó. Si no hubiera sido por la lluvia que ablandó el terreno, la roca que se desprendió, el enojo del tío Jacinto con su mujer, la muerte de tu abuela Eulalia, la lluvia de aquella noche, la abeja que picó a tu abuela, la muerte de mi hermano y el susto de tu madre, tú no habrías sido concebido.

©Nery Santos Gómez



Nació en Caracas (1971). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Narradora y poeta. Su creación literaria ha sido merecedora de varios premios a nivel nacional e internacional. Con su novela, *El huevo del mundo,* ganó el Premio de Narrativa Francisco García Pavón (2002), en España, siendo la primera escritora latinoamericana en obtener dicho galardón. Varios cuentos y poemas de su autoría han sido publicados en revistas y antologías, siendo las más destacadas: *Al filo del gozo*. Antología de poesía erótica escrita por mujeres (Editorial Viento al Hombro, 2007), publicada en México, y Antología de poesía venezolana traducida al árabe (2016), a cargo del poeta sirio Abdul Zagbour. Ha incursionado en el área de la literatura infantil con el cuento *Lo que encontró Makuna* (Grupo Editorial Norma, 2008). En el 2018 publicó, con El perro y la rana, la plaquette de poesía *La línea de mi cuerpo*. Parte de su creación literaria puede leerse en su sitio web:

micajadeletras.com

Cuando las paredes queden libres

Eva estaba tendida en el jardín, disfrutando la caricia del césped bajo su desnudez y el calor del sol entre las piernas.

Adán estaba en la mansión observando una vez más, en el espejo, sus tatuajes de muerte e historias inconclusas. Sentía que todo giraba levemente, minutos antes había estado contemplando la voluptuosa silueta de Eva desde el ventanal, la serpiente que llevaba tatuada en el pecho se escabulló sigilosa por la enredadera. Nunca lo supo, pero en ese instante un tatuaje nuevo, invisible, y tal vez eterno, se había comenzado a delinear bajo su carne.

La luz de la mañana arrancaba destellos a los frutos del manzano. Eva entrecerró los párpados, le gustaba el sonido producido por el roce de las hojas, le erizaba la piel casi traslúcida, libre de vellos y de cualquier tatuaje.

Tenía sed, siempre tenía sed... Odiaba a Adán con sus malditas marcas sobre el cuerpo y aquella peculiaridad, tan suya, de no desprender olor alguno. Eva amaba los olores... Estaba ligada a Adán por mandato divino y por la certeza de ser las únicas personas con vida sobre el planeta. Al menos eso era lo que Adán le había dicho; ella jamás había visto a nadie, excepto a él, por lo que había asumido que aquella soledad debía ser cierta.

Adán bajó los escalones de prisa, sintiéndose invadido por una urgencia que lo conducía sin remedio hacia Eva. Siempre Eva... y aquella indiferencia de sus ojos cuando estaban juntos, aquel negarse a sentir las manos de él sobre su piel. Ella rehusaba ser tocada y a él se le iban las horas inmerso en el deseo de tocarla. Aquel aroma, tan de ella, lo embriagaba.

Salió al jardín y observó al colibrí revoloteando alrededor de Eva. Repentinamente el día mudó en noche y el cielo pareció inundarse por coletazos de estrellas fugaces.

Entonces sucedió lo impensable: iluminada por el aleteo del colibrí, Eva le dijo «ven». Todos los frutos del manzano cayeron al suelo y cuando Adán resbaló por la entrepierna humedecida la oscuridad más absoluta se posó sobre ellos, hasta que el grito de ambos rasgó el cielo y la claridad se apresuró a retornar.

La serpiente, con los ojillos entrecerrados, los observaba posada sobre las manzanas. Adán yacía jadeante sobre Eva, todos sus tatuajes habían desaparecido. Ella, con avidez, deslizaba la

nariz por el cuello de él, por su cabello sudado, por sus orejas, hasta percibir una tenue e irreconocible fragancia... Jamás había estado en el mar, ni siquiera conocía su existencia, por lo tanto, no podía saber que Adán emanaba por sus poros una mezcla de aromas marinos.

«Tengo mucha sed», murmuraron sus labios de mujer. En ese momento presenciaron por vez primera la lluvia. Eva bebió a raudales las gotas de agua derramadas por el cielo. Adán la contemplaba embobado. Ambos eran insaciables: él de ella y ella de algo que jamás llegaba. Ninguno de los dos reparó en el pequeño charco de sangre que había sobre el césped, justo en el sitio en donde a fuerza de mecerse habían pretendido ser solamente uno. Ya no importaba... la sangre había comenzado a fundirse con la tierra, dando vida a raíces nuevas y profundas.

Esa misma tarde Adán volvió a los libros para buscar en el diccionario la palabra «profano». La biblioteca estaba llena de ejemplares que algún día serían escritos, Adán los había leído todos, pero ninguno le había dicho algo útil sobre el presente.

«Ahora parirá sus hijos con dolor», pensó él mientras cerraba el diccionario.

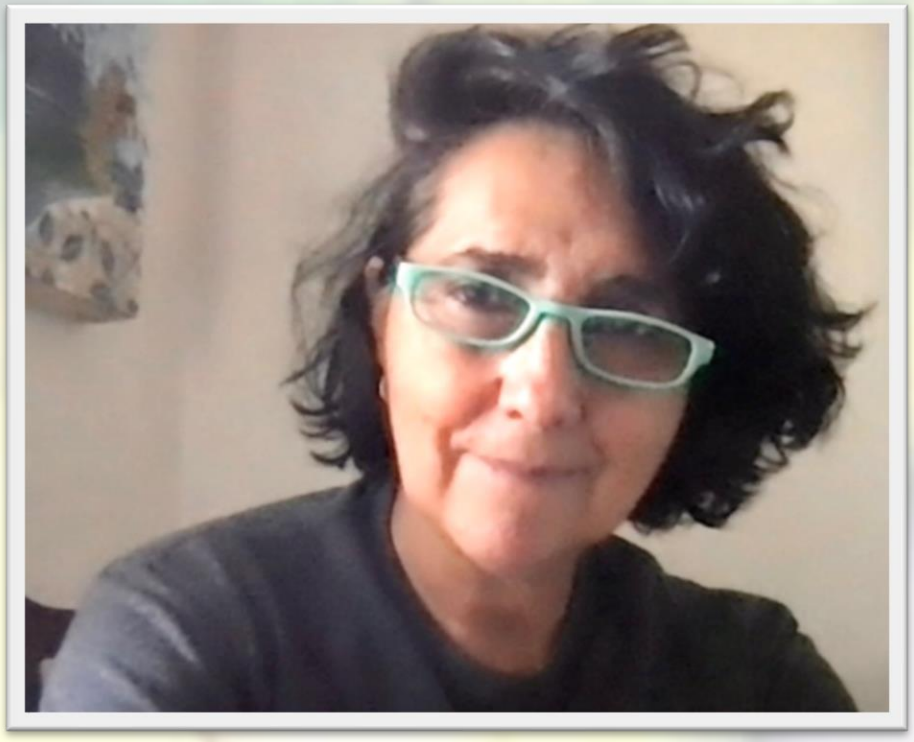
«Ahora pariré mis hijos con dolor», pensó ella mientras hincaba los dientes en una manzana caída y adoptaba a la serpiente como mascota, permitiéndole deslizarse dócilmente sobre su vientre.

Esa noche, en vez de dormir al aire libre, decidieron estrenar la cama. El papel tapiz de la habitación estaba estampado por la figura del mismo colibrí repetido hasta la saciedad.

«¿Cuándo terminará esta eternidad, Adán?», preguntó ella, estremeciéndose.

Él no tuvo valor para contestar: «Cuando estas malditas paredes queden libres para pintar sobre ellas lo que nos dé la gana».

©Nidesca Suárez



Nació en Venezuela. Poeta, traductora de poetas portugueses, editora, locutora, productora radial. Premio Bienal de Radio «Aquiles Cortina» (1998). Premio «Lo mejor de Punto.com» (2005). Premio *World Summit Awards* «Cultura y Herencia» (capítulo Venezuela, 2007). Premio *WSA*. «World Summit Awards» (2011). Categoría*: Culture and Heritage*. Premio *Sundara Ramaswamy* (2021). Conductora del Programa de Poesía: «La Maja Desnuda», con más de 1664 emisiones radiales, el cual comenzó en 1988 en La Emisora Cultural de Caracas 97.7 FM y actualmente se transmite por UPV Radio 102. 5 FM en Valencia, España. Curadora de Poesiaudio en Arrowsmith Press y Poetry and power. Coeditora de La Revista de Arte y Poesía: *Mercurius Magazine*. Curadora de www.lamajadesnuda.com

Soñaba que llovía

era de noche
soñaba con caballos cabalgando
iban moldeando
el sonido del viento
todo huía
el aire soportaba en sus hombros
el peso de una fuga
¿alguien lloraba?
Qué era la duración, la permanencia
o la eternidad en un sueño
Mi mama
había venido a visitarme
¿o a despedirse?
llegó de pronto
y todos los tiempos se trocaron
me conmovió ver su cara
tan viejita
una luz en sus ojos buscaba decir algo
su pelo había desaparecido
como el horizonte en un desierto
sus pupilas concertaban un punto ciego
yo sabía que ya no nos veíamos

me dijo Ay hija
tocó mi cara
y se acostó
la ropa que llevaba
era la de mi abuela Carmen
yo me senté en el piso
como cuando era niña
y ella ordenaba mi pelo enmarañado

quise hablar normal
estar serena
sonreír
pero lloré
lloré mientras me iba quebrando
en el espejo ondulatorio del mar
lloré desconsoladamente
por no tenerla
por mi silencio
lloré y lloré hasta ser agua
hasta ser mar
y comencé a nadar
sin fuerzas
instintivamente
hacia lo hondo
para mezclarme
con la luz de las piedras
y desaparecer
en eso vi un mapa de tortugas
pequeñitas, azules
eran puntos de luz?
venían de la arena
buscando el lugar de donde habían salido
y desperté
con el murmullo de otra lluvia
era Neptuno que modulaba el mar.

Lo que creí perdido

El relato del mar que me persigue
Lo encuentro en la luz de este amanecer
que me acompaña
No estoy sola
La nada no es solo la nada
Esta mañana el viento me habla
Lo escucho y asiento
Toco con mis dedos la distancia
El horizonte disuelto en el océano
Moja mis dedos
Digo tu nombre
Y no vienes

Hay un viaje por hacer

Astros que contemplar
El aro flotante del sol me ilumina
Quizás son tus ojos
Y aunque no se leerlo
En este instante
Un pensamiento me salva
Sus hilos son una brisa
Que me dice
Imita al viento en los árboles
Entonces en cámara lenta
Comienzo a andar

©Nidia Hernández

Nació en Caracas (1958). Ilustradora, pintora y docente venezolana. Magister en Gerencia Educativa (1999). Magíster en Estética (1999). Magíster en Artes Plásticas Historia y Teoría (2004). Doctora en Educación (2006). Investigadora Postdoctoral en Educación Ambiente y Sociedad (2011) y Doctora en Educación Artística (2013). Profesora titular del Departamento de Arte del Instituto Pedagógico de Caracas (jubilada-activa) y Profesora contratada en la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela. Sus trabajos de investigación giran en torno al arte contemporáneo y el paisaje urbano. Ha participado como ponente en variados eventos nacionales e internacionales relacionados con el hecho artístico, estético y educativo. Su trabajo plástico se ha conocido en exposiciones colectivas en el ámbito nacional. El espíritu creativo que la caracteriza, la impulsa a experimentar en la redacción de textos para la web, el canto coral, el coleccionismo de juguetes y la ilustración como un medio ideal para expresar las múltiples evocaciones que emergen de su interacción con la cotidianidad.

La cartilla 1

La cartilla 2

Serie: *La cartilla*

Técnica: collage sobre tela

Este trabajo pictórico es la evocación de una reminiscencia infantil. Leer la cartilla o abecedario diariamente una y otra vez, frases repetidas que a veces tenían significado como *mi mamá me ama* y que otras veces me resultaban vacías como *mi papá fuma pipa*. ¡Qué recuerdos!

Mantilla, *Mi silabario*, *Angelito*, *Mi jardín*, entre otros títulos, fueron las cartillas que por más de medio siglo acompañaron nuestros primeros días de lápices, cuadernos y pizarras. Ellas cambiaron de nombre, pero no de contenidos. Los niños «aprenden» y los maestros «enseñan» lecciones que siguen vivas, ahora en pantallas de móviles y ordenadores.

Del mismo modo, hoy resulta igual para un caraqueño, por ejemplo, decir o escuchar frases y ver escenas que se convierten en lecciones colectivas. La cotidianidad urbana se construye a partir de significados que son comunes y recurrentes.

Realizo *La Cartilla*, a partir de una sensibilidad compartida. Son imágenes y son palabras que suenan una y otra vez, en las bocas de quienes van y vienen por las calles de una ciudad que, a pesar de su deshojada vida, lucha por mantenerse grabada en la memoria de quienes en ella hemos habitado.

Esta cartilla describe en imágenes, realidades conocidas por todos. En síntesis, son lecciones de vida urbana, son ciclos infinitos de esa relación de amor y odio que emerge de una cultura particular que nos identifica en Caracas.

©Nidia Tabarez

Socióloga, docente y escritora venezolana. Hasta 2019 fue profesora de postgrado en UCV. Junto a autores de seis países fue seleccionada para participar en el libro 25 años de Letralia (Edit. Letralia, 2021). Ganadora, junto a otras autoras del Concurso Iberoamericano sobre Diarios Personales de Mujeres; es coautora del libro resultante de la convocatoria: *La Desconocida que Soy* (2019). Coautora del libro de ensayos*: La Guayaba de Pascal*. Ensayos (2013), selección de Armando Rojas Guardia. Cuenta con diversas publicaciones en el Papel Literario de El Nacional (digital), en Tal Cuál digital y en los medios Ficción Breve y El Cambur. Actualmente colabora regularmente en el sitio literario www.Contexturas.org. Participó durante cinco años en los talleres de Ensayo y de Poesía de Armando Rojas Guardia (2008 a 2013) y de otros talleres de narrativa con Roberto Echeto y Héctor Torres, y en el ECREA, entre otros. Con Héctor Torres participó durante tres años en los proyectos escriturales: *Lugares que son personas* y *Para que mañana no sean olvido* (ambos publicados en Ficción Breve). Como miembro del grupo literario *La Guayaba de Pascal*, participó durante tres años en la producción y conducción del programa literario radial *La Guayaba de Pascal*, por Radio 1 1340.

La paz de los saurios

Creo que todo lo malo que uno hace se le devuelve después, dice Purificación haciendo un elocuente gesto con los brazos: los levanta un poco creando una especie de ola imaginaria que supuestamente caerá sobre el mal actuante. No a ella, desde luego, que dice actuar siempre de acuerdo a aquel su dicho *new age* favorito. A ese se le suman otros de similar calibre espiritual, que aderezan su diálogo con el cliente que visite su oficina inmobiliaria, ubicada en un lujoso edificio de despachos profesionales.

Pero es consecuente hasta con las palabras que nacen de su boca: ellas se deslizan con suavidad y dulzura entre su lengua y la perfecta dentadura, aquellas nunca alebrestadas por la rabia o la discordia, *no soporto el conflicto*, dice pacífica, siempre con el susurro de una monja que contara sus hostias.

Si uno hace un esfuerzo para completar el recuerdo de Purita, vería algo así:

Una mujer ni gorda ni flaca, ni fea ni bonita, ni alta ni baja, ni joven ni vieja te mira desde unos ojos endulzados al extremo de conmoverte; diríase inevitable no sucumbir a mirada tan compasiva y empática. Pero es en extremo ejecutiva, muy profesional, eso sí.

Si recuerdas algo más, verás que su atuendo contradice su apariencia física tan normal, tan no recordable a excepción, como se dijo, de la mirada y la palabra, ellas son sus fortalezas como diría cualquier aspirante a psicólogo.

Un vestido de sedas orientales por lo lujosas, se doblegan con un cinturón de piel natural, de algún ser acuático, tal vez un cocodrilo. Si ella gira en algún sentido al hablar, las escamas del bicho apresan un poco la tela, y casi se escucha el *ricc* que por poco rasga la sutileza del tejido, creando cierta tensión en el aire, ejecutivo también.

Pero a ella eso no la perturba: hermanada con su costoso accesorio, lo acaricia de vez en cuando inconscientemente, lo arregla en su vestido, parece que lo reconoce cada vez.

Los zapatos y la cartera hacen juego, desde luego, con el cinturón, puro cocodrilo cazado, atrapado, muerto, quién sabe si en el propio río Nilo, que ella tiene como pagarse ese y otros lujos, para eso trabaja tanto y ayuda a tantas personas a resolver su problema de vivienda.

A medida que la observas con disimulo o ya sin él ante la sorpresa del saurio que anega toda la oficina, ella sigue hablando y descubres que la mirada amorosa, que en verdad lo es, a veces mira a otro lado, soslaya tu mirada, se hace un tanto oblicua. Más veces de lo usual, timidez tal vez, te dices.

Son esos momentos en los cuales dice a su interlocutor:

Este es tu apartamento, dice mostrando una fotografía de algún inmueble, para agregar: *personalmente lo seleccioné para tu familia, sé que necesitan mudarse pronto,* extiende la mano y, en gesto de apoyo, la posa cálida en el hombro del posible comprador: *Puedes vender ya tu actual vivienda, te doy mi palabra de que tendrán su casa, solo falta hacer los trámites que ya te comenté, y luego, anota los teléfonos de otras personas que ya compraron allí, habla con ellos…*

Ah, esta vendedora transmite fehacientemente lo que uno espera de un vendedor: confianza, profesionalismo, aderezados con calidez y empatía, ¿Que más se puede pedir?

Tiempo después en El Nacional salió la noticia de una oficina inmobiliaria investigada por estafa a varios ciudadanos. Era la misma dirección en Sabana Grande. Era la misma dueña de la oficina. Eras tú uno de ellos.

©Norma Socorro

Nació en el estado Lara. Poeta, narradora. Mención honorífica en el Concurso Nacional de literatura Rafael María Baralt, con el libro Medio Corazón del rebaño (2015). Editora adjunta Revista Pruka (Venezuela). Ha publicado De áridas soledades (2007). Hilos de Cocuiza (2009). Poesía reunida (1998-2008). Plaquette Quemar la Hierba junto al Muro (2016). Sing: Poetry from the Indigenous America. (2012). Me Urbe, Brevísima Antología Chile-Venezuela (2012). Antología poética Fogata Eterna, dedicada a Charly García (2014). Debajo de la lengua (2014). Antología de nueva literatura latinoamericana (2015). Nueva poesía hispanoamericana (2017). Plaquette Inmarcesible 2.50 (2021). Ha viajado a representar a su País en: México, Ecuador, Costa Rica, Cuba, Perú. Se desempeña en el Área de Museos.

Ya no soy

Porque me pones el nombre

de la hoguera

Y un tentáculo de espinas

De: *Naranjos largos de viento* (en Hilos de Cocuiza. Colección Altazor, Monte Ávila 2009).

Moje tu corazón

en Cocuy de penca

para quitar el frío de tus huesos

y volaste

Úntame brebajes de bicuyes

para parecerme a ti

En la explanada del resol

Para calentarme dentro

Volar sobre el relaje de arañas

Sin caer en el cardón

De: *Naranjos largos de viento* (en Hilos de Cocuiza. Colección Altazor, Monte Ávila 2009).

Si me parto

mudo de sangre

mudo los ojos

por los de la lluvia

Si me parto

ves el sudor que vierte la tierra

Si me parto

trasmuto

me hundo en bosques

Si me parto

me doy a mí misma

Me doy a luz

sin remedio

De: *De Áridas Soledades* (Poesía reunida: *Hilos de Cocuiza*, Colección Altazor. Monte Ávila editores (2009).

©Norys Odalia Saavedra Sánchez

Nació en Maracaibo, Venezuela (1959). Naturópata con especialidad en Psicorientología. Terapeuta medicina alternativa y Médico en medicina tradicional china. Actriz, compositora y cantante. Ha realizado talleres con los poetas Rafael Cadenas, Armando Rojas Guardia, Eleonora Requena, Rafael Castillo Zapata y Narrativa con Heberto Gamero. Autora de los Poemarios *Desnuda Inclinación* (Caracas, 2015) y *Labios del Viento* (Caracas 2019). Obtuvo 3er lugar en el concurso de cuentos de diversidad promovido por la Alcaldía de Caracas 2018. Publicada en Edición Digital *Diario Poético de los tiempos adversos*, por Pasión País (Caracas 2019), y Publicada en *Hoy Día Córdova* (Periódico Argentino). Y en la revista venezolana de poesía *El Cautivo*. Nubia González

Te encuentro en todas las caras de mis historias
sin otra respiración conversando en mi cuello
sin las delicias que ofrendan otras manos
sin respuestas que derramen glorias
sin otros gemidos que sacudan
sin otra humedad pendiente
sin otra boca ambiciosa
sin otros efluvios
sin otra piel **Ha**
sin otra
sin
Habitas Ha **bi** **t a s** **Ha** **bi** **tas**
sin
sin otra **Ha** **bi** **tas**
sin otra piel
sin otros efluvios
sin otra boca ambiciosa tas
sin otra humedad pendiente
sin otros gemidos que sacudan
sin respuestas que derramen glorias
sin las delicias que ofrendan otras manos
sin otra respiración conversando en mi cuello
Te encuentro en todas las caras de mis historias

Del poemario inédito: *Cuerpo de Aire*

Me puedo morir tranquila
la vigilia dejó de pasmarse
ya no laten inquietas las promesas
ni se justifican las erratas

Me puedo morir sin omisiones
no hay dudas que me perturben
excreté todas las culpas

El cronómetro abolió la clemencia

Me puedo morir todas las veces
sin ningún nombre en mi garganta

Labios del Viento (2019).

Angustias a veces

Tormentos a veces

Esta imaginación no descansa

Cuesta reconocer que el destino lanzó el As

quiero remendar las grietas

con él colgar el terror del adiós

que no recorra más el dolor por las mejillas

Sé que habrá un final

se guardarán los zapatos

¿Quién primero?

Tánatos no silbes el epitafio dilátalo

deja disfrutar más esté presente

sujeta a tus hermanas las Keres

Tánatos sé que tú escuchas a veces

Inédito

©Nubia González

Nació en Caracas, Venezuela. Psicóloga, Magister Scientiarum en Psicología, Magister Scientiarum en Literatura Venezolana, por la Universidad Central de Venezuela (UCV). Profesora Asociada e Investigadora Jubilada de la Escuela de Psicología, de la UCV. Escritora de cuentos, poemas y literatura infantil. Ha realizado numerosos cursos en el área de la psicología y en el ámbito de la escritura creativa. Ha publicado artículos científicos y textos literarios en revistas impresas arbitradas y no arbitradas de Caracas y el interior del país, y en revistas en línea de Venezuela y el exterior, entre ellas Letralia y Papel Literario de El Nacional. Sus poemas y cuentos figuran en diversas antologías de España, Argentina, Chile y Venezuela, impresas y en línea; entre estas la más reciente es *Pasajeras*: *Antología del Cautiverio*. Ha publicado tres poemarios: *Sauce de Versos*, *Miradas íntimas*, y *Travesías*, y dos libros de cuentos: *Cuentos Lacónicos* y *Tusitala*. Es miembro del Círculo de Escritores de Venezuela.

Elogio a las rendijas

El frío se burló de mi acto de cerrar herméticamente la ventana.

Se escabulló por una rendija que no alcanzaba a ver, pero allí estaba.

Irrumpió con furia y me castigó con su poder.

Petrificó mis huesos por el dolor.

Resecó y despellejó mis labios como cuando se quita

la piel blanca de una mandarina.

Hizo que mis pezones se irguieran, altaneros.

El frío no vino solo. Llegó con el polvo, la gripe, el escozor.

Fue así como se me ocurrió pensar en la grandeza de los pequeños espacios.

En la magia estridente de los lugares ocultos.

En el brillo turbador de los ámbitos discretos.

Rendijas y brechas,

grietas y ranuras.

Resquicios, aberturas.

La vida y la muerte se derrochan por ellas.

Así se las ignore.

Así estén disimuladas.

Así no hayan sido reveladas

¿Por dónde, si no es por una abertura sagrada, se alumbra

el primer aliento de vida?

¿Por dónde, si no es por breves orificios, se exhala el último hálito de la existencia,

se purifica el cuerpo de sus naturales desechos?

Rendija es la cuenca hendida por donde se vierte el dolor.

Son los pliegues tejidos de cilios que custodian la fuga del líquido salobre,

sin pudor.

Las brechas que se tejen entre las copas de los árboles

consienten la entrada de los rayos del sol

que abrasan cuanto encuentran a su paso sin ninguna timidez.

Por las grietas de la terraza caen acompasadamente las gotas de lluvia

horadando no solo la tapia sino mi infinita paciencia.

Hasta por el resquicio del pavimento explota la audaz naturaleza.

Hierba verde, vegetación que irrumpe, flores de asfalto, olores y colores.

Asombro en las miradas de caminantes y conductores.

A esta hora de la noche un escándalo de luz se escapa

por el umbral de la puerta vecina.

Atormenta mis ojos cansados, ávidos de sueño,

y no me deja dormir.

El insomnio no ha querido abandonarme.

©Olivia Villoria Quijada

Nació en Caracas (1970). Poeta, ensayista e investigadora de literatura venezolana. Autora de *Escaleno el triángulo* (2004) y *Ordalía* (*o La pasión abreviada*) (2009). Sus textos han sido incluidos en obras colectivas en Argentina, España, Líbano, México, Venezuela y Estados Unidos. Ha participado en eventos como el Festival de las Mujeres Poetas en el País de las Nubes (México 2006-2008) El Festival Mundial de Poesía (Venezuela, 2008). La Feria del Libro Eugenio Ma. Hostos (Puerto Rico 2010-2012). El XX Festival de Poesía de Medellín (Colombia 2010). El Encuentro de Escritores Letras en la Frontera (San Antonio Texas 2011, 2013, 2014). El Festival de Poesía de La Habana (Cuba 2012), y en el Jamming Poético del Ateneo de Caracas (Venezuela 2015). Reside en Estados Unidos desde el año 2000. Es miembro de la Asociación de Escritores de Mérida.

Mamíferos de colección, muerte segura

Behind our divided home
behind the heart locked against itself...
answering something, believing something, knowing
something

Ingrid Junker

En el absurdo de cómo llenar un sobre se escapó la mañana. El teléfono anuncia que la vecina se murió. Temo a la muerte, aunque sea ajena. Temo al teléfono y al tono de la voz. La imagen de una mujer inyectadora en mano, se pasea por mis venas. Ingrid Jonker se diluye en el mar. La droga mata, me repito. Los gritos matan, el amor mata, la política mata, los ladrones matan, el hambre mata, la tristeza mata, la alegría mata, la distancia mata. Nos matamos a diario, aunque sigamos vivos. Matamos también elefantes, osos polares, carreteras, ilusiones, fetos. Entonces los poemas y oye tú, sifrinita: para eso la letra, los pegostes, la primavera, tu ciudad del primer mundo, la culpa por no estar. Como si estar se redujera a las cuatro paredes, la autopista, el pueblito de provincia. Adentro el miedo, afuera el miedo, define las fronteras, el Coco, los límites de las variables, el orden de los factores y quién paga la renta. De lo básico y de lo absurdo. De la muerte de la vecina y la merma de un país. De cómo llenar un sobre, enfilar líneas, domar el pánico, otorgar disculpas, chupar ciruelas, lanzarte a la calle, ser. De cómo ser sin que se manche el cuero, se acierte el disparo, la raya te doble las muñecas, te vuelvas otra y mutes en mamífero de colección. *Why do we still listen to the answers given by the daisies.* Para qué.

Un pez contra la envidia (o Hay tanto que hacer)

No quiero hablar de la noche ni de la sal en los labios que adoba lo que fue besado. No decir de las yemas que puntean columnas vertebrales ni pensar en otra que fue cercenada. Camino como quien abre un hoyo para depositar un muerto, un cromosoma, un grito, una metida de pata. Camino. Me hundo en lo antiguo, deambulo, me distraigo. Un hombre me regala un pez contra la envidia, sonrío. Qué saben los peces de pecados capitales, qué sabe el tipo de mí y de los ojos que brincan en las muñecas. Veo blanco lo que jamás deja lo negro, veo negro el paso y el frente, la maleta con la que no escapé porque no tengo ganas. Ya no. *Where is home* dice una voz, *where* repite mientras se escurren rostros que he escondido en el lomo de los álbumes. Saco cuentas. Saco cuentas como si me faltaran dedos, o hijos. Milosz rastrea el mapa de sus manos, yo no leo en las mías porque en ellas me hago; por eso hurgo, por eso inhalo, no veo fotos ni letricas en el pie de página. Por eso sigo la danza de los tontos, el tremor del reloj, el maullido de la gata en celo, exhibo las vísceras, el lugar común, la piel que he tatuado con tinta invisible. El ayer es un saco con notas de lo que (no) he hecho, pero cuándo prescribe el traspié, la pedrada. Subo a un tren, enfilo al este, el saco es la piñata y golpeo como en fiesta infantil. Puedo tener cuatro años y mirar de reojo, puedo coger el palo con la izquierda y puedo pese a todo golpear; no hay chocolates. Hay papelillo que dejo que se lleve el tiempo, el ayer, el ayer, la elíptica entre el niño y la bestia, el adjetivo que descalifica, la calificación del sabiondo porque si no haces no hago y el gato que vuelve a la cola, otra vez. Niño ajeno, madre ajena y las culpas. Pero cuándo prescribe el error, se renueva la cartilla. La eme con la a es ma, mi mamá me ama, tu mamá te ama, ama a tu mamá: boca dulce, dientes de leche, arroro mi niña hay tanto que hacer…

©Ophir Alviárez

Nació en Caracas (1990). Escritora y académica. Editora y fundadora de la plataforma literaria www.digopalabratxt.com y del proyecto de investigación y difusión #PoetasVenezolanas. Autora del poemario *Cardiopatías* (Caracas; Monte Ávila Editores, 2016; Premio para Obras de Autores Inéditos, 2014). Autora de la selección y prólogo de la antología de poesía venezolana *Amanecimos sobre la palabra* (Caracas; Team Poetero Ediciones, 2017). En 2015 obtuvo el segundo lugar en el I Concurso de Crónicas de la Fundación Seguros Caracas y en 2016 el tercer lugar en el Concurso Iberoamericano de Poesía *Letras de Libertad de Un Mundo Sin Mordaza*. Sus poemas aparecen en diversas antologías publicadas en Venezuela, Argentina, México, España y Ecuador. Su segundo poemario, *A través del ruido / Through the Noise*, será publicado en una edición bilingüe por Scrambler Books. Actualmente estudia un PhD en Literaturas Hispánicas en la Universidad de Iowa.

Hace collage, pinta acuarelas y dicta talleres de poesía en línea.

Mamá y cómplice de Rush.

Inanición

Uno tiene que enderezarse la decencia

dejar de rogar por ladridos ajenos

entender que hay amigos que siguen

otros que no

Revisar fotos viejas:

fórmula segura para sufrir

llorar de hambre

morir de inanición

por tanto cariño fracturado

reventarse los dientes

con mariposas hechas de barro

portarse bien es no insistir

en lo que duele.

©Oriette D'Angelo

Nació en Los Teques (1991), estado Miranda, Venezuela. *Homo ludens sapiens*. Entusiasta de las artes y fenómenos del mundo. Dramaturga, poeta, guionista y promotora cultural de los Altos Mirandinos. Diplomada en Escritura de Textos Teatrales (Unearte, 2018) y Licenciada en Teatro Mención Dramaturgia (Unearte, 2020). Desde 2014 escribe poesía. Ha participado en talleres de poesía de Monte Ávila Editores y en actividades fdirigidas por el poeta Juan Calzadilla. Publicó su poema *Existencia* en la Antología de Poesía Inédita Venezolana (2018). Tercera finalista del II Certamen de Poesía venezolana *Ecos de la luz*, realizado por Ediciones Palindromus, con los poemas *Golfería*, *(Des)composición y Siete*. Publicó *Antes de preparar el té* (2019). La Revista Literara Anuket publicó su poema *Ascomycota* [*Parasitoide*] como parte de una antología 30 Poesía Eróticas (2020). Participó del *Cocuy Slam* (2019) y del primer Slam Poético (2020), ambos organizados por la iniciativa de *Sin poesía no hay ciudad*.

Hacedora

desnuda

me dejo embestir por la palabra

me convierto en aúllo de nube roja

me dejo caer sobre los párpados turbios de la montaña helada

que me observa desde niña

mi garganta se hace una con el amarillo de las árnicas

el grito del monte

–antes un susurro–

me envuelve en su telurio

ardo al aire

por un instante, soy capaz de escuchar al colibrí

mi pecho de jaula es abierto por la niebla

veo cómo los helechos se anclan a los bordes de mis pecas

haciéndose letra viva

carne ardiente

que silba

sin boca

mi boca

fue escupida por la fiereza de mis uñas

en el mar que llevo entre el ombligo y el pubis

y nadó hacia abajo

muy abajo

profundo

donde el placer es el paradigma primigenio a toda creación

así, me he quedado sin ojos

con el gusto extasiado en poema

esta noche

convertida en silbido

emergió una hacedora alquímica semejante a *Bidens alba*

que vio la luna por primera vez

esta noche

los girasoles se quedaron sin cantar.

©Paola De Andrade

Fotografía: Lisbeth Salas

Nació en Caracas (1986). Lectora consumada, escritora en aprendizaje constante. Profesora e investigadora de la Universidad de Friburgo. Estudios en filosofía en la Universidad Metropolitana, el King's College London y en la London School of Economics and Political Science, de donde recibe su Doctorado en filosofía política en 2020. Es experta en la filosofía política y moral de Immanuel Kant. Escribe ensayos críticos para diversos medios, y prepara actualmente un libro titulado *Kant y la voluntad política*.

Maneras de ver

Imaginemos que nos encontramos en la entrada de una exposición. A diferencia de la inercia de los visitantes, que por instinto o por hábito seguirán un camino imaginario ya trazado, decidimos empezar más bien por el final. En lugar de leer el texto inaugural en varios idiomas en la pared —el cuándo, el por qué y el cómo del artista y de sus circunstancias—, decidimos cruzar una rendija que nos permita ir al último cuarto de la sala, o seguir de frente rápidamente, como un caballo con sus gríngolas sin mirar a los lados, hasta llegar al final de la sala y poder así empezar. ¿En qué cambiaría nuestra experiencia? ¿Alteraría nuestra apreciación de la evolución del artista? ¿Nos perderíamos de algo al saltarnos la cronología que se nos impone en la distribución del espacio? Me atrevo a decir que esta alternación espacial y temporal no afectaría nuestra experiencia, pero sí las expectativas que subyacen a nuestra experiencia, no solo sobre el arte, sino las expectativas de nuestra concepción del devenir en general.

«El tiempo está fuera de quicio», dijo Hamlet. Kant se dedicó a explorar por qué la experiencia humana no es, o al menos no debería ser la de Hamlet, por qué el tiempo y el espacio como categorías de ordenación del devenir deben estar presentes para imponer un orden a la experiencia y a la realidad. Cuando nos confrontamos con el mundo, ese lugar desquiciado lleno de cosas que van y vienen, que son y que dejan de ser, que suben o que bajan, nos adentramos en él con la expectativa de poder experimentarlo a través de las categorías del espacio y del tiempo: me encuentro aquí, y ahora; mañana estaré contigo de nuevo antes del atardecer. Hamlet no sabe quién es, ni dónde está, pues ha puesto en duda las expectativas que tienen de la realidad, y su experiencia misma. Está, en definitiva, fuera-de-tiempo (o desquiciado).

Lo mismo nos sucede con el arte. Nos aproximamos a él con una expectativa cronológica, lineal, uniforme. Primera sala: trazos iniciales, Academia de Bellas Artes. Siguiente sala: ruptura, participación en movimientos de vanguardia, manifiesto. Medio camino: auge, alcance de un vocabulario proprio, imágenes icónicas que cobran autonomía y se convierten en postales. Se acerca el final: exilio, decepción, cuestionamientos políticos, época de paleta de grises. Última sala: luz, vuelta al origen, abstracción y formatos pequeños, cuadros sin firma.

Fin. Empezar por el final de la sala de exposiciones alteraría esta experiencia del arte como un devenir temporal reproducible en cualquier vida: infancia, adolescencia, adultez, madurez, y cierre. Si empezásemos por el final, tendríamos que reprogramar la expectativa que tenemos del mundo como una experiencia que responde a las categorías del espacio y del tiempo lineal y uniforme. Sospecho que aprenderíamos mucho de un artista al permitirle mostrarse de otra manera, sin tener que verlo dar pasos ciegos en los inicios, pasar después por el exilio necesario de toda vida humana, hasta alcanzar el sentido y el propósito. Esta sería la experiencia de ir a una exposición exclamando la queja de Hamlet: «el tiempo está fuera de quicio».

©Paola Romero

Nació en Caracas (1960). Poeta y ensayista venezolana, comunicadora social egresada de la UCAB. Autora de ocho libros de poesía: De mí, lo oscuro (1987). Canto de oficio (1997). El poema del esposo (1999 y 2000). La boda (2001). Con el ala alta. Obra poética reunida 1987-2003(2004). Soledad intacta (2009). Trilogía (2010), El almendro florido (2017). Su nombre ha sido incluido en las más importantes antologías de poesía venezolana. Como ensayista ha compilado y prologado las obras completas de figuras tutelares de la poesía venezolana como Ana Enriqueta Terán, Reyna Rivas, Hanni Ossott y Ramón Palomares. Obtuvo el doctorado en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Sorbona. En su trayectoria profesional destaca tanto la dirección de suplementos literarios de los más reconocidos medios, como su desempeño académico como profesora de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, de la que fue directora. Entre 2006 y 2007 actuó como Profesor invitado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island, Estados Unidos.

El cielo tiene un lado sordo

El cielo tiene un lado sordo
Conviene abrir las cajas

Empacar los ojos
Asentir en el vacío del vacío

Contemplarnos
piadosamente

El cielo tiene un lado sordo

Quién alcanzará la luz de los oídos
Quién hará girar la caja

Y hallará morada la conciencia informe
Y hallará morada la respiración sorda
Y en la ventana encarnará la sombra

En ayuno Para dar inicio

Ahora que el horror retumba en el cielo de sus bocas

Enormes, por el canto de los que les falta
Enormes, por el rojo de su lengua

Cargando sus corazones como geranios mutilados

Deseosos de plantarse aquí
Enterrar el alimento que no tuvieron tiempo de acercar a la lengua de los pájaros

Fatigados del aire
Fatigados de respirar

El cielo tiene un lado sordo
Asienten entre cajas

Y la espera pesa sobre sus párpados
Y la espera pesa debajo del viento

Debajo del lado sordo del cielo

Que les corona con plumajes encendidos

Encendidos como tulipanes enjaulados

En el lado sordo del cielo

Del libro *Soledad intacta*. Bid & co. editor (2009).

©Patricia Guzmán

Nació en Venezuela (1974), donde creció rodeada por las imponentes montañas andinas. Ávida lectora desde muy joven, su interés por la literatura le llevó a escribir desde la adolescencia y en el 2003 ganó el premio del concurso de cuentos de la Dirección de Cultura del estado Táchira con su relato *Razón para un crimen*, el cual fue publicado en 2007. Su profesión de ingeniera le ha dado la oportunidad de residir en Inglaterra y Australia, donde vive actualmente con su esposo y sus dos hijos.

Mas allá de su amor por la literatura, en su corazón reina el amor a Dios, que surge ahora como tema en su escritura. Parte de ella fue publicada por Caligrama en el 2018 bajo el título *Buscando a Dios*, libro que dio vida al proyecto del mismo nombre que anhela ofrecer un punto de encuentro entre la literatura y la espiritualidad.

www.buscandoadios.org

Moisés, Gedeón y la duda

Hay dos personajes bíblicos cuyos comienzos en Dios me confortan, pues me hacen sentir menos inadecuada. Ambos dan sus primeros pasos plagados de dudas y desde allí parece que retan la paciencia de Dios. Causa a la vez risa y ternura leer sus tentativas por eludir el inevitable llamado, hasta que, como yo, llegan a comprender que nadie se le escapa.

A Moisés, Dios se le aparece en el desierto; a Gedeón, bajo una encina. Ambos son, en ese momento de sus vidas, esclavos del miedo: Moisés, un pastor tartamudo prófugo de Egipto; Gedeón, un hombre empobrecido que limpia el trigo a escondidas por temor a los madianitas. Ante estos dos personajes se presenta Dios y para su sorpresa les ordena que abandonen su labor y se dispongan a salvar al pueblo de Israel de sus opresores. Comienzan entonces las escusas: «¿quién soy yo para presentarme ante el faraón?». «Ellos no me creerán, ni tampoco me harán caso». «Yo no tengo facilidad de palabra», dice Moisés, rehuyéndole a Dios. Gedeón

no se queda atrás en su esfuerzo por evadirse: «¿cómo voy yo a salvar a Israel?, mi clan es el más pobre de toda la tribu», «dame una prueba de que realmente eres Tú quien habla conmigo». Conocemos las historias, ambos acaban cediendo y el poder de Dios los saca victoriosos de sus retos, pero no pasemos tan apresurados por sus vacilantes comienzos para deleitarnos solo en la victoria, detengámonos en su incertidumbre a comprender, con Dostoievski, que era preciso que su *hosanna* pase por el crisol de la duda.

En las obras del maestro ruso la duda es clara protagonista. Nunca es esta afirmación tan certera como entre las hojas de Los hermanos Karamázov, donde la encontramos cuestionándonos. Un buen ejemplo es aquella escena de la taberna donde Iván (el hermano intelectual y materialista) desnuda su alma ante Aliosha (el hermano pasivo y religioso) revelándole sus dudas sobre Dios, sobre su existencia, sobre su bondad y su justicia, que delatan el enojo hacia un Ser que le resulta completamente incomprensible.

«…si Dios existe, y si, en efecto, creó la tierra, esto lo hizo, según sabemos perfectamente, de conformidad con la geometría euclidiana, y la inteligencia humana la creó con solo la noción de las tres dimensiones del espacio. Mientras tanto, ha habido y hay geómetras y filósofos, incluso de los más famosos, que ponen en duda el hecho de que todo el universo, o más ampliamente, todo el ser, fuera creado con arreglo únicamente a la geometría euclidiana; se atreven incluso a pensar que dos líneas paralelas, que según Euclides no pueden encontrarse nunca en la tierra, acaso lleguen a juntarse en algún punto de la infinitud. Yo, querido, he decidido que, si ni siquiera esto lo puedo comprender, mucho menos podría comprender a Dios. Reconozco humildemente que carezco de capacidad para resolver tales problemas, mi mente es euclidiana, terrenal, y por eso no estamos en condiciones de resolver lo que no pertenece a este mundo. También a ti te aconsejo que no pienses nunca en esto, amigo Aliosha, y sobre todo acerca de Dios, si existe o no».

Erra Iván, pues es en la duda donde nace, para el hombre, la posibilidad; sin ella todo es negación o certeza, el mundo de los demonios y el de los ángeles, no el de los hombres. El alma del hombre debe debatirse pues la duda es el ejercicio que estimula el músculo de la fe, luchará como Jacob toda la noche y al amanecer, derrotada, seguirá sin respuestas. Exhausta, se dará finalmente por vencida, arribando al momento de la gran coyuntura. Pues nadie puede realmente probar la existencia de Dios —de la manera como a los humanos nos gusta que nos prueben las cosas, con hipótesis, experimentos, gráficos y fórmulas— pero tampoco puede nadie probar su inexistencia, se convierte todo en un asunto de fe, una coyuntura que mueve

al hombre a decantarse. Pero ha sido la duda, la santa duda, la que le ha revelado al hombre la balanza, sus brillantes e inestables platillos, su eje central e inamovible cuya eterna espera parece interrogarnos. El hombre, ahora consciente de que ni la ciencia, ni la filosofía, ni la razón, ni la teología podrán darle respuestas, decide abandonarlas; desnudo ya de tanta distracción, cansado de tanta marcha, se acercará hasta uno de los platillos y posará sobre él todo el peso de su alma.

Pero hay otro hombre, el más triste de todos, el que vive de espaldas a la balanza sin permitir que la duda lo convenza de voltearse, el que venda sus ojos, el que mira hacia otra parte. Por eso te invito a la duda, a no conformarte con una certeza de segunda mano —la de tus padres, la de tus abuelos—, dile no a la fe dominguera y al ateísmo de rebaño y hazte responsable por eso que crees o crees creer. ¡Duda!, acércate hasta el borde del abismo que te habita y mira desde él sin miedo, sin culpa, sin prejuicio, confirma por ti mismo si ese vacío Le contiene, comprueba si parado en su orilla, en silencio, con una escucha atenta, logras o no oír el suave murmullo que te llama con urgencia y vuelve de allí con tu respuesta.

Moisés y la duda – Génesis capítulos 3 y 4:1-17

Gedeón y la duda – Jueces 6:1-23

©Pía Sánchez

Fotografía: ©Violette Bule

Nació en Caracas (1989). Magíster en Escritura Creativa en Español por la Universidad de Nueva York (2014). En el 2016 fue escritora residente en el programa para artistas en Camac Centre D'art, Marnay-sur-Seine, Francia. Ha publicado en poesía: *Sobre las fábricas* (Ediciones Libros del Cardo, 2021/ Sudaquia Editores, 2014). *La beata de las locas* (Entropía Ediciones, 2019), y *Una trinitaria encendida* (Sudaquia Editores, 2018). Ha publicado en narrativa: *La señora Varsovia* (LP5 Editora, 2020). *Andor* (Bid&co. Editor, 2013 / Suburbano Ediciones, 2017), y *Cuarto azul* (Kalathos Ediciones, 2017). Su trabajo ha sido incluido en antologías como *Escritorxs Salvajes: 37 Hispanic Writers in the United States* y *Ni Bárbaras ni Malinches. Female writers in the United States. Escribir afuera* (Kalathos, España, 2021). Actualmente asiste al Ph.D. en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Houston.

Todos los días

salimos a fumar a la misma hora

mi vecina y yo

en el pasillo comunal de madera

ella frente a su puerta y yo frente a la mía

mudas porque no nos conocemos.

En una coreografía de pájaros

nuestras muñecas se mueven hacia la boca y hacia la derecha

y soplamos sin quitar la mirada del precipicio.

Visto la bata de seda negra

mis piernas cruzadas,

a veces uso lentes de sol para alejarme más.

Su pelo es tan corto como el mío

pero rubio. Ella también lleva bata

pero es floreada y de algodón,

late a la altura de su pecho

como si un animal durmiera

entre sus tetas.

Yo permanezco de pie,

ella se sienta en una silla de madera.

Fuma más rápido que yo.

Un jalón detrás del otro

como en competencia transnacional,

sus pulmones llenos de rocas.

Cuando llego a la mitad del cigarro,

ella vuelve a entrar a su apartamento

igual que ayer y que mañana

dejando mi cuerpo pausado

en nuestra cotidianidad secreta.

***

El dolor

se reduce a unos pocos momentos

en mi memoria

que se repiten

como un caballito de carrusel

oloroso a algodón de azúcar

partículas dulces en la saliva.

Me pregunto qué parte del presente

será el resumen de algo

que también partirá.

Quizá deba hacer una selección

de los momentos hit

prestarles atención

como a la portada de un gran disco.

©Raquel Abend van Dalen

Investigadora, escritora y traductora venezolana. PhD en Latin American Cultural Studies (King´s College London, 2001). MsC en Translation and Computer-Assisted Translation Tools (Heriot Watt University, Edinburgh, 2013). Magíster en Literatura Latinoamericana (Universidad Simón Bolívar, 1992). Licenciada en Comunicación Social (Universidad Central de Venezuela, 1985). Fue profesora de pregrado y postgrado de la Universidad Simón Bolívar desde 1991 hasta 2008. Ha publicado los libros de ensayos *Sujetos, actos y textos de una identidad* (CELARG, 1998). *Bulla y buchiplumeo* (La Nave Va, 2002), y *Narrar en dictadura* (El Perro y la Rana, 2011). Un volumen de cuentos *El patio del vecino* (Equinoccio, 2013), y dos novelas, *Muerte en el Guaire* (Ediciones B, 2016), y *El Accidente* (Bichos de la Orilla, 2018). Su segundo volumen de cuentos, *Estación de ruegos*, será publicado en Madrid, en 2021, por la editorial Lecturas de Arraigo. Su libro *Inventario para después de la guerra*, será publicado en 2022, en edición bilingüe, por la editorial chilena La Joyita Cartonera. Actualmente da clases en la Universidad de Durham, en Inglaterra.Vive en Edimburgo y mantiene el blog *Cuentos de la Caldera Este*.

Velocidad

Eran buenos los tiempos en los que todavía podíamos correr a toda velocidad por las autopistas desiertas, quemando los últimos galones de gasolina que quedaban. En los pocos ratos que podíamos darnos el lujo de distraernos, nos montábamos en las camionetas y en las motos para atravesar la ciudad de un extremo a otro, desafiando a los francotiradores. Escuchábamos las balas pasar y nos reíamos a carcajadas cuando alcanzaban a romper un vidrio o abollar una puerta. No tenían que recordarnos que el riesgo era innecesario. En los peores momentos de la calma chicha, las misiones suicidas eran lo único que tenía sentido. Mientras duró la gasolina no había nada mejor que desbocarse a grito pelado por las avenidas. Regresábamos con algo de comer y eso justificaba la osadía. Dejamos de usar los carros y las camionetas para ahorrar, pero nos negamos a abandonar las desbocadas carreras en mitad de la noche. Poco a poco las motos se fueron quedando donde se les acabó la última gota de gasolina. Entonces nos envolvió un silencio que nos costó mucho llenar con otros ruidos. Nada suena tan bien como un motor encendido. Envidiábamos sus tanques y sus aviones, los helicópteros con los que nos sobrevolaban cuando todavía podían operar las refinerías y a nadie se le había ocurrido hacerlas volar. Cuando nos fuimos retirando hacia las afueras, los más atrevidos enlazaron caballos que llevaban tiempo realengos por los campos. Conseguimos también burros y mulas, que al principio sólo usábamos para mover la carga y después aprendimos a montar a pelo. Para el momento en que nos dividimos y salimos en grupos hacia el norte y hacia el sur, nos repartimos las monturas con la misma meticulosidad con la que dividimos todo lo demás. Al llegar a la sabana abierta recuperamos el vértigo de la velocidad y aprendimos a sentir el galope tendido como si fuera parte de nuestros propios cuerpos. Nos volvimos centauros. Los tanques que nos perseguían se quedaron varados y secos en los caminos de tierra. Dejamos de escuchar los motores de los helicópteros. Hasta hoy, que ya nos hemos comido todos los caballos y las mulas, las refinerías siguen ardiendo.

[Este texto pertenece al libro *Inventario para después de la guerra*, que será publicado en edición bilingüe, con traducción al inglés de Catherine Boyle, por la editorial La Joyita Cartonera en Santiago de Chile].

Alegrías

Por las noches cantábamos canciones. A veces eran viejos tangos o empalagosos boleros que hablaban de amores contrariados, mujeres abandonadas y hombres celosos. Pero los que se sabían de memoria esas canciones eran los más viejos y fueron ellos los que primero dejaron de cantar. Aunque algunos jóvenes trataron de aprenderse las canciones, en realidad lo que sobrevivió fue una mezcla de viejas melodías con nuevas letras. Palabras que iban cambiando con el tiempo. Tonadas que se iban modificando de maneras casi imperceptibles. A veces nos parecía que estábamos inventando una nueva canción, pero algunos de nosotros tuvimos la sospecha de que esos ritmos habían estado ahí desde antes. Ese tiempo que ya no sabíamos cómo nombrar porque no era ni siquiera un tiempo mejor. Era nada más aquel otro momento en el que habíamos tenido algunas cosas. Tocadiscos, reproductores, radios, aparatos varios de escuchar lo que pasaba en otras partes del mundo. Cuando la luz se fue para siempre y se descargó la última pila, sobrevivieron algunos instrumentos, pero los que sabían tocarlos se fueron yendo uno a uno. Así que nos tocó reinventar la música con lo poco que nos iba quedando. Lo más fácil era dar golpecitos con cualquier pedazo de madera para llevar el ritmo. También estaban los que silbaban con maestría y los que hacían sonidos increíbles con las manos ahuecadas. Pero sobre todo usábamos las voces. En cada campamento, cuando no era obligatorio estar callados, había siempre alguien que comenzaba a cantar en un susurro que apenas se escuchaba al principio y después iba creciendo poco a poco hasta volverse una pieza entera que otros iban reconociendo. Alguien se acordaba a medias de una letra o inventaba un verso. Cada quien se sumaba como podía, agregando tonos y rimas. No pocas veces logramos armar coros espontáneos que llenaban la tarde de algo muy parecido a la alegría. Cuando volvíamos al silencio y la noche se cerraba sobre los escombros y las ruinas, más de uno tenía los ojos llenos de lágrimas. Hasta los más jóvenes, que no tenían edad suficiente para reconocer la nostalgia, se iban por los rincones para que no los vieran pasarse la mano por la cara. En los días en los que el silencio era obligatorio, escuchábamos atentos el canto de los pájaros.

[Este texto pertenece al libro *Inventario para después de la guerra*, que será publicado en edición bilingüe, con traducción al inglés de Catherine Boyle, por la editorial La Joyita Cartonera en Santiago de Chile].

Manjares

Hay días en que lo único que cuenta es el vacío en el estómago. El dolor retorcido del hambre que resuena en mitad de los cuerpos magros. El centro del universo está ahí, en esos gases que retumban entre las costillas, en los ácidos digestivos que han estado demasiado tiempo sin nada que atacar. Cuando ya no podemos con el ruido de nuestras propias tripas, ni con el ardor que nos sube por la garganta y nos quema la lengua, exigimos matar para comer. Entonces empieza el inventario y el debate. Antes teníamos la opción de los saqueos. Ahora sólo podemos sacrificar lo que está vivo. Las ratas y las palomas desaparecieron primero. Casi todos los gatos después. Sólo conservamos los perros que nos ayudaban a montar guardia. En medio de la fuga aprendimos a reconocer los granos y los tubérculos que siguieron creciendo salvajes aunque nadie los cultivara ya. Ordeñábamos las vacas y las cabras que alcanzamos a enlazar, para hacer cuajadas que envolvíamos en hojas de plátano pasadas por brasas. Algunas mujeres recordaban cómo era que hacían arepas las lentas bisabuelas, moliendo los granos del maíz jojoto que amasaban con agua y cocinaban después sobre piedras convertidas en budares. Cuando el azar permitía que coincidieran en un mismo momento las arepas y el queso, todo lo demás dejaba de importar y la guerra se volvía un espejismo apenas visible allá en el horizonte. No había fruta que se quedara quieta en su sitio si pasábamos cerca. Limones, aguacates, semerucas, naranjas, ciruelas, tamarindos. Era la gloria encontrar en el suelo una patilla intacta. Y ya no recordábamos un gozo más entero que chupar un mamón pasado de maduro o abrir de par en par una parchita. Las guanábanas nos acompañaban por días, como tesoros que había que madurar. Cosechábamos los mangos y las piñas con una devoción casi mística y nos untábamos su olor como un perfume detrás de las orejas. Secábamos taparas para usarlas como recipientes, platos hondos, cuencos, tazas. Todos los líquidos que nos entraban en el cuerpo pasaban primero por una de esas nobles frutas secas. También recogíamos en ellas la sangre de los animales que sacrificábamos, pidiéndoles perdón, dándoles las gracias, mirándolos directamente a los ojos.

[Este texto pertenece al libro *Inventario para después de la guerra*, que será publicado en edición bilingüe, con traducción al inglés de Catherine Boyle, por la editorial La Joyita Cartonera en Santiago de Chile].

©Raquel Rivas Rojas

Nació en Carora, estado Lara. Venezuela (1965). Poeta, artista plástico, promotora cultural y docente. Licenciada en Educación mención Artes plásticas; Egresada de la Universidad Carabobo, Venezuela. Ha pertenecido a distintos grupos literarios y artísticos: Ciudad compartida; Etérea en tres tiempos; Letras Vivas; Perfopoesia; Encuentro Latinoamericano de poetas la Victoria. Su obra poética ha sido tomada para obras de teatro y performance, feria internacional del libro universidad de Carabobo (FILUC). En el 2014 publicó su primer poemario *De exactos esqueletos y cabellos dulce*. Le siguió *Unibe, de vuelta al río* (2015). virtual; *Para que no haya más perdón*, poemario en imprenta. Miembro de la Academia de la lengua. Capítulo Carabobo. Miembro de la asociación de escritores del estado Carabobo (AESCA). Tiene varios libros inéditos. *A flor de piel. Quipu tala, mensajes de textos. Huesos agotados. Engendro divino. Sandía surrealista. Líneas sueltas. Locainos. Vida del poeta. Resaca 20.*

Amigo:
Usted representa una gran orquesta;
admirado por el poeta

En mis diferentes fortunas, mi orquesta
despierta en lluvia. siembra en alcohol
rosas; aun así, mis tonos son claros y sensitivos,
no busco algo con esto que no sea más que
quitarme el pudor, su salón lo
siento frío, silencioso y distante.

Mis vestiduras me dan preguntas ¿usted
censura o soy yo quien se lastima? Sepa
que mi vida llegó a un laberinto donde
discuto con Dios mi conciencia. mi
infortunio «amar tan profundamente y estar tan sola»

Dios lo sabe todo, no sé hasta dónde llegue
su piedad. No tengo remordimiento alguno.

Sí, sé que usted es solo un mortal. pero me
enfrento a mi propia adrenalina. los
algodones me aprietan la nariz.
¿Qué puede hacer? Conviértalos en
instrumentos musicales que me digan: «son
cosas que pasan… no soy juez».
Entiendo qué es lo excitantemente listo
de exactos esqueletos y cabellos dulces, que
devoran monstruos y demonios, en la llama en
que arden los inciensos cosmogónicos de
tierra, truenos y piernas; entre mareos,
amor y vino, que lavan las tristezas.

sucede, sucede…

A veces lloro los partos de la vida que
condenan la realidad. lo hermoso de un pan
en un armario cerrado, pero existe.

Del poemario: *De exactos esqueletos y cabellos dulces*. Fondo editorial Carabobo (2014).

©Raquel Santeliz

Nació en Ciudad Bolívar, Venezuela. Biólogo. Maestría en Ciencias Marinas. Escritora, autora del libro de narrativa *Variaciones desde el Sillón*, editado por el Fondo Editorial Predios año 2000. Tiene varios libros inéditos, entre ellos: *Los libros del ridículo* (compendio de tres libros de narrativa), y *La ciudad sin nosotros* (novela breve, publicada de forma independiente en Amazon). Algunos de sus textos se han publicado en diversas revistas literarias de Venezuela y recogidos en antologías de escritores venezolanos, tales como Antología de Un Taller del Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Sucre, y en la III Antología de Narrativa Entre Eros y Tánatos de la Asociación de Escritores de Mérida. Es productora y presentadora del programa de televisión *Riolamadas*, programa de opinión de corte político y ciudadano que funciona como una ventana a la libertad de expresión.

Infidelidad con el sol

Le costó entender por qué el hombre que amaba se había alejado.

Los domingos ella solía caminar sin rumbo. Caminar sin destino en una ciudad costera siempre lleva al mar. Una mujer se incorpora como un ente que puede formar parte del paisaje o como una intrusa. En todo caso, los paisajes son capaces de asimilar cualquier cosa que al humano se le ocurra y por eso la mujer allí. No como una entidad foránea y ajena sino como parte de él, porque ella misma había hecho del paisaje algo propio.

Envuelto en serenidad, de improviso, sin anunciarse, imponente, aparece en la distancia en el centro mismo del paisaje, como el dios que es, arrogante y viril. El mar se hace la mar.

Al atardecer el mar se hace hembra, abre sus piernas de aguas turbulentas y lo recibe rojo y ardiente, lanzando al cielo los colores con todas las gradaciones posibles, en un acto de magnífica belleza que ningún pintor logrará plasmar jamás.

La mujer en la orilla recoge su bolso y camina de vuelta a su casa.

De regreso, el marido espera, busca en la mirada los signos de otro. La sonrisa simple y leve parece negar la posibilidad y ocurre el beso, pero la piel, el broceado en ella indica que el sol estuvo en cada milímetro, penetró tan profundo que es insoportable el dolor al más leve contacto.

La piel poseída, la paz en el rostro y la mirada perdida en un horizonte inexistente en ese escenario, pero sobre todo el semblante de satisfacción, rasgos insoportables para un marido que ha esperado todo el día.

Tal vez no era solamente el sol, y si solo fuera, cómo competir, por eso se marchó.

Ella no supo por qué.

©Riolama Fernández

Nació en Puerto Cabello (1988). Autora de las plaquetas poéticas *Invocando no invocar* (2011), *Todo pasa* (2013) y *Desechos domésticos* (2020). Resultó finalista del II y IV Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas. Cursó talleres con los escritores Eleonora Requena, Armando Rojas Guardia y Arturo Gutiérrez Plaza. Poemas suyos se encuentran en diversos portales literarios y en antologías como *El puente es la palabra* (2019) de Cáritas Venezuela, Prefacio incierto (2020) de Ediciones Palíndromus y *Nos Siguen Pegando Abajo* (2020) de LP5 Editores. Actualmente reside en Buenos Aires y se abre campo en la redacción digital. Pueden leer más de su obra en:Roislen Abreu

Desechos domésticos

Prendí en candela una casa mi casa

en un sueño astral

donde perros trepaban la huida del infierno

Quemé sus paredes para fundar otra tierra

cuartos con techo blanco y una silente noche gris

La casa se cae porque nunca fue hogar

Nadie salió de la cama hasta ocurrido el momento de la consumación

Nadie arrojó un vaso de agua en el nombre de las llamas y su luz

No hay más puertas qué batir No hay madera reluciente.

Este poema forma parte de *Desechos domésticos* (Ediciones Palíndromus, 2020).

©Roislen Abreu

Rosalina García, Humocaro Alto, estado Lara, Venezuela (1946). Poeta, ensayista, crítico literario. Profesora universitaria. Ha publicado siete poemarios entre ellos, *De íntima brasa, Huerto insomne, Desde la gota de rocío*. Tiene mención en poesía en la IX Bienal José Antonio Ramos Sucre. Publicó en ensayo, *Sangre, memoria y ficción en la narrativa de Arturo Uslar Pietri; Ramos Sucre a través de los cristales*, ensayo sobre el idealismo alemán sobre este autor; Literatura Venezolana, Literatura infantil y preescolar. También publicó el libro de cuentos para niños, *Hadas de la neblina*. Fue presidente del Ateneo de Los Teques.

Es individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, Miembro extranjero correspondiente de la Real Academia Española. Individuo de número de la Academia de la Historia del Estado Miranda. Pertenece al Círculo de Escritores de Venezuela, y a la Asociación de Poesía Prometeo de Madrid.

¿Recuerdas mi bella plenitud

en la tarde frente al mar?

Perfumaba la gardenia, olía la flor del agua

Que al amor sabían agasajar.

Fui gaviota que podía en el ocaso regresar;

en tu olvido, alguna vez recordarás

la música pausada de mis alas al llegar,

¿el perfume, la mujer, el mar?

De fina porcelana

Como se rompe en una casa

con los años,

la vajilla de fina porcelana,

Todo se va.

Del amargo vino del adiós

En el perfumado portón a algas de mar,

De las voces amadas en requiebros,

Del paraíso dorado de la infancia,

Se oye rompiéndose, el cristal.

La primera estrellita vespertina

Cierra las hojas de cedro del portón.

Adentro, sombras,

Porcelana quebrada,

Soledad,

el sonido eterno de las olas

en la orilla del cercano mar.

©Rosalina García

Nació en Villa de Cura, Aragua (1955). Poeta y editora venezolana Fundadora del Grupo Cultural Zamora. Participó en talleres literarios auspiciados por la Secretaría de Cultura del Estado Aragua y desempeñó el cargo de directora de Cultura del Municipio Zamora. Textos suyos han aparecido en diversos medios de comunicación regionales y nacionales y en la antología Poesía de Aragua (1966-1996), compilada por Efrén Barazarte. Ha publicado los poemarios *Ceremonia del horno* (La Liebre Libre, 1993) y *El envés de los días* (Secretaría de Cultura del Estado Aragua, 2005), así como la plaquette *Astilla de la noche* (La Espada Rota, 2008) y el díptico *Poemas* (Vientos del Sur, 2008). Dirige el sello Blacamán Editores.

a Efrén Barazarte por los sueños que nos contamos.

a José Pulido por su libro *Duermevela*

En espera de la rosa del amanecer

La noche había llegado con inusual lentitud. Mejor decir que la noche no llegaba. Algunos no se percataron de inmediato, pero muchos otros incluyeron la rareza en las interrogantes de sus conversaciones. Eran más de las seis treinta cuando se comenzó a imponer la contundencia de la claridad. Los vecinos se reunieron en la calle y comentaban lo mismo. Unos sin mayores aspavientos, otros estaban asustados. Lo cierto es que era muy raro que no hubiera oscurecido, era un acontecimiento. Hora y media después la claridad se eternizaba. No llegaba la noche. Se escuchaban suplicas, imprecaciones que azuza el temor. Todos estaban alterados y hablaban del asunto con mucha preocupación.

Más tarde, esa misma noche el calor no había dejado dormir a Josefa. A ella no le había gustado para nada esa claridad. Dio vueltas en la cama una y otra vez sin conciliar el sueño. Sentía que algo más que el claror la desconcertaba. No sabía qué era. No sabía si era imaginación, malestar, o ese resplandor tardío que la perturbó tanto. Dio varias pestañadas en las que veía imágenes de estatuas y santos. Pero esta vez las imágenes de los sueños y las de la vigilia se confundían, la aturdían por igual. Desesperadamente quería ver la llegada del amanecer.

Apenas despuntó la luz del día saltó de la cama.

—He pasado una noche pésima ¿y tú? —le preguntó a su esposo mientras hacía café.

Enrique estaba pálido y desencajado, tampoco había dormido bien. Con las tazas en las manos se acercaron al patio para respirar aire fresco. Iban a sentarse en los muebles del jardín cuando vieron una bandada de pájaros, serían unos veinte, giraban en círculos y repetían el movimiento una y otra vez. La algarabía aumentaba y los pájaros no se dirigían a ninguna parte, solo giraban y giraban en el mismo lugar, en un mismo sentido.

A simple vista parecía una situación inofensiva, pero Josefa y Enrique sintieron un estremecimiento tan fuerte que comenzaron hacer exclamaciones de piedad.

—Te lo dije ayer, esa claridad no es cosa buena —comentó Josefa—. ¿Cuándo se ha visto que sean más de las ocho de la noche y todavía haya luz? Nunca, pero, además, Enrique, ¿te acuerdas que el humo del cigarrillo que te estabas fumando se puso verdecito y sentimos un olor fétido, como de tomates fermentados? Tú dijiste ¿qué vaina es esta? Mira el color del humo, y te contesté que yo no sabía nada de esas cosas pero que esa señal no era buena. Por eso te dije que lo botaras lejos.

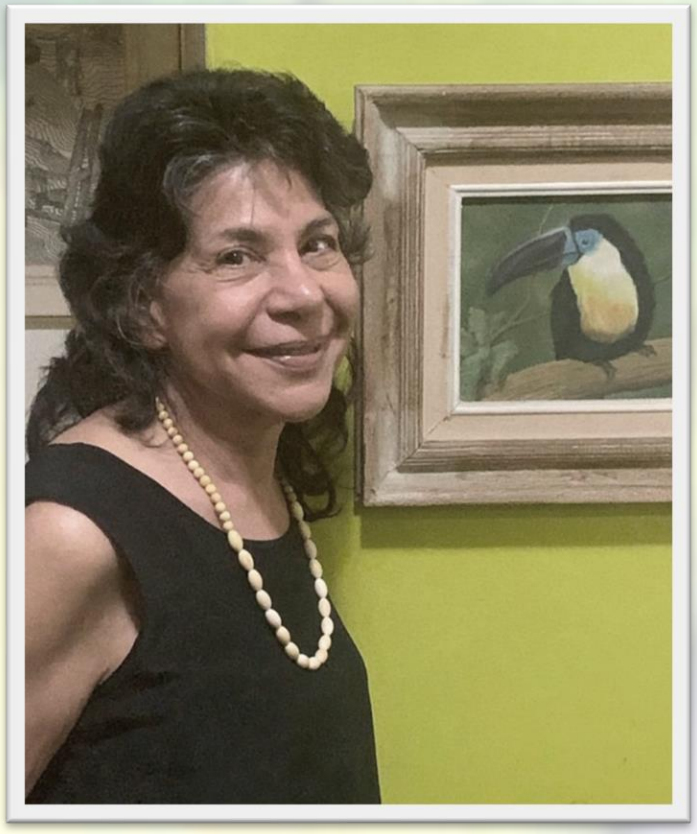
Por fin la bandada de pájaros encontró rumbo. Solo que en lugar de ir al sur como le correspondía siguió hacia el norte. Pensaron que pasaría tiempo para verlos volver. Se equivocaron, porque tres horas después empujados por un zumbido fuerte que los llevó de nuevo al jardín, vieron el inesperado regreso.

Esta vez los pájaros giraban no solo en el patio, era tanta la cantidad que tapaba la casa. Y llegaban más y más. Su círculo era tan grande que pronto todo se volvió como la misma noche. De los árboles se comenzaron a desprender las frutas, hasta las que no estaban en sazón y las pequeñas plantas doblaron sus tallos, como sometidas por un acto de hipnosis. Los habitantes de la casa perdieron el habla, sus cuerpos temblorosos quedaron paralizados. Josefa quiso gritar, hacía un esfuerzo enorme porque le saliera la voz, era inútil estaba muda, quiso correr y tampoco pudo. Con pánico sintió que su marido se alejaba de ella sin que pudiera detenerlo. Josefa sintió que podía perder el control de sus actos y comenzó a apretujarse las manos.

De pronto vio la luz, estaba llena de sudor, agitada. Se puso las manos en el pecho y se percató de que estaba sentada en la cama: «¡Gracias al cielo, es un sueño!». Volteó con cuidado y vio que su marido aún dormía. Le acarició los cabellos y respiró con la tranquilidad de quien sabe que todo lo malo ha pasado.

Entreabrió la cortina del cuarto para ver la rosa del amanecer y suspiró, como siempre, llena de agradecimiento porque estaban vivos y sanos. Regresó para ir hasta el cuarto de baño, mientras abría la llave del agua se vio en el espejo. Al bajar el rostro, en la ponchera del lavamanos yacían los cuerpos de dos pájaros muertos.

©Rosana Paquear Hernández



Nació en Quíbor, estado Lara (1953). Escritora venezolana, licenciada en Letras y Magíster en Literatura Hispanoamericana. Compás de Espera (1995). Tablero (1998). Oráculo de Lobo (2005). Café, Té y Chocolate (2009). Así como las antologías *Sobre la piel del crepúsculo* (1997). Desde la profundidad de un género (2006). Del dulce mal (2008). I Certamen Internacional Toledano, Casco Histórico (2013). Y los ensayos: Las poetas suicidas por mal de amores, arquetipo de «la amante rechazada» (2008). La solterona, un arquetipo complicado que todos reconocen (2011). ¿Qué quieren las mujeres? Respuesta de las poetas venezolanas (2012).

El amor es joven

Siempre

Tiene un color caramelo
Porque es dulce y pegajoso

Aparece de vez en cuando
Camina solitario y sereno

Cuando lo veo pasar
A distancia
Me digo
Allí va el amor bermejo

Una vez escuché que Cupido sólo flecha a los jóvenes
Por eso los viejos se alimentan del recuerdo

Guardo y cuido
Una vela encendida
Para que no se apague
No todavía

Hay una esquina
En la terraza
Donde los pájaros vienen a morir
Los he llorado
A veces
Porque me da tristeza

El de hoy tenía las alas negras
Y el pecho azul fuerte
Brillante
Se lo comían unas hormigas gigantes

©Rosol Botello

Fotografía: Fernanda Mora

Reino Unido (1938), desde 1975 reside en Venezuela, naturalizada. Fue profesora de la ULA. Poeta, articulista, traductora y estudiosa de culturas orientales, ha publicado los poemarios *Celebraciones* (1981). *Ida y Vuelta* (1987). *Legado de Sombras* (1997). *Desmembramiento* (2002, con grabados de Adrián Pujol). *No es tarde para alabar* (2012). *Planta baja del cerebro* (bilingüe, 2012), y *Marea Tardía* (2019). Sus traducciones al español incluyen *Nombres de Lo Innombrable* (1991 y 2005). *Poesía metafísica medieval en lengua kannada, Mudnakudu Chinnaswamy* (2005). *Poemas selectos de un poeta 'intocable', y Flores de tierra dura, Mujeres poetas del sur de la India* (2014). Entre sus traducciones al inglés destacan *Perfiles de la noche/Profiles of Night* (2006). *Una muestra de poesía de mujeres en Venezuela, Selected Poems/Poemas selectos de Rafael Cadenas* (2009), y *The Blind Plain* (2018), antología de la poesía de Igor Barreto.

Dos poemas para mi gata

Bast

Hija del sol colmilludo
tu aliento abrasador
creó el desierto
regías el menstruo
y las armas del rey

terrible asesina
me honras con tu cariño
me saludas nariz a nariz al amanecer
manchas mis alfombras
con la sangre de tus víctimas
vas arrasando con los pájaros
del jardín

se apaga su canto
y tu gracia queda intacta

Del libro *Planta baja del cerebro*, Actual - ULA (2012).

Plumas

La gata viene al crepúsculo
trae algo muerto una cabecita
cuelga de su boca,
es su derecho pienso
su función

lo pone a mis pies en el círculo
de la lámpara,
veo las plumas del pajarito rojo
que hace meses comía insectos
en la ventana alta de la sala
–«sangre de toro»–

el horror me lacera
estremezco odio la gata
quiero rezar
por el alma
del ave

se convierten las plumas en llamas
enormes alas de fuego
erigen un ángel

Del libro *Planta baja del cerebro*, Actual – ULA (2012).

©Rowena Hill

Nació en Caracas (1970). Psicólogo (UCAB), Psicoanalista. Premio Monte Ávila de Poesía para Autores Inéditos (2005). Finalista del Premio Italia para la poesía en el Certamen Mediterráneo y Caribe (2007). Mención Honorífica en la XVII Edición del Premio de Poesía Fernando Paz Castillo, con el poemario *Baúl*. Mención Honorífica en la Bienal Venezolana de Literatura 2006-2008, José Rafael Pocaterra, con el poemario *Shop Suey*. Libros publicados: *A pasos cortos* (2005). *Ex* (2007). *Gramática de piedras* (2011). Presencia en Antologías: *Mediterráneo y Caribe*. Instituto Italiano de Cultura. Caracas (2010), *Antología de Poesía Joven Venezolana*. Edición bilingüe traducida al árabe por Nadia Záfer Chaabán (2009). *El Ojo Errante*. Caracas (2010). VI Premio Nacional de Libro (CENAL) (Mejor Producción Editorial Alternativa y Mejor Diseño de portada), *Poetas venezolanos contemporáneos*. Colección Los Conjurados. *Común Presencia Editores*. Bogotá (2014), *102 poetas – Jamming*. Oscar Todtmann editores Caracas (2014).

Pon tu mano en esa rama
mira las olas que brotan.

Quito Nicolaas

Divi-divi

Árbol y viento se atrapan y se poseen

El tronco torcido

es un cuerpo que consiente y resiste

Uno pide viaje

el otro raíz

Así el amor

©Ruth Hernández Boscán

Lectora incurable. Coleccionista de palabras. Estudió Letras en La UCAB. Tallerista de Edda Armas, Armando Rojas Guardia, Igor Barreto. Poesía. Juan Carlos Méndez Guédez y Rodrigo Calderón Blanco Narrativa. Directora Creativa en la industria publicitaria: Corpa, BBDO, Publicis Groupe. Guionista y productora de programas de radio, cine y televisión. Directora de arte en la película Una abuela virgen.

Autora del blog *Historias que nunca me contaron*. Publicaciones: *Venezuela desde un azul intenso*. Armitano editores (1991). *102 Poetas Jamming*. Oscar Todman editores. (2014). *La corteza no basta*. Oscar Todman editores (2016).

Texto a la deriva

Siento el terror flotando alrededor. Nada nos sostiene, salvo un asomo de luna creciente acompañada de Orión, el cazador. Su ojo se cierra ante la agonía que sufrimos. Nuestra única certeza es que desde hace unas horas nos cubrió la noche y por añadidura sabemos que debió ocurrir a la hora de siempre. El resto es dolor, confusión y vértigo.

Arriba, la oscuridad tira sus monedas. Abajo, el mar es un dios enfermo que se provoca arcadas hasta vomitarnos. Por fin salimos a la superficie y respiramos hondo, pero el aire también se siente líquido quemando nuestros pulmones que nos pesan en la espalda como alas muertas.

Una línea ondulante nos separa de la vida. En el agua somos cada vez más blandos, mientras la sal teje y teje sobre lo que nos queda de piel un sudario y por primera vez condeno el indescriptible silencio de Dios.

Nadie escucha.

João compañero, João resguardo, João maderito, lame el mar como si su lengua fuera unos dedos que acarician el lomo de una bestia que se estira y se encoge embistiéndonos de olas, pero João no siente el sacudón. Bebe convencido de vaciar esa inmensidad en su estómago. Nado hacia él y le imploro que deje de tomar agua salada. Su expresión es irreconocible. Le pregunto si recuerda el barco, la plataforma petrolera, la explosión, pero él sorbe y sorbe y sorbe como si solo fuera una boca que deja sus babas en el mar. Trato de alcanzarlo para limpiarle el miedo que nubla sus ojos, quiero ordenar su cabeza y le repito que estamos en el Golfo de Paria, le pregunto si recuerda el barco, el accidente, hasta que por fin algo ilumina su rostro y lo escucho decir en portugués:

—Meu pai, quanto tempo.

—Não me deixe aqui.

—Senti tanto a sua falta, meu pai.

João me mira largo y se entrega a la bestia que lo muerde, hundiéndolo sin piedad.

El miedo no tiene fondo.

Doy brazadas inútiles, intento escapar a ninguna parte esperando que en cualquier momento me entierre sus colmillos de agua y golpeo su cuerpo con toda mi fuerza y toda mi furia, quiero sacarle hasta la última gota de sal, que ninguna de sus criaturas la salve. Ojo por ojo, diente por diente, agua por agua y en mi agonía lo veo regurgitar a Joao, tan muerto como mi esperanza.

Padre nuestro que estás en el cielo.

Del mismo mar brotan brazos de espuma que me llevan a otra corriente.

Animal letal. Animal luz. No puedo verla, pero está allí. Conozco su nombre, su vientre profundo me acurruca. Me arranco la costra de sal de los labios para pronunciarla:

—Lilith.

Giro y giro y su tibieza me cierra los ojos. Soy uno con ella. Nada más existe. No hay palabras, solo un silencio líquido. Ella es la mujer y todas las mujeres que conocí y no conocí. En ella todo y nada es. Antes Lilith. Después Lilith.

De pronto no hay nada más. Solo esta oscuridad tan clara de volver a casa.

©Sandy Juhasz

Ha publicado cinco títulos de narrativa breve, además de otros libros de géneros variados. Algunos de sus relatos han sido traducidos a diferentes idiomas y forman parte de importantes antologías venezolanas y extranjeras. Durante años ha mantenido una intensa actividad en el área editorial.

a Nekane Areitio

Amanecer

Pasé toda aquella noche recogiendo ramas de muérdago y belladona. No era la primera vez, suelo hacerlo por lo menos cada seis semanas. La gente de por aquí tiene muchas necesidades y yo soy la única que sabe de estas cosas, debo darme abasto: esa era y ha de seguir siendo mi obligación.

Nunca imaginé que él me acechaba, que espiaba mi cuerpo envuelto en gasas rojas mientras cumplía con uno de nuestros acostumbrados ritos nocturnos. Porque sepan ustedes que para hacer provechosas las plantas recogidas se requiere acatar ciertos preceptos establecidos desde siempre por la propia naturaleza, según tengo entendido. El color rojo, por ejemplo, aunque su uso no sea estrictamente necesario, es beneficioso en el caso del muérdago y la belladona; algunas palabras secretas, pronunciadas cada vez que se corta una rama, son fundamentales. Se debe también, cada cierto tiempo, levantar los ojos hacia la luna y sonreírle; porque se recomienda hacerlo en noches de espléndida luna, de cuarto creciente a cuarto menguante, idealmente en plenilunio. Solo cuando es pérfido el propósito, tiene una que salir en noches oscuras, caminar a ciegas tanteando los arbustos para guiarse.

Él me vio hacer todas estas cosas. Lo imagino observándome y la idea me repugna. Debió fijar sus ojos en mí cuando las estrellas comenzaron a desaparecer, porque entonces, de acuerdo con las enseñanzas de mi abuela, conviene hacer un círculo con las ramas escogidas, despojarse del vestido, desatar los cabellos y tenderse en medio de ellas, sobre la hierba húmeda de rocío: olvidarse, entregarse, conjugarse con eso extraordinario que se apodera de una.

No supe entonces de él, lo aseguro, tampoco lo presentí durante estos meses, al fin y al cabo, tengo marido. Tan solo ayer, ante la desconcertante revelación, me enteré de su presencia en aquel amanecer, cuando esto surgió de mi vientre: esto, lo que aquí ven.

Tomado de: *Babilonia*, Fundarte, Caracas (1993).

©Silda Cordoliani

Nueva York, Estados Unidos (1952). Autora, escritora creativa egresada de ICREA, Instituto de Creatividad y Comunicación, Caracas 1996. Trabajó en FABRIART, como escritora creativa de publicidad, Caracas 1988-1998. Es escritora e investigadora de arte. Desde 1999 reside en París y dirige el Centro de Documentación del Atelier Cruz-Diez París Francia, produciendo contenidos para publicaciones sobre la obra de Carlos Cruz-Diez y brindando apoyo a curadores, críticos, historiadores, investigadores, estudiantes de arte, galerías y museos, sobre la obra e investigación del artista. Asistente personal de Carlos Cruz-Diez 1999-2019. Realización de la investigación y escritura de la sección técnica del catálogo de la exposición Color in space and time. Cruz-Diez, Museum of fine Artes, Houston, 2011. Editado por Mari Carmen Ramírez and Yale University Press, New Haven and London. Concepto y escritura de Vivir en arte. Recuerdos de lo que me acuerdo. Memorias de Carlos Cruz-Diez. Cruz-Diez Art Foundation Editions, Houston, USA. Concepción y escritura de 10 talleres infantiles sobre la obra e investigación de Cruz-Diez.

Actualmente tiene en desarrollo un blog personal *Cuerdos y Recuerdos*

La cocina de Carmen

El encuentro fortuito con un viejo cuaderno donde mi abuela anotaba algunas de sus recetas, despertó memorias de gustos y lugares que pensaba olvidados. No es que me sorprendieran sus recetas, eran preparaciones tradicionales que no requieren de aparatos ni técnicas sofisticadas. Me sorprendió la frescura de los recuerdos que aún perduran entre los trazos menudos y la evidencia de que ella, como las madres y abuelas de antes, empleaban un lenguaje culinario que se ha ido perdiendo y que era poesía pura.

Las recetas de cocina, como aparecen en los libros, son fórmulas estrictas. El éxito de la tarea pareciera depender del cumplimiento de las directrices. Sin embargo, existen otras recetas menos formales y más emocionales. Me refiero a esas recetas de familia que pasan de madres a hijas envueltas en aromas y recordaciones entrañables.

Carmen, así se llamaba mi abuela, no poseía un extenso repertorio culinario, se especializaba en ciertos platos. Su cocina empezaba en el mercado, en la charla amena y mañanera con sus «marchantes», como ella los llamaba, y en la calidad de los ingredientes. Conocía bien los productos, sus estaciones, y sabía cómo prepararlos de acuerdo con su madurez y frescor. En su fogón nada se perdía, todo se reciclaba. El arroz que sobraba del almuerzo regresaba disfrazado de torticas en la cena. Los restos de asado negro se transformaba en relleno para arepas, empanadas o en su famoso pastel de yuca. Los tomates muy maduros reencarnaban, como por encanto, en mermelada. Y cuando los árboles del corral fructificaban, los cascos de guayaba, el dulce de limón o la jalea de mango encantaban nuestras meriendas.

Recuerdo especialmente su dulce de leche, el quesillo de auyama, la conserva de coco y piña, los suspiros y otras delicias que disfrutaba con mi hermana Lala en los días apacibles de Santagua, un pueblo en algún andurrial de la costa venezolana donde viví parte de la infancia.

Mi abuela nunca estaba apurada. La calma, decía, es el principal ingrediente de un buen plato. En su cocina todo era pulcro y ordenado. Las especias, las mermeladas y ciertos encurtidos, reposaban en frascos etiquetados de su mano. Los potes de barro con hierbas que ella misma procesaba, también guardaban historias de su madre y de su abuela.

Carmen no necesitaba de instrumentos que pesaran volúmenes o midieran líquidos. La mesura de sus manos y la agudeza de sus ojos encerraban las justas proporciones. Mi abuela no necesitaba báscula ni termómetro, esparcía con amor «nubes» de vainilla, «lluvias» de azúcar, «sospechas» de canela, «lágrimas» de agua de azahar, «chispas» de chocolate, «nueces» de mantequilla o «ñinguitas» de nuez moscada. Las pelusas de azafrán iluminaban su arroz con pollo y «rocíos» de sal realzaban suavemente los sabores. El rabo de una cucharilla o la punta de un cuchillo calibraban con inigualable exactitud un «siesnoés» de cúrcuma y su meñique conocía al dedillo las temperaturas adecuadas. El asado negro con una jarrada de vino tinto, puntos de papelón, pellizcos de comino, puñitos de orégano y dedales de pimienta, le quedaba como a nadie. Su ensalada no incluía simplemente aceite, estaba regada con aceeeeeeite.

En el cuaderno de Carmen viven risas y canciones de otro tiempo. En la métrica de sus escritos y en la prosa de sus gestos, recuperé poemas engarzados entre versos de anís y rimas de mermelada de rosas.

La cocina, por su condición, no solo es química. Es alquimia que el amor que mi complicidad con Carmen convertía en comida.

Escribo desde mis recuerdos sobre un tiempo ido que guardo en la memoria como un tesoro. Pero tengo las recetas de Carmen que viven en mi corazón anudadas con aromas de caldos y perfumes de hierba buena.

París, primavera 2021

©Silviana Cruz

Nació en Maracay, Venezuela. Sus poemas han sido publicados en Revistas y Antologías como: *Los Moradores*. Compilación de poesía aragüeña. Imprenta Regional (2012). *Las Chicas van al baile. 40 poetas venezolanas*. Casa del Poeta Peruano. Lima-Perú (2012). Antología de Poesía venezolana *Como una brasa que ha sido encendida*. El Perro y La Rana (2016). Entre sus libros destacan el poemario *Equinoccio de Primavera*. Editorial El Perro y La Rana (2012), y *La Lámpara de los Muertos*, ganador de la IV Bienal Nacional de Poesía Félix Armando Núñez (2015). Aforismos condensados en *Impertinencias Verbales*. Editorial El Perro y La Rana (2017). *Abluciones*. Poesía reunida Fondo editorial del Sur (2020).

Intuición

Razón sentida que nunca miente

debí haberte hecho caso

vocecita inconsciente de las vísceras

ahora escucho con la lengua de la llama

y soy mujer galaxia

pantera galáctica primitiva

constelación del triángulo M-33

número 9 que me habitas

número 9 que me vuelves fluido astral

y a la vez fuerza ígnea, raíz 3 que me contiene

piedra volcánica del cuerpo

También soy el glifo y la obsidiana

Celebro por Andrómeda

que el único cuadrado sea el de Pegaso

conjuro mientras aún llevas el eclipse grabado

en tu ojo derecho

Ya lo sabía

miles de años luz nos distancian

boca del pez, boca del útero

serpiente eléctrica de rayo azul

Ya lo sabía sin saberlo

y tú

una pobre gotera cansada de caer

Ya me vine a casa

me encerré en el búnker

dejé los huesos de la luna

una frazada de flamboyanes en la avenida

y la lasitud de los cactus

mirada de morfina

para aliviar todos los dolores

ya había soñado estos montes

y estos mares arrebatados

ya había cosido los crepúsculos

ya había tejido cada hebra de

las salvajes nubes del paraíso

©Skarlet Boguier

Fotografía: ©Atilio Saavedra

Venezuela (1978). Novelista, cuentista, ilustradora, correctora de estilo. Su obra narrativa ha ganado varios premios nacionales e internacionales. Muestra de su trabajo narrativo ha sido recogido en distintas antologías plurales, como *Antología sin Fin* (Escuela del sur, 2012), *De qué va el cuento* (Alfaguara, 2013). *Nuestros más cercanos parientes* (Editorial Kalathos, España 2016). Autora de la publicación periódica *Verbolatría* reunida en su blog: Sol Linares.

Sol Linares desarrolla el proyecto de viñeta erótica *Una mujer para armar* @unamujerpararmar. Es tallerista permanente de escritura creativa en el taller gráfico *La tetera folk*. Desde el 2019 incursiona en el género de comedia *Stand up Comedy*, haciendo el ridículo en algunos bares de la ciudad para hacer algo que ella ha llamado terapia pública

A Fernanda Sánchez

Sobre el verbo domesticar

I

Sentada en la banca de un parque, frente al juego de *frisbee* que se da entre un hombre y un *border terrier*, Carola entiende cuánto envidia a ese perro. A ese y a casi todos los perros. Es tan tonto sentir celos por un perro, que se ruboriza. Se pone las gafas de sol por si alguien nota en su mirada la dulzura de la envidia, luego retoma la lectura de un libro de John Gray: Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus. Forró ese libro con papel *contac* marrón para que nadie sepa que tiene problemas de pareja.

Carola observa al perro. En verdad quisiera estar en su lugar. No es que quiera tener pulgas, lamerse el culo, perseguir gatos o comer carne cruda. Es que el perro corretea al hombre, lo tumba en el césped y lame su cara. El hombre es feliz. El perro es feliz.

¿Qué quiere Carlota? ¿Ser el perro? ¿Leer? ¿Jugar *frisbee*?

II

Rolando tiene rato despierto. Carlota también. Hace días, cada uno retiró a sus diplomáticos de la embajada de la cama. De la cama y de la casa. No se hablan. La pelea terminó con una maceta astillada en el piso y dos portazos.

La tensión se puede tocar. El silencio huele a orgullo, cansancio y chantaje. Ninguno cede. Tan confiados están en el amor que sienten el uno por el otro, que lo maltratan.

III

Rolando se incorpora, toma una ducha y prepara café. Lleva una taza de café a Carola. Es su forma de decirle que, aunque esté lejos, está con ella. La mujer la recibe; es su forma de ocultar que no quiere la taza de café sino la mano de Rolando, el brazo de Rolando, el cuerpo de Rolando. Ahí, tumbada boca arriba en la cama, es cuando comprende por qué envidia tanto al *border terrier* del parque.

VI

Carola sueña que está en el campo y camina entre un sembradío de flores de manzanillas. Escucha una conversación al pie de un *baobabs*. Son un zorro y un niño rubio con ropa de aviador.

—¿Qué es domesticar? —le pregunta el niño.

—Es una cosa ya olvidada —dice el zorro—. Significa crear vínculos.

—¿Crear vínculos?

—Efectivamente, verás —dice el zorro—. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo...

V

Carlota despierta, mira el techo; lo que envidia no es al perro: es el vínculo entre el hombre y el *border terrier*. Un absoluto. Una veneración tan ordinaria que nadie sospecharía que puede llegar a ser de los amores más puros y totales. «Entre un ser humano y un perro no hay nada confuso. Es un hecho, una ternura definitiva», dice Carlota. Nada lo cambia, es un amor que se da sin estrategias, ninguno mide cuánto da porque no hay temor a ser burlado. Y por supuesto, ni el perro ni el hombre se ignoran entre sí.

Por ejemplo, el hombre del parque jamás castigaría con su silencio al *border terrier* si orina fuera de lugar, ni el *border terrier* maltrataría con la ley del hielo al hombre del parque si cambia su menú. Nadie ha visto a un perro leyendo Los hombres son de Marte y los perros son de Urano; no necesitan libros que los enseñen a comunicarse con su dueño aun cuando el hombre habla y el perro ladra. Tampoco se ha visto a un hombre buscar en Google «cómo recuperar mi relación con mi perro».

Allí, echada boca arriba, Carlota revisa las imágenes con el perro y el hombre, ve que la confianza entre ambos es recíproca, ninguno desconfía del otro ni atenta contra su salud mental, así de perfecto es ese amor. Ninguno es tóxico para el otro. El hombre del parque se deja lamer la cara del perro; el perro se deja lavar los dientes del hombre. No hay asco. No hay

reproche. No existen guerras ni armisticios. No hay ofensas. Ni mala comunicación. Ni el perro deja en visto los mensajes del hombre ni el hombre evita a su perro y entra de incógnito a su Facebook.

«Es que un perro jamás, jamás, podrá fingir que ama. Y un hombre, aunque le haga creer a una mujer que la ama, jamás podrá fingir que ama a su perro», dice para sí.

VI

«Domesticar: la misma cadena que lleva atada el perro en su cuello, es la misma cadena que lleva atada el hombre en su corazón. Ninguno siente vergüenza de estar atado el uno al otro», escribe Carlota en su diario.

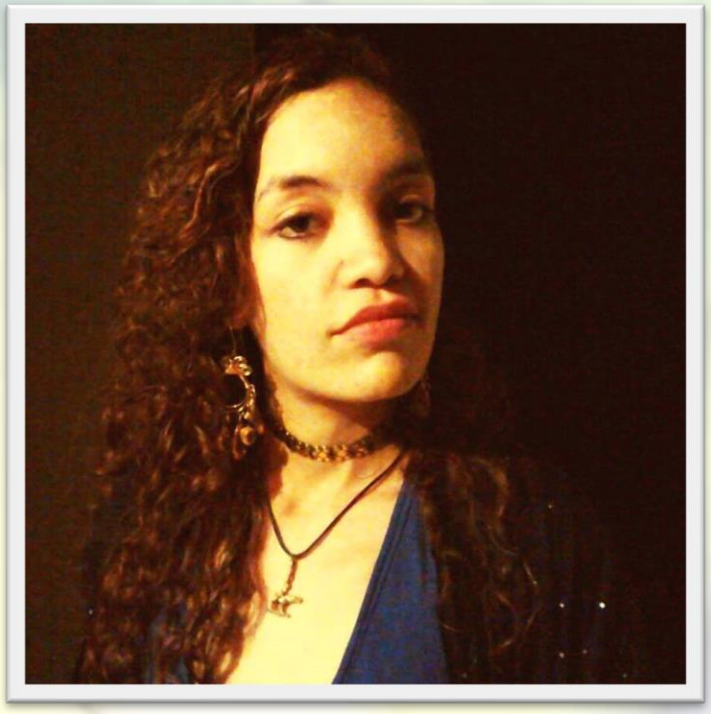
VII

En el sofá, Carlota mordisquea un chocolate y termina de leer Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus. Ahora entiende más todo, pero justo en este instante no sabe cómo dar el primer paso. Alguien abre la puerta de la casa con expresión satisfecha. Es el hombre del parque, Rolando, y su hermoso *border terrier*, Paco. El perro se sube al sofá y juega un poco con Carlota. En cambio, Rolando no sabe qué hacer con la sonrisa que trae del parque y la esconde en una improvisada amargura. Carlota le sirve agua a Paco y le acaricia el lomo. Rolando eructa un «hola» y pasa de largo a la ducha. En ese triángulo amoroso entre Rolando, Carlota y Paco, es el perro quien recibe el amor que la mujer y el hombre todavía no están dispuestos a entregarse.

Nadie ha dejado suficientemente claro con la indiferencia que a una mujer no se le grita y a un hombre no se le avienta una maceta.

Por ahora, Carlota no es más que una mujer, igual a otras cien mil mujeres, y el Rolando es un hombre más, entre cien mil otros semejantes.

©Sol Linares



Yaracuy, Venezuela. Poeta, diseñadora y creadora con publicaciones en poesía, crónica y traducción literaria al inglés. Ha publicado sus textos en el libro de poesía colectiva *Marimón* (Yaracuy) Revista Madriguera (Falcón), y en la antología de poesía digital *Luz de luna* (España). Como traductora al inglés ha publicado tres libros de la poeta Wafi Salih. También cuenta con diversas publicaciones en prensa y medios digitales. Como investigadora, indaga en sus raíces desde las tradiciones orales, cuentos y mitología, con énfasis en el estudio de la mitología de María Lionza como expresión de la madre salvaje en su ancestralidad, por inspiración de sus abuelas contadoras y curanderas. Desde el campo audiovisual, destaca su labor en codirección y guion cinematográfico con el micro documental *Un llamado de María Lionza,* premiado en el festival de cine comunitario de Yaracuy y expuesto en espacios de la universidad del Zulia.

I

La piel de la noche

Ella tocó el borde del infinito con la piel de la noche. Habló con las estrellas desde su lecho de mar. La bendijo la secreta música de las esferas y cantó sus penas al aire.

Luz de luna desnuda, su cuerpo bañado con agua de cayena y lechosa madura.

Ella, la hembra primera, se sentó frente a lo inmanente y escuchó el verbo solaris. Danzó su serpiente con el cuerpo de Él. Y la besó la luz del sol sobre la frente.

Tomó entre sus manos, la mano de Dios.

II

Desvarío de luna llena

A la luz de la luna me encontré taciturna, moribunda a mi sombra. Me habló de la sabiduría del silencio, de la soledad de los escombros, de la belleza sideral de los abismos y de mi terca insistencia en roer los bordes de mis huesos. Me habló de los restos de espanto que aún tengo alojados en resquicios del alma y me mostró con vergüenza, la forma del trazo que me compone.

Entonces me dediqué a husmearla y comencé a vestirla, quería cubrirla, ocultarla. En su silencio, decidí acariciarla, jugar con la forma imberbe de sus caderas, disfrutar de su olor y su gracia.

La muy desgraciada se rio de mi ingenua intolerancia, se quitó los vestidos y me quitó los míos, desafiándome a mirar mi propio abismo inconmensurable, encendido en su mirada.

En tensión honesta, soltamos las guardas y nos reímos como se ríen en coincidencia dos viejas hermanas y decidimos caminar en silencio, como ayer y como siempre al borde del abismo y de frente al sol.

III

Delta

Como preludio de una emoción inesperada, sonaba el incesante goteo haciendo ecos en la gruta. Rodaban las minúsculas gotas sobre el cuerpo silente de aquella mujer que había despertado de su ensueño con una extraña sensación, se sentía imbuida de pronto por el vaivén del fondo del mar. Era como si el ronco sonido de las profundidades se hubiese transformado en una masa densa alrededor de ella, como si el agua la persiguiera en el aire, tocándola con murmullos.

Era como si hubiese formado parte de ese numen, de ese algo, en algún punto desconocido del largo vaivén del tiempo y ahora volviese al origen en un rapto del éter.

Aguzó los oídos para percibir la voz azul que presentía de aquel que, al otro lado, había despertado con la misma sensación de fundirse en el vaho imaginario de la superficie. Aquel hombre, acostumbrado al ritmo del océano, ahora fascinado por un temblor profundo, el olor de la tierra mojada, el eco sideral de las cuevas y las voces de los seres que habitan las montañas.

Sutil sincronía. Bajo la luna blanca, el río y el mar dieron los mismos pasos, del fondo hacia la superficie, alma con alma.

©Soledad Vásquez Armella

Nació en Caracas (1961) Poeta y narradora venezolana de origen judío. Guionista. En 1988 llega por concurso al Taller «El argumento de ficción», de Gabriel García Márquez en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba, donde coescribe guiones para la televisión y el cine. Ha publicado –con éxito de crítica y público– poesía: *Hermana pequeña* (2020), Editorial Eclepsidra. *Bruxa* (2019), Ediciones Kalathos España. *Mary Poppins y otros poemas* (2015), Lugar común Editores. *Poesía Re-unida* (2010), Bid & Co Editores. *Fe de errantes. 17 poetas del mundo* (2006), Otero Ediciones. *La buena hora* (2002), Monte Ávila Editores. *Púrpura* (1998), La Liebre Libre editores. *Toledana* (1992), Monte Ávila Editores.; novela: *La dama oscura* (2014), Editorial Bruguera. *Sábanas negras* (2013), Editorial Bruguera. *Las mujeres de Houdini* (2012), Editorial Bruguera; cuento: *La virgen del baño turco y otros cuentos falaces* (2008), Ediciones B. *Falsas apariencias* (2004), Editorial Alfaguara. Su trabajo –tanto literario como cinematográfico y televisivo– le ha merecido diversos premios y reconocimientos.

Conclusiones

Tal vez sea que ya no hay tregua para las mujeres cadáveres
Deben despertar a diario para las faenas
Maquillarse y usar tacones y engañarse
Como si anduvieran vivas por la ciudad
Se comprometen con labores que detestan,
tan solo para que nadie
sospeche que han muerto
Y se muestran cariñosas con sus hombres
como fantasmas corpóreos
    voraces
    y lúbricos
Hacen el amor con gula ilusoria
Se bambolean
Viven la vida como pueden
Ordenan los armarios
Creen en su Dios a veces
Visitan a sus muertos
–bendita sea su memoria–
Se esconden,
dicen que se van pero solo saben quedarse.
No se dan abasto esas mujeres lánguidas
Que de tanto morirse anhelan
dormir
dormir siempre un poco más,
se cansan tanto
Porque fingir duele menos pero
es fatigoso
mucho más
que zurcir sin prisas
una existencia normal.

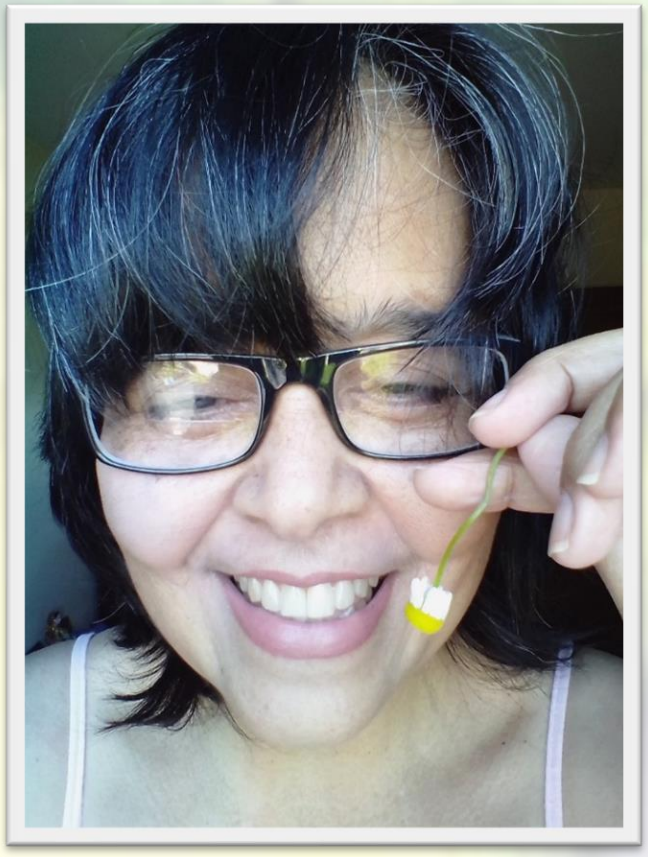
De *Hermana pequeña* (2020). Editorial Eclepsidra.

Purísima
(Kashrut)

Dore la cebolla, avive el sueño
prepare la cena de su hombre hambriento
supure la sangre y remoje la carne
en el agua que limpia la impureza
de los cuerpos rancios y sus moscas
agregue dos flores y sírvase entera
desnuda y sudada
esa cama blanca inocua
toda es sal.

De *La Buena Hora* (2002). Monte Ávila Editores

©Sonia Chocrón



Caracas, Venezuela (1961). Escritora venezolana. Licenciada en Educación, Mención Lengua y Literatura, por la Universidad de Carabobo. Sus textos han sido publicados en revistas y periódicos (físicos y digitales) nacionales e internacionales. Ha publicado los poemarios *Llana palabra* (1993). *Pasollano* (coautoría, 1993). *De humo y sal* (1998). *Tachaduras* (2000). *Tema de miseria* (2002, reedición 2019). *De un patio a otro* (2005). *Tercera Persona* (2008), y *Poemas* (2009). Obtuvo los premios: Primer Premio en Poesía del Ipasme (1992). Primer Premio Poesía Infantil «Rafael Rivero Oramas», que otorga el Ministerio de Educación de Venezuela (1997). Tercer lugar en el Primer Concurso Nacional Interuniversitario de Poesía (1998); Primer Premio del Concurso Interuniversitario de Poesía Cuam (2001), y calificación en el IX Concurso Nacional de Literatura Infantil «Miguel Vicente Patacaliente» de la Fundación Cultural Barinas (2003).

De este lado

la tierra se resquebraja

el agua fractura

en mil

el rostro de la luna

se asoma entre las ramas

un cielo biselado

sostiene mi mirada

prisionera fortuita

de un saber incierto

que acata la vigilia

mientras la luz asegura

toda interrogante.

Luego la tiniebla cubre

lo escaso de mi poder

y sólo soy carne aguijoneada

paquete de contradicciones

hechas dolor.

Es entonces

cuando gime la conciencia

ante la certeza

de que todo

se fragmenta.

Celebro
la pequeñez de los trastes
su desproporción
al latido de la vida
me apego
a la mejor estatura
este quedarme en vilo
por los aconteceres
su carga de visiones
que se ajustan a la bondad
de tiempos gentiles
cuando el límite del júbilo
era marcado por la sonrisa
la piel sabía de tibiezas
y todo
lo que atraviesa la palabra
era dócilmente
propio.

Subo en la confianza
de un clima benigno
una estancia
donde no se confundan los olores
bajo el ahogo
de los indeseados
que a cierta altura
pierden aviesas intenciones
pues el rebaño
se asienta por lo bajo
en la confianza de que el pasto
que abunda en la explanada
no sufrirá verano.
Subo asida entonces
a cada roca que impulse mi deseo
que lacere mis manos
apoye
no menos doloroso mis pies
hasta que perciba
los aromas forjados
en mis convicciones
y así
desatada y hambrienta
me apodere de la cumbre
a bocanadas.

Del poemario inédito *Crónica de andamios*

©Tibisay Vargas Rojas

Nació en Caracas (1967). Bióloga. Doctora en Ciencias Biológicas. Trabajo en el área de la conservación desde que me gradué en la Universidad Simón Bolívar, con miras a ayudar a construir un mundo donde los humanos vivamos un poco más conectados con la casa donde nos encontramos. La poesía y la escritura han sido compañeras fieles desde muy joven. Durante el paso por el Liceo Andrés Bello, la doctora Eleonor Botifoll incentivó mi amor por la literatura, que se ha mantenido vivo desde entonces, con un paso por la universidad que fue acompañado por entrañables profesores. Allí participé en diversos talleres literarios. Eduardo Castellanos, Edda Armas, María Antonieta Flores han sido maestros y mentores en ese camino. Fui miembro del Ojo Errante, un grupo dedicado a la escritura de la poesía y coordinado por Edda Armas. He participado en diversos recitales desde el año 2011 y algunos de mis poemas están en antologías como Jamming 102 Poetas y Poesía en Voz Alta. Viaje Desnudo es mi primer libro de poesía, bajo el sello de Oscar Todtmann editores. Mis textos han aparecido en los portales La Parada Poética, Emma Gunst, El Cautivo, La Maja Desnuda, entre otros.

Hay un lado sembrado
en mi respiración
allí alimenta la herrumbre
de las dagas

goteo metamórfico de
sueños no pronunciados

un espasmo
una letra
caen
dame a beber de tu tregua

Voy quedando
en este gemido.

Hay una estética de las ausencias
de la tuya
tan temida
cincel en mis huesos

Hay unos colores de su paleta
hay una caída en sus pliegues
hay, hay tanto

Tu ausencia comienza a tener la textura de ya-no-más
de la pincelada de mi incipiente restauración

©Tina Oliveira

Nació en El Tigre (1950). Abogada, poeta, traductora. Ha publicado: *Mutación* (1991). *Fugitiva* (1993). *Ejercicios de Amor* (1999). *Nómada de lo Invisible* (2000). *Juegos de Invierno* (2000), y *Diario de Viaje*, Antología Poética (2015). Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía Cartao Alegoria, Brasil (1994). Segundo Premio en el I Concurso Nacional de Poesía «Rafael José Muñoz», Casa de las Letras Andrés Bello, Caracas (2006). Ha sido traducida al inglés, portugués y ruso. Es Miembro Correspondiente de la Academia de Literatura de Moscú.

Cala alcaufar

I

Él se mece avanza
retrocede
enigmático canta

yo lo busqué
quiero
su secreto

no es medir fuerzas
quiero que me enseñe
que abra su boca para mí

flotaré en sus entrañas
ebria de su canto
allí están
el poder
y todas sus aristas

II

porque así conversa Él
entre las rocas
atentamente
escucharé esas voces
hay una fuerza
un prodigio
que oculto
se nos muestra en el tiempo todo
sin que comprendamos
su azul arcano

allí
desnudo
penetrado
por esa invisible solidez
de la cual el ojo que busca
                se percata

©Trina Quiñones

Nació en Caracas (1959). Estudió en la UCAB Comunicación Social, mención audiovisual. Escritora de radio, cine y televisión. Pertenece al grupo La Orilla Negra, capítulo Venezuela. Coguionista de la película *El rumor de las piedras*, de A. Bellame. Ha participado en numerosas series y telenovelas en Venezuela, Perú y USA. Ha publicado: *Es un soplo la vida* (1999). *El delta del amor* (2001). *En el umbral del amanecer y otros relatos* (2001). *Mi mano fue su intimidad* (2003). *Un sueño nada más* (2004). *Linda, eres mimosa…* (2005). *La sangre lavada* (2007). *Es un soplo la vida* (2007). *En septiembre* (2011). *Óyeme con los ojos* (2013). *La trayectoria de las balas* (2017). *La muerte quiere hablar* (2018). *El pulso de la ciudad* (2020). *Mi exilio es tu ausencia* (2020).

Obtuvo el premio, junto a Alejandro Bellame, al mejor guion en el Festival de Cine de Mérida (2011), Venezuela. Película: *El rumor de las piedras*.

A Maky y Carlos, in memoria

Sí vale arrepentirse

Iba y venía a la ventana con un salto en el estómago. Al asomarse hacía un ligero paneo con la mirada y sentía que nada cambiaba, excepto la luz. Al principio un sol esplendoroso que se fue debilitando y luego todo el paisaje se tornó gris. Unos nubarrones, gordos, iban llenando el cielo.

La brisa cobró fuerza y bajó la temperatura. En algún momento pensó en ir a caminar y recordó que no podía, que estaba prohibido. Y con la lluvia que se avecinaba menos posibilidades tenía. Todo quedaba en un simple deseo.

Un rayo abrió el cielo causando una fuerte explosión que se prolongó en ondas, como si aquel grito se fuera alejando. Comenzó un aguacero que no dejaba ver a mucha distancia. Gotas grandes y poderosas, muy unidas, tanto que parecía una cortina.

Cerró la ventana. Se sentó a cierta distancia y vio más rayos bajar a la tierra. ¿Y si alguno alcanza a una persona? ¿Quién va a estar en la calle con este aguacero?

Volteó la mirada después de un largo instante con la mente llena de muchas imágenes y vio el pequeño sobre.

Adentro había un papel, no decía a quién iba dirigido.

«Sabes que te quiero mucho, que no me siento bien y que tu compañía me reconforta. Que no hemos terminado de hablar de la casa de abuelita, no me has dicho los misterios y los detalles de las reacciones de muchas personas a las que perdimos. No terminaste de contarme la razón de los distanciamientos entre ciertos familiares, tampoco el misterio de aquel espíritu que caminaba a su antojo por habitaciones, patios, corredores… Tenemos que vernos de nuevo, no es buena tanta distancia».

Y ese sobrecito, con esa nota, con esas palabras, te arrancó mil lágrimas, te dejaron con la punzada del dolor que hace la pregunta ¿por qué no se lo entregué? ¿Por qué no se lo dije?, se preguntó.

Nunca es suficiente cuando se quiere a alguien. Tuve que haberle dicho, darle un abrazo. Y no. No lo hizo, por lo que dentro de sí caía el mismo aguacero que anegaba a la ciudad, que dejaba fuera de la vista todo, que borraba vidas.

Esa parte de la vida que desdibuja existencias. Esa parte de la existencia que borra gestos, risas, miradas. Esa calamidad, que es mundial y que se lleva a una imagen, que entre el cauce que forma, así como lo hace la lluvia, caudales cerca de las calzadas, y en uno de esos torrentes la mano de una muñeca sobresale, como si un niño pidiera auxilio. Y sabe que hay miles de manos que intenta salir de la fuerza del río y no pueden.

No le dejó el papelito, no hizo la llamada, no le habló de la importancia que tenía en su vida. Y la calamidad abrió sus fauces y se tragó todo.

Entonces lo que le rodeaba se puso oscuro, tanto como la tormenta que se había llevado a la luz, que solo encendía tu espacio con un rayo estruendoso.

Entonces lo que podría ser alivio era drenar el dolor y quedar con un cansancio que no le deja respirar.

No sirve de nada el arrepentimiento. Ya no estás. Sabe que le correspondía marcharse primero. Algún día lo hará. ¿Adónde? No lo se sabe. ¿Y el virus? Quién sabe.

Cerró los ojos. El corazón le latió muy fuerte.

©Valentina Saa Carbonell

Nació en Caracas (1977). Licenciada en Educación, mención Educación Integral, Diplomados de Escritura Creativa y Competencias Especializadas en la Escritura, por la Universidad Metropolitana. Especialización en la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera en el Instituto Lacunza International House, San Sebastián y Universitat Autónoma de Barcelona. Cofundadora, cantante principal y compositora del grupo infantil Kaki (2002), con los trabajos discográficos No me gustan los lunes (2003) y Rompekabezas (2007). Ha cursado talleres de poesía con los poetas Armando Rojas Guardia, Cinzia Ricciuti, Eleonora Requena y Miguel Marcotrillano. Finalista del Concurso Internacional de Poesía Luis Alberto Ambroggio, 3ra. edición (2020). Vive en Carolina del Norte desde el año 2015. Actualmente se dedica a la enseñanza del español y apreciación artística en distintos niveles de educación básica y secundaria. Algunos de sus poemas han sido publicados en la antología *102 Poetas Jamming* (Venezuela, 2014) y en el libro digital: *Pasajeras, Antología del cautiverio*, publicado por la editorial Lector Cómplice (Venezuela, 2020). Tiene dos poemarios inéditos que desea publicar.

Pamplemousse

Si te das cuenta de algo,
esto te lleva a
darte cuenta
de más
y más.

Mary Oliver

El aroma de la toronja
se ensortija en mi nariz

su juego evoca la casa ausente
su trinidad
cítrica
amarga
dulce

me es familiar con el viaje

Llega el instante:
temo cortarla
aunque intuyo el gran atardecer de su interior
el mismo que Rothko derritió en un lienzo
ante la ausencia del mundo

Ella, mi luna rebelde de Marte
mi provocación de las 6:00 am
mi regreso al crepúsculo.

Loop

Asfalto
                te miro
collage nebuloso
                la acidez de los hombres
desgasta el sueño interrumpido
                el rapto de la piedra hacia un limbo
la hoja quemada se despide del color
                color
que nunca pudiste elegir

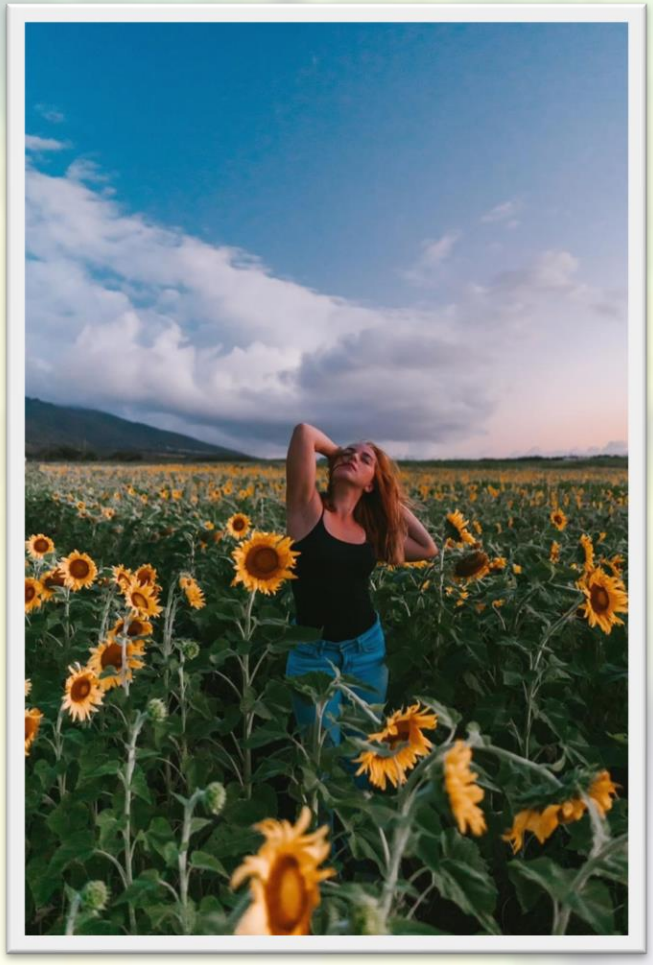
el pájaro te toca y se aleja
los niños rebotan pelotas,
                ingenuas bofetadas
que intentan despertarte

veo mi reflejo
mi andar de loca
necesita un refugio

anda

esperemos la lluvia juntos.

©Valeria Rodríguez



Vanessa Arias Ruiz (Caracas, Venezuela, 1993) es artista y escritora. Ha vivido en Florida, New Jersey y actualmente reside en Hawái. Con un diploma en relaciones internacionales por la Universidad Santa María (Caracas), y formación como fotógrafo en Roberto Mata School of Photography (Miami). Compone su narrativa visual y literaria destacando el rol humano dentro de la sociedad del siglo XXI y su vínculo con la expresión del pensamiento. Actualmente trabaja en una serie fotográfica de desnudos -Bare Idea- y en su primer libro de ficción.

La mesa

Mesa de la cocina

Mi hermana y yo nos guiñamos el ojo. Sabemos exactamente lo que eso significa. Mamá nos ha descuidado un momento mientras sacude el polvo de los portarretratos de la sala con un plumero de arcoíris. Son muchos. Nuestra mesa es en realidad una media mesa que está sostenida a la pared y es lo suficientemente chica como para que mi hermana y yo nos contemos secretos sin que nadie nos escuche. Agarro la primera servilleta, la utilizo como pala y escondo todo el arroz del almuerzo. Mi hermana hace lo mismo y nos apuramos a llevarlo a la basura caminando de puntillas. Arriba de todo, un torpe intento de ocultar las evidencias de mamá; lo bautizamos «operación servilleta».

Mesa del patio

—¡Se va a enfriar! —grita mi abuela desde el piso de abajo, mientras todos dejamos caer los controles del Nintendo 64 y uno de mis primos se enreda con el cable de la consola. A veces mi hermana, que es la más pequeña de las primas, no nota que juega con el cable desconectado. Bajamos las escaleras del recibo del abuelo lleno de libros, figuras de cerámica de gente vieja montando bicicleta o alguna bailarina de ballet atrapada en una botella de licor. Siempre nos dio miedo, así que las bajamos corriendo a toda velocidad, aunque sepamos que el abuelo después nos regaña. Nos sentamos en la mesa redonda de madera que da al patio y de vez en cuando escuchamos algún:

—¡Niñitos, bajen la voz!

Hablamos de la baba verde de los premios Nickelodeon, de intercambiar barajitas para el mundial de fútbol, de nueva música en nuestros *discmans* y del topetazo que se había dado un niño del colegio de mi prima jugando a desmayarse. Mientras tanto, miramos quién mantiene el líquido del refresco en el pitillo por más tiempo.

Mesa de playa

Son los carnavales y mi primo mayor ya no quiere sentarse en nuestra mesa. Mi tío lo dejó traer a su novia a la casa de la playa y, si me mezo lo suficientemente fuerte en la hamaca,

puedo verlo en el pasillo besuqueándose con ella. Papá y mi tío cocinan parrilla a la leña, mientras el resto de los primos contamos leyendas de miedo como El Silbón y La Llorona, sentados alrededor del mesón alargado de bancos corridos de madera. Yo decido quedarme en la hamaca, porque se ve mejor la luna. Desde la mesa, la obstruye el muro que da hacia la casa del vecino. Antes no estaba. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido decorar el borde con un montón de botellas de colores rotas.

Mesa de comedor

La mesa es un desastre. Faltan dos horas para la media noche y todos corren en pijamas. Mi tía espera para sacar la torta del horno, mientras mi abuela termina la ensalada de gallina. El mantel está lleno de onoto, chocolate derretido y vino tinto. Pero de algún modo, los Ruiz siempre se las arreglan para hacer lucir la mesa perfecta, en cinco minutos, justo antes de comer. Ya es nochebuena en New Jersey y brindamos con algunos de mis primos por Skype. Mi hermana y yo nos alisamos el pelo y nos tomamos fotos en el espejo del baño. Quiero ir a la fiesta de un amigo después de las 12:00, pero mamá dice que la Navidad es para pasarla en familia, que en diciembre todo el mundo maneja borracho. Mi abuelo normalmente nos deja hacer cosas que a mamá no dejaba. Pero hoy no se siente bien. Tiene un poco de dolor en las caderas y baja sólo un poco antes de sentarnos a cenar.

Mesa del garaje

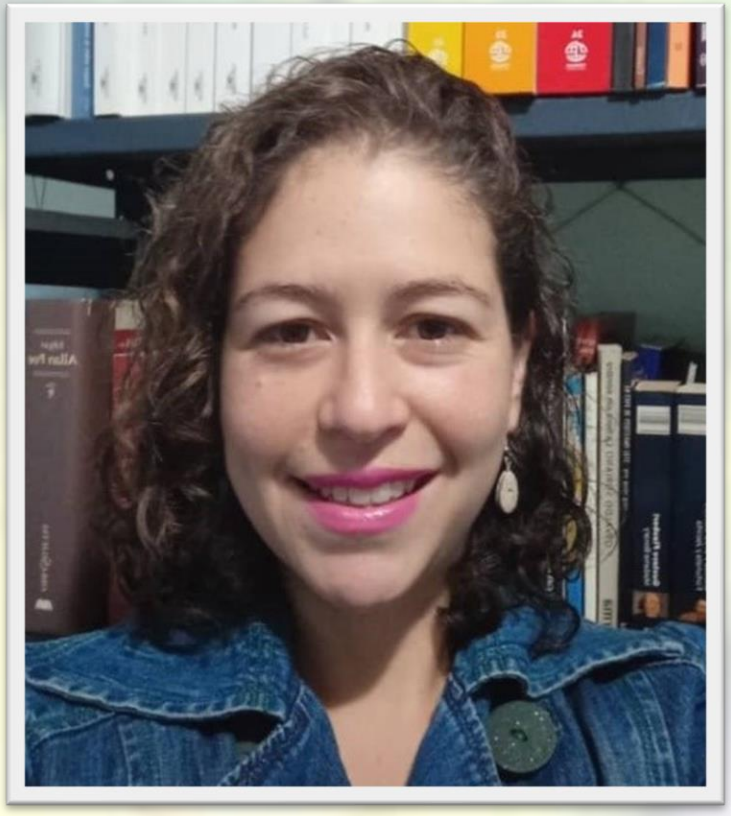
Mi mamá cocinó una *lasagna*. Mis primos no han podido venir. Mi tía busca la cámara para hacerme unas fotos con la toga y el birrete, me agacho al lado de mi abuelo para estar a la altura de la silla de ruedas. Mis tíos ayudaron a alzarlo para que almorzara con nosotros. La pasta es su comida favorita. Muchos ya han salido de Venezuela, así que esta vez cabemos todos en la misma mesa.

Mesa de Miami

Ninguno de mis muebles combina. Abro un atún en lata y añado algunos vegetales para la cena. Rara vez me da tiempo de sentarme en la mesa, mis días duran doce horas y casi siempre

desayuno en el carro camino al trabajo. Solo tengo treinta minutos de almuerzo, pero me alcanzan para un sándwich y para llamar a mamá. Para la cena, abro la mesa de *Walmart* plegable que me regaló una de mis primas en Miami. No la veía desde hace al menos cinco años, pero se aseguró de visitarme y regalarme algunos utensilios de cocina. Mi abuelo fue como su papá y creo que él se hubiera alegrado de saber que seguimos en contacto. Es un apartamento estudio, así que tengo que plegar la mesa una y otra vez luego de cada cena.

©Vanessa Arias Ruiz



Nació en Mérida, Venezuela (1985). Lectora, poeta, Licenciada en Letras Mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana. Magister en Literatura Iberoamericana por la Universidad de Los Andes. Ganó el 1er Premio de Poesía en el XVIII Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía de DAES (2006), con el poemario *Vértigo* y escepticismo. Colaboradora en la Red de Escritores de Venezuela. Ha publicado una selección poética en la III Antología de Poesía Entre Eros y Tánatos (2006). Creadora y promotora de Lectura en Voz Alta. Ha publicado el poemario *Memorias de Oscuridad* (2018). *Carta para mí Abella*, *Justfiction* (2020). *Solo en la encrucijada soy un centro* (Compiladora). Libro Taller, Fundación Editorial El perro y la rana, imprenta regional Mérida, digital (2020). Obra inédita: *Tumores del tiempo* (2005).

Octubre 5

Vuelo del Colibrí

El octubre que faltaba ha llegado entre luces de farol y tormentas de granizo. El sinsabor de algunos frutos aún verdes se combina con el néctar de la alegría por la esperanza de vida y la pena por la muerte.

¡Tanta paradoja!

¡Tanto pedir el alivio para el cuerpo!, mientras el alma solo esperaba, con mucha fe y resignación, el momento de la misericordia como una flama pequeña y viva que lucha contra el viento.

Cuántas luces ofrendadas al Jesús de la buena esperanza, hasta que finalmente decidió abrir la jaula para liberar al colibrí. Ayer por la tarde se fue, aleteando millones de veces sus pequeñas alas.

Hasta hoy lo supe y te lo cuento por el especial afecto y la importancia que tuvo aquella vida antes del encierro.

Ocupa mi mente esa imagen de las chupitas grises, pequeñas, rápidas, con su pico de aguja entre las matas y los helechos de los corredores, libando el dulce sabor de la vida en flor.

Así es como quiero recordar a María José, a la mayor de las niñas del cerrito, como un colibrí que va buscando entre los colores de las hojas los más bellos tonos para ponerle a los ojos de los santos hechos de barro, de arcilla.

Los santos que pintaron las manos de nuestra María José. Las manos tostadas por tanta leña de fogón, por el kerosene de las hornillas, por la ropa lavada y planchada para las niñas de las casas de abajo.

Las manos de María José, que pilaron maíz, que criaron pollitos, que siempre ocultaron el dolor y el miedo, y levantaron con lucha amorosa la vida de la Benita, la otra niña de la buena esperanza.

Allá quedó, bajo esa tierra que es solo tierra, cada vez más distante y desolada. Allá quedó nuestra María José que antes de irse me regaló una sonrisa cómplice de bendición y reconocimiento.

Aquí queda resguardada en el corazón de la memoria que nos alimenta.

Ahora tú, colibrí de Abeillé ya tienes otra compañía para ir a libar en los prados siderales; por eso acuérdate de silbarle de cuando en cuando una oración de aliento a la Benita, que tan sola se queda, que tan sola llora.

Vuelen colibríes hacia la libertad del alma, vuelen al sur, al norte, vuelen sobre las estrellas como si fueran árboles y flores. Vuelen con esperanza.

Digamos adiós, digamos amén.

Me despido

En esta nuestra íntima morada de ausencia, te abrazo.

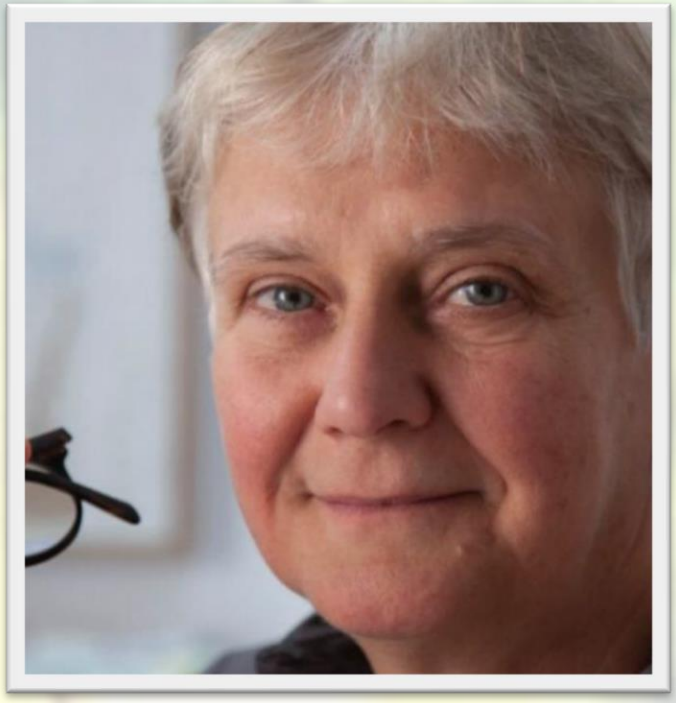
Te amo *ad infinitum*.

«Recuérdame, aunque yo algún día también te olvide».

Yo

Selección: del texto Cartas para mí Abella (2020).

©Vanessa Alejandra Márquez Vargas



Fotografía: ©Ángela Bonadies

Nació en Caracas (1957). Poeta y traductora. Licenciada en Letras. Licenciada en literatura alemana. Docente universitaria en Venezuela. Investigadora invitada en las universidades de Indiana, Bloomington, IN, EEUU, y de Viena. Editora de diversas revistas y editoriales en Venezuela. Fue directora fundadora del servicio de distribución de libros venezolanos Collibri. Editó el sitio www.laletra.info, página dedicada a traducciones de literatura venezolana. Entre sus publicaciones se encuentran los ensayos sobre la literatura venezolana El relato imposible (1991) e historia y teoría de la traducción literaria (Metáforas y traducción o traducción como metáfora. Algunas metáforas de la teoría de la traducción literaria, 2004). Los poemarios *El arte de la pérdida* (1991). *El largo viaje a casa* (1994). *La versión de Ismena* (2000). Sobre traducciones. *Poemas* 2000-2008 (2010). Recientemente publicó el poemario De la metáfora, bajo el sello de la editorial Visor Libros, en conjunto con la Fundación Para la Cultura Urbana. Verónica Jaffé realiza exposiciones de obras plásticas creadas con cartón o lienzo de poemas presentados como «traducciones» visuales.

Cántaros

Si en la contemplación del camino andado
te persiguen los cántaros o vasijas
que sabes rotos y vertido todo
el ancestral contenido,

no llores.
El cartujo borrador, el
país perdido, los revela
corotos, cacharros, cachirulos.

Contempla el cielo, el río,
limpia tu mirada,
tu esperanza,
tu poesía.

Inédito (2018).

Morrocoy

Ya sé.

No un bosque blanco nevado
congelado en estalagmitas,

no blanqueado cadáver coralino
No.

Más bien bosque en blanco
como mentes aterradas

bosque ciego, grumo de sal
o de espanto,

y entonces pardas figuras

de añejas infancias

al paso del morrocoy
de la abuela.

Y palabras, a duras penas,
y blancos propósitos de nada,

deambulares por casa,
versiculares,

¿Ya no?
¿aún hay algo que decir?

No sé.

Inédito (2019).

©Verónica Jaffé

Nació en Caracas (1962). Poeta venezolana. Educadora con estudios en psicología y psicoanálisis. Es miembro de la Asociación de Escritores de Lengua Castellana de Israel (Aielc) y del círculo de escritores de Venezuela. Participó en el taller de poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg, 2001-2002) dictado por la poeta María Antonieta Flores. Realizó estudios de especialización de escritura en el Instituto de Escritura Creativa (Icrea) en 2002 y 2003. Poemas suyos acompañaron el trabajo de J. J. Castro en la exposición Apuntes para una retrospectiva 1954-2003, realizada en el Hotel Tamanaco Intercontinental de Caracas (Mes de la Fotografía, 2004). Ha publicado el poemario *Entretejido* (Editorial Eclepsidra, 2007). Muestras de su obra poética han aparecido en varias revistas venezolanas e internacionales y ha participado en varias lecturas de poesía. En 2015 publicó *La memoria de los trenes* (Eclepsidra) y la segunda edición de *Entretejido* (Ediciones Grupo Tei). Sus libros se encuentran en las casas sefarad de España. Su nuevo libro llamado *Mi libro de vida*. Un espacio para cada Historia. (Ediciones Grupo Tei) se encuentra actualmente impreso en la ciudad de Panamá, en Caracas y Miami.

Del abandono

Advierte el destierro

el cielo
es su sustento

no teme al árbol
ni a la llovizna del río

deja en la vereda su esencia
la barca que nos lleva.

En la tierra
hay que tejer nuestro abandono.

De *La memoria de los trenes*.

*** De la sinagoga**

En la baranda donde apoyaba la mirada
en vitrales azules
tiendo el mantel
doy paso al vino
y al vestido de pascua que sujetaba mi cuerpo.

No se logra salir ilesos del cofre olvidado
que guarda la memoria
y espera el retorno que nos salve.

****

A la orilla y cubierta de noches
agradecí el éxodo
y todos los silencios sembrados
en cada estación
donde el tren no se detuvo
para poder continuar
en el vagido de los rieles
y salvar su memoria cada amanecer.

De *La memoria de los trenes*.

©Victoria Benarroch

Fotografía: Federico Prieto

Venezolana nacida en Rímini (Italia, 1940). Su familia se traslada a Venezuela en 1946. Licenciatura en Filosofía, Universidad Central de Venezuela (1962). Investigadora del Instituto de Filosofía de la UCV. Profesora de filosofía contemporánea Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Cursos y seminarios de Estética, Teorías y Estructuras Dramáticas en las Escuela de Arte UCV. Publicaciones.: *El desolvido* (Ediciones Bárbara 1970; Mondadori 2006). *La noche llama a la noche* (Monte Ávila, 1985; Mondadori 2008)). *Baudelaire, Poesía y Modernidad* (Premio Municipal de Ensayo, 1984). *El lugar del escritor* (Alter Ego, Caracas 1992; Siglo XXI, México 1993, Ediciones Otero, 2010). *Cabo de vida* (Planeta, 1994; El Estilete, 2017). *Historias de la marcha a pie* (Oscar Todtmann Editores, 1997; El otro, el mismo, 2005). (Premio Municipal de Novela, Finalista del Premio Rómulo Gallegos 1999). *Lluvia* (Óscar Todtmann, 2002; Candaya, 2006). *Pedir demasiado* (Bigotecca, 2004). *Paleografías* (Alfaguara, 2010). *Diarios 1988-1989; la Insubordinación de los Márgenes* (El estilete, 2016). *Vamos, venimos* (Editorial Planeta, Bogotá, 2019).

Doctorado Honoris Causa en Letras por la Universidad de Los Andes (2012).

Volver a empezar

Hace unos dos años y medio empecé a escribir otra novela. Escribir, qué mejor, respondía Beckett cuando ya viejo le preguntaban qué estaba haciendo. Sin duda, ¿qué mejor en una situación como esta por todos archireconocida?, no es necesario decir más. Durante el tiempo fuerte, largo, exigente del cautiverio contra voluntad, escribí, escribí, escribí, leí, volví a leer, seguí y espero seguir haciéndolo. Son dos cosas que siempre van, han ido e irán juntas, ambas constituyen la experiencia, si se quiere, el oficio adquirido, esforzado de la escritura. Escribir, leer es sobrevivir, por lo cual escribir a voluntad en estas circunstancias pasa a ser un ceremonial de sobrevivencia, una auténtica dádiva.

Así, una mañana de hace algo más de dos años empecé a escribir sin un rumbo preciso o una propuesta deliberada, como siempre, abandonándome a la improvisación, diría mejor a los imprevistos, después o casi simultáneamente vendría el momento de ajustar el estilo y la estructura, estos sí esforzados y buscados a conciencia, aunque no siempre logrados. Y entonces, ¿Qué iba saliendo? Recuerdos, episodios, meditaciones, olvidos que procuraba recuperar, incluso recrear… brumas, vahos, nieblas que trataba de despejar…Después de unas treinta páginas, escritas, rescritas, versión tras versión, sentí que había llegado el momento de ponerles un título. Los títulos, eso lo saben todos los escritores, pueden ser provisionales, pero aun así ayudan a avanzar: todo el arte de narrar consiste en aprender a avanzar. Parece fácil, pero no lo es. Bien, el título me llegó: Un grano de polvo se levanta. ¿Será el definitivo? No lo sé. Por el momento me sirve.

En este caso se trata de exhumar recuerdos personales, recuerdos de infancia, los padres, los hermanos, el entorno, reminiscencias que van más allá y más atrás de la propia infancia, al mundo de ayer, para emplear una expresión de Stephen Zweig, al mundo de ayer y antes de ayer, de ahí los granos, ahora en plural, de polvo que se levantan. Pronto me vino a la memoria Crónica personal, de Joseph Conrad escrita en 1902, a petición de Ford Madox Ford. Conrad se propone seguir su recorrido vital, se retrata, se recrea más como hombre que como novelista. Aunque a mi entender hay momentos en que ellos se solapan a través de la figura admirada del padre, personificado en su vocación inquebrantable de escritor, al igual que a una edad adulta llegará su hijo a entregarse a la literatura por vocación y decisión. El hombre y el escritor se encuentran a través de la prosa, una gran prosa de escritor, cargada de reminiscencias, imágenes, del poder efectivo de la palabra. Tanto que dos de los posibles títulos

en que pensó Conrad para ese escrito autobiográfico fue La vida y el arte o Las páginas y los años, títulos tienen que ver no solo con el hombre sino con el prolífico escritor que llenaría páginas y páginas.

Un escritor cuando va a escribir sobre su vida está obligado a hacer una elección. Puede hacerlo adoptando el tono íntimo, privado, sincero, independientemente de cuánto de ficción puede haber en la brecha a corazón abierto, iniciado por Las confesiones de Rousseau, que abre el romanticismo, o adoptar el estilo no confesional, predominante, si bien a ratos, solo a ratos y en dosis bien administradas se enriquece, desde el punto de vista emocional y afectivo, empleado por Conrad en Crónica personal. O puede inclinarse por la novela de la escritura y la relación entre el héroe, el protagonista, y el narrador, entre la vida y la obra, como En busca del tiempo perdido de Proust.

Mis libros parten de una idea, una situación, una escena, unos personajes todavía en sombras, diálogos que se entrecruzan. Así, a partir de las primeras cuartillas, las más difíciles, las más trabajadas, escritas línea a línea, párrafo a párrafo, voy adelantando trabajosamente, quitar un adjetivo, un adverbio. Tom decisiones sobre los tiempos verbales, los pronombres personales… hasta que esas pocas cartillas empiezan a andar su camino y no pocas veces, sus venturosos, por insospechados, desvíos.

Dicho esto, es obvio que mi talante narrativo es moroso. Que mi prosa es reflexiva, cavilosa, como siempre han apuntado lectores y críticos. ¿Mis novelas son realistas, son de ficción, son imaginativas? No son de ficción en sentido lato, el término ficción siempre me echa para atrás, tampoco son especialmente imaginativas: son reales, hijas de la experiencia y de algunas verdades.

En última instancia todas las novelas surgen de un pacto con la realidad y de una necesidad de representar la vida como cosa real, pero a cada escritor su modo de construir ese pacto de representación: in media res, desde cierta distancia, desde arriba, desde bien adentro, es decir, desde la interioridad, en voz baja.

Leyéndome de atrás hacia adelante, creo que es a partir de mi segunda novela La noche llama a la noche y de la tercera Cabo de vida cuando, después de muchos y variados ejercicios de libertad para decir y sentir, pronto abandonados, pero nunca perdidos para el oficio, fui adquiriendo una voz más propia. En los años de 1988-1989 llevé un diario, 28 años después en vísperas de su publicación lo subtitulé La insubordinación de los márgenes. Pienso que me refería a todo lo que, desde los diarios, con sus rememoraciones, sus aconteceres del día, sus

citas, sus lecturas, sus actos de fe, sus devociones, sus dudas, sus ansiedades, sin descontar tristezas y quejumbres, me compelía a invadir, entrar a saco en los espacios vacíos, los márgenes de las páginas en los que, cerca de traspasar la línea de sombra, aspiraba incursionar. De la inmersión en esos diarios, que fueron para mí una suerte de punto de quiebre, como si se dijera un antes y un después, nacieron El lugar del escritor, Lluvia, con sus relatoras diaristas, Pedir demasiado, y entre medio, el soltar las amarras de ese destino largo de recorrer, las Historias de la marcha a pie, más tarde, Paleografías y más recientemente Vamos, venimos.

Ahora cabalgo hacia la meta sobre *Un grano de polvo se levanta*.

©Victoria de Stefano

Nació Maracay, Venezuela (1996). Sin ningún tipo de influencia literaria en su entorno, a los diez años se encontró con la escritura y la lectura. Es estudiante de ingeniería agrónoma en la UCV. Escribe poesía y narrativa, tiene dos poemarios inéditos. Ha experimentado con la poesía dub y con el performance poético como manera de llevar la poesía a otros espacios. Ha participado en diversos talleres literarios, en dos ediciones del campamento nacional de letras dormidas (como tallerista de poesía dub) así como en encuentros de poesía, también promocionando de eventos culturales en la UCV Maracay con la agrupación cultural Cine Club de Agronomía. En el 2020 coordino un club de lectura digital llamado Lectopandemia y quedó como finalista en la 8va. Edición del Concurso de Microcuentos #C280.

Instagram @jacaranda.moon
Facebook: Jacaranda Poesía

Extraño las espinas que desinflan mi aire
solo viene el aullido hacia la luna
te vuelves lleno
ya no menguante ni creciente
me recuerdas que cambio cada mes
donde lanzas alaridos
tratas de atrapar el infinito con tu voz
soy seda y me oculto en otras pieles
desvistes mis máscaras de cualquier pretensión
reconoces que soy sábila y también lava
erupción como un volcán sin fin
no huyes del eclipse
te dejas quemar las manos.

Sabías del terremoto primero
hoy son tus cadenas de agua y fuego
ebulles besos como un rito
soy atea de las costumbres
me doblegas al silencio de palabras
buscamos la gloria divina
encontramos un espejismo que nos revela
a las cintas aún les falta el negativo
el hallazgo es descifrarlas contigo.

***

Por su timidez no sabía hablar en voz alta, así que empezó por pensar en voz alta, pero nadie pudo reconocer de dónde venía ese sonido.

***

Para ella que solía ver el mundo a través de una burbuja, el jabón era una cárcel.

***

Después de cada discusión reía, bailaba y cantaba. Su esposo decía:
—La única explicación es que tiene otra pareja.

***

Resiliencia: tatuaré mis sueños en mis pechos para que cada vez que baje la cabeza, la tribulación me recuerde por qué lucho.

***

Inspiración: cada vez que me voy a comer un mango tengo la misma sensación de cuando voy a escribir un poema, una mezcla de miedo a ensuciarme con emoción por el sabor, incomodidad por los pelos e insaciabilidad.

***

Precariedad: con la vida tan cara ahora evito el derroche, si sé que voy a verte prefiero no usar labial.

***

Epifanía: nos acostumbramos tanto a soñar que ahora sentir nuestras pieles juntas es irreal.

***

Catástrofe: el derrumbe de los cercos que resguardan las paredes que rodean el castillo que cuida al dragón que custodia la torre donde se haya la cama debajo de la cual se encuentra un cofre que protege mi corazón de los besos que lanzas al aire.

***

Del poemario inédito: *Diccionario de carne y besos*.

©Victoria Monsalve

Venezuela (1982). Licenciada en Educación Mención Artes Plásticas. Ha publicado *Transeúnte* (2005). *Los Difuntos* (2010), editorial Fundarte, galardonado con la Mención Honorífica del Premio Nacional Estefanía Mosca. *La Luna es mi pueblo* (2012) editorial El Perro y la Rana. *Luto de los Árboles* (2021). Actualmente coordina la Plataforma del Libro del Ministerio de la Cultura en su ciudad natal. En el 2011 recibió el Premio Historia de mi Calle de la Fundación La Letra Voladora. Sus poemas han sido publicados en portales y revistas nacionales e internacionales como: Mentekupa, Revista Poesía, Diario Astorga, LinoTipia entre otros.

Mi casa se la llevó un ventarrón hacia la noche

Mi casa se la llevó un ventarrón hacia la noche.

En el viento,

la vimos volar con los restos de nuestras gavetas.

Iban las actas de nacimiento, las boletas de la escuela, los certificados, diplomas, constancias.

A nuestras gavetas las fue devorando el comején.

Las patas de aquel escaparate

estaban sostenidas sobre las delgadas

paredes de la polilla.

A nosotros se nos fue cayendo todo.

Se nos vino el espejo en dos mitades

y más nadie volvió a mirarse detrás de la cortina.

Nació en Caracas (1959). Profesora universitaria, ha publicado varios libros sobre teoría de la minificción. Su literatura mínima ha aparecido en las antologías: *La minificción en la voz de sus autoras y autores* (Córdoba, 2021). *Micronesia* (Lima, 2021). *Esas que también soy yo* (Madrid, 2019). *Resonancias* (Puebla, 2019). *Cortocircuito* (Puebla, 2018). *Antología iberoamericana de microcuento* (Santa Cruz de la Sierra, 2017). *69. Antología de microrrelatos eróticos* (Lima, 2016). *Vamos al circo* (Puebla, 2016). *Cuaderno Laprida* (Tucumán, 2016), y *Cien mujeres contra la violencia de género* (Caracas, 2015).

Escalera del sur

Chakana, pusi chakani y también cruz del sur.
Los opuestos y la totalidad. Suma de los dioses y la única tierra. La mujer y la luna, el hombre y el sol. Es día y noche, pero también todas las estaciones. Es lucero del alba («préstame tu claridad, para seguirle los pasos a mi amante que se va») y estrella de la tarde. Venus siempre allí, al abrir los ojos y al cerrarlos.
Equinoccios y solsticios. Este y oeste, quizás también norte y sur. Llanos, montes, animales y agua. El rayo, la nube, el arcoíris y la lluvia.
Chiquita, la más pequeña de las 88. Entre Alfa y Beta Centauro se encuentra el camino a América y el destino de la nave nodriza. El gran viaje y el larguísimo.
Retrato de Viracocha y estrella de Belén, Afrodita entre las Pléyades. Ñandú,
emú y pósum –el dulce marsupial–, ancla, pez y pato, raya y choza que alberga.
Es escalera que sube al cielo, pasa por la tierra y baja a las profundidades. En medio, el círculo. El todo y la nada. El mundo, la literatura.

Vida brumosa

A pesar de sus esfuerzos, Edward Bouverie Pusey dejó un legado fantasmal.
Todos los hados le eran propicios. Hijo de un vizconde, estudió en Eton, Oxford y Gotinga. Sus conocimientos y virtudes lo llevaron a ser Regius Proffesor of Hebrew en Oxford por más de cincuenta años y además canónigo. Estuvo entre los fundadores del Movimiento de Oxford o Tractariano. Publicó varios libros sobre teología. Vivió 82 años, tuvo esposa e hijos.
Pero la única razón por la que sabemos de él es porque su discípulo Charles Lutwidge Dobson publicó un libro bajo el seudónimo de Lewis Carroll en el que llama Cheshire Puss a un ambiguo personaje que aparece y desaparece.
De manera que todos los libros, años de trabajo y hechos de Bouverie Pusey se esfuman como el gato de Cheshire y solo queda la sonrisa de Carroll, quien no sabemos si le hizo un honor o una maldad.

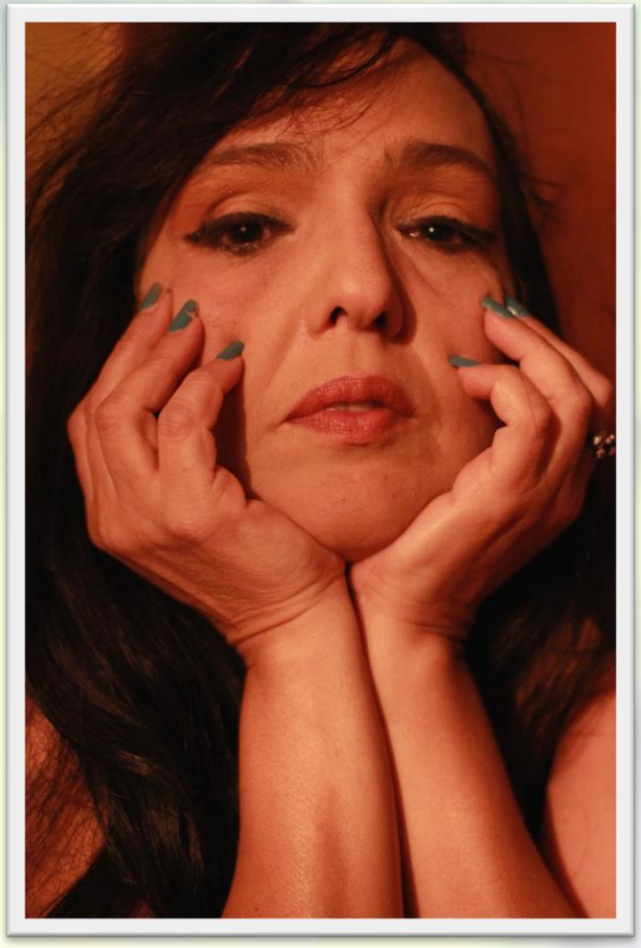
Maximiliana

Dice Montaigne que el emperador Maximiliano I de Habsburgo, Archiduque de Austria y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico era un hombre de gran belleza. Pero también cuenta que era de una pudicia extrema: no permitió nunca que nadie lo viera desnudo, ni su ayuda de cámara, ni sus esposas, ni siquiera su médico. A diferencia de otros hombres, dice, se escondía como una doncella para orinar.

En realidad, Maximiliano era efectivamente una doncella que tuvo que ocultar su condición para llegar a hacerse con el Imperio, dominar media Europa y extender la influencia de los Habsburgo por siglos. Para evitar que se descubriera su secreto, logró que le atribuyeran la paternidad de dieciséis hijos. Los que tuvo con la Duquesa de Borgoña no fueron un problema porque ella era igualmente ambiciosa, para los ilegítimos usó un complicado método de alianzas y concesiones.

El costo de dejar de ser Maximiliana y permanecer doncella, le hizo pasar la vida bajo el sol negro de la melancolía. Planificó un elaborado y morboso funeral, pidió que su cadáver nunca fuera descubierto, pero sí latigado, cubierto en cal viva y cenizas, que le quitaran los dientes y le cortaran el pelo y que sus despojos fueran expuestos para demostrar que la gloria y el cuerpo –ese cuerpo que tanto esfuerzo tomó en ocultar– son perecederos. Acto seguido fue enterrada en un catafalco de un lujo extremo y que aún perdura, mostrando sus contradicciones.

©Violeta Rojo



Nació en Valera, estado Trujillo, Venezuela (1965), poeta venezolana de padres libaneses. Profesora de literatura, magister en Literatura Latinoamericana, egresada de la Universidad de los Andes. Entre sus publicaciones destacan: *Adagio* (1986). *Los Cantos de la Noche* (1990). *Las horas del aire* (1991). *Pájaro de Raíces* (2002). *El Dios de las Dunas* (2004). *Huésped del alba*. Poesía reunida (2004). *Caligrafía del aire* (2006). *Jugando con la poesía* (2007). *Cielos Descalzos* (2009). *Las imágenes de la ausente*. Tesis sobre mujer y poder (2009). *Vigilia de huesos*. (2010). *Con el índice de una lágrima* (2012). *Discípula de Jung*. Cuentos (2016). *Consonantes de agua* (2017). *Honor al fuego* (2017). *Sojam* (2018). *Más allá de lo que somos* (2017). **Inéditos:** *Arqueología del amor* (ensayo). *Cada bruja tiene un gato* (cuentos). *Hombre moreno viene en camino* (monólogos) **Teatro**. *Ser en Ramos Sucre* (ensayo). *Las imágenes de la ausente*.

Secreto

A dentro
como una llave
perdida
en el mar
me he negado

Del libro: *Los Cantos de la noche*

Suicidio

Me abandono

Afuera
una hoja
ha caído

De libro: *Las horas del aire*.

A Magaly Acosta Oviedo

Cenizas

¿Hacia
qué fondo
se precipita
sin ruido
sobre mí
la niebla?

Del libro: *Las horas del aire*.

Tortuga

Una piedra
tallada
de secretos

Lanzada
lentamente
al infinito

Frágil
y resguardada
como un pedazo
de Dios
caído

Del libro: *Pájaro de raíces*.

¿Quién puede en el rayo de la niñez distinguir dos cielos? Círculo de lo que fue escribe su ardor a orillas de un latido. Como si el afuera no fuese también lo fijo. Atrás, antes, no paran de temblar, llama de una vela frente a una ventana abierta.

Visito en los retratos la aldea atávica de tus ojos nativos de una inmortal desventura. Procesión de piedras, el pasado en el movimiento habitual de mi hastío pregona el semblante sin tinte de extraviada esperanza.

Peces, arrecifes y ciclones de la casa pequeña, pero jamás extinta, navegan en el desfiladero de mi garganta. Astro de raíz hundida en la furia quebrada de un naufragio.

Nosotros, nubes calladas que levitan en el vuelo curvo de lo amargo, prodigamos la liturgia de un país desolado. Trágico sigilo en la marea insaciable de la angustia. Allí una frase blanca, ángel en los ecos del linaje, interpuso entre mi vida tantas vidas, como en el vuelo de sus alas la secreta murmuración del aire.

De libro: *El Dios de las Dunas*.

©Wafi Salih

Nació en Petare, Venezuela (1994). Poeta. Tercera finalista en el concurso de poesía Rafael Cadenas (2020) con su poema *Sobre una piedra*. Algunos de sus poemas han sido publicados en la digital LP5 (Chile) y Liberoamérica (Argentina – España), Pez de Plata (Venezuela). Su primer libro editado por LP5 editora *El insomnio de plantas* fue publicado en 2021. Actualmente cursa estudios técnicos de extracción de aceites de oliva y vinos en Murcia, España.

La voz se hunde en una ciénaga

manos exploran la sustancia elemental

minerales abiertos acuden a las edades de las voces

dónde la tierra despierta otros reinos

ausente en abertura frágil

mis ojos son estatuas

inmortalizando la línea dividida de los años

cuando tu rostro destroce los huesos, inmaculados;

clavículas infantiles sostienen como un pedestal

el desnudo gesto de los ecos

ebulllirán las higueras como látigos

nuestra humildad será una larva arrepentida

calcinando nuestras vides y la lujuria;

amortajadas por la yerba sacra que nos sostiene

el alimento nos castiga con el pan envenenado

Tierra santísima e impoluta,

solo tuyo es el amanecer.

Poema inédito

Manicaria saccifera

Tida vuelve a nacer entre temiches
los pies de la madre, látigos, como raíces
toda la tribu hundida sobre su peso
el cuerpo del padre, del abuelo, de la fe
está en la curiara
Anibaka es el cuerpo terreno
raíz atada a los dedos de Wamma
tierra yakari en cada guardiana primitiva
cabellera en jardines de Rhizophora mangle

Jo
    jo
        jo

Palmera vigilante; cortezas agraciadas por el agua
el agua (jo) es un cristal memorioso,
las manos de la partera alivian con menjurjes de temiche sagrado,
el cuerpo recién florecido
(temiche eres habitad de consuelo)
testimonia semillas del cántico y los tiempos
Los pies de la mujer penetran el río
cada latido es un ritmo espejado
arena tejedora en paso de manglares
Sangre de la recién parida
sangre de la mujer en racimo de labrantía
su vientre soporta una presión cristalina:
Aquí la tierra desnuda cada piedra
el mar es siempre uno solo
dividimos las aguas pero siempre son una
Temblor de la piedra

ferocidad del agua
boca salvaje de un río dominando toda la mar
Nohaba/ Nohaba/Nohaba
Veo el atlántico soberbio en los ojos de la parturienta
cuánta nobleza esconderá el pudor de su cuerpo
cuánta mudez tendrá el devenir del rio
agua amplia en el secreto de la palma
Yaja solemne acurrucas
sexos enverdecidos en tu paciencia
cuerpo materno hecho bosque imajana
Dani/dani da - ni / da - ni
Ramaje bondadoso de ternura
sobre el habla sumergida de la deltana
mujer warao que llora por reverencia a la vida
Temiche ofrenda del Delta
tus sustancias duermen la queja
son el abrazo materno de la adolorida
serenas la sed del guerrero entre ciénagas
tus frutos delicados son garantía del pueblo y su alimento
Wamma, wamma, wamma cantan las niñas en el río
pedestales de Azollas erigen la criatura
sobre el temiche: «warao-nibo nakae warao-tiba nake»
Pájaros celebran en los altos cachicamos
el gesto de ofrenda de la recién cultivada:
Hanoko seke ka-ukatida a horonobe
El pueblo guarauno canta: ¡yakerara!

Del poemario: *El insomnio de las plantas* (2021). LP5 Editora

©Winifer Ravelo

Nació en Caracas (1985). Licenciada en Estudios Liberales (Universidad Metropolitana) y magíster en Filosofía de la Historia (Universidad Autónoma de Madrid). Es una lectora inquieta que se certificó como correctora ortotipográfica y de estilo en 2020 y lleva diez años construyendo historias —formalmente—. Las palabras son su material de trabajo, además, uno de sus tesoros más preciados. Dos de sus relatos están publicados en las antologías de Escuela de Escritores *Amarrar el sol* y *Tic tac tic tac*, otro tres se encuentran en *Sombras y cuéntulos*, *Dedos de alambre* y *Confines*, antologías de Ítaca Escuela de Escritura. Su relato breve *Terracota*, se puede leer en la página de Ítaca Escuela de Escritura. También ha publicado varios artículos en Papel Literario tales como*: La bizarra tarea de mirarse al espejo, El perseguidor de almas, Una ola en Caracas, Comienzos auténticos.*

Excusa para un tango

Primero hay que saber sufrir,
después amar, después partir,
y al fin andar sin pensamiento.

Naranjo en flor. Homero Expósito

A ti te acompaña la tragedia propia del tango y por ello te pasas la vida con los pies a rastras de un lado a otro para mover tus cimientos mientras que tu tronco se mantiene fijo como atravesado por una estaca tan lejana a lo que es mi viento del caribe porque no hay hombros no hay caderas ni fiesta sino rodeos sobre el peso del alma formada de partidas a lo largo de tu historia que consisten en la suma de mujeres que te han dejado además de la muerte de tu vieja y yo te escucho con la paciencia de siempre así tenga que imaginar que me estoy tomando un daiquirí de fresa para viajar a otro sitio más alegre y salirme del llanto en el que se ha convertido nuestra vida en Caballito gracias a tus pequeñas obsesiones que cada día crecen más pero yo que soy una persona tan ajena a esa tragedia con la que creciste y morirás prefiero entonces pensar en otras cosas aunque no te niego que a veces la mente me juega una mala pasada como es ahora el caso y me lleva a aquel día de nuestro primer encuentro en esa librería de San Telmo en la que me compré una edición de *El extranjero* que tenía una foto de Marcelo Mastroianni paseando por la playa en la portada y a Marcelo Mastroianni hay que tenerlo en todas las versiones posibles aunque esta es sin duda la más divertida de todas pero eso lo sabes tú porque cuando el librero me enseñó esta edición yo no podía parar de reír y de dar brincos y tú te acercaste para preguntarme si podías ver la portada del libro porque mi reacción te dio curiosidad quizá nunca habías conocido a alguien tan entusiasta y como prefieres otro tipo de sentimientos más punzantes no eres capaz de admitirlo pero el caso es que luego yo te acompañé a la zona de literatura argentina en la que me enseñaste el libro más empolvado del mundo titulado *Fausto* pero no era un simple *Fausto* sino uno que venía acompañado de

Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de la Ópera y que resultó ser el que me regalaste al despedirnos esa tarde porque pensabas en ti y no en mí por eso no me regalaste *El extranjero* y me revienta no haberlo visto en ese momento sino hoy porque ese día al abrir el libro vi una dedicatoria con tu firma y tu número de teléfono y yo que estaba de turista en la ciudad me vi paseando contigo por los bosques de Palermo o el jardín japonés o cualquier sitio verde lleno de flores hasta que llegó el otoño y luego el invierno junto con la realidad que es que no salimos jamás de casa en donde tocas el piano y lloras a tu madre pero también que nunca jamás he vuelto a abrir ese libro de *Estanislao del Campo* con ilustraciones infantiles mal hechas por ser la carnada para terminar presa en tu ego repleto de dolor alimentado por tu carácter porteño creado a base de Gardel y Goyeneche aunque no es que a mí no me guste lo porteño y el tango que por supuesto que me gusta mientras no se compare con un tamborcito sabrosón que es lo que en realidad prefiero porque mi vínculo con la vida es desde la vida misma que no desde la pérdida y pienso rescatarme con el ritmo de un merengue cerrado e irme de aquí ahora que termino esta nota sin respiración para no arrepentirme de nada de lo que aquí escribo antes de dejarla sobre tus partituras y marcharme lejos sin ninguna intención de volver

porque prefiero vivir y darte a ti otra pérdida por la cual tocar un tango en las noches para recordar este momento.

Excusa para un tango fue publicado en *Confines*, libro de alumnos de Ítaca Escuela de Escritura (2020).

©Ximena Sequera Fernández

Nació en Caracas (1959). Poeta, narradora e investigadora venezolana. Licenciada en educación y Magister en Literatura Latinoamericana. Colaboró en el Diccionario General de la Literatura Venezolana, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas (2013). Ha publicado los poemarios *Al roce de tu lenguaje* (La Victoria 1996), y *Ritual que se prolonga* (Maracay 2005). Textos suyos han aparecido en las antologías: 5 noveles autores aragüeños (1992). *El secreto martes* (1994). *Poesía de Aragua* (1996). *Narrativa aragüeña* (1997). *Muestra de minificción aragüeña* (2001). *Senderos en el tiempo* (2005). *Paisaje Poético* (Compilación en convenio Francia – Venezuela, 2011). *Antología del cuento Postmodernista* (2013). *Nueva Poesía Erótica de Venezuela* (2013). *Cien mujeres contra la violencia de género*. Caracas 2015. *Voces e-migrante*. pdf (2021).

¿Qué soy ahora encerrada en esta rara prisión sin rejas?

Josefina Karrantza

Se extraña el amor

la piel tibia

la complicidad

y se busca

Como perros rabiosos

buscamos

hasta encontrar un cuerpo roto

más herido que el nuestro

hartamente jodido

uno camuflado

que finge

Te entregas mansa

al otro que ataca con suavidad

porque extrañas tanto el amor

que ya no importa

si el amar se vuelve barrotes

rejas que aprisionan

y te hundes

te hunden

La mujer se sienta en el tiempo y mi melancolía
la piensa, mientras que
el gato imagina la elevada casa.

Herberto Helder

El gato presencia en silencio

mientras las manos que lavan los platos

van de un destino a otro

y el cuerpo se estremece de lluvia.

El gato mira más allá de la piel

del músculo

sabe que llueve por dentro

pero no tiene brazos

ni voz que calme el aguacero

Por eso asiste callado

aguarda

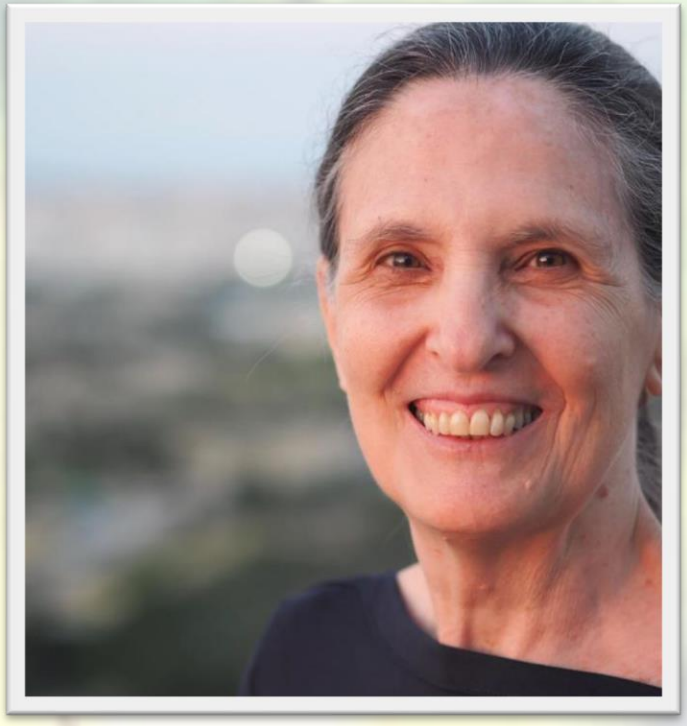
a que esas manos vengan a buscarlo

para ofrendar su cuerpo tibio

y hacer que escampe.

Del libro inédito *El país transterrado*

©Yadira Pérez



Fotografía: ©Yolanda Castaño

Caracas en 1954. Estudió Letras en la Universidad Católica Andrés Bello. Poeta, ensayista, editora, autora de libros para niños.

Ha publicado los poemarios: Casa o Lobo (1981). Correo del Corazón (1985). La Canción Fría (1989). Poemas del Escritor (1989). El Cielo de París (1989). Los Bajos Sentimientos (1993). La Quietud (1998). El Hueso Pélvico (2002). Poemas Huérfanos (2002). La Épica del Padre (2002). País (2007). 21 caballos (2011). Bellas Ficciones (2016). Lo que hace el tiempo (2017). En 2014 la editorial Pre-textos publicó País, poesía reunida 1981-2011.

En 1989 recibió en Caracas el Premio Fundarte de Poesía. Fue becaria de la Fundación Rockefeller en Bellagio Study Center. En 2004 recibió la Beca Guggenheim.

Por el conjunto de su trabajo recibió en 2015, en Aguascalientes, México, el premio Poetas del Mundo Latino "Víctor Sandoval", y en 2017 en Madrid, España, obtuvo el XVII Premio Casa de América de Poesía Americana.

En el año 2020 ganó el premio de Poesía Internacional García Lorca.

Los varones

Santos dice que la frase
es rotunda.

No lo niego,
pero tampoco lo entiendo.

Es una expresión
de la casa.

Los varones.

Todas las mujeres
tenemos algo
que contar.

Todas las historias
están enterradas.

Mis varones
son tres.

Tres
alteridades,

tres
fragilidades

de un tronco

dos ramas

creciendo

y la guía.

Uno de los niños
dice

que él está
dentro de mí.

Para el otro
soy una anciana

madre

dentro de un tiempo
mítico.

Es así

para el rey, la reina
y los dragones.

Del libro inédito *El dragón protegido*.

©Yolanda Pantin

Nació en Caracas (1964). Dramaturga, poeta, locutora, profesora universitaria y actriz. Autora de las piezas Reinas sin corona (2020). Silvia Plath: Matar al ama de casa, revivir a la poeta (Conferencia performativa, 2021). Polvo de Hormiga hembra (2013). Venezuela: la obra inconclusa de José Ignacio Cabrujas (2012). Portugal y Venezuela: 20 testimonios (2011), y el ensayo Alucinados, visionarios e irreverentes, la idea escénica en Venezuela en los 70 (2001). Compiladora de El mundo según Cabrujas (2009). Coautora ¿Qué pasa Venezuela? (2020). Poesía venezolana en Voz Alta (2019). Mujeres Todas Fulanas y Menganas Antología Poética (2018). 100 mujeres contra la violencia en Venezuela (2015). 102 poetas Jamming (2014). Aproximación a nuestra cultura (2008). Nuevas Voces (Celarg 1989). Guionista de telenovelas y colaboradora de diarios, revistas y sitios web.

La bandera ondea

es una dama con paso de pantera

que atraviesa las sombras de las balas

la veo desde mi ventana

un lienzo que seca las lagrimas

de esta herida

sortea las manos que intentan desflorarla

sostiene el alma de los pasos que dibuja el que se va

Ojos de abismo me paralizan

su carne acuna

-vientre rotundo-

la muchacha mira

se aviene al desamparo

No hubo retozo en su sombra

es una niña dormida

Los huesos rotos de mi padre

no caben en mis manos

soplo distraído

Me sigue

su risa

un sonido ronco

de abedul

Jean Marie Farina un olor

padre oración

sin respuesta

¿Por qué soltaste mi mano?

Ayer lloraron voces

sobre las hojas de un Copihue

Padre fue usted rocío

Sobre la piel de las horas

©Yoyiana Ahumada

Fotografía: ©Jesús Álvarez

Nació en Caracas (1973). Comunicadora Social en Periodismo y Comunicaciones Corporativas por la UCAB (2021). Técnico en Riesgos y Seguros, por el Instituto Santa María y Técnico Superior Universitario en Mercadeo, mención Comercialización por el ISUM. Ha realizado talleres de Narrativa, Escritura Creativa entre otros en el Instituto de Creatividad y Comunicación (ICREA), «Contar el Terror» con leyendas del Casco Histórico de Caracas por la Iniciativa Cultural Urbanimia, Taller Online Escritura de Cuentos con María Celina Núñez. Taller Literario Editorial Palabras (Argentina). Taller de Investigación de Literatura Erótica UCV y sigue sumando experiencias en este campo. Escribe desde el 2009 en los blogs «De como Ana Isabel ya no es niña, ni decente» y «Lo que mis sentidos me regalan» en los cuales se pasea por diversos géneros. Cofundadora y colaboradora del colectivo artístico Lunes de Lectura. Sus relatos han sido publicados en diversos medios nacionales e internacionales. Ganó el premio del concurso Cartas de Amor del programa radial *Frívolas*, Onda 17.7 FM, (2010) Participó en el evento «Las letras: la voz de ciudad», organizado por Public-Arte, con el texto *Ciudad Esperanza* (2.011).

Un libro en el tren

Como cada día, en la hora pico, el andén estaba lleno, más allá de sus límites. El aire acondicionado no funcionaba y el tren tenía casi una hora de retraso. Él observaba a la rubia, de la fila del lado derecho, que leía hipnotizada un libro grueso y de tapa dura. Unos lentes negros, de pasta, tipo ojo de gato, le enmarcaban el rostro, dándole un aire retro muy sofisticado.

En el túnel, se escuchó el eco del tren que se aproximaba, pero aún no se veían ni las luces frontales. La chica miró su reloj de pulsera y colocó el libro en el muro que daba a las escaleras, estiró su ropa y aseguró su cartera el hombro. El tren llegó y ella se apresuró para hacerse un hueco entre la multitud. Él se dio cuenta de que la chica había dejado el libro en el muro. Dudó por un segundo y luego se lanzó como un proyectil a buscar el libro y tratar de alcanzarla. Empujó, se coló y contra todo pronóstico logró entrar al tren.

Ya dentro del vagón, se abrió paso, entre quejas y empujones, hasta que llegó a ella. La rubia no se había dado cuenta de que la observa, menos que tenía su libro.

—Tiene ojos bonitos —pensó.

Si hubiera visto de qué era el libro por lo menos podría haber comenzado con una línea explosiva sobre el tema. Seguro la chica leía sobre algo denso, el libro era bastante pesado para su tamaño. Se acercó hasta casi chocar con sus piernas, ella las cruzó para evitar el contacto. Se retrajo en el asiento y apretó contra sí la cartera. Le incomodó la cercanía excesiva, levantó la mirada. Él se dio cuenta de que estaba invadiendo su espacio corporal, dio un paso atrás. No quería darle el libro y ya, quería captar su atención por más tiempo que el de un gracias. Pensaba cómo entablar una conversación que pareciera natural.

—Disculpa belleza… no, belleza no —pensó.

¿Y si se agachaba como si fuera a amarrarse las trenzas? No, sus zapatos no tenían trenzas, además, agacharse para mirarle a la cara era mucho más raro.

El tren estaba por llegar a la siguiente estación, la chica miró nuevamente la hora. Él se armó de valor, respiró profundo, tragó saliva y se dispuso a decirle su primera palabra de galán, cuando se oyó.

—Todos quietos y a nadie lo van a ir a buscá a la morgue.

Todo el mundo gritó, se apretujó sin poder moverse mucho. En cada puerta había un tipo armado, así como en las que comunicaban los vagones entre sí. En total eran ocho. Cada uno

con una cicatriz peor que la otra. Arañazos o navajazos, y el más joven, parecía no haberla pasado muy bien con la lechina.

—Efectivo, los celulares y las cadenitas —dijo el que parecía el jefe.

En alguna parte se escuchó un sonoro —coño e la madre.

La rubia bajó la cartera al suelo, tratando de que no se dieran cuenta. Él sí se fijó y la empujó con el pie, tras el asiento lateral. Ella lo miró entre sorprendida y asustada. Él sonrió y le dio el libro. Ella lo miró con terror, sin querer aceptarlo. Uno de los atracadores le arrebató el bolso a la señora que estaba en el asiento lateral.

—Sufro del corazón —dijo la señora, déjame sacar las pastillas.

El antisocial dudó, se incorporó y luego le apuntó.

—Tas viviendo prestao vieja, no abuses.

La señora se reclinó en su asiento, luego se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las piernas y sostuvo su cabeza entre las manos. La Pashmina se le resbaló del brazo cayendo al suelo mientras tapaba la cartera de la rubia. El maleante metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón de él, sacando la billetera. Otro asaltante lo requisó buscando el celular. Lo sacó del bolsillo interno del saco. Acto seguido, miró a la muchacha.

—Eso sí está bonito, vale.

Ella cayó en cuenta de que no tenía nada en las manos y el atracador también.

—¿Dónde pusiste la cartera pendeja?

Le apuntó a la cabeza. Él respondió:

—No tiene.

El asaltante volteó a mirarlo con sorpresa y el compinche que ya estaba despachándose a los otros pasajeros, se regresó.

—¿Cómo qué no?

—Es que la acababan de atracar antes de subirse al tren. Íbamos a poner la denuncia justo ahorita.

—¡Coño! Qué mala leche, ¿no? ¿Le creemos a estos pajaritos?

—Es verdad —dijo ella, intercediendo por él.

Los dos sujetos lo acorralaron con sus cuerpos. El tren frenó de golpe en el túnel y se apagaron las luces. Los gritos se desataron, se oyeron varias detonaciones y se vieron los fogonazos. Entre apretujones, como pudo, se les zafó a los malhechores, tanteó en la oscuridad en dirección a la rubia, la jaló hacia él y fueron a la puerta más cercana. Alguien había accionado

el sistema de emergencia, las puertas estaban abiertas. La gente salió en estampida. Corrieron igual que los demás, buscando la salida. Ella se dio cuenta de que él aún tenía el libro en la mano, se lo quitó y lo lanzó tras de sí.

—¡Corre! —gritó.

Llegaron al andén, subieron al nivel de los torniquetes y, mientras todos disminuían el paso al llegar a la calle, ella lo jaló corriendo hasta la esquina más lejana. Miró el reloj se agachó y se tapó la cabeza con las manos, él hizo exactamente lo mismo y entonces se sintieron dos explosiones. Todo tembló. Había humo, vidrios, escombros por todas partes. Ella se quitó los restos que le cayeron encima. Lo miró y suspiró mientras se le acercaba para besarlo.

Él se siente confundido y excitado. Suena el pito del vagón, las puertas se cierran y se vuelven a abrir. Él sale.

—Aguevoniao —le gritan desde adentro.

Las puertas se cierran nuevamente. Pasa empujando entre la pared de personas que están en el andén. Llega hasta el muro de las escaleras mecánicas, allí pone el libro que ha estado leyendo. Se arregla el saco, se revisa para ver si siente su celular, también toca el bolsillo de su pantalón para comprobar si la billetera sigue en su lugar. Debe hacer transferencia para seguir a su destino. Afortunadamente se hace en ese mismo andén, pero del otro lado.

Llega el otro tren. ¡Qué suerte! El anterior iba con retraso, puede que hoy llegue a tiempo a su trabajo. Se abren las puertas, la gente protesta, se empuja y se aglomera. A su lado pasa una rubia con un bolso rojo abrazado al pecho, que trata de abordar sin éxito. También llegan ocho tipos sospechosos empujando a todo el mundo. Tampoco logran entrar. Se hacen una señal con la cabeza, suena el timbre se cierran las puertas y todos se quedan allí, esperando.

Él da un paso atrás, deja el libro en el muro, sube las escaleras mecánicas y sale de la estación tan rápido como puede.

©Yrina Kosohovski

Caracas, Venezuela, 1966. Abogado especialista en Derechos Humanos. En permanente formación literaria, ha participado en talleres coordinados por los escritores Julieta León, Coromoto Renaud, Salvador Garmendia, Miguel Marcotrigiano, Ricardo Ramírez Requena y Armando Rojas Guardia, todos en Caracas. Durante dos años consecutivos (1998 y 1999), ganó el premio al mejor trabajo poético que otorgaba la Compañía Anónima Teléfonos de Venezuela (C.A.N.T.V.) por sus poemarios breves Ausencia y Búsqueda. Desde el año 2015 reside en Las Palmas de Gran Canaria, donde participó en el Taller de Poesía «Dulce María Loynaz» y el Centro Canario Estudios Caribeños –El Atlántico–. Es miembro de la Nueva Asociación Canaria de Escritores (N.A.C.E.).

Ha publicado *Penumbra,* de la Colección Muestrario del Caracol de Editorial Tregua, Caracas (1999). *Asunto Personal*, de Editorial La Casa Tomada, Caracas (2005), y en colectivo *Los versos del varadero*, de Cuadernos La Gueldera, Las Palmas de Gran Canaria (2018).

Amo lo que nunca conociste de mí

la mirada clara siempre matutina
Las ciudades que jamás visitaremos
los valles verdes poblados de retoños
Amo tu nueva cara porque no me pertenece
dibujada con sonrisas que me son ajenas
El silencio que intenta acompañarme
y hacernos tres con la pareja de azulejos
Amo las otras olas jamás recorridas
el abrazo ausente las manos ya no tendidas

De *Ausencias* (1998).

Jamás presentí
que volviera a regalarse la luna

nunca tan clara y cálida

amarilla como el abrazo

mariposas envueltas
en su transparencia

Que le cuente me pide
que la bese entre dientes

Adhiero el alma al crepúsculo
busco los conjuros
y sigue brotando luz
sin desangrarse la luna

sigue a borbotones
incesante
la más bella luna

De *Penumbra*, Muestrario del Caracol (1999).

©Yubi Cisneros Mussa

Nació en Caracas (1963). Licenciada en Letras. Magíster en Tecnología Educativa. Cursó la maestría de Literatura Latinoamericana en la Universidad Simón Bolívar. Poeta, narradora, correctora de pruebas. Profesora universitaria (jubilada). Por más de 25 años ha trabajado el periodismo cultural en los Altos Mirandinos. Productora del programa radial Retrato Hablado. Premios: 1er lugar en el Concurso de Poesía Feminista *Toda, Nosotras Todas* (2020). Ganadora de la beca al Estímulo de la Creación Literaria 2019 (Cenal) Área: Literatura Infantil. 1er lugar en el certamen Poesía para la mujer Ana Enriqueta Terán (Carabobo. 2019). Ganadora del concurso Crónica Comunal del Municipio Guaicaipuro Hercilia Chicco, mención Creatividad (2017). Premio Municipal de Literatura Cecilio Acosta, mención Poesía (2014). Mención Honorífica del Concurso Nacional I Compilación Literaria (2011). Orden María Teresa Castillo, mención Literatura (2001). Publicaciones: *Poemas* (1983). *Neón* (2000 /2018). *Ama de casa* (2016). *Río de hierba* (2017). *Piel que ata* (2018). *Los últimos días de la casa* (2019). *Érase una vez* (2019). *Fe de ruta* (2020).

Soy testigo del ir y venir de los recuerdos
desmantelados en cajas con periódicos
He visto envolver la vida y sus retazos
subastados en una venta de garaje

He sentido la punzada de lo efímero
He secado mis lágrimas
con las mismas manos
que embalan la existencia
mientras lloro por los ojos de mi padre
en vuelo pleno al infinito

He visto envolver los sueños
que una vez fueron sueños
Me he tambaleado con la lógica material
que desdice del apego
por trastos tazas y manteles
que detallan lo que fuimos
tratando de salvar una memoria
en medio del vértigo que pende del azar

Los helechos en su claroscuro
los pájaros que no tendrán su compañía
los perros huérfanos de historia
el último color que tiñe las paredes

Nada detiene el tiempo que gira hacia adelante
La vida es un camión de mudanza
mientras echamos a andar el reloj del cuento
del silencio

del vacío lugar

Condenada a mi cotidianidad

Dios es monosílabo
Sé a veces se acentúa y otras no (es día-crítico)
como yo

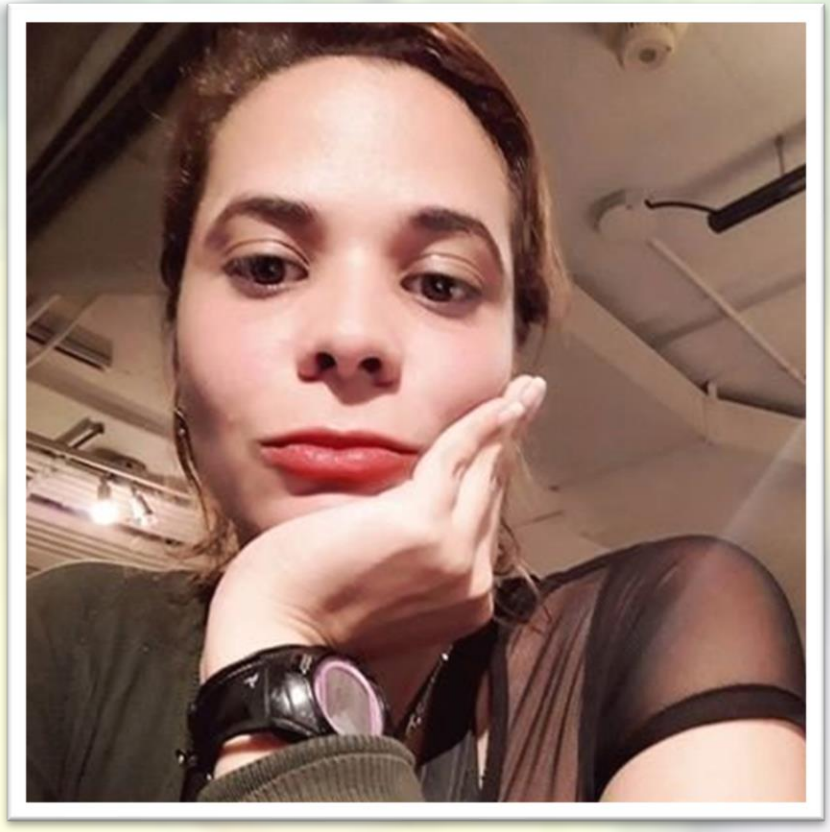
Cocina es una palabra grave (muy grave)
Corazón es una palabra aguda (tal vez por eso duele tanto)
Sábana es una palabra esdrújula
como escápate, sacúdete, desvístete

Mi nombre es sustantivo propio
poeta es común
angustia es abstracto
humanidad es colectivo

Cansancio es una palabra grave
Amar es una palabra aguda que no admite tilde
es un verbo intransitivo
como yo

Del poemario *Los últimos días de la casa.*

©Yurimia Boscán



Nació en Caracas, Venezuela (1994). Comunicadora social, promotora cultural. Lectora. Escritora en proceso. Productora de TV. Actualmente escribe en la página Web de cultura www.el-teatro.com

Colabora en el blogguer de *La Parada Poética* y es la creadora de la cuenta *Poesía en video* en Instagram. Sus poemas han sido publicados en *La Parada Poética* y en *Poesía azul y algo en más*.

La mujer que he soñado

La oscuridad da señales

a veces no las vemos

o si la vemos no la aceptamos o no creemos

que se vaya a desbordar

hasta alcanzar el abismo que

te consume por dentro

Y viene el miedo…

El miedo que te minimiza, te paraliza y te silencia.

Yo lo rompo como las que alzan sus voces,

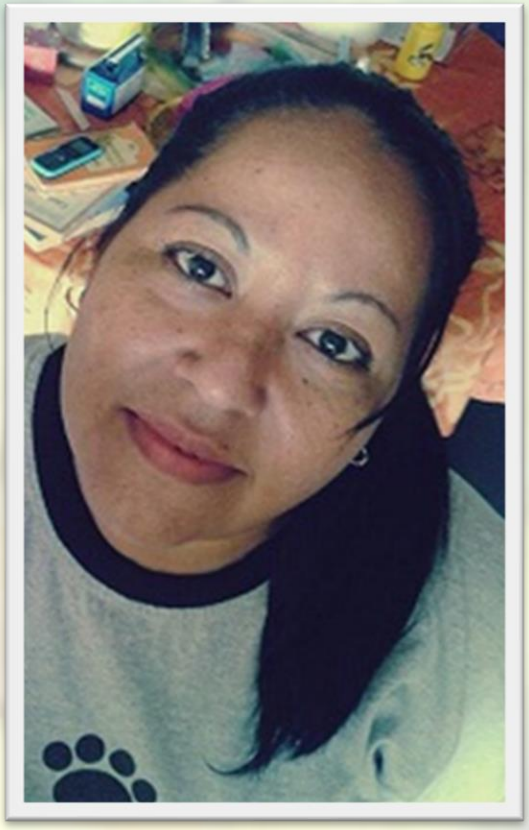
alumbrado el camino para las demás.

Quiero expandir las alas y volar en libertad.

En un mundo donde pueda ser yo.

La mujer que he soñado.

©Zara Fermín



Nació en Caracas (1974). Es profesora egresada del Pedagógico de Caracas en el año 1998. Docente de Educación Inicial. Magister en Planificación y Evaluación de los Aprendizajes de la Universidad Santa María. Ha colaborado en varias revistas digitales de literatura y en Arte de Leer en la sección *Lo Leo y Lo Veo*. Tiene un libro inédito de poesía y otro de cuentos infantiles. El cuento *Epifanía de los Valles* (2019), forma parte de un conjunto de textos inéditos.

Epifanía de los valles

A Juana y Lucy

Reconozco esta hora. Es esa que solía llegar enmascarada entre los pliegues de otras horas; la que de pronto comenzaba a surgir como un oscuro arcángel detrás de la neblina haciendo retroceder mis bosques encantados.

Olga Orozco

Día 29 / Virginia

Pasamos mucho tiempo viendo la montaña, buscamos alguna señal, quizás una sonrisa o un débil movimiento telúrico que justifique su existencia, las lluvias este año se han adelantado, detrás del valle herrumbroso podemos distinguir cuando se acerca la tormenta, yo pienso mucho en esa quietud, cuánta angustia guardarán sus montes, la aplanada sierra que delimita entre hondas bocanadas la estrechez de estos días.

¿Te diste cuenta de ese punto negro? ¿Aquel que se refleja sobre la parda corteza, cerca de la cima? Es la sombra de un pequeño incendio, el calor está muy fuerte; anoche alcancé a notar la humareda, primero el hilo naranja del fuego más allá el humo. Me imagino que se quemarían a lo sumo dos hectáreas de terreno, igual eso representa una merma significativa para los parceleros, sobre todo en estas circunstancias en las cuales un grano de maíz perdido es un daño lamentable.

—Voy a ver el asado en la cocina. Te dejo un rato y ya vuelvo.

Día 30/ Luz

No hay variación entre el destello que se refracta al interior del relieve, el vuelo circular de los zamuros haciendo cabriolas en la cumbre, igual que todos los días la llanura perezosa me acecha, la voy divisando desde este costado como el cristal que refringe mi deceso. A veces y, sobre todo, al caer la tarde me percibe como una más de sus sombras.

Ella (la mujer) no se da cuenta de sus cambios, no percibe el temblor que se agita en la copa de los eucaliptus, el fragor silente de las hormigas que van haciendo cuevas infinitas hasta llegar al curso fluvial que yace en el fondo plano y amplio de su base. Ella habla de los pequeños incendios, del calor y el cambio estacional. Lo natural es también humano, el fuego purifica la piel, lava los sedimentos que se incrustan en el fondo, deja ver sus hermosas gravas, arenas y limos. ¿Cuándo esta humanidad que hace tiempo dejó de ser mía arderá también? Hay algo de poesía en la calamidad, ese malditismo propio de algunas personas desgraciadas. La muerte no tiene por qué significar el termino de todo, y mucho menos la gloria de todos los sufrimientos. Para mí no será más que dejar este bardo y comenzar a navegar.

Día 31/ Silvina y Luz

A veces la nostalgia acude a nosotros con el estruendo de las cataratas, o en dosis mínimas como el goteo constante de un grifo. Algo así decía Pizarnik, «¿no es así Luz?». Déjame leerte algo de la *Condesa sangrienta* o quizás prefieras a *Eunice*. Se me había olvidado comentarte que Galaviz me añadió al grupo de apoyo para cuidadores en WhatsApp. No sé si es el estrés, pero se forman muchas discusiones tontas, una chica evidentemente deprimida y con ganas de ser escuchada expresaba palabras más, palabras menos, la convicción de que su padre aún la recordaba, y en medio de su desajuste él la entendía y la amaba. Allí mismo saltó una mujer con una explicación científicamente sustentada en la cual algunos estudios revelaban que los enfermos de alzhéimer perdían la conexión afectiva con sus familiares, ya que simplemente no los recordaban. «Cada quien ve lo que desea ver», terminó diciéndole la muchacha e inmediatamente se salió del grupo. La verdad es que eso quita mucho tiempo, y me consume los megas, y para remate, los especialistas nunca aclaran dudas ni intervienen en las

conversaciones. Hasta el doctor Galaviz, que es uno de los administradores, a veces está en línea y es incapaz de responder alguna interrogante, yo pregunté sobre el efecto del Aldol, porque es muy fuerte mi amor, y no me gusta verte tan apartada de este mundo… pero nada, tuve que llamarlo mil veces hasta que me aclaró que eso es un proceso mientras el cuerpo asimila el medicamento y luego se regula. «¡Luz, mira la foto!», la del Ávila, la encontré en el libro de narrativa y ensayo de Manuel Díaz Rodríguez, ese fue el día en que Eduardo se bañó en el río sin interior y estaba helado. Salvador le escondió la ropa, ¿recuerdas? Mírate ese cabello todo purpura, te lo pintaste con papel de seda y no querías mojarlo porque se te iba a caer el color, «mi hermosa trinitaria», alcancé a decirte mientras que desde el otro costado empujaba a Leo para que no te lanzara al río.

Pegada a la reja de la ventana la mantis eleva su torso tratando de alcanzar una araña, sus patas delanteras de sable, inmóviles y letales como la liturgia que ella representa. Escucho algo sobre un río, un río de aguas frías y purpuras. Mamá bajaba con nosotros cuando el río crecía, nos llevaba a casa de la abuela, entre mayo y agosto las lluvias solían ser muy fuertes, papá se quedaba tratando de salvar la cosecha, no podíamos darnos el lujo de perderla. Cuando bajaban las aguas subíamos de nuevo a la montaña.

Ella (la mujer) va rizando mi cabello, va cortando mis uñas y me enseña a entender los días. A veces la veo como una madre que me requiere, otras veces como ahora se presenta ante mí como el espigado artrópodo de la ventana, queriendo siempre engullirme, le imploro que me devuelva allí, al monte, a esa llanura cetrina donde los abrazos me aguardan y la leña va cociendo el caldo que alimenta la familia. Entonces ella me mira con esos ojos que no distingo, y un destello ceniza se desprende como bengala por encima de las inalterables retinas.

©Zunemig Pérez Peña

Esta edición de *Hacedoras: mil voces femeninas por la literatura venezolana*, se diseñó y maquetó en Caracas, Venezuela, durante los meses de abril y septiembre 2021. En su composición se emplearon tipos de la familia Garamond sobre superficie electrónica.

ISBN: 978-980-429-034-3

9 789804 290343